

NADA ESPERES DE MAÑANA



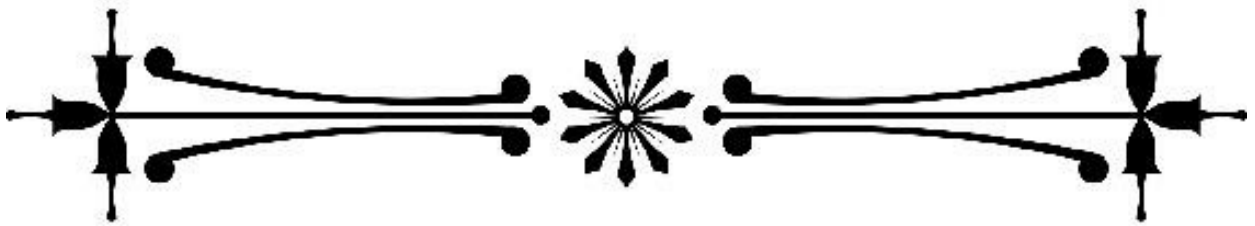
Ficción hispanoamericana



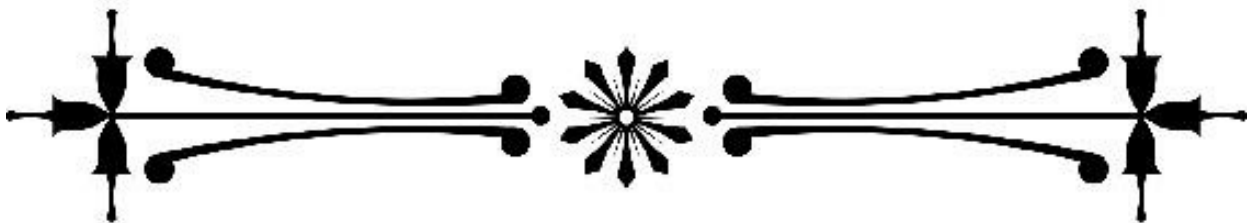
BRUNNEN
BOCCAS

EDSON SOARES

EDSON SOARES



NADA ESPERES DE MAÑANA







EDSON SOARES es brasileño, graduado en portugués, inglés y literatura anglo-americana por la Universidad Federal del Rio Grande, Brasil (UFRN). También es graduado en comunicación social y trabajó en radios, periódicos y emisoras de TV. Es productor audiovisual independiente, habiendo producido, escrito y dirigido dos películas de largo metraje. Divide su tiempo entre Natal (Brasil) y Santo Domingo (República Dominicana).

CANALES SOCIALES DEL AUTOR:



edson.soares.106



@edsonsoares1968



NO MUNDO DA LUA - EDSON SOARES



edsonsoares1968.blogspot.com



@Edysson

Título original: Nada esperes de mañana.

Copyright del texto © Edson Soares, 2019.

Esta es una obra de ficción y los personajes y las situaciones son producto de la imaginación del autor. Incluso las personalidades reales e históricas, eventualmente citadas en la trama, son tratadas con características ficticias.

Copyright de la edición © Engady Editorial, 2019.
Engady Editorial, un sello de Engady Cine Video, Brasil.
e-mail: edsonsoares68@hotmail.com

Ilustración de la portada © by 愚木混株
(o búscalo como Cdd20 in Pixabay).
Correo electrónico:cdd20@qq.com.

Ilustraciones internas: Open Clipart-Vectors, Vintage Snips And Clips, Wiki Images y Clker-Free-Vector-Images (by Pixabay).

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights de extractos de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición: diciembre de 2019.

ISBN KDP: 978-17-126-8393-4

Composición: Engady.

No se permite la reproducción total o parcial de este e-book, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Oí una voz que desde el templo decía a gritos a los siete ángeles:
«¡Vayan y derramen sobre la tierra las siete copas del furor de Dios!»
Entonces hubo relámpagos, voces y truenos; y hubo un gran terremoto tal como no lo había
habido desde que el hombre está sobre la tierra.*

—JUAN, Apocalipsis, 16:1-21.

*Aprovecha el instante presuroso;
Breve es la vida, la esperanza vana:
El tiempo huye entre tanto envidioso,
Hoy goza y nada esperes de mañana.*

—HORACIO, traducido por ALEJANDRO ARÁOZ FRASER.

Sumário

PRÓLOGO

PRIMER ENCARTE

EL MAGACÍN BANGÁN

LIBRO UNO

SEGUNDO ENCARTE

LIBRO DOS

TERCERO ENCARTE

CUARTO ENCARTE

LIBRO TRES

QUINTO ENCARTE

SEXTO ENCARTE

LIBRO CUATRO

SÉPTIMO ENCARTE

OCTAVO ENCARTE

LIBRO CINCO

NOVENO ENCARTE

LIBRO SEIS

DÉCIMO ENCARTE

LIBRO SIETE

LIBRO OCHO

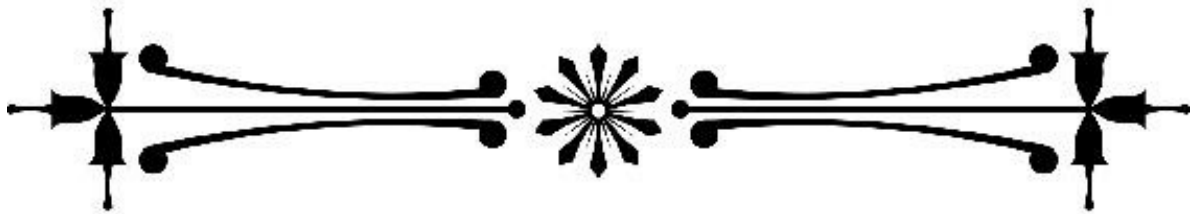
LIBRO NUEVE

LIBRO DIEZ

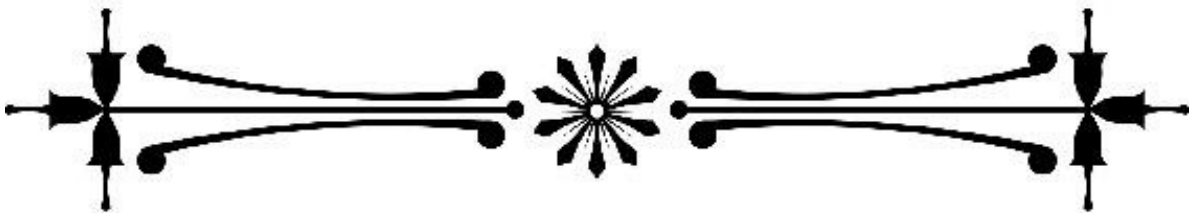
DÉCIMO PRIMERO ENCARTE

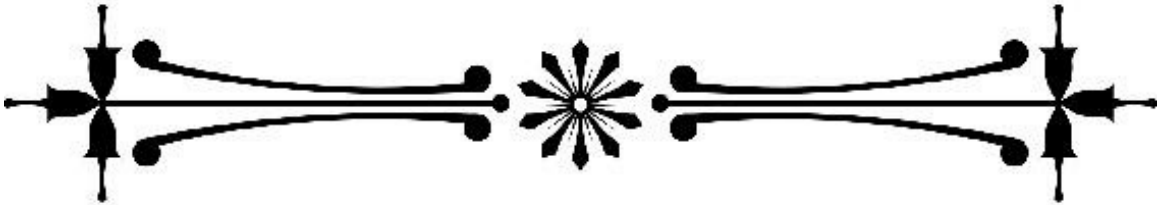
EPÍLOGO

CRÉDITOS DE LAS MÚSICAS CITADAS



PRÓLOGO





Esto se ha pasado en Ludovica, la séptima ciudad más grande de Santabella.

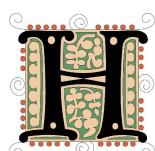
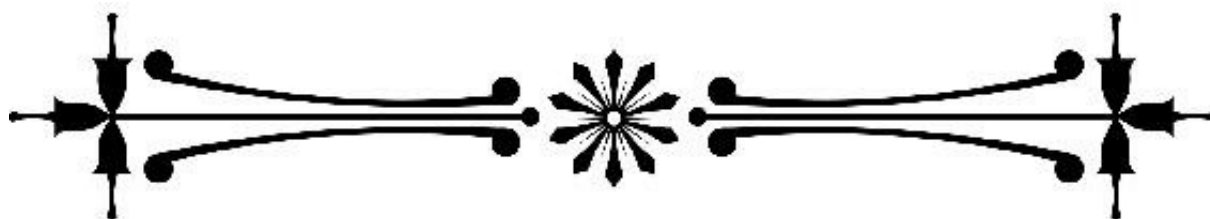
Para aquellos que no saben, Santabella es un islote ubicado en aguas del océano Atlántico, a medio camino entre las Bahamas y las islas Turcas y Caicos. Tiene una superficie total de 432 kilómetros cuadrados y una población de 281 mil habitantes, distribuidos en veintidós ciudades. Las más populosas y desarrolladas son Cocomiel (la capital), Guadalquivir, San Hesiquio, Guacamayo Rojo, Mango Verde, Nueva Tarragona y Ludovica.

A pesar de ser una república independiente desde el 15 de julio de 1963 e integrar la ruta de los grandes transatlánticos que pasan por el Caribe, muchas veces Santabella ha sido confundida como parte del archipiélago de las Bahamas. Para muchas agencias de turismo y compañías navieras, la pequeña excolonia española es un simple punto de abastecimiento para los grandes barcos, no más que un pedacito de tierra soleado y perdido en medio de otras tantas islas, cada una más encantadora que la otra, donde la grande mayoría de los turistas no logra definir muy bien el rincón donde está pisando.

La isla ya fue sacudida por unos tres o cuatro terremotos de gran magnitud y otros tantos huracanes devastadores a lo largo de su historia. También enfrentó dos golpes de estado (el primer en 1965 y otro en 1980). Ninguno de estos eventos, sin embargo, ganó prominencia en los medios globales. Santabella se hizo conocida por todo el mundo a partir de 2012, después que los episodios inusitados de Ludovica fueron transformados en noticia por diversas emisoras alrededor del mundo: ABC, CBS, NBC y CNN (Estados Unidos), BBC (Inglaterra), Globo (Brasil), Televisa (México), Deutsche Welle (Alemania), TV5Monde (Francia) y RTVE (España).

Este libro es un modesto intento de compilación de los episodios ocurridos en aquel diciembre. Para el bien o para el mal, por sí o por no, la verdad es que la isla y la ciudad sufrieron profundos cambios después del día 12 de diciembre de 2012 (o sea: 12/12/12). Jamás

han sido (o volverán a ser) las mismas.



hacía mucho frío durante la madrugada. La luna continuaba menguante como en los últimos tres días. Solo los perros callejeros y los gatos peleadores deambulaban por las zonas casi siempre oscuras del casco antiguo de Ludovica en aquella hora. El aire frígido había espantado las fleteras, los mariguaneros, los bohemios y los niños limpiavidrios, tradicionales frequentadores del lugar.

Del asombro que ocurrió en aquella alborada no hay muchos testigos, solo dos o tres. Pero ellos son unánimes en afirmar que, poco tiempo después que el reloj de la catedral había sonado las doce campanadas de la medianoche, empezó a acercarse a la plaza una niebla espesa y grisácea, flotando los tejados de los caserones. De lluvia o de ventanilla no había señales y la bruma misteriosa se movía de un lado a otro como si tuviera vida propia.

Un punto brillante como una estrella víspera se destacó en el ojo del fenómeno y este también pasó a moverse de manera frenética como a un gusano de luz enfurecido.

De vez en cuando, los pocos testigos oían gemidos que venían del alto como lamentaciones de otro mundo. No era el viento, no eran voces humanas, no eran los cantos aciagos de los búhos ni los chillidos de los murciélagos, nada de eso.

El vigilante nocturno identificado como Jaramillo, excampeón de lucha libre y exdueño de un circo, fue una de las pocas personas que vio la niebla peculiar en aquella madrugada. Cuando amaneció, él narró el evento para algunos amigos, pero casi ninguno le dio crédito. Antes de morir en el año 2013, grabó un testimonio en vídeo donde dijo que la nube asumió la configuración de alas de ángeles cuando sobrevoló la torre de la catedral y, minutos después, se transformó en un monstruo de tentáculos enormes cuando enarboló sobre el edificio del ayuntamiento.

Solo Jaramillo y otras dos personas aseguran que han visto la nube ganando diseños diversos

y enviando gruñidos sobrenaturales desde el firmamento hasta el suelo. Pero casi todos los habitantes de la ciudad oyeron el estruendo. Un minuto después de la medianoche, irrumpió la batahola extraordinaria en los cielos de Ludovica, más fuerte que diez truenos al mismo tiempo. Se apagaron de pronto todos los postes de la red eléctrica y los barrios sumergieron en las tinieblas.

Al cabo de un rato, sonó la sirena de incendio en la compañía de bomberos. Flamas siniestras estaban devorando el más famoso motel de la ciudad, el Château de L'amour. Las solicitudes de socorro llegaban, por teléfono, de varias residencias.

El fuego se extendió de manera tan rápida que llevó veinte minutos para devorar cuatro cabañas y el chalé principal. Ni siquiera los bomberos lograron explicar tal rapidez.

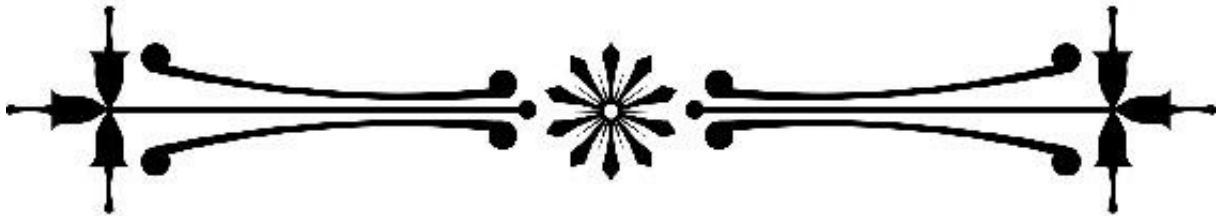
Duró diez minutos el apagón, según la compañía de energía eléctrica. La electricidad se volvió de manera inexplicable, en un pase de magia, como si nada hubiese pasado. No obstante, cuando amaneció y el sol despuntó indolente en el horizonte, disipando por fin la niebla rara de la madrugada, empezaron a aparecer las consecuencias.

Hasta hoy hay personas que afirman que la calina y el apagón fueron los responsables no solo por el incendio, sino por todo lo que sucedió después: la marcha, la matanza, el tiroteo, el escándalo, las prisiones, todo. Así como hay quienes de hecho creen que el fenómeno fue la ira de Dios derramándose de manera despiadada sobre los pecados de la ciudad.

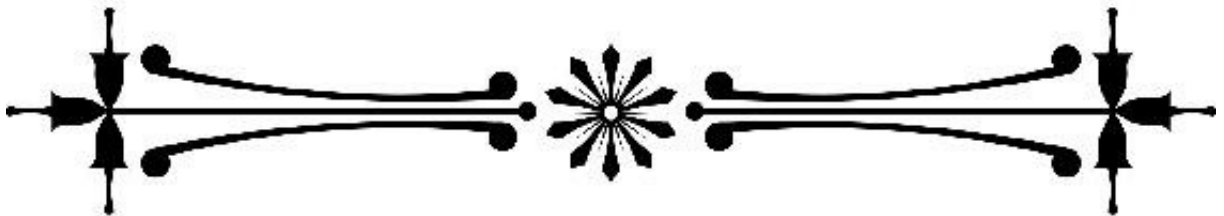
Durante mucho tiempo, las opiniones de la gente se dividieron en dos grupos distintos: los que tenían dudas de la veracidad de los hechos, pero no se animaban a contestarlos, prefiriendo repetir el refrán popular de que «no creen en brujas, pero que las hay, las hay»; y los escépticos al extremo que no se impresionaban ni siquiera cuando asistían al vídeo con el contundente testimonio del vigilante Jaramillo, grabado por un camarógrafo local:

—He oído bien claro, con estas dos orejas enormes que Dios me dio. Sí, oí una voz poderosa como un trueno que salió de la nube negra y me dijo: «¡prepárate, pecador!, pues el diablo se bajará ahora». Y de hecho, se bajó. ¿O no?

PRIMER ENCARTE

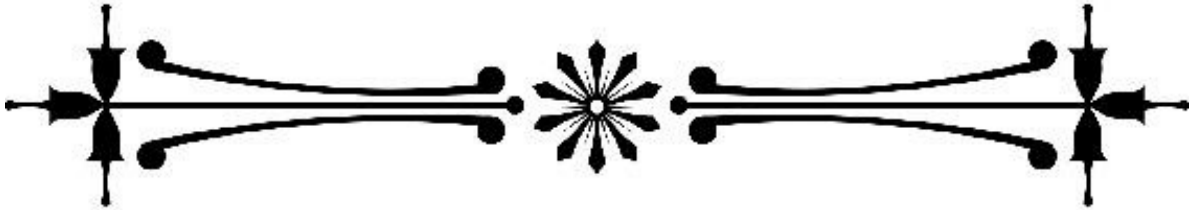


EL MAGACÍN BANGÁN

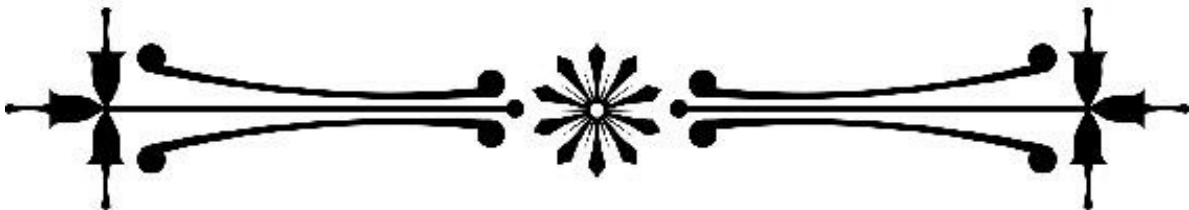


Un reportaje sobre Ludovica en diciembre 2014.

EL DÍA DEL APOCALIPSIS EN LUDOVICA



DOS AÑOS DESPUÉS, MORADORES INTENTAN OLVIDAR EL EPISODIO



REPORTAJE DE MARÍA BIZKAIA
ESPECIAL PARA BANGÁN

Si usted está leyendo esa noticia ahora es porque la raza humana no fue liquidada en 2012. El planeta Tierra continúa volviendo alrededor del sol, la luna está en su justo lugar, ningún umbral intergaláctico se ha abierto y nosotros seguimos vivos.

Siendo así, es fácil chacotear sobre todos los mitos y profecías que existieron en aquella época. Pero quien vivió la víspera del supuesto cataclismo sabe que no fue una broma. Sí, reinaba el miedo. Algunos decían que sería «el horror, el horror», repitiendo de manera involuntaria la expresión del Coronel Kurtz, personaje de la novela *El Corazón de las Tinieblas*, de Joseph Conrad, que dio origen a la película *Apocalypse Now*, dirigida por Francis Ford Coppola.

Cuando empezó el año 2012, miles y miles de brujos y místicos de todo el mundo —una lista que incluía astrónomos, arqueólogos, astrofísicos, historiadores y también líderes de algunas religiones llamadas serias —pasaron a presagiar que el año 2012 no cumpliría la meta de llegar a los 365 días: acabaría antes, en 21 de diciembre. No sería el final de otra temporada o ciclo, sino de todo el mundo.

Sería el fin definitivo, la hecatombe, la omega.

EL CALENDARIO MAYA

La creencia para el fin del mundo estaba en los datos del calendario maya. Para marcar el tiempo, esa civilización de América Central precolombina usaba un método que los estudiosos denominaron de cuenta larga mesoamericana, teniendo como base un sistema vigesimal. Funcionaba más o menos así:

*El día se llamaba KIN.

*Veinte kins formaban un UINAL.

*Dieciocho uinals hacían un TUN (o sea, 360 días).

*Veinte tuns, formaban un KATUN (7.200 días).

*Veinte katuns formaban un BAKTUN (144.000 días).

*Trece baktuns formaban el LARGO CICLO, compuesto de 1.872.000 días.

Este Largo Ciclo se había iniciado en el año 3.114 a. C. (en nuestro calendario gregoriano) y se terminaría en 21 de diciembre de 2012, en el solsticio de invierno (Hemisferio Norte) o en el solsticio de verano (Hemisferio Sur).

Según los estudiosos menos escépticos de la cultura maya, y también los adivinos y ascetas, la fecha representaría el fin de la civilización, la recreación del mundo y el inicio de un nuevo Largo Ciclo.

Tales estudiosos se pusieron de acuerdo que la fecha para eso sería esta: 21/12/2012.

EI FIN DEL MUNDO Y LA INTERNET

El vaticinio tomó una proporción sorprendente a través de la Internet, con millones de adeptos creyendo con convicción que el mundo acabaría en esa fecha.

Se han producido decenas de sitios, blogs, libros, documentales y películas de ficción para atender el hambre de los curiosos con las más extraordinarias teorías del fin de los tiempos.

Patrick Geryl —un belga nacido en 1956, que antes trabajaba como auxiliar de laboratorio — fue uno de esos «brujos» que ganó ríos de dólares y repentina notoriedad al engendrar dos libros escatológicos: Cataclismo Mundial en 2012 y Cómo Sobrevivir a 2012. En su opinión, el epílogo de la actual civilización humana iba a ocurrir debido a un intenso bombardeo de erupciones solares y la «contra versión» de los polos terrestres.

¿EL

MUNDO PODRÍA TERMINAR NUEVE DÍAS ANTES?

Mientras todas las atenciones mediáticas estaban dirigidas a la llegada del 21/12/2012, millones de incautos dejaban pasar casi en blancas nubes otra fecha más intrigante: el 12/12/12. Y aún un momento mágico: 12 h 12 min 12 s.

¡Seis números 12 que se repetían!

Para decenas de otros anacoretas esparcidos por el globo, esto presentaba mucho más simbolismos y significados que la fecha señalada por el calendario maya. Decían que no podría existir el día 21/12/2012 sin antes pasar por el 12/12/2012.

Después de todo...

¡Son 12 los planetas del sistema solar!

¡Son 12 los meses del año!

¡Son 12 los signos del zodiaco!

¡Son 12 las horas en el reloj!

¡Son 12 las tribus que formaron Israel Antiguo!

¡Son 12 los apóstoles de Jesús!

¡Y fueron 12 las apariciones de él (Jesús) después de muerto!

¿Y qué diría el versículo 12 del capítulo 12 (12-12) del Apocalipsis?

«¡Ay de los que habitan en la tierra y en el mar! porque el diablo bajó a vosotros, y tiene gran ira, sabiendo que ya tiene poco tiempo».

Para suerte de toda la raza humana, todo no pasó de especulación e histerismo. El 12/12/12 pasó y nada sucedió al mundo. Y vino el 21/12/12 y tampoco sucedió nada.

El planeta Tierra no chocó con ningún otro cuerpo celeste ni explotó como un globo de gas. Estamos vivos. Nada de extraordinario sucedió. La vida siguió su curso natural.

¿En serio?

¿Nada se pasó?

No diga eso a los habitantes de la pequeña Ludovica, ubicada en el interior de Santabella, distante 180 km de Cocomiel. La fecha 12/12/12 será recordada por ellos —tanto los viejos como los jóvenes —durante décadas.

Para algunos, los más crédulos, fue como si la profecía del versículo 12-12 del Apocalipsis se concretase en dimensiones locales: sí, el diablo había bajado.

Para otros, más escépticos, todo no pasó de una sucesión de casualidades e infortunios. Pero para los involucrados en los episodios de aquella fecha fue «el horror, el horror, el horror...»

Tanto los crédulos y los escépticos, sin embargo, eran unísonos en un punto: sucedieron tantas cosas indecibles que era más razonable que fuesen olvidadas, borradas, barridas, aunque hayan dejado marcas indelebles.

Ante este pacto de silencio montado por testigos oculares y personas involucradas en el rosario de acontecimientos miríficos en Ludovica, no ha sido una tarea fácil —debo admitir— compilar las historias que compusieron esa reportaje especial. Pero, en fin, aquí están ellas, después de consumir meses y meses de investigaciones en fuentes oficiales, confidenciales, entrevistas, videos, diarios y otros medios.

EL EPISODIO EN LUDOVICA PUEDE CONVERTIRSE EN UNA PELÍCULA

Una noticia publicada en el cuaderno de cultura de un gran periódico de la capital, hace unos dos meses, daba cuenta de un faraónico proyecto cinematográfico sobre los acontecimientos ocurridos en Ludovica, teniendo como cabeza el cineasta mexicano radicado en Estados Unidos, Alejandro Cantabria, director de la galardonada película Gracias Por Todo y Adiós.

El guion sería escrito a partir de un libro de Tomás Wallace, periodista que trabajaba en La Voz del Pueblo (pequeño periódico de Ludovica). Los dos, Wallace y Cantabria, se habrían encontrado en Nueva York (donde reside el cineasta mexicano) para discutir detalles de la producción.

Dicen que un gran estudio de Hollywood estaría adelante de todo proyecto. Algunas fuentes citan Castle Rock Entertainment, del grupo Warner, pero un técnico del medio audiovisual en Cocomiel confidenció que la producción será ejecutada por Focus Features, empresa perteneciente a NBC Universal.

El libro de Tomás Wallace sería vertido al inglés y el responsable por la versión final del guion sería John Rubio (guionista que ya trabajó en películas como No te Olvidaré Jamás, El Peluquero del Rey, La última Canción de Pablo y La Casa de Cenizas).

El periodista Tomás Wallace es uno de los testigos de los actos ocurridos en Ludovica y basó su libro en lo que vio y oyó.

Según informaciones no confirmadas, la película tendría la participación especial de la actriz y cantante nominada al Oscar, Mary Alba O'Neal, viviendo la mujer del alcalde, importante personaje real de Ludovica.

¿QUIÉN ES JOHN RUBIO?

John Rubio (nacido el 24 de septiembre de 1971) es un dramaturgo y guionista colombiano, pero residente hace quince años en Florida y naturalizado estadounidense. También es productor de televisión y fue tres veces nominado al Globo de Oro.

¿QUIÉN ES MARY ALBA O'NEAL?

Nominada al Oscar año pasado por su actuación en Puñal de Sangre, la actriz estadounidense nacida en Dover, Delaware, se hizo conocida del gran público al dar vida a una reina loca y

sensual en la miniserie Trono manchado de sangre y miel, producida por el canal HBO.

CANTANTE DICE QUE HA SIDO INVITADO A PARTICIPAR DE PELÍCULA.

El cantautor Miguel Ángel Guerra (que cambió su nombre para Migueleó), autor de la famosa canción Dulces Mañanas en Ludovica, confirmó que también hará una participación especial en la película sobre los sombríos

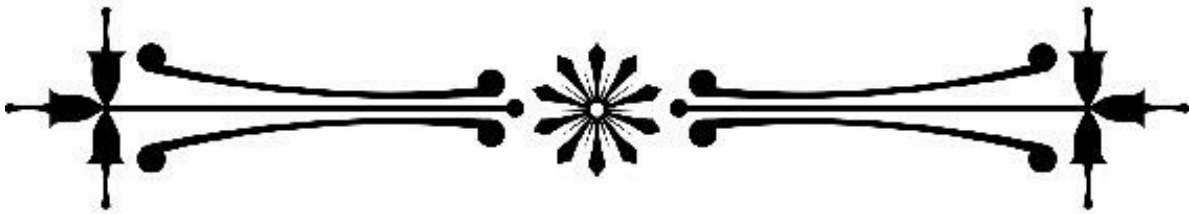
acontecimientos pasados en la pequeña ciudad de nuestra isla.

Migueleó es nacido en San Pedro de Macorís, República Dominicana, todavía entre 2010 y 2012 vivió en Ludovica y acabó creando la canción que hoy es considerada un himno no oficial de la ciudad.

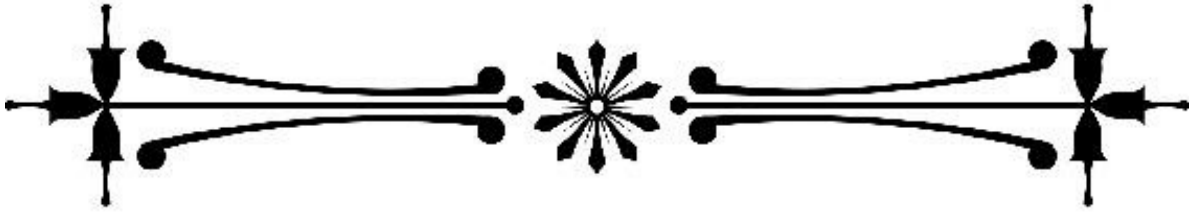
Desde el año pasado que Migueleó vive en Miami, Florida, donde formó el grupo musical de salsa y merengue llamado Los Chamacos.

Por teléfono, el artista confirmó que fue invitado por productores estadounidenses a hacer parte del elenco y que también cantará un fragmento de su emblemática canción en una de las escenas.

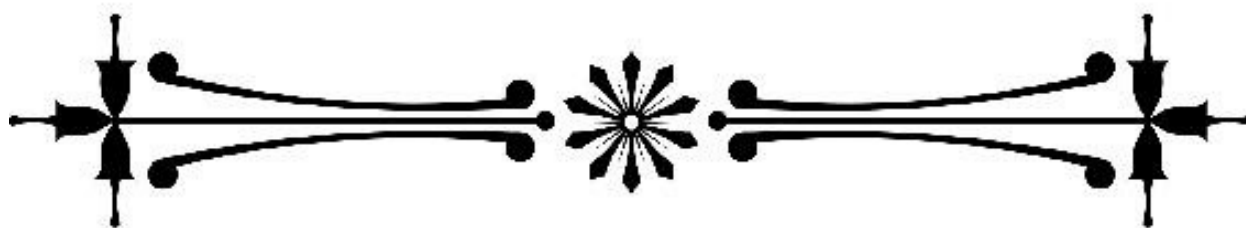
LIBRO UNO



**LUNES
MAÑANA**



10 de diciembre de 2012



Exceptuándose la familia de un chiquitín llamado Javier Cabañas (que no contuvo el ímpetu y escribió una misiva dramática a la NASA), poca gente en la ciudad de Ludovica había tomado en serio el fatalismo creado alrededor del 12 de diciembre de 2012.

Así pues, dos folios de calendario antes de esta fecha establecerse, apenas un reportero del periódico La Voz del Pueblo —el guapo Tomás Wallace —se dispuso a salir a las calles y quioscos de plazas para hacer al público la aciaga pregunta:

—¿Qué crees que va a suceder al mundo en 12 de diciembre?

La respuesta de la mayoría ha sido, comúnmente, la misma:

—¡Nananina!

—¡Ni malanga!

—¡Ay, cañajo!

—¡Auyama no pare calabaza!

—¡Las mismas guasadas de los políticos corruptos!

—¿Qué más da?

—Ah, hijo, a Dios que reparta suerte.

—¿El mundo va a acabar? ¡Chúpate ese cajuil!

—¡Bueno el cilantro, pero no tanto!

—¡Puf, hombre! ¡No me vengas con milongas!

O sea, nada. Nada de nada. Nicomedes. Esa también era la opinión del profesor Eduardo Mendiola, que enseñaba química y física en el Liceo Católico Cristo Rey, única persona a detentar un telescopio en Ludovica. Para él, la repetición del número doce en la fecha (12-12-12 a las 12 h 12 min 12 s) no tenía ninguna importancia para el orden vigente de las cosas terrestres y galácticas.

—No es más que un montón de escarabajos —enfaticó.

Sin embargo, había las voces contradictorias. Poquísimas, es verdad, pero había.

Monseñor Nicolás Cardona, líder de la parroquia de Santa Teresa de Jesús, ha destacado que la fecha era un sombrío presagio.

—¡Deben los Cristianos prepararse para el juicio final!

Dijo eso en una entrevista para la Radio Tribuna de Ludovica, pero no ha repetido el mismo discurso en el púlpito de la iglesia, puesto que el señor obispo se había enterado de su opinión y le ha mandado callarse la trompa.

La opinión prohibida del sacerdote católico ha sido también compartida por otro jefe religioso, el pastor pentecostal Fidel Torres, que no se cansaba de advertir a sus ovejas en las últimas semanas:

—Va a dar Dios un fin a todos los seres humanos, porque la Tierra se ha llenada de violencia y lujuria —apuntaló, recordando las palabras de Jehová a Noé.

Una enemiga férrea del pastor pentecostal y del monseñor Cardona, la abakuá María Antonia Jimena (más conocida por María de Ojalá), una negra agraciada y corpulenta, descendiente de haitianos y dominicanos que vinieron a vivir en la isla hace mucho tiempo, guía suprema de la Casa Sagrada Rey de los Reyes, de igual modo predijo que algo catastrófico caería sobre Ludovica en aquella fecha. Durante una interviú al informativista Jota-Jota Hernández, presentador del programa Club de la Risa, en la Radio Comunitaria, ella reveló que había tenido una visión horrible:

—He visto una legión de ángeles, muy bonitos y de alas enormes, bañándose en una laguna ubicada en el corazón de la ciudad.

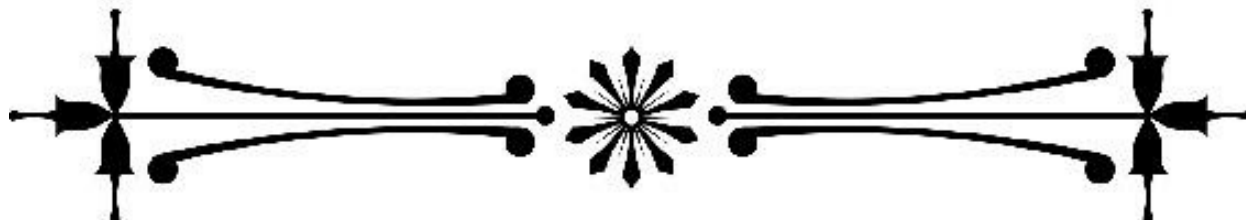
El informativista, siempre escéptico y chismoso, no dio mucha bolilla para el asombroso pronóstico:

—Señora Jimena, te lo digo muy en serio: Ludovica tiene dos ríos perennes, pero nada que parezca una laguna.

—Escúchame bien lo que te quiero decir, por lo tanto: Ludovica no tiene laguna hoy, pero en ese día tendrá. Deseo que tú continúes vivo para ver tamaño espectáculo.

La vidente Violeta Sánchez, una de las mujeres más competentes en esos asuntos sobrenaturales, publicó en su web sitio un artículo donde afirmaba que «la fecha significaría un nuevo portal para la humanidad y que él sería abierto justo en Ludovica».

Al final, todos han constatado que el sacerdote, el pastor, la líder espiritual y la vidente habían tenido razón en sus temores y predicciones. Fue como si el furor de Dios hubiera caído, en formato de siete copas, sobre la ciudad de Ludovica en miércoles, 12 de diciembre de 2012. El ápice del cataclismo, según algunos testigos, habría sido a las doce horas, doce minutos y doce segundos. Otro fenómeno como este —la repetición de un mismo número en el año, mes, día, hora, minutos y segundos —ocurrirá otra vez en 1º de enero de 2101 a la una hora, un minuto y un segundo (o sea: 01-01-01 a las 01 h 01 min 01 s).



Para el jefe del departamento de la Policía Nacional en Ludovica, capitán Héctor Suarez, responsable directo por las investigaciones de homicidios y prevenciones de delitos, el apocalipsis se principió cuarenta y ocho horas antes de la siniestra fecha, es decir, el lunes, 10 de diciembre. Aunque sea, su apocalipsis particular.

Debería ser un día como cualquier otro: ordinario, tedioso, caliente, con moscas endiabladas y mucha sambumbia. Pero no fue así. Fue un caos, un frenesí de los setecientos diablos, y el embrollo empezó muy temprano, luego después del primer cigarrillo.

Él intentaba ser un profesional metódico, aunque no fuese. Por eso, así que ha despierto, a las cinco horas y treinta y cinco minutos de la mañana, la primera cosa que hizo fue conferir la agenda donde anotaba los compromisos, casi siempre en tópicos rápidos, usando un lenguaje propio de taquígrafo:

*09h***test ***cso trcn***abs***vln*
*10h***test***señr***pens***vend***lnts*
*11h***cso ***estdte ***invas ***csa***tntva ***mrt*

Escribía así para que nadie comprendiese. Después de conferir sus jeroglíficos en aquella mañana es que se dirigió al cuarto de baño, orinó, cepilló los dientes, se afeitó, se mojó muy rápido (no se podía llamar su acción de un baño de verdad, pero de un baño de gato, solo humedeciéndose las partes malolientes) y regresó a la habitación.

Aún dormía la esposa.

Había hecho una liposucción en la barriga hacía poco tiempo y por eso usaba una cinta

elástica y unas ataduras extrañas, necesitando también dormir inmovilizada como se fuera una escultura de piedra. Eso la hacía roncar muy alto. Llegaba hasta a sofocar el ruido del aparejo de climatización. También emanaba una carretilla de pedos durante toda la noche.

Héctor la sacudió para que se despertase. Con mucho costo ella se levantó.

Se llamaba Angelita, pero de ángel no tenía casi nada. Por lo menos, en la reservada opinión de su marido.

Mientras que ella hacía sus diligencias en el cuarto de baño, Héctor apagó el acondicionador de aire, abrió la ventana que daba al jardín y encendió el primer cigarrillo del día. Hacía exactas cinco horas y media que no fumaba (en otras palabras, no se había levantado durante la madrugada para jalar la maldita nicotina). Era un récord. Señal de que, chin a chin, él progresaba en su dura misión de abandonar el vicio. Necesitaba hacerlo de inmediato si quisiese vivir lo suficiente para disfrutar de una jubilación. Si siguiese fumando al mismo ritmo desquiciado de siempre (dos paquetes al día, a veces tres) moriría antes de los sesenta años. Un dolor persistente en el pecho le daba señales de que esto podría suceder en cualquier momento. Tenía cincuenta y cinco años de edad y ya había completado dos décadas de servicios prestados a la gloriosa Policía Nacional, siempre en la circunscripción de Ludovica.

Había empezado como agente de primera y hoy era capitán, jefe de un departamento con casi veinte policías y un escribano. Ya había prendido e interrogado todo tipo de malhechor. También ya ha pasado por innumerables situaciones de extrema dificultad. Pero nada lo hacía rendirse de su oficio y su misión, el arduo trabajo de investigar y combatir el crimen. Eso era lo que más amaba. (Es necesario corregir esta información: nada lo hacía rendirse de su oficio hasta algunos meses atrás, porque ahorita, como nunca antes, empezaba a cambiar de opinión, pensaba en renunciar a todo y seguir otra dirección, porque había encontrado una razón para retomar las riendas de su destino).

¿Amaba a la esposa? ¿Amaba a las tres hijas?

Las tres hijas (Leticia, Amanda y Alice) él estaba seguro de que las amaba, aunque no mantuviese con ellas una relación muy amistosa. Pero tenía un amor muy especial por Amanda, que era la única de las tres que aún se esforzaba para demostrar por él algún cariño y gratitud. Las otras... Bueno... Era apropiado decir que él se daba al máximo en la misión de comprenderlas.

Se esforzaban ellas también para intentar conocer a ese padre turrón y medio loco. Era una relación de tolerancia mutua, aunque de vez en cuando apareciesen algunas fallas, rupturas, bloqueos y tropiezos.

Ya la relación con la esposa Angelita... ¿Qué se puede decir de aquella relación? ¿Era una dependencia química? ¿Una necesidad psicológica? ¿Auto indulgencia? ¿La pereza de ambos?

Tal vez fuese todo eso y algo más.

Hacía mucho tiempo —de veras— que Héctor estaba considerando la posibilidad de proponer el divorcio. Le daba escalofríos pensar en eso, como en aquella mañana. Pero tenía que pensar.

El fin del matrimonio tal vez fuese la única salida para el tipo de relación que mantenía con Angelita. La separación, en ese caso, no sería el abismo. Sería la antecámara del abismo. Sí, la antecámara, la recepción, el purgatorio, porque el verdadero abismo ha sido la coexistencia impuesta, falsa, simulada. La extirpación de un pedazo del cuerpo —un brazo, una pierna, un riñón, un apéndice— siempre será algo atormentador, pero a veces necesario. O se extirpa o se muere. Se muere el todo. Sí, separarse era un acto muy doloroso. Porque no se apartaba únicamente del otro, de lo que estaba sobrando o molestando, sino de una fracción de cada uno. Al

final, todos perderán un poco. ¿Pero qué hacer?

El peligro de la ruptura y del desgaste era algo inherente a cualquier convivencia humana, por eso se hace indispensable que este acto sea considerado como una ocurrencia permisible, natural. Cada uno tiene su propio camino a seguir. Por lo tanto el divorcio tiene que ser visto como una travesía, no una separación mortificante. Debe ser considerado como un nuevo preludio, no como un punto final, un término.

Por consiguiente, Héctor concluyó en aquella mañana, mientras fumaba su cigarrillo, que tendría que hacer esa travesía de manera solitaria, contando apenas con la propia suerte —pero así es la vida, las cosas son así y así tiene que ser. Casarse puede ser una buena o mala opción. Separarse, a veces, puede ser una necesidad de supervivencia.

Por numerosas veces las hijas lo acusaron de ser un progenitor ausente y Angelita tal vez protestase por no tener un marido más atento. Son acusaciones injustas, en su opinión. Al final, era un sujeto tan dedicado a la familia que sentía placer en descascarar las papas para el guiso del domingo. Es cierto que falló muchas veces, que dialogó poco, que faltó algunos cumpleaños, que olvidó una u otra fecha, que cometió un u otro malhadado error que todo padre comete, en especial aquellos padres que tienen un laburo como él, pero ninguna de ellas podría acusarlo de no ser generoso. La plata para apechugar nunca dejó faltar. Ah, eso nunca. De eso no podían murmurarse.

En todas esas cosas difíciles pensaba el capitán cuando Angelita regresó del duchero. Estaba enrollada en una túnica rosa y con una toalla en formato de turbante en la cabeza. Se sentó delante del espejo y empezó su sesión de tratamiento antiarrugas. Tenía cincuenta años y ya estaba en desventaja en su lucha contra los efectos del tiempo y del sol caribeño.

Mientras frotaba variadas cremas en la cara, Angelita vicheó la figura de Héctor por el espejo. De repente tuvo un pensamiento que salió del fondo del pozo de sus secretos: tal vez el esposo supiese que ella ya lo había traicionado. ¿Será?

Hay una leyenda que dice que todo guampudo sabe cuándo la esposa está dando la concha a otro hombre. Angelita pensó con sus botones que Héctor debía poner las manos al cielo y agradecer a Dios, porque ella no salía por las calles cogiéndose con caballitos^[1], cañengos^[2] y viralatas. (En realidad, había dado su pepa a cuatro hombres, sin contar el propio Héctor, obvio, porque él era un accidente triste en su vida). Nunca lo amó. Nunca ha sentido una gota de excitación. Todo ese tiempo de matrimonio, nunca él ha logrado provocarla un único orgasmo. En ese aspecto, Héctor era casi una paloma, un cortamambo.^[3] Por lo demás, en las raras ocasiones que se acostaron para cogerse, lo hicieron más por carencia de que por placer.

Héctor dio un trago fuerte en su blanquito. Miró la esposa con casi repugnancia. Por un ratito llegó a su mente un recuerdo del día en que se casaron. La mujer que estaba allí, enfrente al espejo, con la cara escarpada de cremas y el cuerpo recortado de hematomas espantosos, ni en sueños recordaba a la que él llevó al altar, veinte años atrás, y a quién le juró fidelidad eterna —«hasta que la muerte los separase». Pensó: ¡cómo Angelita era patética! Solo ella creía que una montaña de ungüentos y potingues haría algún efecto en la faz que más parecía un culo después de una cagadera.

Angelita terminó su sesión de masajes faciales y empezó otra: de secar y peinar los cabellos. Conectó el secador a la potencia máxima y después se volteó de súbito hacia el marido.

—¿Vas a dejar Leticia viajar a los Estados Unidos? —preguntó.

—Tal vez —él respondió.

—Ella me dijo que tú ya estabas de acuerdo.

—No le dijo eso. Estoy apurando los costos de este viaje.

—Ella lo merece.

— Ya te lo he dicho: si conseguir aprobación en el examen para ingresar a la facultad de Derecho, ella hará el viaje.

—Año pasado ella casi fue aprobada en Historia.

—Sí, casi, casi. No es la misma cosa.

—Tú qué lo sabes. No quiero hija rebelada dentro de mi casa.

—Pues hagámoslo así. No se hablará más sobre esto.

Héctor dio el último trago en su cigarrillo y tiró el resto en un florero del jardín. Cerró el haz y fue al lavabo.

—¿Por qué te enojaste así? —la mujer indagó.

—Voy a colar un café —él dijo, saliendo.

—Fríe dos huevos para mí, porfa.

—No sé freír huevos de la manera que te gustan. Francisca ya debe haber llegado. Pídele a ella.

Él salió de la habitación, fue a la cocina, echó agua para hervir y preparó un café soluble. Con una taza en la mano, se dirigió a la habitación que servía de oficina y activó la computadora —era oficina para él, sala de estudios para las hijas y spa para la esposa, pues era allí donde ella recibía la esteticista que atendía a domicilio y le arrancaba los pelos pubianos con cera caliente.

Esperó que la pantalla de la computadora se encendiese. Se desplazó a una carpeta con el nombre de *Mis Documentos* e hizo un clic en otra identificada como *Opiniones y Procesos*.

En realidad, no era nada de eso. Era una carpeta de fotos. Él seleccionó una. Se iluminó la pantalla con la imagen hecha con un móvil donde un Héctor de pulóver y bermudas aparecía al lado de un chico tarajalludo. Posaban los dos abrazados, sonrientes, con un hermoso y sanguíneo sol al fondo.

Héctor tomó un trago de su café y miró la foto con ternura. Pensó: «Qué guamazo tú has dado a mi corazón, hijoputa... El más grande que he recibido».

Héctor percibió a tiempo un ruido en la puerta y cerró de súbito la pasta con las fotos.

Era Leticia.

De las tres hijas Leticia no era la más bella, ni la más simpática. Tenía muchísimos rasgos de Angelita.

—¿Puedo hablar contigo un ratito? —dijo, adentrando en la sala con cierto temor.

—¿Quieres hablar sobre el viaje?

—No.

—¿Qué quieres, entonces?

—Yo estoy embarazada.

—¿Qué dices? No te he escuchado... Repítelo, por favor...

—Te lo estoy diciendo que... — la chica balbució. Después empezó a hablar con firmeza, dando peso a cada palabra. —Estoy grávida, embarazada, preñada. Hice un examen y dio positivo.

— No me lo puedo creer, ¡Madre de Dios! ¿Cuánto tiempo?

—Dos meses, por ahí. Estoy haciendo el prenatal con Dr. Orejuela.

—No vas a tener ese hijo.

—No lo sé cómo ha sucedido, te lo juro. Yo siempre usaba condón cuando hacía amor con Tobías...

—¿Has escuchado? Vas a ponerlo fuera.

—¿Qué?

—Tú vas a extraer ese niño.

—¿Por qué lo haría?

—No quiero a ese niño.

—¿Cómo? ¿No quieres mi hijo?

Héctor se levantó y sintió de repente el dolor en el pecho. El incómodo dolor que ya lo acompañaba hace algún tiempo. La última vez que estuvo en su médico de cabecera, le dijo que lo sentía hace poco tiempo, menos de un mes. Mintió. Hace por lo menos cinco años que ese dolor agudo lo perseguía. La dificultad de respirar y la tos seca también.

Intentó acercarse a la hija.

—No pongas tus manos en mí —ella gritó. —¡Tengo odio de ti!

—Vamos a hablar, por favor —él balbució.

En ese instante Angelita irrumpió en la habitación.

—¿Qué te pasa, Leticia?

—¡Su hija está embarazada!

—¡Anjá! ¡Ay! ¡Papa Dios!

—Ese asesino quiere que yo mate a mi hijo.

—Cálmate, querida, cálmate —Angelita dijo, abrazando a la hija y apoyando la cabeza de ella en su hombro. —Quizás tenga razón tu padre. No estás lista para ser mamá.

—Eres peor que él —la muchacha dijo, refutando el abrazo de la madre. —¡Vieja inmunda! ¡De ti también tengo odio!

Leticia salió corriendo por los aposentos de la casa, llorando y gritando, y luego se encerró en su cuarto.

Héctor decidió que no iba a calmarla. Tenía más que hacer. Llenar a la hija de halagos y piropos era tarea de Angelita. Terminó el café, se puso la corbata y la chaqueta y encendió un cigarrillo para fumarlo en el trayecto entre la sala de estar y el garaje.

Partió sin hablar con las otras dos hijas, Amanda y Alice. Vivía en Le Corbusier, un barrio distante unos diez kilómetros del departamento, clasificado como el paraíso de los nuevos ricos y remediados de Ludovica. Por eso le gustaba salir temprano de casa. El decrepito caserón donde se instalaba la Policía estaba ubicado en el Centro Histórico (o Ciudad Antigua), el paraíso de los bohemios, los marimbas, pintores y poetas, los piperos y las chicas saca-leche.

El periplo de carro entre Le Corbusier y Centro Histórico perduraba, en promedio, veinte minutos. No era grande cosa, pero, después de las siete de la mañana, a depender del día de la semana, se formaba un tapón casi siempre terrible en la única vía que ligaba los barrios nuevos a los llamados barrios de antaño.

Era lunes un día tranquilo en el tránsito, pero el capitán Héctor prefería llegar temprano al trabajo de todos modos, porque antes le gustaba papear con los agentes investigadores, tomar un café, leer los periódicos y, después de ese ritual, iniciar el oficio de labrar boletines de ocurrencia, abrir encuestas, hacer interrogatorios y cumplir órdenes de arresto.

Ludovica no era una gran ciudad. Ni grande ni pequeña. Hasta el final de la década de 1980, había sido el tercer mayor agrupamiento urbano de la isla, pero cedió posiciones a las localidades que se ubicaban alrededor de la capital, favorecidas por las playas y por el flujo turístico de los grandes cruceros marítimos. En 2012 Ludovica ocupaba el séptimo lugar del ranquin de las mayores urbes de Santabella, como ya se sabe. La enciclopedia virtual Wikipedia la describía en

un tercio de página (un pequeño párrafo de poco más de quince líneas, ciento y ochenta y una palabras, mil y treinta y uno caracteres con espacios):

Ludovica es una ciudad distante 180 km de la capital de Santabella. Su territorio (sumando las áreas urbana y rural) ocupa al equivalente a 2,33 % de la superficie de la isla. Situada en la confluencia de dos ríos perennes (Piedra Rosa y Jupiará), exhibe una altitud de ciento y cincuenta y un metros sobre el nivel del mar. Su población —de acuerdo con el último censo oficial —era de 13.709 habitantes. La más famosa atracción es la Fiesta de Santa Teresa de Jesús, celebrada en octubre. En agosto, la población católica también rinde homenajes a la santa patrona, para celebrar la transverberación (Vetus Ordo y Novus Ordo). Ludovica también es recordada por su culinaria típica y por su singular carnaval que tiene una duración de cuatro días (a pesar de que la ciudad no se ubica en la franja costera). El municipio aún se destaca por alcanzar el mayor índice de longevidad y poseer el menor de exclusión social del país. También fue reconocida como una de las mejores ciudades en calidad de vida en todo el Caribe.

Aquel párrafo de quince líneas, risible y superficial, no obstante, era motivo de mucho orgullo para los ciudadanos de Ludovica. Casi siempre decían de pecho hinchado: «¡Ludovica está en la Wikipedia!» Cacareaban así, en tono jactancioso, como si las demás ciudades de Santabella no estuviesen citadas en la enciclopedia virtual. Cuando se sentían acosados, retrucaban: «son quince líneas». Y mucho más que eso: son quince líneas con derecho a enlaces para conectarse con otros asuntos relativos a la ciudad, como la fiesta de Santa Teresa y los famosos dulces y quesos que se fabrican allí.

Otro gran motivo de orgullo son los versos de una canción del compositor Miguel Ángel Guerra, que se lanzó en 2010 y causó una estupenda conmoción popular al citar en su refrán algunas peculiaridades de Ludovica. Casi ningún ciudadano común entendía muy bien las palabras usadas en la poesía, pero eso no tenía la menor importancia. Allí estaba el nombre de la urbe enaltecida en rimas raras:

*¡Ah! Ludovica arcaica
No es santa, no es laica
Pero su gente tan hebrea
Nunca te arrastra el pie.
¡Ah! Ludovica arcaica
Con su charla aramea
Su vida tan prosaica
Nunca le faltará fe.*

Por una conjunción de suerte y barrabasada de márketing de algún empresario muy inteligente, la canción fue elegida para participar de un festival promovido por una empresa de telefonía móvil, recién instalada en la isla. Hubo un gigantesco espectáculo en la capital, que reunió a miles y miles de personas en la orilla de la playa, con bandas, explosiones pirotécnicas, transmisión vía satélite y otras novedades. El compositor Miguel Ángel acabó ganando el primer lugar, desbancando a artistas consagrados del país.

Después de ese episodio, la canción pasó a tocar tantas veces en la Radio Tribuna y en la

Radio Comunitaria que llegó a provocar astenia en los oyentes.

El autor, que es quisqueyano ^[4], nacido en San Pedro de Macorís, fue laureado con el título de ciudadano honorario de Ludovica y lo contrataron para un espectáculo en la Plaza del Chafariz donde tuvo que cantar la bendita música nada menos que veintisiete veces. Además, se vio obligado a cambiar el título para Dulces Mañanas en Ludovica —antes era llamada Recuerdos de Una Ciudad Arcaica. Por poco, por muy poco, la canción no fue transformada en himno oficial del municipio. Eso no sucedió porque había una ley que prohibía tal modificación.

A pesar de su aceptación popular, la composición de Miguel Ángelo nunca había sido una unanimidad y era despreciada de una manera casi rabiosa por algunos ciudadanos más intelectuales que no conseguían ver ninguna calidad en aquellos versos esdrújulos. Pura envidia. Obvio que la pieza tenía algún mérito artístico, principalmente por captar los aspectos extraños y únicos de Ludovica, o sea, por hablar de una ciudad que no era ni santa ni laica, ni fea ni bella, que tenía una gente arcaica y prosaica. No obstante, el cantante dominicano se olvidó de tocar en algo que era una característica impar de este lugar: el clima.

¡Sa! ¿Quién sería capaz de explicar a los visitantes de dónde venía ese calor endiablado?

Sí, la ciudad era demasiado caliente. Pero decir eso así, de una manera tan sencilla, sin superlativos, es poco. En veras, la ciudad era tórrida, sofocante, abrasadora, humeante como una caldera. Por farra, era costumbre freír huevos con tocino en las piedras hirvientes de las calles.

En verano, las temperaturas medias se quedaban entre veinte y nueve y treinta y cinco grados centígrados, mientras que las temperaturas del mediodía variaban entre cuarenta y cincuenta grados.

Por la noche, sin embargo, todo eso cambiaba y muchas veces hacía un frío de congelar los testículos desnudos. La temperatura podría caer de tórridos cuarenta grados a niveles siberianos. Eso fenómeno (más apropiado para climas de desiertos en regiones de Chile, Estados Unidos y Australia) no apenas ocurría en Ludovica, sino también en muchas otras ciudades de Santabella.

Al contrario de lo que pueda imaginar un forastero, tal fenómeno también era motivo de mucho orgullo.

Quizás por eso hay aquellos apasionados que creen que el pueblo de Ludovica es casi una raza especial, dotado de una energía vibrante que contagia a los forasteros. «Uno que beber el agua del Rio Piedra Rosa o del Rio Jupiará nunca más se olvidará de esta tierra, un día se volverá», proclaman con entusiasmo. Y el axioma parece ser verdad.

Si no es ni grande ni pequeña, tampoco bella o vieja en desmesura, ¿cuáles eran los atractivos arquitectónicos o turísticos de la ciudad?

Algunos ciudadanos más entusiasmados tenían el coraje de predicar que Ludovica era la más cubana de las ciudades de Santabella. Se debía encarar esto como una jarana, evidente. De Cuba, el vecino más cercano de Santabella, Ludovica tal vez tuviese la misma pobreza en demasía.

No había nada a destacar. La parte antigua de la ciudad no poseía el mismo encantamiento de lugares como Habana o Baracoa (en Cuba), o de Santo Domingo y de Santiago de los Caballeros (en la República Dominicana), o las bellezas naturales de Aruba y Curazao.

Ludovica debía parecer algo desesperado y ordinario a los ojitos centelleantes de un turista extranjero: las calles, los edificios, las plazas, los templos, las tiendas, los quioscos y las casas. No había un lujoso mall para hacer compras y gastar dinero. Había solamente el mercado central con barracas donde se vendía casi todo, de la sandalia de cuero al caldo de caña de azúcar.

La única sala de cine había sido montada en un almacén abandonado hacía algún tiempo. El

dueño era un profesor cubano. Las películas de Hollywood llegaban al público después de recorrer todo el circuito del Caribe, después de marearse en Nassau, Saint John's, Bridgetown, San José, Roseau, Belmopán, Kingston y Santo Domingo. De vez en cuando se proyectaban películas cubanas y mexicanas, pero al público no les gustaba, aunque los personajes hablasen el español y no se necesitaban subtítulos para entenderlos. De todos modos, casi todos preferían las historias de héroes y bandidos estadounidenses que hablaban un inglés desmoronado, para disgusto del dueño del cine.

La ciudad era una mezcla desazonada de pop con erudito, de modernismo con barroco, de folclórico con friki, de poesía concreta con prosa de Cervantes, de incredulidad con fe, de sacro con profano, de moros con cristianos, de azuquín^[5] con daiquiri, de chicharrita y revolico^[6] con comida china.

Era este paisaje heterogéneo lo que pasaba ahora por la ventana del coche de Héctor.

Para desopilar durante el viaje, él escuchaba la primera media hora del Giro de la Mañana en la Radio Tribuna, porque los redactores privilegiaban las noticias policiales y hospitalarias. Después cambiaba el dial para el programa Club de la Risa, de Jota-Jota Hernández, en la Radio Comunitaria, para actualizarse con los acontecimientos del mundo político.

Cuando no había nada interesante en las emisoras de Ludovica, sintonizaba una FM de Cocomiel. Prefería oír música romántica y rock de los años sesenta. Casi siempre se quedaba aburrido. En raras ocasiones tocaban buena música (o ese tipo de repertorio) a las siete de la mañana.

Sin embargo, la cabeza del capitán Héctor Suarez hervía.

El dolor en el pecho recrudecía más y más. La radio estaba ligada como siempre, pero él no prestaba atención en nada de lo que noticiaban. Se encendió un cigarrillo. No tenía el hábito de fumar dentro del coche (no quería impregnar los bancos con el hedor de nicotina y recibir las quejas de Angelita y de las hijas), pero en ese día no resistió y encendió un blanquito y se puso a fumar de manera ávida. Las palabras de Leticia martillaban sus neuronas: *Estoy embarazada... Hice un examen y dio positivo... No sé cómo sucedió... Yo uso condón con Tobías... No pongas tus manos en mí... ¡Tengo odio de ti!*

Sintió una puntada más fuerte en el pecho, como si un puñal lo traspasara el vano entre las costillas y alcanzara el corazón. De inmediato tiró fuera el cigarro y desaceleró el motor del vehículo. Dejó llegar a veinte kilómetros por hora. Puso la cabeza en la ventana y respiró el aire con un sorbo profundo. Pensó luego que sería un infarto. Podía ser. ¿Cómo iba a saber que no lo era?

Respiró una vez más. Esta acción provocó otro dolor intenso, ahora en la espalda, entre los omóplatos. Resolvió parar el auto en el acoso de la pista.

Pensó en llamar a alguien y pedir ayuda.

No.

Decidió que sería mejor esperar un rato.

Se quedó diez o quince minutos respirando con mucha dificultad, casi arqueando, pero poco a poco el aire fue oxigenando los pulmones y el dolor se disipó.

Permaneció apenas un chillido en el pecho, como un pequeño radio mal sintonizado.

Activó otra vez el motor del coche y se reanudó a la pista.

No iba a morir.

Al menos, no iba a morir ahorita, ya.

Quizás fuese muy temprano aun.

A las ocho horas y dos minutos llegó en el semáforo que se quedaba frente al edificio verde-musgo de la maternidad, en la Calle Ponce de León, cruzamiento con San Jacinto, donde buzos y niños disputaban parabrisas para limpiar.

Luego avanzó y pasó por el monumento erigido por la alcaldía en homenaje a la Revuelta de las Mujeres.

¿Monumento?

Inaplazablemente no se podía llamar aquel engendro de monumento o mismo de homenaje. Pero un día Héctor pasó a admitir que aquella aberración grisácea demarcaba la frontera invisible entre los barrios nuevos (Alborada, Le Corbusier, Niemeyer, Valle de las Cascadas y Villaje del Sol) y los barrios de otrora (Vila del Conde, Vila del Rey, Plaza del Chafariz y Ciudad Vieja). Pasó a utilizar este parámetro para medir las distancias de un punto a otro de la ciudad. A partir de allí, estaba seguro de que pasaría ocho o nueve minutos para llegar al departamento de policía.

Por lo menos Héctor arregló una atribución al objeto monstruoso. Era el tipo de obra hecha con dinero público que ninguna persona conseguía entender su objetivo. Después de todo, ¿para qué diablos lo hicieron? ¿Para embellecer la ciudad? Broma.

Sin dudas que la idea había brotado de la mente vacía de algún alcaide (Héctor no recordaba más cuál de ellos). Un hermoso día ese idiota despertó con espíritu emprendedor y decidió que sería bueno hacer un homenaje al importante —pero ignoto— episodio de la historia de Ludovica. ¿Y qué hizo el idiota? Sometió su idea a los concejales en la cámara, que se quedaron maravillados y la aprobaron por unanimidad. Así el inspirado alcaide separó una montaña de dinero (no sin antes desviar una parte para el propio bolsillo), encomendó el diseño a un renombrado y posmoderno ingeniero (que quizás tenga le cobrado el precio equivalente a dos o tres ambulancias novísimas), contrató a una empresa especializada en asentar paralelepípedos (administrada por un tío, sobrino o camarada muy cercano) y mandó levantar aquel bloque deforme de cemento y hierro en un lugar desierto y lleno de basura, al borde de la carretera.

Así es: un bloque horrendo, sin color, sin brillo, sin apariencia definida y sin gracia. Sin forma. Era la única definición posible para tal cosa. Llamarla de escultura modernista sería una afrenta al más ordinario de los escultores. Y, en vez de homenajear o hacer recordar, tal cosa ignominiosa menospreciaba —¡se enojaba! —el acto de bravura de decenas de mujeres de Ludovica.

Los historiadores denominaron Revuelta de las Mujeres el movimiento que ocurrió alrededor del año 1750, cuando la isla de Santabella era una pobre colonia española y Ludovica ni siquiera había sido elevada a la categoría de villa. Se llamaba Peñalba de Santabella (un homenaje que los colonizadores hicieron a Peñalba de Santiago, el pequeño pueblo situado próximo al Morredero y al Pico Cabeza de la Yegua, provincia de León, España). Ambas, por lo tanto, eran aldeas pequeñas y bucólicas, perdidas en medio a la mata.

Cierto día un batallón de treinta mujeres salió por las callejuelas del pueblo en marcha, con el objetivo de protestar contra la obligatoriedad del alistamiento militar, determinado por las autoridades españolas. Las mujeres hicieron de rehén el escribano de paz y, en plaza pública, rasgaron el libro y los papeles que reclutaban a los hombres de Peñalba para luchar contra invasores holandeses y piratas franceses que infestaban la isla. No era una acción inédita. En realidad estaban solamente repitiendo actos que venían sucediendo en otras ciudades, inclusive na capital. La líder de la revuelta, una viuda llamada Cayetana Piedrahita de Jesús, madre de dos

muchachos con edad de servir como soldados en la guerra, había llegado de viaje a la capital y había traído la noticia sobre el alistamiento militar obligatorio y también sobre las manifestaciones que brotaban. En varias ciudades, las madres de familias estaban invadiendo las reparticiones públicas y comisarías, armadas con piedras y pedazos de palo, para rasgar los documentos que convocaban a sus hijos y maridos. Cuando el escribano responsable del alistamiento llegó a Peñalba, en una tarde lluviosa de septiembre, fue recibido por jarrones de mierda y baldes de orina. Los hombres, temerosos de la reacción, se escondieron.

El capitán Héctor Suarez no era el único ciudadano de Ludovica a aceptar que tal acto heroico mereciese un justo homenaje. Un justo homenaje, sí señor, no aquella aberración. Tal vez un espectáculo en plaza pública, una exposición en la biblioteca, un busto de Cayetana Piedrahita de Jesús frente al Ayuntamiento, un óleo pintado en pinceladas clásicas o quizás una acuarela modernista, algo así, pero no aquello. Las mujeres indómitas merecían un homenaje más digno.

Ludovica debía mucho de su existencia a la valentía de sus mujeres. A empezar por el nombre, un justísimo —¡ese sí! —homenaje a la figura de María Ludovica del Corazón de Jesús Magallanes, que entró a la historia con el pseudónimo de Ludovica de Jesús.

Esa extraordinaria mujer nació el 13 de septiembre de 1808, en Peñalba, y murió el 29 de marzo de 1883, en París. Fue romancista, poetisa, cronista y una de las pioneras del feminismo en todo el Caribe. Ella publicó textos en periódicos de Madrid, París, Nueva York y Londres — dónde defendía los derechos más básicos de las mujeres, como el derecho de ir a la escuela, de votar, de ser votada, de elegir a su propio esposo (si así lo quisiese) o de no casarse jamás (si así le conviniese) —que escandalizaron a la sociedad hipócrita y machista de aquella época. Vivió en la capital de Santabella y fundó allí un colegio para educación de muchachas, la famosa Escuela Ciudadana, reconocida por el altísimo nivel de enseñanza, solo comparado al europeo. También escribió artículos y libros en defensa de los derechos de los indios y de los negros (a posteriori reunidos en el libro *Tierra, Dignidad y Libertad*).

En torno de 1840, Ludovica de Jesús ya era consagrada como educadora y escritora, frecuentaba las casas de autoridades y era invitada a ocupar altos cargos del Gobierno Colonial, cuando resolvió promover un cambio radical en su vida. Amaba Santabella, pero el aire caribeño y las poblaciones de virus y bacterias del lugar no la hacían bien. Así, acatando recomendaciones médicas, se mudó a Europa con su marido (un periodista francés llamado Aramis Prevost) y con su única hija Julia.

En 1850, viviendo en París, publicó dos libros en francés: *Histoires d'un Pays des Caraïbes Noir et Métis* (reunión de crónicas sobre la vida rural en Santabella, que hoy, traducido al español, es elemento obligatorio en las escuelas de la isla) y *La Lutte des Femmes Pour L'égalité et Dignité* (una colección de artículos sobre la emancipación femenina). Hay noticias y datos históricos de que Ludovica convivió e intercambió ideas con las más iluminadas mentes del mundo de las artes en Francia: Alexandre Dumas, Alfred Victor de Vigny, Charles-Pierre Baudelaire y Gustave Flaubert.

Murió de tuberculosis en y fue enterrada en el Cimetière du Père-Lachaise, en París.

Peñalba de Santabella se convirtió en Ludovica en 1938, un homenaje a su hija más ilustre. El cambio del nombre ocurrió a través de un decreto firmado por el jefe de la alcaldía de la época, primo lejano de Ludovica de Jesús. A principios de 1950, seis décadas después, los restos mortales de la gran escritora fueron llevados a su tierra natal. Primero se quedaron en la iglesia matriz de Santa Teresa y quince años después fueron trasladados a una tumba construida en el

lugar donde ella nació.



Cuando capitán Héctor pasó enfrente al puesto de salud de la Plaza del Chafariz, quiso parar y buscar ayuda médica. El dolor agudo en el pecho volvió de modo súbito. Esta vez era tan fuerte que él orinó un poquito en los pantalones. «Dios», él pensó, «estoy muriendo».

No se detuvo. Decidió que si iba a morir en ese día, quería cantar el manisero^[7] de modo digno: dentro del departamento de policía, sentado en su silla, rodeado de papeles, tomando un café aguado, y no en la cama inmunda de un puesto de salud.

Así que aceleró el vehículo. Por sus cálculos, estaría en su destino en cinco minutos. «Arranca, arranca, no pare ahora», murmuraba bajito, pero no estaba seguro si imploraba para que el propio corazón no dejase de pulsar o para que el coche no parase. De estampía, divisó la calle donde estaba ubicado el departamento de policía y estacionó bajo el viejo cinamomo. No tuvo dificultades para abrir la puerta del vehículo y caminar a pasos rápidos hasta el edificio carcomido. Entró en la recepción y se derrumbó en una silla.

—Estoy muriendo —dijo para la primera persona que avistó venir en su dirección.

Era la policíaca Salma Palacios, o apenas Sal para los íntimos, una mujer robusta, de piel morena y cabellos cortos. Los colegas bromeaban en secreto, chamándola de marimacho, machorra, cachapera y pichi & barro. Ella era consciente de los chistes, de los susurros sexistas, pero no perdía el sueño por eso. Las chispas todavía no le quitaban la consideración. Sal era respetada por ser pionera, ya que había sido una de las primeras mujeres a hacer frente al prejuicio e ingresar a la Policía Nacional. No había muchas. Quizás diez, nomás. A pesar de su porte titánico y su gesticulación llena de virilidad, su rostro tenía una expresión de dulzura.

El capitán no murió. Sal le arregló un ansiolítico, un té de manzanilla y él se calmó. El dolor desapareció enseguida.

La policíaca, que tenía curso de auxiliar de enfermera, le intimó a irse a un médico.

—Vámonos luego, que ya estoy nerviosa de verte así.

—Cálmate, Sal. Estoy bien. Voy al médico más tarde —él dijo. —Te lo prometo.

Enseguida cumplió la rutina de todos los días, como si gozase de excelente salud: papeó con los agentes, se enteró de los acontecimientos del día (no había podido escuchar nada del noticiario policial durante el trayecto), leyó los títulos de los periódicos y esperó la llegada del escribano para iniciar su labor. Abdicó del café y de fumar —¡por un rato apenas! —porque Salma le confiscó el paquete de cigarrillos y después escondió la cafetera en el armario de la cocina.

El escribano, un sujeto alto y larguirucho, llegó a las ocho y cuarenta y siete. Fue directo a la sala donde el capitán Héctor estaba.

—Buenos días, jefe. Discúlpeme por el retraso—, él dijo, mientras se sentaba a su mesa y activaba la computadora. —Ayer fui a tocar guitarra en la descarga de cumpleaños de mi sobrina y tomé un carrusel de mojitos y daiquiris. Me desperté con un terrible dolor de cabeza.

Se llamaba Daniel San Sebastián, pero pocos conocían su verdadero nombre: era Sebas para todos. También era, además de buen escribano, excelente guitarrista y bongosero, el rey de los boleros cubanos.

—Está malo el día para mí también —Héctor balbució.

—¡Allá va eso! ¿Qué te pasó?

—Mi hija está embarazada...

—¡Ah! Serás abuelo. ¿No es jevi?

—¿Jevi? Ella tiene veinte años y el novio es un estudiante desempleado.

—¡Qué mierda!

—Sí, una grandísima mierda. Pero eso no es lo peor...

—¿No?

—Cuando venía al departamento, en medio del camino, sentí un dolor horrible en el pecho. Pensé que iba a morir.

—¿Ya no te has ido al médico?

—No, pero voy más tarde.

—Cuídate, capitán. Tú siempre dices eso y nunca vas. Este dolor, que yo sepa, no es cosa nueva.

—Hoy yo voy. Te lo prometo.

—A ver...

Sebas concluyó la operación de activar la computadora y luego hizo mención de encender un cigarrillo.

—Por favor, no fume aquí —le pidió el capitán.

—Discúlpeme. No pensé que...

—Hoy no puedo fumar —le explicó —por cuenta del dolor en mi pecho. Tú lo sabes, si siento el olor de nicotina, no consigo resistir...

—Entiendo. Voy a fumar en el patio. Me vuelvo en un ratito.

Cuando el escribano salió, Héctor empezó a buscar algo en una pila enorme de papeles que desfiguraba su mesa. La sala era un escaqueo: armarios abarrotados de procesos, chatarra de máquinas de mecanografía y ordenadores jurásicos apoyados en una pared mojada, avisos de forajidos por todos lados, aparatos telefónicos sin utilidad, hilos, revistas, periódicos y libros, todo ese basurero en un espacio de poco más de veinte metros cuadrados.

Sebas regresó después de cinco minutos. Todo su cuerpo exhalaba el olor de la nicotina. Héctor sintió ganas de fumar también.

—¿Qué tenemos para resolver hoy, capitán? —Sebas indagó y se sentó.

Héctor sacó del bolsillo de la camisa su cuaderno de jeroglíficos, localizó la página del día diez de diciembre:

*09h***test ***cso trcn***abs***vln*

(Traducción para un lenguaje comprensible: nueve horas— testimonio— caso de traición— abuso sexual— violación).

—Voy a tomar el testimonio del señor Gael Valderrama, el marido traído —Héctor respondió, riéndose.

El escribano se levantó, caminó hasta el pasillo del Departamento y dio órdenes rápidas para dos agentes. Retornó y se sentó de prontitud ante la computadora.

Dos minutos después, los agentes entraron en la sala conduciendo a un hombre alto, delgado y abatido. Vestía un pantalón rasgado, pulóver amasado y tenía picaduras de mosquito por toda la cara, señales que no había pasado una noche muy tranquila. No era viejo: aparentaba tener treinta o treinta y cinco años.

—Puedes sentarse, señor Gael —el capitán dijo y le apuntó a una silla.

El hombre se sentó.

—¿Tienes un abogado?

—No, men, no tengo.

—Tienes derecho al defensor público. Si deseas, yo te conseguiré uno.

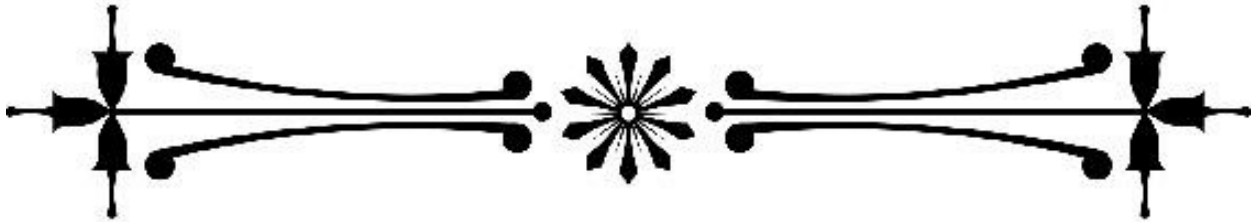
—No es necesario —dijo. —Cuando el mal es de cagar, no valen guayabas verdes. Ahora deja que llueva.

—¿Te sientes bien? —Héctor preguntó, aunque no estuviese preocupado por el estado físico del acusado. Solo cumplía las formalidades para parecer simpático.

—Sí, men. Bien y sano.

—Ok —el capitán balbució. —¿Podrías explicarme otra vez cómo sucedió esa historia? Por favor, dímelo todo, con los pormenores, suéltalos ya.

El hombre dio un suspiro hondo, cerró los ojos por un instante y empezó a contar su versión...



— Soy un hombre pacato, capitán, y nunca tuve coraje de torcer el cocote de una gallina, pero cuando vi la escena delante de mí, en mi propia cama, confieso que perdí el control y la razón. Pregunte a la gente que vive alrededor de la Plaza del Chafariz y tutilimundi va a confirmar que soy un bacano. Gracias a papá Dios, no soy fana. Pero la escena fue demasiado fuerte, un tablazo que me afectó los nervios. No me pregunte cómo lo hice la cosa, porque en verdad nunca me he gustado cumbanchear^[8] con algún maricón, ñañe, nunca había comido carne de gallo, ni en sueños, soy un hombre con H mayúsculo, nunca me comporté como un descocado, un bujarrón. Hasta me espanté, pues en la hora todo funcionó como nos conformes y no me quedé sarasa un segundito. Ni siquiera me dé cuenta de la audiencia. Tengo treinta y cuatro pirulos, dieciséis de matrimonio, soy padre de un niño de diez, y te lo juro por Dios que esta ha sido la primera vez que lo hice eso tipo de singueta^[9], capitán. Ni siquiera cuando era chamaquito tuve esas voluntades. Para mí, eso nunca fue cosa de hombre serio. No soy de hacer esas cosas, ñañe. Empecé a currelar muy temprano para ayudar a mi pura que se quedó viuda. Dé hasta baño en perro para ganar dinero, solo nunca quité lo ajeno. También no dejé deirme a la escuela, porque siempre quise ser alguien en la vida. Y también porque mi madrecita no paraba de repetir: «Nada tengo para darte, a no ser la educación». Y era verdad. Por eso yo estudiaba. Era casi un abelardito.^[10] Y fue en la octava serie que conocí María Teresa. Tequila, para los íntimos. Lo que me fascinó de pronto fueron sus lolas. Eran hermosas de morir. Preciosas. Las ancas también eran de provocar un terremoto, pero no se igualaban a los senos, una perfección. Como éramos los más pobres de la clase, la aproximación entre nosotros ha sido algo inevitable. Pasamos a sentarnos juntos y a dividir los papelitos para copiar en los exámenes, los llamados trencitos. La amistad se

convirtió en hallazgos, confesiones, revelaciones y confabulaciones. Con brevedad, me convertí en un becerro que quería vivir colgado a todo instante en los senos de María Teresa. Siempre que me iba a su casa, nos quedábamos en un rincón de la sala, sentados en taburetes, y cuando sus padres bajaban la guardia y descuidaban de la rígida vigilancia por cualquier motivo, me sumergía la cara en los pechos de María Teresa y enfilaba los dedos por entre sus piernas, intentaba desbravar su mata virgen y húmeda. Ella se quedaba callada, no soltaba un chillido. ¡Ah! Era cosa de loco, men, cosa de loco. Me encantaba eso. Me encantaba también cuando, de refilón, en silencio casi absoluto, ella abría la braguilla de mi pantalón, agarraba mi cobra endiablada, bajaba al pozo y —de rampampán^[11] —la hacía vomitar. María Teresa realizaba esa misión con una clase irreprochable, pues parecía haber sido diplomada en sacar el jugo a la aceituna. La vida no era mejor porque yo no tenía guaniquiqui^[12] para llevarla al cine, al parque, para tomar un barquito o beber un cortadito, esas cosas que tanto agradan a las mujeres. A los diecinueve años, inventé un tipo de gallo tapado, una especie de lotería donde los números son representados por animales, como el capitán lo sabe muy bien. Monté banca frente a un liceo y empecé a llenar los bolsillos de billeteaje. Por la reacción de su cara, capitán, por el color de sus mejillas, hasta me imagino lo que tú estás pensando ahorita: entonces, para empeorar, además, el hijoputa es contraventor también. Sí, sí, capitán, no voy a negarte. Puedes llamarme contraventor, infractor, maleante, como lo quieras. Pero para mí esa es una manera digna de ganar dinero. Todos en la policía saben que no robo a ningún hijo de Dios. Nuestro negocio se quedó tan serio cuanto la lotería del gobierno. ¿No lo crees? Visita mi puesto un día para que tú lo veas como todo es muy sofisticado, con ordenador, panel electrónico, un montón de cosas. Solo tú viendo para que lo creyeras. Empecé a ganar dinero y casé con María Teresa al año siguiente. He realizado un sueño. Debería estar muy contento. Ñañe. Sucedió una cosa muy extraña, capitán. Muy extraña. Los pechos de Tequila ya no me parecían más tan hermosos. ¿Qué había pasado? Los encontré derribados, chupados, sin color y sin brillo. ¿Tú lo sabes cómo se queda una manga aplastada? Por lo tanto, ahí na más, de esa manera. Pero ella aún mantenía un encanto que me dejaba perturbado y me encendía la candela hasta de madrugada. Para mí no existía otra mujer, a pesar de los senos flácidos. A la hora de la singada, intentaba no mirar más a los pechos de Tequila, miraba a otras partes. Durante todos estos años, nunca (¡nunca!) levanté cualquiera desconfianza contra mi esposa. Era una santa, madre de mi hijo, José Pedro, mi más precioso tesoro. María Teresa, al contrario, me pintaba como mandinga, alguien mucho malo, un demonio. Decía que yo vivía de coger con todas las fleteras de la Vila del Conde y Plaza del Chafariz, que yo gastaba mi dinero en los bares, bebiendo con mis panas borrachos, que yo era un cáncamo, que era eso y aquello, un zarrapastoso. Yo me quedaba callado, no la retrucaba. Dicho de otro modo, capitán, las cosas en mi casa iban de Guatemala para Guatepeor. María Teresa ya no era aquella muchacha hermosa y cariñosa con quien me había casado. No era, no, señor, ni de lejos. Pero yo permanecía enamorado como en nuestro primer día. Todavía el peor aún estaba por venir, porque, como dice aquella cita popular, al dedo malo todo se le pega. Un día recibí la carta. Sin más acá ni más allá. La pusieran dentro de mi establecimiento. Carta bien escrita, dibujada a mano, letra de mujer. Mujer o casuelero.^[13] Decía que María Teresa tenía un amiguito y que singaba con él en nuestra propia cama. Fue un duro golpe, capitán. Me quedé aturdido. Sufrí pila con eso, pero decidí no dar importancia, usar la razón. ¿Qué más da? Intenté engañar a mí propia consciencia: «Cágate en eso, Gael, es intriga de quien no tiene qué hacer», yo pensé. Pero recibí otras dos cartas, todas con la misma delación. La primera daba detalles, día, hora de entrada y de salida, color de la ropa,

estilo del pelo, hasta la información de que el donjuán usaba un perfume amansaguapo. En la segunda, vino una proposición diabólica, casi una orden: ¡Tú inventa un viaje y haz el flagrante, saco de tarro! Saco de tarro. ¿Comprendiste lo que me estaban diciendo, capitán? Era así que me llamaban: saco de tarro. ¿Sabes lo que eso significa, no lo sabes, capitán? Era el lenguaje chulo de las furrumallas, las personas de baja ralea donde yo vivo. Significa el mismo que cornudo, capitán. Cornudo. Cachón. Aquellas palabras se quedaron martillando en mi chola por un buen rato: ¡Inventa un viaje! Fue lo que hice, capitán. Inventé un viaje de quince días, arreglé las maletas y partí. Ver mi hijito llorando por cuenta de mi partida fue de cortar mi corazón. Casi desistí del plan, pero me mantuve firme. En realidad, ni siquiera salí de Ludovica. Me alojé en una pensión ubicada en la Vila del Conde, dejé pasar algunos días y fui a visitar a mi esposa después de la medianoche. Me pareció ridículo tener que hacer eso, pero necesitaba matar a las pulgas que me atormentaban. Utilicé una copia de la clave y la pericia de un mañoso, penetré en mi propia residencia y caminé directo a la habitación. Ah, capitán, qué cosa difícil. Allí estaba mi santa, desnuda en la cama, sentada en el regazo de un gigante. Mi socio. Yo nunca había visto tal mengano en toda mi vida. No era persona de mi círculo, aun así. Imagínese si fuera un compay, un compañero de trabajo, gracias a Dios. María Teresa lo abrazaba con fogosidad, como si quisiese meterse en su cuerpo. Con una mano, él palpaba los senos de ella, que, extrañamente, en aquella hora, me parecieron tan duros y tan blandos como en la época del colegio; y con la otra acariciaba las ancas y daba palmadas suaves. A continuación, vi cuando el susodicho introdujo cuatro dedos en la papaya de Tequila, antes una exclusividad mía. María Teresa gimió un gemido que nunca había escuchado en esos dieciséis años de convivencia. Gemía y gritaba. Gritaba palabras tan locas que parecían salidas da boca de una putona sin escrúpulos. De hecho, nunca había visto a una mujer tan llena de nombre feo. Ni mismo en el bayú^[14] de Sandoval que se queda en Mata-Mata. Ella agarró el morrongón del fulano y pasó a acariciarlo y chuparlo con voracidad, con tal refinamiento que yo nunca había conocido. Después, en un movimiento de gimnasia olímpica, como las chicas que hacen volteretas en las anillas y en las vigas, ella abrió las piernas y permitió que aquel instrumento del otro mundo penetrase hasta el fondo de su hendidura oscura. Santa Madre de Dios, capitán, ¿qué era eso? Mi esposa estaba poseída, con el diablo en los cueros... Empezó a gritar con desesperación, pedía para ser rasgada, quería ser devorada y chupada. Y para mi sorpresa, en otro cambio radical de posición, ella se quedó de cuatro, ofreciendo las caderas para el gigante. Si no tuviese visto con mis propios ojos, no creería. «¡Clava, Gonzalo, clava su pija en mi culo, clava todo, quiero sentirme como una perra!», ella decía. Gonzalo. Por fin, yo sabía el nombre del violador. Gonzalo. ¿De dónde era él? ¿Hijo de quién? ¿Cómo ella lo conoció? ¿Era albañil, peluquero, policía, carnicero, mecánico? ¿Quién era él? Mi cabeza estaba a punto de estallar, capitán. «Vaya, Gonzalo, vaya», la chancletera decía, «no pare, quiero ser violada». El fulano no paraba, por supuesto. Y María Teresa, en delirio, pareciendo anestesiada, pedía más y más. Nunca había visto tanta hambre de güevo.^[15] En dado momento, resolví que el espectáculo ya había pasado de la cuenta. Ambos necesitaban pagar por los cuernos que ardían en mi pobre chola. Me alejé del lugar como un ratón aturdido y me fui al bar de la esquina. Invité a todos los bichicomes que encontré para asistir al espectáculo que yo pretendía protagonizar. Con mi colt en una mano —ese que está ahí, capitán, en su mesa— y dos dosis de coñac en la cabeza, entré en mi casa una vez más y ensamblé el revolú. María Teresa aún estaba con el cholón de su amante en la boca y por un tilín no se ahogó cuando yo invadí al cuarto hecho un malhechor. «Gael, perdóname», ella imploró. «Por papá Dios, no me mate», el cabrón gritó. Confieso que sentí ganas

de matarlos. Sangrarlos y matarlos. Pero decidí hacer algo peor. Una humillación se paga con otra. Ante los ojos incrédulos de mis entusiasmados espectadores, me quité los pantalones y caminé hasta a la cama donde estaban los dos perversos. Puse el cañón del revólver en el oído de Gonzalo, que temblaba como una gelatina, y ordené: «Quédate de cuatro, si no quieres morir». El fulano obedeció como un cordero, pero la cuernera^[16] protestó, intentó impedirme conocer nuevas sensaciones. Nunca golpeé a una mujer, capitán, pero fui obligado a usar la grosería para amansar a la traidora. Por lo tanto, como un lobo hambriento, penetré mi poronga en el culo del sujeto. Lo siento, capitán, no hay quiquiriquí o frase estudiada para decir tal cosa. Fue eso mismo que lo hice: metí mi salami duro en su culo. Sentí mi corazón vibrar en golpes descompasados, mientras un temblor incontrolable se apoderaba de las piernas del pobre diablo y un sudor helado invadía sus pelotas (creo que eso es lo que sentía, porque eso es lo que siento cuando tengo miedo). Yo penetraba al infierno con mucha serenidad, escudriñando cada rincón de aquella cosa nueva con mi tridente en llamas. Me sentía un caballero valiente, desmayado, sin decir ninguna palabra, bajo los aplausos y gritos de bis de mi platea maravillada. El restante de la historia ya tú lo sabes, capitán, ya te he contado cuando llegué aquí. Dímelo con toda sinceridad: si tú estuvieses en mi lugar, ¿no harías lo mismo?

Sebas carcajeó con la pregunta, pero el capitán Héctor no perdió la compostura. Cogió la barbilla y pensó un rato antes de hablar.

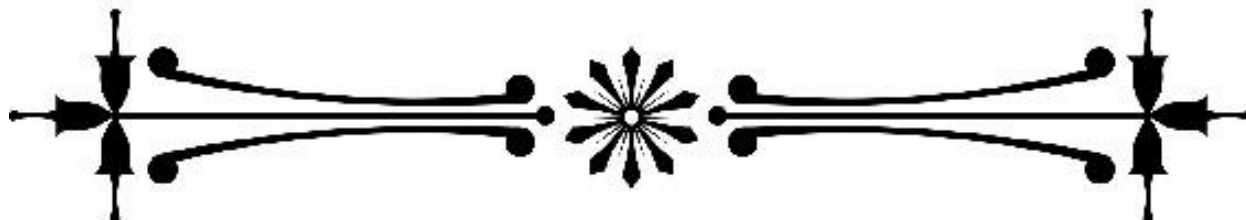
—No te voy a responder a esa pregunta—Héctor le dijo. —Pero confieso que no me gustaría estar en tu lugar.

—Fue una experiencia muy dolorosa, capitán —el hombre señaló.

—Me lo creo que sí —Héctor por fin sonrió, acompañando la carcajada del escribano. — Una experiencia dolorosa para ambos: para ti y también para la víctima sodomizada.

—Sí, estoy muerto de vergüenza, men —Gael lloriqueó. —Debería haber matado a los dos. Habría sido mejor, mucho mejor.

—Voy a intentar explicarte la situación, mi caro —el capitán volvió a quedarse serio. — Primero: tú fuiste arrestado infraganti por la policía en la escena del crimen. Segundo: tú portabas de forma ilegal un revólver que, para azar tuyo, había sido robado de un agente de policía hace tres meses. Cuarto: apuntaste ese artefacto a la cabeza de un hombre y lo amenazaste de muerte; aunque no disparaste, cometiste un intento de homicidio. Quinto: golpeaste a tu esposa de una manera tan violenta que ella está internada en un hospital, en estado gravísimo, con casi todos los huesos de la cara fracturados, incluyendo el maxilar y la nariz. Sexto: al enrabar al amante de tu esposa, poniendo un revolver en tu cabeza, practicaste una actividad sexual no deseada, usando la fuerza y haciendo amenazas, mientras que la víctima estaba incapacitada de negarte consentimiento. En otras palabras, señor Gael Valderrama: violación. Antes, cuando un hombre cogía a otro a la fuerza, esto se llamaba un atentado violento al pudor. Pero hoy eso se considera violación acá en nuestro país. Y para empeorar, aun invitaste a una horda de cacharros para asistir a tu espectáculo degradante y violento. En resumen, señor Gael, acabaste más jodido que Gonzalo. En sus propias palabras, las cosas ahora están de Guatemala para Guatepeor.



Dieve y cuarenta y ocho de la mañana. Héctor y Sebas decidieron hacer una pausa.

El escribano fue primero al lavamanos y después se dirigió al patio para fumar un cigarrillo.

Ya el jefe de policía, por su vez, caminó hasta la ventana de su sala para observar el movimiento de las calles y de las casas que se ubicaban en torno del viejo edificio del departamento. Buscaba, de alguna manera, espantar las ganas de fumar que no les daban sosiego. Se sentía un poco mejor ahora. El dolor en el pecho, casi por milagro, se había desaparecido por completo. Al menos era lo que aparentaba.

Tal vez pudiese tomar un trago de café, pensó.

No, no. No lo haría.

Si tomase una taza de café, fatalmente sentiría deseos de fumar. Era inevitable.

Pensó en la situación del contraventor Gael Valderrama. Que desgracia. No había mucho que hacer. Quizá él tuviese que gastar casi todo el dinero de su negocio de loterías clandestinas para pagar un abogado de primera. Sería difícil librarse del encarcelamiento.

Como jefe de policía, el capitán Héctor nada podía hacer, a no ser el cumplimiento de la praxis, labrar los autos, encaminar el proceso a la justicia y mantener el acusado preso hasta que las autoridades se pronunciasen.

Gael corría serio riesgo de experimentar de su propio veneno, o sea, ser desflorado en la cárcel. Había una ley propia de los presos, un tipo de código de Hammurabi basado en la máxima «ojo por ojo, diente por diente»: todo violador debe ser violado. A veces eran más bárbaros y raspaban las cejas del castigado, le penetraban con objetos variados, le daban baño de meo y masaje de mierda. Por cautela, el capitán dio órdenes para no colocarlo en la misma celda de los prisioneros más violentos.

Héctor pensó también en la esposa inmóvil sobre un lecho hospitalario, con el rostro deformado para siempre.

No había dicho nada a Gael, pero los golpes provocaron un traumatismo grave en el cráneo de la mujer. Los médicos no se habían pronunciado de forma perentoria, pero era muy probable que ella sufriese secuelas inexorables o se quedase paralítica por toda la vida. Si sobreviviese.

Pensó también en José Pedro, el niño de diez años, pobrecito. Había sido transferido a la casa de los abuelos paternos. Ni siquiera sabía lo que había acontecido con los padres. Este sí, la gran víctima.

¿Quién era el mayor culpable de esa tragedia? ¿El marido que dejó de valorar a la esposa? ¿O la esposa que buscó satisfacción en una aventura extraconyugal por no sentirse valorada?

Era difícil responder.

Tal vez Freud explicase.

El propio capitán vivía en casa una situación análoga.

Héctor y Angelita. Veinte años de matrimonio. Dos hijas. Dos décadas de convivencia en común. Dos extraños. Dos enemigos. Dos criaturas que ya no sabían más cómo tolerarse y ni mismo respirar el mismo aire.

No había más diálogo entre Héctor y Angelita. Había contiendas, colisiones, enfrentamientos. Había odio y asco mutuo, padecimiento, remordimiento, resiliencia y resignación.

¿A quién cabría dar el primer paso para el fin de esta pesadumbre?

¿Quién daría el pulso a torcer?

¿Quién asumiría la culpa de decir al otro que no lo ama más?

En ese punto parecía que Freud tenía razón: que muchas veces la tarea de evitar el dolor (del compañero o de la compañera) acababa adquiriendo prioridad sobre la de obtener el placer. Alguien estaría siempre huyendo del diálogo para evitar el dolor del otro; estaría siempre posponiendo el divorcio —la separación, la despedida, el adiós, el rompimiento— para no provocar el dolor. Parecía más fácil buscar el placer en lo oculto, en lo privado, en medio de la niebla, porque en público era preciso estar siempre preocupado en evitar el dolor. El dolor de la pérdida, el dolor del fracaso.

La despedida casi siempre acababa por traer una sensación de fracaso y de impotencia. Sin embargo, cuando se llegaba a cierto nivel de menoscabo y degradación entre ambos, solo se quedaban posibles dos salidas: la separación o la muerte.

Cuando se llegaba a ese punto, todo caería de manera casi inevitable.



Ah, iba a fumar. No se resistió. Para disimular, no pediría a Salma su paquete confiscado. Mejor sería comprar otro. Llamó a un agente a hurtadillas y le pidió que fuese a la esquina comprar cigarrillos.

—No diga nada a Salma —le pidió.

El agente regresó con un paquete de Marlboro y él atacó uno de inmediato. Fumó con sorbos ávidos, llenando sus pulmones de humo y luego soltándolo en formato de olas. Le gustaba hacer cabrilleos de humo, era un buen pasatiempo. Después formó arcos olímpicos, nubes, gaviotas y tornados.

Sebas continuaba en el patio. Imperturbable, charlaba al teléfono. Parecía ser una

conversación agradable porque se reía, se reía mucho, alto, a los estrados, irradiando su felicidad a todas las salas y celdas de la Comisaría. Daba vueltas por el patio como un pavo real. Tal vez hablase con su esposa. ¿O sería con su amante?

De su lugar, Héctor evaluó que el colega no tenía perfil de tener una amante. No.



Retomaron el trabajo a las diez horas y siete minutos. Estaban siete minutos atrasados para el compromiso siguiente, anotado en la cadeneta de Héctor:

*10h***test***señr***pens***vend***lnts*

Traducción: diez horas —testimonio —señora de la pensión —caso del vendedor de lunetas.

—¿Ella ya llegó? —Héctor preguntó al escribano, sentándose en su silla giratoria, cuyo acolchado estaba repleto de agujeros y rasgones, como si hubiera sido atacado por un felino.

—No, no —Sebas respondió.

El capitán ponderó que había tiempo para fumar otro cigarrillo, tomar un café, hacer una llamada telefónica y resolver otros asuntos.

El escribano pidió permiso para ir de nuevo al patio.

Héctor, por su vez, resolvió telefonar para su madre. Tal vez el caso de la señora de la pensión tenga hecho con que el capitán se acordase de su vieja. Había dos días que no la llamaba. Decidió hacer eso en aquel instante. Tomó el teléfono y tecleó el número. Esperó por treinta segundos hasta que alguien atendió al otro lado.

—¿Aló? ¿Ma? ¿Cómo estás? Ah, sí, ya. ¿Hizo el examen? ¿No? ¿Por qué? Tienes que hacerlo, ma. ¿Quieres que te tome? ¿Cuándo? Está bien, yo voy. Me cuenta una cosa: ¿tú aun frecuentas aquella casa de juego que está de frente al Liceo Católico? No me vengas con bulto, ma, por favor. Tú lo sabes que aquel chiquero es una lotería ilegal. Eso es contravención, ma. No, no es lo mismo que las loterías del gobierno. El dueño está atrapado ahora, ¿lo sabías? Sí, sí, está aquí. Golpeó a la esposa porque la sorprendió con un amante. ¿Me entiendes? Por esa razón no quiero mi madre frecuentando estos lugares. Angelita me dijo que la vio entrando en eso lugar sórdido con una amiga y que en ese mismo día la señora llamó a ella pidiendo dinero prestado. Sí, ella me dijo ya. No, no, señora. Angelita se preocupa contigo, con su salud. No, no, eso no es verdad. Ella solo hizo una alerta. La señora está siendo injusta con Angelita. No, eso no viene al caso. Lo sé que esa es su única diversión, pero no es salubre. Tú lo sabes, ma. Ni para tu salud ni para tu bolsillo. Ni a mi bolsillo también. No, no fue eso lo que quise decir. No soy ingrato. Claro, yo sé que el dinero es tuyo, no dijo que no era. Sí, lo sé. Está bueno, no tienes que repetirlo, sé cuántos años tienes. Sé que eres muy crecida para portarse así. Dime, ¿vas al gym? ¿Por qué? La señora está inventando eso para no ir al gym. ¿Quién dijo eso? ¿Vio en la tele? ¿Qué programa? No, no, eso no existe. No, no. La señora tiene que volver al gym. No es porque su amiga Agustina no va más que la señora va a desistir. No, no. Está bueno. Yo voy, te lo prometo. Sí, llevo. Ya, ma, ya te lo dije que te llevo. Sé cómo la señora te gusta, no te preocupes. Está bueno. Me tiras. Un besito. También te amo.

La madre de Héctor se llamaba Baena. Era viuda y vivía en compañía de una empleada

(cocinera, camarera, enfermera y espía al mismo tiempo) en una casa enorme en Villaje del Sol. Era otra de las grandes preocupaciones del jefe de policía. A los setenta años, ella había pasado a frecuentar casas de juegos de azar y a buscar compañías masculinas en anuncios. Por más de una vez, la empleada —cuyo nombre era Ada —flagró Baena marcando encuentros con jineteros. Era necesario redoblar la vigilancia, Héctor pensó. Tal vez él tuviese que contratar un guardaespaldas o algo semejante para seguirla. La empleada le contó que, en los últimos meses, ha notado la desaparición constante de artículos de gran valor de la residencia, principalmente utensilios de plata, piezas de cristales, conjuntos de vajillas inglesas, joyas y electrodomésticos. Si Héctor no tomase una providencia, la chica advirtió, la casa iba a quedarse vacía en poco tiempo. Otra señal de que había peligro era que la madre se quedaba a menudo sin dinero. Y eso era algo descabellado para quien recibía una pensión millonaria del gobierno nacional. Con certeza, los espíritus jugadores y borracheros andaban consumiendo parte de su dinero. Desde muy joven que Héctor ya se había acostumbrado a ver a su madre alcoholizada, provocando baraúnda en las fiestas y en los encuentros familiares. Con el transcurrir del tiempo, los desbarajustes también se volvieron corrientes en el interior de la propia casa. El padre, teniente coronel del Ejército, mientras vivía, intentó establecer algunos límites para las francachelas de Baena, pero nunca logró éxito en su intento. Cuando se daba cuenta, la encontraba caída por encima de un mueble, en el lavabo, en el jardín, en la escalera o en el interior del ropero. Fue así por cuarenta años de matrimonio. Ahora, al final de la vida, después de viuda, ella añadió los naipes y picaflores a los vasos de wiski y vodka.

El jefe de policía anotó en su cuadernito un aviso para no olvidarse de contratar un guardaespaldas para seguir la madre, ni que fuese un servicio a escondidas, sin que ella supiese.

En eso instante, Sebas abrió la puerta de la sala y trajo la información:

—La señora de la pensión llegó.

—Mándala entrar, porfa.

Sebas desapareció por un instante y luego regresó en compañía de una señora raquítica y de piel blanquecina que parecía tener sesenta y pocos años. Su rostro estaba casi todo cubierto por un enorme par de anteojos oscuros.

Ella se llamaba Pilar Salvatierra.

La abogada de la señora —una muchacha rubia, alta, de ojos verdosos y un aire simpático, elegantemente vestida en una combinación azul —entró también en la sala y se sentó en una silla giratoria que estaba al lado de un armario oxidado y sin puertas.

Pilar sonrió y saludó al delegado y al escribano con el gesto característico de la reina de Inglaterra, solo con las puntas de los dedos. Antes de sentarse, ella sacó de la bolsa dos libros de poemas. Los ejemplares eran novísimos, recién salidos de las entrañas de la máquina de impresión, aún con el olor indescriptible que solo los libros nuevos poseen. Era imposible no notar la belleza de la tapa dura: un pájaro majestuoso posado en la rama de un árbol, pareciendo estar listo para irradiar su canto extraordinario en una mañana vibrante, con el plumaje pardo-rojizo brillando al sol. En la foto de colores intensos, saltaba en amarillo-oro el título de la obra: Canto Triste del Pájaro Herido —Poemas de Amor y Dolor —de Pilar Salvatierra.

—Un pequeño regalo para ustedes —dijo con una voz suave, y enseguida entregó los libros, uno para Héctor y otro para Sebas. —Acaba de salir. Son mis últimos lamentos.

El jefe de policía y el escribano se quedaron tan sorprendidos con la actitud inusitada de la señora que, por segundos, no supieron qué decir o hacer. Recibieron los libros, balbucieron una o dos palabritas de agradecimiento y luego fueron a ver lo que ella había escrito en la primera

página para cada uno. Solo después de eso, ella se sentó y sacó las gafas que le cubrían los ojos taciturnos.

Héctor cumplió algunas formalidades, discutió detalles con la abogada, confirió algunas páginas del proceso, leyó extractos de testimonios anteriores y resolvió comenzar. En los últimos sesenta días, ese era el tercer intento de interrogar Pilar Salvatierra, la dueña de la pensión más popular de Ludovica. Los otros dos se convirtieron en retumbantes fracasos.

Hace dos meses, la pensión de Pilar, ubicada en la parte colonial de la ciudad, no muy lejos del departamento de Policía, fue escenario de un bárbaro y —hasta hoy —misterioso homicidio. El interrogatorio de aquella mañana buscaba explicaciones para los motivos del crimen.

—Voy a retomar nuestra conversación —Héctor empezó —con la misma pregunta que la hice desde la última vez que hablamos, si la señora no se molesta.

—Bien de bien —ella murmuró bajito. —Si yo supiera de las respuestas, le diría con mucho gusto.

—Tengo la convicción de que la señora va a saber todas las respuestas.

—A ver —Pilar dijo, riéndose. —Y, por favor, no necesita ser tan ceremonioso conmigo. Olvídate de esa terminología «señora». Puedes llamarme de tú o vos, teniendo en cuenta que la «santa señora» está en el cielo.

—Claro, claro —Héctor asintió, riéndose. —Vamos a empezar hablando de Aquiles Mercado...

—Un chico muy guapo...

—¿Puedes contarme sobre todo lo que ocurrió con él?

—Apenas sé que está muerto.

—Sí, tú lo mataste.

—Dios lo tenga en un buen lugar.

—¿Por qué lo mataste?

—No lo sé.

—¿No te acuerdas cuál fue el asunto de la charla que tuviste con Aquiles Mercado en el día del crimen?

—No.

—¿No te acuerdas de nada?

—Nananina. Lo siento.

—¿Sabes quién es Chango Miramontes?

—Sí, claro, lo sé. Era mi huésped. No es más. Hace mucho tiempo que no lo veo.

—Chango Miramontes, en testimonio, nos contó que tú lo buscaste, en el fatídico día, para contarle algo sobre Aquiles Mercado. ¿No te recuerdas qué tipo de asunto conversaste con Chango Miramontes?

—Me acuerdo que hablamos de medicamentos.

—¿Más nada?

—De verdad, no.

—Chango Miramontes, en testimonio, dijo también que tú le contaste un secreto...

—¿Secreto? —Pilar interrumpió, sintiéndose contrariada. —Ah, capitán, a esa edad no tenemos más secretos...

—Él nos contó que tú estabas enamorada de Aquiles Mercado...

—¿Enamorada, yo? ¿Qué piensas tú sobre mí?

—No pienso nada.

—¿Crees que una mujer de mi edad aún pueda nutrir alguna pasión por un muchacho de veintipocos años?

—No veo mal en eso.

—Tú eres un hombre de pensamiento muy desarrollado. Pero, te lo juro, no me acuerdo de tener hablado de tal asunto con Chango. Ni con él ni con ninguna otra persona.

—También en testimonio, Chango Miramontes nos contó que le aconsejó a buscar a Aquiles Mercado y a hablar de esa pasión...

—Si tú conocieses a Chango Miramontes como yo conozco, no pondría un pingo de fe en nada de lo que él le dice. Es una lengüita viperina.

—Él nos contó que tú descendiste hasta la sala, te encontraste con Aquiles Mercado y ambos conversaran por cerca de un minuto y medio.

—Tengo que chacharear con mis huéspedes todos los días —ella dijo y abrió una gran sonrisa. —Soy la propietaria de un negocio que depende de ofrecer óptimos servicios, una cama confortable, una ducha caliente o fría según el clima, un ventilador de techo que funcione bien, una comida barata que mate el hambre y que tenga una simpática dueña para contarles las novedades y oír sus lamentaciones. Eso es lo que hago todos los días: hablar, parlotear y chismorrear. Pero, te lo aseguro, no me acuerdo de haber hablado con el pobre Aquiles Mercado en aquel día desgraciado. Si hablé con él, me lo olvidé de esto por completo. Como tú ya lo sabes, en mi edad, la memoria es...

—Hablaste con Aquiles, te lo aseguro —el capitán insistió, interrumpiéndola. —Hablaste algo que lo ha causado espanto. Él también te lo dijo algo que te dejó profundamente indignada... Hemos aquí la cuestión: ¿Qué le dijiste? ¿Qué le sucedió en aquel minuto y medio?

—Capitán, tengo poquísimo tiempo de vida y quiero aprovechar al máximo ese tiquito que me resta, haciendo cosas que me traigan alguna sensación de bienestar, como escribir poemas, por ejemplo. Cada minuto, cada segundo, por lo tanto, es valioso para mí. Si yo supiera las respuestas a sus preguntas, ¿crees que estaría aquí haciendo papel de tonta, balanceando la cabeza como una lagartija, desperdiciando nuestro tiempo?

En ese instante la abogada de ojos verdosos se manifestó:

—Capitán, perdóname la interrupción, pero estás siendo indelicado con mi cliente. Si ella te dice que no se acuerda de nada, debes contentarse con la respuesta y mandar a registrarla en los autos.

—Está bien —Héctor asintió, cerrando la pasta con el proceso que tenía en las manos. —Tengo una pregunta, nomás.

—¡Vayámonos, capitán, arriba! —Pilar le exhortó, sonriéndose de manera amable. —Ya te lo dije que si tengo la respuesta, por cierto te la daré...

—¿Es verdad que tú prestabas dinero a Aquiles Mercado y que la deuda ya había alcanzado una cifra considerable?

—¿Cómo se puede prestar algo que no se tiene?

—Eres una profesora jubilada, tienes posesiones, recibiste herencias, eres propietaria de una pensión muy bien frecuentada...

—¿Bien frecuentada? —Pilar sonrió. —Después de pagar las cuentas de mantenimiento, nada más me sobra. Voy a ser sincera contigo, mi caro: solo me da perjuicios aquel negocio. Siempre ha dado y continúa dándolo hasta hoy.

—Está bien, señora Pilar, eso es todo.

—¿Puedo irme a mi casa ahora?

—Por favor...

—Espero que los poemas le sean agradables de leer...

—Voy a leerlos hoy...

—Tenga un buen día, capitán...

—Un buen día para vos también, señora Pilar...

Al llegar a la puerta, ella paró un segundo y tuvo una vacilación, como si se hubiese olvidado de decir algo. Se volvió y caminó hacia el capitán Héctor.

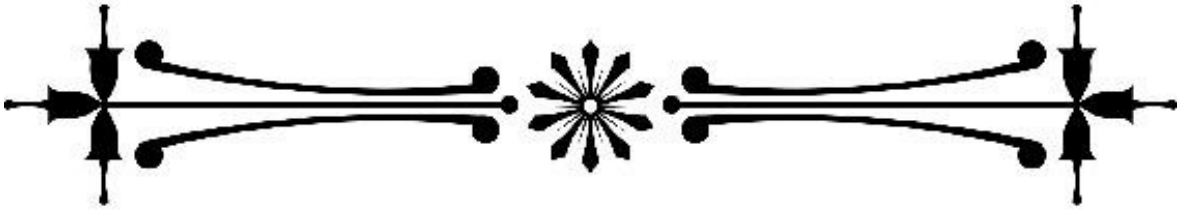
—¿Cómo está Baena, su madre? —preguntó de rampampán.

—¿Conoces a mi madre? —el jefe de policía tartamudeó, desconcertado.

—Sí, sí, muchísimo—dijo ella. —Señora Baena Suarez participó de copiosas fiestas en mi casa. Dígale que le mandé un abrazo.

—Yo le diré—él murmujeó.

—Hace mucho tiempo que no la veo —Pilar le dijo y se encaminó otra vez a la puerta. —Era una gran actriz. Sabía interpretar los poemas de Alaíde Foppa como ninguna otra. Dígale que me la extraño.



Pilar Salvatierra siempre decía que no estaba envejeciendo, pues ya había nacido vieja. A los sesenta y dos años aún conservaba las mismas pasiones de cuando tenía quince: los libros, los remedios y los hombres. Tal vez ella fuese una versión femenina de aquel personaje del cuento de F. Scott Fitzgerald que fue vivido en el cine por Brad Pitt. Pues, tal y cual Benjamín Button, ella estaba retrocediendo de la vejez serena a una infancia perturbadora.

De la pasión precoz que sentía por los libros, Pilar heredó el gusto por escribir poesías. De la predisposición infantil por los jarabes, brebajes y fuera catarros que la madre hacía con cáscaras de hierbas y naranjas, trajo a la vejez la obsesión hipocondríaca de empaparse de pastillas y de mantener en el cuarto de baño un armario repleto de preciosidades terapéuticas y alucinógenas. Del amor febril a los hombres, de todos los colores y edades, ella arrastraba un camión de penas y decepciones, aunque no lograba deshacerse de ellos ni aprender ninguna lección con las experiencias fracasadas, e incluso en aquella edad todavía seguía sujeta a ellos como una adicta. Romántica, solía predicar que era una esclava del cupido. Como no tenía hijos y por muchos años vivió solita, la vecindad le dio otra fama: la vieja asustada y sin vergüenza.

La vieja de la pensión —era así que casi todos la llamaban. La vieja de los poemas nebulosos. La vieja obscena. La vieja de botas. La vieja de gafas. La vieja de los gatos. ¿Qué más da? Se había acostumbrado a eso. Ya la llamaban de ñañasere desde que tenía treinta años.

Nunca fue dueña de un tipo de belleza clásica o sublime que la gente miraba y exclamaba: ¡oh! Ni siquiera en la infancia o en la juventud. En un u otro caso las personas la miraban constreñidas y decían en runruno: «¡qué chiquitina graciosa!» Desde muy temprano ella siempre supo que cuando alguien decía «tú eres una chiquitina graciosa», estaba llamándola de fea. «¡Qué belleza exótica!» Esta también era otra expresión comúnmente usada para designar a una persona de atributos estafalarios.

Cuando era jovencueta, ya que no tenía el prototipo de belleza que ofrecía una experiencia

sensorial de placer o satisfacción a las personas a su alrededor, con armonía, simetría y proporciones correctas en las líneas y curvas, Pilar desarrollaba sus encantos y sus secretos para atraer a los niños. En la época de la universidad descubrió, a través de un profesor de latín, la máxima de Voltaire que le subió la estima: «para el sapo el ideal de belleza es la sapa». Tomó conciencia de que «para cada pie torcido en el mundo habría de existir un zapato viejo en algún lugar» y desarrolló técnicas sofisticadas de ojeadas, mordiscos de labios, abaniqueos de sayas, suspiros fingidos y lances de cabello con objetivo de no pasar incólume entre los machos a su alrededor.

Un peluquero de mucha fama en la capital de Santabella, propietario de un salón frecuentado por la alta sociedad adinerada, hablando a un programa de televisión transmitido en directo, una vez, teorizó que «las mujeres desprovistas de atractivos físicos siempre fueron capaces de desarrollar un instinto de supervivencia tremendo». Pillar Salvatierra, por ejemplo, aprendió con los magazines estadounidense los trucos de maquillaje y los efectos especiales capaces de disimular sus imperfecciones. Con la literatura (a través de libros de Françoise Sagan, Simone de Beauvoir, Jane Austen, Marguerite Duras y otras autoras que leía con avidez en la biblioteca) ella aprendió otra faceta: fingirse de intelectual nihilista y revuelta con la vida y con el mundo. Había chicos góticos que le gustaban este tipo y, con ellos, Pilar se salía muy bien en la universidad. También aprendió trucos y secretos con Marilyn Monroe, Sophia Loren, Brigitte Bardot, Gina Lollobrigida y otras actrices que fueron divas en sus tiempos de juventud.

Cuando era muy joven, en la época del colegio secundario, Pilar Salvatierra atraía a los chicos rudos y desprovistos de inteligencia. En la universidad, los góticos y los rebeldes. Cuando se hizo madura, sin embargo, eran los poetas y los bohemios que más se interesaban por ella.

No hace mucho tiempo, Pilar leyó una noticia en La Voz del Pueblo sobre investigaciones de economistas de la Universidad de Austin (Texas) que la dejó furiosa. Ellos analizaron los datos de docenas de personas durante casi cuarenta años y descubrieron que las consideradas bonitas eran más felices y más exitosas. Pilar tuvo ganas de ir a Austin a descuajaringar a los idiotas que hicieron tal investigación. ¿Por lo tanto los feos estaban irremediabilmente condenados a la infelicidad ya la pobreza? Ah, paciencia. La investigación científica se llevó a cabo con estadounidenses, canadienses, ingleses y alemanes, según la noticia del periódico. Si los investigadores hubiesen incluido otros países de Centroamérica, América del Sur o Asia, ellos verían cuán diferente sería el resultado de la investigación.

Con el avance del tiempo y la llegada de la madurez, la belleza se convirtió en un asunto que no preocupaba más a Pilar. En la llamada tercera edad, por lo menos, ella intentaba ser una viejita sana. A los sesenta y dos, ahora, era más frágil y descarnada que cuando tenía siete. La vejez la hizo magra y rápida. Hace mucho tiempo que retiró azúcar y sal de su alimentación, en el intento de controlar la diabetes y disminuir la hipertensión. Las altas tasas de ácido úrico la hicieron abdicar de las carnes rojas y los triglicéridos descontrolados arrojaron panes y masas de su mesa. Se le quedaron las papilas de avena hechas con leche sin lactosa. También pasó a comer cosas que jamás comió en la juventud: castañas, nueces, albaricoques, dátiles y ciruelas (¡muchas ciruelas!). En los últimos días añadió una novedad en su búsqueda por la inmortalidad: las cerezas de Goji o bayas de Gogi, la frutita roja de la planta *Lycium barbarum*, originaria de las montañas del Tíbet. Se dicen que las propiedades son inimaginables: contiene diecinueve aminoácidos, veinte y un minerales, incluyendo germanio (que es anticancerígeno) y dos mil quinientas miligramos de vitamina C, además beta caroteno y zeaxantina (que es protector de los ojos).

También añadió algunas actividades aburridas a su rutina de sexagenaria: las idas al

ginecólogo y al geriatra para realizar los preventivos de mama y útero. Antes creía que Papanicolaou designaba a un viejo mal intencionado que vivía a papar los palillos de los niños, pero ahora lo conocía muy bien porque él pasó a hacer parte de su lista negra de inquietudes tanto como los señores Alzheimer y Párkinson.

En los últimos años, Pilar Salvatierra venía dedicándose a escribir sonetos. Como frutos (o como hijos), algunos nacían bien prometedores; otros salían torcidos y mal impresos. Como madre comprensiva, sin embargo, acababa acogiendo a todos sin distinción. En varias ocasiones, a lo largo de su vida, ella se hizo a sí misma la pregunta que los otros perpetraban a escondidas: ¿por qué eligió generar poemas en vez de hijos? ¿Por qué nunca quiso un heredero que llorase, hiciese pis y cagase como todo ser humano?

Nunca consiguió una respuesta persuasiva.

De los dieciocho a los treinta años ella fue profesora primaria y carbonizó toda su paciencia con los niños.

¿Eso habría influido en la decisión de no casarse y no procrear?

De no procrear, tal vez: esa fue por voluntad propia. Su vientre llegó a germinar dos veces, pero factores internos y externos la hicieron lanzar por tierra los seres embrionarios.

Cuanto a la decisión de no casarse, esa fue fatalidad del destino mismo. Intentó atarse con dos de los varios amores que tuvo, pero ninguna de sus tentativas sobrevivió hasta el ápice «unidos para siempre» ante un sacerdote o un juez.

Sus dos intentos de matrimonio acabaron en tragedias.

Pilar llegó a creer que tenía la misma enfermedad hepática de una figura legendaria de Ludovica, una pobre mujer que se casó dieciocho veces. La leyenda era contada en verso y prosa por todos los rincones de la isla.

Ella siempre se reía cuando pensaba en eso y aún recordaba de los versos que, bien chamaquita, recitaba para su madre dormir después de la cena y para su padre coser los viejos zapatos de los clientes (el padre había sido el mejor zapatero de Ludovica). Decían los versos del poeta popular:

*Y en el viejo cementerio
Una cueva existe abierta
Pa' quién casarse con ella
Pierde la cama y la cubierta
No comerá más pirón
No beberá más azuquín
Puede llevar el cajón
Que tiene la muerte por cierta.*

Era la historia de una mujer «hermosa como un clavo y olorosa como una flor», de manos y ojos apasionantes y que escondía en el corazón deseos ínfimos, pero que de forma misteriosa perdía a los maridos luego después del matrimonio:

*Comenzaba a correr sudor
Y hervir el pensamiento
Cuando la novia se desnudaba
Intentaba correr, huir.*

¡Más ligero que el viento!

Al final del drama, un médico francés anunciaba que el problema de la pobre viuda estaba en el hígado:

*Quién casarse con la señora
Vaya directo al barranco
Su mal es de nacimiento
Se aloja su enfermedad
En la punta del hígado blanco.*

Durante muchos años de su juventud, Pilar creyó que también tenía un hígado blanco y que por eso sufría de la misma sima lamentable de la mujer que se casó dieciocho veces: nadie quería arriesgarse a casarse con ella, ni por dinero ni por amor. Pilar pensó en pedir donaciones con el propósito de someterse a una operación que era sugerida por el médico francés del poema. Para su suerte, antes de eso, descubrió que su mal era en el corazón y no en el hígado.

Las tragedias matrimoniales, todavía, le sucedieron. Pero no llegaron a tantas como en el caso de la fatídica viuda. Fueron dos, como ya se sabe.

La primera tragedia se dio cuando el novio vaquero de treinta años (ella tenía diecinueve) fue a castrar un toro animoso en una granja y el animal le defirió un guamazo mortal en medio de los pechos. El pobre hombre se llamaba Gilberto Collado López, de apodo Jipi Caballo, y murió al camino del hospital gritando por el nombre de Pilar.

La segunda tragedia aconteció cuando el novio (que era albañil y se llamaba Camilo Mejía, de apodo Millo), quince días antes del matrimonio, estaba trabajando en la construcción de un edificio de tres pisos y tropezó en una caja de hierros que se quedaba inadecuadamente situada al lado de una ventana, en lo último piso. Millo flotó en el cielo como si fuese un pájaro y se acabó en el suelo hecho un paquete flácido.

Después de esos dos casos, desaparecieron las invitaciones para Pilar casarse. También su corazón se enfrió y dejó de acelerar cuando alguien le decía palabras dulces. El fuego de la pasión empezó a manifestarse más abajo, muy cerca del ombligo, entre las piernas. Con el fin de la fantasía de un enlace con velo y guirnalda, Pilar Salvatierra decidió que iba a coger con quien surgiese a su frente. No elegía si era cara o corona: bastaba tener una pija. Se diría que su lecho se había convertido en una pasarela de solitarios. Los romances iban bien hasta el inicio de la noche y no sobrevivían a la luz de la mañana.

Con la muerte de los padres, Pilar heredó la inmensa casa de dos pavimentos y seis cuartos y un patio con mamones, aguacates, bananeras y pies de guayabas. Mientras tenía disposición y amigos vivos, allí fue su harén y su edén: promovió fiestas, juguetes y borracheras con poetas, pintores, cantantes y hasta forajidos de la justicia.

Los muchos amigos, todavía, fueron menguando a medida que fueron arreglando empleo, casándose, teniendo hijos, engordando y envejeciendo en sus cómodos sofás, hasta que un día desaparecieron casi todos. Sobraron pocos escombros humanos tan solitarios como ella que, vuelta y media, aparecían en la casa para beber una cerveza y reclamar de los dolores y enfermedades del alma. Con el traspaso de los años, estos también fueron desapareciendo, barridos de la existencia por la implacabilidad del propio tiempo.

El raquítrico salario de profesora jubilada obligó Pilar Salvatierra a tomar una iniciativa al

mismo tiempo redentora y desesperada: transformar la paquidérmica casa en una hospedería. Iba a alquilar dormitorios para chicos. Solo chicos, ella decidió. Estaba convencida de que no se acostumbraría otra vez a los melindres del universo femenino. Vivió tanto tiempo con hombres, riendo y llorando al lado de ellos, que se acostumbró a las lágrimas y desesperaciones masculinas y había perdido la noción de qué asuntos interesaban a las mujeres. Los incontables casos amorosos no la hicieron desarrollar una ojeriza a los machos— ¡y daba gracias a Dios por eso! — como muchas de su edad.

A pesar de la premisa de complementar los rendimientos, la idea original de la pensión ni era ganar dinero y sí da una tapa en la soledad y espantar a los fantasmas de otros tiempos que rondaban por los cómodos de la casa.

Para implantar su emprendimiento, Pilar tuvo que meter las manos en los bolsillos. Aprovechó para cambiar tejas del techo, rehacer ladrillos y asentar wáteres nuevos en los baños. También cambió los colores de las paredes: el frontispicio se quedó verde como un limón; a cocina ganó aires de guayaba fresca y las habitaciones se quedaron todas de color mamey.

Instaló una placa de madera con un letrero —se alquilan habitaciones para chicos solteros — y en poco tiempo surgieron los primeros huéspedes.

Eran casi todos solteros. Y chicos, obvio. Algunos llegaban de maletín y paraguas con el objetivo de quedarse por mucho tiempo; otros llegaban con planes más urgentes, eran viajeros, se quedaban por pocos días, resolvían lo que tenían que resolver en Ludovica y luego volvían a sus vidas ordinarias en algún lugar. Si la intención de Pilar era espantar a los fantasmas y alejar a la melancolía de la vieja casa, ella consiguió juntar un equipo de primera. De día, una parte de esa gente dormía, mientras la otra se levantaba a la prisa y tomaba café a los gritos y luego iba a cuidar de sus quehaceres y labores. Al mediodía casi no se oía ruido por las habitaciones, corredores y baños. A la boca de la noche, sin embargo, la pensión se transformaba en una colmena delirante y todas las habitaciones eran invadidas por una profusión de ritmos y susurros y gemidos de los embates libidinosos que se proseguían hasta los primeros fulgores de la aurora.

Pilar ignoraba las protestas rabiosas de los vecinos (de las vecinas, por supuesto, que se quejaban del ruido nocturno) porque se sentía una vez más viva en medio de aquella convulsión de humores. Lamentaba solo un hecho triste, algo que se fue percibiendo poco a poco: junto con los fantasmas, desaparecieron también Euterpe (la jubilosa musa de la poesía lírica) y Polimnia (la contemplativa musa de los himnos sagrados y de la meditación). También Erato (aquella que despertaba el deseo, musa del verso erótico) prefirió buscar abrigo en lugar menos turbulento.

La vida entera Pilar soñó en ser poetisa. Ah, quería un día tener un soneto gritado a plenos pulmones en un escenario cortinado, el aplauso entusiasmado de los viejos amigos y un grito de bis. Ah, sí, como lo quería.

No reclamaba. Ella sabía que, todo en la vida, sin embargo, llegaba a las manos en la medida correcta y con su debido cargo. Rarísimas veces se tiene derecho a ganar un bono. Así, con el advenimiento de la hospedería, Pilar perdió algo que le era precioso en los últimos meses: la quietación indispensable para escribir poesías. ¿Cómo elaborar versos y rimas en aquella Entropía?

Después de ocho meses de actividades, la empresa le había rendido una cantidad tan insignificante de dinero que ni mismo pagaba los servicios realizados en la reforma y seis citas para comparecer al Departamento de Policía para responder a las denuncias de perturbación del sosiego y gestión de casa de prostitución. Le acusaran de rufianismo, o sea, de sacar provecho de la prostitución ajena y participar de sus beneficios y maleficios. También ganó una multa de la

fiscalización del ayuntamiento por la ausencia del permiso de establecimiento comercial y otro del Consejo de Ingeniería por realizar obras en la casa sin autorización legal y sin acompañamiento de un ingeniero debidamente autorizado.

Antes del décimo mes, Pilar pensó en cerrar el negocio y regresar a los sonetos. Fue cuando apareció Aquiles y sus sueños volaron como papeles picados al viento. ¿Cómo pensar en Euterpe, Polimnia y Erato? ¿Cómo?

Aquiles Mercado. Ese era su nombre. De apodo, El Lápiz.

De repente Pilar se descubrió apasionada por aquel jevito que podía bien ser su nieto. ¿Cómo no pensar en él? ¿Cómo desgarrarlo del cerebro? ¿Evitarlo de qué manera? Veía su rostro anguloso, su boca obscena y la sonrisa atrevida en cada compartimento de la casa. ¡Ah, Aquiles, Aquiles, Aquiles!

El Lápiz no tenía profesión definida. Era un chiripero. Vendía gafas, relojes y móviles falsificados por las calles. Deambulaba de punto en punto con sus mercancías ilegítimas. Tenía veintiséis años y era el sexto hijo de una pareja de agricultores sin suerte del interior de Santabella. Tenía complexión de gladiador, alma de niño e índole de payaso. Era un lleva-vida por naturaleza. Su misión era provocar la risa alrededor. Cuando llegó a la pensión, en una mañana borrascosa de domingo, ni siquiera disponía de los pesos necesarios para pagar el anticipo que era de praxis. Pilar Salvatierra hizo el primer otorgamiento de las muchas que aún haría: permitió que él ocupase un de los cuartitos con la promesa de que quitaría el alquiler en cinco días. Cumplió la promesa con mucha pelea. Luego Pilar percibió que él tendría dificultades de honrar las mensualidades en sus debidos plazos.

En verdad, lo que Aquiles ganaba con la venta de gafas y celulares de origen sospechoso casi no suficiente para pagar el desayuno y la comida del mediodía. En los fines, sin embargo, dejaba de comer para ahorrar el dinero de la cerveza y de la salsa en una discoterraza de Mata-Mata (tal vez el lugar más sórdido y libidinoso de Ludovica, un verdadero reino encantado de la lujuria).

Pilar pasó a hacer por Aquiles lo que nunca había hecho por ningún otro huésped de la pensión: prestarle dinero. Chin a chin, el monto fue creciendo y creciendo hasta convertirse en una pacolla^[17].

Pilar desistió de cobrarle la deuda y lo colocó en una lista negra de picadores. Pero vivía desconcertada en un laberinto de indagaciones y sumida en un terrible pozo de miedos. Temía que El Lápiz desapareciese sin dejar pistas. Prefería arcar con el perjuicio a correr el riesgo de nunca más verlo.

¿Qué hacer para que él se diese cuenta de sus miradas?

Pilar no tuvo otra salida y se vio obligada a hacer lo que no quería: pedir ayuda a Chango Miramontes, un jevito que trabajaba como maquillista y que se había convertido en su amigo de todas horas.

Una tarde, después del almuerzo, mandó llamarlo para una charla en su dormitorio. Chango tenía veintipocos años, era alto y escuálido, todavía atrayente. Si no fuese los pelos finos en el torso y la chivita que reaparecía obstinadamente toda semana, podía ser confundido con una diablona en noches de calles mal iluminadas. Si él no fuese quien fuese y no tuviese extrema convicción de lo que le gustaba, Pilar Salvatierra ya lo habría llevado a la cama. Ah, ya, ya.

Aquella tarde estaba tan cálida que el aire era irrespirable y los ventiladores eléctricos no daban cuenta del servicio. Para aumentar la incomodidad, un enjambre incommensurable de mimes invadió la pensión en los últimos días y los diminutos insectos se comportaban como si quisiesen

provocar un suicidio colectivo.

Pilar empezó la conversación diciendo que tenía ganas de morir tal cual los mimes kamikazes que se precipitaban exasperados sobre las hélices del ventilador de techo.

Chango no se desesperó.

—¡Déjate de vaina, linda! —él dijo.

Conocía muy bien el talento de Pilar para el drama cinematográfico. Fue hasta el armario bajo del lavamanos y cogió una píldora azul y dio a la amiga con un vaso de agua.

—Antes de suicidarse, tome esto y cálmate.

Pilar tomó el comprimido y revivió los ojitos desgarrados como si fuera a desmayarse. Chango sacó las gafas de la cara y miró a la pobre mujer con una mirada indescifrable que podía ser de pena, de comprensión o indiferencia, no se sabe por cierto. Hacía siempre esa mirada de madre superior cuando quería calmar o destruir a una persona.

—¿Cuál es tu mierda ahora? —preguntó, con una punta de sarcasmo.

Pilar suspiró y contó al amigo sobre la pasión (pasión, excitación, gana o allá lo que sea) que sentía por Aquiles Mercado. El peluquero no escondió el susto con la revelación.

—¡Ah, Dios, el pariguayo! —él exclamó.

—Sí—la vieja murmuró. —El Lápiz.

—¡Prepárate, amiga! Es una locura sin tamaño —Chango completó. —Para una noche, todo bien, el socotroco sirve. Para más de una vez, es un completo disparate.

—No lo quiero por una noche —Pilar murmuró.

—¡Por Dios, bájate de esa nube! —Chango reprendió. —Es un tiro en la cabeza. En su cabeza.

Pilar caminó hasta la ventana. El viento parecía el soplo diabólico salido de la boca de un volcán en actividad máxima. El cuarto se quedaba en el piso superior y de allí daba para ver todo el movimiento en calle. No había casi nada que observar: solo cinco o seis niños que jugaban quimbumbia^[18] en la acera frente al pensionado. También había una mujer que salía de la panadería de la esquina con un paquete en la mano.

Al ver la amiga así, tan desolada, Chango Miramontes se sensibilizó. Le dijo lo mismo que diría a alguien de su edad, aun sabiendo que para Pilar (a los sesenta y dos) no sería fácil:

—Ok, amiga, si es lo que quieres, pues, ¡vaya! Debes a aceptar de vez esa tontería y confesar sus sentimientos para el tarambana. Hágalo comprender ni que sea a la mala.

Pilar se sintió un poco alentada con las palabras del amigo, pero manifestó temor con el mal juicio que los otros huéspedes harían de ella. A lo que Chango fue taxativo para cerrar la muela:

—¡Cágate en eso, linda! No permita que pongan la nariz en su pepita —le dijo e hizo un gesto obsceno. —¡Y vaya a gozar, a gozar, que el mundo se va a acabar!

Pilar Salvatierra no tardó en hacer lo que el amigo le aconsejó. Se acercó a la sala cuando oyó la voz de Aquiles Mercado que había llegado de su trabajo diario. Era final de tarde y el crepúsculo ya despuntaba por entre los tejados de las casas y edificios, pintando el cielo de rojo sangre, pero el calor permanecía insoportable.

Él estaba sentado en una silleta que se quedaba en el rincón izquierdo de la sala y veía una película de muñequitos en la tele, mientras pasaba una franela amarilla en algunos pares de gafas. Estaba vestido con una camisa de equipo de béisbol y un pantalón corto de color azul. Calzaba un apéameuno^[19] que era más adecuado para trabajar en plantaciones de caña que para salir a las

calle.

Pito Herrera, otro huésped que también vendía los productos miquimaus^[20], se levantó para ir al baño o para recoger algo en su habitación. Por otra parte, en aquel momento, de la cocina llegaba un olor irresistible de bienmesabe al fuego. Había un gato negro que se lamía debajo de una silla también. Y había el zumbido del ventilador de techo que intentaba en vano derrotar el calor sofocante y los mimes. Había, en fin, un clima de morgue en el aire.

Pilar vino acercándose de Aquiles con pasos lentos y casi no podía conseguía controlar su respiración. El miedo estaba estampado en sus ojos y manos. Hizo la primera pregunta que le subió a la cabeza:

—¿Está solito, señor Mercado?

Pregunta tonta, claro que él estaba solito. ¿Está también ciega, por casualidad? ¿Hay alguien más en esta sala?, ella misma se reprendió en pensamiento.

Aquiles se asustó y descruzó las piernas en un ímpetu y comenzó luego un discurso sobre los motivos del retraso del alquiler y que iba a pagar todo después de mañana. Pilar se sentó en otra silla que estaba cerca de la lámpara con aspecto de piña y trató de explicar, con sonrisas y gestos delicados, que no estaba allí para recordarle ninguna deuda y sí para tratar de otro asunto de foro más íntimo. Ante la cara de abismo que el muchacho hizo, Pilar paró un segundo para reordenar las ideas. Estaba caminando demasiado rápido con el carro de los bueyes, ella reflexionó. Por un segundo ensayó desistir del propósito, pero se acordó de las palabras incentivadoras del amigo. ¡Hágalo comprender ni que sea a la fuerza!

Ella resolvió proseguir.

A partir de eso instante, todavía, se inició un diálogo sin ton ni son, impregnado de intersecciones e interjecciones absurdas que Pilar no pudo más oír, o no quiso oír, o se negó a comprender de manera terminante, y tal vez por eso decidió olvidarlo para siempre, borrarlo de su memoria —y aunque diga eso cada vez que tiene que comparecer al Departamento de Policía para explicar el caso, el capitán Héctor Suarez nunca se cansaba de repetir la misma pregunta: ¿qué sucedió en aquel minuto y medio?

No lo sabía.

Recordaba que todo culminó con su corazón en disparada y la garganta obstruida y los pensamientos se desencadenando como chinarrros descendiendo una montaña. Recordaba que el chico estaba con los ojos horrorizados e hizo un esfuerzo por hablar, pero apenas consiguió gemir una frase de tres palabras cortas —un sujeto, un verbo directo y un predicado.

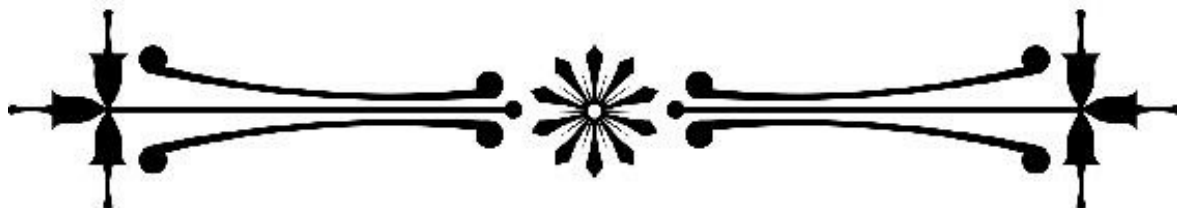
Pilar prefirió olvidar la frase, borrarla de su seso para siempre. No fue algo agradable de oír, por supuesto. No, él no fue nada gentil. Podría ter sido. Podría ter hecho un cariñito.

Recordaba del efecto que la frase le causó: alcanzó su ego como un tiro de Kalashnikov, despedazando su corazón en astillas que se extendieron por la sala muerta. Fue en ese instante que sintió una sensación extraña, algo que nunca había sentido antes, algo que le penetró por el trasero, atravesó sus entrañas y llegó a la cabeza como una bola de fuego. No sabía de dónde había venido tanta energía.

Subió de nuevo las escaleras hasta el piso superior. En su cuarto, abrió el guardarropa donde preservaba sus memorias más dolorosas y sacó de allí un admirable Máuser (que el padre poseía desde la década de mil novecientos cincuenta). Encontró también los cartuchos brillantes, metódicamente arreglados en una cajita de habanos.

Con estas preciosidades a mano, caminó firme de regreso a la sala y encontró Aquiles

Mercado sentado en la silleta como si nada hubiera dicho o hecho.
Disparó dos tiros de Máuser en su boca.



Quando la poetisa y la abogada salieron, el capitán confirmó la hora en el reloj afincado en la pared de la sala —eran diez horas y treinta y siete minutos —y determinó una nueva pausa en los trabajos. Sebas estiró las piernas, flexionó los brazos, giró el cuello para relajarse y anunció que iba al patio para fumar otro cigarrillo. Héctor decidió acompañarlo.

Ambos caminaron entre los vehículos viejos que se quedaban atrapados en el área que servía al mismo tiempo de garaje, patio y huerto para el departamento. Sí, huerto. Había una plantación de maíz en el local y un exuberante guayabo cargado de frutos verdes y amarillos, cuyo perfume era posible sentirse de muy lejos, principalmente cuando los pajaritos derribaban al suelo alguna fruta madura, después de la fiesta que hacían al final de la tarde. La atracción del lugar, sin embargo, era una gigantesca *Annona muricata* que se quedaba al fondo, bien frondosa, recostada al muro, que una vez al año se llenaba de frutos deliciosos (en Santabella esos frutos son llamados de corazones de reina debido a su formato, pero son más conocidos como guanábanas en otros países de las Américas). Había también un vivero con cilantro, salsa, cebolleta y pimientos. Un agente llamado Ángel de Jesús Pérez Santana, o solo Jesús Pérez, era responsable por tanta abundancia. Él estaba cerca de jubilarse y ya no participaba de manera activa en los servicios de investigación, diligencias y prisiones; por eso, eligió cuidar del huerto para no quedarse ocioso.

El capitán y el escribano resolverán relajar debajo de la monumental *Annona*. Cada uno encendió su cigarrillo.

Héctor prefería la marca Marlboro. Tenía el hábito de fumar desde los quince años. Sabía, desde temprano, que estaba predestinado a ser un fumador debido al mal ejemplo que veía todos los días en casa: su padre fumaba en una enorme pipa inglesa y su madre, bebedora incorregible, incendiaba un cigarrillo detrás del otro.

Sebas prefería Camel. Pero se vio obligado a renunciar a ese lujo cuando, a mediados de

2011, la marca estadounidense dejó de ser comercializada en Santabella, no se lo sabe por cuál motivo. Decidió cambiarla a una marca dominicana de precio más en cuenta. No tenía vencimientos para comprar cigarrillos importados de los Estados Unidos todos los días. Pero lo que le gustaba, de verdad, sin falsa modestia, era fumar un verdadero habano. Una vez ganó de regalo de cumpleaños una caja de Lanceros de Cohíba, que pasó a fumarlos uno a cada año. Habían se acabado hace algunos meses y ya él sabía que jamás tendría suficiente dinero para comprar otra caja.

Allí estaba el eslabón entre el jefe de policía y el escribano, el vicio en común: tabaco y café. Exceptuándose eso, sabían casi nada uno del otro, solo lo estrictamente necesario. Trabajaban juntos hace más de ocho años y salieron a beber cerveza en el bar apenas dos veces, una para asistir a un partido de béisbol y otra para festejar el aniversario de Salma. Nunca se visitaron ni intercambiaron regalos en fechas festivas como Navidad, Nochevieja o Pascua. Excepto en los momentos que vivían en el departamento de policía, se hablaban en rarísimas ocasiones, una u otra llamada de urgencia por teléfono. A pesar de toda esa distancia, todo ese *freezing* en las relaciones, ellos se entendían de modo ejemplar en el trabajo. Ambos tal vez sintiesen que no necesitaban alardear para el resto del mundo aquella amistad. Bastaba que supiesen que la admiración era mutua.

Daniel San Sebastián, o Sebas para los íntimos, era un sujeto agigantado y de piel morena que solía trabajar siempre de camiseta y sandalias de pellejo. Tenía unos treinta años. Había más de cinco que cultivaba una barba cheguevariana y desusada que le daba un aspecto de extremista islámico, aunque no era ni extremista ni islámico, mucho menos forofó de Che Guevara. Cuando no estaba de turno en el departamento, la música era su distracción. Pero antes de que él ingresase en la policía, tocar guitarra y bongos antes era su principal oficio, su labor. Hoy también soñaba con la profesión de escritor. A los amigos les decía que un día sería guionista de cine. Había desarrollado el hábito de escribir escenas sobre asuntos cotidianos para futuros proyectos cinematográficos. Se volvió escribano policial casi por casualidad, tal vez siguiendo una tradición de familia, donde casi todo el mundo optaba por la carrera militar. Sebas, sin embargo, optó por ser escribano porque eso le acercaba a la escritura. No dejaba de ser la misma cosa: todos los días, él necesitaba escribir las crónicas y los monólogos de las desgracias ajenas.

—¿Cuál es su opinión sobre el testimonio de la poetisa? —Héctor preguntó, después de un trago en su cigarrillo.

—Me espantó el desinterés de responder las preguntas —Sebas respondió.

—Ella que vaya a otro perro con este hueso —el capitán dijo y sonrió. —Es una actriz. Ya ha tenido varios problemas con la policía.

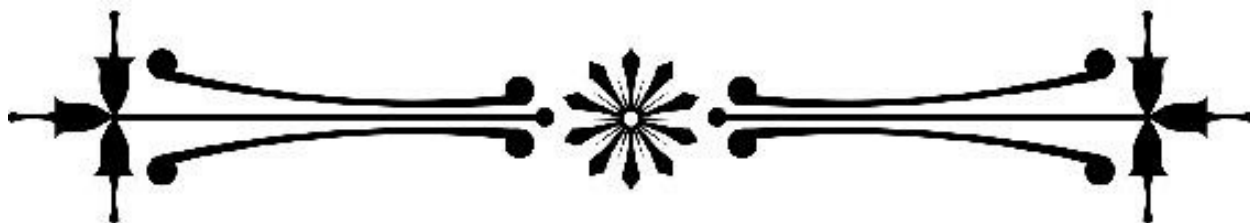
—Podía ser nuestra madre o abuela.

—¡Dios me libre de tener una madre así! —Héctor repelió, liberando una ola de humo.

—Ella conoce su madre —Sebas le recordó.

—Es verdad —Héctor murmuró. —Pero ¿quién no conoce a mi madre en Ludovica?

Se rieron. Y continuaron riéndose mientras fumaban sus blanquitos y bebían los sorbos de un café templado. Alguien ya ha escrito que la mejor manera de celebrar una amistad era con una carcajada. Dicen que fue Oscar Wilde quien escribió eso o algo parecido con eso. En el caso de Sebas y Héctor, ellos celebraban la complicidad con un toque a más: una humareda de nicotina y un trago de café.



La casa del número cuatrocientos quince de la calle Conquistador Hernán Cortés, en el barrio Villaje del Sol, era exquisita y espaciosa, con jardín amurallado, pilas de plantas y árboles tropicales, piscina, bar e hidromasaje.

El reloj de la cocina con punteros en formato de tenedores —asentado en la pared de azulejos y bien encima del armario donde se guardaban los platos y las ollas —señalaba la hora: diez y cuarenta y ocho de la mañana.

Baena vestía un camisón de seda. Tomaba un té de rosa de Jamaica y comía unos bolitos dulces de maíz y avena. Estaba solita a la mesa.

Ada, la cocinera y también enfermera, cuidaba de las plantas del jardín (porque también era su oficio en la casa, jardinera, además de otros).

Mientras sorbía su té, Baena hojeaba un magacín con reportajes sobre la salud en la llamada tercera edad (un eufemismo horrible para la vejez, ella solía decir, de lo alto de su mal humor diario). El texto del reportaje aseguraba que, a los setenta años, el ser humano tenía apenas una tercera parte de las papilas gustativas, los huesos perdían calcio gradualmente y las fracturas se soldaban con más dificultades; los tendones se desgastaban en un pestañear y los ligamentos se rompían con poco esfuerzo; el corazón, a su vez, bombeaba menos sangre por el cuerpo. Como ejemplo, aludía que el corazón de una persona de treinta años conseguía bombear casi tres litros y medio, pero ese volumen caía a dos litros y medio cuando la persona llegaba a los setenta años. Qué mierdulina de gato, Baena pensó en alta voz.

Se levantó aburrída, arrojó la taza en el fregadero y juzgó: envejecer era una misión cruel y patética. ¡Todo cayó tan rápido! Encendió un cigarrillo (intentaba ocultar de Ada que fumaba y tomaba unos goles de vodka, pero a veces no conseguía —ella, la empleada, tenía la manía de

contar a Héctor todo lo que veía y oía dentro de casa), tomó la revista, caminó a la sala, se sentó en el sofá frente a la pantalla chica y prosiguió la lectura.

El texto del magacín pregonaba que, a los setenta, la piel perdía agua y elasticidad, ganaba arrugas y manchas irre recuperables; la retina de los ojos recibía menos luz; el cerebro se quedaba perezoso; la memoria disminuía su capacidad de almacenamiento de datos; el aparato auditivo fallaba y el pulmón se debilitaba...

Baena arrojó el magacín del lado, con un gesto brusco. Después ella refunfuñó dos o tres palabrotas dirigidas al maldito periodista que había escrito el artículo.

Accionó las teclas del mando a distancia y empezó a cambiar los canales. Paró en el programa de culinaria. Se interesó por una receta de ceviche de camarones y frutas frescas.

El teléfono resolvió tocar en el momento exacto en que la presentadora mostraría el modus operandi. ¡Mierda! Debe ser Héctor de nuevo, ella pensó. ¡Qué hijo aburrido!

Se levantó contratita, murmuró algunos improperios, arregló los senos en el camisón full de bordados y adornos en formato de flores y hojas de colores variados, calzó las sandalias de peluche y caminó con un aire misántropo hasta la banqueta en un rincón de la sala, donde el aparejo tintinaba de modo impaciente. Ella puso el auricular en el oído y dijo aló sin disfrazar su estado de mal humor. Al otro lado de la línea, una voz masculina preguntó si era Baena quien estaba hablando. La mujer respondió que «sí, soy yo», y la voz áspera se identificó como siendo Jeison. ¿Jeison? Baena respondió que no conocía ningún Jeison y advirtió que iba a colgar el teléfono. La persona del otro lado se apresó y repitió que era Jeison César Zapata Pabón. Ella murmuró que no conocía a nadie con ese nombre esdrújulo. Pero la voz insistió en que ella lo conocía. Baena perdió el aliento y, por algunos segundos, no pudo abrir la boca para pronunciar ninguna palabra.

Sí, Baena conocía aquel apodo diabólico y sus variantes. Coco, Coquito, Choquito, El Cholo. Guardaba buenas y malas recordaciones del leviatán —leviatán, ingrato, crápula, bambollero, tarambana, ñame. ¿Cuántos años tenía? Veintipocos tal vez —no más que veinticinco. Lo conoció durante una fiesta vertiginosa en la casa de una amiga. Él era uno de los cinco chicos del equipo de estríperes. Fue un irresistible flechazo. Los dos lograron entenderse en poco tiempo y iniciaron un idilio. ¿Idilio? ¿Podría llamar aquel fuego con ese nombre, idilio? ¿Romance? Follaran endiablados durante dos o tres semanas. Ella no se lo olvidó. ¿Cómo olvidárselo? Había desembolsado una gran cuantía en paseos, discotecas, moteles, hoteles, boutiques y tiendas que vendían complementos alimenticios para atletas. Había excedido los límites de las tarjetas y todos los márgenes de préstamos consignados en el banco. Un día, sin embargo, el príncipe encantado desembrujó y desapareció. Así, de refilón, en un pestañear de ojitos. Un día estaba en su cama, follando como un caballo salvaje, y de repente salió chaqueteando como bola poltronería, desapareció. También desaparecieron de modo misterioso de su casa algunas joyas, el reloj suizo de oro, el talón de cheques, la tarjeta de crédito, tres botellas de wiski importado, el arma del difunto marido y un puñado de euros y dólares. Desde aquella época, Baena nunca más había escuchado tal nombre. Reapareció ahora el ingrato, con su voz de ángel demoníaco.

Ella sorprendió los recuerdos, recuperó el aliento y preguntó lo que el él deseaba. No sin antes llamarlo de sujeto ordinario y otros adjetivos congéneres. Al otro lado de la línea, tranquilo, usando un tono amargo e infausto, el muchacho respondió que necesitaba de ayuda. Ella explotó en una falsa carcajada, casi perdió el aliento una vez más a causa del esfuerzo que hizo y, en medio de la risa, preguntó sobre el destino que él dio al dinero ya los objetos que había robado de su casa. El muchacho se silenció por un instante, esperó que ella recuperase la serenidad y después

pidió perdón por todo mal que la había hecho, diciéndola incluso que no merecía una segunda oportunidad.

Mientras él la hablaba, ella aplastaba con los dedos las delicadas florecitas que adornaban el escote del camisón. El aliento desapareció de nuevo. Ella estaba segura de que el degenerado quería engañarla una vez más, aplicarle otro golpe. Se había prometido a sí mismo, días antes, que jamás iba a dejarse llevar por otra mis-en-scène de un papi-champú. En aquel instante, ella intentaba bravamente mantener la promesa. Le dije que si el problema de él era dinero, él podía ir sacando el caballito de la lluvia, pues dinero no tenía, y aunque ella no le daría un chele. Pensó: te conozco, mascarita.

Él la rebotó de inmediato, diciendo que no quería dinero, no era de eso que necesitaba en aquel momento, sino de la mano de una amiga, de un corazón generoso, de un abrazo, de un hombro solidario. Baena sintió que él dejó escapar un hipo y parecía llorar. ¿Lágrimas de cocodrilo?

Lagrimando, él empezó a contarla que había sido expulsado de la casa de los padres y que estaba tirado en las calles, abandonado, humillado, con el corazón herido, la mente turbia, a merced de los bandidos y de las contingencias.

Ella se rehusó contra su propia voluntad, pero estaba casi creyendo en todo lo que él le contaba. Resolvió, todavía, fingirse de dura, una mujer de corazón inexorable, y balbució que esa historia de expulsión no sensibilizaba ni siquiera su dedo meñique, que dudaba de la veracidad de todo y que no caería más en el cuento del gigoló. A otro con ese cuento, ella dijo.

Él no se desanimó ante su reacción y continuó llorando, gimiendo, fungiendo, arqueando, y enseguida empezó a decir que quería volver a sus brazos, que la extrañaba, que necesitaba de sus cariños, de sus besos, de su comprensión, y que ahora la deseaba mucho más que antes.

Ella paró un segundo para razonar en lo que acababa de oír. ¿Él decía que la deseaba? ¡Qué gran hijo de puta! Ella sabía que él deseaba cualquier otra —bastaba que la otra tuviese dinero también. Cuando lo conoció, hace unos tres meses, un poco más o menos, su fama era de ser uno de los machacantes^[21] más buscados de Ludovica, el preferido de las abuelas de sesenta y setenta, con una clientela vasta y ecléctica que iba de viudas solitarias (como Baena Suarez) a solteronas fogosas (como María Encarna), pasando por esposas insatisfechas (como Soledad) y chernas casados y exitosos (como muchos en Ludovica). Él no podía haber cambiado del agua al vino de una hora a otra. Ñaño. Sin duda permanecería un perro huevero, aunque le quemasen el hocico. Pero la voz llorosa era semejante a la tentación de mil demonios. Ella quería y no quería creer. Quería y no quería verlo de nuevo.

Como que adivinando la duda que confundía la cabeza de Baena, El Cholo murmuró que ella debería venir a buscarlo en el terminal de autobuses, que él estaba desesperado, que ella no iba a arrepentirse de ayudarlo. Cerró la muela con uno hasta luego sin dejar brechas para reacciones contrarias.

Ella soltó el teléfono y tuvo la sensación de que acababa de despertar de una pesadilla. Lo que tenga que ser será, ella dijo para su propia consciencia, y decidió que iba a verlo. Voló al dormitorio y se libró del camisón.

Ante el espejo experimentó un vestido de estilo audaz. Su juicio crítico, sin embargo, le advirtió del peligro de la vulgaridad. Vestido osado era para quien aún tenía los senos estables. No era su caso. Mejor sería vestir algo clásico y más adecuado para su edad, pensó.

Se despojó y se miró en el espejo. A veces se olvidaba de que ya había llegado a la casa de

los setenta y que el frescor perdido era irrecuperable, a pesar de la excelencia de las tres cirugías plásticas. Ella tenía plena conciencia de que solo le quedaron unos escasos resquicios de la mujer rubia y furiosa que por muchos años reinó absoluta en la alta sociedad de Ludovica. Sobrara tal vez el brillo sibilino de los ojos. Pero todo había cambiado irremediabilmente en su rostro y en su cuerpo. Una cosa no se acababa: su fuego. Fuego que el teniente coronel, su marido, no pudo nunca controlar. Y ahora, después de viuda, ese fuego todavía aumentaba, se quedaba cada día más vívido y famélico, más loco, más endiablado. Ahora, más que nunca, ella sentía ganas de escalar montañas y subir en árboles.

¿Quién fue el escritor que dijo que la vejez era una tiranía que prohibía, bajo pena de muerte, todos los placeres de la juventud? ¿Fue François de La Rochefoucauld?

¡Idiota! Baena estaba lista para desmentir a ese pazguato pesimista. Iba a probar que, también a los setenta, la vida podría ser vivida en High Definition y que todavía podría haber un depósito de regocijo en algún lugar.



El terminal de autobuses de Ludovica era un lugar sórdido y maloliente. Tan luego Baena puso sus pies en la plataforma, sintió la fetidez. Una voz femenina anunció la hora en los altavoces distribuidos por pilastras de hierro: once horas y treinta minutos.

Cuando Jeison Zapata (Coco, Coquito, Choquito, Cholo) avistó a Baena acercándosele, no dejó de pensar: «ahí viene ella, no cambió nada; siegue pareciendo un maracuyá agrio y perfumado».

Ella no lo vio de inmediato. Recorrió con una mirada codiciosa las cafeterías y quioscos del lugar. Él hizo una señal con la mano. Estaba sentado en una mesa y comía un emparedado con Coca-Cola.

Ella se acercó con cautela, atemorizada y feliz. ¡Qué monumento de varón, grande y crápula!, pensó, caminando hacia él con pasos zopos.

Él sonrió. Era una sonrisa abrupta y sensual que mostraba los dientes de tiburón y apretaba aquellos ojos de lobo traicionero. Él era un hombre enorme, con aspecto de luchador de jiu-jitsu, con más de un metro y ochenta de altura, tórax ancho y facciones rudas.

—Hola —ella le dijo, extendiéndole la mano.

—Tú viniste —le dijo, levantándose y abrazándola.

—No deberías —ella retrucó, desvinculándose del abrazo del lobo. —Tuve que despistar a la empleada. Ella es espía de mi hijo. Tú lo sabes, mi hijo es capitán de la Policía Nacional. Por lo tanto, si piensas en...

—No se va a arrepentir —él la interrumpió. —Todo va a ser diferente ahora. Siéntate ahí, porfa. Vamos a hablar.

Ambos se sentaron. Él dio una mordida en el emparedado.

—¿Todo va a ser diferente? ¿De qué estás hablando? —ella le preguntó.

—De nosotros.

—¿Por lo tanto piensas qué va a ser como antes?

—Estoy pidiéndole una segunda oportunidad.

—¿Para qué? ¿Para matarme? ¿Para robarme de nuevo? —dijo, pero lo dijo bajito. —No caigo en sus trampas otra vez. ¡Olvida el tango!

—¿Por qué tú viniste?

—No lo sé por qué vine. Tal vez porque soy tonta, loca, bestia, no lo sé. No pienses que me olvidé de lo que hiciste conmigo. Hiciste la rapa en mi casa, llevaste lo que querías y no querías. Todo esto después de mil juras de amor.

—Estoy arrepentido —él dijo, tratando de sostenerles las manos gélidas.

—¡No me toques! —ella protestó, con voz firme. —Estoy aquí por cuenta de mi corazón de mantequilla. Tú has dicho que estabas mal, que fuiste expulsado de casa.

—Es verdad.

—¿Qué te sucedió? Debes haberte metido en una tremenda guayaba...

—Voy a contarte todo —le dijo—, pero antes págame otro chimichurri y otra gaseosa que estoy muriendo de hambre. No tengo más dinero.

Él no había cambiado nada de nada: permanecía el mismo chivatón, dulce y amargo, Baena pensó. Después se levantó, fue hasta el quiosco y cogió chimichurri. Cuando regresó, le preguntó:

—¿Por qué viniste aquí en ese lugar inmundo?

—Si no pudiese hablar contigo, me iba a la capital en el próximo autobús. Yo iba a hacer la vida por allá.

—Jinetearse...

—Tú lo sabes cómo vivo...

—Como un puto bandolero —ella balbució con un tono feroz. —Vendiendo el cuerpo y aplicando pequeños golpes.

—Me tratas como si yo fuera un ratero de alta peligrosidad.

—¿Y no lo eres?

—Tú sabes que no lo soy.

—Pues, cuéntame: ¿qué te pasó para que te expulsasen de casa?

—Me envolví con yucas que traficaban cocaína y marihuana aquí para Ludovica. Ellos traían la droga de Colombia y Venezuela, me entregaban a un buen precio y yo la revendía con mi margen de lucro. Pero me descontrolé en la contabilidad, algunos socios no me pagaran, gasté más de lo que podía y acabé full de deudas con los traficantes. Cuando llegó el día de acertar las cuentas, fueron a mi casa y llevaron todo lo que tenía allí, nevera, estufa, televisor, microondas... No pude hacer nada. Ellos iban a matarme. Mi madre les sugirió que llevarsen lo que quisiesen, pero me dejaran vivo. Después, ella me expulsó de casa.

Baena sintió que había algo de mentira en toda la historia, pero pensó: hacía todo eso y no se consideraba un bandido de alta peligrosidad. Imagínese si fuera.

—Quiero que me lleves a vivir contigo —le dijo.

—¡Sa!

—Dime lo que piensas.

—¿Por qué crees que haría una tontería así? —ella indagó asombrada.

—Porque tú me amas —respondió.

—Tengo amor a mi vida —ella replicó.

—Jamás la haría mal.

—Eres un cínico.

—Quero redimirme y vivir contigo por toda mi vida.

—¿Cómo puedes ser tan caradura? —ella le dijo en serio. —No creo en una sola palabrita de lo que tú me has dicho. Estas juras de amor ya he escuchado una vez. Tú me robaste. Mejor: me asaltaste. Estoy abarrotada de deudas por cuenta de ti...

—Yo sé que me equivoqué, pero ya te pedí perdón. ¿Qué más puedo hacerle para que puedas creer en mí?

—Nada —ella dijo. —Déjame en paz. Es todo lo que te pido. Yo quiero paz, tranquilidad, amor, confianza... Solo puedo tener eso quedándome lejos de ti.

—Eres injusta conmigo...

—Justa o injusta, no quiero quedarme más un minuto en este mísero lugar, filosofando sobre gratitud y fidelidad, esas cosas que tú no las conoces. Sería una enorme pérdida de tiempo. ¿Deseas comer o beber algo más?

—No, gracias.

—¡Buenísimo! —dijo y se levantó. —¡Moza, por favor, tráeme la cuenta!

—No soy ese monstruo horroroso que tú pintas —él murmuró. —Soy un ser humano con defectos y cualidades.

—Dime una calidad y cambio de opinión sobre ti ahora mismo. No necesito dos, una sola basta.

La mesera del quiosco trajo la cuenta y Baena se la pagó.

Mientras tanto, Jeison Zapata Pabón (o Coco, Coquito, Choquito, El Cholo, su nombre era adaptable al gusto del cliente) se burlaba de la mente en busca de algo que pudiese decir para sensibilizarla. Podría decir que era cariñoso y bueno de cama, pero tal vez eso la ofendiese. Podría decir que era humilde, obediente, celoso y buen compañero, pero la rapiña que practicó en su casa desmentía todo eso.

Ella sacó un paquete de cigarrillos en la bolsa, encendió uno, lo tragó con un gesto voluptuoso y arrojó el humo hacia arriba.

—¡Vamos! Estoy esperándote —ella pidió. —Dime una calidad tuya.

—Soy un tipo divertido —él acabó diciendo.

—¡Ah! —ella soltó una carcajada y zumbó. —Tú eres un verdadero *pince-sans-rire*.^[22] ¿Sabe lo que es un *pince-sans-rire*?

—No estudié inglés.

—No es inglés, tonto, es francés. *Pince-sans-rire* quiere decir... Ah, déjala. ¿Por qué estoy aquí perdiendo mi tiempo contigo?

Ella se levantó, lista para partir.

—Me voy en pira —dijo.

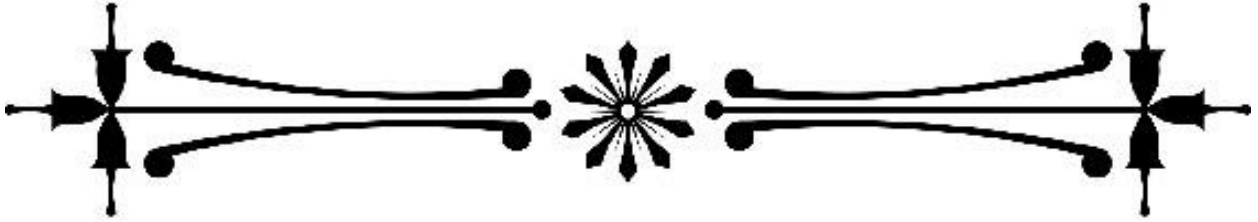
Él se alzó también, tomó la mochila y se la puso en la espalda.

—¿Puedo ir? —él preguntó.

—¿Para dónde?

—Para su casa.

—¡No te vistas que no te vas!



Capitán Héctor Suarez miró el antiguo reloj en la pared de su sala —once y treinta y ocho —y luego confirió el próximo compromiso en su agenda de pintarrajos:

*11h*** cso ***estdte *** invas *** csa*** tntva *** mrt*

Traduciendo: once horas —caso del estudiante —invasión de la casa —tentativa de muerte.

Estaban atrasados en casi cuarenta minutos. Pero había una explicación para tal: el acusado venía de la carcelería de otra comisaría, en el barrio Alborada, en la zona de los barrios nuevos, y en medio del camino el neumático del vehículo explotó. Los policías de la escolta y los agentes tuvieron que hacer una parada de veinte minutos para la reparación. Para empeorar, tomaron un tapón a la altura del monumento de la Revuelta de las Mujeres.

—¿Qué está faltando para que concluyamos ese caso? —Sebas le preguntó, mientras limpiaba su revólver calibre 38 con un guiñapo y arreglaba una colección de proyectiles en una cajita roja.

—No estoy convencido de que ese sujeto es un discapacitado intelectual —el capitán Héctor respondió, hojeando el proceso.

—¿Tienes dudas?

—Estoy esperando el laudo psiquiátrico. Mientras eso...

—Ese tipo tiene pilas y pilas de guayabitos en la azotea. Es loco de tranca.

En ese instante el agente Jesús Pérez llamó a la puerta, entró y anunció que el acusado había llegado al Departamento.

—¡Vamos a darle cuero a eso! —el capitán dijo.

—Enhorabuena —Sebas dijo, guardando el arma y los proyectiles. —Estoy temblando de hambre...

Tres policías entraron en la sala con el acusado. Era un chico blanco, alto, de pelos desgreñados y muchas postillas en el rostro. Allí estaba la representación de la melancolía en persona. Se llamaba Juan Ledesma, tenía veintinueve años y estudiaba Física en una universidad privada de Ludovica. Era estrábico y usaba un par de gafas de grado elevadísimo.

Capitán Héctor muchas veces se jactaba de acumular pocos perjuicios, pero tenía que admitir que Juan Ledesma era un chico malo de verse. Había algo de perturbador en su semblante que molestaba al jefe de policía.

El abogado de Ledesma —un señor rechoncho de unos cuarenta años —entró en la sala enseguida. Él hablaba al teléfono sin parar, buscando un atestado de locura para liberar su cliente de la cárcel. Era posible que lograra éxito en su intento. Pero Héctor quería determinar y desvelar, antes de eso, todas las incongruencias que había encontrado en el primer testimonio del acusado.

La acusación contra Ledesma era de intento de asesinato y lesión corporal grave contra dos vecinos. El motivo para tal acto era un misterio a ser descifrado.

Capitán Héctor pidió para Ledesma que se sentase. Él se sentó y dibujó una sonrisa de idiota. El abogado buscó una silla y se acomodó muy cerca del cliente.

—¿Cómo estás? ¿Qué te has pasado? —el jefe de policía indagó al chaval.

—Estoy bien de bien. Bueno y sano.

—¿Podemos empezar?

—Sí, hermano.

—Hoy vamos a abolir las formalidades—el capitán dijo, usando una tonalidad de voz simpática y paternal. —Será una entrevista relajada. ¿Algún problema?

—No, men.

—La última vez que estuviste aquí, has dicho que matarías a los bandidos que violaron a su Lucy, cuando salieses de la cárcel. ¿Quién era Lucy?

—Lucy fue la mujer de mi vida —le dijo, asumiendo un estado de éxtasis y de devaneo. —En realidad, fue mi remisión. Antes de conocerla, yo estaba a punto de cometer un desatino para dar alguna gracia a mi vida desgraciada. Antes de Lucy yo no era nadie. No pasaba de un estudiante mediocre, solitario, mongolo, un lambe-ñema^[23] de piernas torcidas y rostro repleto de pústulas. Un ser despreciable que pasaba la mayor parte del tiempo entre libros viejos, apostillas y revistas pornográficas de la década de los ochenta, enchonclado^[24] en un apartamento de dos cómodos tan abrasador que más parecía un horno de microondas...

—¿Quién pagaba tus gastos?

—Mi purete.

—¿De qué vive él?

—Es comerciante en una ciudad cercana de Ludovica.

—¿Y cada mes él mandaba el dinero para que pagues el alquiler...?

—El alquiler, la comida y la mensualidad del curso... Pero él me odia. Mi madre también me odia, sólo que menos que mi padre.

—¿Antes de Lucy, tuvieses novia?

—Nunca conseguí arreglar una. También era difícil chatear con las chicas en el internet. No les gusta tener un novio bizco. Soy un poquito bizco. ¿Te das cuenta? Hasta las cabareteras y los travestis me rechazaban y solo querían dar bolsa^[25] conmigo si yo les pagase doblado. Cuando

estaba sin ni uno, me quedaba en el placer solitario con la magnolia... ¿Me entiendes, no?

—Por supuesto que sí.

—Con la magnolia y mi imaginación yo cogía todas las compañeras de clase, las profesoras, la chica del restaurante, la muchacha del supermercado, la rubia de los correos, la morena del calendario, la gringa... Pero en la vida real yo no tenía a nadie. Era una mierda.

—¿Y tus amigos?

—Solo se me burlaban. Me llamaban de mamagüevo^[26] en la uni. Antes que Lucy apareciese en mi vida, eso me incomodaba más que el carajo. Pero después que ella surgió, olvidé titirimundati^[27] y me sumergí en mi pasión sin límites...

—Esa tal Lucy... ¿Cómo la conoció?

—Vi Lucy por primera vez en el anuncio de un magacín.

—¿Qué magacín?

—No me acuerdo. Sé que me quedé enclulado cuando la vi. Ella era todo lo que yo necesitaba. Era perfecta. Senos grandes y blandos, sieso redondeado y atractivo, boca de labios gruesos, ojos enormes y seductores. Tenía pelos negros que llegaban casi a la cintura. ¿Y la creta? No te cuento, men. Era divina, maravillosa. Tenía los pelitos pubianos bien hartos y ajustados en formato de triángulo.

—¿Qué hizo después de haber leído el anuncio?

—No perdí tiempo y llamé al número indicado. Un men atendió y dijo que bastaba hacer el pago vía boleto o tarjeta de crédito que yo tendría Lucy en casa. Pasé un tarjetazo y me quedé sin pito y sin flauta, pero hice lo que debía hacer, lo que mi corazón mandaba.

—¿Y...?

—En quince días Lucy arribó en mi puerta. Me presenté y dijo algunas tonterías. Pero Lucy no habló nada. Estaba abatida por el viaje. También parecía deshidratada. Vi que necesitaba aire fresco y un poco de agua. Tomé todas las medidas para que se le quedase llena de vigor y tan hermosa como en la foto del anuncio. Enseguida, ella estaba lista para servir a mis caprichos. La invité a ir al cuarto y ella aceptó de pronto. Le quité la ropa con gestos suaves, como se bailase un tango con ella. La acosté en la cama y...

—¿Y...?

—¿Puedo proseguir?

—Por favor...

—¿Puedo decirte todo de mi manera?

—Comoquiera...

—¿Prefieres que llame la vagina de chancleta o de...?

—De la manera que quieras...

—¿Cómo prefieres? —Ledesma se dirigió al escribano.

—Yo voy a escribir de la mejor manera posible —Sebas respondió.

—Ah, entendí... Voy a decirte «metí mi lengua en su chancleta» y tú vas a escribir: «él le practicó sexo oral»... O sería mejor: «él pasó la lengua en sus órganos genitales»... ¿No es así?

—Más o menos así...

—¿Verdad que nunca escribirías que yo soy un mamafuiche^[28] o mama-semilla?^[29]

—Yo buscaría una frase más sensata —Sebas respondió.

—Si yo dijese que «llené el chiquito de ella con mi crema», ¿cómo vas a poner ahí en su texto?

—«El acusado afirma que eyaculó en el interior del ano de la persona identificada por el nombre de Lucy» —el escribano dijo, riéndose.

—Voy a tratar de hablar así...

—Por favor, ¡hable de su manera! —el capitán interrumpió, impaciente. —No te apures, puesto que aquí nadie te va a censurar por eso.

—Ok, hermano, mejor así.

—Por favor, llámeme apenas de capitán.

—OK, capitán. Pues voy a continuar... Como iba diciéndole, la acosté en la cama y ella no reaccionó. Empecé besándola en el vientre blanquito. A continuación, mi lengua gulosa recorrió toda la extensión de su cuerpo y luego penetró en la boca ardiente. Besé sus orejas y acaricié sus cabellos abundantes... En un ímpetu, puse a mi miembro duro en la boca de ella. ¡Oh! Ella no esbozó ninguna reacción contraria y fue succionando mi pito... Escriba, porfa, pito. Es mejor que miembro. Borre aquella frase donde dije miembro. Nadie dice miembro en estos días. Solo los escritores de cuentos pornográficos llaman güevo de miembro. También porque, de verdad, men, no tengo un miembro grande o algo que pueda ser llamado de mamaguebo, poronga, tallullo o morrongón.^[30] No soy un rabú^[31], un iluminado^[32]. Tengo, en serio, un pito tan chininingo^[33] que, casi siempre, era motivo de chasque de las mujeres con las cuales yo conseguía dar una singaita.^[34] Lucy, sin embargo, no hizo ningún comentario sobre el tamaño de mi pene. Allí vi que ella era diferente. Serena como una diosa, le permitió que transformase su boquita en un coño. Ops, le dije coño. No hay coco, ¿verdad? Ok, voy a continuar. Empecé a coger su boquita roja. Estaba todo jevi, pero yo acabé estropeando ese momento mágico. Rápido como un conejo, deposité mi líquido blanco allí mismo... ¿Te gustó, escribano? Yo dije líquido blanco en lugar de crema. Estoy facilitando su trabajo, men. Podría haber dicho «deposité mi semilla en su boca», pero ahí se quedaba muy parecido a algo del Antiguo Testamento que mi mamá me obligaba a leer a los doce años. Así, en la mejor parte del goló-goló,^[35] vino el inesperado chiguetazo.^[36] Me quedé con mucha rabia de mí mismo. ¡Mierda, mil veces mierda! ¿Cómo podía pensar en hacer feliz Lucy? Además de ser un tipo ridículo, con una apariencia tétrica, un pito que más parecía un maní tostado, todavía sufría de eyaculación precoz. Una vez busqué a un psicólogo y él me dijo que eso es una característica de personas nerviosas y angustiadas y que a menudo tiene origen en traumas psíquicos de la infancia. No lo dudo. Fui un niño muy reprimido y humillado. Aun así que él dijo que la cuchicuchi^[37] de conejo es un mal curable. Voy a buscar tratamiento. Me prometí a mí mismo que iba a buscar tratamiento. No quiero que Lucy se quede insatisfecha para siempre.

—Volvamos a tal Lucy, por favor —le pidió el jefe de policía. —Cuéntame más...

—Ella bebió mi leche caliente como si fuera el néctar delicioso de una flor. ¿Oyó esto, escribano? Escriba bien lo que te dice: néctar. Néctar de una flor. Me gustó de eso. Me voy a convertir en poeta, un día. Pues, continuando... Ella parecía un colibrí alimentándose. Y como mi bastón mágico permanecía exaltado, eché a Lucy de espaldas, acaricié la perfección de su cuello y de su nuca y, bajando en besos por el surco de su columna, llegué al misterio perfumado de su valle, entre las dos montañas blandas. Humedecí con saliva la suavidad oculta de su pequeño canal e introduje allí a mi príncipe feo y valiente. Lucy no dijo nada de nada, solo liberó un suspiro libidinoso. ¡Ah! ¡Qué momentos extraordinarios yo y Lucy pasamos juntos! A través de la ventana abierta, contemplé la noche estrellada de la ciudad, el recorte de las viviendas antiguas contra la luna y, abrazando, besando, mordiendo y follando Lucy, me sentía el más feliz de todos los seres sobre la faz de la tierra. Lucy me dio los placeres jamás soñados... Ella resolvió que no

iba a salir más de mi compañía, que quería quedarse conmigo para siempre. Y follamos, cogemos, cogemos sin parar, por la mañana, tarde, noche y madrugada. En la cama, en el sofá viejo, en la mesita de cena y en el fregadero abarrotado de platos sucios. Subimos por las paredes como lagartijas, rastreamos por el suelo como reptiles lascivos y adherimos uno al otro como caracoles desesperados. En fin, mi vida cambió de agua podrida al vino más dulce que podría existir. Los días se fueron pasando y mi amor por Lucy aumentaba más y más. Mi amor y mi celo. Mi quedé tan celoso que la dejaba encerrada en la habitación siempre que necesitaba salir a la uni. Cuando regresaba, ya estaba ella acostada en la cama, de piernas abiertas, en una invitación irresistible. Pero, como dicen mis viejos, felicidad de pobre dura poco... Una noche, al volver de la universidad, encontré el apartamento todo revirado. La cerradura había sido violada con un hierro. Mis juegos de construcción, mi ciudad de Legos, mis álbumes, mis magacines eróticos, mis discos, mis cómics japoneses, mi ordenador portátil y el ejemplar del Regreso del Caballero Oscuro... Todo había desaparecido.

—¿Y Lucy? ¿Qué sucedió con ella?

—Corrí al dormitorio. La puerta también había sido violada. Encendí la lámpara. ¡Dios del cielo! Allí estaba ella, la pobrecita. Acostada en la cama, las piernas abiertas, los ojos vacíos, sin vida. Abusaron de mi princesa y después la llenaron de puñaladas... En aquel instante, perdí el control de mis nervios y empecé a gritar. Grité, grité, grité... Salí por los pasillos del edificio gritando enfurecido. Pero tuve una visión. Me acordé de la pareja de vecinos que vivía a reclamar de mis gemidos. No dudé. Volví a la cocina, me armé con un machete que guardaba para un caso de emergencia e invadí al apartamento de los desgraciados. Puse la puerta abajo con patadas. Cuando entré, vi luego a mi ejemplar de Batman sobre un sofá. No esperé por sus reacciones. Fue golpeando con el machete donde daba para alcanzar... Ya tú lo sabes el resto de la historia.

—Por suerte, sus vecinos lograron escapar de su furia —el capitán dijo —y la policía fue llamada a tiempo para arrestarte infraganti.

—Escaparon por ahorita —Ledesma dijo. —Pero un día saldré de esa chincha. Y cuando eso ocurra, ellos van a morir.

—Por favor, me gustaría que el escribano no escribiese eso en el proceso —el abogado pidió con un aire gentil. —Mi cliente no sabe lo que dice, está atontado.

—Ok—el capitán murmuró. —Ya tenemos esa misma afirmación en el testimonio anterior.

—¿Ya acabó? —Ledesma indagó.

—Sí, acabó —el capitán respondió.

El escribano Sebas deseó que el capitán hubiese hecho más preguntas al acusado —si él conocía a las víctimas, si tenía contacto con ellas, si había una riña antigua, si había quejas de discusiones en los últimos meses y por qué mantenía un machete en casa—, todavía no insistió porque se quedaba muy hambriento. Y también porque el jefe había guardado para el final una noticia no muy agradable para el gordito: le comunicó que Juan Ledesma volvería a la carcelería porque su prisión preventiva había sido renovada por el juez por un tiempo, hasta que el laudo psiquiátrico se quedase listo.

Cuando el acusado y su defensor salieron de la sala, después de firmar los papeles habituales y acertar detalles para los próximos pasos del proceso, Héctor y Sebas pudieron caer en la carcajada y celebrar la complicidad de ambos con tabaco y café. Ahora podían reírse a gusto con lo que oyeron durante el testimonio.

—¿No le dije? Es un loco —Sebas ha reforzado su opinión.

—¿Tú has imaginado si Lucy existiera de veras? —el capitán preguntó, sirviéndose de una

taza de café.

—Una pena que fuese una muñeca inflable comprada en un magacín pornográfico.

—Increíble —el capitán murmuró —como él continúa creyendo que ella sea real.

—Es loco —repitió el escribano. —Ahora no tengo dudas.

—¿Has visto las fotos de Lucy? —Héctor le preguntó.

—No, no —el escribano respondió, curioso.

—Mira...

Sebas hojeó la pasta con el proceso y vio las fotos de la morena sintética. El anuncio proclamaba sus atributos irresistibles: medidas perfectas, cabellos oscuros a la altura de los hombros, ojos realistas, senos grandes y suaves, vagina y recto desenvueltos en Cyberskin. «Y la más sensacional novedad: una boca de labios gruesos en material suave, garganta profundísima, dotada de una cápsula vibratoria capaz de promover una enloquecedora succión. Acompaña gratis un gel lubricante».

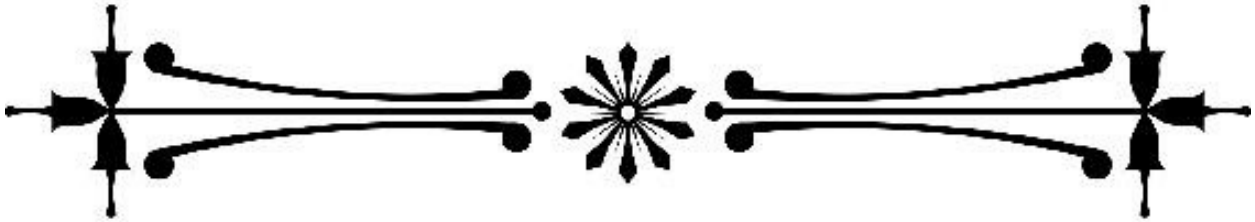
Después de las carcajadas flojas, de las burlas, del cigarrillo y del café, Héctor decretó una pausa de dos horas para el almuerzo.

En esos intervalos, el escribano siempre desaparecía. En aquella tarde, no huyó a la regla y desapareció sin dejar pistas.

Ya el capitán prefería servirse de comida callejera o un buen plato de picapollo. Casi siempre picaba algo en compañía del agente Jesús Pérez.

En aquella tarde, cuándo se preparaba para dar la primera dentellada, su celular tocó. Era Ada, la mujer que cuidaba de Baena, su madre, y que también era su informante.

—Tienes que tomar una providencia —ella dijo al teléfono. —Su madre acaba de llegar aquí con un chico que tiene edad para ser bisnieto de ella. Ni bisnieto, tataranieta. Un jayán de casi dos metros de altura, cosa de hacer miedo. Ahora ambos están en el dormitorio, haciendo Dios sabe qué. Cosa buena no es. Debes tomar providencias, doctor, porque eso es un disparate, un desvarío. Una mujer en la edad de su madre debía estar cuidando de la salud y no haciendo singaderas^[38] como si tuviera dieciséis años. No lo sé, Dios me libre. Esto debe ser hechicería, trabajo de cubana o haitiana. ¿Ya pensaste en llevar a tu madre para un tratamiento con María de Ojalá, de la Casa Sagrada Rey de los Reyes?



La pasaba de medio día cuando Baena Suarez cedió a los encantos y llamamientos de Jeison Zapata, El Choquito, y respondió sí, sí, sí, sí, pero ella hizo eso llena de remordimiento y miedo, seca por fuera y exultante por dentro, para, no más de cinco minutos después, ya quedarse arrepentida, pensando que estaba cavando la propia sepultura; todavía, aunque estuviese desconfiada, la verdad es que no conseguía resistir a sus encantos, no conseguía decirlo no, pero también estaba feliz de haberlo dicho que sí, porque, de lo contrario, no estaría ahora viviendo esta tarde tórrida y punzante, siendo cogida de modo espectacular, follando, singando, mamando y siendo mamada, cabalgando y siendo cabalgada durante horas y horas y horas, experimentando el imprudente porongo de él en todos sus orificios, de forma heroica, sin quejarse, sin cansarse, como tortolitos lascivos, aventurándose en posiciones tan inesperadas que quizás fuesen dignas de figurar en el Kama Sutra, y ella parecía haber sido atacada por un hambre ignominiosa, hambre de sexo, hambre de hambre, porque cuanto más porongo él le daba, delante y detrás, en la parte superior y abajo, más ella quería y más ganas sentía, y así los dos prosiguieron en esa labor tarde adentro, sin importarse nada con nada, hasta que cayeron exhaustos y felices uno del lado del otro.

Media hora después de esa jornada, poco más o menos, ella despertó sobresaltada, en el instante que los rayos centelleantes del sol invadieron su dormitorio y la cortina de la ventana había sido abierta por un viento gélido; miró a un lado y no lo vio, ni mismo sabía qué horas debería ser, no había señal de él dentro del cuarto, y, de súbito, empezó a imaginar tonterías, que él había huido de nuevo, se levantó de la cama, ni siquiera vistió la camiseta o calzó las sandalias de peluche, deslizó mareada por los cómodos de la casa, una profusión de pensamientos turbios en la cabeza, y por fin aliviados cuándo llegó a la cocina, ufa, porque él estaba allí, sí, él estaba allí, no había huido, amén, aleluya, hosanna en las alturas, ojalá, estaba allí desnudo, sentado a la mesa como un dios olímpico, rodeado de panes, huevos, frutas, quesos, salchichas, jalea, mantequilla y

una caja de leche semidesnatada.

Él devoraba un emparedado colosal y, cuando la vio llegar toda asustada en la cocina, con cara de quien estaba delante de un fantasma, dijo que se estaba acabando de hambre y por eso había escapado hasta la cocina, en busca de la heladera y de los depósitos de alimentos, para asaltarlos. Ella sonrió con la broma. Él también sonrió con la boca llena de pan, pidió que ella se sentase y comiese también, y bromeó una vez más, diciéndola que necesitaba recuperar las energías porque la tarde había sido del coño.

Ella se sentó y cogió una pera, rechazó el pan y el queso, también la jalea y los huevos, porque había pensado de inmediato en su tasa de colesterol, en el nivel de la diabetes y del ácido úrico; después soltó un suspiro de alivio, relajó los hombros y, al morder la fruta, dijo que pensaba que él se había ido.

Él se puso serio de repente y dijo que ella estaba muy amedrentada y que eso no era bueno, porque él quería que ella confiase en él, porque él estaba siendo sincero, sí, muy sincero, porque quería arraigarse con ella para siempre y quería hacerla feliz, porque él también necesitaba ser feliz. Ella soltó un suspiro profundo y, masticando un naco de pera, murmuró que eso era casi imposible. Él preguntó por qué. Ella dijo que era una vieja de setenta años. Él le dijo que no olvidara ese pormenor y que nunca le había preguntado la edad porque no quería saber de eso, porque eso no importaba para él, porque, en verdad, ella había sido el mejor de lo que le sucedió en toda su vida y, por mala suerte, ahora él había aprendido a valorar las buenas cosas, todavía solo pasó a estimarla después que la perdió, había aprendido la lección, y que se arrepentía de haber cometido aquel robo, una tontería, y que había pensado en devolver todo, arrodillarse en los pies de ella y pedirle perdón, pero no lo hizo eso, debería haberlo hecho, pero le faltó coraje, todavía él estaba allí para recomenzar todo y hacerla la mujer más feliz del mundo.

Ella oyó toda la confesión en silencio y, con un sentimiento de desdicha, no dejaba de pensar que él en verdad deseaba su dinero y que no tenía un tilín de amor por ella, ñaño, no iba a caer en ese cuentazo de nuevo, tal vez él quisiese hasta matarla esta vez, robar todo; ella le dijo que no pretendía hablar de amor porque ese negocio de amor era una cosa muy complicada, muy extraña. Él retrucó que había sido sincero, cien por ciento sincero, y que lo que sentía por ella era cariño, respeto, admiración, gratitud, y tal vez todo eso junto.

Mientras él hablaba todas esas cosas, ella se martirizaba en su interior. Estaba con mucho miedo de que todo fuese verdad. Tenía que reconocer que hacía mucho tiempo que no vivía tantas emociones y que él era el mejor de todos sus amiguitos, por lo menos era el único que la había hecho tener tantos orgasmos en una sola tarde. Ella empezó a reflexionar sobre los valores de la vida, de que le servía la jubilación, la herencia de su marido muerto, el dinero en cuenta bancaria, la casa llena de joyas, si no tenía más los placeres gozosos de la vida.

Él no se dio cuenta de que ella estaba absorta en pensamientos y empezó a hablar que necesitaba de su apoyo para ser alguien, por lo que él era un cero a la izquierda, un rey sin roque y, aunque a veces se considerase la última gaseosa del desierto de Sonora, no era nada, nadie. En la verdad, él continuó a hablar, ambos eran dos corazones solitarios, o sea, uno precisaba del otro, era mejor que diesen un fin en ese preconceito bobo de la diferencia de edad, porque el sentimiento que los unía era algo diferente, más grande y más fuerte, tal vez más fuerte que el amor romántico de las películas y telenovelas.

Baena abrió bien los ojos en ese instante. Estaba sorprendida. Se empezó a animar con todo lo que oía. Reflexionó también sobre todas las cosas que estaba viviendo. No era poca cosa. Vivir era bueno. Ha estado de acuerdo con él: ese negocio de edad era una tontería. ¿Qué importaba? Él

tenía veinte y pocos, ella tenía setenta, aunque a veces mintiese y dijese que tenía sesenta y cinco. Nada de eso importaba ahora. Quería vivir. Quería ser feliz. Pero sabía que para conseguir tal intento tendría muchos problemas con su círculo de amigos, con la nuera Angelita, con las netas y con su hijo Héctor Suarez. Necesitaba encontrar coraje para enfrentarlos todos. Ella necesitaba sumergirse en aquella locura.

Por primera vez sentía que podría confiar en él. Pero su mente se hervía. No era fácil tomar tantas decisiones en tan poco tiempo. Necesitaba acostumbrarse con tantos detalles. Lo más importante, todavía, era que tendría un hombre viviendo otra vez dentro de su casa después de quince años de viudez.

Pero, en medio de este sueño, no paraba de analizar las cosas, no dejaba de percibir que había un foso entre ambos: él empezó a hablar asuntos prácticos y desagradables, que no podían besarse en público, que no podían bailar en el club, porque eso chocaría demasiado a las personas, etcétera, etcétera y etcétera. Él iba dictando todas estas reglas, estableciendo restricciones sociales, y ella iba quedándose de acuerdo. Él estableció que serían una pareja discreta y poco a poco todos acabarían aceptando la cuestión, porque la vida era hecha para ser gozada. Baena estaba de pleno acuerdo, el verbo más que perfecto de la vida era gozar, gozar, gozar, y estaba pensando en eso mientras oía las palabras de Jeison, sí, gozar era el gran mandamiento de esos tiempos, gozar y gozar, gozar en demasía hasta morir gozando. V Por la primera vez sentía que podría confiar en él. Pero su mente se hervía. No era fácil tomar tantas decisiones en tan poco tiempo. Necesitaba acostumbrarse con tantos detalles. Lo más importante, todavía, era que tendría un hombre viviendo una vez más dentro de su casa después de quince años de viudez.

Pero, en medio de este sueño, no paraba de analizar las cosas, no dejaba de percibir que había un foso entre ambos: él empezó a hablar asuntos prácticos y desagradables, que no podían besarse en público, que no podían bailar en el club, porque eso chocaría demasiado a las personas, etcétera, etcétera e etcétera. Él iba dictando todas estas reglas, estableciendo restricciones sociales, y ella extrañamente iba quedándose de acuerdo. Él estableció que serían una pareja discreta y poco a poco todos acabarían aceptando la cuestión, porque la vida era hecha para para gozarla. Baena estaba de pleno acuerdo, el verbo más que perfecto de la vida era gozar, gozar, gozar, y estaba pensando en eso mientras oía las palabras de Jeison, sí, gozar era el gran mandamiento de esos tiempos, gozar y gozar, gozar en demasía hasta morir gozando. Valía todo para obtener el placer gozoso porque el dinero no representaba nada cuando no se podía gozar, porque no se cargaba dinero para el cielo o para el infierno. Sí, es cierto, la plata debe ser para gastar, para traer placer, es preciso soltar los chelitos, Jeison decía con la boca llena de jamón y queso, reforzando la opinión de Baena, pero también reclamando que ella tenía que confiar un poco más en él, creerlo, poner fe en sus palabras porque él quería protegerla y quería ser protegido también.

Baena ponderó que era de hecho una pavada ese su martirio de imaginar que él quería apenas engañarla, no había más espacio para ese tipo de drama shakespeariano de ser o no ser, de amar o desamar, de creer o no creer, porque el mundo no soportaba más esas crisis, hasta porque el mundo es un estremecimiento de gozo donde ya no hay más conciencia. Además, ella estaba cagando y andando para lo que Héctor, Angelita, Carmen, la nietas y tutilimundi pensarían de todo eso, porque ellos no podrían meterle el dedo en su vida, porque ellos la abandonaron, la dejaron al cielo del desierto; y decían que ella era una vieja perversa que debía crear vergüenza en la cara. La nuera Angelita decía eso siempre. Que malapata tuviera su hijo Héctor cuando se casó

con tamaña diabla, Baena concluyó. El idiota no tuvo la suerte de descubrir el verdadero gozo de la vida.

Ada, la cocinera que realizaba realizar múltiples tareas, decía que Baena debía parar de joder con mancebos de veinticinco años. Pobrecita, también no conocía el sentido pleno de gozar. Además, parar era un verbo que ella solo pretendía conjugar cuando Dios determinase la hora de su partida, porque, de lo contrario, ella iba a seguir gozando, gozando, gozando...

De repente Baena se dio cuenta de que se había quedado delirando mientras Jeison hablaba sin parar. ¿Me copiaste?, el chico la preguntó. ¿Qué lo has? ¿Te la llevaste? Ah, ella titubeó, después dijo que había escuchado todo lo que él había dicho, sí, bien claro, todas las promesas, todo y todo, que sí patatín. Él le pidió para repetir lo que le había dicho y ella empezó a decir que él había dicho que ambos eran dos corazones rotos, que él necesitaba de ella y viceversa, que lo que vivían no era amor, que era algo mucho más complejo y mucho más concreto, que él tenía cariño y respeto y admiración y gratitud por ella y patatín y patatán, que no se acordaba más porque ambos habían hablado mucha tontería mientras comían.

Él dijo, viene acá, siéntate aquí, y la brindó con un beso salvaje. Ella cerró los ojos, sintió los timbales de él rozando en sus piernas, pensó, sí, la vida es gozar. Olvidó todo lo demás, porque empezaran a follarse allí mismo en la mesa, en medio de panes y quesos y jaleas, y ella ni se preocupó en donde estaba, si Ada iba a contar todo para su hijo, porque tenía la certeza que ella contaría de todos modos, sí, porque ella recibe dinero de Héctor para ser su espía, Baena sabía que tenía una Mata Hari de quinta categoría en su propia casa, que contaba todo a su hijo. Incluso debe haber sido ella quien ha contado a Héctor sobre los objetos robados y sobre otras cosas que continuaban desapareciendo en los últimos tiempos. Pero ella necesitaba olvidar estos pormenores porque ahora estaba siendo penetrada por una pija enorme y rolliza, algo de otro mundo que la hacía olvidar todo, incluso de los terribles exámenes que ahora apuntaban que ella podría desarrollar o ya estaba desarrollando el Mal de Párkinson, ese horrible titilar de manos y piernas que convertía a cualquiera en un títere. No era una enfermedad exclusiva de viejos. Eso significaba que hasta un mancebo como Jeison Zapata podría desarrollar el mal de Párkinson. Baena llegaba a agradecer a Dios por eso, aunque la incidencia de la enfermedad en ese grupo de edad fuese muy rara y la ciencia aún no había determinado la causa.

En los últimos meses, Baena dio para medir sus movimientos. Hace eso casi todos los días. Porque los médicos dicen que el Mal de Párkinson comienza de modo imperceptible y, de súbito, la persona se está temblando hecho una vara de bambú. Ella ya los conocía muy bien, pero... ¿por qué diablos ella estaba pensando en eso ahora? ¿Por qué no estaba concentrada únicamente en los movimientos pélvicos que él hacía, entrando y saliendo de dentro de ella? ¿Por qué pensar en Parkinson si él estaba cogiéndola con toda su masculinidad ahora? Sus piernas estaban temblando, sí, ahora sí, pero no por insuficiencia de un neurotransmisor llamado dopamina, no había nada nefasto atacando la sustancia negra de su mesencéfalo; sus piernas estaban tiritando porque ella estaba a punto de tener más un orgasmo del carajo. De cualquier forma, por las dudas, ella se irá al médico y marcará otro check-up urgente para saber por cuántas andan las tasas de glucosa, colesterol, ácido úrico y todas las demás. También regresará a los ejercicios aeróbicos en el club de hidroterapia, contratará una profesora (o profesor) de tenis y volverá a participar de los bailes en la Noche Gringa. Va a hacer aquella reposición hormonal que se quedó pendiente, va a intentar parar de fumar por la centésima vez y va a retirar la botella de wiski de su menú de secretos.

Baena sabía muy bien, no era ciega: tenía que poner las manos al cielo y agradecer todos los

días a Dios por no haber desarrollado un cáncer de pulmón y otro de hígado, o incluso una cirrosis, porque eso era un verdadero milagro para una persona que fumaba desde los diecisiete y que bebía casi todo día desde los veinte. Ahora ella necesitaba recuperar el tiempo perdido porque quería vivir aún muchos años para poder disfrutar de este regalo de Dios. Porque quería follarse muchas otras veces más, como en aquella tarde.

Él la dejó agotada. Pararon después del almuerzo, cuando él dijo que pretendía salir un chin para visitar a unos amigos. Ella estaba tan feliz y tan segura que no se molestó con eso. ¿Él iba a salir? ¿Cuál es el problema? No hay problema. Él le pidió un poco de dinero para comprar ropa porque estaba casi sin ni una pieza de vestir, y ella se le dio; él también le pidió parné para comprar un tenis porque estaba casi descalzo y ella se le dio da misma forma, sin reclamar; también él necesitaba de un nuevo celular porque estaba sin comunicación con el mundo y ella no parpadeó, se le dio el regalo; él reclamó que estaba desorientado, sin las horas, olvidando compromisos, y ella desembolsó más plata para un reloj. ¿Cuál es el problema de ella ser generosa? Ahora sentiría placer en darle todo lo que necesitaba, porque él ahora no era una aventura, sino un caso fijo que iba a vivir con ella, dividir la misma cama y el mismo cuarto de baño. Ella abrió las manos y le mostró toda su inmensa generosidad: no le dio solamente dinero para la ropa, el tenis, el móvil y para el reloj; le dio también para el taxi, para el sándwich, para tomar una fría con los amigos, también para pagar el gym (porque él necesitaba volver a los entrenamientos) y también un poco más para que él comprase los suplementos alimenticios necesarios para obtener un cuerpo escultural. Un cuerpo como este mío no es barato, él le había dicho. Y ella, obvio, lo sabía.

Después del almuerzo, Jeison salió a las calles, feliz, bañado, perfumado y con los cuartos en el bolsillo. Baena dijo hasta luego con una sonrisa. Estaba segura de que no había caído en un nuevo chuchazo porque la mochila de Jeison aún permanecía en la habitación. También él había olvidado un pantaloncillo en el baño y eso era una prueba de que iba a regresar. Estaba segura. ¿Estaba?

Infelizmente, no. La pobrecita no consiguió controlar sus impulsos y se encerró en el dormitorio, derritiéndose en lágrimas y anhelos. Quiso beber, fumar y tomar tranquilizantes. Quiso también coger un taxi y perseguirlo por las calles como en una película negra. Por suerte, desistió de hacer esa última voluntad. Ya las otras tres no las ha conseguido controlar: fumó algunos cigarrillos, bebió tres dosis de wiski y tomó unas píldoras. Estaba ella de nuevo sola, el corazón congelado y las neuronas en desesperación.

Después de secar las lágrimas, se fue a la sala dividir la soledad con Ada que asistía a la repetición de una telenovela mexicana de los años noventa. La empleada fingió que no había oído los gemidos ni percibido los ojos rojos de la patrona. Baena, por su parte, fingió que no sabía que la empleada lo sabía todo. No solamente eso: estaba segura, tanto como dos y dos son cuatro, de que Ada ya debía haber telefonado al hijo Héctor y delatado todo lo que había ocurrido en su casa aquella tarde. Baena la miró de soslayo: Ada de hecho estaba con cara de Mata Hari, o sea, con cara de una traicionera barata y vulgar, una Iscariote que no pensaría dos veces en vender a Jesús por treinta monedas. Pero eso ahora no tenía más reparación, Baena concluyó. Así, en ese juego mutuo y silencioso de fingimiento, ambas intentaron concentrarse en la telenovela.

Cuando el capítulo de Corazones al Cielo se reanudó, Baena tuvo la certeza de que ya había visto todo aquello, una sensación de déjà vu, mismo sin saber que era una repetición. No le era desconocida una fulana llamada Regina, vivida por la actriz Penélope Calderón, que era hija de un exministro, y mucho menos un tal Pablo, personaje de Agustín Hernán, actor cubano que ya fue

boxeador olímpico y se escapó a México.

En la escena, Regina y Pablo estaban follando como salvajes. El escenario era un taller mecánico, sucio de lubricante negro y atiborrado de autos para reparar. Los televidentes sabían que estaban follando porque estaban desnudos, pero la cámara permanecía en eterno close-up, no mostraba nada, porque las novelas mexicanas nunca serán iguales a las brasileñas, donde las parejas parecían singlar de verdad. Baena siempre prefirió las novelas brasileñas.

Ella intentó concentrarse en la escena: de repente ha entrado en el taller sucio una chica llamada Mónica, que era la novia de Pablo, interpretada por Juliana Ortega, actriz cuyo marido ya había sido preso, acusado de tráfico de drogas. Esa tal Mónica demostraba ser una moza muy elegante y se quedó desesperada cuando vio su novio en los brazos de la otra. Se enfureció de tal manera que partió a las ciegas hacia arriba de la puta y la abofeteó. Después, no satisfecha, partió hacia el idiota de Pablo y le dio tres bofetadas en la cara. Gritó enseguida que estaba todo terminado y le escupió para humillarle aún más. Pero quien estaba humillada no era la puta Regina o el estúpido Pablo, y sí la propia Mónica, una mujer rica, elegante y de éxito, que nunca había pasado por tal situación. Baena percibió que Mónica era más vieja que la puta, por eso estaba en desventaja. Baena sabía bien lo que estaba pasando. Y quien salió de la escena, llorando y devastada, en verdad fue la pobrecita Mónica, mientras que Pablo amparaba la puta Regina.

Pero, antes de que Baena derramase una lágrima, tocada por el drama de Mónica, todo cambió de repente: el escenario, la luz, los personajes, la música. Ahora la acción se pasaba en la enorme sala de la mansión del clan Salgado. La empleada Rosalía estaba siendo molestada por el picaflor Fabricio, heredero e hijo mayor del clan. Quien daba vida a Rosalía era la joven actriz Evangelina Prado, que había sido vencedora de la penúltima edición del programa mexicano de telerrealidad Sobreviviendo en la Isla Perdida; ya el papi-champú era interpretado por el actor Juan Colombo, que tiene una tremenda cara de machón, pero ya había posado desnudo en un magacín estadounidense destinado al público gay.

En la escena, Fabricio estaba excitado e intentaba agarrar y besar la incauta Rosalía. Ella no conseguía gritar porque, de veras, siempre quiso ser besada y agarrada por su hermoso patrón. Él ni siquiera necesitaba forzar nada porque ella le entregaría lo que quisiese. Deshaciendo el atasco, quebrantada cualquier resistencia, abiertas las ventanas del consentimiento, los dos fueron a una habitación muy lujosa y singaran como se estuviesen enloquecidos bajo una música romántica, una luz difusa y unos ángulos que más ocultaban que rebelaban.

Baena empezó a sospechar del comportamiento lascivo de los personajes. Era la segunda escena de singada que vía en poco más de diez minutos de trama. Tal vez Corazones al Cielo no fuese una novela cien por ciento mexicana. En medio de la duda de Baena, sin embargo, todo cambió otra vez y la acción ha pasado a un bufete donde un elegante abogado estaba revolviendo papeles de un armario. Se llamaba Guillermo y era interpretado por un actor de pelo gris que, segundo Ada informó a Baena, había sufrido un accidente de auto en 2010 y casi ha cantado el manisero. Mientras revolvía con gestos despreocupados los papeles, Bruna entró en la oficina. Bruna era el personaje de Beatriz Montserrat Moreno. Baena no conocía así por nombre, pero Ada le informó: aquella actriz que se había divorciado hacía poco tiempo del modelo internacional y había sido atrapada en un hotel de Madrid con marihuana y cocaína en la bolsa. Eso casi le destruyó la carrera, se quedó cinco años sin actuar, pero había sido perdonada por el público y volvió a las novelas. Ahora era la principal protagonista de Corazones al Cielo.

En la escena, Bruna invadió el bufete y dijo que estaba embarazada. Guillermo reaccionó de una forma violenta y humillante para la pobre mujer. Dijo que no asumiría la paternidad del niño.

Bruna salió de la sala en desesperación, bajó por el ascensor, cruzó corriendo la recepción del edificio, intentó atravesar la calle, un taxi surgió hacia ella y la pobre fue atropellada y su cuerpo tirado a cinco metros de distancia. En ese ínterin entró una canción triste y el bloque de anuncios.

Baena se quedó emocionada con la realidad de la escena y preguntó a Ada si la pobre Bruna sobreviviría al atropellamiento. Ada respondió que sí, la chica escaparía, no moriría, quedaría un tiempo en una silla de ruedas y, desafortunadamente, quien moriría sería el bebé. El crápula Guillermo iría al hospital, pediría perdón y la pobrecita no lo aceptaría. Baena se sorprendió con el número de detalles que Ada conocía de la trama y quiso saber cómo ella sabía de todo eso. La empleada sonrió y dijo que era una repetición y también leía los resúmenes de los capítulos en el magacín Chismosísima que compraba por algunos chelitos en el colmado.

Ada quería hablar más, mostrar todo su conocimiento del mundo de las telenovelas y de las celebridades televisivas de México, Brasil, Estados Unidos, Colombia y Argentina, un mundo por el cual ella tenía fascinación, pero que Baena nunca se había interesado, hasta aquel día. Ada empezaría a contar los detalles de la vida íntima del elenco de Corazones al Cielo, pero no habló más porque había terminado los anuncios y tocó la música de la viñeta y la telenovela iba a recomenzar.

El capítulo reanudó luego con la escena dónde la pobre Bruna se quedaba en la cama del hospital, toda llena de curativos y de tubos. El malévolo Guillermo invadió la enfermería y, llorando mucho, dijo que amaba a Bruna y le pidió perdón. Pero Bruna balbució con mucha dificultad que nunca más quería verlo. ¿Y dónde está mi hijo?, el estúpido abogado preguntó. La chica respondió con tristeza en la voz: su hijo murió. Guillermo cayó de rodillas sobre el piso de la enfermería y se deshizo en lágrimas. La cámara se iba aproximando lentamente mientras que una música dramática subía nota a nota.

Baena no ha contenido la emoción y dijo: bien hecho para ese patoso.

De repente la acción cambió a una comisaría de policía donde el comisario Renato estaba charlando con su colega escribano Alfredo. Según el boletín de noticias de Ada, Renato era vivido por Osvaldo Blandón, actor dominicano que había sido candidato al cargo de diputado en Santo Domingo (pero no había sido electo y se cambió con la familia para México). Ya Alfredo era interpretado por un actor desconocido (Ada nunca había visto la foto de aquel sujeto de bigotes en las páginas de su magacín de chismes).

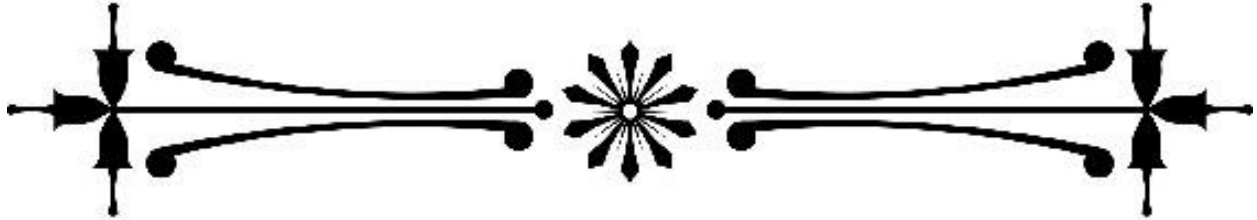
Muy bien: Renato estaba diciendo a Alfredo que ya sabía quién había matado al millonario Jacob Palomino (que era el personaje ya fallecido de David Bustamante, actor que había sido casado con una Miss Venezuela de los años ochenta, pero la cambió por una Miss Colombia de los años dos mil). El escribano indagó si el asesino era la viuda, el mayordomo, la cuñada o el hijo del millonario Jacob Palomino. El jefe de policía resolvió encender un cigarrillo para aumentar el suspenso y cuando se preparó para decir el nombre del sospecho o de la sospecha, de súbito quien entró en la sala de la comisaría fue la propia viuda negra, sí, la viuda negra en persona, tal vez el personaje más odiado por el público, vivido con entusiasmo por Felipa Montenegro, actriz veterana que actuó en varias películas famosas de Hollywood. La viuda negra, de gafas oscuras, entró imperiosa en la sala y anunció que ella había hecho una investigación particular y había descubierto el verdadero asesino de su marido. Eso causó espanto en el investigador, que de pronto la preguntó lo que ella había descubierto. También para hacer suspenso, la viuda no dijo un nombre de inmediato y encendió un cigarrillo. Cuando ella se preparó para decir el nombre de su sospecho, quien entró en el local fue María Teresa, que era nada más que la amante del millonario, una amante muy sensual y vulgar, vivida con toques

humorísticos por Julieta Ferrara, aquella actriz bobalicona que empezó la carrera como bailarina. Al ver a su rival, la viuda se quedó posesa, pasó mal y protestó con furia. Sin miedo, sin parpadear o tartamudear, la amante apuntó el dedo para la viuda y proclamó: tú has matado a Jacob Palomino, víbora asesina. Los dos hombres se entrelazaron, el técnico de sonido aumentó la música en su trecho más dramático y todos se quedaron estáticos. La escena se oscureció con el efecto cinematográfico que se llama fundido y un letrero anunció la continuación: escenas de los próximos capítulos.

Antes que Ada se levantase y antes que Baena cambiase de canal, el teléfono fijo tocó, triiiiiiiiiiii, tocó insistentemente, triiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii, hasta que Ada se levantó y atendió. Oigo. Enseguida se volvió hacia Baena con una sonrisa diabólica y dijo que era Héctor.

Baena se levantó aburrida, gruñó, se quejó, ya era la segunda vez que él la llamaba, y Baena tenía casi certeza que la empleada había contado chismes para el hijo. Ella atendió, dijo oigo con una voz mareada y Héctor empezó un largo discurso diciendo que ya sabía de todo y que ella lo avergonzaba con ese comportamiento lascivo y que ella no tenía más edad para hacer esas cosas y que ella estaba poniendo la vida en peligro y que en ese mismo día él había interrogado a una señora sexagenaria que se involucró con un chico y la historia se había acabado en muerte y por suerte no había sido la muerte de la sexagenaria sino del chico y él no quería que tal tragedia se repitiese en su familia y más con su propia madre y que él iba a tomar providencias si ella no se comportase como una mujer de setenta años y él amenazó hasta interrumpirla en la justicia y por supuesto que no deseaba hacer eso y que eso sería una medida extrema y tendría que tomar tal actitud si ella no colaborase y además también quería saber el nombre completo del sujeto que ella estaba relacionándose y quería saber si él estaba en su casa y si ella le había dado dinero a él y que iba a hacer una investigación para saber si él tenía una ficha policial y tal vez hasta pudiese incriminarlo como explorador de anciano o golpista y dijo que ella no le dudase y no se le quejase porque él quería el mejor para ella y protegerla y resguardarla de esos gigolós prostitutos salvajes.

Baena oyó todo eso callada, sin abrir la boca, y cuando Héctor hizo una pausa para recuperar el aliento, ella resolvió contestarle con una sola frase desaforada: ¡vaya a cogerte con un perro porque no debo nada a nadie, comemierda!



El circuito interno de vídeo del lugar registró la hora exacta en que el automóvil blanco llegó al portón: era medio día, veintidós minutos y treinta y siete segundos. En su interior estaba un hombre joven, alto, magro y de barba.

Ya el vehículo oscuro llegó un poquito después, al mediodía y veintisiete minutos y dieciocho segundos. La mujer de cincuenta años aparentaba tranquilidad. Cubría apenas la cabeza con un pañuelo de seda.

Las cámaras registraron el instante en que los dos amantes bajaran de sus respectivos autos y se encontraron en el garaje, pero no flagraran cuando ellos se besaron con ímpetu y después caminaron por una senda de piedras coloridas, flanqueada de plantas decorativas. Enseguida entraron en la cabaña para vivir su idilio, muy lejos de ojos humanos y lentes inoportunas.

La cabaña con hidromasaje, cama redonda, espejo en el techo y decoración exótica era la misma que hace más de tres años ella siempre reservaba con antelación. Los horarios a veces variaban, pero las citas casi siempre ocurrían después del almuerzo. Rarísimas veces se encontraban por la noche porque el horario nocturno era incompatible con las vidas que ambos llevaban fuera de las cuatro paredes del motel. Singaban casi siempre con la urgencia de quien cometía un crimen, aunque que de forma intensa.

Él era el único hombre que la hacía tener orgasmos sucesivos. Una vez ella tuvo la preocupación de contarlos: logró llegar a doce en veintisiete minutos puyando, lo que significa algo como un orgasmo por cada dos minutos. ¿Era mucho? No, era poco. Ya se ha comprobado que la mujer puede llegar a tener hasta doscientos orgasmos. Para ser más precisa, doscientos veintiséis. Ella no tenía el propósito de alcanzar tal récord, pero intentaría aumentar su marca con el tiempo. Eso dependía mucho de su resistencia. En aquella tarde, sin embargo, ella estaba muy

ansiosa y solo obtuvo dos orgasmos en veinte minutos de cabalgata. Él se dio cuenta del desánimo de la acompañante.

—¿Qué te pasa?

—No es nada.

—No mientas. Estás rara.

—No, no es nada.

—Yo te conozco muy bien para saber cuándo tienes problemas.

—Cosa mía.

—¿Por qué no me cuentas lo que es?

—No quiero que te involucres en mis contratiempos.

—¿Puedo ayudarte?

—No. Ya te dije que no es nada.

—Ahora tienes que contarme. ¿No confías en mí?

—Claro que confío. No estaría aquí si no confiase.

—Pues, dímelo...

—Es mi vida... Esa situación... Cada día peor.

—¿Cómo así?

—Ya no la soporto más.

—¿Sucedió algo grave?

—No. Son las cosas cotidianas que me dejan con los nervios a la flor de la piel. Cosas banales.

—Ten paciencia.

—He tenido mucha paciencia.

—¿Y qué estás pensando?

—Ya pensé en hacer tanta cosa.

—¿Qué tipo de cosa?

—Olvídate, mejor ni hablar...

—¿Por qué no?

—Pienso cometer una gran insania.

—Dímelo...

—Matarlo de una vez. Forjar una emboscada y dar cabo de eso mi tormento.

—No piense en eso.

—Pues ya pensé. Varias veces.

—Borra eso de su mente.

—No hay como librarme de ese tipo de pensamiento. No es tu que tienes que dormir con él cada noche, ese cerdo inmundo...

—No diga eso, es su marido...

—Tengo asco cuando él me toca. No soporto oír su voz...

—Vamos a pensar juntos en otra solución.

—¿Qué? No hay otra.

—Debe haber una.

—La muerte. Solamente.

—¿Por qué tú no le pides el divorcio?

—No, no, nunca. Ellos no van me perdonar.

—¿Quién?

—Mis padres, mis hijas, mis amigos, la sociedad hipócrita de Ludovica. No, no puedo pensar en divorcio.

—Tienes que pensar en ti, en su vida.

—Matarlo: es la mejor solución. No hay otra. Una emboscada, un tiro, algo así...

—Ahora me quedo con miedo de ti.

—Ah, cobarde. No pensé que fuese tanto...

—No es una cuestión de ser cobarde o valiente...

—Tengo dinero para contratar a un profesional para hacer el servicio. El problema es que...

—¿Qué...?

—Que no conozco a nadie de ese medio...

—¿Te estás queriendo que yo...?

—No, no. Tú no tendrías coraje, lo sé... Pero podías arreglarnos una persona de confianza, alguien de la rama, un profesional. Debes conocer a alguien, tengo certeza.

—Es un tipo de servicio demasiado peligroso. Muchas veces, después del acto consumado, el contratista se vuelve contra el contratante, exigiéndole más y más dinero, haciéndole chantaje. Ya he visto que esto sucede muchas veces. Hay una película estadounidense que...

—¡Diablo! Quiero librarme de aquel estorbo.

—Estorbo es una palabra muy fuerte.

—Qué tal ¿saco de basura? ¿Es mejor?

—Nunca te vi tan alborotada. No pensé que...

—A veces me falta el aire. ¡Son décadas, décadas! Una vida entera sumida en ese infierno. ¿Y qué gané? ¡Nada! Si él muriese, por lo menos tendría la ventaja de recibir la monta del seguro...

—¿Seguro?

—El traste tiene una póliza de seguro. No la vi, él nunca me la mostró, pero lo sé que ella existe. Al estar viuda, tengo derecho a recibir al menos la mitad. Nunca he consultado a un abogado sobre esto, pero sé que es así que funciona.

—Sería bueno ver esa póliza. Llama a la compañía de seguros, solicita informaciones.

—No, no. Va a levantar sospechas después. Tú, que eres policía, debes saber de esas cosas.

—Soy escribano...

—Ya he leído que escribano es un investigador de policía de la misma manera: «investigador que formaliza el acto».

—¿Cómo lo sabes?

—Me quedé leyendo sobre su profesión...

—Pensé en otra alternativa.

—Ya te lo dije: solo hay una...

—Algo parecido con...

—¿Qué?

—Un accidente automovilístico donde...

—Muy complicado.

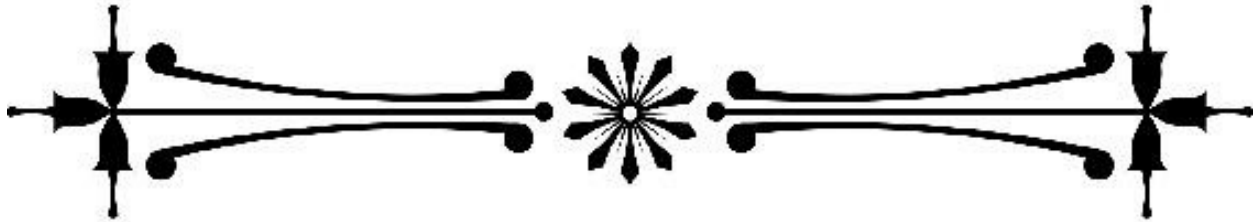
—Menos obvio que un tiro.

—Eso me parece cosa de telenovela mexicana. En la vida real es muy complicado, muy ingenioso. Exige una logística que no es para cualquier persona. Además, requiere mucho dinero para la ejecución. Está descartado.

—Yo puedo ayudarte en la planificación.

—¿Puedes?

—Voy a pensar en algo.
—Por favor, sé rápido. No le soporto más.
—Yo voy a ser rápido...
—¿Tú lo me prometes?
—Sí, yo te lo prometo...
—Quiero quedarme libre para dedicarme a ti...
—Vamos a conseguir, tenga creencia en Dios...
—No ponga Dios en eso...
—Disculpa, hablé sin pensar...
—Mi vida es un infierno al lado de él... A veces siento ganas de vomitar cuando se acerca a mí...
—Me imagino...
—No, tú no imaginas nada.
—Pienso en eso todos los días. Ahora enjuga esas lágrimas, porque a mí no me gusta verte en ese estado...
—Solo me siento feliz cuando estoy aquí. Si por lo menos pudiese quedarme más tiempo contigo. Si nosotros nos encontrásemos más veces...
—Hay un tiempo para cada cosa, tenga paciencia...
—Soy feliz una vez por semana, durante una o dos horas...
—Lo siento mucho, mi amor...
—¿Tú me amas de verdad?
—Sí, ya te lo dije eso setecientas veces.
—Los hombres son todos...
—No me digas nada más. Vamos a aprovechar que estamos juntos. Tengo veinte minutos.
—¿Mira? Me restan veinte minutos...
—Podemos hacer muchas cosas en veinte minutos...
—¿Qué cosas?
—Tipo eso...
—¡No! ¡Uy! Tengo cosquillas... ¡Uy!



parecía escena de *Los Olvidados*, película de Luis Buñuel, o de *Ciudad de Dios*, de Fernando Meirelles, todavía era real. Real y triste.

Todos los días, en la señal de control de tráfico de la Calle Ponce de León, cruzamiento con San Jacinto, donde se ubicaba el gran edificio verde (la única maternidad de Ludovica), los conductores de autos que pasaban apresados eran obligados de forma casi irremediable a enfrentar las manos ágiles de los chicuelos que empuñaban trapeadores y limpiaventanas para restregar a los parabrisas. Manos negras, manos blancas, manos finas, manos sucias, manos de uñas miserables, manos esqueléticas y manos angelicales que tiraban agua en los vidrios y después manejaban a los objetos para quitar la (casi imperceptible) suciedad. Los automovilistas hacían incansables protestas contra el servicio de los niños y decían que los parabrisas no estaban sucios o no necesitaban de la solución horrible de agua y detergente que ellos usaban. Era inútil tanta desaprobación. Los pendejos limpiarían los vidrios de todos modos, visto que eran llamados Los Limpiavidrios (aunque algunos conductores prefiriesen denominarlos de Los Suciavidrios).

A cada diez o quince segundos, cuando el semáforo se encendía en la luz roja, la acción se repetía en varios parabrisas de los vehículos parados en el paso de peatones. No obstante, cuando el semáforo se preparaba para ponerse en verde, las pequeñas manos aceleraban la limpieza y, subsiguientemente, los conductores (no todos) extendían monedas por las ventanas que eran cogidas con rápidos meneos por los chicos. El semáforo se abría. Los carros se iban, apresurados, como si huyesen de una trampa. Mientras eso, felices y alborozados, decenas de chicos corrían a las calzadas para contar los rendimientos. Había también algunos adultos detrás de esa ocupación. No eran vistos por los ojos de las autoridades, transeúntes y conductores, pero estaban allí.

En aquel lunes ardiente, en medio de la algarabía, en los canteros de flores y palmeras que existían en el centro de la avenida, se encontraba un niño que se llamaba Chapulín. Tal vez pocas personas en las calles supiesen su verdadero nombre tal cual estaba escrito en el acta de nacimiento (y, de veras, era improbable que él tuviese una acta de nacimiento). Lo llamaban Chapulín debido al éxito de la serie cómica del actor Roberto Bolaños en un canal de televisión de Santabella. Tenía once o doce años, era blanco, raquítrico, de pelo negro y ojos fosforescentes (a veces parecían verdes y otras veces relucían como a un cielo azul). En aquel día él usaba una camisa de los Tigres del Rey, uno de los tres equipos de béisbol de Ludovica. No era hinchada de Los Verdosos. Había recibido la camisa como regalo. Era perceptible que el tamaño no le servía, puesto que las mangas casi cubrían sus bracitos flacos.

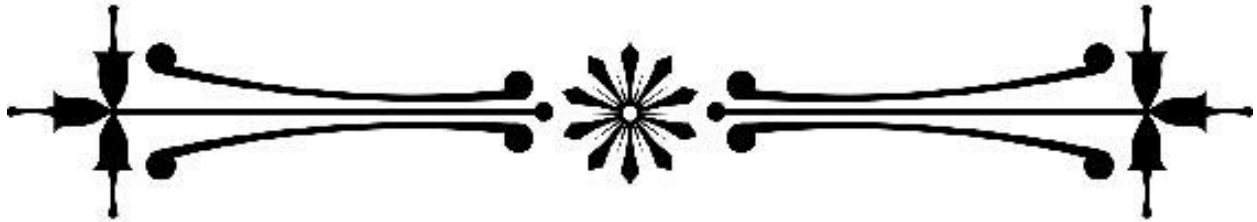
Alrededor de mediodía, fuese mañana de lluvia o de sol, los niños callejeros siempre hacían una pausa para el almuerzo. ¿Cómo conseguían comida? Había voluntarios de organizaciones no gubernamentales e iglesias evangélicas que salían distribuyendo pequeñas fiambreras descartables con pollo y arroz en los semáforos. También los chicos quitaban las sobras que los dueños de restaurantes jugaban en la basura. Otras veces ellos compraban con su propio dinero.

Parecían pardales y palomas en un cenáculo de maíz y alpiste. Comían, gritaban, cantaban, se burlaban y soltaban improperios. Y peleaban. Estaban siempre peleando y disputando algo.

Era común que usasen alcohol, drogas y tabaco. Marihuana y crack eran las drogas más consumidas. No obstante, cuando no tenían ni una ni otra, usaban cualquiera sustancia para entorpecerse, incluso cola de zapatero, disolventes, tintas y esmaltes. Ya una mezcla de vino de mala calidad con refresco era la mamajuana^[39] más popular entre ellos.

A diferencia de sus compañeros, Chapulín intentaba huir de todo eso. Enfrentaba un desafío ininterrumpido para mantenerse vivo y libre de la adicción. No era fácil. Cada minuto había un compay^[40] a su lado fumando una pipa de crack o un cigarrillo de marihuana.

En ese lunes, caliente como una tostadora, mientras Chapulín comía su plato de moros con cristianos y pollo frito, un niño de diez años fumaba una piedra de crack en una pipa improvisada (hecha con lata de refresco). Él aspiraba con fuerza el producto y luego soltaba el aire. Lo repitió varias veces, hasta que ha entrado en estado de torpor y sucumbió desmayado.



La casita miserable, erguida con cinc y tablas, parecía una hoguera medieval en medio a las montañas de porquerías que formaban el Nido del Buitre, una localidad que antes había sido un depósito gigantesco donde se aglomeraba toda la basura recogida en Ludovica. Ha completado diez años que el depósito fue convertido en un barrio bajo con el surgimiento de incontables casuchas. Tenía ese nombre porque los gallinazos negros aún dominaban el paisaje y los camiones seguían arrojando la basura de modo clandestino allí. Se quedaba a diez o doce kilómetros del centro de la ciudad. Tal vez fuese el lugar más sórdido de Ludovica, la parte fea y sucia que nadie quería ver, una asquerosidad que ha sido barrializado^[41] contra la voluntad de todos.

En aquella mañana, de aparente quietud, cúmulos de humo gris ganaban el aire, venidos de la chimenea de la casita de cinc. Era cosa rara allí: comida siendo preparada en el fogón de leña.

De buenas a primeras la paz ha sido cortada por un sonido de pelea en el interior de la casa. Era una pelea fea. Se sobresalía la voz fuerte y furiosa de un hombre. Enseguida los gritos desesperados de una niña se escucharon con más énfasis.

La puerta de la casita se abrió.

Una niña de doce años salió de repente. Su faz estaba bañada en lágrimas. Dio algunos pasos inciertos hacia la carretera rodeada de basura que pasaba adelante. Después de un rato, se volvió hacia la puerta. Se llamaba Marisol.

Un hombre de fisonomía grosera apareció en la entrada, abotonando la camisa y cerrando la braguilla de los pantalones. Sin duda, él era el motivo del terror de la jovencita. ¿Cuántos años estaban escondidos debajo de la barba mal hecha, del pelo desgreñado, de las vestimentas desarrapadas y de la piel triguera incrustada de churres? ¿Cuarenta o cincuenta?

En un gesto brusco, él sacó el ceñidor que sostenía sus pantalones y lo volteó en el aire.

—¡Entra, cabrita!—gritó con su voz de chivo ronco.—¡Entra!

La niña no entró. Ella temblaba de miedo. Decidió huir a ciento y pico y se envolvió en el matorral que había en las cercanías de la casucha. Corrió desesperada por los montes de escombros que formaban un laberinto. ¡Cómo corría! Corría como una liebre.

En otro extremo, no muy lejos de la casa, una mujer raquítica tal cual un palillo caminaba a pasos céleres. Parecía un espectro en medio de las pilas de basura y casuchas, levantando la polvareda en el sendero con su pasito. Había despertado temprano para recurrir agua en un riachuelo que corría cerca de su casa y catar gravillas en la mata que circundaba el lugar. Ahora volvía apresurada para concluir el almuerzo de su marido. Traía en la cabeza un manojo de leña y un galón de agua en una de las manos. Era eximia equilibrista. ¿Cómo conseguía tal hazaña? Quizás hubiese aprendido con la madre (que por su vez aprendió con la abuela, una nativa de la isla). Toda mujer descendiente de los indígenas en Santabella (como era su caso) era una equilibrista por naturaleza. Estaba en su sangre y en sus músculos el don de equilibrar en la cabeza niños, fardos, paquetes, racimos de plátano y galones de agua.

La mujer-palillo se llamaba María de Santa Lucía: tenía los pelos arrepentidos, el rostro sufrido y huesudo, las piernas finas. ¿Cuántos años? Imposible decirlo. Se vestía como una mendiga. Se presumía —por el nombre que había recibido —que en la infancia hubiera sufrido algún problema de visión. O bien la madre había hecho una promesa con la santa protectora de los ojos: Santa Lucía de Siracusa.

La mujer caminaba con pasos de liebre, apresurados, pero tristes. De repente ella se ha detenido. Puso el galón en el suelo. Algo había llamado su atención.

Era a niña Marisol que surgía en la carretera, despavorida, corriendo hacia la mujer.

La voz de Lucía era fina, casi inaudible.

—¿Qué te pasó, Marisol?— preguntó.

Marisol agarró el galón de agua. No era tonta de contar nada. Solamente dijo:

—Nada de nada.

Las dos retomaron la andadura. Madre e hija, caminando lado a lado, parecían dos palillos flotantes, levantando el polvo de la carretera. Era obvio que Lucía desconfiaba lo que en verdad había sucedido en casa, pero fingía no saber.

—Agustín se peleó contigo, ¿verdad?—preguntó, con su voz de pájaro.

Marisol sonrió para reforzar su negativa:

—Ñañe, mama, ñañe.^[42]

La madre no estaba convicta de la respuesta. Conocía muy bien a la hija y conocía mucho más al marido. No tenía guayabitos en la azotea. Parecía tenerlos, pero no los tenía.

—¿Por qué estás llorando? —la mujer preguntó.

La niña pensó un instante antes de responderle. ¿Qué coartada usaría de esta vez? Ya había usado tantas. Mejor empezar a hacer una lista y poner todo en un cuadernito. Su serie de disculpas se estaba agotando. Se inventó una en menos de cinco segundos:

—Fue el humo de la cocina que agredió mis ojos.

La madre, por fin, ha fingido que creyó. Las dos siguieron adelante, en silencio. La mujer fumaba un veguero. Marisol consideraba el pitillo de su madre muy apestoso (sentía asco a veces), pero no se quejaba. Peor era el olor del cigarro de su padrastro, Agustín. Pero tampoco se le quejaba. El grajo era peor que el cigarrillo y ella también hacía esfuerzo para sopórtalo.

Desde muy temprano que Marisol sabía que Agustín no era su padre legítimo. La madre nunca se lo escondió: él era padrastro. Cuando Lucía se casó con Agustín, ante el sacerdote en la iglesia y ante el juez en la corte, Marisol ya era un embrión de cinco meses en el vientre de la madre. El vestido alquilado casi no le ha encajado a la novia preñada.

Cuando las dos llegaron a la caseta de cinc, era hora de concluir el almuerzo. Lucía se apresuró. Percibió hambre e impaciencia en los ojos de su marido. ¿Almuerzo? Era gracioso llamarlo así: huesos, tripas y tuétanos de chivo en frijoles negros, acompañados de un arroz empapado. Para ser feliz.

Marisol, Agustín y Lucía se pusieron a la mesa rústica que existía en medio de la cocina—cocina fea, sucia, cubierta de hollín, con pedazos de tocino y carne seca colgados en el techo por ganchos de alambre. La olla humeante ocupaba el centro de la mesa. Agustín comía con cucharadas bruscas. Con las manos sucias él cogía un inmenso hueso de chivo que estaba sumido en los frijoles negros y chupaba el tuétano. Mientras devoraba la parca comida, él mantenía la mirada severa hacia Marisol.

La niña comía con lentas cucharadas, sin apetito. Miraba de cuando en cuando hacia Agustín. Intentaba adivinar sus pensamientos. ¿Será que él también intentaba adivinar los suyos? Ella rogaba a Dios que no.

La madre comía de cabeza baja, ajena al clima de represión y miedo que flotaba entre padrastro e hijastra. La pobre mujer mantenía la mirada fija en su comida. Lucía comía mucho, pero no engordaba un kilogramo. Siempre fue así desde pequeña. Si tenía algo de comer, no importaba lo que fuese, ella lo comía.

Agustín poseía una extraña manía de hablar con la boca llena de frijoles. Era insólito eso. Cuando hablaba, volaba pedacitos de carne y granos por todas partes. A veces Marisol sentía ganas de reír, pero no era imbécil de hacer tal cosa y molestar el padrastro.

—Mañana voy a pescar en el riachuelo. ¿Quieres venir conmigo? —él preguntó a Marisol.

La niña no dijo ni ji. Miró a la madre, buscando aprobación para el pedido. Odiaba pescar, en realidad. En otras palabras: odiaba las pesquerías del padrastro. No era un pez que él quería coger.

Agustín se enfadó con el silencio de las dos. Él detestaba cuando hacía una pregunta y nadie respondía.

—¿No dijiste que quería aprender a pescar?—él vociferó.

¿Ella dijo eso? ¿Cuándo? ¡Nunca! Odiaba halar pescado, pero se mantuvo cabizbaja. No tenía coraje de contestar al padrastro. En un brote de inteligencia, Lucía percibió la intención de su hombre. ¿Será que lo notó mismo? ¿O dijo lo que dijo por decir, sin darse cuenta del peso de lo que decía?

—Mañana Marisol me ayudará con la ropa sucia—la madre habló. —Otro día ella va al riachuelo contigo.

Marisol sintió un alivio por un instante. Pero su corazón se ha acelerado cuando miró la cara del padrastro. Agustín no parecía feliz. Chupaba el hueso con voracidad y la grasa escurría por el rincón de la boca.

La madre no sacó los ojos de su comida. Hablaba y comía cabizbaja.

—Sábado, dos mujeres del ayuntamiento vinieron aquí a hacer una visita—dijo ella. —Una de ellas se identificó como esposa del alcalde, una rubia, una tal Vanessa. Preguntó si Marisol estaba yendo a la escuela. Yo le dije que no.

La madre estaba loca, Marisol pensó. ¿Qué diablo de asunto era ese a la hora del almuerzo?

Agustín sopló un bocado de frijoles en la cara de Lucía y dijo:

—No quiero nada con esa gente del ayuntamiento. El alcalde es un mañoso, ese tal Triguero Júnior. La esposa debe ser mucho peor que él.

—Ella dijo que si Marisol fuese a la escuela, vamos a recibir una ayuda del gobierno—Lucía insistió.

—Sostengo a mi familia con el sudor de mi trabajo—Agustín dijo.

Por primera vez durante el almuerzo, la madre sacó la cara del plato de comida. Se puso en una mirada desafiante para el marido e indagó:

—¿Qué trabajo, Agustín? ¡Dímelo! Hace más de tres meses que tú vives sin disparar un chícharo.

Agustín soltó el hueso en el plato. Sus ojos brillaban de odio. Su respiración recordaba la de un bicho. Marisol concluyó: el tiñoso debía resollar así.

—¿Te estás queriendo humillarme, Lucía?—él gritó.—¿Me llamas de vagabundo? ¿Quieres decir que todas mis pinchas son chiripas?^[43]

La madre no respondió. No estaba loca, gracias a Dios, Marisol respiró aliviada. La pobrecita ha tenido apenas un brote efímero de locura, pero ya había pasado. Ahora ella temblaba de miedo.

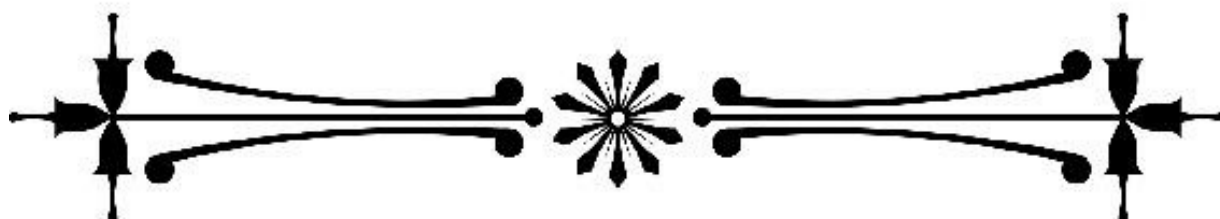
En un acceso de furia, Agustín arrojó el plato de arroz y frijoles en el rostro de Lucía. Marisol no podía hacer nada, sino llorar. Lucía pasó la mano en la cara, limpió la suciedad.

Agustín se levantó, bufó, cazó y amenazó:

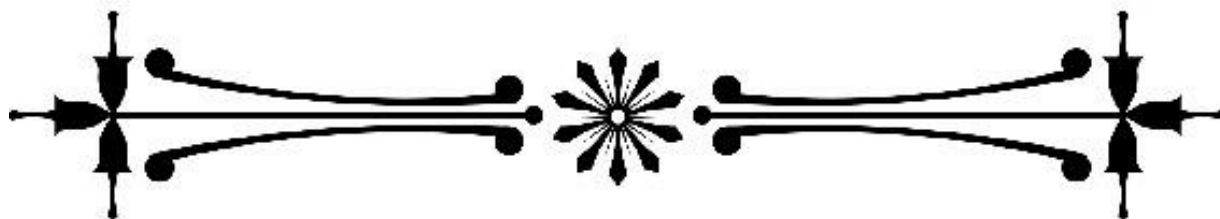
—Si no fuera yo, con mi esfuerzo, tú y esa otra ya estabais muertas de hambre. ¿Crees que sea poca cosa asumir la hija de un cabrón? ¡Pues ahora van a comer en el infierno!

Agustín, fuera de control, arrojó hacia arriba los utensilios domésticos que estaban en la mesa. Madre e hija no se movieron y se quedaron calladas. Ya estaban acostumbradas con eso.

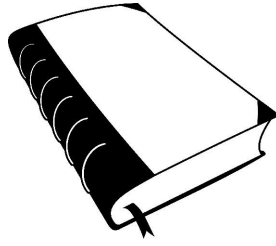
SEGUNDO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



12 de junio al 11 de septiembre de 2012



Siempre quise tener un diario para confesarle mis secretos. Cuando era una chamaquita de doce años y estudiaba en el Liceo Católico Cristo Rey, las tías me obligaron a leer **El Diario de Anne Frank**, la historia de una chica judía que murió en la guerra. Confieso que pasé por alto de algunas páginas porque tenía cosas allí que yo no comprendía de ninguna manera. Pero la actitud de registrar día a día sus vivencias para el futuro me dejó muy impresionada. Me prometí para mí misma que haría algo parecido. Pero mi ambición se quedó en la voluntad, nunca lo hice. No tenía, es verdad, mucha disposición para escribir.

Ahora me aparece «ÉL» y me tira en las manos este cuaderno —una mezcla de agenda y bloque con bellísimas páginas de colores. Surgió la duda de pronto: ¿tengo edad para eso?

Ah, Dios, diario es cosa de adolescente abofeteada. Tengo más de veinte años, soy una mujer. ¿Voy a sacar mi celular y mi ordenador portátil para usar papel y pluma estilográfica o lápiz como en los viejos tiempos de escuela primaria?

Pensé que sería imposible, pero mis manos están rascando... ¡Ay! Estoy loca para estrenar aquí en estas páginas. ¡Son tan perfumadas!

Voy a concluir esta primera página con una cita de la propia Anne Frank que encontré aquí en la net. Si no estoy equivocada, ella escribió eso en la primera página de su diario también. Mira cómo es hermoso:

«Espero poder confiártelo todo como aún no lo he podido hacer con nadie, y espero que seas para mí un gran apoyo».

(Ana Frank, 2 de junio de 1942).

Mira que coincidencia fantástica que acabo de notar: el mismo mes que estoy empezando mi diario. ¡Setenta años después!

Decido seguir el estilo de la señorita Frank de aquí en adelante. Es un buen modelo a seguir.



MARTES, 12 DE JUNIO DE 2012.

Querido Toby...

Ese será tu nombre: *Tobby*. Es un homenaje a *Tobías Borgetti*.

Tobías (me olvidé de decirte) es *ÉL* a quien me refería en la página anterior.

Me prometí a mí misma que este maravilloso cariñito estaría conmigo por todos los días de mi vida, a partir de ahora. No importa donde yo esté o donde vaya o con quien vaya, prometí que te llevaría (que te llevaré) siempre conmigo. Será mi chaval inseparable, mi confidente.

Nunca un novio tuvo conmigo el cariño que *Tobías Borgetti* ha demostrado. Él es único e incomparable, la mejor cosa que me ha pasado en años. Él me escucha, me aconseja, me calma, me conforta y me da placer. ¿Qué más puedo querer de él?

Ahora, querido *Tobby*, serás el sustituto de *Tobías* en los momentos en que él no pueda estar conmigo. Sí, a partir de ahora yo te escojo para compartir esta misión: cuando *Tobías* no se quede a mi lado, sea por qué motivo, serás tú quien me escucharás, me aconsejarás, me calmarás, me confortarás y me darás placer.

Necesito confesarte algo que tal vez tú no sepas: eres muy hermoso. Impresionante. Tienes una capa de cuero, un letrero dorado, marcadores de páginas, papel colorido muy agradable de escribir con mi lápiz de tinta magenta. Y tienes un olor indescriptible. (Espero haber escrito correctamente *indescriptible*. Nunca la usé). Por cierto, contigo, *Tobby*, he despertado para el poder de las palabras. Eres un vicio. Después que uno empieza no quiere parar, entra en un asunto y sale en otro, y cuando se da cuenta ya está hablando de algo que no quería. Como ahora. Mi intención era hablar de ti. Y de *Tobías* también. Quería decir que él, *Tobías*, es muy lindo también. Deslumbrante. Alto, el novio más alto que tuve. Juega al béisbol en la uni. ¿No es emocionante? Nunca tuve un novio que fuese pelotero. Los demás todos jugaban fútbol, que es una cosa ordinaria. Ah, *Tobías* es fuerte también, hace el gym y boxeo tailandés. ¡Un tractor de tan fuerte! Y tiene un detalle que es también muy grande... Sí, tiene un güevón.

¡Ah!

Este fue el Día de San Valentín más increíble de los últimos años. Tal vez el más increíble de mi vida. Él me tomó en casa y me trajo el regalo —¡tú!— embalado en un papel brillante y de color. Después paseamos. Fuimos al cine. Comimos palomitas y luego hicimos amor en su casa. *Tobías* hace amor de un modo maravilloso, tengo que confesar. ¡Una cosa, un huracán!

Voy a parar por aquí porque ya es tarde, casi madrugada y mis padres todavía están despiertos. En realidad, hace poco tiempo que pelearon. No sé por qué. Todos los días ellos se desentienden por cualquier tontería. El problema es que pelean a los gritos y me pregunto si nuestros vecinos escuchan las palabras podridas con las cuales se agreden de forma mutua.

Mis hermanas también están despiertas. No quiero que ellas sepan de tu existencia, mi querido *Tobby*. Son unas abejas. Malas lenguas.

Ahora me voy a dormir. Buenas noches.



MIÉRCOLES, 13 DE JUNIO DE 2012.

Querido Toby...

¡Qué cosa increíble! Son las siete de la mañana. Me desperté inspirada para escribir. Eso es inédito en mi vida. Primero que nunca había despertado tan temprano. Solo abro los ojos, casi siempre, después de las nueve. Segundo: escribir nunca fue un hábito en mi vida. Estoy descubriendo ese talento ahora. Es un frisón. Siento algo nuevo dentro de mí. ¡Qué raro! Es como un anhelo de vómito, pero bueno, reconfortante.

Lo siento, mi querido, no te llamé de depósito para vómito. No es eso. Eres «el receptor» de todas las cosas buenas —y malas también— que van a salir de dentro de mí. Siento que hay muchas cosas para salir.

En ese momento, quiero escribir algunas palabras para Tobías Borgetti y mostrarlas más tarde, cuando lo encontraré. Él prometió que vendrá a cogerme a las tres de la tarde. Él tiene automóvil. No es rico, pero el padre le dio de regalo un auto básico cuando él ingresó en la uni año pasado. Ingeniería en Computación.

Mira lo texto que escribí:

Cuando estoy a su lado siento como si los planetas,
las estrellas,
los asteroides,
todos los cuerpos del universo parasen en el tiempo.
Todo parece estar inmóvil.
Es como en una película.
Mi cuerpo tiembla,
mi respiración se vuelve arqueada
y mis labios estampan una sincera sonrisa.
¡Ah, cómo amo estar contigo!
Mi contentamiento tiene un nombre,
que quiero expresar durante todos los momentos de mi vida...
¡A su lado!
Quiero gritar al mundo ese nombre:
¡Tobías! ¡Tobías!
Quiero paralizar los segundos para permanecer inmutable contigo.
Me enamoro por ti todos los días,
en cada revelación y cada milésimo de segundo que estamos unidos.
Me siento tan absoluta y tan entusiasta después que te conocí,
que no puedo dejar de pensar en cómo soy la mujer más feliz de la faz de la tierra por tenerlo en
mi existencia.
Quiero florecer en tu regazo.
Quiero ser una planta fructífera en su regazo.
Quiero verme reflejada en la luz de sus ojos majestuosos
como una estrella...
Y reír contigo...
Quiero ser tonta cuando me llamas tonta...
Quiero decir I LOVE YOU tantas veces que te hacen necesarias

para que puedas creer en mí y entregarme su corazón para siempre.
I love you baby,
FOREVER.

Tobby, ¿qué tal? Lindas palabras, ¿no? Tal vez yo pueda ser la próxima E. L. James y —quien sabe —escribir algo como Cincuenta Sombras...

¡Ah, ah, ah!

Es broma.

En realidad, mi amigo, si tuviese talento para ser escritora, preferiría ser una E.L. James o Melissa Panarello. Mucho mejor que una azucarada Stephenie Meyer. Los libros de Meyer (solo leí el primero, Crepúsculo) me provocan mareo. La novela Cincuenta Sombras (de James) y Los Cien Golpes (de Melissa) me dejaron encendida y desabollada de voluntades.

Yo leí todos estos libros en lo más absoluto sigilo, porque aquí en Ludovica no se toma bien a una muchacha en mi edad leer este tipo de literatura.

Me siento muy feliz ahora. Voy a dar una pausa para tomar una champola^[44]. Escribir es una novedad para mí, pero eso provoca un hambre terrible.

Si no vuelvo a la escritora, me vuelvo una ballena.

¡No!

¡Por el amor de Dios! Ballena no. Gorda jamás.

¡Vade retro!



Querido Tobby...

Él me lo tiró por celular. ¡Ah, Dios! ¡Creo que voy a tener un infarto! Mi corazón está disparado. Esa voz viril mueve con todos los músculos de mi cuerpo, hasta los más íntimos... Creo que me entiendes, ¿no? Vamos a encontrarnos a las tres de la tarde, como él prometió.

¿No tengo que poner las rodillas en el suelo y agradecer a Dios todos los días por este hombre maravilloso en mi vida?

Por cierto, querido Tobby, tengo que hacer eso. Salir de la retórica y partir para la acción. He sido ingrata. Papa Dios me regala una dádiva de esas —un ángel caído del cielo en mi regazo —y yo ni siquiera voy a la misa para rezar un padre-nuestro.

Sí, estoy en deuda con Dios.

Pero tengo que pensar bien en eso: parece que la familia de Tobías no es católica, por lo tanto ni me sirve rezar un padre-nuestro o ave-maría.

Necesito descubrir cuál es la religión de Tobías porque así dirijo las oraciones a la persona adecuada —vaya que él sea budista.

Si así es, me vuelvo budista también.

Difícil será aprender las oraciones extrañas. ¿Cómo es el nombre? Mantras? ¿Será que voy a

conseguirlo? Eso es muy divertido...

Nam Myoho Rengue Kyo Nam Myoho Rengue Kyo Nam Myoho Rengue Kyo Nam...

¿Y si él es musulmán?

Supe que hay algunos practicantes de esa religión aquí en Ludovica. Nada contra, yo respeto. Difícil para mí será usar el velo en la cabeza.

Pero por Tobías hago cualquier cosa.

Estoy curiosa ahora. Y un poco preocupada también. Él nunca me habló de religión y habla menos aún sobre la familia. ¿Los padres son evandiables?^[45] Tontería mía: creo que Tobías no es creyente. Bueno, él singa conmigo. Si fuese creyente, no singaba. Protestante tiene ese negocio de solo chichar después del matrimonio. Además, él no hizo ningún comentario porque yo no era más virgen. Los creyentes aprecian mucho a la virginidad, principalmente los pentecostales. Una amiga me dijo eso porque ella tenía un novio pentecostal que no la cogía, solo mamaba los pechos de ella y pasaba la lengua allá... Era un mama-creta del carajo.

¡Ah, qué cosa divertida!

Voy a parar por aquí, querido Toby. Tengo que estudiar un poco. Los viejos me están cobrando—en realidad, están matándome, torturándome—para que les dé la felicidad de ser aprobada en el examen nacional este año y, por fin, pueda ingresar en una uni decente (de preferencia pública). Tres años consecutivos de rechazos.

Mi hermana Amanda pasó en Odontología año pasado y se volvió la querida de papá de repente. Todos los mimos de la casa ahora son para ella. Yo soy la oveja negra, la loca. Ellos exigen que las tres hijas ingresen a una universidad pública. Pero hacen eso por un motivo simple: no quieren pagar una universidad privada y exigen ese sacrificio de las princesas.

Mi abuela Baena argüía con los gastos del colegio privado por ocho años... Pero ella dijo que la uni no podía pagarla. Tendríamos que andar con nuestras propias piernas.

Ahora necesito pasar en el examen. Es una cuestión de urgencia. Quiero probar a Tobías que también soy inteligente y preparada.

Para mis padres no tengo que probar nada. Por ellos no haría ningún esfuerzo. Ellos que van a la mierda.

Pero por Tobías... Ah, sí. Por Tobías hago cualquier sacrificio. ¡Voy a hacerlo! Voy a pasar en ese maldito examen.

No lo sé si consigo media suficiente para ingresar en Derecho. Si al menos los viejos aceptasen Historia, Geografía, Pedagogía...

¡Nada!

Quieren que yo pase en Derecho. (El año pasado casi me alcancé la media para ingresar en Historia. Casi, casi, por muy poco).

Ahora una pausa. Voy a estudiar.



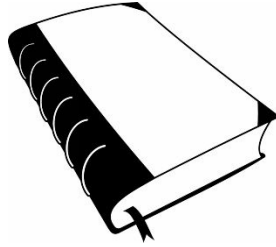
Querido Toby...

Volví.

Me encontré con Tobías a las tres de la tarde. Él me llevó a la casa de un amigo, aquí cerca, en el barrio llamado Chichimeca. Era una casa desordenada, pero jevi.

¡Hicimos amor tres veces!

Estoy exhausta y feliz.



Tengo una novedad: la creencia religiosa de Tobías es el kardecismo. No lo sé qué es eso todavía, pero no podía decirle que era ignorante. Ya he oído hablar, pero no sé qué es. Me informó que toda su familia sigue esa misma doctrina. No me dijo religión, pero doctrina.

¿Eso significa que voy a adoptar el kardecismo también?

Voy a gulear para enterarme de todo.



Tobías estaba muy animado hoy. Experimentamos cosas nuevas en la cama. Esta vez yo no le presenté ninguna resistencia y dejé que el deseo me llevase. Me relajé tanto que acabé liberando aquella parte —sí, esa misma, tú lo sabes de lo que estoy hablando, Toby. Sí, el chiquito.

Estoy descocotada, feliz y dolorida. Voy a confesar: aquella parte duele mucho. Me voy a tomar un baño y volver a los estudios.

Besos de su amiga querida,
Leticia.



Toby, ahora ya lo sé: el kardecismo no es una religión, sino una doctrina del espiritismo.

Parece que tiene que ver con esas películas de terror, ¿sabes? Películas tipo Posesión y El Exorcista. Me quedé contenta al descubrir eso porque me encanta este tipo de película.

Hice una breve investigación en el Google y ahora puedo dar un espectáculo cuando Tobías venga a hablar conmigo sobre eso. Estoy memorizando todo para no olvidar ningún detalle.

Alan Kardec es la principal estrella del espiritismo. Pero Kardec es una especie de nombre artístico (un seudónimo), porque su verdadero nombre era Hippolyte Léon Denizard Rivail.

(Qué bueno que él cambió a Alan Kardec porque de hecho no daba para tener una doctrina religiosa llamada hippolyteísmo, quedaba parecido a un nombre de enfermedad. Peor sería si fuese denizardismo o rivailismo).

Pienso que acá en Ludovica poquísimas personas son seguidoras del kardecismo. De todos modos, ahora estoy doctora en el tema. No voy a pasar más vergüenza. Si Tobías me pide, me convierto a su doctrina. Él tiene que pedirme, apenas eso. Hago cualquier esfuerzo para dejarlo feliz.



Mi estimado Toby...

Hoy fue día de pelota. Por la tarde fui al estadio a ver mi amor. Grité. Me emocioné. Subí en el blicher^[46] y aplaudí. Y lloré cuando marcó puntos y me hizo señal en las gradas. Su equipo ganó y salimos a celebrar. Después me llevó a un motel y singamos. No voy a decirte aquí lo que hacemos en la cabaña porque eso puede parecer muy pornográfico. Dios me libre que alguien un día lea lo que escribo en este diario. Dios no lo quiera.

Cuando regresé a mi casa, tarde de la noche, me enfrenté la ira de mi padre. En verdad, la ira de mi padre y la hipocresía de mi madre. ¡Más un sermón! Ya estoy acostumbrada. Dijeron que no quiero nada con la vida, que soy inútil, vagabunda, desligada e irresponsable, etcétera, etcétera, etcétera. Solo evitaron llamarme de puta, pero pienso que mi padre sintió ganas de gritar en mi cara: ¡hijaputa!



Querido Toby...

Lo siento por hacer eso, pero voy a gastar algunas de sus líneas para escribir un poco sobre mi padre y mi madre. No te molestes conmigo porque te voy a macular hablando de estos dos. Ellos no merecían una línea en este diario, pero voy a perder mi tiempo aun así porque de lo

contrario voy a estallar de odio. Prefiero descargar mi rabia aquí a coger una tijera y sangrarlos el cuello. La voluntad no me falta. Lo que me falta es coraje.

Mi padre es capitán de la Policía Nacional y jefe del Departamento de Ludovica. Ya he escuchado a algunos de sus colegas comentar que él ha sido un pésimo investigador, un pésimo policía. También leí cierta vez en La Voz del Pueblo que dos fiscales públicos lo acusaron de jalador e irresponsable. Estoy de acuerdo con todos. Irresponsable, mentiroso, hipócrita y pésimo padre. Cada vez que nos regala algo es siempre a cambio de otro cosa. Nunca nos regaló de corazón, de buena voluntad. «Da un besito en el papá que el papá da el chocorica»^[47]. «Si se va bien en la escuela va a ganar una bicicleta». Siempre así. Toma allí, dé aquí. También siempre fue «el papá no puede». No puede eso, no puede esa, no puedo aquello. No puede correr, no puede saltar, no puede jugar con niños, no puede ir a la casa del vecino, no puede pedir comida delante de los demás, no puede llorar, no puede poner la mano ahí, no puede, no puede, no puede. Cuando crecí, tomé asco de su olor. Olor eterno de nicotina. Sí, mi padre fuma mucho. Fuma mucho y huele a cenicero. Tiene aliento de cenicero. Horrible. No sé cómo mi hermana Amanda todavía se arroja en sus brazos y lo besa. No hago eso. Sé muy poco sobre mi padre. Sé que mi abuelo Francisco le gustaba mucho, hasta lo admiraba, pero mi abuela Baena me parece que no muere de amores por él.

Mi mamá se llama Angelita (María Angélica Gaitán) y es un pozo de hipocresía. Yo la conozco así desde que me entiendo de gente: hipócrita, disimulada y cabrera. Ella viene de una familia que tiene mucho dinero y heredó parte de unas tierras del abuelo Gerardo y de la abuela Anastasia. Siempre ha vivido de apariencias —al menos fue lo que mis tres tías solteras me contaron en secreto. Ella se casó con mi padre para lavar el honor —«el imbécil Héctor tapó el agujero hecho por un forastero que, después de lamerse, desapareció en el hueco del mundo para evitar el matrimonio», según palabras de tía Nilda.

Nunca sentí que existiera amor en la relación de mi padre y mi madre. ¿Amor?

Querido Toby: voy a revelar algo que nunca tuve el coraje de hablar a nadie. Ni un susurro sobre eso. Nunca. Yo desconfío que ambos tengan amantes. Sí: mi padre tiene una puta y mi mamá un amiguito. ¿Por qué no?

En caso contrario, no soportarían quedarse juntos todo ese tiempo.

Mis hermanas jamás podrán leer lo que acabo de escribir. Nunca. Son falsas y me denunciarían. Pero esa es mi opinión y no retiro nada. Dicho esto, voy a dormir. Besos, mi amable Toby. Hasta mañana.



VIERNES, 15 DE JUNIO DE 2012.

Toby, amado compañero...

Hubo un pequeño contratiempo hoy. Tobías no puede venir a verme. Parece que necesitaba visitar a un colega con quien iba a firmar un trabajo para la uni. Me quedé amorrada, no voy a negarlo. Pasé el día así, muy aburrida, sin ánimo para nada. He jugado las apostillas de lado. Para empeorar mi día, peleé con mi hermana Alice a causa de un esmalte que cogí en su neceser y no le gustó. Ella me llamó egoísta y vagabunda, repitiendo el mismísimo discurso de papá.

Mamá pasó el día fuera. Anda muy misteriosa en los últimos días. Alicia le contó de nuestra pelea y ella empezó a pasarme un sermón con sus hipocresías. Yo la mandé a ir al infierno. Ella me dio dos golpes en los muslos con un cepillo de pelo. Se quedaron dos manchas rojas horrosas. ¿Qué voy a decir a Tobías cuando él preguntarme qué fue eso?



SÁBADO, 16 DE JUNIO DE 2012.

Tobby...

Hoy es sábado, el mejor día entre todos. Y eso promete ser especial. Los amigos de Tobías van a pasar el finde en una vivienda y él me invitó a ir. Él me llamó a poco y me quedé exultante.

Tobby, mi cariño, no te preocupes: vendrás conmigo. No olvidé lo que te prometí: no importa donde yo esté o donde vaya o con quien vaya, te llevaré siempre conmigo.

Mientras yo arreglo a la mochila, mi madre se rompe. Mis hermanas, muertas de envidia, engrosan el coro, apoyándola. Me acusan de estar destruyendo mi futuro por causa de Tobías.

¡Ellas no conocen a Tobías!

Chau para todas.



DOMINGO, 17 DE JUNIO DE 2012.

Querido Tobby...

Buenos días.

La finca es encantadora. Tiene lago, piscina, caballos, bueyes y un balcón donde podemos

armar hamacas y dormir. Todo el equipo de béisbol está aquí. Casi todos los peloteros trajeron a sus novias.

Ayer por la noche rodó música, vino, cerveza, juegos de cartas, dados y mucho sexo. Parecía un campeonato de quien tendría relaciones sexuales más intensas.

¡Ah!

Yo y Tobías estamos en la disputa de la medalla de oro. Hicimos el amor seis veces durante toda la madrugada.

Pero hubo un episodio muy desagradable: la novia de uno de ellos, una calientagüevo^[48] rubia, después de que se embriagó con vino, resolvió arrastrar sus alas hacia Tobías. No tuve dudas en hacer lo que hice: llamé a su novio y le conté todo. Él le dio unos tablazos y ella fue a dormir con unos dos o tres hematomas en los brazos. No me arrepiento.

Hoy la chica rubia fue eliminada de la «casa de los grandes hermanos» por pésimo comportamiento.

Espero fuertes emociones para hoy.

Va a tener un partido de baloncesto, por supuesto. (Esos chicos les gustan más de balón que de sexo).

Se va a tener también barbacoa, cerveza y un dembow^[49] al final de la tarde. Te cuento después. Hablamos.

Nota: mi culo está en llamas. ¡Ah!



JUEVES, 21 DE JUNIO DE 2012.

Tobby, mi querido e inseparable amor...

Mil excusas. Estoy casi cuatro días sin darte noticias. Es que han ocurrido tantas cosas, algunas buenas y otras desagradables.

Voy a empezar por las buenas: el martes 19, Tobías me compró un osito de peluche y me dijo que me amaba por primera vez. Él nunca se había expresado así, con todas las palabritas: yo te amo. Ah, y en la hacienda, ganamos el trofeo «conejos». Creo que no tengo que comentar nada más.

Ahora las malas noticias: mi padre convenció a mi abuela Baena a suspender mi parte de la ayuda de costo (odio la palabra mensualidad) que ella daba para cada una de las nietas. Te explico: mi abuela ofrece a cada mes una cantidad de dinero para cubrir nuestros gastos mensuales desde que cumplimos diez años. Una confabulación armada por mi padre y por mi madre hizo que mi abuela tomase la decisión de aplicarme esa pena. Resumiendo: me quedo ahora sin dinero al final del mes. Estoy en bancarrota. Mis hermanas se ríen de mi situación.

Mi padre impuso dos condiciones para liberar la ayuda de costo (la bendita mesada): primero, tengo que matricularme en un cursillo preparatorio del examen nacional de ingreso a la

uni y tengo que probar que me estoy dedicando a los estudios; y segundo, él exige conocer a Tobías.

Hoy voy a encontrarme con Tobías y le voy a hablar de la propuesta de mi padre. Estoy asustada de cómo él va a reaccionar.

¡Ah, Dios, ayúdame!



VIERNES, 22 DE JUNIO DE 2012.

Mi amabilísimo Toby...

Tuve una charla adulta con Tobías. Dios está a mi lado: mi amor ha concordado en irse a mi casa y conocer a mi padre, a mi madre y a mis hermanas. Ahora falta marcar la fecha para esta verdadera aclaración.

Después de la charla, fuimos a singar. Al final de la tarde, Tobías me llevó en su auto hasta una especie de mirador de donde es posible ver toda la ciudad. Es un lugar casi ermita. Cerramos los vidrios del coche, nos desnudamos por completo y él me llevó a las alturas, como siempre lo hace.

Pero, por mala suerte para mí, mi día no terminó bien.

Hoy mi padre y mi madre protagonizaron una pelea fea. El motivo, una vez más, no quedó muy claro para mí. Las escaramuzas de ellos eran como tsunamis, ocurrían de modo inesperado. Esta vez fue a la hora de la cena. Como siempre, en esos momentos, hablamos poco. Cuando hablamos, somos lacónicos. No emitimos palabras, solo sonidos guturales, gruñidos, como bichos.

Estaba todo normal, tranquilo, y de repente mi madre dijo algo que aburrió a mi padre y los dos pasaron a agredirse mutuamente. He captado algunas cosas graves a través de frases que ellos soltaron de manera aleatoria, pero la mayoría de las cosas siguió siendo incomprensible. Hay un misterio inescrutable entre ellos (no sé muy bien lo que es inescrutable, pero leí en un libro y creo que es la palabra correcta para describir lo que sentía: inescrutable). Es como si ambos ocultasen algo muy podrido que estaba allí dentro de nuestra casa. Entendí que mi padre se resentía del hecho de haber casado con una «mujer impura». Pero no era solo eso. Había algo más que yo no podía captar. Mi madre le acusaba de haber estropeado su futuro y decía que, si no fuese ella, él no sería nada. Lo capté cuando ella dijo: «tú no limpiaste mi honor; por lo contrario, yo es que he salvado su reputación y la dignidad de su familia».

Es necesario aclarar un poco más algunos eventos y pormenores del pasado de ambos para entender ese rompecabezas de acusaciones.

UNO

Mi madre es de una familia rica, mi padre también.

DOS

Ambos sellaron un matrimonio de conveniencia, pues que mi madre estaba deshonrada y mi padre ha sido un tipo de novio arreglado a las prisas para «salvarla de la mala reputación».

TRES

Por lo que he deducido de las acusaciones de mi madre, el matrimonio arreglado por las dos familias ricas también sirvió para «limpiar alguna mancha social de mi padre».

Por supuesto que todo esto ha sido dicho con metáforas, zeugmas, circunloquios, antítesis y catacresis (estoy revisando estos asuntos ahora para la prueba de español).

Entendí que mi padre era un típico agente policial de puerta de cadena cuando se casó con mi madre. Un nadie. Tal vez fuese la vergüenza de su familia rica. Se convirtió en jefe de policía después del matrimonio, pero mi madre le acusa de ser perezoso y acomodado, y dice que él podría haber sido juez, promotor o procurador. Al menos que ya hubiese alzado al puesto de mayor. Pero él se convirtió en «un detective de media tija», como ella lo llamaba a veces. Si dependiese de la opinión de los colegas, como ya dije y como leí en la prensa, mi padre no pasaba de un agente policial sin importancia, un mediocre condenado a nunca salir de Ludovica para ocupar un cargo más importante en la Policía Nacional.

Sin embargo, percibí que yo estaba en el centro de las acusaciones de mi padre. Eso mismo: yo, pobrecita. De vez en cuando mi padre dejaba resbalar algo como «ella es semejante a tú en todo, es una copia tuya, no tiene nada de mí». Mi madre retrucaba un «gracias a Dios».

La cena terminó y la pelea tuvo continuación en la sala, durante la exhibición de la telenovela. Después subieron peleando a la habitación en el segundo piso.

Me acosté con varias pulgas detrás de mi oreja. Una sensación muy mala. Mi vida era un infierno. Tobías era mi redención.

Hoy aprendí, sin embargo, que no debemos mostrar nuestra cólera o nuestro odio sino por medio de actos. Los animales de sangre fría son los únicos que tienen veneno. Fui un tal Schopenhauer quien dijo eso. (P. S. —No sé quién es este escritor con un nombre tan difícil, pero estoy de acuerdo con lo que él escribió: yo soy un animal de sangre fría).



SÁBADO, 23 DE JUNIO DE 2012.

Amiguito...

No me pude cerrar a los ojos un ratito durante toda la noche y madrugada. Estoy semimuerta. Mira: son cinco de la mañana y los gallos ya cantan. ¿De dónde viene el canto de ese maldito gallináceo?

Me gustaría que analizases conmigo algunas hipótesis en que anduve pensando en la pelea de ayer. Estoy desconfiada de que mis padres me esconden cosas terribles.

¡Vámonos!

Aquí en Ludovica algunas tradiciones no cambian nunca. Hasta hoy, cuando se dice que una mujer «se casó deshonrada» significa que ella estaba embarazada cuando subió al altar. Incluso los más antiguos consideran una ofensa grave una novia preñada que resuelve vestirse de blanco para entrar en la iglesia.

Ayer mismo recurrí al viejo álbum de fotos que vive mofando en la estantería, con algunas páginas carcomidas por las polillas: las viejas fotos del festejado matrimonio de Héctor Errázuriz Suarez y María Angélica Gaitán me revelaron algunas evidencias importantes.

PRIMERA EVIDENCIA

Mi madre usó un vestido color café con leche para ir al altar. La foto no es colorida, pero estoy segura de que era beige muy claro y no blanco. También no era largo, iba hasta la altura de la rodilla.

SEGUNDA EVIDENCIA

La novia no usó el tradicional velo con cola, sino un coque con tiara brillante.

TERCERA EVIDENCIA

Ella ha cambiado el ramo de flores de naranjo por una rosa roja. Una sola rosa. Detalle: la flor de naranjo es el símbolo máximo de la pureza de una novia. Ya la rosa roja... Bueno, no es necesario decir lo que significa, ¿no?

CUARTA EVIDENCIA

Mi madre usó una franja de seda alrededor de la cintura. Era un apaño innecesario, sin ninguna combinación con el modelo del vestido. A menos que tuviese el objetivo de ocultar algo.

LA QUINTA Y ÚLTIMA EVIDENCIA, LA MÁS PREOCUPANTE

Mis padres se casaron el 22 de marzo de 1992. Yo nací en el veintiuno de septiembre de ese mismo año. Apenas seis meses después de la ceremonia. ¡Seis meses!

Eso suscita dos hipótesis fatales.

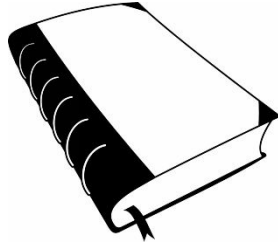
PRIMERA HIPÓTESIS

Soy prematura o fui generada tres meses antes del matrimonio.

SEGUNDA HIPÓTESIS

No soy prematura, fui generada tres meses antes del matrimonio y —¡bomba!— mi padre no es Héctor Errázuriz Suarez.

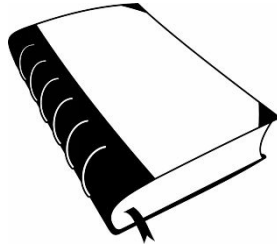
Tal vez ese sea el secreto de mi madre. Faltaba investigar cuál es el secreto de mi padre. Continuaré en esa misión. Me voy a revolver en esa lata de basura.



DOMINGO, 24 DE JUNIO DE 2012.

Tobby, mi queridísimo chavo...

No tengo nada que escribirte en este domingo. Lluve mucho. Estoy aburrida. Tobías no puede verme hoy. Mi abuela Baena está en mi casa hoy. Hizo decenas de amonestaciones, pero no pronunció una única palabra sobre mi ayuda de costo mensual.



LUNES, 25 DE JUNIO DE 2012.

Tobby, amigo...

El encuentro de Tobías con mis padres y mis hermanas está marcado. Será en el martes, es decir, mañana.

¡Dios mío! Estoy muy nerviosa. ¿Y si él no aprueba mi familia?

Obvio que no estoy preocupada si mis padres no aprobaban nuestro noviazgo. Eso impórtame poquísimo. Al infierno.

Hoy, yo y Tobías vamos a almorzar en algún restaurante del centro. Luego, vamos a buscar algún lugar para una singada rápida.



MARTES, 26 DE JUNIO DE 2012.

Mi compañero de todas horas...

Me desperté a las cinco de la mañana. Voy a esperar que el sol se levante y voy a comandar la disposición de la casa. Quiero trasladar algunos muebles para otras habitaciones y cambiar las

alfombras y las cortinas. He logrado la solidaridad de mis hermanas a ayudarme en esta tarea. La decoración de nuestra casa es demasiado antigua porque sigue el (pésimo) gusto estético de mi madre. Mi abuela Baena me va a prestar dos cuadros modernos. El encuentro será a la hora de la cena. Mi padre y mi madre están preparando algo bien ceremonioso. Gracias a Dios, por amor a mí, Tobías resolvió aceptar esta circunstancia con muy buen humor. Me dijo que está divirtiéndose.



Es medio día ya. Estoy molida. La prometida solidaridad de mis hermanas no sucedió como yo esperaba. Amanda echó el polvo de una estantería y se movió en unos cajones, no más que eso. Alicia prefirió actuar en la cocina, ayudando a mi madre y a nuestra querida cocinera Francisca en la preparación de los platos para la cena. Me quedé sola con todo lo demás. Mi abuela trajo los cuadros, unas lámparas y dos estatuillas que puse en la sala. De nuevo no habló nada sobre mi ayuda de costo. Como siempre, ella exhalaba un desagradable olor de wiski. Tengo la sensación de que mi abuela se queda borracha el noventa por ciento de su tiempo. El otro diez por ciento pasa a recuperarse de la resaca.



Son siete de la noche. Se acerca la hora crucial. Está casi todo listo. Voy a usar un vestido negro que gané de regalo de mi tía Nilda. Ella lo trajo de Miami y solo usé dos veces. Es demasiado largo, anticuado y lleno de destellos dorados, pero es adecuado para la ocasión. Quiero mostrar a Tobías que también puedo tener un poco de sofisticación.

¡Ay, Dios!

Espero que le guste. Me voy a hacer una pausa ahora y volveré para narrar cómo fue el encuentro.



Mi queridísimo amigo...

Noche perfecta y al mismo tiempo perturbadora. Sí, fue eso. Tuvo momentos mágicos, como en

un cuento de hadas, y momentos abrumadores (casi una comedia de errores) que todavía están necesitando algún entendimiento de mi parte. Voy a tratar de llorar.

LAS TRES COSAS QUE HICIERON AQUELLA NOCHE SER INOLVIDABLE:

1) LA CENA: todo estaba perfecto, los platos blancos con dibujos de flores, los cubiertos, los vasos de cristales, las servilletas, el vino, los candelabros, todo. Mi madre se había superado en los detalles. Nos miraba con un aire de superioridad cada vez que Tobías o mi padre elogiaban una cosa u otra. Ese era su objetivo principal: mostrar cuánto tenía sofisticación y pedigrí. El menú era un espectáculo de esnobismo con la langosta a la parrilla, ensopado de camarón y el risotto de filete miñón de buey con tomates secos.

2) TOBIÁS: él era el astro-rey a iluminar la sala con su sonrisa cristalina. Se vistió con una camisa de mangas largas de un azul profundo y un pantalón de Calvin Klein. El perfume era Lacoste. Mis hermanas Alice y Amanda hasta perdieron el hambre cuando lo vieron y, durante toda la cena, no pararon de moverse y cuchichear.

3) LA DECORACIÓN DE LA CASA: se quedó tan perfecta que rindió un elogio de Tobías. «Su casa es hermosa», él dijo. Mi madre también cuchicheó en mi oído: «vamos a dejarla así por algunos días».

LAS TRES COSAS PERTURBADORAS E INEXPLICABLES DE LA NOCHE:

1) EL COMPORTAMIENTO DE MI PADRE: así que vio a Tobías, él pasó a tratarlo como si fuesen íntimos. Se desdobló en mesuras y mimos innecesarios: elogió su vestuario, mencionó su perfume, le sirvió vino, hizo preguntas estúpidas y, por fin, intentó robar la autoría de la cena. No logro éxito en su intento porque mi madre ya había clavado el sello made by Angelita en todos los platos.

2) EL COMPORTAMIENTO DE MI HERMANA ALICE: la pequeña intentó lanzarme en la hoguera como una bruja y destruir mi reputación como buena alumna y excelente dueña de casa. Se refirió a mis últimos fracasos en los exámenes de admisión a la universidad y después comentó que yo debía extender mi talento como decoradora a la disposición de mi habitación, que ella llamó de gallinero.

3) EL COMPORTAMIENTO DE MI MADRE: ella necesitaba entender que yo debería ser el centro de todas las atenciones de la cena —yo, únicamente yo, y no ella. Todos los reflectores deberían estar orientados hacia mí. Pero ella trataba de ofuscar me en todo. Cualquier detalle que recibiese un elogio de Tobías, ella de inmediato lo retrucaba: «yo lo hice». El peor comentario que ella podría hacer en aquella noche fue: «ah, mi hija no me tiró, no sabe preparar una huevada».

Después de la salida de Tobías, me quedé con la placentera sensación de misión cumplida (a pesar de los pesares). ¡Qué noche radiosa!

Por infelicidad no tuve tiempo para disfrutar del éxito. De repente, con el mismo aire de

superioridad adoptado durante toda la cena, mi madre me recordó las vajillas, cubiertos, vasos de cristales y tazas sucias que esperaban por mí en el fregadero. Ella fue clara: nada de dejar los restos para el día siguiente, «porque estarán endurecidos y dificultará aún más la limpieza». Y terminó con un amoroso consejo de maestra: «sé fuerte, escucha una buena música y viva esa aventura. Al final, toda esa molestia y gastos fueron hechos por su causa; este muchacho no merecía nada de eso».



JUEVES, 28 DE JUNIO DE 2012.

Querido amigo...

La cena causó una excelente impresión a Tobías. Todo mi esfuerzo y toda humillación que pasé delante de mi familia fueron recompensados. Hoy fuimos al cine y luego salimos a comer un sándwich y después a hacer amor.

Más temprano recibí una gran noticia: mi ayuda mensual fue restablecida. Mañana es el día de recibirla. Planeo comprar un regalo para mi amor. No sé todavía qué. Estoy haciendo una investigación. No puede ser algo ordinario.

Por hoy es solo. Estoy muy cansada. Me tengo gasto mucha energía en los estudios.



SÁBADO, 30 DE JUNIO DE 2012.

Tobby...

Necesito confesarte un episodio extraño. Mi padre y Tobías se volvieron irremediamente amigos. Esta tarde ellos salieron al estadio para asistir a un partido de fútbol. Oíste bien: yo no te dije béisbol, yo te dije fútbol (ese deporte ordinario y tercermundista que yo abomino con todas mis fuerzas). Ludovica tiene dos grandes equipos de fútbol y ambos están en la Serie A del Campeonato Nacional. Los dos se enfrentarán por una plaza en las octavas.

Dígame con sinceridad, mi amigo: ¿eso es motivo de conmemoración o de preocupación?

Todavía no lo sé... Por ahora estoy feliz: Tobías me llamó al celular y me dijo que estaba muy entusiasmado por recibir la invitación de mi padre para asistir al juego. (Pienso que es importante que suegro y yerno se entiendan... A mí poco importa si el motivo del entendimiento es un partido de fútbol o béisbol).



LUNES, 09 DE JULIO DE 2012.

Amigo Tobby...

Mil excusas. Estoy hace nueve días sin contarte nada. Esta ausencia se dio por dos motivos: estoy cada vez más enfocada en los estudios y no se han producido hechos relevantes que mereciesen ningún registro aquí. Mi amor por Tobías crece de una forma armoniosa y serena, sin sobresaltos. Continuamos con el mismo fuego del día en que nos vimos por primera vez. Miércoles, día once, completará dos meses de noviazgo. Parece poco, pero es suficiente para saber que queremos estar cada vez más cerca el uno del otro. No piense, sin embargo, que dejamos de singar en ese período. Estoy enfocada en los estudios, pero necesito arreglar siempre un tiempo para aliviar el estrés. No tengo dudas: Tobías es el hombre de mi vida.

Ah, iba olvidándome de contarte: habrá una nueva cena para Tobías en mi casa, esta vez bajo la total responsabilidad de mi padre. Va a ser sábado, catorce de julio. No existía, es cierto, la misma expectativa del anterior. Mi madre fue la primera en no demostrar ninguna emoción —no había nada más que ella quisiese probar a Tobías, principalmente después de que descubrió que su familia no formaba parte del grupo social que ella llamaba purasangre de la sociedad de Ludovica. También me olvidé de contarte otra cosa: el padre de Tobías es veterinario y dueño de una tienda de mascotas; su madre era profesora.

Mi madre Angelita trató de hacer una clasificación de los padres de Tobías en su jerarquía social: eran emergentes o «nuevos integrantes de la baja clase media», según ella.

Mis hermanas rechazaron la iniciativa de mi padre. Alicia llegó a ser cruel: ¿otra cena para aquel apapagayado? Amanda, por su parte, cuestionó por qué no hacían una cena semejante para Alejandro, su nuevo novio. «Porque ese no tiene futuro, ni siquiera es remediado como el otro», aseveró mi madre.

Estoy al mismo tiempo feliz y aprehensiva. Feliz por la cena. Y aprehensiva por dos motivos: miedo que esa inesperada y sorprendente simpatía de mi padre por Tobías pueda interferir de manera negativa en mi noviazgo; y preocupada porque mi abuela Baena llevó de vuelta las piezas decorativas que me había prestado. Tengo que convencerla de cederme todas las cosas otra vez. O pensar en una excusa urgente para explicar a Tobías la ausencia de algunos objetos en la sala. Tal vez le diga que «cambiamos la decoración de la sala cada semana para no aburrirnos sobremanera». Eso sería chic. Otra preocupación es con la cena propiamente dicha: sin la mano de mi madre, corría el riesgo de ser un tremendo fiasco.

Lo que me alegraba en medio de ese torbellino es que Tobías estaba muy entusiasmado con la invitación.



MIÉRCOLES, 11 DE JULIO DE 2012.

Mi corazón...

Como te dije, hoy hace dos meses de mi relación con Tobías. Imaginé una gran conmemoración, pero eso no será posible. Él me llamó para pedirme disculpas, pero haría prueba en la universidad por la mañana y después acompañaría a la madre hasta una clínica donde ella haría exámenes. «Esa es la desventaja de ser hijo único», me explicó. ¿Y por qué no nos encontraríamos a la noche? «Por la noche voy con ellos a una sesión de espiritismo». Ah, puta mierda, ¿pronto hoy?

Estoy llorando ahora, mi querido Toby. Intento ser comprensible, pero a veces no consigo. Estoy muy dependiente de la atención y del cariño de Tobías. Es como una droga. Si no lo veo o no le hablo al teléfono, me quedo como alguien en abstinencia: me siento depresiva, hiperactiva, irritable, agresiva, sin hambre y sin sueño. A veces basta su llamada para sentirme aliviada. Cuando esto no sucede, mi cuerpo es tomado por sensaciones desagradables. Llego a tener delirios, alucinaciones, hipertensión y taquicardia. Algunas veces una llamada no se lo resuelve. Como hoy: me siento pésima. Necesitaba de su contacto físico, de su beso, de su cholón dentro de mí. No me puedo dormir.



SÁBADO, 14 DE JULIO DE 2012.

Tobby...

La cena ofrecida por mi padre a Tobías sucedió hoy. Perdí la noción de lo que se está pasando con el mundo a mi alrededor. Cuando me desperté, tenía la certeza absoluta de que tal evento sería un grandioso fracaso. Temía hasta que estragase mi relación. Me he engañado por completo.

La cena de mi madre había tenido langosta, risotto, vino, velas y candeleros. Tobías alabó todo. Pero ahora he creído que él estaba siendo apenas cortés conmigo y con mi madre. En verdad, tal vez hubiese odiado toda aquella ostentación idiota.

La cena de mi padre tuvo lasaña y cerveza. Nada más que eso. Lasaña, cerveza y fútbol. Los dos se divirtieron como adolescentes y Tobías se abarrotó de comida como un glotón.

La cena terminó en la cubierta de la pequeña piscina que tenemos en la casa. Mi padre ofreció a Tobías unos pantalones bermudas y ambos cayeron en el agua como chiquilines. Después mi padre encendió la parrilla, preparó carnes y dio inicio a una segunda vuelta de la fiesta—una barbacoa con habichuelas y vinagreta, todo improvisado en platos de plástico y cacerolas viejas. Al salir de la cerveza helada, atacaron en los daiquiris y cócteles de frutas, pero no dejaron de beber y de comer. Atravesaron la madrugada, borrachos y jaladores, provocando la ira de mi madre, que empezó a reclamar por cuenta de la gritería. Yo no aguanté el ritmo y me recogí un poco antes de las cuatro. Estaba tonta.



DOMINGO, 15 DE JULIO DE 2012.

Tobby...

Me desperté alrededor de nueve horas de la mañana y escuché un alboroto que parecía regocijarse por todas las habitaciones de la casa. En realidad, el ruido provenía del área de la piscina. Fui hasta allí y vi a mi padre y Tobías a los trancos. Habían improvisado unas redes de nailon y jugaban polo acuático, uno contra uno. Nunca había visto a Tobías tan feliz y tan a gusto.

¿Cuál es la real intención de mi padre con todo ese espectáculo de simpatía? ¿Quería probar a mi novio que podría ser un suegro bacana? ¿Quería desmoralizar a mi madre y su cena ostentosa, mostrando que ella no entendía nada de las preferencias de los hombres cuando el asunto era comida y bebida? ¿O su intento sería desmoralizarme, probando que soy una aburrida y que hasta él, un viejo cincuenta, consigue ser más alegre que yo? ¿Qué pretendía él?

Debería estar salteando de felicidad, mi querido Tobby, lo sé, pero no lo estoy. Por el contrario: me siento un basurero.

Para reflexionar hoy:

«Si eres paciente en un momento de cólera, evitarás días de sufrimiento». (Proverbio chino).



MARTES, 11 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Mi amigo, gran amigo...

Le pido sinceras disculpas por haberle relegado al limbo de mi tocador por casi dos meses. ¡Dos meses! Pero aquí estoy para reanudar nuestra relación. Intentaré, de forma breve, relatar algunos hechos que ocurrieron en el período.

En principio quiero registrar que esa fecha, 11 de septiembre, además de marcar el fatídico aniversario del atentado terrorista de Nueva York, marca también cuatro meses de mi noviazgo con Tobías. Por lo tanto, en particular para mí, no es un día de tristeza, sino de mucha alegría y expectativas. ¿Se acuerda de aquella fiestita que no sucedió en julio? Voy a hacer todo para que se realice hoy. Estoy llena de malas intenciones.

Vamos a un resumen de los hechos:

1) Tobías y mi padre viajaron juntos a Cocomiel en agosto. Fueron a ver el último partido del campeonato estadual de fútbol. Estoy sorprendida con esta pasión de Tobías por el fútbol. Siempre supe que jugaba y amaba béisbol. Casi todos sus amigos son del equipo de peloteros de la uni. De repente él me apareció con una camisa verde del Occidental Fútbol Club y pasó a irse a menudo a los estadios con mi padre. Eso es algo que nosotros, mujeres, jamás vamos a comprender: esa extraña pasión que los hombres sienten por una bola.

2) Mi madre se sometió a una cirugía plástica hace cerca de una semana. El anuncio sorprendió a todos: ella puso silicona en los senos e hizo una liposucción casi en el cuerpo entero—abdomen, muslos, glúteos y espaldas. En ese exacto momento ella está espigada en una cama igual a una momia. Lo más increíble es que mi padre no dijo una palabra, ni de aprobación ni de reprobación. Ni siquiera fue a visitarla en la clínica. Y cuando ella llegó a casa, él la miró de arriba abajo con un aire de desprecio que no pudo disimularlo. De modo particular, no tengo nada contra mi madre intentar estirarse toda. Me parece buenísimo que ella recupere su estima. No estoy de acuerdo, sin embargo, con los valores que se gasta con eso. Ella no revela el presupuesto ni bajo tortura, pero mi hermana Alice me dijo que ese último procedimiento puede haber costado entre diez y quince mil dólares americanos, cuánta que fue dividida en diez parcelas. Mientras tanto, tengo que someterme a tantas humillaciones e infortunios para que me paguen un viaje a los Estados Unidos al final del año. Mi madre fue la primera a decir que no tenía dinero para enriquecer aún más a las arcas de Mickey & Minnie, aunque sepa que la mía no es un viaje de vacaciones al Disney World. Mi abuela sólo gruñía: «no lo sé, no lo sé, voy a pensar». Cuanto a mi padre, siempre argumenta con la propuesta de permuta (o chantaje): tengo mi viaje si yo logro ingresar en la uni.

3) Por eso, estoy frecuentando—hace más o menos treinta días—un cursillo preparatorio para enfrentar los exámenes de fin de año. Este es el motivo principal por lo que estoy ausente de mi querido diario. Me dediqué con seriedad a los estudios. Quiero probar a todos que no soy la tonta de la familia. Y también quiero ganar el viaje a los Estados Unidos. Después te diré más sobre ese plan.

Volviendo ahora al presente. Hoy voy a preparar una sorpresa increíble para Tobías. Voy a alquilar una cabaña de motel y llevarlo a una maravillosa noche de sexo, champán y chocolates. Estoy segura de que él va a adorar.



Querido Tobby...

¡Qué noche perfecta! Necesito desahogarme y contarte por primera vez algunos detalles de cómo son las fiestas con Tobías. No son singaderas, son espectáculos de gimnástica olímpica.

Permítame usar todo lo que aprendí con las novelas de E.L James y Melissa Panarello para que tú, mi amigo, puedas saber lo que siento cuando estoy siendo penetrada por él. Nunca te dije eso, pero él únicamente se comporta como un caballero, muy comedido y cortés, cuando está delante de los amigos; en la intimidad, sin embargo, suelta sus demonios interiores. Tan pronto entramos en la cabaña, sus grandes patas de pelotero se extendieron por toda la extensión de mi cuerpo y yo no conseguía presentar ninguna resistencia. Él me empujó de modo suave y caí encima de la cama. Todo mi cuerpo se encendió de repente. Yo parecía flotar en llamas. Él se acostó a mi lado y frotó el maxilar lleno de pelos cortos y gruesos por mi regazo y luego clavó las garras en el interior de mi camiseta para recoger uno de mis senos. Casi me sofoqué con el contacto de sus manos tórridas. Encorvé el torso, mis tetas querían explotar como un globo. Él encontró mi pico izquierdo dentro del sujetador rendido y lo presionó con un gesto cortés. «Estoy loco para quimbar contigo», me dijo con su voz gruesa, y sentí la respiración de toro en mi cuello. ¡Tobías era tan ardiente en esas horas! Mi cabeza cogía una lucha interna e intensa para asimilar tantas informaciones emocionantes. Él podía ser calmo o frenético, bruto o delicado, no importaba: de todas las formas él era único, inigualable, fenomenal.

Cuando él se preparó para dominarme por completo, mi corazón ha disparado sin control. Él era muy grande y cuando llegaba cerca de mí, yo podía ver su tórax moviéndose de manera espeluznante al ritmo de los golpes del corazón. Era pura voluptuosidad.

Él sacó mi camiseta con gestos lentos, medidos, sin prisa. He suspendido los brazos para ayudarle. Me quedé de frente para él, desnuda de la cintura hacia arriba, apenas de pantalones vaqueros, mientras él me consumía con sus ojos derramados. Pasó la mano por mis hombros y, con la punta de los dedos, de manera muy graciosa, dibujó el arco de mis senos. El contacto me hizo gemir de ansia. Ah, querido Tobby, ya no podía contenerme. «Tobías, yo te quiero tanto», yo le dije. En ese momento me besó. La fusión de la barba áspera con los labios gruesos era como una descarga eléctrica en mi cuerpo.

Rápidamente le ayudé a deshacerse de la ropa. Él soltó un pequeño gemido cuando mis dedos tocaron su piel expuesta. Admiré una vez más su torso fabuloso. Tobías parecía un caballo salvaje, repleto de músculos, con un pectoral de los sueños de toda mujer. Me desplazé hacia adelante y encontré mis labios bien en el centro de su tórax. Tobías puso sus garras en mi cabeza y la prendió, como un predador que sostiene su presa, y pareció que nunca más fuera a soltarla. ¿Qué quería decirme con ese gesto? Sí, amigo, eso mismo: quería decirle que allí él era el señor, él tenía el control. En otra situación, con otro compañero, me sentiría asustada e incómoda. Con él, al contrario, me sentía protegida. Yo estaba de acuerdo en que él fuese el comandante.

Él resbaló las grandes manos por mis caderas y luego por mis muslos. Las subió de nuevo hasta llegar a mi cintura. Acto continuo, él me besó mucho por debajo del ombligo. Comenzó a quitar mis pantalones y luego sacó las bragas. Admiró mi vulva desnuda delante de sus ojos y después soltó un susurro como si me dijese: «Qué delicia, que chula», o algo así.

Me tiró para junto de él y se puso su boca allí. Cuando besó mi colina de Venus, todo mi cuerpo vibró. De modo casi automático mi mano ansiosa buscó su güevo. Él suspiró cuando mis dedos sostuvieron su palo duro y palpitante. Él todavía estaba de pantaloncillo, pero se libró de ella de inmediato.

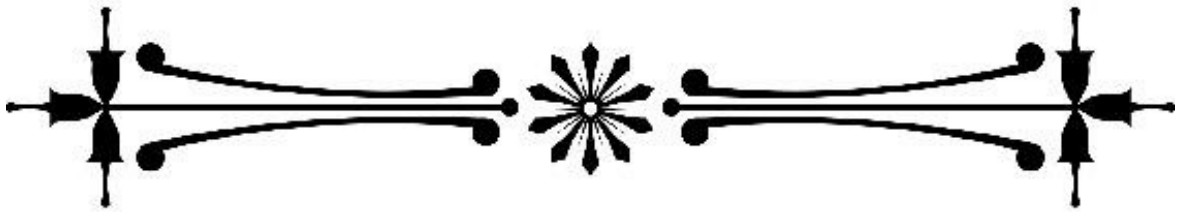
Yo no podía pensar en nada más, sino en la boca de Tobías dominando mi papaya, revolviendo entre mordiscos suaves con chupadas hambrientas. Gemí y suspendí el cuerpo de tanto placer. En ese momento aquella lengua aterciopelada me invadió. Se burló con mi pepita y acarició mis pequeños labios. Yo estaba a punto de gozar en cualquier momento, ya no podía controlar. «Mi amor, yo voy»... Él comprendió lo que yo iba a hacer y aceleró los movimientos endiablados con la lengua. «Sí, querida, vaya, vaya, vaya», él dijo y metió dos dedos gruesos en mi tota y empezó a masturbarme, al mismo tiempo que chupaba mi clítoris y lamía mis labios. De repente sentí una aflicción, un anhelo, como un volcán que estalló dentro de mí. Yo gozaba. Gozaba desesperadamente. Me arqueé con aquel torbellino de placer. Cuando él sacó los dedos de dentro de mí, vi que se preparaba para penetrarme, acariciando el cholón duro, lubricándolo con su propia saliva. Me quedé temblando de expectativa como si fuera aquella la primera vez. Siempre me quedaba así cada vez que él iba a invadirme. Yo suspiré —una mezcla de alegría y de miedo —con la imagen de aquel hombre subiendo sobre mí. Sentí su pija penetrándome, forzando mis grandes labios, fuerte, teso, pareciendo un martillo. Empezó a mover las caderas y a meter su güevo bien fondo, mientras me besaba en la boca, mordía mis orejas y soltaba suspiros feroces. Pude sentir el gusto de su saliva gruesa. Yo le pertenecía por completa, era su presa. Y él era mío. Me entregué a su ritmo. Olvidé el dolor. Sentí que llegaría al orgasmo de nuevo. Solamente él sabía hacerme esa magia y encenderme. Apreté las paredes de mi vulva alrededor de su pene, que palpitaba en mi interior. «Ah, mi hombre», murmuré, en el instante en que gozaba por segunda vez. Él sintió mis latidos y no paró con la singada. Permaneció al mismo ritmo porque estaba acercándose del momento de eyacular también. Prendí aún más los músculos de mi vagina para ayudarle a alcanzar el orgasmo. Sentí el primer chorro caliente de su leche que me invadía. Él soltó un aullido animal, incomprensible, con los ojos apretados y el cuerpo rizado, retesado, contrayéndose de placer. Después vino otro chorro más intenso y voluminoso, y luego un tercero y un cuarto, sucesivos, lancinantes, inundándome de aquella sensación que hace a toda mujer sentirse plena y dueña de sí. Después del quinto y último chorro, él cayó sobre mí como un animal abatido.

Era casi siempre así, mi querido Bobby, con esta fuerza y esta ferocidad animal. A veces variaba. A veces yo lo hacía sexo oral y lo dejaba que eyaculase en mi boca. Unas dos o tres veces él me convenció a ceder el culo. Y lo hice porque no había nada que él me pidiese que yo pudiese negarlo. Nada.

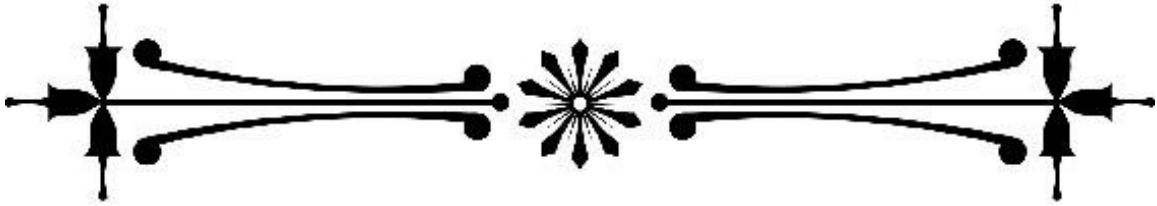
Estoy cansada. No hay ninguna frase para servir de reflexión hoy. A no ser esta:

«La vida es bella».

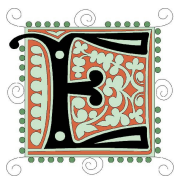
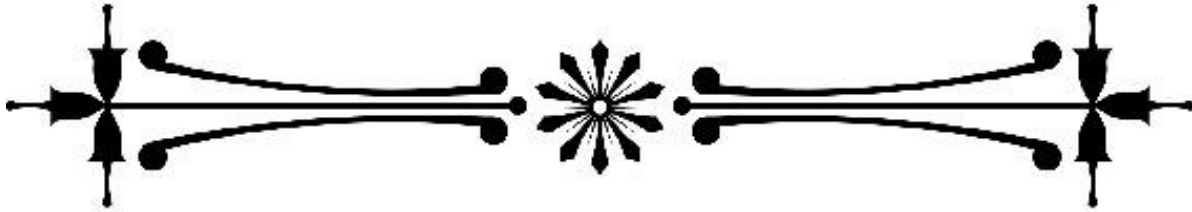
LIBRO DOS



**LUNES
TARDE**



10 de diciembre de 2012



era una saleta apretada similar a un mini centro de atención al cliente, con ordenadores, monitores y teléfonos. Había una placa indicativa en una de las puertas de vidrio: Centro de Operaciones de la Policía Nacional (Departamento de Ludovica), el lugar que acogía todas las llamadas de emergencia de Ludovica y de más otras veintitrés ciudades circundantes. Algunos policías uniformados estaban de guardia en las mesas, separados por pequeñas cabinas.

Uno de los teléfonos sonó. En la pantalla del monitor apareció la identificación de la llamada. Un policía joven atendió —él tenía el rostro ovalado, usaba anteojos oscuros y el pelo ostentaba un peinado impecable.

—Departamento de Policía, emergencia.

Era la voz de un hombre del otro lado de la línea. Su nerviosismo era perceptible.

—¿Aló?

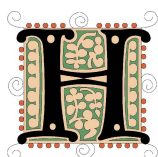
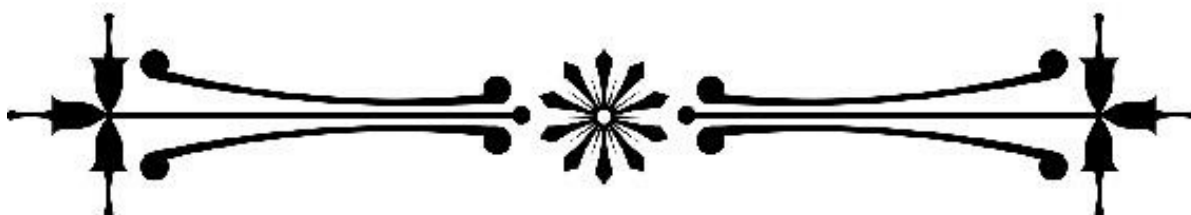
—Dímelo, señor.

—Hay un muerto aquí en el edificio donde vivo.

—¿Podrías decirme que le pasó?

—Es un hombre que vivía solo. Su apartamento está cerrado. Desde ayer hemos sentido un hedor insoportable de gente muerta.

—Ok, señor, entendí. ¿Dónde está ubicado el edificio?



Héctor Suarez y Sebas volvieron de sus respectivos almuerzos alrededor de las catorce horas. El escribano estaba con una cara radiante de quien había aprovechado muy bien el descanso. El jefe, por lo contrario, tenía la expresión de alguien que exageró en el plato. Tan pronto llegaron a la sala del departamento, la agente Salma Palacios informó sobre el cuerpo del hombre ya anciano encontrado en un apartamento del Valle de las Cascadas con signos de violencia.

—Los vecinos, incomodados con la fetidez que exhalaba del lugar, llamaron la emergencia—ella resumió. —Los auxiliares de la morgue y los bomberos ya están allá.

—Estoy yendo ya—el delegado dijo.

—¿Precisa que yo vaya?—el escribano preguntó.

—Si quieres ver un cadáver—Héctor respondió, riéndose.

—Yo voy contigo—Sebas retrucó, riendo también.—Ver cadáveres siempre es bueno para desopilar un poquito.

Tomaron un café y fumaron un cigarrillo en el patio antes de partir en un vehículo con otros dos agentes (el grandulón Fabián Pizarro, jefe de investigaciones, y el *gentleman* Ulises Cirilo Lozada).

En media hora llegaron al edificio de cinco pisos en el Valle de las Cascadas, en la zona conocida como de los barrios nuevos. Había un pequeño número de curiosos y fotógrafos en la portería. El cuerpo estaba en el apartamento del número cuatrocientos dos.

Subieron por una escalera porque no existía ascensor. Ya en el tercer piso era posible sentir el miasma de putrefacción. Cuando llegaron al apartamento indicado, fueron recibidos por Aarón Bonilla, el jefe del equipo de forenses, un sujeto bajo y tinaco, con una cara que recordaba la de un *bulldog* con percha pintada de rubio.

—Treinta y dos guamazos de cuchillo—Aarón sentenció. —Ojos removidos, órganos genitales castrados y un pantaloncillo hinchado garganta abajo.

El aire nauseabundo era irrespirable. El forense les dio máscaras desechables. Sebas no pudo sostener el vómito y se alejó hasta una ventana para aliviarse y recuperar el aliento. Después se unió al grupo.

Los bomberos habían usado un hierro para abrir la puerta. El lugar estaba un chiquero, como si se hubiera realizado un motivito. El cuerpo, en evolucionado estado de descomposición, había sido hallado en la alfombra. En cuero y en pelotas.

—Los vecinos dijeron que era actor, cantante y transformista—dijo Aarón Bonilla. —Vivía solo.

Los agentes comenzaron a examinar mesillas de noche, roperos, gaveteros, armarios empotrados y otros muebles en busca de documentos y otras piezas de la escena del crimen. Encontraron la cartera de la víctima. Ulises Cirilo llevó la tarjeta de identidad hasta el capitán Héctor.

—Se llama Pedro Maldonado Garcés—el jefe de policía constató. —Nació en agosto de 1940, aquí mismo en Ludovica.

—El asesino no es un mañoso—Sebas arriesgó una opinión. —Quien mata tan violentamente no lo hace para robar.

—¿No?—el legista cuestionó.

—Freud explica—Sebas dijo, bajo la mirada atenta de Héctor y de Bonilla. —Está clarísimo que la víctima era homosexual.

—¿Clarísimo? —el capitán Héctor se sorprendió. —No seas prejuicioso. ¿Por qué piensas así? ¿Por qué él era actor y vivía solo?— indagó y apuntó al cuerpo ensangrentado.

—Por este motivo también—el escribano dijo. —Pero lo que indica su orientación sexual es la bandera del arcoíris clavada en la puerta de la habitación, libros, películas y revistas de temática gay en la estantería... Y esto.

El escribano trajo al capitán un álbum de tapa dura que había encontrado encima del equipo estereofónico. Héctor abrió y verificó las fotos de varios chicos en poses sensuales. El escenario era el dormitorio de la víctima. Los modelos parecían tener entre dieciocho y treinta y cinco años. No había ningún menor entre ellos.

—Vamos a emprender la investigación por aquí—Héctor aseveró. Y enseguida ordenó a los otros dos agentes que le acompañaban: —Quiero que identifiquen a cada uno de esos chicos.

Sebas experimentó una leve sensación de victoria. Tal vez por eso resolviera insistir en su tesis freudiana.

—El asesino puede ser un jinetero—le dijo. —Y en esos casos, según Freud, él, el asesino, también puede tener impulsos homosexuales activos y pasivos. El problema es cuando intenta ocultar para sí mismo.

—Hace sentido—Bonilla murmuró, sinceramente impresionado.

—Una vez satisfecho el impulso, aparecen la vergüenza y la culpa. El criminal transfiere esos sentimientos al amiguito o cliente, que necesita ser castigado. Él lo mata, pues, buscando matar el propio deseo homosexual que también está dentro de sí.

—¿Has fumado yerba?—el delegado miró al escribano con un aire serio. Después sonrió. —Si has fumado, cambie de marimba. Estaba en mal estado.

—Estoy leyendo Freud— le dijo. —¿Usted olvidó que un día seré novelista? Conocer a Freud ayuda en la caracterización de los personajes.

—No, no olvidé—el jefe gruñó. —Pero creo que estás exagerando en la dosis freudiana.

—Al contrario—el forense lo interrumpió. —Creo que eso es cierto. El hombre no tolera sus propias tendencias homosexuales y pasa a practicar crímenes contra los entendidos con los que busca acercamiento. Esto me recuerda algo que leí en algún lugar: «el ser humano es caníbal, incestuoso y homicida».

—Nietzsche—el escribano dijo.

—¿Qué?—el legista no le entendió.

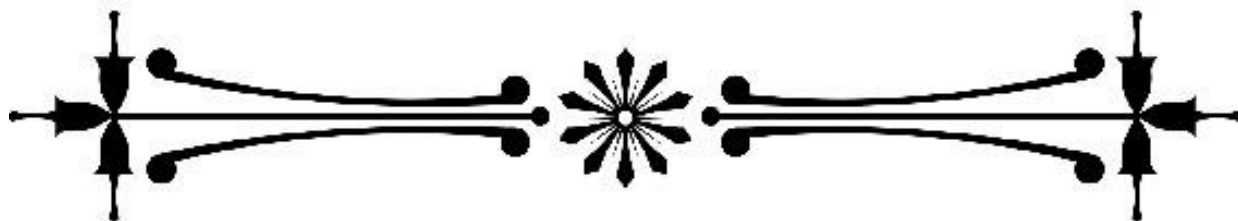
—Fue Nietzsche quien escribió eso—le explicó.

— Ah, Nietzsche. Ya, sé quién es—el forense murmuró, y luego se alejó para averiguar algo en el cuerpo de la víctima.

—La cosa es grave—el capitán sonrió—y contagiosa.

—Por hablar en cosa grave—el escribano interrumpió—, ¿usted fue al médico?

—Ñañe—el delegado murmuró. —Pero voy un poquito más tarde.



Tomás Wallace trabajó como periodista en La Voz del Pueblo hasta enero de 2014. Después de casarse con Jamaica Estrella, su compañera de redacción, fue a vivir con ella en Cocomiel y pasó a actuar como autónomo en magazines, oficinas de publicidad y asesoría de políticos.

Por esa época se animó a escribir su primero guion cinematográfico, acatando el pedido de un productor mexicano, sobre la muerte de Pedro Maldonado. Este productor había sido amigo del actor asesinado en Ludovica y deseaba, con la película, rendirle un honroso homenaje. Además, por supuesto, creía que la muerte del amigo reunía los elementos ideales de un excelente thriller.

Para Wallace, ese inusitado interés del mexicano parecía ser la oportunidad de oro para principiar su soñada carrera en el séptimo arte. Tal vez muy lejos de Santabella.

Para la faena de escribir el guion, Wallace ya poseía una serie de anotaciones e informaciones recogidas de la investigación policial y también de los propios reportajes publicados por La Voz del Pueblo en la época del crimen.

Se unió con su esposa Jamaica en esta misión e inició a escribir un guion de manera frenética, mediante un razonable adelantamiento realizado por el productor mexicano, después que le explicó la situación financiera delicada en que vivía en Cocomiel.

Por una de esas fatalidades del destino, Wallace nunca terminó el guion, pues el proyecto no se fue adelante. Murió en la playa, como un naufrago de malapata. El productor mexicano falleció en un accidente automovilístico, tres meses después de ponerse en contacto con el periodista.

Decepcionado con la industria cinematográfica y después de considerar que el guion sobre Pedro Maldonado era un proyecto que traía mal augurio, Wallace pasó a dedicar sus muchas horas libres a escribir el libro-reportaje sobre los acontecimientos ocurridos en Ludovica en el fatídico

día (doce de diciembre de dos mil doce), en los que la muerte del actor se insertaba apenas como una mera partícula.

(Como ya se sabe, podrá ser esta obra, por fin, responsable por la inserción de Wallace en el mundo del cinema, a través del proyecto con el cineasta Alejandro Cantabria, director de Gracias Por Todo y Adiós.)

Del proyecto malhadado quedaron algunas pocas páginas, aún en desarrollo, faltando diálogos y descripciones más apuradas de los personajes, que Wallace juzgó sin ningún valor como materia prima de su libro. No obstante, ellas son adecuadas para el propósito de este nuestro intento—que es, necesario decir, otra investigación sobre los hechos ocurridos en Ludovica, quizás con una óptica más dramática, más lúdica y desnuda del rigor histórico, obviamente sin desmerecer los méritos periodísticos del trabajo del propio Wallace.

No cabe aquí (no es apropiado) tejer consideraciones y reflexiones estéticas entre literatura y periodismo, lejos de eso. Pero hay una considerable diferencia entre *Os Sertões* (épico escrito por el periodista brasileño Euclides da Cunha) y *La Guerra del Fin del Mundo* (novela de Mario Vargas Llosa). Ambos tratan de un mismo tema: la Guerra de Canudos, enfrentamiento entre el Ejército Brasileño y los integrantes de un movimiento religioso antirrepublicano, liderado por un profeta popular llamado Antonio Consejero; ese conflicto duró un año, de 1896 a 1897, en el interior del estado de Bahía, nordeste de Brasil, diezmando hasta veinte mil revoltosos. Además, se estima que cinco mil militares han muerto. La guerra terminó con la destrucción total de Canudos, la decapitación de centenas de prisioneros de guerra y el incendio de todas las casas del campamento. El Consejero, muerto, se convirtió en una leyenda, un santo de los pobres.

El periodista Euclides da Cunha pasó tres semanas en el front como reportero del diario *El Estado de São Paulo* y escribió un documento histórico estupendo. Vargas Llosa leyó *Os Sertões* en meados de la década de mil novecientos setenta para hacer un guion cinematográfico a pedido de la empresa Paramount de París. El proyecto, ya en adelantada preproducción, fue cancelado de manera inexplicable, dejando al borde de la locura al director mozambiqueño Rui Guerra y un sentimiento de frustración en Vargas Llosa. Con todo, el escritor peruano se había encantado con la historia. Se profundizó en las investigaciones, viajó a Bahía, conoció a Canudos, conversó con testigos y decidió transformar el guion en una novela soberbia.

En entrevista concedida al periódico bahiano *A Tarde*, en septiembre de 1979, antes del lanzamiento, Vargas Llosa afirmó que no quería escribir un libro histórico y que no tenía ningún compromiso con la verdad. Su intención era incluso inventar y mentir —una idea que él casi siempre repite en todas entrevistas y discursos cuando se refiere a *La Guerra del Fin del Mundo*, aunque quizás sea el libro más histórico y periodístico que él ya haya escrito.

Guardadas las debidas proporciones y respetadas las singularidades entre Euclides da Cunha y Vargas Llosa, tal vez sea esta la diferencia entre este nuestro libro y el libro de Tomás Wallace. Es probable que Tomás quiera transformar su obra sobre Ludovica en algo de la grandeza de *Os Sertões*. Este nuestro proyecto está más cerca de las pretensiones de Vargas Llosa al escribir su *Guerra*: inventar, mentir y no asumir ningún compromiso con la verdad.

Todo ese quiquiriquí fue dicho para reafirmar que las pocas páginas sobrevivientes del guion abandonado por Tomás Wallace, aunque no le sirvan por ser pieza de ficción, serán reproducidas aquí para que todos tengan la oportunidad de entender un poco de la anatomía del crimen que sacó la vida de uno de los más populares artistas de Santabella. La reproducción, nunca se hace mal resaltar, fue autorizada por Wallace y Jamaica.

SONRIENDO A LA MUERTE
Guion cinematográfico de
TOMÁS WALLACE y JAMAICA ESTRELLA

Copia personalizada
Prohibida su reproducción

Primer tratamiento
Julio de 2014.

Iris abre la imagen. Escena uno. Sábado, el 8 de diciembre, once y media de la noche. Interior del dormitorio de un apartamento —amplio, luminoso, acogedor. La cama de grandes dimensiones está forrada con una colcha de seda. En la puerta, una bandera con los colores del arco iris — símbolo máximo de una causa. En la pared, fotos de espectáculos teatrales. Un hombre de setenta y dos años sale del baño. Trae la toalla atada a la cintura, escondiendo su barriga saliente y flácida. Él se mira en el espejo. Pasa la mano en el poco de pelo que todavía le resta. Quizá esté recordando la incommensurable cabellera que un día ha tenido. Frota por las zanjias un producto que extrae de un recipiente de plástico. Se viste con sorprendente rapidez. A pesar de la protuberancia de la panza, los pantalones de lino negro y la camisa de marca famosa le caen bien. Retira del armario un cristal de perfume francés y rocía el líquido en las muñecas, cuello, brazos y manos. Va hasta el espejo de nuevo. Aprueba el resultado y sonrío.

Corta para...

Escena dos. Interior de una casucha en la periferia. Misma hora: once y media. Un muchacho de veinticinco años, alto y corpulento, acaba de lavarse en un duchero sucio e improvisado. La madre, una mujer aún joven aunque marcada por el sufrimiento, pone la cena a la mesa: sopa, pan y café. El muchacho, envuelto en una toalla, tira una silla y se sienta. Le da dos cucharadas en la sopa, hace una mueca, se revuelve y juega el plato en la pared. Dice que no es cerdo para comer tal mierda cada noche. La mujer, nerviosa, intenta decirle algo y es empujada con un gesto brusco. Ella llora. El muchacho camina hasta un reservado para cambiarse de ropa. Calza un par de tenis desguañangado, viste una camiseta sin mangas y pantalones de nailon que le evidencian sus formas musculosas y su pene enorme. Gritando amenazas contra la madre, el chico sale de casa.

Corte brusco para...

Escena tres. Interior. Sala del apartamento. El equipo estereofónico toca un disco de Nina Simone. El hombre elegante prepara otra dosis de whisky. Tararea algunos versos de la canción en un inglés sufriendo. Pone la cartera en el bolsillo, toma la llave del auto, apaga las lámparas y sale por la puerta principal.

Cortinilla...

Escena cuatro. Exterior. Centro viejo de la ciudad. Media noche. Fachada de un club nocturno. Varios vehículos están estacionados al lado de la plaza en frente. El muchacho musculoso que vimos en la escena dos está apoyado en uno de los vehículos. Manos en los bolsillos de los pantalones, observa con atención el vaivén de personas en la acera. Tiene esperanzas de encontrar a alguien que pueda salvar su noche.

Corte de continuidad.

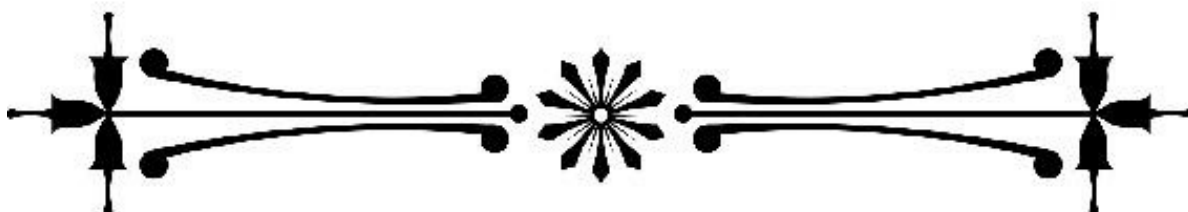
Allí cerca, el hombre que vimos en la escena uno y tres estaciona su coche. Acciona el intermitente. Por el retrovisor, él ve al muchacho. Ya lo conoce. Hace señal con un gesto breve.

El muchacho agigantado se acerca al pasito. Camina suave y de manera sensual para impresionar a quien lo ve. Coloca el rostro en la ventana del coche.

Corta para...

Primerísimo primer plano: el machacante sonrío con sus dientes blanquísimos. Él saluda: ¿Qué se mueve, compay? En pocos segundos el mozo entra en el carro. El hombre casi calvo sonrío para la muerte y parte.

Corta.



El reloj de la cocina informaba que eran dos y treinta y cinco de la tarde. Ada, con la escoba en las manos, pasaba allí y allá en la sala. Baena seguía yacente y lánguida en el sofá, ahora mirando una película en la tele. Sin Jeison en casa, no había casi nada para hacer.

La empleada tenía apenas veinte años y estaba lejos de ser acometida por el mal de Parkinson. Al menos eso es lo que Baena ha pensado al admirar su belleza furtiva. Las piernas de Ada eran gruesas y sensuales y, aquella tarde, ella usaba un vestidito que las hacían más bonitas aún. ¿Será que era virgen?

Ada se movía con una sensualidad pueblerina por entre los finos objetos de la casa. Repiqueteaba mal y mal una canción callejera. Se bajó para coger algo y Baena miró la braga azul de tejido chabacano. ¿Será virgen?

—Ada, ¡ven acá!—Baena la llamó.

—Sí, señora—la muchacha dijo, acercándose al sofá donde estaba la patrona.

—¿Me crees muy vieja?—preguntó la septuagenaria.—Dime con sinceridad.

—De modo alguno—la muchacha respondió.—La señora es muy preservada.

—¿Preservada?

—No aparentas la edad que tienes—Ada enmendó.—Parece más joven.

—¿De veras?—La vieja no escondió una sonrisa.—¿No estás mintiendo para complacerme?

—Te digo eso sin que me quede nada por dentro—Ada mintió.

—¿Has visto el pichoncito que estaba en mi cuarto?

—¿El grandullón? Lo he visto, sí, señora.

—Es mi futuro novio. ¿Qué te parece?

—Un jevito muy bárbaro—Ada dijo.—Un mango.

—¿Cuál es tu opinión sincera sobre nosotros?

—¡Aaaahhh!—Ada murmuró. —Bueno, no veo nada de nada.
—¿No es algo subnormal?
—¿Por qué? ¿Por causa de la diferencia de edades?
—Sí, pero también por los chismes de la ciudad, la condición social...
—Todo mundo tiene derecho a ser feliz, incluso...
—Incluso una vieja como yo, ¿no?
— No era lo que iba a decir—corrigió la muchacha. —Yo diría que la felicidad no tiene color, raza, edad o nivel social. La señora no tiene que preocuparse por los demás, tiene que pensar en sí misma, gozar la vida de una forma ardiente.
—Eres una chica muy sabia—Baena dijo, feliz. —¿Eres virgen?
—Ah, ¿yo?—la muchacha se sorprendió. Se sonrió, confusa con la pregunta inesperada. Mintió una vez más: —Sí, soy virgen, gracias a papá Dios.
—¿No has dado una singáita nunca?
—No.
—Pero ¿ya has mamado la morronga^[50] de tu novio?
—¡Ah, ah, ah, ah!—Ada soltó una carcajada y añadió: —Si no lo hago eso, pierdo mí novio para una sacaleches vagabunda. Cuando uno nos gusta, tenemos que someternos a sus voluntades.
—No permitas nunca que Jeison haga alguna insinuación para ti— Baena dijo. —No le des ese desahogo.
—¿Jeison?
—Mi novio...
—¡Nunca! La señora puede quedarse tranquila. Eso no sucederá.
—Sé que en ti puedo confiar —Baena gruñó. —No confío en Jeison. Es un mujeriego.
—Si él me faltar con la decencia, te le cuento a la misma hora.
—Combinado así.
—¿Puedo continuar con mi servicio?
—Sí, por favor.
—Gracias. Con su permiso...
—Espera un ratito.
—¿Qué hay?
—Te voy a ayudar.
—¿Ayudarme? ¿La señora?
—Sí. Busca algo que hacer en la cocina que voy a barrer la sala.
—¡Olvida el tango, señora! No voy a permitir que te hagas mi servicio.
—¡Déjate de muela, Ada!—Baena dijo y sacó la escoba.—Estoy necesitando moverme un poquito. Después de todo, no soy una vieja escuchimizada. ¿O soy?
—No, señora, no lo eres.
—Pues... ¡Fuego a la lata!
—La señora que sabe...
—Pare de llamarme señora, por favor. Ahora va al departamento de humo y grasa que de la escoba cuido yo. ¡Aja!

Ada se alejó. Baena permaneció parada en medio de la sala, inmóvil e indecisa. Después empezó a barrer sin dirección, al pasito. Paraba a menudo con la escoba y verificaba si las manos estaban temblando. Necesitaba regresar al gym, al yoga ya las clases de tenis, pensó. Necesitaba

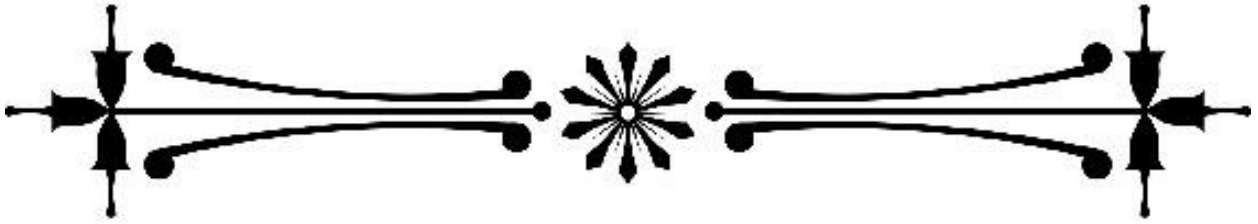
dejar de fumar. Con urgencia. Necesitaba también crear el coraje de Angelita y mandar al infierno unos cinco o seis kilos de pellejo. ¿Otra cirugía? ¿A los setenta? Bueno, ¿por qué no? El dinero tenía. Dinero y coraje. ¿Qué estaba esperando? El Cholo era un estímulo suficiente para hacerle frente a los tubos y al bisturí de nuevo. Angelita se quedó bien con la cirugía, rejuveneció quizá diez o más años. No se ha quedado linda, porque linda ella nunca lo fue. Siempre ha sido un rebote en la belleza.

No tardaría para que los boquiflojos y radiobombas de la alta clase de Ludovica incoasen los comentarios acres sobre su encarne con El Cholo. La última vez que circuló con un chiquillo, cierto columnista de La Voz del Pueblo—un pobretón mal resuelto que estaba en deuda hasta los pellos del culo en las boutiques de la ciudad—publicó una foto de Baena abrazada con el muchacho, bajo el sol cáustico de la isla Eleuthera, acompañada de la siguiente leyenda:

Refrescándose al borde de la piscina de un resort en Eleuthera, una de las islas de las Bahamas, la deslumbrante viuda Baena Suarez al lado de su futuro marinovio, cuyo nombre no ha sido posible desvelar. Dicen las lenguas envidiosas que el dinero no es todo. ¿Quién está de acuerdo? Por la felicidad del muchacho, creo que él está cien por ciento de acuerdo.

Por mucho tiempo Baena intentó descubrir quién consiguió tal foto y entregó al correveidile de La Voz del Pueblo. A veces pasaba en su mente la desconfianza de que haya sido su nuera.

—¡Cascabel!—murmuró y retomó el servicio con la escoba. Apresó los movimientos para mostrar su agilidad.



¿Qué más le faltaba suceder en aquel día cáustico e infausto? Héctor Suarez se preguntó en pensamiento durante el trayecto entre el Valle de las Cascadas y la Ciudad Vieja. Él había planeado su día con esmero, sin dejar brechas para sobresaltos, pero el destino le daba tapas en la cara cada vez que se esforzaba para tener una rutina modelar. El día ya había comenzado mal pronto con la noticia del embarazo de la hija Leticia y después, para empeorar, vino la información de que su madre estaba una vez más involucrada con un chico de alquiler. Ahora, en su rol de problemas, tenía que añadir un caso de homicidio violento y misterioso que daría a la prensa sanguinaria un motivo a más para joderlo. Ni siquiera puso en la lista de sus preocupaciones el dolor en el pecho que casi le mató por la mañana y aún la quemazón insistente en la garganta, porque estos son problemas antiguos. Novedad era aquella voluntad de mantener una conversación definitiva y seria con la esposa Angelita. Lo sentía con frecuencia en los últimos meses, pero esa mañana ese deseo— ¡ese anhelo! —había venido con más fuerza. ¿Por qué?

Martin Sansebastian acompañaba al jefe en su silencio. La visión del cuerpo ensangrentado, grabada en su cerebro, le hacía pensar en la conversación funesta que había tenido con la amante en el motel. Amante, mujer casada, mami de familia. ¿Por qué él entró en esa trampa? Con tantas mujeres disponibles, solteras, libres, escogió justamente esa. ¿Por qué? Pozo de problemas, traumas, miedos y prohibiciones. ¿Él la escogió de hecho? No, ha sido ella quien lo persiguió, lo acorraló, lo cogió en una zalagarda como se cogía un ratón en la ratonera. Cuando se dio cuenta, la aventura se había transformado en torbellino. Torbellino, borrasca, alquilón. Ella nunca le pedía algo fácil. Nunca. Principalmente en lo que se refería al marido, a quien ella trataba como el inmundo. Aquella tarde no fue diferente: *mi vida es un infierno al lado de él... A veces siento ganas de vomitar cuando se acerca a mí... La mejor solución es matarlo. No tiene otra. Una*

emboscada, un tiro... El traste tiene una póliza de seguro. En el caso de la viuda, tengo derecho a recibir al menos la mitad... Usted no tendría coraje, pero podía arreglar una persona de confianza. Alguien de la rama. Alguien que ya lo hizo... Estos pensamientos terribles dejaban a Sebas con una incontrolable voluntad de fumar allí mismo en el auto.

Los teléfonos celulares del capitán y del escribano tocaron casi que al mismo tiempo.

En la llamada de Sebas, el display parpadeó con una inscripción: PN. ¿Eran las iniciales de Policía Nacional? No. Era el código imbécil que él usaba para ocultar la identidad de la amante en los contactos telefónicos. ¿Qué ella quería a esa hora? ¿Ya? No hacía siquiera tres horas que estuvieron juntos... ¡Qué diablos! Él colgó el aparato con un gesto automático.

El teléfono del jefe tocó en el segundo siguiente. Miró la pantalla: la llamada estaba identificada como El Cardiólogo. En realidad, nunca había tenido un cardiólogo. Ha sido esa la manera irónica que encontró para identificar la persona que lo hacía recordar de que necesitaba cuidar mejor del corazón. Era una alegoría, una broma. Pensó que sería apacible chismear un poco con El Cardiólogo en aquella hora, pero no debía. No podía. Sonrió para disimular el inconveniente y desligó el teléfono. Después, en el momento oportuno, se disculparía.

Era ya casi tres de la tarde cuando el vehículo llegó a la casa de tres pisos, antigua y decadente, donde funcionaba el departamento de policía. Entre los años 1950 y 1966, el edificio de arquitectura arrojada y estilo europeo funcionó como la residencia oficial del alcalde de Ludovica. Después fue un albergue y, en la década de 1980, una escuela de música. Instalaron el departamento de la Policía Nacional en los años 1990, cuando ya las paredes y el techo estaban para caer.

Héctor y Sebas fueron al patio. Mientras fumaban, el agente Jesús Pérez regaba la huerta de cilantro y cebolleta con capricho extraordinario. Al verlo así, todo sucio de estiércol, un desconocido jamás diría que se trataba de uno de los más destacados investigadores de la Policía Nacional. Estaba apartado de las actividades hacía al menos cinco años, por cuenta de una enfermedad en una de las piernas, pero su fama e importancia aún persistían en el histórico de la institución y en el imaginario de los colegas. Se contaban muchas historias y anécdotas envolviendo las peripecias y los hechos de Ángel de Jesús Pérez Santana, de apodo Jesús Pérez.

El veterano terminó de regar las hortalizas y se acercó risueño del escribano y del capitán. Les preguntó si querían un café. Ante la respuesta afirmativa de ambos, se alejó y se fue a la cocina de la comisaría. Volvió en tres minutos con dos vasos desechables con café bien caliente y los dio a los colegas. Jesús Pérez no fumaba y tampoco era fan de café. Se preparaba para sí una botella de té, cada día de una planta diferente (cedrón, menta, melisa, tomillo, manzanilla, hierbabuena), todas retiradas allí de su edén, que él tenía el placer de compartirlas con todos, incluso con los encarcelados.

La aventura más sorprendente de Jesús Pérez iba a volverse libro. Pero antes mismo de ser publicada, la obra sería adaptada para el cine. Por lo menos era lo que se comentaba, pero nadie podía saber de dónde venían esas informaciones. Se trataba de un episodio tan fantástico que pocos lo creían. La falta de creencia, sin embargo, no había impedido que el caso entrara para el rol del folclore de Ludovica y ganara repercusión en otras plagas.

No era de ahora que contaban a la boca graciosa lo que ocurrió cuando Jesús Pérez era un conductor particular de un insigne político en Cocomiel. Sí, cuando tenía diecisiete años, mucho antes de ser un agente de la Policía Nacional, Jesús Pérez había sido chófer en la capital. ¿Y cuándo sucedió el episodio que va a volverse libro y, quizá, una película de ficción? Se hablaba que ocurrió en 1965, en el primer día del golpe militar que derrumbó al presidente civil José

Capetillo y colocó en su lugar al general Rodrigo Calderón.

El libro en cuestión también ha provocado una serie de controversias en la prensa y redes sociales. ¿Quién sería el escritor o periodista envuelto en tal proeza? ¿Cuál es la casa editorial por detrás del proyecto de publicación? ¿Quién sería la productora interesada en la adaptación cinematográfica? ¿Qué actor viviría Jesús Pérez en la película?

El periódico La Voz del Pueblo, no hace mucho tiempo, publicó una nota afirmando que el actor y cantante puertorriqueño Bobby Rivera sería el probable intérprete de Jesús en la versión cinematográfica del libro. La noticia acabó generando protestas virulentas de las fans del renombrado artista cuya belleza rubia era comparada con la de Paul Newman al inicio de su carrera. ¿Cómo así? ¿Cómo era posible comparar Bobby Rivera y sus brillantes ojos azules con el viejo Jesús? Acontece que Ángel de Jesús Pérez Santana también tenía sus indescifrables encantos a los diecisiete años. Y también tenía rútilos ojos azules que había heredado de su abuela española. Para jugar más leña en la hoguera, el propio periódico ludovicano rescató y publicó una foto del agente policial en el auge de su juventud: de hecho recordaba a una estrella de Hollywood. No parecía con Paul Newman ni tampoco con Bobby Rivera, pero con otro actor menos conocido de los jóvenes: Montgomery Clift.

Hoy, a los sesenta y cuatro años, a punto de jubilarse (ya debería estar en casa, esperando la liberación del beneficio, pero se negaba a abandonar su precioso huerto), Jesús no disfrutaba la fama generada en torno del supuesto libro. Hablaba poco sobre eso. Solo soltaba la lengua con los más íntimos.

—¿A cuántas anda el libro, Jesús?—provocó el capitán Héctor, sorbiendo su café.—¿Cuándo vas a salir?

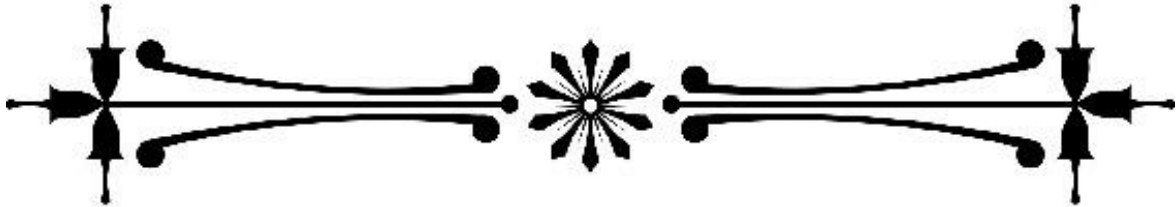
—No lo sé, jefe—él respondió.

—Pero ¿esta historia es real, Jesús?—le preguntó Sebas, riéndose. —Hay gente que dice que es ficción..

—¿Ficción es cosa mentirosa?

—No, no es eso—Sebas desconvensó.—La ficción es...

—No es ficción, no, hermano—Jesús lo interrumpió, aburrido. —La mía historia es...



—... **U**na historia verídica, y quien quiera creer que crea, o quien no quiera que vaya a coger otro o vaya a comer mierda, porque yo me prometí a mí mismo, juré por todos los santos y por la leche que mamé en el pecho de mi querida madre, y también por la santa honra de mi hijita de seis años, juré que jamás contaría esa historia, que me callaría para siempre y que cerraría la boca al resto del mundo sobre los detalles de ese episodio de mi vida; pero un día apareció ese yuma, un señor muy elegante, alto y magro, con un sombrero panameño, chaqueta de tejido ajedrez y pañuelo de seda en el bolsillo. Él había tomado conocimiento de todo lo que había pasado conmigo, en mi juventud (y Dios sabe cómo él se enteró de eso), salió de los Estados Unidos, llegó a Santabella, descubrió mi dirección y vino a parar a la puerta de mi casa; llegó en un coche de lujo, alrededor de mediodía, acompañado de varias personas, una comitiva grande de periodistas y gente importante de la capital, de modo que esa confusión asustó a mi esposa y mis nietos, y confieso que hasta yo me asusté también, pensé que era un pistolero contratado para matarme, o un cobro bancario de algún préstamo que no me recordaba más. Gracias a Dios no era nada de eso. El tal hombre dijo que quería platicar sobre la historia que le habían contado. Él reveló que era escritor, periodista, biógrafo, ya había escrito unos libros famosos y citó algunos, pero no me recuerdo de los títulos. Él fue luego hablando que si yo resolviera romper mi silencio, poner toda mi historia en el papel (en realidad no era en el papel y sí en el grabador que él traía en la mano), yo podría ganar un buen dinero y podría hacerme famoso. Para empezar, él me dijo, me haría un adelantamiento de diez mil dólares, y para eso bastaba que yo firmase un contrato, pusiese mi nombre y me firma en un pedazo de papel que él traía, donde yo me comprometía a contarle todo y a liberar todo lo que yo le dijese para usar como él quisiese. Le pregunté asustado si era diez mil dólares o diez mil pesos, y él dijo que sí, que era de hecho diez mil dólares, o sea, casi medio millón de pesos, y yo pensé puta mierda, eso era mucho dinero, y él sonrió y dijo que

podría recibir mucho más después que el libro fuese publicado. No pensé dos veces, a final diez mil dólares eran diez mil dólares, no era poca mierda, y calculé que ese dinero podría garantizar el futuro de mis hijos y nietos, el bienestar de mi familia, y terminé quedándome de acuerdo con todo lo que él propuso y firmamos los papeles y marcamos una serie de encuentros en mi casa y en los hoteles y en varios lugares, y empecé a contarle mi historia y él fue grabando todo en la grabadora. Empecé diciéndole que era muy joven cuando todo sucedió, porque estábamos en 1965 y yo tenía dieciocho años en esa época; por favor hagan las cuentas para no haber engaño: si yo nací en 1947 y hoy tengo sesenta y cinco años, pues, es eso mismo, yo tenía dieciocho pirulos. Las mujeres decían que yo era un mango verde y sabroso. Trabajaba como chófer de un hombre muy importante y muy poderoso en Cocomiel, cuyo nombre no voy a decir aquí, pues va a aparecer en el libro con todas las letras. Pero el libro tampoco empezará por el principio y sí por el medio de la historia, hasta porque así va a ser más interesante, y eso fue una decisión del americano, cosa de novelista que nunca comienza una historia por donde debería comenzar. Bueno, yo concordé y entré en su ola, en su vaina como dicen los jóvenes. Empecé la historia del punto donde yo estaba, o sea, en el cuarto de una mansión, en el área noble de la capital, donde se localizan las residencias de los ministros y de los funcionarios graduados del gobierno. Yo estaba en el cuarto con una mujer, yo estaba singando con esa mujer bellísima, yo parecía un animal feroz, ella gritaba como una loca; la cama bailaba en un ritmo frenético, abrumador, produciendo un sonido que resonaba por todo el ambiente, subiendo y bajando, bajando y subiendo; y mi sudor se mezclaba con el sudor de ella, haciendo que nuestros cuerpos se pegasen como chicle en suela de zapato, y eso provocaba un ruido gracioso y excitante que se mezclaba con el sonido de la cama, aumentando cada vez más la sofocación de los movimientos; y la mujer estaba enloquecida de éxtasis porque ella soltaba gritos animalescos y ronroneaba como una gata, y revolvía magníficamente las caderas y murmuraba frases maravillosas, como mi dulce de coco, mi pan caliente, mi príncipe, mi rey, mi gobernador, mi perdición, locura de mi vida, ya veces pronunciaba las expresiones más chulas, tales como me coma, me devora, me mame, soy su vaca y tú eres mi toro, quiero que me coges como si yo fuese una perra, auf auf auf, y yo me quedaba loco con todo eso, me parecía un motor bombeando y bombeando, a punto de explotar humo por todos los orificios, y la pobre cama parecía gritar por socorro, cloc cloc cloc cloc cloc, ya que no aguantaba más, trec trec trec trec, estaba casi derrumbándose, chuc chuc chuc chuc chuc, las paredes no conseguían más sofocar los gritos, ay ay ay ay ay, y el ritmo alucinante continuaba, tchan tchan tchan tchan tchan, parecía no tener fin aquella agonía y éxtasis, boom boom boom boom boom, e incluso el piso amenazaba hundirse, argh argh argh argh, y todos los objetos del cuarto parecían estar gimiendo y gritando también, hum hum hum hum hum, y yo cabalgaba y la mujer se retorció como una serpiente; y el techo parecía querer caer, y todo empezó a girar como un torbellino, era una locura sin frenos, el orgasmo se acercaba a mí ya ella, y ella aceleraba los movimientos de las caderas; y exploté dentro de ella y derramé toda mi leche en aquella cueva acogedora. Los ruidos desaparecieron y un silencio perturbador se apoderó de la habitación, y por un instante se oyeron solo nuestras respiraciones. No puedo olvidarme de decir que aquella era la cuarta o quinta singada en poco más de una hora. Yo era muy joven, estaba lleno de vigor, y era siempre esa locura cada vez que nosotros follábamos. También no puedo olvidarme de decir que ella era una mujer extraordinaria, mientras yo era un pendejo de mucha suerte, pues poder meter mi güevo en una mujer maravillosa como ella era igual a ganar el premio de la lotería, por eso todo lo que yo hiciese para ella sería poco. Después del orgasmo, la abracé con ternura porque quería mostrarla cuánto estaba agradecido por estar allí. Pero de repente sentí ganas de coger de

nuevo y ella se enroló en las sábanas empapadas de sudor y balbuceó que estaba muy cansada, y yo dije todo bien, después dije que ella había sido espectacular y mejor que de las otras veces y me relajé y puse la cabeza en la almohada. De la habitación donde estábamos era posible oír con perfección el sonido del televisor conectado. Fue ahí donde escuchamos la programación normal ser interrumpida por la voz de un locutor que noticiaba un acontecimiento absurdo, un golpe de Estado en Santabella. La voz del hombre decía que tropas del ejército, comandadas por un general, habían tomado las calles de Cocomiel; luego después otro general marchaba con tanques por las avenidas de Guadalquivir, y que el caos también se había instalado en San Hesiquio y Nueva Tarragona. En la capital Cocomiel, había pilas de tanques frente al Congreso Nacional y frente al Palacio Presidencial, el comercio y las escuelas habían cerrado las puertas, pelotones de soldados desfilaban por las largas avenidas, blindados se mezclaban con automóviles embotellados en el tránsito y las plazas parecían un campo de batalla. La mujer que estaba conmigo dio un salto de la cama y reaccionó estupefacta. Corrió hacia donde estaba la tele y el aparejo de radio y aumentó el volumen de ambos. No podía creer. Gritaba sin parar: ¿y ahora? No sabía qué responder. Allí estaba el locutor hablando en golpe, en revolución, citando nombres de generales y coroneles desconocidos como nuevos gobernantes del país.

Yo solo conseguía pensar en mi trabajo de chófer huyendo por el desagüe. Pero dejé de pensar en eso cuando vi los ojos blanqueados de la mujer a mi lado: ella estaba petrificada e intentaba abrir la boca, pero algo le cogía la garganta, garras invisibles parecían estar apretando el corazón, y percibí que una bomba estalló dentro de su cuerpo: ella estaba muriendo allí delante de mí. Vi cuando cayó dura en mis brazos, dura, desnuda, bella, rubia y muerta. Yo no podía creer que eso estaba sucediendo. No podía creerlo. Ahora necesito dar un salto en la historia para volver al principio de todo, para poder explicar quién era aquella hermosa mujer y cómo la conocí. Por eso presten atención, porque no voy a repetir, y crea a quien quiera, pero la mujer era la esposa de mi patrón, y mi patrón era un ministro del gobierno, un ministro legítimo, hombre fuerte del presidente. La conocí poco tiempo después que empecé a trabajar en el ministerio. Nuestro primer encuentro fue cosa de cine. Yo estaba circulando por uno de los corredores del ministerio y comía algunas galletas robadas de una bandeja que encontré abandonada en una de las salas; esa mujer fantástica se acercó a mí, parecía estar ocultándose de los funcionarios, y le pregunté si podía ayudarla y si ella se sentía bien o si estaba necesitando algo, esas cosas que un chico educado debe decir para una mujer afligida. Ella me miró y sonrió. Juro que nunca había visto una sonrisa tan hermosa. Preguntó si yo sabía quién era ella, y le dije que no, y ella dijo que era la esposa del ministro.

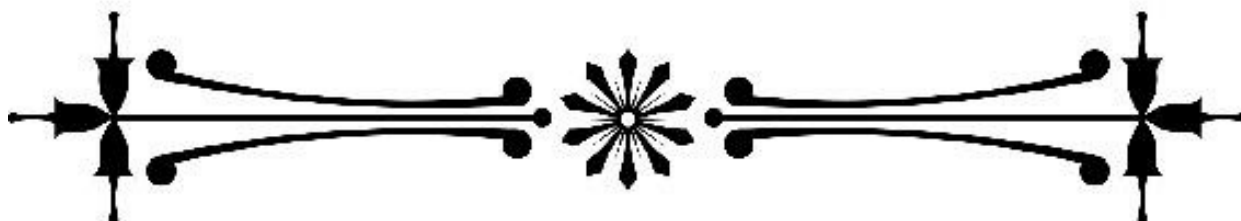
No caí del susto por un tilín y quise correr, pero ella sonrió una vez más y apretó mi mano. Tomó una galleta de mi mano y probó. Me quedé de tallo duro porque no podía contenerme de tanta felicidad. Lo que sucedió con nosotros en aquel momento fue algo inexplicable, mágico, cosa de loco, atracción fatal, porque de repente ella miró mi rostro y dijo que yo era demasiado parecido con su hermano, que yo era la cara de él, cagado y escupido, y ella dijo que adoraba a ese hermano que vivía en Suiza y que por eso me gustaría mucho hablar un poco más conmigo. Marcamos un encuentro secreto para el día siguiente en una casa fuera del centro administrativo, lejos de los ministerios, y desde ese día nunca más dejamos de encontrarnos. Nunca tuve la certeza de que ella sentía pasión o amor de verdad por mí, porque nunca habló de sus sentimientos; sin embargo, yo sabía que ella adoraba acostarse conmigo y decía que yo singaba como los caballos y que eso le proporcionaba un placer que ningún otro hombre en el mundo le había proporcionado. Ella solía decir que yo era un huracán arrasador en la cama y que

enloquecía al ser penetrada por mi herramienta, que mi güevo la dejaba llena y acorralada. Cuanto a mí, pobrecito, todo lo que tenía que hacer era atender a sus caprichos. Además, ella me llenaba de regalos, de camisas de seda, pantalones de lino, reloj de oro, perfume francés, un auto verde 1963 y una casita en la playa. Bastaba yo pedir, por lo demás, ni siquiera necesitaba pedir, bastaba insinuar que deseaba algo que, al día siguiente, llegaba con el deseo atendido. Nuestra relación, que empezó en enero, duró exactos tres meses. En ese momento surgieron algunos comentarios y chismes, un periodista llamó al ministro de cornudo, un diputado dijo que ni siquiera sabía manejar los propios cuernos, pero ella no daba importancia a ese tipo de cosa, ni el ministro también, ambos se hacían de sordos y desentendidos, pero yo estaba loco. Ella decía que me quedase tranquilo, que todo estaba sobre control. Nuestros encuentros continuaron sucediendo todos los lunes, los miércoles y los sábados, siempre a las tres de la tarde, que era la hora del peluquero, y cogíamos hasta las cinco; a veces cogíamos en una casa alquilada y otras veces en la propia mansión oficial del ministro, como en la infortunada tarde del miércoles, primer día de abril, cuando su cuerpo cayó desfallecido en mis brazos y yo sentía un frío aterrador recorrer mi espina e instalar en mi mente.

Desesperado, empecé a llorar, a gritar, sacudiéndola con violencia, intentando en vano reanimarla. El sonido de la tele sofocaba mi llanto y mis gritos, y el noticiario repetía sin parar la noticia del golpe, de la revolución, y en la pantalla aparecían imágenes de jeeps y tanques y soldados en el Congreso y en el Palacio Presidencial. Yo corrí hacia el teléfono y pensé en llamar a un hospital, llamar a una ambulancia, porque tal vez ella estuviese viva, tal vez fuese apenas un desmayo, porque una mujer sana y todavía joven no moriría de manera tan inesperada por cuenta de una noticia. Ella tenía que estar viva, necesitaba estar viva, yo repetía eso para mí mismo, tratando de convencerme de que todo era una pesadilla. Llamé al número del hospital y del otro lado de la línea una voz de mujer atendió. Preguntó lo que yo deseaba y yo le dije que quería una ambulancia, por favor, una ambulancia urgente. La mujer preguntó mi nombre y la dirección donde yo estaba, pero no pude decirle porque un pánico incontrolable me dominó y colgué el teléfono de súbito, pues no podía hacer eso, porque sería un escándalo cuando descubriesen todo y podían incluso creer que yo fuera el asesino, que yo había matado a la mujer del ministro. Me quedé caminando de un lado a otro por más de cinco minutos, sin saber qué hacer con el cuerpo inmóvil de la mujer, y me acordé de un amigo que se llamaba Miguel y también era chófer, pero él trabajaba en la Presidencia, servía a los hombres más cercanos al presidente. Hice una llamada al palacio y le conté todo. Él me dijo: tenga calma, no haga nada, quédese donde está porque todo va a ser resuelto, no se mueva. Me quedé en la habitación, sentado en la cama, velando el cuerpo de la mujer, rezando para que alguien viniese a mi socorro. Unos minutos después oí un ruido ensordecedor, ta-ta-ta-ta-ta, thump-thump-thump-thump, un helicóptero se posó en el muro de la mansión y varios hombres armados y con capuchas bajaron del aparato y entraron por los fondos, y allí me encontraron llorando bajito, y ellos me pidieron para quedarme quieto, y yo obedecí, claro, pero aun así taparon mi boca y ataron mis manos y mis pies; uno de los hombres se acercó al cuerpo estirado sobre la cama y pasó a examinarlo y luego se volvió hacia los demás y sacudió la cabeza afirmativamente. En movimientos rápidos, los hombres vistieron el cuerpo y lo empaquetaron con sábanas. Después lo llevaron al helicóptero. También me llevaron junto con el cuerpo. Enseguida las hélices comenzaron a girar, thump-thump-thump-thump, el helicóptero sobrevoló por encima de los tejados de las mansiones, evitó los edificios del centro de la ciudad, donde había tanques de guerra y camiones repletos de soldados, y tomó el rumbo del interior de la isla, alejándose del litoral y de zona urbana de Cocomiel. Una hora y media después,

el helicóptero se posó en una hacienda donde había más hombres que corrían de un lado a otro sin parar, y un individuo que yo nunca había visto antes, usando chaquetón blanco y anteojos oscuros, vino a conversar con los encapuchados que estaban en el helicóptero, pero el ruido de las hélices no permitió que yo escuchase lo que ellos platicaban. Después de dos minutos de una charla rápida, nerviosa, el hombre de la chaqueta blanca se alejó y el helicóptero subió una vez más y atravesó un paisaje de mata cerrada. Alrededor de dos horas después se posó en un campo y más hombres armados aparecieron del medio de la mata y rodearon el helicóptero. El cuerpo empaquetado fue retirado y llevado en una camilla a un jeep que estaba estacionado a pocos metros. Todo esto se hacía con mucha prisa y nerviosismo. Un hombre gordo y de bigote apareció para conversar con los encapuchados que estaban en el helicóptero y una vez más la conversación fue muy rápida y ellos se despidieron. El hombre gordo entró en el jeep donde se colocó el cuerpo de la mujer y siguió por un camino de barro abierto en medio de la mata. Yo no podía hacer nada, con manos y pies atados y boca cerrada, mientras el helicóptero me despegaba, llevándome para lejos, para nunca más, yo y ella separados para siempre, tal vez yo estuviese yendo a un destino mucho más negro y desconocido que el destino de ella. El aparato voló por una hora más y llegó a una aldea miserable con cabañas de paja, en medio de una selva densa y húmeda, de donde surgieron hombres y mujeres y niños desnudos, con cuerpos y rostros pintados y cabellos fangosos, usando anillas en la nariz y collares de cipos en el cuello y empezaron a cascar en una lengua incomprensible. Los hombres encapuchados saltaron del helicóptero y fueron saludados por los aldeanos con gritos y danzas y mucho alboroto; y lo que parecía ser el jefe de la aldea se acercó y abrazó a los visitantes, y los besó en el rostro, y luego rezó una especie de oración, pasando las manos por los cuerpos con gestos extraños; y cuando terminó ese ritual, el jefe y los hombres encapuchados entraron en una cabaña y tardaron cinco o seis minutos, y luego salieron y vinieron hasta el helicóptero y me sacaron de allí. Los hombres se libraron de los capuchones y yo pude por fin ver sus rostros, y no eran rostros conocidos. Repitieron el ritual de abrazos y besos con el jefe de la aldea y entraron en el helicóptero y se fueron y desaparecieron detrás de los árboles altísimos. La aldea se quedó en fiesta, y me quedé allí entregado al jefe de la tribu. Lo que sucedió después de eso voy a tratar de contar en pocas palabras, porque los detalles están en el libro que va a salir en un tiempo corto y ustedes deben comprarlo para saber con todos los pormenores. Todo lo que puedo decir es que me quedé tres meses confinado en esa aldea, en algún lugar que creo que estaba cerca de Guacamayo Rojo o Mango Verde. Y después de ese tiempo logré huir. Casi fui devorado por lobos en medio de la selva y por cocodrilos en las charcas, pero yo conseguí sobrevivir y volver a mi casa. Solo en aquel momento pude constatar que el golpe había cambiado el país y que el presidente había sido destituido y huido, y que algunos políticos del antiguo gobierno también hicieron lo mismo, incluso el ministro que era mi patrón. Yo vi el periódico que mostraba una foto donde él embarcaba en un avión a Europa... pero, para mi sorpresa, el ministro estaba al lado de una mujer rubia y alta, junto a sus dos hijos. No podía ser ella, pensé en la hora, ella estaba muerta, ella había caído en mis brazos, no podía estar en esa foto, toda sonriente, no podía; me quedé mareado, sin entender nada más, y casi enloquecí. Volví a mi vida tranquila y, casi un año después, vi otra foto en un magacín de moda donde ella asistía a un desfile de un modista famoso: allí estaba ella, yo no tenía dudas que era ella, estaba linda y deslumbrante, con la misma sonrisa misteriosa que me encantó en la primera vez que nos vimos. Resolví que tenía que olvidar todo, caso contrario yo acabaría enloqueciendo de vez. Prometí a mí mismo que me callaría para siempre y no intentaría comprender nada, pues nada explicaría lo que sucedió en aquella tarde. Algunos meses después, busqué un nuevo empleo como conductor y

acabé descubriendo que estaba muerto. Yo no existía más, había sido muerto oficialmente en el primer día de abril de 1965 en un accidente de coche en la carretera que une Guadalquivir a Cocomiel, y había hasta un certificado de defunción, aunque ni siquiera mis padres lo supiesen. Resolví no cuestionar nada más y salí a la lucha para probar que estaba vivo. Tres años más tarde es que conseguí retirar otra identidad y por lo tanto pude casarme con una mujer que conocí en una fiesta y ella me dio dos hijas lindas y decidí volver a Ludovica que era mi ciudad, mi lugar, mi refugio. Después pasé en el concurso y entré a la Policía Nacional. Gracias a Dios, después de veinte años, el gobierno militar se terminó y un presidente civil fue otra vez electo por voto popular y los vientos de la democracia volvieron a soplar con fuerza total en Santabella, las prisiones se quedaron vacías de presos políticos y el Congreso se llenó de nuevo de parlamentarios corruptos. Día de esos leí una noticia de que mi antiguo patrón estaría volviendo a vivir en Santabella. Él regresaría acompañado de su fiel esposa, ahora una gorda señora de perlas en el cuello. Esta es la historia que el americano va a transformar en un libro. Y le conté todo porque diez mil dólares no era una cantidad para jugarse fuera. Sé que mucha gente va a dudar de la veracidad y me llamar de fantasioso, pero yo repito que no es ficción, es una historia real, y quien quiera creer que crea, pero quien no quiera que vaya a coger, vaya a comer mierda, porque me estoy lijando, no debo nada a nadie...



—No te lo creo, mi amigo —murmuró el jefe de policía, dando una palmadita en el hombro de Jesús. Y repitió: —Palabrita por palabrita, sin excluir una sola coma.

—Gracias, jefe —Jesús Pérez dijo, y eso era casi un aliento de satisfacción.

—¡Qué historia!—Sebas se rumoreó, pero con la ironía de quien decía: ¡qué cuentazo!

—No inventé nada—el veterano reforzó como si adivinara el pensamiento del escribano. —Pero en el libro lo conté todo con detalles. El gringo va a investigar todo lo que yo le dije para probar con documentos...

—Hace casi cincuenta años que eso sucedió—el escribano dijo. —No sé cómo se acuerda de tantos pormenores. Si bien que...

—Estoy ansioso por leer el libro—el capitán Héctor interrumpió, percibiendo que el escribano iba a tirar fuego en la verosimilitud de la narración de Jesús.

—Yo sé que muchos no me creen —el agente murmuró. —Pero gané los diez mil dólares y tengo una foto aquí con el gringo que me entrevistó.

Jesús Pérez cavó uno de los bolsillos del pantalón y sacó una cartera surcada. Después extrajo una foto envuelta en saco plástico y la entregó para la conferencia del capitán y del escribano. No había duda: sentados en una mesa de bar, tomando una cerveza, teniendo en primer plano un pequeño grabador y un bloque de anotaciones, allí estaban el veterano agente de la Policía Nacional de Santabella al lado de un viejito que parecía tener ochenta años, muy elegante y sonriente. La foto ha sido hecha entre 2008 o 2009, en la Plaza del Chafariz. Las personas de Cocomiel que trajeron el visitante hasta Jesús decían apenas que él era un periodista y escritor estadounidense que ya había conocido Julio Iglesias. Nada más.

—¿Quién es?—preguntó el escribano, mirando la foto con visible interés.

—No lo conozco, pero me parece a alguien muy importante—dijo el capitán.

—Usa una ropa italiana de una película de gánster—observó Sebas.

—Nunca me enteré de su nombre— dijo Jesús. —Cada vez que yo preguntaba a nuestro intérprete como él se llamaba, el chico solamente me respondía: «él es el Profesor Gay, ¿no lo conoces?»

—¿El Profesor Gay?—el capitán repitió, intrigado con la información.

—Era todo lo que el chico me decía: «ese es Gay» —Jesús enfatizó. —Nunca supe si ese era el nombre real de aquel buen hombre o si querían decirme que él era un mariquita.

Ni Héctor ni Sebas podrían imaginar que el «Profesor Gay» era nada más y nada menos que José Ramón Gay-Lussac, famoso periodista español (hijo de padre francés y madre barcelonesa), militante del periodismo literario, autor de artículos famosos publicados en varios periódicos de España y Francia, ganador de premios y creador de novelas no ficticias. Por eso las desconfianzas sobre la veracidad de la narración de Jesús persistían con tanta fuerza. En realidad, era difícil creer, incluso para los más crédulos, que José Ramón Gay-Lussac habría mismo pisado en las calles de Ludovica, sentado en la mesa de un bar de la Plaza del Chafariz y tomado una cerveza en compañía de un viejo policía.

—El jefe ahora me da su permiso —Jesús habló, cogiendo la foto de vuelta —porque voy a cuidar de mis niñas.

Mis niñas: era como Jesús llamaba sus hortalizas y frutales. Puso la foto en el bolsillo y se alejó con una sonrisa.

—Tremendo guachinango —el capitán sentenció y pitó el cigarrillo.

—Un artista— el escribano dijo, con una sonrisa de ironía, pero tal vez quisiese decir «un bambollero». —Pero no entendí una cosa...

—¿Qué?

—Desde cuando una historia absurda como esa —él cuestionó —¿puede dar un buen libro?

—Si ganó el interés de ese gringo, debe ser una buena historia. Tú bien debes saber que escritores y periodistas son capaces de todo —Héctor dijo. —Son maestros en hacer tempestad en vaso de agua, en driblar la realidad, en ver luz donde vemos tinieblas, en transformar en dogma lo que parecía apenas sueño. Después de todo, ¿no es eso lo que quieres ser, un escritor, un novelista?

—Verdad—Sebas murmuró. —Pero un escritor es menos peligroso que un periodista. Mira a nuestros amigos de La Voz del Pueblo. Inventan cada una...

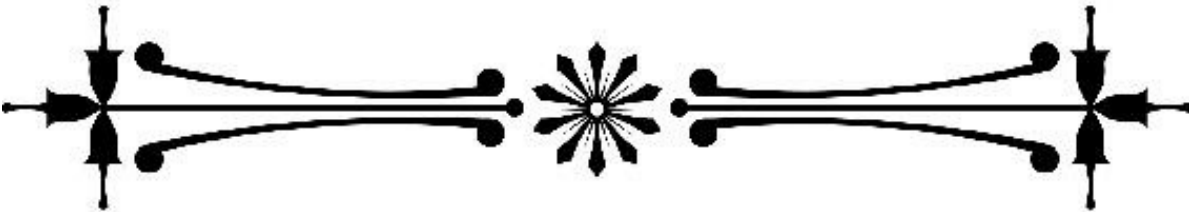
—Supe que un chico que es reportero de La Voz, Tomás Wallace, también le gusta escribir libros y guiones —Héctor dijo, mientras daba una profunda calada en su blanquito. —Deberías intercambiar unas ideas con él. Tienes que hacer amistad con esa gente...Escritor anda con escritor.

—No sé si esta tuya premisa es verdad— Sebas dijo. —Pero, cualquier otro día, voy a contactar el periodista para que chasquemos una charla sobre libros y guiones.

Por dos o tres minutos el escribano e o capitán se concentraron en el placer que sentían en llenar sus pulmones de nicotina, alquitrán y monóxido de carbono. Era una tarde agradable aquella, a pesar del calor casi inaguantable. Eran raras las veces en que soplaba una brisa tenue en esas horas, pero, cuando eso sucedía, las hojas brillantes de la *Annona muricata* y de *Psidium guajava* parecían festejar. Eran ellas las espectadoras más altivas y silenciosas de todas las conversaciones y llamadas que ocurrían allí en aquel patio florido.

—¿Vas al médico ahorita?—el escribano indagó.

—Mañana tal vez—Héctor respondió.
—Tienes que cuidarte. No juegues con tu salud.



recho de un libro de hechizos poderosos, amarres infalibles y simpatías populares:

En un día cualquiera de la semana, en que usted pueda quedarse en un lugar tranquilo, sin ruido, haga esta simpatía. Acuéstese y relájese por quince minutos, manteniendo siempre los ojos cerrados y haciendo pasar por su memoria el rostro de cada persona que usted considera ser su enemiga. Después de eso, encienda un incienso llamado «conmigo nadie puede» (que usted encuentra en casas que venden hierbas para hechizos) y guarde las cenizas en una cajita de fósforo. Cargue esta cajita con usted y siempre que encuentre a esa persona enemiga, juegue —de forma disfrazada— una pizca de la ceniza, hasta acabar con todo.

Pasaba de las tres de la tarde cuando Angelita entró en la habitación y se libró de sus cintas elásticas —aquel inconveniente momentáneo que le causaba constreñimiento a veces, pero que valdría pronto, pues al final, «el trastorno pasará y el beneficio será para siempre», como le había dicho su cirujano plástico en Cocomiel. O casi. Entró en el duchero, tomó un baño largo, lavó los cabellos, hizo la higienización íntima, después se secó, vistió su tradicional túnica rosa, puso la toalla en la cabeza mojada, apagó la lámpara de la habitación, encendió una vela en el candelero y se acostó en la cama. Cerró los ojos. En su mente proyectó un rostro: Héctor, Héctor, Héctor, Héctor. Pensó en él por quince minutos sin parar: Héctor, Héctor, Héctor. Después se levantó con una leve sonrisa, caminó hasta la cómoda y encendió el incienso. Aspiró con un sorbo profundo el aroma delicioso que invadió el ambiente.

Mientras el incienso se quemaba de forma paulatina, ella tomó el salterio, arrojó dos almohadas en el suelo y se arrodilló al pie de la cama. Abrió en el Salmo cincuenta y cinco y empezó a leer en voz alta.

—Escucha, oh Dios, mi oración; no pases por alto mi súplica. ¡Óyeme y respóndeme, porque mis angustias me perturban!

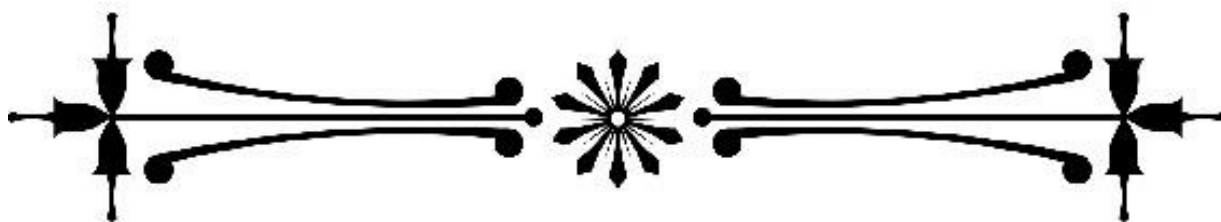
Se detuvo por un instante. Suspiró. Cerró el libro y alzó las manos al cielo, en súplica.

—Estoy al borde de un ataque de nervios por cuenta del clamor del Enemigo—ella dijo, empezando a improvisar una oración inédita, basada en la original. —Estoy a punto de cometer un crimen. Ya no soporto más. Las fuerzas del mal se lanzan sobre mí. Un furor me persigue. Quiero matarlo. El Enemigo grita a mi oído: ¡mátalo, mátalo, mátalo, mátalo, mátalo! Mi corazón se cubre dentro de mí y los terrores de muerte sobre mí cayeron. Sí, el temor me sobrevino. Temor y temblor. Y también el horror que me envolvió, que me envuelve a cada día, a toda hora. Tengo ganas de gritar: ¡quién me diera tener alas como las palomas para poder volar y encontrar descanso! Quiero huir para lejos. Quiero desaparecer. Si no lo hago, voy a matarlo. Sí, huiría para bien lejos, si yo lo pudiese, y pernocharía en el desierto. Mejor dormir encima de rocas puntiagudas que en la cama con este marido inmundo. Yo lo odio, ¡oh Dios! Me apresuraré a abrigarme de la furia del viento y de la tempestad. Mejor la furia del viento que el aliento de aquel inmundo. Destruye ese deseo dentro de mí, oh Señor, pues veo violencia y contienda delante de mí. No quiero hacerlo, estoy luchando para no hacerlo, pero sé que tendré que hacerlo, más día menos día, si el Señor no interceder por mí. A cada hora ese deseo loco de sangre anda alrededor de mí, escalando mis muros. Veo la destrucción: mis hijas, mi familia, mi mundo. Por eso, te pido, Señor, aleja de mí este cáliz y mátalo antes de que yo lo haga. Usa de la misericordia para conmigo y mátalo, quítalo de mí convivencia, líbrame de ese mal. Porque no es un enemigo cualquiera que me afronta. No. Si fuera un enemigo común, yo podría soportarlo. No. No es un adversario que se exalta contra mí, porque de él podría esconderme. Es él, mi compañero y mi amigo íntimo. Compañero. Íntimo. Marido. Marido. ¡Eres tú, inmundo! Tan cercano y tan íntimo: conversábamos juntos, bebíamos juntos, comíamos juntos, gozábamos... ¡Gozábamos! Pero del placer se hizo el asco. Ahora todo lo que deseo es que la muerte lo asalte, lo atropelle, aplástalo, y que ardiendo en llamas él descienda a las profundidades del infierno. Sí. Necesito recuperar mi paz. Y solo puedo alcanzarla a través de su muerte. Pero te invocaré, ¡oh Dios!, y el Señor me salvará. Sálvame, Señor. No me permita hacer tal cosa. Por la tarde, por la mañana y al mediodía me quejaré y lloraré delante de ti, hasta que escuches mi pobre voz, la voz de esta casi asesina. La voz de quien lucha para no matar con sus propias manos yo. Devuelve la paz a mi vida, oh Señor, de modo que él (¡aquel inmundo!) no se acerque a mí, no me toque nunca más y nunca más se acueste en mi cama límpida. Mi cama limpia. La cama que él macula con su inmundicia. Tengo asco. Todo en él me da asco. Señor, líbrame de tal infamia. Tú me oyes, lo sé. David mandó matar a Urías para librar a la pobre Bath-sheba de tanta humillación. ¡Soy la nueva Bath-sheba! Libérame, Señor. Ya tengo mi David, mi hermoso arpista y arquero que tomó de asalto mi corazón. Ahora tengo que librarme de ese Urías que atormenta mis sueños. Es él quien extiende sus manos horrendas para tocarme por la noche; es él quien viola el pacto. No me engaña su habla suave tal cual mantequilla. No me engañan sus palabras blandas. Yo lo quiero muerto. Lanzado como un fardo en cueva de siete palmas para que sea comido por los gusanos, sus compañeros. Pero tú, oh Dios, lo harás bajar a este pozo de perdición, no yo. Tú lo harás, yo lo sé. En ti confiaré. En ti he confiado sin vacilar. Pongo mi destino en tus manos. Pruébame. Sé que la misericordia está delante de mis ojos y he andado en tu verdad. Quiero seguir lavando mis manos en la inocencia. Quiero poder contar con su benevolencia. Por eso, no me permita que mi alma se una al rol de los pecadores, ni mi vida a la de las asesinas sanguinolentas. Rescátame y ten compasión de mí, mientras hay tiempo. De lo contrario, lo mataré.

Ella suspiró una vez más. Una lágrima le escurrió por la cara.

—Tú, Señor, sabes de mi historia—ella retomó la súplica—y conoces mi espíritu. Bien sabes que me casé para salvar el fruto de mi vientre. Bien sabes que me casé para lavar el honor de mi casa. Bien sabes que me casé para mantener mi dignidad. Y bien sabes —¡ah, como lo sabes! — que yo merecía algo mejor. Pues, Señor, mávalo por mí. Por favor, sé rápido. Amén.

Ella hizo la señal de la cruz y se levantó. Fue hasta la cómoda y recogió las cenizas del incienso en una cajita de fósforo.



Alrededor de tres y media de la tarde el teléfono del capitán Héctor volvió a tocar. Era El Cardiólogo una vez más. Resolvió atender. Se alejó de la sala y se dirigió una vez más al patio del departamento. Se apoyó en el tronco del guayabo y empezó a charlar. Quien por allí pasase y apenas oyese el diálogo al teléfono, sin verlo, pensaría que se trataba de un adolescente enamorado, tan feliz y jovial era la charla. Las carcajadas sorprendían a los pardales que venían a deglutir las guayabas en aquella hora. El capitán ríase como un niño actuando en dramas de escuela. Ríase como un tonto. En aquel día infausto tal vez ni tenía tanto motivo para reírse así, pero ríase. Incluso de lejos, era posible oír su risa. Al otro lado de la línea, el interlocutor se reía también. El tono de la conversación variaba: en ciertos momentos era atarantado y confuso; en otros, susurrado y confesional. Pero era, de todos modos, una charla bien humorada. ¿El asunto? Difícil determinar. Eran tantos. Una profusión de asuntos. El capitán gesticulaba, pasaba las manos en el pelo, burlaba los botones de la camisa, alegre, férvido, patético. En aquel instante, él parecía olvidar el café, el cigarrillo, la ansiedad, las molestias, las tristezas cotidianas.

—Hay mucho que espero por este momento, tú lo sabes...

La frase suelta —incomprensible y sin nexos— resonó por el patio y se gasificó en el aire, llevada después por la brisa efímera, desapareciendo enseguida. ¿Qué momento? ¿Quién era el interlocutor?

—Sí, lo sé, pero sucede que yo...

—Ah, para con eso.

Fueran tantas carcajadas que atrajeron la atención de Sebas. El escribano miró por la ventana y se quedó admirado con la euforia del jefe. No parecía enfermo en aquel instante. Al contrario.

—¿Tú? Ah, estás loco...

El capitán también tenía sus secretos, pensó el escribano. ¿Quién no los tiene? A veces, la gente tiene secretos por pura vanidad o terquedad. Otras veces, por necesidad.

—Sí, podemos. Tal vez más tarde. Chao.

La llamada llegó al final. El capitán puso el celular en el bolsillo del pantalón y regresó a la sala.

El escribano se sentó delante de su computadora para fingir que no lo observaba por la ventana. Héctor entró y fingió que no lo había visto, pero lo vio. Vio los ojos curiosos que lo acechaban y los oídos ansiosos que intentaban captar y decodificar las frases sueltas, llevadas por el viento.

—Voy a salir un poco—Héctor anunció.

—Gracias a Dios —Sebas murmuró —que tú decidiste irse al médico.

—Es eso —el capitán mintió. —Voy a un cardiólogo. Después voy a visitar a mi madre.

—¿Qué tenemos todavía para hoy?—el escribano quiso saber.

—En mi agenda nada más—él dijo, antes de buscar su cuaderno de jeroglíficos para conferir las anotaciones. Y subrayó: —Quiero ver si doy inicio a las investigaciones de ese caso del actor asesinado.

De súbito, el capitán tomó el interfono y llamó al jefe de investigaciones, el agente Fabián Pizarro, que estaba en otra sala.

Pizarro apareció. Era un negro alto y pesadísimo, con más de ciento y treinta kilos. Incluso cuando él caminaba con tranquilidad, el piso y las paredes del departamento temblaban. Usaba un bigote voluminoso igual a un astro de películas de Bombay, pero eso le daba un aspecto bizarro.

—¿Qué tenemos sobre el caso del actor?—el capitán le preguntó.

—Casi nada— Marcel informó. —La víctima fue avistada por última vez en el sábado por la noche, después del espectáculo, cuando salió del teatro y se fue a su casa.

—¿Espectáculo? ¿Qué espectáculo?

—Él había estrenado hacía poco tiempo un espectáculo en el Teatro del Chafariz—dijo Pizarro. —Una pieza que reproducía la vida de una cantante alcohólica...

—¿Ya la viste?

—No, jefe. No me gusta el teatro.

—¿Será que podemos oír todavía hoy a alguien de esa pieza?

—Tal vez uno de los actores. Me dijeron que Silvio Marcelino fue la última persona con quien la víctima habló, antes de salir. Yo lo conozco.

—Pregúntale si puede venir hoy aquí para ayudarnos con alguna información.

—Voy a intentar, jefe.

—Estaré ausente por una hora y media, no más que eso. Cuando vuelva, si tú has encontrado algún testigo, ya voy a iniciar la encuesta. Quiero acelerar eso, porque mañana toda la prensa caerá sobre nosotros como buitres.

—No tengas dudas—Sebas murmuró y se fue a la ventana. De allí, el escribano avistó al veterano Jesús Pérez tratando de las plantas con un cariño que bordeaba la monomanía.

El capitán Héctor se fue. Tomó el automóvil en el patio y partió en la dirección de los barrios nuevos, como si fuera a volver a su casa. Al llegar frente al edificio verde musgo de la maternidad, en la Calle Ponce de León, cruzamiento con San Jacinto, tuvo que parar porque la señal de control de tráfico dio rojo. Fue sorprendido por el chorro de agua en el parabrisas y por las manos agitadas de un niño blanco y de cabellos largos, portando un trapeador.

Héctor sonrió cuando percibió que el niño vestía la camisa verde de los Tigres del Rey.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una nota de veinte mangos. Bajó el cristal y entregó el dinero al niño que, acto continuo, salió saltando entre los carros.

El semáforo se abrió al verde y el capitán aceleró el coche. Se adentró a la Calle San Jacinto y se dirigió hacia el barrio Oscar Niemeyer. Conectó la radio. Paró en el dial de la Radio Tribuna porque estaba tocando una canción que él adoraba: Starman, de David Bowie. Para intentar relajarse, ensayó a cantar el refrán con su voz desafinada:

—*There's a staaaaaar-maaaaannnn waiting in the sky...*

Ni siquiera sabía por qué razón, pero empezó a reírse. Cantaba y ríase. Tal vez porque la canción le hiciese sentirse con una sensación de libertad. Hablaba de un hombre de las estrellas que esperaba por algo en el cielo. O quizá porque decía que todo iba a valer la pena. Era eso. No iba a joderse. Todo iba a valer la pena al final, el esfuerzo, el miedo, la angustia. Tal vez ríase para espantar a los fantasmas de aquel día. ¡Qué día!

Algunos minutos después, paró el coche frente a una gasolinera con el pretexto de que iba a llenar el tanque, pero en realidad era allí que había marcado el encuentro con el verdadero motivo de su felicidad. El motivo surgió sonriente. Salió del fondo de la petit dépanneur masticando un chimichurri y bebiendo una gaseosa en lata. Se cumplieron con un discreto apretón de manos. No se conversó nada hasta que llegaron con seguridad en el interior del vehículo, lejos de los ojos curiosos y de las cámaras de vigilancia.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien de bien.

—¿Qué se mueve?

—Nada de nada.

—¿Tardé mucho?

—Ñañe.

—¿Cómo fue la partida?

—Bueno.

—¿Vayámonos?

—Sí, ya.

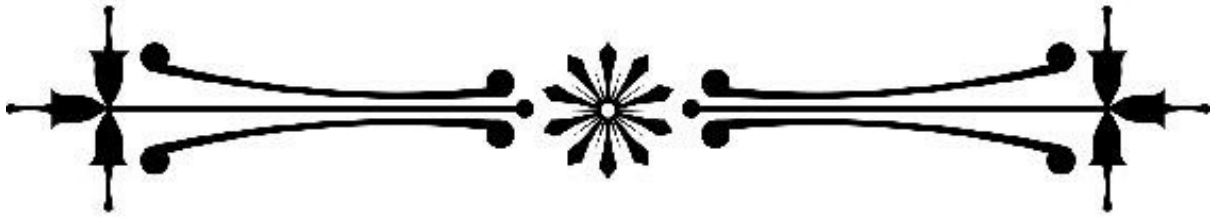
—¿Quieres ir a algún lugar nuevo?

—No. Vamos al de siempre.

Cuando los vidrios del auto subieron, ellos arrojaron al alto la formalidad y la timidez y se agarraron como luchadores voraces en un ring y se acariciaron con gestos fuertes como si se castigasen de forma mutua con puñetazos de boxeador. Después se entregaron en un beso demorado y sofocante, casi arrancando la respiración uno del otro.

Era en ese momento que Héctor Suarez renovaba sus fuerzas para continuar luchando por la supervivencia de esa pasión oculta. Renovaba la pretensión de nunca renunciar, a pesar de los obstáculos, a pesar de la barrera gigante de silencio y miedo que los separaban.

Continuaron en silencio hasta que el auto entrase en un motel y hasta que las puertas de la cabaña se cerrasen. Se quedaron allí por cuarenta minutos. Después salieron con los cabellos mojados y sonrisas indescriptibles en los rostros.



Erán casi cinco de la tarde cuando el capitán Héctor dejó el motivo de su actual felicidad en la misma gasolinera donde lo cogió. Se despidieron con un roce de labios que era un simulacro de beso. A continuación, el motivo desapareció en el interior de la tienda de conveniencia y Héctor se fue. Decidió no volver de inmediato al departamento de policía. Aún ha dispuesto unos treinta minutos para hacer algo que había planeado a la hora del almuerzo. Dio media vuelta con el auto y siguió hacia el barrio Villa del Sol. En el camino, llamó a Ada, la muchacha que cuidaba de su madre.

—¿Aló?

—Hola, señor Suarez.

—¿Cómo están las cosas ahí?

—Su madre salió para hacer compras en el colmado y el tipo quedase aquí. Llegó hace poco tiempo. Trajo un camión de bolsas. Mucha ropa, zapatos, tenis, gafas, todo comprado con el dinero de su madre.

—Estoy llegando ahí.

—¿Ahora?

—Ahorita.

—¡Ay, Madre de Dios!

—No te hayas preocupada. Voy a tener una simple charla con ese sujeto.

—¿Yo lo digo qué?

—No le hagas ni le hables nada. Ya llevo.

Héctor llegó en dieciocho minutos a la casa 415 de la calle Conquistador Hernán Cortés, en el barrio Villa del Sol. Tocó la campanita antigua. Ada, en la cocina, soltó las zanahorias que picaba para la cena y corrió con pasos apresurados hasta la sala. Cuando abrió la puerta, se

sorprendió con el aspecto jovial del capitán.

—¡Alabado! El capitán está guapísimo—ella dijo.

—¿Dónde está él?—Héctor indagó, mostrando los dientes en una sonrisa fugaz, sin entusiasmarse con los elogios de la muchacha.

—En la sala—ella indicó, recomponiéndose de su entusiasmo.

El capitán fue directo al rincón donde Jeison César Zapata Pabón, acostado en un sofá, asistía al canal deportivo. Héctor se admiró con el tamaño del gigante que encontró estirado en la sala: un metro y ochenta de altura distribuidos en una masa compacta de grandes pectorales, bíceps, tríceps, trapecios, glúteos y supinos.

—Hola—Héctor saludó a Jeison.

—Hola—Jeison respondió sorprendido, saltando del sofá. —¿Quién eres tú?

—Soy Héctor Errázuriz Suarez, hijo de Baena—el capitán le dijo. —Soy jefe del Departamento de Policía de Ludovica.

—¿Qué quieres?

—Quiero tener una charla amistosa contigo—Héctor dijo y se sentó en el otro sofá de la sala. Cruzó las piernas y sacó un paquete de cigarrillos del bolso. —¿Te molesta?

—No; siéntete cómodo—El Cholo dijo. Después empezó a explicarse: —Estoy aquí porque su madre me invitó...

—Ya sé del enamoramiento entre tú y mi madre—Héctor dijo y encendió el cigarrillo. —¿Puedo llamar de romance esa relación perniciosa? ¿O eso te ofende? Al final, ella es una señora carente...

—Tengo un cariño especial por su madre—el muchacho intentó defenderse.

—¡Sin bromas, por favor!—Héctor protestó. —¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto?

—Sí. Dime cuánto quieres para huir... Te doy cinco mil dólares y un pasaje a donde quieras irte—dijo Héctor, dando énfasis a cada palabra. —Cualquier lugar, incluso el exterior...

—No sé de qué estás hablando...

—No te hagas de desentendido—el capitán se levantó. Tomó el control y apagó la TV. —Cinco mil dólares es un dinero razonable. ¿Sabes cuánto es eso en pesos de Santabella, no lo sabes?

—Sí, lo sé, claro. No soy tonto—Jeison retrucó. A continuación, con aire desafiador, sacó el mando a distancia y volvió a conectar el televisor. Sintetizó otra vez en el canal deportivo. —Pues, ¿quieres que yo desaparezca del mapa?

—Sí, lo más breve que consigas—el capitán asintió y arrojó el cigarrillo en el cenicero que estaba encima de una mesa de cristal. —Tú eliges de qué mapa deseas sumir: si del mapa de la ciudad, de la provincia o del país. Sin dramas, sin vela ni velorio. No será difícil para ti desaparecer de la vida de mi madre. ¿Ya no lo hizo eso una vez? Hace otra. Pero esta vez no tienes que robar nada.

—Esa fue la propuesta más indecente que ya recibí en toda mi vida—el muchacho dijo, levantándose.

—¿En serio?—Héctor caminó hasta el tarajalludo. Levantó la camisa y el cinturón de tal manera que Jeison pudiera ver la pistola en la cintura.

—Indecente es lo que tú haces con las mujeres mayores como mi madre. ¿Sabías que eso es un crimen? Este tipo de estafa puede ser clasificado como violencia financiera contra personas mayores. Es probable que nunca hayas oído hablar de que existe un estatuto que protege a los

ancianos en nuestro país... Sabes que puedo arreglarlo ahorita, ¿no lo sabes?

—No estoy explorando a su madre —Jeison dijo, ignorando la visión del Taurus en la cintura de Héctor. —Su madre me paga por el servicio que le presto. Ella sí es que me explora sexualmente. ¿Sabes cuántas singadas ella quiere por la noche? Su madre es una vieja insaciable. Transpira sexo por todos los poros, no piensa en otra cosa.

—Vamos a mantener la ética y la discreción en nuestra charla, por favor—el capitán dijo, riéndose, tratando de ocultar la vergüenza que sentía al oír esas frases sobre el comportamiento lascivo de su madre. —No se debe hablar mal de los clientes delante de otras personas...

—Su madre me desea...

—Tú tienes dos opciones, cabrón: quitar o rechazar mi oferta—Héctor lo interrumpió y se fue a la puerta. —Te aconsejo que la quite, porque, te crees, no volveré aquí con este espíritu humanitario otra vez...

—¡Ten calma!—Jeison le pidió. —Vamos a continuar nuestra cháchara.

—No tengo más que platicar contigo—el capitán se quejó y puso la mano en el trinquete.

—¡Diez mil!—el chico propuso de repente. —Diez mil dólares y un ticket a Bogotá. ¿Qué tal?

—Es mucho—Héctor retrucó. Después sonrió: —Por esa cuantía un colega de la Policía Nacional te apaga de la faz de la tierra sin dejar rastro. No se quedará ni tu radiografía. Sería un valor mejor empleado.

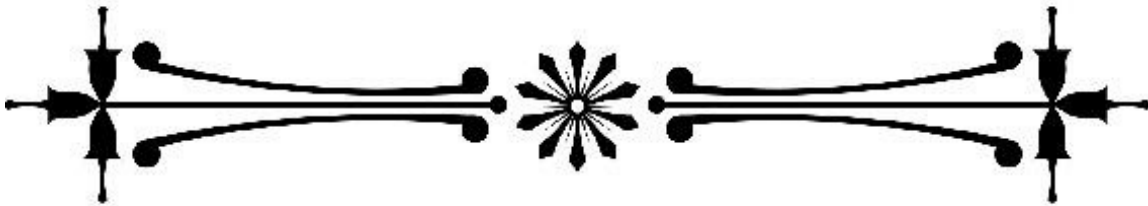
—Ocho mil—Jeison dijo.

—Seis mil— el jefe de policía sentenció. —Como te dije, es quitar o rechazar. Y hay algo más que quiero decirte: si tú cuentas a mi madre que yo estuve aquí y te hice tal propuesta, nuestro trato estará automáticamente deshecho... Y de inmediato tú ganarás un enemigo fidelísimo.

—OK, seis mil dólares y el ticket a Bogotá— Jeison dijo.— ¿Cuándo lo recibo?

—Voy a buscarte para arreglar todo hasta el viernes—Héctor dijo. —Te lo mando un mensaje.

El capitán hizo un gesto simpático que podía ser interpretado como *OK, all right*, algo así, y salió. Jeison Pabón corrió hacia el teléfono y llamó a alguien tan pronto como la puerta se cerró.



El capitán Héctor logró regresar al departamento alrededor de las cinco y media de la tarde, un poquito después de lo que predijo. Estacionó el auto en el patio, intercambió dos o tres palabras con Jesús Pérez y fue directo a su sala, donde el escribano Sebas y el agente Fabián Pizarro lo esperaban con novedades sobre la muerte del actor Pedro Maldonado Garcés.

Pizarro había localizado Silvio Marcelino, la última persona con la que Maldonado había hablado poco después de la presentación del espectáculo en la noche del sábado.

Silvio Marcelino no poseía ningún atributo físico destacable: tenía un rostro común, una estatura mediana, no era ni gordo ni delgado y usaba un peinado convencional, más adecuado para un bancario que para un actor. También no tenía ningún tatuaje que despertase la atención de los transeúntes, ni tampoco anillos o tornillos en la nariz que le diesen un aire más agresivo. Si alguien pidiese que lo describiese con una sola frase, le cabría bien el último verso de una canción compuesta por dos músicos brasileños, Marisa Monte y Erasmo Carlos: «soy uno más en la multitud». De hecho, Silvio no poseía ese brillo especial que los artistas ostentan de modo natural. En realidad, su sueño era ser funcionario público y solía confesar que hacía teatro por hobby. En la pieza Yo Soy Ella, él interpretaba a Du, primer amante del personaje título (vivido por Pedro Maldonado).

Mientras Pizarro había revuelto cielos y tierra para localizar y traer a Silvio Marcelino hasta el departamento, Sebas se había concentrado en el análisis de las decenas de fotos que componían el álbum que había encontrado en el apartamento de Maldonado. El escribano estaba excitado con la posibilidad de probar su tesis freudiana para el asesinato. Por eso, en la última hora y media, no hizo otra cosa que comparar las imágenes de los chicos desnudos del álbum con la lista de los forajidos y de los criminales más buscados de Ludovica y adyacencias. Cada vez que percibía alguna semejanza entre uno y otro perfil, separaba y grapaba las fotos lado a lado. Ya había una montaña de esas semejanzas sobre su mesa.

El escribano casi tuvo un regocijo—gritó dos veces «¿no le dije?» —cuando Silvio Marcelino, al iniciar su testimonio, confirmó que Pedro Maldonado solía relacionarse con bugarrones y piperos con arraigada frecuencia. La afirmación corroboraba la idea freudiana defendida por Sebas: la de que el asesino podría ser uno de esos mozos del álbum— uno que no aceptaba (o que en el íntimo se rebelaba contra) los impulsos homosexuales activos o pasivos que sentía, aunque recibiese dinero para practicar el acto.

En la noche del último sábado, día ocho, según Silvio Marcelino, tan pronto terminó el espectáculo, alrededor de las diez de la noche, Pedro Maldonado dejó el teatro en la Plaza del Chafariz y se dirigió a su apartamento en el Valle de las Cascadas. Los dos habían conversado rápidamente en el camerino.

—Él estaba muy animado y dijo que iba a arreglar un enlace aquella noche —contó Marcelino. —Decía que tenía suerte cuando la luna estaba menguante. El domingo, sin embargo, Maldonado no apareció para hacer la sesión matiné y los pocos ingresos vendidos tuvieron que ser devueltos. Era tan común que él faltase a los espectáculos y desapareciese sin dejar pistas que nadie se preocupó de llamarlo para saber si estaba todo bien.

Marcelino contó que los miembros del elenco se concentraron en el camarín, vistieron las ropas, hicieron el maquillaje y esperaron por el actor principal hasta quince minutos antes del horario marcado para el inicio de la sesión, que era cinco de la tarde.

—Los domingos no hacíamos sesiones nocturnas—dijo Marcelino—porque la seguridad del área es precaria y nadie decente o de buen sentido aparece por allí después de las seis.

De modo que la ausencia de Pedro Maldonado fue dada como un hecho normal y todos se fueron. Hasta el lunes por la mañana, nadie se había preocupado por su falta. Después del mediodía fue que se percibió que había algo extraño.

—Él no apareció para almorzar en el Restaurante Libélula, en la Plaza del Chafariz. El almuerzo del lunes era sagrado. Con lluvia o con sol, él aparecía. Era para decir al mundo que estaba vivo, para lavar el alma con una fría y poner el chisme al día con las mariconas, sus amigas.

Silvio finalizó diciendo que supo de la muerte del amigo a primera hora de la tarde, cuando el hecho ya era noticiado por las emisoras de radio. Declaró que no tenía información sobre quién podría haber cometido el crimen.

Todo esto fue resumido por Sebas en una página y media que él concluyó con la praxis: «nada más dijo ni le fue preguntado, pasando a la Autoridad a mandar cerrar el presente término que va firmado por el jefe de este departamento de Policía, por el deponente y por yo, Martin Sansebastian, escribano que lo firmó».

Después de encerrado el protocolo, con la lectura y la firma del término, Marcelino se preparaba para salir. Sebas le pidió un minuto de atención y lo llevó a la mesa donde había separado las fotografías encontradas en el apartamento de Maldonado. El escribano preguntó si el actor conocía a alguno de esos chicos. Marcelino tomó las manos un puñado de fotos. Su vergüenza era visible.

—No conozco a ninguno de ellos—él mintió en un murmullo.

Sin embargo, con ligeros toques con uno de los dedos, Marcelino seleccionó cuatro fotografías en especial y las entregó al escribano. Él comprendió el gesto. El capitán Héctor, por el contrario, no lo captó, porque estaba con el pensamiento distante.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?—Héctor se volvió hacia Marcelino de rampampán.

—Sí, quédate cómodo.

—¿Podrías conseguirme una copia del texto del espectáculo?

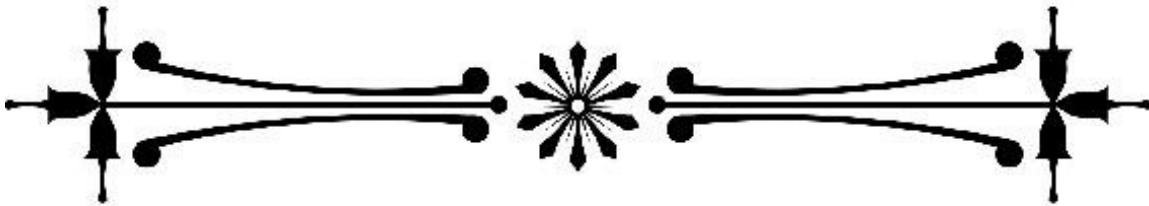
Sebas miró al jefe con una cara de espanto, como quien indagaba: ¿cuál es la utilidad de eso en la investigación?

El joven actor, sin embargo, sonrió.

—Claro, tengo una aquí—dijo y metió la mano en la bolsa que traía cruzada al hombro. Sacó de ella un paquete de hojas amarillentas, carcomidas y repletas de garabatos; se las entregó al jefe de policía.

—Gracias—el capitán dijo y arrojó el texto encima de su mesilla.

Eran las seis de la tarde cuando Marcelino dejó el departamento. Ya había un batallón de reporteros y fotógrafos esperando por él en la calle. No habló con nadie. Se puso las gafas oscuras y caminó altivo hasta el coche estacionado debajo del cinamomo. El sol iba desapareciendo en las sierras de color gris marengo alrededor de Ludovica. El azul del cielo ya había cedido lugar a un amarillo anaranjado, un púrpura casi sangre, casi divino. «Qué lunes desgraciado», Marcelino pensó y partió.



tan pronto el actor salió, el capitán Héctor Suarez fue hasta el armario sin puertas donde se quedaba una montaña de periódicos, magazines y libros rotos. Empezó a tantear en el burujón de ejemplares de La Voz del Pueblo. Excluyó de su búsqueda el mes de diciembre. Fue directo a noviembre, hasta llegar a principios de octubre y encontrar lo que buscaba.

—Aquí está—le dijo al escribano.

—¿Qué es?

—La última entrevista del actor Pedro Maldonado Garcés concedida al reportero Tomás Wallace. Fue domingo, 07 de octubre de 2012.

—Disculpe mi ignorancia, pero ¿cuál es la utilidad de ese periódico y del texto del espectáculo para la investigación?—Sebas le dijo, no conteniendo su curiosidad

—Quiero conocer mejor a la víctima—el delegado respondió.

—¿Y cómo espera conocerlo apenas leyendo un texto teatral?

—Si él escribió eso, debe tener rastros de su personalidad. Conociéndolo mejor la víctima, puedo identificar algunas de sus costumbres, manías y actitudes.

—Ahora me parece que quien fumó marihuana estropeada fue usted—Sebas sonrió e y regresó a su escrutinio de las fotografías con los chicos desnudos.

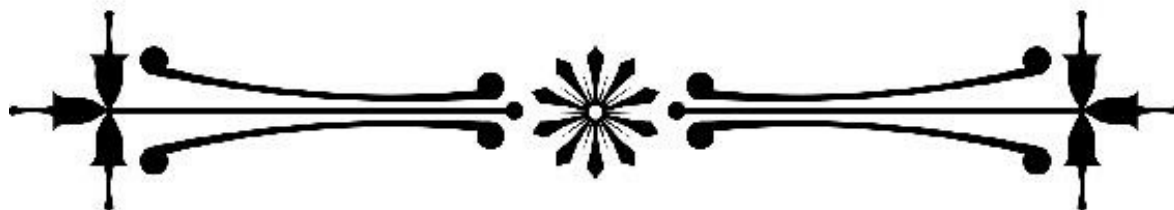
Héctor se sentó, se sirvió de una taza de café y abrió el periódico en el suplemento de cultura. Tomó el lápiz y un cuaderno para hacer anotaciones.

LA VOZ DEL PUEBLO

CINCUENTA Y SEIS AÑOS REGISTRANDO NUESTRA HISTORIA

Ludovica, domingo, 07 de octubre de 2012.

Año LVI. Número 19.908.



CUADERNO DOS

TEATRO

EL LOBO SOLITARIO

Reportero: Tomás Wallace.

Fotos: Luciano Pedrosa.

El más polémico, amado y odiado actor del teatro ludovicano está de vuelta. Después de un año recogido en su granja, en medio de sus chivos, gallos, gallinas y conejos, él resurge un poco más prudente, pero siempre listo para atacar y contraatacar con sus espolones y venenos. Totalmente embelesado con su nuevo espectáculo (que estrena a finales de este mes) y preparándose para lanzar su autobiografía (titulada La Llaves de Pedro), el actor y director Pedro Maldonado recibió el equipo de La Voz del Pueblo en una tarde gris, sentado en una silla en estilo colonial de una sala del Teatro del Chafariz. Él habló sin recato sobre su libro, su retiro voluntario, los amores y desamores y, es obvio, sobre su gran fascinación: el teatro.

En una conversación relajada, regada a café, té de canela y rosquillas de coco, Maldonado reveló casi todo. Apenas un tema ha sido prohibido: nombres. «Yo te diré el milagro, el santo se quedará para después», él subrayó. Otro tema que no le gusta es hablar de la edad. «Tengo los años de mis personajes», rebatió muy pronto.

Acompañe a continuación la entrevista sin cortes, ya que esa era la condición inexorable para que él nos recibiese y hablase sin papas en la lengua.

—Uno, dos, tres...

—¿Ya estás grabando?

—Sí. ¿Puedo empezar?

—Puedes.

—Cuéntame de su novísimo espectáculo. ¿Es un musical?

—Como siempre. Esa es mi playa, mi puerto seguro. Es en donde me siento a gusto. Un día, quien sabe, subiré en un escenario para interpretar a Shakespeare, Moliere, Esquilo. Por ahora, no. Este nuevo espectáculo es una colcha de retazos. El texto se basa en la vida de Edith Piaf, pero no puedo decirlo así de modo tan explícito. Durante toda la pieza, el personaje principal se trata de dos maneras: a veces como Ella, la Diva; otras veces como Moinelette, que es un nombre en francés para una especie de gorrión. Es una broma, porque el nombre Piaf también designa un pájaro. En resumen, es la historia de una mujer que destruyó su vida en la lucha desenfadada por amor y aceptación. No es eso, pero ponga eso que se ve bonito, aparenta que soy leído y escrito.

(Carcajadas).

—¿Ese personaje no tiene un poco de ti?

—También. Pero no es sobre mi vida. Es sobre la vida de Edith Piaf con elementos de ficción. Las cosas se confunden un poco porque hay rasgos similares de la trayectoria de Piaf y la mía. Nosotros siempre hemos sido marginados. Y nacemos con la marca de la tragedia musical clavada en nuestro destino. En fin, como yo la interpreto, las cosas se confunden. Al final, el espectáculo se llama Yo Soy Ella.

(Él ríe nuevamente una risa de burla).

—¿Por qué Piaf? La música latina tiene tantas divas que merecían ser homenajeadas... Rocío Dúrcal, Celia Cruz, Mercedes Sosa, Violeta Parras, Jeni Rivera...

—Lo sé, pero a mí me gusta la lengua de Moliere. También muchos amigos me escuchaban cantar canciones de la diva francesa y decían: ¿por qué no escribes algo sobre ella? Creo que ha llegado la hora. Me siento listo.

—Algunos actores y directores dicen que su teatro no es popular; es burlesco, carnavalesco, populista.

—¿Es lo que dicen?

—Sí.

—Qué bien. Porque eso es lo que hago: un teatro populista, porque el pueblo lo comprende. Shakespeare era popular en su siglo, pero hoy es clásico. En realidad, a mí me gusta esta cosa muy popular, carnavalesca. Aunque hoy estoy optando por un lenguaje más rebuscado. No lo sé por qué molesto tanto los falsos intelectuales de Ludovica. Con sinceridad, no me interesa el tipo de teatro que ellos hacen. Simplemente los dejo en paz. Quería que hiciesen lo mismo conmigo. Dejarme con mi teatro para albañiles, mucamas, plumíferos y jineteros.

—¿Prefieres mostrar su trabajo para ese público que para un público más culto?

—Yo no elijo el público. El público es quién me elige. Además, Ludovica no posee eso que tú llamas un público más culto. Nuestra ciudad poseyó una élite intelectual, pero esa ya no existe más hace mucho tiempo.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando los perros se amarraban con longanizas. Era un público que estudió fuera, en México, en España, en los Estados Unidos, que tuvo contacto con otras culturas, los hijos de los latifundios, los verdaderos ricos. No lo sé. Tú debes hacer tal pregunta para algún sociólogo. Apenas sé que cuando yo era joven, cuando estaba empezando una carrera en el teatro, todos sabíamos a quién llevar un espectáculo. Hacíamos una temporada de tres días en el Teatro del Chafariz y ya sabíamos por anticipado quién eran las familias que ocuparían los camarotes y las que comprarían lugares en el gallinero. Antes de la pieza estrenar, ya habíamos agotado al menos dos sesiones. Y esas personas no solo compraban los tickets, pero iban a ver de hecho el espectáculo. Hoy no existe más eso. Este público desapareció. Quien mete los pechos y monta un Hamlet o un Moliere va a quedarse a las moscas. Por eso yo prefiero mi teatro burlesco y populista, porque necesito ganar la plata para sobrevivir. Yo sobrevivo de manera casi exclusiva del teatro, gracias a papa Dios.

—¿Quién es el público que va al teatro hoy?

—Es poquísimo. Casi nadie. Quien debería ir, no va. Es triste decir eso, pero es verdad. Nuestros artistas e intelectuales solo tienen pose. Hay raras excepciones, pero la mayoría no frecuenta exposiciones, piezas y saraos. Tales iluminados prefieren quedarse en el bar, tomando un lavagallo.^[51] Los estudiantes secundarios y universitarios tampoco van al teatro, apenas andan a regurgitar una especie de cultura de sobaco. ¿Sabes lo que es? ¿No lo sabes?

—No hago idea.

—Es cuando uno desfila de la Vila del Conde hasta al Mata-Mata con un ejemplar de Ulises bajo el sobaco apenas para impresionar a los amigos. De vero, no leyó, no está leyendo ni nunca leerá a James Joyce. A lo sumo, leyeron unos paquitos.

—La típica cultura de almanaque, aquella que se repite tal cual un verbo.

—Eso. Así también sucede con el teatro. Muchos actores y directores van a Nueva York, Madrid y Ciudad de México, y después vuelven a Santabella diciendo que asistieron a tales y tales espectáculos. Grande mentira. En la realidad se quedaron en una discoteca cualquiera, tomando daiquiris y pescando pingüeros y sacaleches.

—¿No estás exagerando?

—No. Y no intentes cortar o cambiar eso que he hablado. Transcriba de manera literal.

—Sí, no voy a cambiarlo. Puedes relajarte. ¿Y esa decadencia del público crees que sucedió por qué razón?

—Ya te dije que no soy sociólogo ni historiador. No sé qué decirte. Otra cosa: dejé de hacer espectáculos para la llamada intelectualidad cuando opté por el espacio del Teatro del Chafariz. Esta casa siempre ha sido un poco despreciada por la propia clase artística. Quien es chic monta espectáculos en el lujoso Teatro Ludovica, ubicado en Le Corbusier, que es el paraíso. Algunos camaradas se quedaron horrorizados porque, según ellos, al elegir el viejo teatro como refugio para mis piezas, yo me mezclaba con el bajo meretricio. Fue cuando resolví que me mezclaría aún más. Mi opción de vida fue esta. Hacer teatro para los descamisados en un escenario decadente.

—¿Y quiénes eran esos camaradas?

—Murieron casi todos. El tiempo se encargó de barrerlos. Si no murieron de verdad,

murieron espiritualmente.

—Tú has dicho que los artistas de Ludovica no frecuentan exposiciones, saraos y piezas de teatro. ¿Y tú? ¿Has visto lo que otros producen?

—¿Quieres mi opinión honesta? La respuesta es: «nananina». No soy hipócrita de decirte que vi sin haber visto. Me he olvidado del mundo. Ni mismo leo La Voz del Pueblo para no saber quién murió. Resolví desligarme de la vida local. Estoy extenuado y sin paciencia para nada. Estoy pensando en hacer análisis. Luego yo que siempre fui bien resuelto, ahora necesitaré de un sujeto para decirme por qué estoy temblando las piernas. En verdad, voy a confesarte: yo estaba fuera de mis quicios, me tenía el coco echando humo.

—¿Nunca te tomaste unas vacaciones? ¿En serio?

—Tenía miedo de parar y no conseguir volver. Empecé en ese negocio hace más de treinta años y nunca paré. Tenía una necesidad impositiva de trabajar. Enmendaba una pieza en la otra, sin intervalo. Viajé unas veces, me di un salto aquí y otro allá, pero nunca dejé de respirar teatro. Como ya debes haber percibido, soy un poquito neurasténico. En verdad, no soy un poquito; soy completamente neurasténico.

—Pero tú has decidido dar una pausa, una parada...

— Ah, fue un autoexilio no forzado...

—Hablabamos de eso tema más adelante. Ahora quiero su opinión sobre los jóvenes directores que están surgiendo aquí en Ludovica. ¿Tú no lo sabes nada de nada sobre ellos?

—Intento ver algunas cosas de esos nuevos talentos. El problema es que tengo una cabeza cada día más inflexible. Escriba así, tal como te lo dije: cabeza inflexible. No lo intentes cambiar para cabeza dura, porque puede aparentar que soy un comejiña.^[52] A veces me iba a ver los espectáculos de esos muchachos y solo tenía aburrimiento. Era tanta pariguayada^[53] que yo me sentía como quien come de lo que pica el pollo. Cierta vez he visto un espectáculo titulado El Prodigio que hasta hoy no sé de qué se trata, no sé determinar dónde fue el comienzo, el medio y el fin. Me dijeron, o leí en un periódico, no me acuerdo, que era una nueva lectura de El Mágico Prodigioso, la comedia clásica de Calderón de la Barca. Me quedé con cara de un puto pajillero. ¿Eh? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Por dónde le entra el agua al coco? Hay quien cree que dejar el público en esa vaina es una osadía, algo inédito, tan moderno como la catapulta y la garra de Arquímedes. Eso me parece una grande mierda, ni chicha ni limonada. El cliché es pobre, lo sé, pero es lo que me ha ocurrido ahora para nominar lo horror que estos señores hacen con el público (y en este caso en particular, con un clásico de Calderón). Por eso yo prefiero no irme a esas funciones ultra modernistas. Si soy invitado formalmente por unos, les doy una justificación cualquiera y no voy. Prefiero ver una película en casa o tomar una fría que salir para ver un no sé qué que me dejará con cara de mujol.

—¿Y el nivel de los actores aquí en Ludovica?

—Por lo que vi, no ha surgido ningún talento que me despertara el interés. En realidad, he visto mucho papichulo egocéntrico tratando de imitar a Marlon Brando y mucha mariquita queriendo ser Vivian Leigh. Y también gente gritando con timbales. ¡Dios, cómo gritan! ¡Cómo se agotan! Parece que están representando para una platea sordomuda. Lo siento, pero no nace un verdadero actor a cada día. Aquí hay muchos gritones.

— ¿Y su vida fuera de los escenarios?

—No es fácil. Detrás de las cortinas, la vida es menos exuberante. En 2010 perdí a mi viejo. Él tenía noventa años, pero todavía era muy lúcido cuando murió. Y un año después mi madre

también partió. Ahora estoy solito. Fueron dos mameyazos de una vez. Y, en los últimos días, me quedo más neurótico y solitario. Me siento satisfecho con los diminutos regalos que la vida me ofrece. Cotillear con mis bichos, por ejemplo, ha ganado una importancia inconmensurable para mí. Vale mucho más que una cena en un lugar sofisticado.

—¿Y esa soledad te llevó a sacar algunas conclusiones?

—Sí. De qué orgullo y vanidad son estupideces. Hay un proverbio budista que es lo siguiente: quien se entrega a la vanidad y no se entrega a la meditación, con el tiempo envidiará al que se esforzó en la meditación. Perdí la jactancia por completo. Algunas veces me parezco pedante, pero es por autodefensa, créame.

—Recuerdo que una foto suya provocó grande controversia en el medio artístico...

—Sí, es verdad. Una destacada figura del mundo teatral me criticó con ferocidad porque cierto reportero de La Voz del Pueblo publicó una foto donde yo aparecía como se fuera una matrona, sentado en un trapi-shopping^[54] que tiene aquí frente al teatro, con unos pantalones cortos, camiseta rota sin manga, vaso de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Esa estrella me dijo que yo era un símbolo del arte ludovicano, un icono, y que yo no debería rebajarme al punto de sentarme en un lugar de mala fama con una cerveza en la mano. ¡Ah, vayan a la mierda! ¡No soy icono de nadie! Soy un operario y adoro bar, me encantan la cerveza y el cigarrillo.

—¿Crees que la ciudad todavía te ve como alguien que hace una especie de teatro marginado?

—Ñañe. Una cosa es tocar con guitarra y otra cosa con violín. Vamos a separar las cosas. La ciudad de Ludovica es muy benevolente conmigo. La mayoría de los reporteros me ama. Las putas me idolatran. Los maricones me imitan. El joven actor en el principio de su carrera me tiene como ejemplo. El empresariado me apoya en la medida de lo posible, incluso porque yo les molesto muy poco. No soy una amenaza a nadie. No hago teatro para moverse con el orden social vigente. No es mi objetivo. Si un día decidir qué tengo que hacer política, por una cuestión de supervivencia o de autodefensa, será en otro nivel. Ahora, no puedo negarte que hay unos falsos intelectuales que no me toleran. Sin embargo, se ven en la obligación de admitir que soy una referencia incuestionable en los artes locales, debido al trabajo que desarrollo hace más de tres décadas. Eso no es una ñeca cualquiera: ¡tres décadas! No pueden borrar mi historia. A la verdad, les gustaría que yo no existiera. Pero no pueden desaparecer conmigo, a menos que me maten. Yo, acá de mi rincón, comprendo ese comportamiento. Es aquella cosa de la envidia, de los celos, de la mentalidad rastrera de una ciudad pequeña, de una filosofía mezquina de que para que uno tenga un lugar al sol es preciso derribar quien esté brillando a su lado. Es una pena que esa sea una cultura tan arraigada aquí en Ludovica. ¡Y como!

—¿Ya has sufrido algún tipo de boicot?

—Voy a intentar dimensionar esa palabra boicot para responderte con más propiedad tu pregunta. Hagámoslo. En un contexto amplio, no, nunca sufrí. En el contexto parroquial, mezquino, pequeño, ese sí. Prefiero dar un ejemplo. La alcaldía de Ludovica creó hace unos meses una secretaría para promover la cultura y nombró a un grupo de artistas para tocar los proyectos de ese nuevo órgano. Parece una buena cosa, ¿no? Seguro que sí. Sería perfecto si ese grupo nombrado no privilegiase meramente los proyectos de aquellos que beben un petacazo en el mismo vaso o que dividen un mismísimo tupamaro.^[55] En la actualidad, si tú no fumas el vegetal con esa gente a las cinco de la tarde en el Callejón de la Cuarentena, o si no come unos quipes y toma chispa de tren^[56] con los comecandelas^[57] en la Vila del Conde, no tendrás un proyecto

analizado por ellos de ninguna manera, se va a mofar en un cajón. El nuevo órgano siquiera debería ser llamado de Secretaría de Asuntos Culturales y Manifestaciones Folklóricas, pero de Camarita Secreta de la Marihuana, cuyo jefe y mentor es el propio secretario escogido por el alcalde.

—¿Puedo publicar de esa manera?

—Con todas las letras. Apenas no digo nombres y apellidos para no sufrir proceso. Tengo horror a policía y tribunales. Además, los comecandelas de la camarita tienen una cabeza muy subversiva y peligrosa, son capaces de todo. Pero, no te preocupes, todos van a saber de quién estoy hablando. Está en el subtexto. Les gustaría muchísimo, pero no pueden atacarme de modo frontal porque los tengo a todos en mi bolsillo. Todos ya comieron de mi sopa y de mi pan y también bebieron de mi cerveza.

—Ya que hablaste de boicot, policía y tribunales, ¿qué estabas haciendo cuando irrumpió el golpe militar de 1965 y también cuándo derrocaron al presidente León Caldera en 1980?

—Cariño, en 1965 yo era muy joven. ¿Quieres que revele mi edad, no es eso? Estoy viendo una trampa en su pregunta...

—No. Solo quiero que tú me cuentes un poquito de esa época, como era hacer teatro en esos tiempos difíciles aquí en Ludovica. En la capital, lo sé, hubo una pieza prohibida. ¿Aquí también?

—Reforzando: yo era muy joven en 1965. Estaba iniciando en el teatro y participaba de un grupo del director Ulises Miguel. Él usaba una artimaña para engañar a los verdugos de la censura que iban a los ensayos para determinar lo que podía ser exhibido o no. Ulises desarrolló un truco: él pedía que los actores no diesen ningún énfasis a los fragmentos de la pieza que pudiesen resultar en algún tipo de prohibición o corte. Si alguien tenía que decir algo como «la clase operaria no soporta más tanta opresión», decía eso sin interpretar, casi murmurando, sin realzar. Los censores veían el texto escrito, es obvio, pero no daban importancia porque eso pasaba sin mucho destaque. En la noche del espectáculo, sin embargo, Ulises pedía a los actores que gritasen las frases con toda la fuerza que sus pulmones podían.

—Era una buena táctica.

—Sí, pero solo funcionaba en el estreno. Al día siguiente, los verdugos volvían al teatro y censuraban la pieza.

—¿Sucedió algún otro incidente curioso en esa época?

—Me recuerdo de uno que sucedió justamente con Ulises y que sería cómico si no fuera trágico. Él estaba ensayando *Las Manos Sucias*, de Jean-Paul Sartre, que había estrenado en 1948 en el Théâtre Antoine, en París. Pero lo que íbamos a representar no era el mismo texto escrito por Sartre. Como siempre, Ulises había cambiado diálogos, agregado personajes y situaciones al azar. La trama se pasa en un país ficticio llamado Iliria, entre 1943 y 1945. Trata del asesinato de un líder político comunista. Así como sucede en *Crónica de una Muerte Anunciada*, de Gabriel García Márquez, la identidad del asesino ya es conocida desde el principio de la pieza. No hay secreto a ser revelado. El suspenso resiste en saber cuáles son las razones que motivaron el crimen y también la relación entre el asesino (un joven idealista llamado Hugo) y la víctima (el líder radical comunista Hoederer). Días antes del estreno, Ulises Miguel fue llamado en el cuartel del ejército para explicar a los censores los motivos que le llevaron a montar ese texto con altísima carga política. Yo, que era muy atrevido, fui junto con Ulises. Tenía interés en saber cómo era un interrogatorio de la censura. Siempre veía los censores en los ensayos, pero esta vez la entrevista sería en el cuartel. Ellos le preguntaron a Ulises: «¿Tú lo sabes quién es Jean-Paul Sartre?» Y Ulises les respondió, riéndose: «Es un gran filósofo y escritor francés». Ellos le

preguntaron: «¿Y sabes cuál es su posición política?». Y Ulises: «Lo sé perfectamente». Los militares demostraban que habían leído la pieza. Y ellos destacaron un trecho donde el personaje Hoederer, en una conversación con el joven Hugo, decía: «¡Cómo tú aprecias tu pureza, hijo mío! ¡Qué miedo tienes que ensuciar las manos! ¡Pues bien, quédate puro! ¿Quién es el que aprovechará con eso, y por qué viene a meterte con nosotros? La pureza es una idea de faquir y de monje. Ustedes, los intelectuales, los anarquistas, la utilizan como un pretexto para no hacer nada. No hacer nada, quedarse inmóviles, apretar los codos contra el cuerpo, usar guantes. Porque tengo las manos sucias. Hasta los codos. Las sumergí en la mierda y en la sangre. ¿Y después? ¿Imaginas que se puede gobernar de manera inocente?» El joven Hugo mata a Hoederer y es arrestado. Tiempos después, él es liberado de la cárcel y busca a Olga, una militante del partido. Pero la política partidista había cambiado radicalmente. La imagen de Hoederer cambió de traidor a la de héroe. Por eso el asesino (Hugo) pasa a ser un estorbo que debería ser borrado de la historia. La cúpula partidista impone una condición: que él vaya a vivir en la clandestinidad. Hugo, sin embargo, no acepta la propuesta y dice: «Yo no sé por qué maté al Hoederer, pero sé por qué debía haberlo muerto; porque él imponía una mala política, porque minaba a los camaradas y porque hacía el Partido correr riesgo de pudrirse. (...) En la cárcel, creía que ustedes estaban de acuerdo conmigo, y eso me daba fuerzas; ahora sé que nadie piensa como yo, pero no cambiaré de opinión a causa de eso». Yo me quedé perplejo porque los censores escogieron ese trecho lleno de significados y críticas. Es decir, los casquitos del Ejército estaban tan por dentro de la pieza de Sartre que fue imposible engañarlos. Alegaron que la historia favorecía a Cuba y mandaron que Ulises la guardase en el fondo del baúl.

—¿Y qué has pensado de ese episodio?

—Como actor, me quedé muy frustrado.

—¿Por qué?

—Porque yo interpretaría al joven asesino Hugo. Sería el mejor papel de mi vida. Y ellos me robaron ese sueño, después de horas sin dormir, decorando esos diálogos inmensos, ensayando días y días sin descanso... Pero también me pareció un episodio gracioso. Yo tenía la idea de que todos los censores eran indoctos. También ya había escuchado la leyenda de que un grupo de censores en Cocomiel había decidido arrestar a Sófocles. Llegaron al teatro donde un grupo de estudiantes presentaría a Edipo Rey y preguntaron al director: «¿Dónde vive ese comunista llamado Sófocles?» Y, para risa de todos, el director habría respondido: «En algún cementerio antiguo de Atenas». Obvio que era una broma para desmoralizar a los militares, pero se divulgaba eso en los medios artísticos con tanto énfasis que parecía la más pura de las verdades.

—Bueno, has hecho teatro en la época de la dictadura por mucho tiempo...

—En 1980, cuando el general Vicente Salvador Jiménez derrocó al presidente León Caldera, en aquello error melodramático de la historia de Santabella, ya me había convertido en director. No seguí los pasos de Ulises Miguel, que era un tipo muy polémico y muy politizado. Quería hacer teatro por teatro, así como así. Creo que eso, por sí solo, ya es un acto político. No es necesario hacer un mitin. Pero algunos colegas entendieron esa mi actitud como una traición y me persiguieron como si fuera yo un traidor, un vendido a los golpistas del general. Así, con el fin de la dictadura, pasé a ser patrullado por los nuevos comuñangas, que son los mismos que integran la Camarita Secreta de la Mariguana. Pero quien me patrullaba por mi falta de ideología revolucionaria, hoy está mamando en las tetas de la alcaldía de Ludovica y no quiere ni saber el color de la vaca, si es azul o roja. Mamando y sobreviviendo a costa de eso. ¿No es gracioso?

—¿Quiénes son esas personas?

—Ya fueron personas interesantes, pero hoy son momias empodrecidas, muertas vivas, que exhalan olor de catacumba y pachulí por donde pasan.

—¿Y tú quién eres?

—Yo sigo siendo Le Loup Solitaire du Théâtre que, una vez u otra, habla algunas cosas que sacuden a todos. Estoy lejos de ser una muerta viva.

—¿Crees que esos artistas comuñangas, como tú los llamas, todavía te ven como la boca maldita del teatro en Ludovica?

—Aquellos de cabezas tontas me temen porque creen que yo ofusco sus débiles destellos. Ya aquellos de cabezas inteligentes y coronadas, no. Ellos me respetan.

—¿Y la historia de su autoexilio?

—He dos años decidí cambiar mi vida. Con la muerte de mi padre, heredé un pedazo de tierra...

—¿No era una granja?

—Prefiero llamarla de pedazo de tierra. Mi madre estaba muy viejita para cuidar de eso. Así decidí convertirme a productor rural por un tiempo. Fue crear chivos, gallinas, conejos... Aproveché esa calma para escribir mi autobiografía y también concebir ese nuevo espectáculo. Es decir, una vez más, no tuve vacaciones.

—Vamos a hablar ahora de su autobiografía, Las Llaves de Pedro, que tú has publicado por la Editorial Bijirita.

—Escribe ahí que yo pagué por la publicación.

—¿Pagó?

—Aquel hombre de la editorial es un chivatón. Él me dijo que publicaría el libro y después apareció con la cuenta del revisor, de la maquetación, del diseñador de la portada...

—Al menos el libro está vendiendo bien, ¿no?

—Papito, el dueño de la Librería Santa Teresa, me dijo que ha vendido quinientos y ochenta ejemplares en los últimos dos meses.

—A mí me parece un número muy alto para un libro de autor local.

—Es verdad. Lo suficiente para ponerme en el Top Diez de los más vendidos del año. Décima posición.

—Yo no he leído su libro, pero un colega me dijo que está muy bien escrito.

—Claro que está muy bien escrito. Yo mismo escribí cada palabra que fue impresa allí. ¿Qué piensas? ¿Qué soy un mediocre?

—No quise decir eso. Es que muchos libros de autores locales están por debajo de la media. Las personas compran por amistad, pero la calidad es cuestionable.

—No es mi caso. La mayoría de mis amigos no compra libros. Unos porque no tienen suficiente dinero; otros porque no les gusta leer, son unos farsantes, unos intelectuales de pacotilla. Si dependiera de ellos, mi libro no había llegado a cincuenta ejemplares vendidos.

—¿En el libro tu cuentas el episodio de su prisión?

—Dedico dos capítulos a eso.

—¿Cómo fue? Cuéntanos, por favor.

—Yo me fui arrestado bajo la acusación de ser el jefe de «un antro de putas, bujarrones, traficantes, adictos y corruptores de menores». Al menos era lo que decía el texto publicado en ese periódico donde tú trabajas. Se escribieron antro con el significado de putero, burdel.

—¿Dime... ¿cómo era ese antro?

—Un pequeño bar que abrí en un caserón que estaba abandonado en la Villa del Rey.

Recuperé el lugar y lo convertí en una casa de conciertos. Yo mismo lo bauticé de Antro de las Estrellas. Era, de hecho, un antro, cuando esta palabra, en lenguaje poética, segundo el Diccionario de la Real Academia Española, significa también caverna, cueva, gruta, vivienda. Es decir, era una madriguera de artistas. Pero los vecinos hicieron una denuncia y la policía me llevó preso. Me soltaron dos días después. El proceso fue archivado por falta de pruebas, pero La Voz del Pueblo publicó un reportaje calumnioso llamándome de rufián y traficante de drogas. Tú vas a publicar esto, ¿no? Tienes que publicar porque yo no he perdonado el periódico. Sé que fue idea de un reportero policial frustrado que lo hizo. Alguien que yo no quise cogerlo en la juventud.

—¿Un reportero?

—Si quieres saber detalles, compra y lee el libro, donde cuento todo. Pero, vamos adelante. En fin, me libertaron y el proceso fue archivado. Tendré una lección increíble sobre la maldad humana y la falsedad. Fueron cuarenta y ocho horas horribles que cambiaron mi vida.

—¿El libro trae nombres?

—Mi libro no tiene el objetivo de dañar a nadie. No quiero deshacer la vida de tales personas, diciendo quien fue a la cama conmigo, quien me amó o quien me traicionó. Creo que sería una desgracia terrible. No, el libro no sirve para eso.

—¿Para qué lo sirve?

—Es una reflexión sobre mi trayectoria profesional. Lo que hice, por qué lo hice y para quién lo hice. Es obvio que cuento episodios chocantes. Y tal vez, incluso sin decir nombres, algunas personas lograrán identificar de quién estoy hablando.

—Explícame eso: para quien hice...

—Siempre hice teatro con mucha pasión. Sin pasión, no hago nada, ni sexo. Toda pieza tiene una inspiración: alguien o algo que estoy amando mucho u odiando mucho. Yo ya dediqué mi éxito a mucha gente que no valía nada.

—¿Estás enamorado ahora?

—Ah, siempre estoy. Soy un enamorado convicto. Creo que voy a morir bien viejo, apasionado por alguien.

—Qué bien.

—¿Se ha acabado?

—Sí, acabó.

—¿Ya?

—Sí, ya...

—¿Y tú no me permitirás hablar de mi nuevo espectáculo?

—Ya hablaste. ¿Te has olvidado? Fue en la primera pregunta que te hice.

—Quiero hacer el merchandising.

—Puedes hacerlo.

—¿Vas a publicarlo?

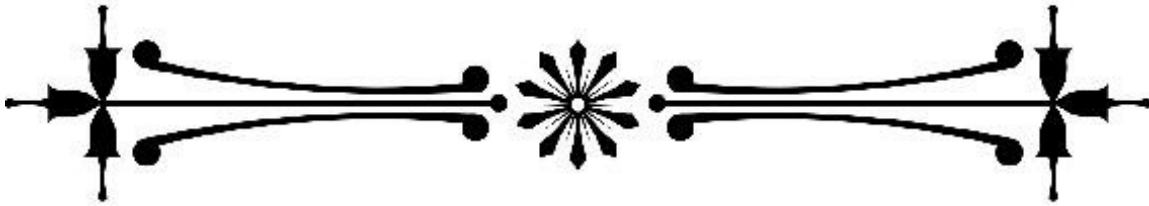
—En ese caso, el editor publicará un cuadradito con el título «servicio» y se pondrá allí las informaciones: qué es, dónde es, cuándo y el precio del billete.

—Ah, está bien. Ya sé cómo será. ¿Puedo decir?

—Sí, estoy grabando.

—Quiero invitar a todos lectores para conferir el espectáculo musical Yo Soy Ella. Más de veinte actores en escena, veinte y cinco bailarines, dieciséis intercambios de figurines y catorce escenarios deslumbrantes; dos horas de duración, con un intervalo de quince minutos al final del tercer acto. Orquesta en vivo con diez músicos. En el Teatro del Chafariz, los viernes y los

sábados, a partir de las ocho de la noche; domingo, excepcionalmente, la sesión comienza a las cinco de la tarde. Billetes a precio de banana: cien pesos (media entrada) y doscientos (entera). Pero no hay como evitar la coladera, siempre aparecen unos paracaídas en la taquilla pidiendo para entrar sin pagar. Periodistas y artistas, en su mayoría. Discúlpame, pero son dos clases que se consideran superiores y que, por eso, piensan que no necesitan pagar el ticket. Ellos nunca comprenderán que es la única cosa que tengo para venderlos. Yo vivo de eso, me alimento de eso. Cada cual hace de su pellejo un tambor. Si un fulano quiere ver mi espectáculo, por favor, páguelo. ¡Te espero, amante del buen teatro! Con el dinerito del billete en la mano, por favor. De preferencia en notas menudas, porque tenemos dificultades de recibir cédulas muy altas. También recibemos euros, dólares y libras.



Al terminar la lectura del periódico, el capitán Héctor tenía casi una página y media de anotaciones en su cuadernillo. Eran anotaciones de todo tipo, variando entre frases sueltas a posibles nombres de personas.

—Pedro Maldonado Garcés no parecía ser una persona muy sociable—concluyó.

—¿Por qué?—el escribano indagó, riéndose.

—Era un putarraco^[58] que hablaba mal de todos los gatos y perros del mundo—Héctor sonrió también. —No ahorra a nadie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el crimen de homofobia puede no ser nuestra única línea de investigación—el capitán atestó.

—Para mí, no hay duda de que fue homofobia—Sebas reforzó. —Pero tú lo decides, eres el jefe.

—Vamos adelante—murmuró.

El jefe de policía empezó a hojear las páginas carcomidas del guion del espectáculo, rellenas de muñequitas, caritas y garrapatitas hinchadas —que representaban expresiones melodramáticas y acciones ordinarias —hechas por el actor Marcelino al lado de cada diálogo de su personaje:

Alegre y jovial.

Irónico.

Cambiando de irónico a galanteador.

Lleno de sí, sintiéndose fuerte.

Verdaderamente curioso.

Apasionado, con brillo en los ojos.

Romántico, sin ser débil (sí, es posible).

Diálogo inverosímil, horrible; proponer algunos cambios al director (no cuesta nada intentar).

Beso ardiente, pasar la mano por la espalda de ella y aflojar a los cabellos, demostrar que tiene éxtasis verdadero (ver antes si Pedro va a estar de acuerdo).

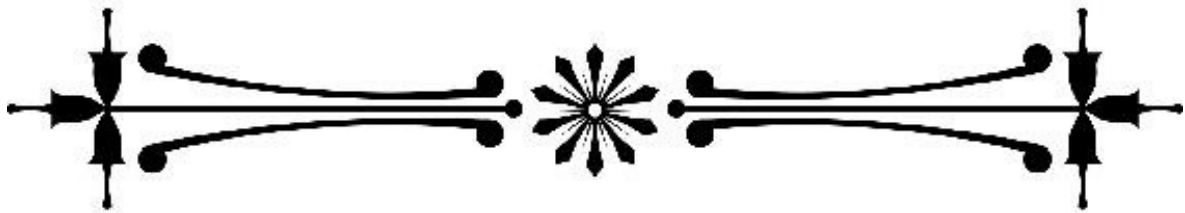
Ahora agresivo y grosero.

Intentar llorar de verdad.

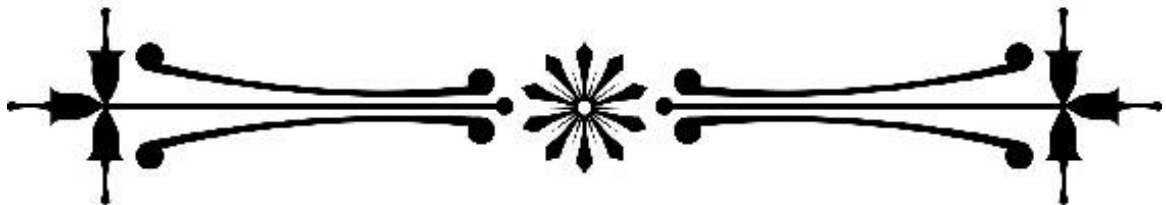
Totalmente dramático...

El capitán no era fan de teatro. Hacía casi veinte años que no veía una pieza o algo así. La última vez que pisó a una casa de espectáculos fue para prestigiar el show de un humorista de un canal de televisión de Cocomiel (y que ya falleció en un accidente automovilístico). Prefería el cine porque las cosas parecían más reales. Sin embargo, hizo un esfuerzo enorme para leer e intentar comprender el texto de la pieza.

TERCERO ENCARTE



YO SOY ELLA



Fólder del espectáculo de Pedro Maldonado



Super Colmado Plaza Rosa presenta

Pedro Maldonado en

YO SOY ELLA

Espectáculo con orquesta en vivo y gran elenco.

Teatro del Chafariz
(Plaza del Chafariz, Centro Histórico)

Viernes y sábados - 8 p.m.

Domingo - 5 p.m.

Tickets en la web www.colmadorosa.com - abierto a partir de las 4 p.m.
No reserva dada para menores de 14 años.



REPARTO

ELLA MOINELETTE—la cantante (actor: Pedro Maldonado).
SIMONE—la amiga de Ella (actriz: Susy Franco).
MADRE—la madre de Ella (actriz: Lara Montoya).
PADRE—el padre de Ella (actor: Francisco Luna).
DU—primer amante (actor: Silvio Marcelino).
MONSIEUR PIG—dueño del cabaret (actor: Carlos del Magro).
MONSIEUR LEP—empresario musical (actor: Pipi Vargas).
OSWALDO—dueño de otro cabaret (actor: Amadeus Casablanca).

OTRAS

VIEJA SEÑORA— una partera (actriz: Pat Chivas).
NARRADOR—empresario que cuenta la historia (actor: Inocencio Castillo).
ELLA NIÑA—ocho años (actriz: Sofía Macedo).
ELLA ADOLESCENTE—catorce años (Rita Macedo).
PERIODISTA—que acompaña al Señor Lep (actor: Enrique Rosa)
RAY—compositor y amante de Ella (actor: Santelmo Rosa).
COCO—un dramaturgo, cineasta y poeta (actor: Apolo Franco).
PAUL—un actor de cine y teatro (participación especial: Félix de la Riva).
YVES— El amante Cantante (participación especial: Yves Demetrio)
ED—presentador de TV (participación especial: Ed Sillas).
MESERO—Encuentra el cuerpo del Señor Lep (actor: Lucas Izaguirre).
CORISTA—Acusa a Ella de ser cómplice del criminoso (actriz: María del Pilar).
ABUELA—que protege a la niña (actriz: Pat Chivas).

EXTRAS

Prostitutas, personas en las calles de París, amigos de Du, parejas del cabaret, fotógrafos, periodistas, policías...

PERFIL DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES

PEDRO MALDONADO
Es ELLA, MOINELETTE

—Chica de familia pobre que se convierte en una gran cantante de cabarets. Es dulce y ríspida, depende de la situación.

SUSY FRANCO
Es SIMONE

—Una joven moderna y bohemia, la mejor amiga y confidente de Moinelette.

CARLOS DEL MAGRO
Es MONSIEUR PIG

—Dueño del famoso cabaret que llevará a Moinelette al estrellato.

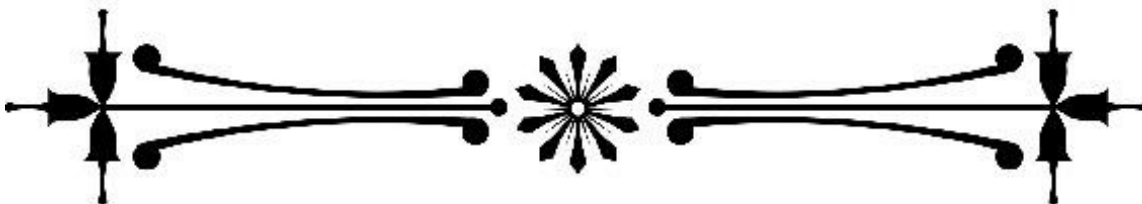
PIPI VARGAS
Es MONSIEUR LEP

—Empresario musical que descubre a Moinelette en el cabaret de Monsieur Pig y la lleva a una discográfica. Es homosexual, se involucra con varios chicos y acaba asesinado.

SILVIO MARCOLINO
Es DU

—Primer amante de Moinelette que la explota y la humilla.

Cartelera del espectáculo Yo Soy Ella fijado en la fachada del Teatro del Chafariz.



Sebas se pasaban de las siete de la noche y el cuadernito del capitán ahora hervía de anotaciones. No estaba seguro si ellas tendrían alguna utilidad en la investigación, pero acabó por descubrir en el texto de la pieza algunas semejanzas con hechos de la realidad. Eso lo había dejado intrigado.

—¿Qué tal?—le indagó Sebas, arreglando la mochila para partir.

—Descubrí algunos elementos interesantes—el capitán le dijo, también arreglando algunos papeles sobre la mesa.

—¿Qué?

—Mira: la pieza se pasa en un ambiente de prostitución, drogas y bohemia en las calles sórdidas de París. Pero puede ser en las calles de cualquier otro lugar, incluso Ludovica o Cocomiel. El personaje principal es una cantante que se involucra con gigolós, jineteros, vagabundos y asesinos. Al final de la vida, ya enferma, ella tiene preferencia por chicos bien jóvenes. ¿Eso no te parece familiar?

—Muy interesante—Sebas murmuró, pero sin mucho entusiasmo ni convicción.

—Y hay un crimen en la pieza.

—Pensé que fuese un musical.

—Y lo es, pero hay un asesinato. Un joven prostituto mata a un homosexual.

—¿En serio?

—No estoy bromeando.

—Esto se vuelve raro...

—Sí. El dueño del cabaret donde la cantante se presenta es un personaje llamado Monsieur Lep, un homosexual de mediana edad que se involucra con chicos y es asesinado de forma misteriosa. La cantante es acusada de ser cómplice y llega a ser presa.

—Excelente coincidencia—Sebas dijo.

—La personalidad de la cantante es muy parecida a la de Pedro Maldonado, autor del texto. Al menos por lo que pude leer en su entrevista en La Voz del Pueblo. En una escena, un pianista llamado Ray le dice: «No tienes reparación, solo se acerca a los marginales». Y ella, melancólica, responde: «Hambre, miseria, soledad, abandono, prostitución, desamor, sufrimiento, dolor... ¡Eso es mi vida!» En otro trecho, alguien la llama de Mesalina francesa. ¿Qué tal?

—Curioso...

—Voy a llevarlo para leer en casa con más atención.

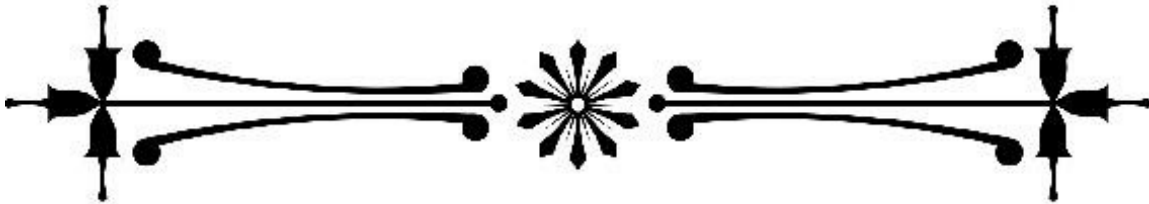
—Sería una buena idea hacer otro análisis. Quizá haya algo escondido en esas líneas. Ahora ya me voy...

—Yo también me voy. El día no fue fácil.

—No, no lo fue. Adiós.

—Adiós. Hasta mañana.

—Hasta mañana.



Imposible no decir que aquella era una hermosa noche en Ludovica. La luna menguante besaba las sierras a lo lejos. Su beso provocaba un rastro plateado y deslumbrante por encima de los árboles. La luna para inspirar los poetas y los mariguaneros. Luna buenísima para danzar reguetón, salsa, rumba, calipso y guachineo, tomando una bonita helada o mismo un lavagallo.

Grupos de señoras de cabellos blancos desfilaban por la Plaza del Chafariz y por la Plaza Vieja, con ojos atentos en la bolsa, en el celular, en el reloj, en el cordón de oro, mientras que casales jóvenes andaban abrazados para allá y para acá (el frío parecía contribuir para el romanticismo o para la singueta); los vendedores callejeros exhibían sus productos, el humo del carrito de chimichurris ennegrecía el aire, algunas prostitutas más osadas venían del Mata-Mata y ganaban las calles oscuras de la Vila del Rey, Plaza del Chafariz y Ciudad Vieja, balanceando los traseros para llamar la atención de los parcos turistas que aparecían después de la medianoche (el lunes no era favorable para templar, pero la noche era una infanta, mejoraría después de que las cenicientas se recogiesen a sus castillos). De vez en cuando algunos travestis aparecían y se escondían detrás de los cucharones de basura del otro lado de la Calle del Zapatero. No venían con frecuencia, porque la policía los ponía para correr.

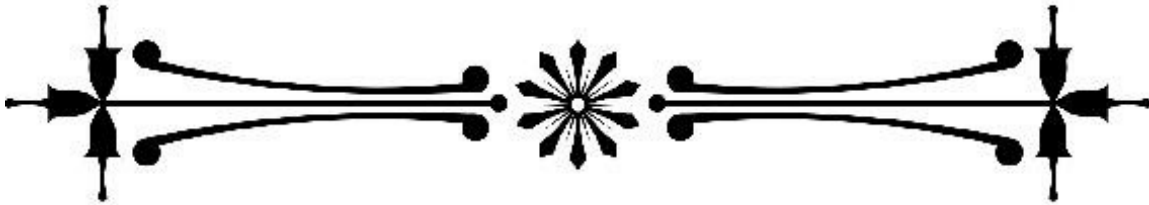
En las grietas de puertas y ventanas, por detrás de las cortinas, había siempre ojos curiosos que escrutaban—como cámaras subjetivas—los pequeños flagrantés de la vida nocturna de Ludovica. Había siempre un ojo y un oído a acechar a los transeúntes. Y eran los dueños de esos ojos e esos oídos que llamaban a la policía.

Luna de reguetón, noche normal. Allí estaba el niño que se llamaba Chapulín: caminaba entre los bares con una caja de madera en el hombro. Vestía la misma camisa de los Tigres del Rey, señal de que no se había bañado. Siempre con una sonrisa cara en los labios, él ofrecía el servicio para los improbables clientes de las mesas. Además de ser un limpiavidrios, él era también limpiabotas. ¿No dormía?

No, no dormía antes de la medianoche. A veces se quedaba hasta el amanecer en este frenesí, vagando de bar en bar, de mesa en mesa, lustrando zapatos, rogando, llenando un trozo de carne, un sorbo de soda, a veces una copa de cerveza, un cigarrillo...

A veces él recibía invitaciones. Sí, había hombres que le invitaban a entrar en el coche. A veces él entraba. A veces ganaba quinientos pesos, veinte dólares, diez euros. Era un servicio casi siempre fácil: cerraba los ojos, pensaba en un plato de comida buenísima y dejaba que las cosas sucediesen normalmente. Eran casi siempre hombres casados o turistas extranjeros que solo querían una diversión rápida. Había aquellos que daban cincuenta dólares por un trabajo más difícil. A veces lo conseguía. Por eso, a veces, durante la madrugada, él desaparecía. Solo reaparecía para dormir. Él hacía ese servicio de jinetero con mucho cuidado para no ser flagrado por la policía o por los guardias del ayuntamiento. Si lo fuese, acabaría en un orfanato o casa de recuperación (que, en ambos casos, eran comparables al jardín de infancia del infierno). Era un servicio bien pago que no le gustaba, pues que lo hacía recordar a su hermano mayor (el cholotón) y también las cosas malas que su padre decía sobre tales prácticas. No, no le gustaba.

Luna de reguetón, noche normal, y Chapulín bailaba entre las mesas.



Los espacios de la casucha de cinc y tablas eran (muy mal) iluminados por tres jumiadoras.^[59] Había postes de alta tensión que pasaban allí muy cerca, pero la energía eléctrica no llegaba a aquellas casas miserables del Nido del Buitre, iba a otros lugares donde se podían pagar por ella. El humo del queroseno quemado creaba un clima de Edad Media en el ambiente. A la hora de la cena (hora sagrada, hora del Ángelus, cuando el pequeño radio tocaba una música celestial), los tres habitantes de la casa se deleitaban en silencio con platos de cuajada con harina y melado. Comían con gestos mecánicos. Tres seres fríos, silenciosos y distantes. ¿Todas las familias del mundo eran iguales aquella? Marisol se preguntaba en pensamiento, entre una cucharada y otra. Quería tener otra vida. ¿Y había otra?

Ni siempre la madre y el padrastro tenían dinero para comprar comida. Cuando lo tenían, cenaban cuajada o sopa. Después de la cena venía el café. Después del café venía el Jornal de la Noche. Agustín apreciaba oír aquellas palabras que llegaban de tan lejos, vía satélite, con las noticias del mundo.

—El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, anunció que hará una cuarta cirugía. Aprovechó para nombrar al vice Nicolás Maduro como su sucesor. Después de informar un empeoramiento del cáncer, el presidente admitió por primera vez que tal vez no pueda concluir su mandato...

Lucía, Agustín y Marisol oían el noticiario sentados en un rincón de la sala. Lucía pasaba un peine en los cabellos de Marisol, anidada entre las piernas de la madre. Agustín, en otro rincón, contemplaba por la ventana la inmensidad de basura y postes ennegrecidos por la noche. Fumaba su cigarrillo insoportable.

La voz grave del locutor iba desfilando las noticias que no tenían ningún sentido para esas tres almas.

—La presidenta de Argentina, Cristina Kirchner, recibió un homenaje de la primera pareja

del mismo sexo que logró oficializar la unión en América Latina. La mandataria participó ayer, domingo, en Buenos Aires, de un evento para recordar el Día de la Democracia y el Día Internacional de los Derechos Humanos...

Después del Jornal de la Noche venía a seguir el programa de música romántica de la Radio Comunitaria. Después el sueño, un café, un vaso del agua y, por fin, las camas andrajosas. Cada uno dormía en un rincón diferente de la casa: Lucía en la cocina, Agustín en la sala y Marisol en un dormitorio improvisado, lleno de utensilios viejos y ropas sucias.

Cuando el radio se callaba, los sonidos característicos de la noche se amplificaban en la inmensidad periférica: los grillos, los sapos, los búhos, los mapaches y los perros. El peor sonido, aquel que Marisol no gustaba de escuchar, era el gemido de la rana cuando era tragada por una serpiente. Sonido triste, doloroso, sonido de adiós al mundo.

Acostada en su cama, en la cocina, Lucía mantenía los ojos fijos en el techo. Percibió que la cama del marido aquella noche estaba vacía. La mujer pensó: ¿dónde diablos fue Agustín? ¿Orinar? ¿Cagar en el patio a esa hora? Quiera Dios que la cuajada con melado y harina haya provocado en él una cagadera de hacerlo transbordar sangre, ella lo deseó.

La mujer se levantó preocupada. Corrió aterrorizada para el pequeño compartimiento adonde Marisol dormía. Lucía llegó de mansedumbre, en silencio, irresoluta... Tenía miedo de lo que pudiera descubrir. Cuando sus ojos miraron en el interior de la habitación oscura, vio la escena. ¡Qué escena! No quería verla, pero la vio: el marido arrodillado al lado de la cama de la niña. Él besaba los pies, la barriga e iba pasando una de las manos en las partes íntimas de ella. Con la otra, se masturbaba desesperadamente. Lucía no conseguía ver si la niña estaba despierta, si le gustaba, si aceptaba o se participaba. Lucía nunca había visto al marido en ese estado de éxtasis. Nunca, ni en los primeros días de las bodas.

La mujer salió de su mutismo y gritó:

—¡Perro desgraciado! ¡Hijo de puta! ¡Sin vergüenza! ¡Yo lo sabía!

Agustín se asustó, se vistió de sopetón, escondió el sexo rígido, indomable, insatisfecho. De manera instintiva él avanzó hacia arriba de Lucía. Con una mano él le tapó la boca; con la otra golpeó su cabeza contra la pared. Marisol puso la cara fuera de las sábanas y empezó a gritar. Un grito agudo y doloroso como el grito de la rana siendo tragada por la serpiente. Agustín no pudo parar: continuó golpeando el cráneo de la esposa contra la pared de tablas y compensados. Después la arrastró por los cabellos hasta la cocina, tomó una pieza de madera y emprendió varios golpes en el cuerpo de la mujer. Lucía no tenía más fuerzas para gritar, solo murmuraba algunas palabras que muy mal le salían pela boca llena de sangre. Marisol permaneció en la cama, llorando, impotente, sin coraje para reaccionar. Se parecía con una ranita en la boca de la serpiente.

Lucía ya no respiraba. Agustín miró horrorizado el cuerpo deforme de la mujer, que ahora más se parecía una manta de carne en el suelo. No era eso lo que quería hacer, él murmuró. No era. Pero lo hizo. ¡Ah, Dios, no era eso!

Marisol continuó llorando. ¿Qué más podía hacer? Ella solo había aprendido a llorar en esas horas.

Agustín se apresuró a arreglar una vieja maleta de cuero, unos trozos de ropas y algunos utensilios de trabajo. Resolvió sacudir una vez más el cuerpo que yacía ensangrentado al suelo. ¿Quizás no respira de nuevo?

Nada. Ningún soplo.

Marisol se bajó de la cama y se fue a la cocina. Vio su madre sin vida. En un gesto de

desesperación, cayó sobre su cuerpo, lo sacudió, lo besó, lo incitó a levantarse. Era en vano. Apenas una baba roja escurrió de la nariz y de la boca de la pobre mujer. Agustín surgió en la cocina con la maleta en las manos. Agarró a niña por el brazo y la arrastró por la casa.

—Quiero quedarme con mi madre—ella protestó.

— ¡Cállate!—el hombre reaccionó con furia. — ¡Cállate!

Por primera vez, Marisol no se atemorizó:

— ¡Tú has matado a mi madre!

Agustín, ese sí, retrocedió. Parecía asustado. Dijo a la niña:

—No la maté, no. Ella está viva. Vamos a buscar ayuda, si no ella se muere...

Agustín salió al patio oscuro, arrastrando la niña. La oscuridad era espeluznante. Algunas gallinas se aterrorizaron en el cobertizo, empezaron a cacarear, iniciándose un principio de fuga. El hombre intentaba convencer a niña de que todo estaba bien.

—Voy a buscar a un doctor en Ludovica para salvar a tu madre —le prometió.

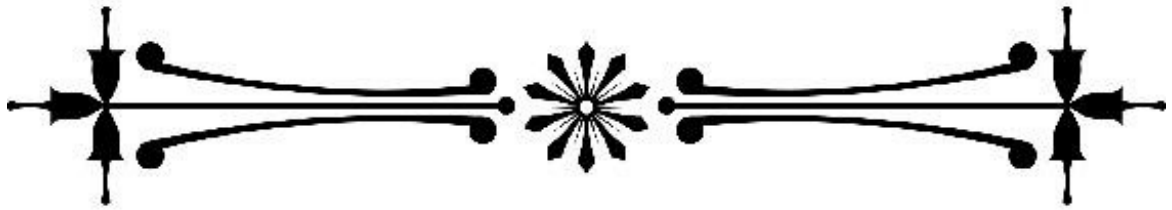
La niña estancó tal cual una mula:

—Déjame quedarme aquí—ella dijo. Y trató de desprenderse de las garras del padrastro.—
Ella puede necesitar de mí cuando despertar.

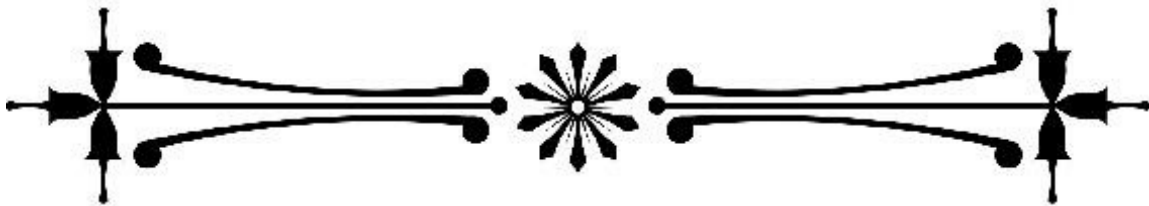
Agustín le dio una sacudida:

— ¡No! ¡Tú vienes conmigo!—dijo y enseguida desapareció en medio de la ola de caseríos miserables, montaña de lata, cartón y tablas viejas.

CUARTO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



12 de de septiembre al 03 de octubre de 2012



MIÉRCOLES, 12 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Queridísimo Toby...

Los vestigios de la noche de ayer están en cada partícula de mi cuerpo. Todavía siento la lengua de Tobías ensopando mi vagina de saliva, y eso me da escalofríos inesperados e increíbles. Pero, por desgracia, no es sobre qué voy a escribir ahora.

Mi padre y mi madre protagonizaron una nueva escaramuza hoy. Lo peor: eso se dio bien temprano, a la hora del desayuno.

Los motivos de la pelea: mi abuela Baena y Tobías. Eso: Tobías. Voy a tratar de explicar cómo empezó todo. No sé si conseguiré porque es algo sin pie ni cabeza.

Mi madre continuaba con aspecto de momia por cuenta de la reciente cirugía plástica, llena de dolores y hematomas, pero mismo así no perdía el aliento para una buena discusión. Mal mi padre dio el primer sorbo en su café, mamá disparó que él necesitaba hacer algo para mejorar el comportamiento social de mi abuela Baena. Mamá se quejó que mi abuela volviera a beber, a frecuentar casinos clandestinos y casas nocturnas de mala reputación, generando chismes por toda la ciudad. Denunció que un hombre de mal aspecto la buscó para cobrar una deuda que mi abuela había dejado pendiente en el casino. La preocupación de mi madre era más con la lengua del pueblo que con la seguridad de la suegra.

Mi padre argumentó que mi abuela ya era muy grande y bien viejita para saber cuidar de la propia vida.

Mi madre replicó que mi padre decía eso porque era igual a ella. Tal y cual, hechos de la misma madera. Mi padre no le gustó la comparación. Pero ella dijo que su acusación tenía fundamento y mostró la factura de la tarjeta de crédito de mi padre, recién llegada, que mostraba una cantidad fabulosa que él había gastado en una tienda de material para béisbol: gafas de sol, tacos, guantes, gorras, almohadillas de cuero, zapatos de tacos, máscara, peto protector y otros ítems que componían una lista gigantesca. ¿Desde cuándo mi padre era pelotero? ¿O desde cuándo patrocinaba algún equipo de béisbol?

Mi padre justificó que prestó la tarjeta para Tobías hacer las compras y que sería resarcido a medida que se deducían las parcelas. La explicación de mi padre enfureció más y más mi madre, que pasó a tachar a Tobías de vagabundo, aprovechador, sin futuro y pobretón.

Me quedé estupefacta y sin actitud porque no sabía de nada de eso. Tobías no me había hablado de tal préstamo. Empecé a sentir pilas y pilas de pulgas haciendo fiesta detrás de mis orejas. Yo podría interpelar a mi padre y cobrar mayores explicaciones, pero no lo hice. Confieso que tuve miedo. También decidí que no abordaría tal asunto con Tobías. ¿Por qué? ¿Miedo, de

qué?

Prefiero no saber nada de nada.



JUEVES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Tobby...

Hoy nos encontramos alrededor de mediodía. Hice una pausa en los estudios —cada día más intensos —para encontrarme con él en un restaurante de comidas típicas del centro. Comimos, papeamos, sonreímos y luego fuimos a un motel para hacer el amor como siempre lo hacíamos. He esperado que él abordase el tema del préstamo durante nuestras conversaciones durante aquella tarde, pero él no lo hizo. Intenté tranquilizarme. «Está todo bien», me dije a mí misma, tratando de calmar mi corazón. «Todo está bien, Leticia, todo está bien», me quedé repitiendo, mientras volvía a mi casa.

Por la noche, después de la cena, mi madre vino a mi habitación para conversar conmigo. Yo ya estaba acostada cuando ella llegó, llena de melindres y no me toques, y empezó diciendo que yo no hiciese una mala interpretación de la riña que ella había tenido con mi padre. Intentó convencerme de que lo que oí era algo sin importancia.

—Dime lo que oí—le dije.

Ella comenzó un largo discurso de que todas las familias del mundo tenían problemas y que ellos (los problemas) necesitaban ser considerados como normales y que no podían provocar la escisión entre sus miembros. Era necesario encararlos como un desafío y que el amor, al final, triunfaba. Habló con extremo cuidado de los escándalos que eran provocados por el alcoholismo de mi abuela y defendió que ella debería ser internada en una clínica de recuperación o mismo en un asilo, pero sin el conocimiento de la opinión pública. Sobre el préstamo, dijo solamente que mi padre era un idiota que no sabía manejar su propio salario. Por eso, ella tenía siempre que vigilar el saldo de su tarjeta de crédito. Nada más que eso.

Me di cuenta de que esa sería la oportunidad de tener una charla sin máscaras con mi madre. Yo estaba lista para eso y no la desperdiciaría.

—Dime, mamá, ¿cuál es el secreto que existe entre tú, mi padre y yo?

—¿Secreto?—ella se sorprendió con la pregunta e intentó sonreír. —No hay ningún secreto.

—Mamá, por favor, por primera vez en la vida, sé sincera conmigo—le dije. —Al menos esta vez.

—No sé a dónde quieres llegar—ella protestó.

—En la verdad.

—¿Cuál verdad que tú deseas, hija?

—A que tú y mi padre esconden de mí—le dije. —Solo quiero que me responda algunas preguntas.

—Está bien—ella se acordó y se sentó en mi cama. —Dígame lo que quieres saber.

—¿Te casaste ya embarazada?

—¡Que pregunta! —ella saltó de la cama en un súbito.

—¿Sí o no?

—Mi hija...

—¿Sí o no?

—¿Qué más da?

—Solo me responda: ¿sí o no? —insistí.

—Sí—ella murmuró y volvió a sentarse a mi lado. —Pero eso no viene al caso y...

—¿Cuántos meses?

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—¿Cuántos meses?

—Tres meses.

—Eso ya lo sabía, mamá.

—¿Ya?

—Es obvio. Tú te casaste en marzo y yo nací en septiembre, o sea, solamente seis meses después.

—Eso era un asunto muy desagradable para mí...

—¿Por qué? ¿Por cuenta de mi padre?

—No... Es que...

—¿Quién es mi padre de verdad?

—¡Allá va eso!

—Mamá, no huyas... ¿Quién es mi padre?

Ella empezó a llorar. No era un llanto falso, contenido, diplomático, como siempre había hecho cuando estaba en situaciones de presión, como ahora. No. Era un llanto sincero, profundo, como yo jamás había visto. Esa reacción me dejó sorprendida. Pero vi allí la oportunidad de extraer de ella las respuestas que necesitaba tanto.

—¿Quién es mi padre? —repetí.

—El gran amor de mi vida —balbuceó entre sollozos.

—¿Quién?

—Ya murió hace mucho tiempo.

—Dime el nombre...

—Por favor, vamos a parar con eso—ella se levantó resuelta. —Tú ya sabes lo que tenías que saber. Héctor te bautizó y te registró como hija legítima. Siempre te amó sin nunca cuestionar nada. Él es tu padre, siempre será, y te ama muchísimo. ¿Por qué esta implicancia ahora? Solo traerá sufrimiento para mí, para él y para ti también...

—No te preocupes—le dije. —Él no sabrá de nada.

—Gracias a Dios—murmuró. —Por favor, Héctor ha sido un excelente padre para ti. No lo castigues por nada.

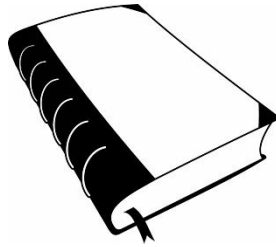
—¿Por qué lo odias, pues?

—¿Yo?

—No lo amas. Pienso que nunca lo amó. Está en la cara que no.

—Hija... ¿Qué tú sabes sobre el amor?—me preguntó e hice un segundo de silencio. Después ella misma respondió: —El amor no es ese fuego que tú sientes por su novio deslumbrante. No, no es. Eso es la pasión, el furor, el entusiasmo, el deseo. Un día sabrás lo que es el amor de verdad.

—Sobre eso no necesitas mentir. Debes amar otro...
—¡Es suficiente!
—¿Quién es tu amante? Puedes contarme, voy a guardar tu secreto.
—¡Insolente!
—Mamá... Esa es la oportunidad para que nosotros seamos amigas de verdad.
—¡Me voy!
Ella salió, irritada, bufando y golpeando la puerta.
Yo cerré los ojos para recuperar el aliento. ¿Qué conversación fue ésa?



VIERNES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Mi querido amigo...

Hoy la discusión fue con mis hermanas Amanda y Alice. Las dos atraparon a mi madre sollozando por los rincones de la casa y vinieron a sacar satisfacciones conmigo. Llegaron gritando: ¡la culpa solo puede ser suya!

Antes de proseguir con el desenlace de ese revolú, quiero hablar un poco de mis hermanas.

Amanda, la del medio, puede ser clasificada como la hijita de papá. Es fresca, aburrida y arrogante, siempre gaña los mejores regalos, la mejor fiesta, el mejor torta de cumpleaños, la mejor zapatilla, el mejor vestido, el mejor todo. Es tan pálida que parece anémica y tan delgada que parece anoréxica. «Es flaca así porque tiene pereza de comer», suele decir mi abuela Baena. De vero ella es tan desencarnada que a mí me parece increíble que tenga arreglado un novio.

Alice es una santa de pacotilla. Es hermosa y ordinaria. Traicionera como una gata: aplica el golpe y después oculta la uña. Tiene un rostro angelical y delicado. Es la preferida de la mamá. Anotaron que, en medio de ellas, yo soy la oveja negra, ¿no?

Muy bien.

Ellas llegaron hasta mi dormitorio ya gritando: «¡Mamá está llorando y la culpa solo puede ser tuya!»

Después empezaron a nombrarme por reptiles—cobra cascabel, víbora, tarántula—y luego después por adjetivos poco halagadores: cínica, infame, perversa e ingrata.

Preferí recibir todos estos predicados sin contraatacar. Me quedé callada y tranquila. Después, cuando me dieron una tregua, fui al cuarto de mi madre y la desafié:

—Tú lo decides, mamá: o te interrumpes ahora tu espectáculo melodramático o yo cuento el motivo de su llanto para ellas. ¿Qué prefieres?

Ella interrumpió el llanto casi como si fuese una autómata. Se levantó, fue hasta las habitaciones de Amanda y de Alice y les dio una explicación cualquiera, eximiéndome de cualquier culpa por su tristeza momentánea. Luego mis hermanas vinieron hasta mí para pedirme

perdón.

Cuando mi padre llegó del trabajo, alrededor de ocho de la noche, reinaba la paz de los elfos y hadas en el valle de las princesas.

¿Vale de las princesas?

Bella broma. Nido de serpientes. Cuevas de lobas. Laguna de caimanes.



LUNES, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Querido Toby...

Buenos días. Hoy amanecí decidida a vengarme de mi madre. Lo siento, no puedo controlar mis impulsos. Este deseo ha sido más fuerte que mi ética, que mi ego, que mi corazón católico apostólico romano. Yo sé que todas las personas que conozco me condenarán por tal actitud. ¡Me voy a cagar en la puta madre que los parió!

No pretendo alistar una trampa mortal, nada de eso. Quiero desenmascararla para tenerla bajo mi control. No me pregunten por qué. Pero quiero y voy a hacerlo.

Voy a descubrir quién es el amante de mi madre, no importa lo que cueste.



MIÉRCOLES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

Querido diario...

Hoy puse en práctica el plan de desenmascarar a mi madre, como había prometido.

La estrategia de la adúltera es simple: ella hace sus escapadas cuando todos ya salieron a sus compromisos y obligaciones.

Tenemos en casa tres vehículos: el cupé plateado de mi padre, el sedán negro de mi madre y una motocicleta que sacamos en un consorcio y la utilizamos en casos excepcionales.

Nuestra rutina es casi siempre la misma en los días laborables de la semana: mi padre sale al departamento alrededor de las ocho de la mañana y, por supuesto, usa el cupé plateado para el desplazamiento. Amanda (que está haciendo una pasantía) y Alice (que inició clases de inglés) salen por las nueve y van de autobús casi siempre. Yo soy la última en salir, hacia las diez, para ir a las clases del cursillo preparatorio para los exámenes.

Hoy pedí para usar la moto. Me dejo en una cafetería que está casi en frente de mi residencia, puse una chaqueta para ocultar la blusa con que había salido de casa y esperé. Esperé. Esperé.

Alrededor de las once y treinta, el sedán negro de mi madre salió del garaje. Cubrí la cabeza con el casco y la seguí.

Llegué a estar muy cerca del vehículo, durante la parada en un semáforo, y ella no percibió nada.

Ella mantenía el cristal siempre cerrado y no miraba a los lados, como si estuviera concentrada en lo que iba a hacer. Tuve la impresión de que escuchaba música. Estaba maquilladísima, con los cabellos muy bien cepillados, joyas rojas en el cuello, anteojos oscuros y un vestido escotado. Casi irreconocible. La plástica, poco a poco, se revelaba eficiente en su rostro. Los hematomas desaparecían día tras día y los beneficios empezaban a gritar a ojos desnudos. Ella demostraba una preocupación excesiva con el maquillaje. A cada semáforo, daba una conferida por el espejo.

Cerca de la zona central, estacionó el vehículo en la sombra de un árbol y llamó a alguien.

Dejé la moto a pocos metros de ella. Me oculté detrás de unos canteros de flores.

Larga llamada. Quince minutos de conversación. Subentendí que hablaba con el amante. Mi corazón palpitaba. Mi cabeza hervía de dudas: ¿sería joven o viejo? ¿Hermoso? ¿Feo? ¿Rico o pobretón?

Ella encerró la llamada, guardó el aparato en la bolsa y siguió adelante. No sin antes retocar el maquillaje una vez más.

Me disparé en la moto y la seguí, sin perderla de vista.

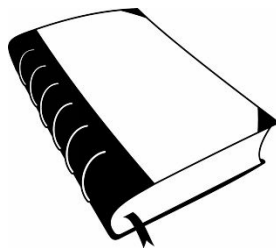
Finalmente comprendí hacia donde ella se dirigía. Conocía el lugar, pues ya había estado allí con Tobías: era el motel más discreto de la ciudad, el Château de L'amour, escondido en una calle estrecha y casi desierta, perdido en medio de unos galpones abandonados. La entrada estaba protegida por árboles fructíferos. No era muy lujoso, pero acogedor.

Mi madre paró el coche debajo de una manguera y justo frente a la portería del motel. Sacó el teléfono nuevamente y llamó a alguien.

Yo la miraba de lejos, ocultándome detrás de los árboles gigantescos.

Ella tardó una eternidad en el teléfono. Me di cuenta de que estaba enojada y gesticulaba. Golpeó el volante algunas veces. Al final de la conversación, tiró el teléfono en la bolsa, encendió el motor del coche, se aceleró y se rompió con violencia, levantando el polvo de la calle.

Algo había salido de su planificación. Tal vez el amante haya fallado. Por desgracia, mi plan de venganza tenía que ser aplazado.



MIÉRCOLES, 03 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi hermosísimo...

Perdí una batalla, pero no la guerra. Aquel contratiempo del último día 19 no me ha desanimado. Pasé a monitorear a mi madre también dentro de casa. Cuando su teléfono tocaba, yo inmediatamente agujaba mis oídos y la acechaba por las habitaciones para captar algún mensaje.

Hoy lo capté. Ella tiene un nuevo encuentro marcado con el amante para el mismo horario y en ese mismo lugar. Por lo menos es lo que la oí decir: «en el lugar de siempre, mi amor».

Preparé mi emboscada. He utilizado otra vez la moto para salir de casa a las diez. No he esperado que mi madre también saliese y fui directo esperarla a la puerta del motel Château de L'amour, en el área de los galpones abandonados.

Paré debajo de un árbol y me escondí detrás de un colector de basura. Esperé más de cuarenta minutos. Por un instante pensé: mierda, algo salió mal una vez más.

Estaba a punto de rendirme cuando vi un auto que se acercaba a la portería del motel. Me quedé paralizada. Mi corazón, sin embargo, se disparó. No era el sedán negro de mi madre que se acercaba, pero el cupé plateado de mi padre. No tuve dudas: la misma placa, la misma amasadura ligera en la puerta izquierda y el mismo adhesivo en el cristal trasero: «respeten a los ciclistas». Los vidrios grises no me permitieron ver la identidad de los ocupantes. Pero mi padre estaba allí. Era él. Y al lado de él había otra persona.

Una mano—la mano de mi padre—cogió la llave de la cabaña y el coche sobrepasó la cancela.

Como te lo dije, querido Toby, me quedé sin acción. Tan sin acción que ni siquiera tiré el aparato móvil del bolsillo para hacer unas fotos. En realidad, ya desconfiaba que mi padre tuviese una amante, una segunda base como decía mi abuela Baena, pero no esperaba descubrirla ahora. Esta sería la otra etapa de mi venganza. Las cosas, sin embargo, se precipitaron de una manera inesperada. ¿Y dónde estaba a mi madre?

Ella llegó diez minutos después de mi padre. Sacó a la llave de la cabaña con el portero y entró. También no conseguí ver la otra persona que iba sentada al lado de ella.

Me quedé tonta y sentí ganas de vomitar. ¿Qué significaba eso? ¿Eran adeptos de orgías? ¿Practicaban el intercambio de parejas? ¿En qué clase de prácticas detestables mis padres estaban involucrados?

Casi siempre no me dejo llevar por ideas preconcebidas. Pero aceptar el intercambio de parejas ya es algo demasiado anormal, inaceptable para los cristianos como nosotros. En la reunión para los Adolescentes con Cristo, en la parroquia de Santa Teresa de Jesús, monseñor Nicolás Cardona predicó que la Biblia no prohibía a un marido y una esposa, entre cuatro paredes, de intentar las novedades a la hora del sexo, siempre con el consentimiento mutuo. Él decía: «Si el marido y la esposa están de acuerdo que quieren tratar de tener sexo oral o sexo anal, o mismo que quieren usar juguetes para animar la fiesta, la Biblia no da ningún pretexto para que no los experimenten». Sin embargo, según él, hay algunas pocas cosas que nunca se permitirían, sexualmente hablando, a una pareja cristiana: la práctica del intercambio o traer un tercero o un cuarto individuo hacia arriba de la misma cama.

«Eso es adulterio incontestable», alertaba monseñor Cardona. «Y el adulterio es pecado, aunque la esposa permita, apruebe o participe», enfatizaba.

Decidí entrar en el motel para poner esa historia en platos limpios. Me identifiqué en la portería y pedí la llave de una de las cabañas. Me aventuré por la alameda de chalés con garajes de un lado a otro. ¿En cuál de ellos estarían los desajustados?

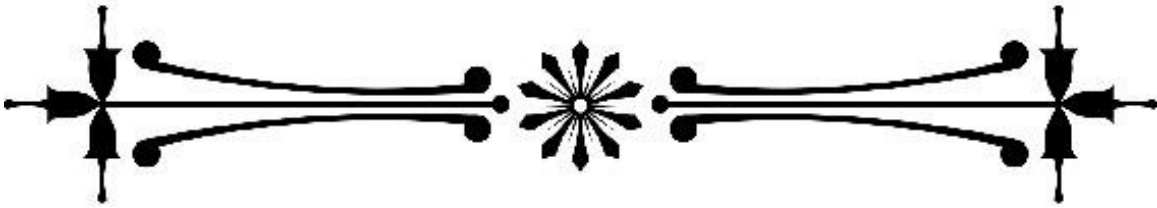
Me bajé de la moto y pasé a buscarlos de garaje en garaje. Creo que, por mala suerte de mi parte, algún funcionario ha detectado mis movimientos por las cámaras de vigilancia y ha activado la seguridad. Un tipo apareció gritando:

—¡Eh, tú, quédate donde está!

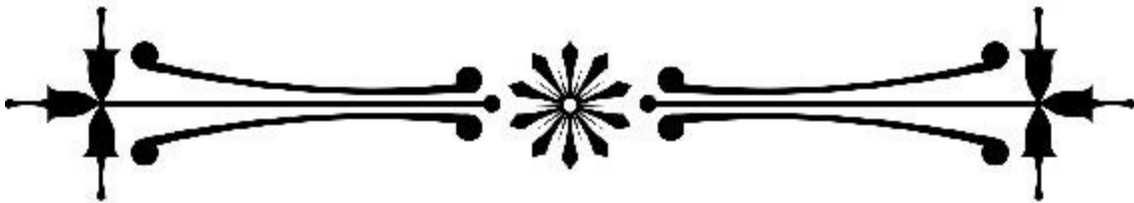
Me aceleré la moto y me hui, sin proceder al flagrante de delito que tanto anhelaba. Para mi

total infelicidad, no obtuve siquiera una foto de los vehículos llegando al motel. Me merecía que alguien predicase a mí el sello de detective inútil.

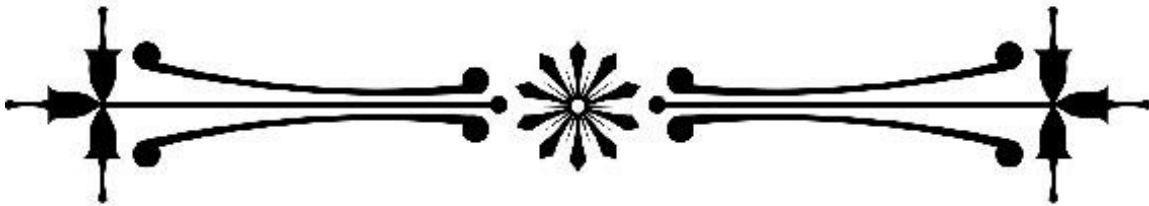
LIBRO TRES



**LUNES
NOCHE**



10 de diciembre de 2012



Cuando pasó en la esquina de la calle San Pelayo, en la Plaza del Chafariz, a las siete y media de la noche, el capitán Héctor percibió que la Librería Santa Teresa aún estaba abierta. Una idea repentina y estrafalaria se le rondó por la cabeza. Estacionó el auto cerca de un poste, salió rápidamente y caminó unos metros hasta el establecimiento de Papito. Había dos hombres tomando unas dosis de coñac en el sitio: la librería era también un bar y un café. Papito, el dueño, era un señor alto y delgado, con edad alrededor de cincuenta años, aunque pareciera tener mucho más: usaba un par de gafas cuyas lentes recordaban dos faros de Cucarachita y vestía siempre unas camisas de lino que podrían haber sido fabricadas en la década de 1940, con cuello duro y dos bolsillos muy grandes. En ese horario, él se ocupaba de guardar una pila de revistas en un estante. El jefe de policía dio dos tapas en el mostrador para ser notado. Papito se volvió y lo reconoció de pronto:

—Buenas noches, capitán—dijo sin largar el servicio que estaba haciendo.

—Buenas, Papito. ¿Cómo estás?

—Aquí, mirando y dejando—Papito respondió en un murmurio desalentado, pero como quien quería decir: «no me toques en esa tecla». —Está todo bien, capitán, excepto por los marimbas y vagabundos que infestan la Plaza del Chafariz en ese horario.

Papito hablaba como quien hacía una queja, como quien decía: «estaría todo bien si usted, como jefe de policía, arreglase una manera de expulsar los recogebalos de mi paseo».

Héctor percibió la insatisfacción del viejo.

—¿La ronda de la Guardia del Ayuntamiento no está pasando por acá?—él indagó.

En realidad, el capitán quiso recordar al dueño de la librería de quien era la competencia para realizar la ronda y garantizar la seguridad a las calles del Centro Histórico de Ludovica.

—¿La ronda?—Papito sonrió con ironía.—Telefoné al cuartel otro día para expulsar a un bando de delincuentes que estaba haciendo confusión en las puertas de las tiendas, pero un guardia

me dijo que el vehículo de la ronda no estaba saliendo a las calles. ¿Sabes por qué? Porque no tenía gasolina. Me preguntó si yo podía ayudarlos, colaborando con una cuota. Le dije que ya pagaba mis impuestos para eso. El guardia me colgó el teléfono en mi cara.

Tan pronto terminó de contar la historia, Papito se arrepintió. No debía habérselo dicho. ¿Y si el alcalde o el jefe de la Guardia enterarse de sus quejas?

—La falta de gasolina debe ser verdad—Héctor murmuró. —A mí me parece que la administración del alcalde Triguero Junior está en una bancarrota de tranca. Vamos a entrar en los tiempos de que la mona no quiere cargar con el mono.

—El peor es que eso no se quedará ahí; eso se hinchará como una garrapata.

—Sí, verdad.

—¿Y tú no puedes hacer nada para al menos mejorar la seguridad, capitán?—Papito apeló. —La Plaza del Chafariz se volvió en un burdel público. Me quedo con las puertas abiertas hasta ese horario porque soy terco, pero me pongo en riesgo mi vida y la de mis clientes. La cosa está gris con respuntes negros.

—Voy a dar una palabrita con el capitán Oliveira—dijo Héctor un poco impaciente. —Tú lo sabes, yo soy jefe del departamento de la Policía Nacional. Investigo los crímenes después que ellos ocurren. El capitán Oliveira, jefe de la Guardia del Ayuntamiento, es quien tiene competencia para hacer la seguridad de las calles.

El capitán se sintió en el deber de explicarlo a Papito porque, de hecho, la gente hacía una gran confusión sobre quién era quién cuando se trataba de seguridad, aunque la organización político-administrativa y las atribuciones de las dos policías en Santabella estuviesen bien definidas en la Constitución del país. Esto, por supuesto, no evitaba que, de vez en cuando, se relatasen casos de disputas de poder entre dos o más comandantes (principalmente cuando había denuncias de corrupción en una u otra institución).

La Policía Nacional, constituida de servidores civiles y militares, tenía la atribución completa en las áreas de policía judicial, policía ostensiva y policía administrativa. Investigaba crímenes comunes, tráfico de drogas, grupos de cuadrilleros, el comercio ilegal, robos a bancos, asaltos, prostitución y casos con extranjeros. Estaba dividida en siete departamentos: Cocomiel, Guadalquivir, San Hesiquio, Guacamayo Rojo, Mango Verde, Nueva Tarragona y Ludovica.

Ya la misión de la Guardia del Ayuntamiento era de hacer rondas en la ciudad en tiempo integral. Las patrullas deberían circular día y noche a pie, en bicicleta, en motocicletas o coche, y estaban autorizadas a usar la fuerza necesaria contra todos los que resistiesen al ser presos, palpados u observados. Los guardias eran responsables por cuidar del patrimonio de la ciudad, mantener el orden social, arrestar a personas borrachas, usuarios de drogas, ladrones comunes y prostitutas. Después de la detención por una ronda, el individuo era fichado en el cuartel (llamado la Guardería) y luego encaminado al departamento de la Policía Nacional, donde sería interrogado e indiciado. Los guardias no procesaban ni investigaban los crímenes. Eso era atribución de la Policía Nacional. La PL era responsable de enviar el caso a la Corte Judicial después que se completase la investigación.

—Ah, lo entendí—el viejo dijo, tímido, como si estuviera avergonzado por confundir la peste con el mal olor y desahogarse con la persona equivocada. —¿Qué deseas?

—Un libro.

—¿Cuál?

—El libro del actor.

—Ah, sí, la autobiografía de Pedro Maldonado, mi amigo. Se llama Las Llaves de Pedro.

—Ese mismo.

—Él venía aquí casi todo día. Le gustaba beber cerveza y coquetear con los chicos. Era el rey de los chistes. No me dejaba quieto un minuto.

—¿No tienes ninguna pista de quién puede haber hecho eso?

—No, desafortunadamente, no.

—¿Qué la gente está diciendo en las calles?

—Ah, dicen muchas cosas, algunas absurdas.

—Dime un ejemplo de lo que dicen...

—Unos dicen que fue un exnovio que lo mató porque intentaba ocultar su pasado. Otros dicen que fue alguien que se sintió ofendido por lo que él escribió en el libro. Hay muchas historias.

Papito caminó hasta una estantería abarrotada de libros novísimos y sacó un ejemplar pequeño y fino.

—Aquí está.

—¿Qué hay aquí de tan grave?

—Tal vez sea porque él habla de los hombres que se llevó a la cama.

—¿Y fueron muchos?

—Quizás un cuarto de los señores casados de Ludovica—Papito sonrió.

—Pero él no reveló nombres—el capitán se acordó de la entrevista que leyó en La Voz del Pueblo.

—¿Necesitaba que lo revelase?—el viejo enfatizó, mientras hojeaba el libro.—Por las situaciones que él narra y por las características de los personajes, es posible deducirse de quién se trata.

—¿En serio?

—Ora, por eso el libro se vendió tanto—el viejo sonrió de nuevo.—Solo hoy vendí unos veinte. Tú eres el vigésimo primer hombre casado que viene aquí a buscar por este libro. Es el último ejemplar.

Héctor percibió la insinuación en las palabras de Papito.

—Te lo aseguro que nunca fui a la cama con Pedro Maldonado —Héctor dijo y se sonrió.— Mi interés en su obra es meramente investigativo. Tal vez encuentre aquí una pista de quien lo haya matado.

—Puede ser que el nombre del asesino esté ahí en las páginas—el dueño de la librería hizo un aire de misterio.—Mira el título: Las Llaves de Pedro... ¿No te parece muy sugestivo?

—Sí, verdad.

—Las claves del crimen.

—Elemental, mi querido Papito—el capitán le dijo, haciendo una pequeña adaptación en la famosa frase del detective de la calle Baker. Enseguida tomó el libro de las manos del viejo y empezó a hojear.

Era un volumen de doscientos y diez páginas, con las dimensiones de catorce por veintiún centímetros, una portada azul con letreros blancos, teniendo en frente una pintura colorida de Pedro Maldonado vestido de arlequín, y en el verso una foto del actor en una postura muy seria, sentado en un sofá, como si hubiera sido tomada para un álbum de familia.

—¿Te gusta leer los libros de sir Arthur Conan Doyle?—Papito indagó.

—Ah, sí. A mí me gusta mucho. Soy admirador de Sherlock Holmes—el capitán le respondió sin mostrar ningún interés en la continuación del tema, pues ya estaba absorbido en la lectura de

algunos párrafos del libro.

Papito volvió a arreglar las revistas en el estante.

—Debes saber, por supuesto, que Sir Arthur Conan Doyle nunca escribió esa frase así como tú la hablaste...

—¿Cómo?

—La frase «elemental, mi querido Watson»... Ella está equivocada. En ninguno de los cincuenta y seis cuentos o cuatro libros escritos por Arthur Conan Doyle, el detective Sherlock Holmes jamás dice eso...

—¿No...?

—No. A veces Sherlock decía «elemental» y, en otras ocasiones, «mi querido Watson».

—Discúlpame, no lo entendí...

—Él nunca dice las dos frases juntas: «Elemental, mi querido Watson».

—Nunca había atentado para ese detalle...

—La frase fue unida por primera vez en 1929 en la película El Regreso de Sherlock Holmes. Se acabó popularizando en una serie de radio llamada Las Aventuras de Sherlock Holmes, transmitida en Inglaterra entre 1939 y 1947 por la radio BBC.

—¿Cómo lo sabes?—intrigado, el delegado preguntó.

—Yo soy fascinado por Conan Doyle y Agatha Christie—el viejo dijo con orgullo y sonrió una risa de burla y superioridad, como quien quisiese decir: «yo soy mejor detective que tú». — He leído casi todos ellos, más de ciento cuarenta libros.

—Estoy impresionado—Héctor murmuró. —Con este espíritu de investigador que tienes, acostumbrado a los misterios de Sherlock Holmes y Hercule Poirot, tú debes saber algo sobre la muerte de su amigo Pedro Maldonado...

—No lo sé nada de concreto—el viejo dijo. —Solo he escuchado eso que ya te dije, pero, en verdad, ni debería haber dicho nada. En mi edad, es siempre más prudente meterse la lengua en el remate del espinazo.

—Voy a llevar el libro. ¿Cuánto cuesta?

—Ochenta pesos.

—¿Tan barato así?

—Si quieres pagar más, yo acepto...

Héctor abrió la cartera y sacó un billete de cien.

—Quédate con los veinte restantes...

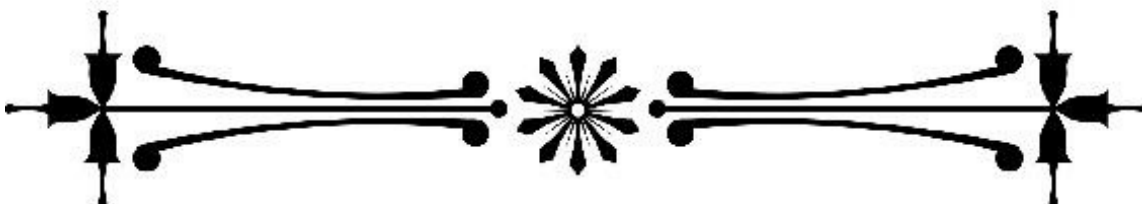
—Es un crédito para tu próxima compra. ¿Quieres que embale?

—No, gracias, no lo necesita.

—Buenas noches, capitán. Buena lectura también.

Antes de que el capitán llegase a la puerta de salida, Papito abandonó el servicio en que se ocupaba y pasó a expulsar a los últimos dos clientes que dormitaban en las mesas.

—¡Calabaza, calabaza, cada uno para su casa!



í, los muertos pueden ver, hablar y escuchar. Quien haya dicho lo contrario no entiende nada sobre la muerte, tampoco sobre la vida. Y era por eso que Pedro Maldonado estaba allí, observando lo que él consideraba una banda de gente hipócrita haciendo juicios a su respecto e intentando borrar su imagen, solo porque ahora él se encontraba hinchado y maloliente, con treinta y dos perforaciones en su pequeño cuerpo. Estaba desnudo sobre la mesa de aluminio, con sangre, pus y salmuera escurriendo por sus orificios, y también con moscas infectas queriendo introducir huevitos en sus oídos y en su boca.

Ahora se sentía como una pluma, ligera y libre, y podía transportarse a cualquier parte donde quisiese irse, tan rápida como un relámpago, un rayo de luz, un láser, una chispa, un flash. Por eso, aprovechando ese nuevo don, decidió buscar a alguien, algún ser vivo y pulsante en quien pudiese confiar, para mantener con él algún contacto de altísimo grado. Vagó por las calles empedradas de la Plaza del Chafariz y visitó las galerías vacías del teatro; se rondó por las callejuelas de la Villa del Conde y nada encontró, excepto los perros vagabundos que sintieron su presencia y ladraron y luego salieron corriendo; y también los gatos que se aterrorizaron y encresparon el pelo y también huyeron.

Intentó comunicarse con una simpática pareja de palomas en las torres de la iglesia y tampoco obtuvo éxito. Por fin se rindió y desistió de trabar contacto con los animales y pensó que tal vez los seres humanos pudiesen ser más sensibles. Se dirigió al primer lugar que le vino a la mente, la casa de Silvio Marcelino, su viejo amigo Marcelino, que siempre le prestó el hombro osudo para que pudiese llorar sus penas. Pedro fue flotando hasta la casa de Marcelino, que se quedaba muy lejos, y lo encontró saliendo y entrando en un vehículo de la policía en compañía de hombres obtusos. Los siguió y vio que ellos iban en dirección a la Ciudad Vieja y luego pararon frente al departamento de la Policía Nacional. Pedro entró en el edificio con ellos.

El caserón antiguo estaba lleno de voces, gemidos y lamentaciones, de rostros de otros tiempos, con ojos de huracán, que intentaban en vano decirle algo; manos hambrientas que intentaban desesperadamente agarrarle como si quisiesen salir de allí y todavía no podían porque estaban atrapadas a una rara fuerza, un vórtice, un absolvedor que las succionaban y las mantenían rodando allí dentro del viejo edificio. Pedro temió que también pudiese ser tragado por aquella vorágine y se agarró a las paredes y también a los hilos telefónicos.

Fue caminando hasta la sala por donde habían llevado a Marcelino y lo vio frente a los dos hombres que horas antes estuvieron en su apartamento y revirtieron su nido de amor, chillaron en su santuario sagrado y aún robaron objetos (como aquel álbum de fotos prohibidas que estaba sobre la mesa). Pedro vio cuando Marcelino se sentó con delicadeza en una silla y le sirvieron café y comenzaron a conversar.

Él pudo oír el diálogo porque los muertos (como he dicho) pueden ver y pueden oír, y también pueden hablar, y algunas veces pueden tocar las cosas. Pedro oyó cuando el hombre mayor —era un rostro familiar, pero Pedro no le recordaba el nombre, su mente quizás hubiese borrado tal información— preguntó sobre la última vez que Marcelino le vio, y Marcelino le dijo que había conversado en el camerino y que Pedro le había dicho que «estaba muy animado y que iba a arreglar un matrimonio aquella noche porque tenía suerte cuando la luna estaba menguante». Eso fue verdad, Pedro recuerda que había dicho eso. Marcelino contó al hombre que Pedro no apareció al día siguiente para hacer el espectáculo y que «nadie se preocupó de llamar para saber si estaba todo bien», y eso era verdad también, porque ningún de esos hijoputas (que tanto él había ayudado) se dio el trabajo de hacer una llamada para saber si él todavía estaba vivo. En realidad eso no tendría más valor, porque en el domingo él ya estaba muerto, desbordado y desorientado, rondando dentro del apartamento sin saber lo que había sucedido, apenas sintiendo el mal olor de su propio cuerpo en proceso de putrefacción, y el aire del apartamento dejándolo mareado, porque él había sido descubierto al día siguiente, cuando los vecinos ya estaban amarillentos con el olor nauseabundo que se extendía por todo el edificio.

Llegaron esos hombres, echaron todo y luego llevaron su cuerpo pútrido a la morgue. Ahora Pedro estaba sabiendo que confiscaron su álbum secreto de fotografías y que Marcelino solo había sabido de su muerte cuando las emisoras de radio rasgaron la noticia para toda Ludovica. Apenas en este momento es que Pedro empezaba a preguntarse dónde estarían los sepetecientos^[60] amigos que él imaginaba que tenía, y también las pilas de putas y pájaros a quienes dio trabajo, y los miles de chachos con quienes singó y pagó (y fingió dar o recibir amor), y las decenas de jaladores que juraban de pies juntos que él era el mayor artista vivo de Ludovica.

Ahora no los veía en ningún lugar, ni siquiera en la morgue. Incluso Marcelino le había decepcionado porque ahora parecía no demostrar una gota de sentimiento verdadero, porque Pedro no vio ni siquiera una lágrima en el rostro impasible y duro del amigo. Por eso Pedro se quedó en duda si seguiría con Marcelino o permanecería allí en aquel caserón desgraciado, con aquellos fantasmas desilusionados. Decidió quedarse porque estaba curioso para saber por qué el hombre mayor con cara de idiota pidió para leer el texto de su espectáculo. También le intrigaba lo que el hombre más joven (con barba de Che Guevara) quería tanto descubrir en las fotos de los chicos.

De buenas a primeras, Pedro tuvo un estallido, un recuerdo, una visión, de que había una foto del asesino entre los cientos de muchachos desnudos en aquel álbum; si, había una foto, era verdad, una foto en la que Pedro estaba de camisón y el asesino de calzoncillo en la sala del

apartamento y sostenía un vaso de whisky (o cerveza), y ambos estaban abrazados. Pedro se acordaba de que esa foto había sido hecha por Carlos del Magro que también estaba en la fiesta en ese día. Del Magro era otro falso, ingrato, que solo arreglaba trabajo cuando Pedro estrenaba un nuevo espectáculo. Hizo la foto con el papichulo para conmemorar, porque creía que él era alguien de futuro, pero después descubrió que era un gigoló que hacía de la prostitución su medio de vida. Era un papi ampliamente conocido en todas las ruedas.

Después de que descubrió eso, Pedro cortó relaciones y evitó buscarlo.

Jamás podría imaginar que él sería su futuro asesino.

El sábado lo reencontró en las calles, en el punto de siempre, frente al club nocturno a donde Pedro había ido en la búsqueda de saciar el hambre de sexo. El crápula se acercó a su coche y le sonrió. Había días que no lo veía. Él llegó como un lobo olfateando su presa. Pedro era la presa, y no al revés. Sonrió con sus dientes blanquísimos y dijo hola, buenas noches; segundos después, ambos ya habían acertado el precio y se dirigían hacia el apartamento de Pedro en el Valle de las Cascadas.

Al llegar, todo transcurrió tranquilo hasta cierto momento, cuando de repente el chivatón volvió del baño trastornado, diciendo que Pedro iba a pagar caro, porque había desgraciado su vida. Pedro intentó calmarlo, no estaba comprendiendo nada, pero el delincuente ya estaba armado con un colín que había encontrado en la cocina, y partió hacia arriba de Pedro, y lo golpeó varias veces por todo su cuerpo, y Pedro cayó en el suelo ya ensangrentado, la sangre brotaba a los borbotones, y no podía más mover los brazos para defenderse, y no tenía más voz para gritar, solo conseguía gemir; y el asesino no paraba de le golpear, miraba en el rostro de Pedro y en su pecho y después lo golpeaba, tres veces, cuatro veces, y otra y otra y otra.

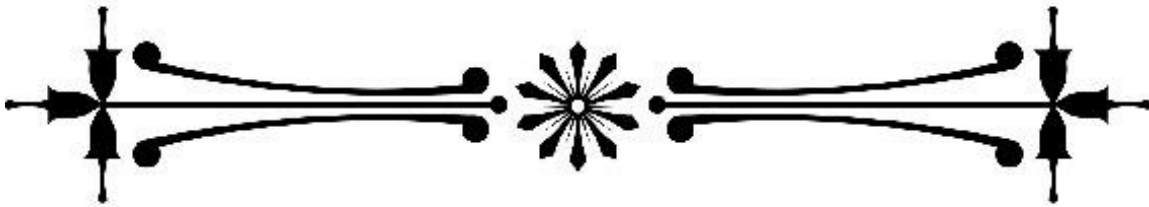
Pedro se detuvo de gritar y todo se fue ennegreciendo, después quedándose blanco y luego reinó un silencio absoluto.

Pedro se despertó cerca de media hora más tarde, con un zumbido inclemente estallando sus tímpanos. Se levantó y se sintió liviano como una pluma. Caminó hasta el baño y se miró en el espejo: vio las rasgaduras por todo su rostro; vio uno de los ojos porque el otro no existía más, había únicamente un agujero ensangrentado donde antes había la pupila. Y también vio la cascada de sangre que coaguló en su garganta como las cataratas del Niágara cuando congelaban en el invierno de Canadá.

Pedro entró en pánico e intentó gritar, pero el grito no le salió de la garganta. Se corrió hacia la sala y se encontró con el propio cuerpo recortado en el suelo. En ese instante Pedro percibió que estaba muerto y que no pertenecía más a ese mundo. Empezó a zanzar por el apartamento hecho un trompo y se sentó en la cama. Lloró y se durmió de nuevo.

Despertó al día siguiente con un enjambre de moscas zumbando en sus oídos. Oyó los gritos de los vecinos y luego los sonidos de herramientas rompiendo la puerta. Los hombres de máscaras entraron y, horrorizados, contemplaron la situación de su cuerpo. Después vino todo el resto.

Ahora aquí estaba Pedro, en la oficina del jefe del departamento de la Policía Nacional, observando el trabajo de estos dos hombres y decidiendo cómo podría ayudarlos a descubrir el paradero del crápula que lo envió al valle de los muertos. Cuando arreglaron sus cosas y partieron con destino a sus casas, y Pedro se vio solitario en la habitación oscura, echó el dedo en la garganta y quitó una porción de sangre coagulada; buscó la foto del asesino en medio de las demás e hizo un círculo alrededor de su rostro sonriente.



El cupé plateado se acercaba a la casa. El capitán hacía un esfuerzo para borrar de su pensamiento —al menos por un tiempo— los hechos bizarros ocurridos en aquel día extrañísimo. Intentaría ahora concentrarse en sus problemas particulares, básicamente en los dos más graves: Leticia con su embarazo precoz y Angelita con su irritación insoportable que inventaba una pelea a cada cena.

Conectó el dial de la Radio Comunitaria en el instante en que se tocaba una música de Amy Winehouse. No era el género que Héctor le gustaba disfrutar. Ya había escuchado la voz de la cantante inglesa algunas veces, incluso antes de la muerte repentina, en julio del año pasado. Siempre creyó que ella tenía la voz de alguien que estaba a punto de suicidarse a cualquier momento. Ahora, más que nunca, le parecía una voz salida de algún lugar tenebroso. Antes, las radios de Ludovica ejecutaban sus canciones por curiosidad, como algo excéntrico y distante. Ahora, después del paso dramático, no cesan de ejecutarlas como si fuesen un tesoro recién descubierto.

Héctor dejó la música tocar. Intentó acostumbrar sus oídos con aquella poderosa voz de contralto, pero no era lo que él oiría en una noche feliz. Tenía que admitir, sin embargo, que para una noche con aire funesto y menguante como aquella, le parecía el sonido perfecto.

We only said goodbye with words...

La canción, si no le era agradable, al menos le sirvió para que tuviese la sensación de que el camino para casa se había acortado. Por desgracia. Sí, por desgracia: porque en aquella noche Héctor prefería ser abducido por un platillo volador de otra galaxia. Sí, prefería desaparecer. O bien que el día no tuviese fin. O que todo se resumiera a los cuarenta minutos de aquella tarde en el motel, al lado de alguien tan especial que él no osaba decir el nombre, de aquel rapto que hacía tan bien a la salud de su corazón. ¡Ah, el corazón! Él empezaba a acelerar de nuevo a medida que

el motor del auto se ralentizaba para entrar en el garaje. La puerta se abrió. Era como los umbrales del infierno que se abrían. ¿Qué le esperaba aquella noche?

Nadie vino a saludarlo. La esposa vía TV en la sala. Con los ojos pegados en la telenovela mexicana, ni siquiera le dio buenas noches. Alicia, acostada en un sofá, tecleaba en el portátil y también hizo poco caso de la presencia del padre. Amanda no estaba en casa. Probablemente saliera para encontrarse con su novio. Si estuviese, sería la única que saltaría en el cuello de él y tal vez le ofreciese un besito.

Héctor fue a la habitación en el piso superior. Jugó en la cama la maleta oscura que traía en la mano y el libro que había comprado. Después tomó una ducha rápida y bajó a la cocina.

—¡La cena está en la mesa!—Angelita le gritó de la sala.—Basta calentar la carne en el horno.

Él comió la cena solitariamente y en silencio. Decenas de cosas desagradables pasaron por su cabeza mientras comía aquellas sobras del almuerzo frías y disgustadas. Masticó lo que pudo para matarle el hambre, pues no tenía ningún apetito. Después hizo un café expreso en la maquina, lo sorbió con avidez y se fue a fumar un cigarrillo en el balcón. Tomaba el coraje para encarar una charla con Leticia. Después del cigarrillo, decidió subir al dormitorio de ella. Cuando pasó por la sala de estar, Angelita lo miró de soslayo con ojos de víbora.

Leticia aún estaba despierta. Escribía algo en un cuaderno de tapa dura. Él dio dos golpes con la punta de los dedos en la puerta entreabierta. Ella interrumpió lo que escribía de repente y tiró el cuaderno debajo de la almohada.

—¿Qué quieres aquí?

—Quiero continuar la charla de hoy temprano.

—No te acerques a mí.

—Intente comprenderme. Quiero que te quedes bien.

—No des ningún paso.

—Este su embarazo...

—No quiero hablar contigo sobre eso...

—Hija, escúchame un instante.

—No me llames de hija...

—Por favor...

—Ya te dije para no acercarse a mí...

—Déjate que te explique.

—¡No vas a tocar nunca en mi bebé!

—Quiero que pienses en las consecuencias.

—¡Eres un monstruo!

—No, yo soy tu papá de siempre. Nada cambió.

—¡Monstruo! ¡Salga de aquí!

—Por favor, dime una cosa solamente: ¿Tobías es el padre de ese niño?

—¡Claro que es! ¿Qué tú piensas? ¿Qué soy una puta? ¿Qué soy igual a ti? ¿O igual a mi madre?

—No lo repita eso. No lo repita nunca más.

—¡Fuera!

Héctor salió de la habitación. En el pasillo, aún escuchó cuando ella vociferó:

—¡Te odio! ¡Nadie va a sacar a mi bebé!

Él se dirigió al jardín para fumar otro cigarrillo. Se sentó en una silla de plástico al borde de

la piscina. ¿Cómo pararía de fumar ante tanta presión y estrés? Los últimos días no estaban a favor de cualquier proyecto para abandonar el vicio, aunque el corazón lo pidiese. El corazón, el pulmón, los dientes, la piel—todo su cuerpo—pedía (¡imploraba!) para que él largase la nicotina. ¿Cuántas tentativas frustradas? Numerosas. Ni siquiera intentaría por ahora. Pidieron para que abandonase el café también. ¿Cómo? Ahí sería para matarlo de una vez.

Dio un trago profundo en el cigarrillo. Pensó una vez más en aquel amor que no osaba decir el nombre. Ah, Dios. ¡Qué situación! En qué historia loca el destino le involucró. Todo parecía desmoronarse alrededor como se fuese una avalancha en el Everest. Se mantenía de pie porque nutría esperanzas de que su libertad un día hubiera de venir. La libertad, la catarsis, la manumisión... ¿Cuándo?

Se quitó el teléfono del bolsillo. Se sentía ganas de llamar a alguien, cualquier uno, pero había pocas personas en su agenda con quien pudiese conversar sobre aquel amor incalificable. Accionó la pantalla táctil del aparato. Deslizó el dedo por los contactos para ver si le ocurría algún nombre con quien pudiese desahogar un poco.

Pensó en llamar a Alberto Puerto, un amigo de los tiempos de universidad, hoy abogado. Algunas veces Héctor recurría a Alberto para contarle algo cuando ya no soportaba la presión. Era un buen amigo y confidente. Hacía una semana que fuera a su casa y le había hablado de su voluntad de pedir el divorcio a Angelita.

—¿Hasta cuándo vas a soportar eso? —Alberto le dijo.

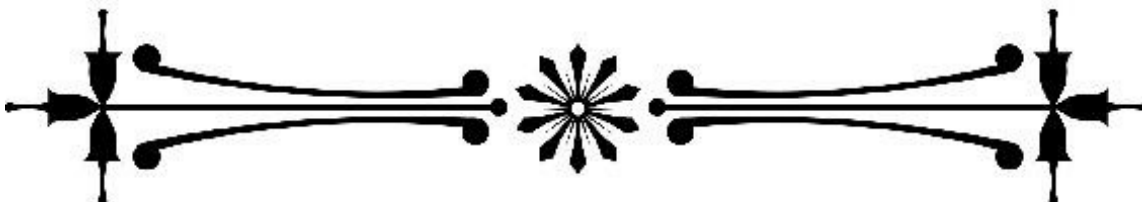
—No sé, no sé—Héctor respondió. —Hay días que quiero desaparecer del mundo.

—Ha llegado la hora de dar un fin en ese suplicio—Alberto le retrucó—y soltar las amarras.

No, no, Héctor decidió que no iba a perturbar a Alberto con ese asunto de nuevo.

Se convenció de que no tenía a quien llamar. Guardó el móvil en el bolsillo.

Volvió a la sala de estar. Se sorprendió porque la esposa no le tirara para una charla aburrida ni inventara un revolú sin sentido. Ella estaba increíblemente quieta aquella noche. No le había hecho ningún comentario sobre el embarazo de Leticia. Parecía aérea y feliz. ¿Qué le había sucedido?



Después de la cena, Jeison dijo a Baena que quería salir para visitar a un amigo y le pidió el auto prestado. Ella no dijo ni sí ni no e hizo una expresión de quien no se incomodaba y de que confiaba en él. No era verdad, pero necesitaba fingir. Cuando él salió, sin embargo, ella se encerró en la habitación y se derritió en lágrimas.

Él no había cambiado cosa alguna, ella admitió de sí para sí. Y, en la noche de luna menguante, la soledad la envolvió de nuevo. La excusa de visitar a un amigo no la convenció de ninguna manera. ¿Quién sería la vagabunda? Ella se martirizaba, rodando de un lado a otro en la cama inmensa. A esa hora tal vez él estuviese calentando otro lecho, alimentando otra boca, cogiendo otra papaya (u otro túnel). Y ella allí, una vez más sin nadie, como tantas otras veces desde la muerte de su marido imprestable, con el corazón congelando, las neuronas en desesperación, la tota recelosa.

A cada mentira que él la decía, ella se sentía traicionada, ultrajada, incompleta, débil, pávida. ¿Por qué diablos le creía?

Se levantó y se fue a la sala para dividir su angustia con la tele, fiel compañera. Ada ya se había recogido a su habitación en los fondillos de la casa. Mejor así, Baena pensó. Tenía que redoblar los cuidados con la empleada, la espía, la cotilla.

El reloj digital del receptor de canales por cable marcaba ocho y media. Baena zapeó hacia arriba y abajo hasta fijar el mando a distancia en el canal de películas internacionales. Empezaba *El Ansia* (en inglés *The Hunger*), producción británica de terror dirigida por Tony Scott, escrita por Ivan Davis y Michael Thomas, basada en la novela de Witley Strieber.

Era una película de 1983, de ambientación gótica, diabólicamente sensual, que narraba la historia de dos músicos, Mirian y John.

Miriam era interpretada por Catherine Deneuve y John por David Bowie. Cuando el nombre de la actriz francesa apareció en la pantalla, Baena pronto se interesó. Era fan de Deneuve. De

Bowie también, pero no mucho.

Mirian Blaylock (Catherine Deneuve) era una enigmática vampira cuya edad indecible no afectaba a su apariencia de femme fatale. El rubio John (David Bowie), hábil violoncelista, era el actual amante de Mirian. Estaban juntos desde el siglo diecisiete y dividían el secreto de la vida eterna: beber sangre humano.

Ellos vivían en la frenética Nueva York de principios de la década de los ochenta, donde fingían ser una pareja de góticos. Así hacían sus víctimas entre los frequentadores de las casas nocturnas de la periferia neoyorquina.

La escena inicial mostraba Miriam y John bailando en la pista de una ahumada discoteca, con la banda inglesa Bauhaus tocando la canción Bela Lugosi's Dead.

La pareja, elegantemente vestida de negro, escrutaba a las probables víctimas que transformarían en el menú de aquella noche.

Poco a poco, un dilema vivido por la pareja se va aclarando: mientras Miriam no era afectada por el tiempo, el cuerpo de John estaba padeciendo de un vertiginoso proceso de envejecimiento. Mirian se mostraba desilusionada porque no era la primera vez que eso sucedía. Otros de sus amantes, siglos atrás, habían sufrido del mismo mal: iban atrofiándose poco a poco hasta convertirse en momias vivas. No llegaban a morir, pero envejecían de tal manera que se quedaban irreconocibles. Mirian los almacenaba en ataúdes que mantenía en una sala preparada con esa finalidad en su inmenso apartamento.

Con el pasar del tiempo, John no conseguía más ocultar las tristes señales de senectud. Sabía que, tarde o temprano, Mirian haría lo mismo que hubiera hecho con todos los demás, o sea, iba a momificarlo y ponerlo en un sarcófago.

Para huir de ese destino, el músico buscó la ayuda de una médica especialista en trastornos del envejecimiento, esperando que ella le ayudase a deshacerse de la inminente decadencia física. La doctora Sarah Roberts (Susan Sarandon) se quedó repentinamente fascinada e intrigada con el rarísimo fenómeno que estaba acometiendo el cuerpo de John.

Un día John no compareció a una consulta que había sido marcada. Preocupada, Sarah decidió buscarlo en el apartamento.

En ese ínterin, John ya había cumplido su destino y Mirian ya lo había puesto para hibernar en un esquife al lado de sus otros amantes.

Al llegar en el apartamento, en busca de noticias de John, la doctora fue recibida por Mirian. Por suerte o por desgracia, acaba no resistiendo a los encantos sexuales de la vampira. (La transformación de Sarah en amante de Mirian se realiza en una memorable escena de amor lésbico, una mezcla de sangre, caricias y besos).

En este punto de la película, Baena pensó: no le gustaba mamar una tota, pero aceptaría ir a la cama con Catherine Deneuve, que debía tener la misma edad que ella. Por eso la admiraba: era otra prueba de que una mujer podía ser atractiva a los setenta. Durante décadas, Deneuve fue la cara del perfume Chanel y fue también la percha perfecta para los vestidos de Yves Saint Laurent. También, durante años, las líneas de su perfil eran las que representaban la efigie de Marianne, la figura femenina oficial de la República de Francia, estampada en sellos y otros papeles del país.

Ah, sí, Baena deseaba ser Catherine Deneuve mucho más que cogerla. Quería tener el peinado impecable, aquellas mechas, aquellos ojos, aquel cutis, aquella boca y aquellos dientes. Dientes perfectos, dicho sea de paso, incluso a los setenta. Casi setenta, porque nació en 1943 (Baena era un poco mayor, un año solo). "A veces, es un poco pesado ser Deneuve, pero hay más ventajas que desventajas", dijo la diva una vez durante una entrevista.

Ah, ¿qué desventaja existía en ser Deneuve?

Bueno, pensó Baena, ella también fumaba.

Cuando los créditos finales de la película comenzaron a subir, Baena dio adiós a Deneuve y cambió para un canal dedicado a temas femeninos. Sintió en el momento exacto en que la presentadora— una señora rubia de unos cincuenta años, con indiscutibles aplicaciones de bótox en la frente y en las mejillas— alardeaba que «la edad no era obstáculo para una mujer irradiar sensualidad o vestirse de modo vivaz». En seguida anunciaba que algunas mujeres de sesenta y setenta iban a revelar, allí en su programa, los motivos por los cuales se sentían más absolutas de que cuando tenían veinte o treinta.

En la pantalla surgió una publicitaria con el nombre de Julia, sesenta y seis años, con pelo ondulado y rizado, vistiendo una blusa blanca de lana y una bufanda alrededor del cuello para ocultar los pliegues indeseables de esa región, de pantalones vaqueros, aire bien jovial y sonriente, que decía:

—Me siento más seductora ahora que cuando era joven. Gracias a Dios que he vencido algunos prejuicios con los que fui educada y hoy tengo una vida sexual muy activa, pues sé ahora cómo calentar la relación a dos y soy más segura para alcanzar el placer. Siempre he sido muy vanidosa. Cuido de la piel, del cuerpo y de la mente. Me voy al gimnasio tres veces por semana y trato de mantener el peso con una alimentación a base de frutas, verduras y peces. Me visto con ropa de la última moda, sin excesos, y me maquillo con capricho para salir.

Después de la sonriente Julia, apareció Teresa Miranda, setenta y dos, dueña de una tienda de ropa importadas: vestía una blusa roja con lentejuelas, usaba un tinte del color de alajú en el pelo que lo hacía más parecido a una peluca artificial; también usaba un maquillaje cargado que no podía ocultar los gránulos de la aplicación reciente de bótox en los labios y en la frente:

—A mí me gusta vestirme así porque me siento deseada, pero tomo cuidados para no parecer vulgar. Quiero presentarme sensual, pero con cierta clase. ¿Sabían que yo uso un bikini en la playa? Tengo una vida sexual de hacer envidia a muchas niñas de veinte. Estoy en el cuarto marido. Mi última relación ya dura dieciséis años y brinco la tablita^[61] con él casi todos los días sin el uso de píldoras para la erección.

—Tengo cincuenta y nueve años, dos bodas, viuda dos veces, cinco hijos, ocho nietos y tres bisnietos—dijo otra señora, esta de piel morena, con un cabello al estilo africano, no aparentando ni de lejos la edad que proclamaba tener. —Me siento como si tuviera cuarenta. ¿Mi secreto? Nada nuevo: la genética de mi madre, la tecnología cosmética, la liposucción y una dieta vegana. Hoy tengo sueños y planes de una adolescente. Ya viajé por dos cruceros por el Caribe y me voy todo sábado en un club para señoras. Por supuesto, algunos me miran con narices torcidas. A mí no me importa lo que piensan. Cada minuto de mi vida es muy precioso para perder con la gente obtusa.

—Después de esos testimonios inspiradores, presten atención, queridas telespectadoras: vamos a conocer ahora a una señora que practica habitualmente los Ejercicios de Kegel—anunció la presentadora rubia con gran estallido. —¿Qué son los ejercicios de Kegel? ¿Tú los conoces? ¿Cómo realizarlos de forma correcta? Sigamos adelante, acompañando ahora el relato de una señora de sesenta y cinco años que practica esta técnica desde hace mucho tiempo, para combatir la incontinencia urinaria, flexionar los músculos de la vagina y mejorar su desempeño sexual.

—Soy madre de un niño de cuarenta años y tengo dos nietos, uno de doce y otro de ocho—dijo la señora llamada María Lucas, dueña de un haz medio indígena; ostentaba por encima del

vestido verde una franja que la identificaba como Miss Belleza de la Tercera Edad 2010. —Pasé toda mi juventud buscando la belleza eterna y el éxito profesional. Ahora, más madura, tengo tiempo y dinero para cuidar mejor de mi cuerpo. Hoy me siento más sexy y más liberada. No es un par de muslos gruesos y firmes que me harán sentirme más segura. Es mi cabeza. Soy fisioterapeuta, escribo sobre sexualidad en un blog y doy clases de cómo realizar los ejercicios de Kegel con seguridad.

—Estos ejercicios, para los que no saben, son una técnica que consiste en contraer la musculatura de la vagina en diferentes movimientos y a veces usando objetos —interrumpió la presentadora rubia. Y luego indagó interesadísima: —¿Cuáles son los beneficios de esta práctica, querida María?

—El principal objetivo—retomó la señora—es aumentar las habilidades de la musculatura de la vagina para proporcionar más placer en la relación sexual, no solo para sí y también para su compañero. Hasta porque, cuando la mujer realiza los movimientos correctos, logra que el hombre llegue al orgasmo junto a ella. ¿Eso no es fantástico?

—Sin duda—se quedó de acuerdo la presentadora rubia, riéndose.

—Más no es solamente eso —replicó la señora. —Los ejercicios de Kegel pueden ayudar a aliviar la incomodidad de mujeres que sienten dolor durante la relación sexual. Y, si son practicados con acompañamiento de un profesional, también pueden ser una óptima solución para la retención de orina, candidiasis e infecciones frecuentes.

—¿Cómo hacer los movimientos correctos? Estoy muy interesada...

—La mujer necesita, en primer lugar, tener conciencia plena de la estructura de su vagina. Es necesario conocer bien su papaya: mirarla en el espejo, examinarla, abrirla, acariciar el clítoris, masajear los grandes labios, percibir cómo se da la contracción y la relajación, medir las diferentes sensaciones que esos toques proporcionan.

—¡Ay! ¿Y eso se puede hacer únicamente con los dedos? ¿O tiene algunos secretos?

—Sí, puede ser solo con los dedos, pero puede ser también con pesos y conos vaginales, que son maravillosos para aumentar la conciencia corporal de esa región.

—¿Podrías enseñarnos algunos ejercicios simples que se pueden hacer en casa?

—La mejor forma de practicarlos es con la ayuda de un especialista. Sin embargo, voy a enseñarles algunos ejercicios que pueden ser realizados por cualquier mujer, independiente de su tipo de musculatura, sin el uso de instrumentos o juguetes.

—¡Qué maravilla!—la rubia exclamó casi en éxtasis.—Preparad vos, mujeres, que ahora vamos a aprender algo inédito. ¡Vamos a dejar nuestras popolas bien musculosas y firmes!

En ese instante, Baena espantó el sueño, abrió los ojos y aumentó el volumen de la tele. Aquel asunto le interesaba muchísimo.

La señora María Lucas, sin deshacerse de su tarja de Miss Belleza de la Tercera Edad 2010, sacó el vestido y se quedó de bragas y corpiño delante de las cámaras.

Baena no dejó de notar la silueta impecable de la mujer. No había un único montículo de grasa o pliegues.

—El primer ejercicio es para la relajación de la musculatura vaginal—ella anunció. —Antes de cualquier cosa, vacíate la vejiga. Es decir: orínate hasta expulsar la última gota de pis. Después de eso, contrae de modo muy suave la musculatura vaginal...

—¿Cómo? —preguntó la rubia.

—Basta realizar un movimiento como si estuvieras sosteniendo la orina, pero de leve. Después de esa breve contracción, haga lo contrario: una acción bien intensa, como si estuviera

haciendo fuerza para eliminarla. Repita esto por diez veces seguidas. Descanse unos veinte segundos y realice otra serie de diez, totalizando dos series con diez repeticiones cada una.

—No me parece difícil—opinó la presentadora. —Segura la orina de leve, después libera con fuerza. Veinte veces.

—Vamos al segundo ejercicio, esta vez para fortalecer la musculatura de la vagina —anunció la señora. —Ahora es lo opuesto: la expulsión debe ser muy débil y la contracción más fuerte. Realiza veinticinco repeticiones de esas contracciones, cuatro veces seguidas. Descanse en un intervalo que considere necesario entre una serie y otra, siempre que no pase de treinta segundos.

—¿Y ahora? ¿Qué viene?

—Ahora es el tercer ejercicio: sosteniendo la contracción.

—¡Ay! ¡Eso me parece difícil!

—La mujer tendrá que mantener la vagina contraída por el mayor número de tiempo que pueda, así como si estuviera con muchas ganas de orinar y necesita apretar la vagina para no mojar los pantalones en público. Sostenga esta contracción y empiece a contar durante cuánto tiempo puede mantenerla así. Vaya anotando sus marcas y cada día intente superarse.

—¿La popola no se vuelve dolorida después de tanto esfuerzo?

—Es como una clase de musculación en el gym. Se duele un poco después del entrenamiento, pero luego pasa y el beneficio se queda.

—¿Y cómo es el cuarto ejercicio?

—Es para entrenar la coordinación motora.

—¡Ay, Dios! No me imagino lo que sea...

—A principio, ese es un poco más complicado, pero con paciencia y sincronía cualquier una conseguirá realizarlo sin problemas. En esta fase la gente va a hacer las contracciones y utilizar también la respiración. Inspire profundamente y, al soltar el aire, contraiga la vagina al mismo ritmo. Al inspirar otra vez, relaja la musculatura, siempre al mismo ritmo.

—Esto es un poquito más complicado.

—Sí, por eso debes empezar bien espaciado. Sin apuro. Inspire el aire y contraiga la vagina. Después, expíralo y relájate. A medida que se acostumbre, vaya acelerando la respiración junto con las contracciones y las relajaciones.

—¿Por cuánto tiempo?

—No tiene un tiempo específico. Pero recuérdete que, cuanto más te ejercitas, más rápidos serán los resultados.

—¡Por supuesto! ¿Y ahora?

—Nuestro quinto y último ejercicio: conciencia corporal.

—¿Qué diablos será eso en el mundo del Dr. Arnold Kegel?

—Este ejercicio debe ser hecho de preferencia sentada. Mueva las caderas hacia delante y hacia atrás, y luego hacia los lados. Hazlo el máximo de veces que consigas. A medida que te sientas más a gusto, inicie las contracciones de la vagina, mientras realiza los movimientos con las caderas. Lo importante aquí es sentir como las diferentes partes del órgano se contraen en cada posición diferente de las caderas.

—¿Cuántas veces?

—¡Cuántas quieras!

—¡Papa Dios! No sé cuánto a ustedes, mis queridas telespectadoras, pero yo voy a poner todos estos ejercicios en práctica tan pronto llegue a mi casa.

—Estos cinco ejercicios deberán realizarse todos los días, durante tres meses. Después de

este tiempo, o si ya ha adquirido el efecto que anhelaba, puedes hacer solamente uno de los cinco, una sola vez al día, para mantener los beneficios que ya has ganado.

—¿Y qué se gana con eso?

—¡Una vagina en forma!

—Ah! Eso es el sueño de toda mujer, no importa la edad, ¿no es así?

—Sin duda.

—¡Cuántos descubrimientos lo hice hoy! —exclamó la presentadora rubia. —Gracias por participar en nuestro programa, María querida. ¿Puede decirnos el teléfono de su academia? Creo que muchas televidentes están interesadas...

Baena agarró una pluma y anotó el número en una agenda negra que estaba cerca de la tele. Decidió que, cuando fuese a la capital, haría una visita a la intrépida profesora María Lucas para conocer su academia de musculación vaginal. Mientras tanto empezaría sus ejercicios mañana temprano. Recapitulando: antes de cualquier cosa, se debe vaciar la vejiga...

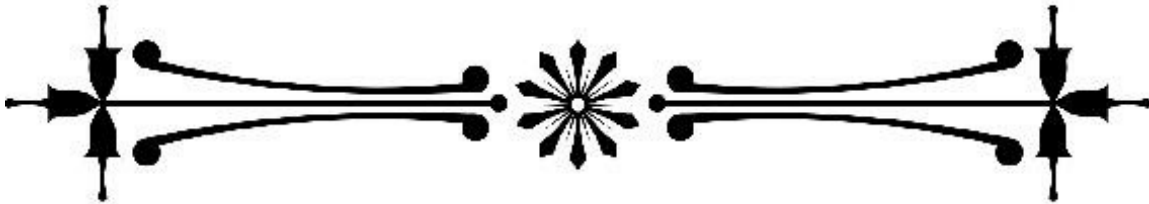
En ese instante, el coche se paró en el garaje. Jeison había regresado. El corazón de Baena se disparó. El crápula volvió, dijo de sí para sí y fue a recibirlo.

—Visita demorada—ella comentó al abrir la puerta.

—Discúlpame—él murmuró. —Yo y mi amigo teníamos tanto asunto que ni siquiera percibí el tiempo pasar.

Ella le dio un beso en la mejilla y decidió no decir nada más. Prefería guardar su desconfianza para otra oportunidad.

—¿Vayámonos a dormir?—él pidió, abriendo la boca y fingiendo somnolencia.



Detrás de ella el paisaje asombroso y sucio del Nido del Buitre iba desapareciendo, perdiéndose en la oscuridad y el humo de basura, neumáticos e hilos que se quemaban. Por la noche, algunos residentes hacían hogueras para espantar los mosquitos. Otros aprovechaban para quemar los cables robados de la red eléctrica y de la compañía telefónica para extraer el cobre. La luna menguante dormitaba perezosa entre las sierras grises que rodeaban a Ludovica. Marisol y Agustín caminaban por una carretera llena de pedregales y agujeros. Difícil verlos en aquella oscuridad infernal.

El padraastro llevaba la maleta en la mano y ella traía otra en la cabeza. Marisol demostraba agotamiento: estancó una vez más y dijo que quería volver a casa. Agustín le ordenó que callase la boca y apresurase los pasos.

La niña gruñó que quería ver a su madre. Él amenazó que, si ella no callara la boca, iba a dejarla allí en medio del nada. La niña se sentó en la maleta, se quejó que estaba cansada. Agustín gritó:

—¡Anda, viene! ¡Cálate!

El hombre agarró a Marisol por el brazo y la arrastró como quien arrastra un perro.

Caminaron a las oscuras por unos veinte minutos y luego vieron las luces de un restaurante al borde de la carretera.

Agustín y Marisol entraron en el local donde unos hombres con apariencia de muertos vivientes jugaban al billar y bebían cerveza. Él caminó hasta el balcón y se dirigió al dueño.

—¿Cuánto cuesta un refresco?

—Veinte pesos.

—¿Y tienes arepitas?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Tres por cincuenta pesos.

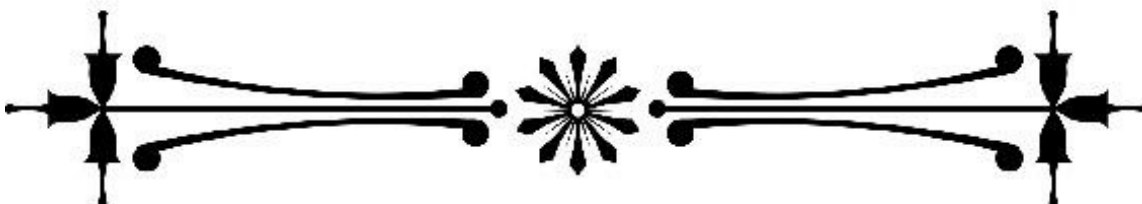
—Por favor, me sirve tres arepitas y un refresco pequeño.

—Puedes sentarte que ya te sirvo.

Agustín tiró a Marisol por el brazo y los dos se sentaron a la mesa que quedaba en el fondo del restaurante.

El cansancio estaba impreso en el rostro de la niña. Ella no conseguía disimular el haz trastornado y los ojos llorosos.

El dueño del restaurante no tardó en llegar con el refresco y las torrijas de maíz. La niña y el padraastro comieron en silencio bajo las miradas curiosas de los hombres en el billar.



León Quesada oía una voz en sus tímpanos, susurrando:

—¡Salga, mate! ¡Mate por mí, mate para mí!

Era ella. De nuevo. Ella siempre aparecía para recordarlo el pacto que hicieron.

Era un susurro, pero parecía un gruñido de felino amenazador:

—¡Necesito sangre!

La luz amarillenta de los postes de la calle y el resplandor de la luna menguante entraban por la ventana abierta. León se encontraba acostado en la cama de una de las habitaciones lúgubres de la famosa pensión de Pilar Salvatierra, en la Vila del Conde, cuya fachada parecía un limón pudriéndose.

Hace algún tiempo el lugar quedó casi vacío desde que Pilar se involucró en el homicidio de Aquiles Mercado. Cuando León llegó allí, tres meses después de lo ocurrido, le hicieron varias advertencias: «cuidado con la vieja, ella está loca».

Que nada. Pilar era muy tranquila. Nunca lo molestó y siempre lo trató con mucho respeto. Ella estaba siempre a las vueltas con un cuaderno de capa florida, adelante y atrás, escribiendo con incansable determinación.

León vino a hospedarse allí porque fue el alojamiento más barato que encontró. El precio promocional era efecto de la mala fama que el establecimiento adquirió tras el escándalo envolviendo su dueña. León se sorprendió, al principio, con el alerta de que era una pensión exclusiva para hombres. Había, sin embargo, muchos homosexuales y travestis ocupando las habitaciones, pero ellos nunca lo molestaron. Uno de ellos le dijo, una vez, a la hora del desayuno, que la pensión de Pilar ya había sido un ambiente muy concurrido y alegre. Se llegó a ser punto de encuentro de poetas y políticos importantes de Ludovica. Ahora, después del crimen, andaba entregado a las moscas y a las cucarachas.

De hecho, había muchas cucarachas. Y también mosquitos y lagartijas subiendo y bajando por las paredes. Es decir: era un excelente escondrijo para alguien como León Rivero Quesada.

Él estaba momentáneamente sin un chele. Había gastado todo lo que tenía y por eso no podía darse al lujo de quedarse en un lugar mejor. En su actual situación, la pensión de Pilar estaba de buen tamaño.

León dependía de la suerte para conseguir dinero. Vivía de juegos de azar, juguetes, casinos, barajas, dados. Pero su suerte dependía de aquella voz.

Estaba cansado, de todos modos. Se rehusaba a atender los llamamientos que parecían resonar por toda la habitación, encubriendo incluso el sonido de la tele:

—¡Levántate, yo quiero sangre! Si no me dieres sangre, yo te dejaré pudrirte en este infierno hediondo.

Era así: la sangre era sinónima de suerte. Él arreglaba sangre, ella le daba suerte.

Pero León no quería hacer eso. Si la crisis se apretase, podía vender el coche por un buen precio que le permitiría fondos para comprar comida y pagar el alquiler por tres o cuatro meses. Resistiría a las llamadas de la voz.

—¡Haga eso por mí! ¡Necesito sangre!

Había días que aquel tormento no lo dejaba dormir. Su cabeza palpitaba. Su corazón galopaba a mil. Mañana iba a intentar una receta médica falsa para comprar unos ansiolíticos. Necesitaba dormir.

—¡Salga, mate!

—¡No! ¡Basta! —León gritó y saltó de la cama.

Todo su cuerpo sudaba. Las venas de su cuello querían explotar de tanta presión. No soportaba más. Ella actuaba como una embarazada con deseos. Solo había una manera de hacerla parar: ceder y atenderla.

Se vistió con un pantalón bluyín y la camiseta con estampa del Sepultura, puso la chaqueta de motociclista por encima y calzó un tenis de jugar baloncesto. Fue en el armario y cogió la bolsa deportiva de nailon que escondía allí. En el interior, los utensilios que necesitaba para hacer lo que tenía que ser hecho. Estaba todo en orden.

Fue hasta el lavabo del minúsculo baño y arrojó agua en la cara y el cuello para limpiar el sudor. También mojó el pelo ligeramente. Se enjugó enseguida. Metió los dedos en un pote lleno de gel fijador y los pasó enseguida en las puntas del tupé estilo pompadour para dejarlo con el efecto de brillante y mojado. Después pasó un peine para arreglarlo en el estilo clásico de los cantantes de los años 1950 (como Elvis Presley y Johnny Cash), pero también como lo pelo de gente actual (como Justin Bieber y Zac Efron). Enseguida se metió los mismos dedos en la nariz y arrancó dos pelos que insistían en aparecer por los agujeros. Pasó el desodorante roll-on en las axilas y roció un perfume francés en el cuello y en las muñecas. Puso el reloj de oro y comprobó la hora: diez y veinte de la noche.

¿Estaba listo para entrar en acción?

No, no. Necesitaba un estímulo extra, sangre caliente, cerebro activo. Buscó en la mesilla de noche un pequeño paquete con el polvo blanco. Después tomó un espejo vagabundo, de los que se compra en mercados populares. Despejó un montículo del polvo sobre la superficie brillante del espejo. Sacó del bolsillo la cartera y de ella retiró la tarjeta magnética del banco y una nota de diez pesos. Usó la tarjeta como quien usa una pala para transformar el montículo en filas, tal cual una plantación de maíz. Transformó el dinero en una pajilla y empezó a aspirar, una a una, las carreras del polvo. Aspiraba y suspiraba profundamente, como para sentir el poder del marinero

Popeye tomando cuenta de sus venas y de su cerebro. En pocos segundos sintió una sensación de magnificencia, de euforia y de excitación sexual tomando cuenta de cada célula de su cuerpo. Se volvió la última carrera y guardó la tarjeta y la papeleta. Después pasó el dedo en la superficie del espejo, recogió las mínimas partículas restantes del polvo y las frotó delicadamente en las encías. No satisfecho, pasó la lengua en la superficie del espejo. Ahora sí, estaba listo.

Miró su imagen en el reflejo: allí estaba él. Su abuela decía que se asemejaba a un astro de Hollywood. Él se reía cuando ella hablaba eso. Tenía el rostro anguloso, la nariz afilada, los ojos claros del color de caña verde, la boca rojiza como si usase lápiz labial y la sonrisa blanca de dientes casi perfectos (solo no eran perfectos porque no mandara reparar a tiempo la ligera separación entre los dos dientes superiores de adelante, que algunas personas consideraban un defecto estético y otras un irresistible encanto). El pelo castaño ya había sido rubio por un tiempo y hubo una novia que lo llamaba Brad Pitt en esa época. (Ah, sí, claro, ella estaba perdidamente enamorada de él y, de esta forma, era necesario dar un descuento generoso en su evaluación; cuando el amor se acabó, ella cambió su opinión y pasó a considerarlo más parecido a Iggy Pop).

No era ni una cosa ni otra. No se sentía feo ni hermoso a lo extremo. No sabía, sin embargo, porque las mujeres se sentían atraídas por su figura. En la infancia y la adolescencia, siempre había sido pobre y hambriento. Con tantas privaciones, nunca había podido preocuparse con la apariencia. Por eso, no imaginaba cuál era el secreto de su encanto. Solo sabía que eso le ayudaba a la hora de elegir una víctima.

Tomó la llave del coche, se la puso en el bolsillo y salió de la habitación.

Descendió por una escalera hasta la sala donde Pilar solía quedarse en un sofá viejo del rincón, al lado de una lámpara en forma de piña. Allí ella fingía escribir sus poemas, pero en realidad permanecía en aquel lugar solamente para controlar el vaivén de los huéspedes, anotando entradas y salidas, con el propósito de evitar que uno de ellos abandonara el local sin pagar. Al menos era eso que los demás clientes decían, pero León nunca paró un rato para analizar esa hipótesis.

De hecho, cuando pasó por la sala, a las once horas, la vieja estaba sentada en el sofá, con el cuadernillo a las manos, garabateando sin parar. Un gato negro y gordo se lamía en los pies de la vieja. En aquel momento cuatro huéspedes asistían a la tele y jugaban al ajedrez.

—Buenas noches a todos—León los saludó.

—Buenas—uno de los huéspedes respondió sin prestar mucha atención a León.

—¿Vas a salir a esa hora, hijo?—Pilar le preguntó.

—Voy a visitar un compinche—él respondió. —Volveré en un rato.

Pilar sonrió y bajó sus ojos en los escritos del cuaderno. León salió rápidamente. Tomó el coche en el garaje y se fue.

Paró en la tienda de conveniencias de una gasolinera y se abasteció de cervezas. Después siguió hasta la Plaza del Chafariz.

Se detuvo en una esquina y encendió el intermitente. Pensó en abordar a una fletera morena que usaba una peluca pelirroja y que se exhibía para quien pasaba, fumando y riéndose alto; pero cuando iba a abordarla, percibió el proxeneta de ella a desprenderse detrás de una cucharada recolectora de basura. Abortó el plan.

Se fue a otro punto de la ciudad. Pasó cerca de la catedral, pero no quiso parar porque a aquella hora estaba infestada de borrachos.

Se decidió a aventurarse por los barrios nuevos. Tomó la carretera hacia Alborada, Le Corbusier, Niemeyer y Valle de las Cascadas. Conectó la radio. Sintonizó en la Radio Tribuna de

Ludovica en el mismo instante en que tocaba Smells Like Teen Spirit, canción de Nirvana.

Load up your guns and bring your friends...

Era inusual que una emisora tan retrógrada como la Tribuna de Ludovica ejecutase ese tipo de música a aquella hora. A no ser que fuese obra de algún programador loco que estaba aburrido en su turno y sacó el disco de Nirvana en medio de los boleros, habaneras, merengues, rumbas y salsas que componían la senda del horario.

León no era hinchado de Kurt Cobain, pero se quedó tan involucrado con la canción que no percibió a los dos vehículos de la Guardia del Ayuntamiento que hacían una barricada en frente al monumento en homenaje a la Revuelta de las Mujeres.

Inmediatamente, León trató de frenar de forma brusca y jugar al banco trasero las latas vacías de cerveza. Sus movimientos despertaron la atención de los guardias. Uno de ellos encendió una linterna y se dirigió a la ventana del coche.

—Buenas noches, joven —el hombre de uniforme saludó a León y luego arrojó el rayo de luz de la linterna en su cara. Era un sujeto alto, moreno y usaba un bigote voluminoso que recordaba al de Freddie Mercury. León miró hacia el bolsillo del uniforme marrón, donde debería haber una tarjeta con el nombre y la patente del casquito,^[62] pero él había quitado la identificación.

—Buenas noches—León respondió de forma ceremoniosa.

—¿Dónde vas con tanta prisa?—el moreno indagó.

—Voy a visitar a un pana—León dijo.

—¿No es demasiado tarde para eso?

—Esta es la hora que él se queda en su casa.

—Comprendo—el guardia balbució con aire desconfiado.

En ese momento dos otros hombres de uniformes se acercaron del coche. Ya habían sentido olor de propina, pensó León. Uno de ellos era bien obeso y parecía el actor mexicano Edgar Viver, intérprete de Señor Barriga y de Ñoño en El Chavo. El otro era rubio, bajito y de ojitos rutilantes. Ambos también estaban sin identificación en el bolsillo del uniforme. Se acercaron ya con las manos sobre los revólveres.

—¿Algún problema?—Señor Barriga indagó.

—Por mientras tanto no hay nada—Freddie Mercury respondió. —Pero parece que el chamaquito aquí estaba con bastante prisa para ir a una fiesta.

—¿El vehículo le pertenece, señor?—el obeso preguntó, acercándose a la puerta.

—Sí, señor—León respondió.

—¿Puedo ver la documentación?

—Claro, señor.

León cató los documentos en la guantera y los entregó al guardia. El que tenía bigote de Freddy Mercury arrojó el rayo de luz de la linterna hacia las manos del obeso para que él pudiese leer.

—¿Es natural de Santabella?

—Sí, señor.

—¿Puedo ver la carta de identidad?

León echó la mano en el bolsillo de los pantalones vaqueros y retiró la cartera. La abrió y buscó el documento. Lo encontró en medio de las tarjetas de banco y lo entregó al policía.

—Aquí está.

—León Rivero Quesada—el obeso leyó en voz alta, analizando el documento. Luego lo repasó para el rubio bajito, con una orden: —Haz una investigación en los archivos...

El bajito se alejó un poco y fue hasta uno de los dos vehículos parados. Sacó un aparato móvil y accedió a un dispositivo de búsqueda. Mientras lo hacía, Señor Barriga y Freddie Mercury prosiguieron con el interrogatorio.

—Discúlpame se te molesto, pero ¿tú trabajas en qué?—el gordito indagó.

—Soy vendedor—León respondió.

—¿Y vende qué? —el bigotudo quiso saber.

—Ropas de marcas famosas.

—Ah, sí. Ropas contrabandeadas, productos chinos...

En ese instante el guardia rubio regresó al grupo y mostró el resultado de la investigación a los colegas. Algo hizo Señor Barriga abrir los dientes en una sonrisa cínica. A continuación, apuntó el revólver para León. Los otros dos hicieron lo mismo.

—¿Puedes bajar del vehículo, por favor? —el gordito le dijo, pero no era una indagación. Era una orden.

—¿Cuál es el meneo? —León se asustó.

—¡Cálate! ¡Ponga las manos en la cabeza y baja!—Freddie Mercury gritó.

León abrió la puerta y salió al pasito bajo la mira de los tres revólveres.

—Yo tengo derecho de saber lo que se pasa—protestó.

—¡Este coche es robado!—dijo Señor Barriga.

—¿Qué?

—¡Quédate con las manos en la cabeza!—gritó el bigotudo.

—Este coche está registrado en nombre de un comerciante de Guadalquivir—el gordo dijo— y tú tendrás que explicarnos cómo él vino a parar aquí en Ludovica.

En ese momento el rubio se acercó a León y pasó a palparlo en la cintura, en las piernas, en las nalgas y en los testículos, en busca de alguna arma escondida.

—Está limpio—el rubio informó a los demás.

—Revista el coche—ordenó el gordo.

El rubio abrió la puerta del vehículo, entró, volvió las cosas en la guantera, verificó debajo de las alfombras... Cuando pasó a los asientos traseros, encontró las latas vacías de cerveza. Se mostró una de ellas para los colegas.

—¡Mira, sargento!

León estaba aterrorizado, no conseguía razonar de manera correcta, pero absorbió dos cosas importantes en ese momento que podrían ser útiles en el futuro: el hombre con bigote de Freddie Mercury y el rubio eran meramente guardias, de menor patente, pero Señor Barriga era sargento, el superior.

—¿Estabas en un motivito, amigo?—el gordo indagó.

—No, señor—León respondió. —Pero voy a una.

—¡Ah!

El rubio recogió las latas de cerveza y se puso a revolver en el capó del coche; después se dirigió al maletero. En ese momento, todo el cuerpo de León empezó a temblar. Él pensó en un plan para escapar ileso: si todavía tuviese algún dinero, podría ofrecer una propina. Pero ¿cuánto tenía en el banco? Casi nada. En un vistazo, se acordó del reloj de oro. ¿Cuánto valía?

El rubio accionó el dispositivo que abría el maletero. Levantó la tapa. Se encendió la linterna

e iluminó el interior del compartimento. Vio la bolsa deportiva de nailon.

¡La bolsa, papa Dios! León casi gritó, pero se contuvo. Estaba perdido. Empezó a enumerar un rosario de explicaciones posibles. ¿Haría eso u ofrecería el reloj luego de rampampán?

El guardia rubio abrió la bolsa de nailon e hizo una cara de espanto con lo que allí encontró.

—¡Sargento, necesitas ver esto!—el rubio dijo, sonriéndose. Era como si anunciase: ¡sargento, sacamos a la lotería!

El sargento se acercó al maletero del coche, con ojos saltando de curiosidad, mientras que el guardia bigotudo mantenía a León bajo la mira del revólver.

El gordo rastreó la bolsa. Su reacción también fue de espanto.

—¡Alabado sea Dios!

El gordo tomó la pistola en la mano y se dirigió a León. Puso el arma cerca de su cara.

—¿Tú vas a qué tipo de fiestita, amigo?—el sargento indagó.

León quiso responder cualquier cosa, pero decidió quedarse callado. Si al principio hubiese declarado que era carnicero, podría alegar ahora que los objetos eran sus instrumentos de trabajo. ¿Y qué decir de la pistola? No tenía autorización oficial para usarla, obvio, pero diría que era la forma más fácil para abatir los bueyes, las cabras y los cerdos. Desafortunadamente había dicho que era vendedor de ropas. Estaba perdido. Solo tenía una salida: si los guardas fuesen corruptos y se aceptasen la propina que él pensaba en ofrecer. ¿En qué momento hablaría sobre eso? ¿Ahora?

—¿Perdiste la lengua, amigo?—el gordo provocó. Después regresó al maletero y tomó uno de los utensilios. —¿Qué tú pensabas hacer con eso?

—Yo puedo explicarte—León tartamudeó.

—Sí, por supuesto—el policía murmuró. —Vas a explicar todo en el cuartel.

—¿No podemos negociar?—León jugó su última carta para escapar del flagrante.

—¿Negociar?—el gordo abrió los ojos.—¿Qué tipo de negociación nos propone?

—No soy vendedor de ropas—León dijo. —Soy carnicero y tengo un matadero ilegal. Es decir, no tengo licencia para realizar la matanza de los animales.

—¿Abate ilegal? ¿Dónde?

—Aquí cercano.

—Si te lo pidiera, ¿tú me llevarías allá?—el gordo dijo con ironía.

—Sargento, un ratito, por favor—León lo interpeló.

—¿Sí?

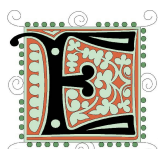
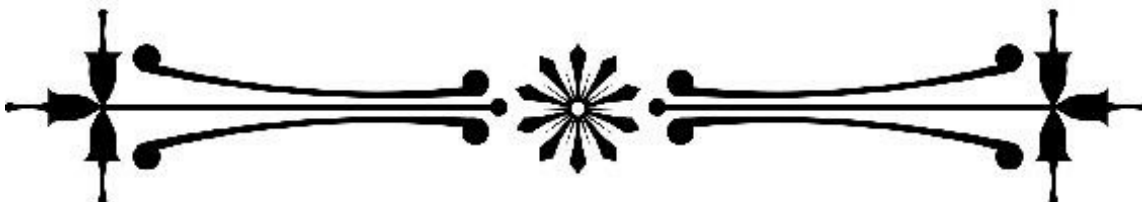
—¿Hay algo que yo pueda hacer para encerrar esa historia por aquí, entre nosotros, sin pasar a las vías oficiales?

Los tres se miraron mutuamente en silencio. El sargento fue una vez más hasta el maletero y analizó mejor el material por algunos segundos.

—En serio, no lo sé si hay algo que tú puedas hacernos—el gordo dijo. —Pero sé lo que voy a hacerte para cerrar a esta historia...

León sintió un frío a subir por la espina.

—¡Te llevaré a la cárcel! —el gordo proclamó, y luego ordenó al bajito rubio. —¡Ponga las esposas en ese hijoputa!



El escribano bajó el cristal y dejó el viento frío de la noche entrar por la ventana. Mientras el coche se deslizaba por la avenida principal de Ludovica, hacia el barrio bautizado con el nombre de Papa Benedicto Dieciséis, él cantaba (un poco sin ritmo) la música del clip que asistía en la mini tele instalada en el panel (un regalo generoso que había recibido). El barrio donde vivía Daniel San Sebastián era conocido como territorio del ni-nadie: ni quedaba en la región de los barrios nuevos ni tampoco en la zona de los barrios de antaño y, quizás por eso, nadie quería vivir allí. Se quedaba en un área que antes pertenecía a una antigua finca. De vez en cuando, nadie sabe de dónde (tal vez del subsuelo), emanaban gases putrefactos que infestaban el aire de un olor pútrido por días y días. Es que el lugar también había sido un gigantesco matadero de vacas y bueyes.

Sebas canturreaba feliz. En ese momento el teléfono tocó. Él atendió.

—Ya, mi amor, ya voy a llegar... No, amor, no sucedió nada de eso. Estoy en el camino de casa. Ponga una camisola toda adornada y espera por mí. Un besito. También te amo.

Se colgó el celular y volvió a cantar la música. Por la ventana iba pasando el paisaje nocturno de la ciudad. La luna menguante reinaba tristonamente sobre los tejados pardos de las casas y de los estanques azules de los edificios.

Ludovica no tenía muchos edificios altos. Allí en el barrio Benedicto XVI ellos eran raros; lo que predominaban eran las construcciones típicas de un conjunto habitacional estandarizado de clase media.

Sebas adentró en el barrio y rodó por algunas calles hasta alcanzar la casa de fachada simple y un frondoso guayabo en la acera. Accionó el mando a distancia que tenía en el coche y la puerta del garaje se abrió de forma automática. Entró con el vehículo y luego la puerta se cerró detrás de él. Descendió del coche, sacó una mochila y entró en la casa por una puerta en el garaje.

Llegó a la sala decorada con sofás coloridos, jarras de flores artificiales y reproducciones de

cuadros famosos en la pared. El ambiente estaba sumergido en la penumbra, iluminado solo por un foco de luz que venía de una lámpara amarillenta en la cocina. Sebas tiró la llave en la mesa de cristal que quedaba bien en el centro de la sala.

—Amor, ya llegué—él anunció, y su voz repercutió por la sala vacía.

El pasillo que llevaba hasta la habitación estaba a oscuras. Pasó la mano en el interruptor al lado de la puerta y encendió la luz principal. De repente vio la esposa solamente de sujetador y bragas. Estaba en pie sobre la cama.

Era una mujer muy sensual, morena, de unos treinta años, con el cuerpo definido en los trenos de boxeo chino; era, sin duda, digna de ser portada de un magacín porno. En realidad, ella ya había sido actriz y cantante en Cocomiel cuando tenía dieciocho años. Se llamaba Beatriz —pero, en el apogeo de su carrera, los periodistas solían escribir su nombre como La Bella Actriz.

—Te esperaba...

—¡Qué buena sorpresa!

—¿Qué tal? ¿Te gusta?

—Ah, sí, a mí me gusta mucho...

En ese momento, ella empezó a masajear los propios cabellos con gestos muy sensuales. A continuación, se sacó las piezas íntimas, quedándose desnuda. Abrió las piernas de la misma manera que había visto en una película antigua con Demi Moore.

En eso, Sebas se sacó la camisa y saltó en la cama, derribando a la esposa sobre las sábanas y almohadas.

—Así tú me estragas todo—ella dijo, riéndose, excitada.

—Quiero mamarte ahorita mismo—el escribano dijo, enloquecido. —Quiero sentir el gusto de su papaya.

Sebas no sabía lo que la esposa había preparado para aquella noche, pero la visión de Beatriz con las piernas abiertas, fingiendo ser Demi Moore, lo dejó con ganas de hacer el amor. Su güevo se endureció inmediatamente. Aunque estuviese exhausto (y aunque ya había eyaculado de forma brutal aquel día, cuando fue al motel con la amante a la hora del almuerzo), aquella visión onírica encendió su deseo de tener sexo hasta no aguantar más, hasta caer de agotamiento. Tal vez hubiera estropeado el guion preparado por la esposa, pero no soportó la excitación y saltó encima de ella.

—Ah, manjar de los dioses—él murmuró y besó el pubis de Beatriz. Luego enroscó la lengua en los pocos pelos pubianos que ella todavía mantenía en el montículo.

Ella se estremeció, soltó un gemido. Él continuó con su letanía. —Ah, tiene olor de miel y rosas, quiero lamer todo.

Él metió la lengua dentro de la vagina, dando lamidas lentas y profundas, haciéndola perder el control, soltando gritos lánguidos.

Él abrió los grandes labios con la lengua y escupió e en el interior de su papaya. No de forma ruda. Él escupió de forma suave, como si la homenajeara—como si la ungiera—con cada gota de saliva que salía de su boca.

En verdad, él se sintió como un animalito. Un animalito que se enfadaba allí. Mientras tanto, la cabeza de la mujer giraba. ¿O era el techo encima de ella que giraba como un carrusel? Ella no tuvo cómo saber la respuesta porque, de repente, él comenzó a frotar la barba de Che Guevara en toda la extensión de su popola, alisándola como quien alisa una gata en el celo, haciéndola contornearse toda. Cuando se fijó en el clítoris, chupándolo como si fuera una uva, ella volvió los ojos y gozó para él. Gozó locamente. Gozó y liberó un pequeño chorro de fluidos en su boca. Ella

no imaginaba lo que era, porque nunca había pasado antes. Podría ser orina —¡ah, Dios!— y se quedó con vergüenza por eso. Pero él ni siquiera reparó y continuó chupando y salivando el clítoris de ella. Ella no conseguía parar de gemir y sus gritos resonaban por la habitación, resonaban por toda la casa, tan fuertes que llegaban a los jardines y asustaban a los gatos y a los sapos.

Él movía la lengua como si dibujara el número ocho en el clítoris de ella. Hacía eso al mismo tiempo que introducía un dedo—¿o eran dos?—en el orificio de la vagina para intensificar su placer. Ella estaba a punto de gozar de nuevo cuando él resolvió encerrar la tortura y partir a la penetración. Su pene ya golfeaba pequeños chorros de aquel oíl lubricante natural. Ella se enderezó en la cama y se abrió toda para él.

Cuando él la penetró con fuerza y copuló tres o cuatro veces, el celular—olvidado en la mesita de cristal en la sala—tocó.

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

Nunca supo por qué, pero Sebas siempre prefirió ese ringtone que recordaba el timbre de un teléfono antiguo. No importaba lo inteligente que era su teléfono, el toque tenía que ser ese. Beatriz consideraba insoportable tal manía. En ese momento, más aún...

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

Él ni siquiera pensó en parar. El retiñir del aparato se mezclaba con los gritos de Beatriz. Incluso la cama parecía entrar en su ritmo, ya que el orgasmo se acercaba, no tardaría más que unos segundos...

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

¡Maldita llamada! Él estaba casi perdiendo la concentración, pero no podía rendirse, ya se estaba sintiendo en las nubes...

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

Sebas aceleró los movimientos y Beatriz pasó a revolver las caderas como una dínamo; ambos sintieron que las puertas del abismo iban a abrirse, pero el desgraciado del teléfono no paraba de tintinear...

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

Solo un poco más, él imploró en pensamiento para quien que estuviese llamando a esa hora, unos segundos más, solo algunos más.

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

La explosión estaba cerca, no tardaría: Sebas liberó un gruñido de jaguar abatido y Beatriz respondió con otro de perra en el celo...

—¡Ahhhhh!—él gimió de placer, después del primer chorro...

—¡Ahhhhh!—ella lo acompañó en el gemido, frenando la pelvis y recibiendo dentro de sí todo su poder.

El teléfono dejó de tocar. Y eso se dio en el instante exacto en que él emanaba el último chorro de su masculinidad en el interior de ella. A continuación, se derrumbó como un juguete que se va quedando sin batería, resoplando y gimiendo.

De repente el aparato volvió a tintinear de nuevo y él saltó de la cama como un felino asustado y corrió desnudo hasta la sala para atenderlo.

—¿Aló? ¿Quién es?

La persona del otro lado de la línea dijo algo que hizo el escribano apretar inmediatamente la tecla de apagar el aparato.

—¿Quién era?—Beatriz gritó de la habitación, en un lamento, sin levantar de la cama.

—No lo sé —respondió. —Creo que llamaron el número equivocado.

—Voy a ducharme—ella le dijo. Y se fue al baño.

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

El aparato volvió a sonar en la mano del escribano.

—Debe ser la misma persona—Beatriz dijo, ahora debajo de la ducha.

¡Trrrrrrriiiiiiiiiimmmmmmm!

—Aló—Sebas atendió.

La persona del otro lado de la línea hablaba tan alto que, si no fuese el ruido de la ducha, Beatriz sería capaz de oírla.

—¿Por qué colgó el teléfono en mi cara?—la voz indagó, a los gritos.

Sebas sintió una sensación extraña e incómoda dominando su cuerpo. Era como si una piedra de hielo hubiera caído de repente en su corriente sanguínea, empezando por los pies, pasando por las piernas, subiendo por la columna y llegando al cuello, a los brazos ya las manos. Se sentía también como si un pastel invisible se hinchara en su boca, cogiendo la glotis e impidiéndole de respirar.

—Pensé que fuese otra persona—murmuró.

—¿Otra?—la voz replicó fuerte y cortante.—Además de esa vaca con la que te casaste, y además de mí, ¿todavía hay otra?

Él se quedó mudo. El pastel imaginario le tapaba la garganta.

—No quiero sus explicaciones—la voz volvió a retomar, antes de que él pudiese decir algo.
—Quiero detallar ese plan contigo mañana.

—¿Mañana, ya?

—Mañana, sí. Tengo prisa. Quiero ponerlo en práctica lo antes posible.

—Está bien—él balbuceó.

—Mañana nos veremos en el horario y en el lugar de siempre.

—Adiós.

—Bye.

Sebas alzó el pesado cuerpo en el sofá colorido de la sala. Recogió la cabeza en el cojín con estampas de rosas gigantes. Soltó un suspiro profundo y se dejó ahogar en un mar de pensamientos tortuosos. Se olvidó hasta de la esposa en el baño. A su mente llegaron los recuerdos lejanos de la infancia, de la adolescencia y de cómo había abandonado el sueño de vivir de música para convertirse en escribano de policía, a través de un concurso público. Era por esa época que la abuela acostumbraba repetir uno de los proverbios bíblicos: «el proceder de la mujer adúltera es así: ella come, después limpia su boca y dice: no he hecho nada malo». ¿Por qué no tuvo en cuenta el consejo de la abuela que le amaba tanto?



Daniel San Sebastián era el más joven de una prole de ocho hijos de un coronel jubilado del ejército y de una profesora primaria. El padre quería que todos fuesen militares como él, pero apenas cinco siguieron el consejo del viejo. Sebas se convirtió en músico, para disgusto del coronel (primer músico, después es que entró a la Policía Nacional como escribano). A los diez años de edad, tras haber asistido a un espectáculo circense por primera vez, le dijo a su padre que quería ser trapeceista cuando creciese. El coronel le dio una paliza tan avasalladora con tallos de

bambú que el pequeño juró para sí mismo que no sería un mero soldado como quería el padre, sino un general con cintas y medallas hasta las botinas.

A los doce años, Sebas aprendió a tocar la guitarra. Nadie lo enseñó, aprendió solo. Compró un instrumento usado en una feria popular y pasó a tocar a las escondidas en la habitación. El padre nunca desconfió. A pesar de ese amor por la música, mantuvo en el íntimo la decisión de honrar la voluntad del padre y convertirse en un militar. Por eso, antes de cumplir trece años, prestó el concurso público federal e ingresó en el sexto año de la enseñanza fundamental del Colegio Militar de Cocomiel. Fue a vivir en el imponente edificio de la severa institución y se convirtió en un «boina roja» (o «pantalón rojo», si lo prefiere). Fue allí que, además de la disciplina rígida de un soldado, aprendió a leer una partitura musical y tuvo clases de teatro. Ganó la simpatía del teniente que era maestro y pasó a integrar la banda del colegio. Migró así de la guitarra al saxófono y pasó a animar todos los bailes militares de la ciudad.

Durante los dos años en que permaneció en el Colegio Militar, Sebas llamaba la atención por su semejanza con Elvis Presley en la época en que el cantante había servido al ejército americano. No era una mera semejanza, sino una semejanza innegable: él tenía la misma boca pequeña, la misma sonrisa, las mismas mejillas, los mismos ojos (pero negros y no azules) y hasta el mismo tupé del chico con aire de campesino. En realidad, el joven Sebas era fanático de Elvis, pero escondía eso de los colegas y fingía no dar la mínima importancia cuando alguien apuntaba a la semejanza (principalmente los mayores). Antes de ingresar al colegio militar, había transformado su habitación en una especie de Graceland y, lejos de los ojos del padre verdugo, mantenía un modesto acervo con discos, películas y fotos del rey del rock. Fue quizás con Elvis que Sebas aprendió a tocar la guitarra, a bailar, a enamorarse y a besar. En la adolescencia, perfeccionó la técnica para dejar a las niñas agitadas, excitarlas y enloquecerlas con una sonrisa, un guiño, una pasada de mano en el pelo.

Durante el curso en el colegio militar, en rápidas y peligrosas escapadas, Sebas enseñó los engranajes del sexo para muchas chiquitas que vivían a la cata de chicos uniformados. Su primera víctima fue Úrsula, la hija de un teniente coronel. El caso sucedió durante una fiesta de graduación en la que asistieron todas las hijas de las altas patentes, casi todas locas para soltar los grilletos. Por la noche, después de la solemnidad, hubo el baile. El club se quedó abarrotado y era imposible bailar sin atropellar a un coronel y a su esposa. En un intervalo en que los músicos de la banda pudieron descansar un ratito, Sebas salió al jardín. Él vestía el uniforme de gala del colegio militar, lleno de botones y colgantes dorados. Parecía un príncipe inglés. Se fue a esconderse detrás de una palmera para practicar un crimen que, si fuese flagrado, sería castigado severamente por los superiores: fumar. Ah, sí, Sebas ya fumaba a esa edad. En casa, usaba mil peripecias para ocultar el vicio del viejo coronel. En el colegio en Cocomiel, el acto de encender un cigarrillo se transformaba en una aventura peligrosa, a pesar de tener la complicidad de otros chicos que también fumaban (algunos ponían la propia cabeza a premio y se arriesgaban a fumar un tupamaro de marihuana).

Sebas estaba allí debajo de la palmera, tragando su cigarrillo, cuando Úrsula se acercó. Ella ya era conocida por todos los niños del colegio por su temperamento endiablado. Empezaron la charla hablando sobre cositas banales. De repente, la muchacha arrastró a Sebas detrás de un árbol más grande y luego metió con voracidad la lengua en su boca y agarró con fuerza su güevo duro. El lugar no estaba a oscuras, pero eso no intimidó a Úrsula. En un ánimo se quedó de cuclillas, abrió la braguilla de sus pantalones, sacó su pene pulsante y lo abocó; dio cuatro o cinco mamadas vigorosas y él no soportó: gozó con abundancia e inundó su garganta con esperma

caliente. Ella se levantó más que rápidamente, se recompuso, limpió los labios con la manga del vestido y salió saltando sin decir nada.

Úrsula contó la bravata para las amigas más íntimas y todas ellas quisieron conocer el maravilloso instrumento del Elvis de Ludovica. Así, durante los dos años en que permaneció en Cocomiel, Sebas experimentó los frutos de casi todas las muchachas que frecuentaban las fiestas y solemnidades del colegio militar: unos eran maduros, otros verdes; algunos dulces, otros ácidos, y había también unos que eran amargosos.

Sebas no concluyó el curso en el colegio militar por cuenta del padre. ¿Ironía del destino? ¿O plaga? Nunca supo decir. El hecho es que el padre se enfermó de un cáncer y él tuvo que abandonar todo y volver a Ludovica. Tenía quince años. Después de la muerte del viejo, la madre entró en depresión y, por eso, Sebas no pudo regresar a los estudios.

A los veinte años, para ganar dinero, comenzó a tocar guitarra en una orquesta que animaba bodas, graduaciones y fiestas de debutantes. Fue por esa época que abandonó el visual de Elvis Presley y dejó la barba y el pelo crecer, asumiendo una apariencia más cercana a Jim Morrison. Algunos músicos lo llamaban Che Guevara: no por el pelo desgreñado y la barba larga, sino por la boina roja del colegio militar que nunca había dejado de usarla.

También en esa época él conoció a Beatriz. Ella había renunciado a su carrera como intérprete de pequeños personajes en comedias de una emisora en Cocomiel e intentaba la suerte como cantante de salsa y merengue. Para empezar en la nueva carrera, aceptó el empleo de vocalista en la orquesta de Ludovica donde Sebas tocaba guitarra. Beatriz no era una cantante extraordinaria y a veces perdía el tono y se deslizaba en el ritmo, lo que era motivo de quejas por parte de las colegas. Pero el maestro le gustaba de ella y hacía poco caso de las intrigas.

Al principio, la culpa de algunas fallas era —en parte— de Sebas. Cuando ella subía en el escenario y cogía el micrófono, él la desnudaba con ojos concupiscentes. Beatriz se quedaba tan mal que erraba las letras de los refranes y atravesaba en las melodías. En uno de los intervalos del baile, después de estropear varias veces los compases y el tono de los consagrados aaahhhhhhs y uuuhhhhhhs de la canción *Is This Love*, de Bob Marley, ella fue a sacar satisfacciones con él. Reclamó que el comportamiento obsceno del colega le estaba quitando la concentración. «Tú te quedas follándome con los ojos», ella dijo. Y él se atrevió a decir: «Te follo con los ojos porque no puedo follarte con otra cosa». Hizo esa grosería y esperó la bofetada. Al menos él esperaba que ella tirase en su cara el vaso de wiski que sostenía en la mano. Pero ella no hizo ni una cosa ni otra. Se carcajeó y le dijo que él era un insolente. En esa misma noche sucedió la primera vez. A las cuatro de la madrugada, después de la fiesta, salieron a pasear en el auto de ella. Se detuvieron en un descampado. Hacía frío. Se quedaron casi una hora hablando tonterías, sin que tuviesen ninguna iniciativa, sin un toque de mano siquiera. El sol ya estaba cerca de rayar cuando intercambiaron el primer beso. Por lo tanto, a partir de ese instante, fue como si algo hubiera disparado una alarma, un dispositivo invisible que accionaba el mecanismo de la desesperación. Como una náufraga sin esperanza que se entregaba al furor del mar en revolución, Beatriz se entregó a Sebas, con sed, con ansia, sin aliento. A la verdad, al principio reinaba el miedo: miedo del tacto, miedo del beso, miedo del abrazo, miedo de la entrega. Pero cuando ambos consiguieron romper la primera barrera, fue como si gritasen: ¡que venga el infierno! Y el infierno vino. Y fue como si un volcán encendiese dentro de ambos, derritiendo todo el hielo que había en sus venas, con lenguas de fuego invadiendo el interior del coche. El año era 2002 y él aún recordaba —¿cómo olvidarla?— la música de Juan Luis Guerra que tocaba en la Radio Tribuna de Ludovica:

Quisiera ser un pez para tocar mi nariz en tu pecera...

La luna ya se escondía con miedo de la claridad, pero en el horizonte violáceo una estrella brillaba con valentía. Sebas se sumergía en el abismo que Beatriz le ofrecía y ella se entregaba en su plenitud; ambos se ahogaban en llamas, sin aliento y sin control, hasta la explosión final, cuando casi se desmayaron uno sobre el otro. Así sucedió la primera vez, dentro del coche, con la radio resonando la voz de Juan Luis Guerra. Un año después, resolvieron abandonar la orquesta y casarse: ella fue a ser recepcionista de una clínica de dermatología y él pasó a tocar como músico independiente en bares. La decisión de dejar la orquesta vino porque ambos querían más tiempo para dedicarse a la vida conyugal.

Un año después del matrimonio, Sebas prestó concurso público para la Policía Nacional, fue aprobado y se convirtió en escribano. Así conoció al capitán Héctor Suarez y se afinó con su manera de trabajar. Ocho años después de esa asociación, ellos se pueden comprender con un parpadeo de ojos.

Hace poco más de tres años, en una fiesta de confraternización de todos los policías de Ludovica, Sebas conoció a aquella que ahora le atormentaba los sueños, transformándolos en pesadillas. Ella, la víbora loca. ¿Necesitaba decir el nombre? ¿Era realmente necesario?

Sí, era ella: Angelita, la esposa del jefe. Él evitaba pronunciar tal nombre incluso en pensamiento. Desde que la conoció, había perdido la serenidad. Al principio parecía algo bueno. A pesar del remordimiento que cargaba por estar traicionando a la esposa Beatriz y a pesar del sentimiento de cobardía que asaltaba su corazón por engañar al compañero de trabajo, a pesar del miedo que sentía de ser descubierto y a pesar del peligro, al principio valía la pena. Tal vez Freud explicase esa atracción que él sentía en correr tanto riesgo y ser dominado por una mujer mayor. Cuando intentó escapar de sus garras, ya estaba enroscado en la trampa. Ella lo había acorralado como si él fuese un ratón. Cuando él insinuó acabar con la aventura, Angelita lo amenazó con contar todo al capitán y también a Beatriz. No solamente contarles todo, pero también mostrarles fotos, revelarles grabaciones de audios y vídeos íntimos hechos a lo largo de los diversos encuentros.

Esta relación con Angelita era tensa desde el primer día que se vieron en aquella fiesta de confraternización. Tan pronto que se saludaron y apretaron las manos, cada uno mirando en el centro del ojo del otro, sus corazones se unieron por un sentimiento nebuloso. Era la primera vez que se veían, pero ambos tuvieron la impresión de que ya se conocían desde hacía mucho tiempo. Ella abandonó a su marido en una mesa y se acercó a él con un vaso de cerveza en la mano. Para su suerte, Beatriz no estaba en la fiesta, pues no había conseguido una sustituta en la recepción de la clínica. Angelita ignoró las miradas maliciosas y se sentó al lado de él. En poco tiempo estaban hablando como si fuesen amigos de infancia.

En aquella noche, todos los agentes de la Policía Nacional de Mango Verde, Nueva Tarragona y Ludovica participaban de una cena en la sede de la asociación de la categoría. No eran muchos agentes, tal vez ochenta o noventa. Los departamentos de estas tres ciudades formaban lo que el Comando General de la PN llamaba de Distrito 4. Angelita no se cansaba de reír para Sebas. Era una risa y una mirada entre una y otra garfada, uno y otro trago. El enlace era tanto que ambos ni percibían las miradas investigadoras de algunos invitados, incluso del propio Héctor.

En la primera oportunidad surgida, los dos escaparon al patio del viejo sobrado donde funcionaba la asociación. Se pasaron unas decenas de segundos sin que hubiese ninguna palabra,

acción o gesto mínimo. Era como si el tiempo hubiese parado de correr y todo alrededor estuviese paralizado como en el cuento de la Bella Durmiente.

Sebas y Angelita se miraban profundamente. De sopetón, como una imagen de tele que se va descongelando, Sebas esbozó una sonrisa, que fue retribuido por la mujer. Él fumaba un cigarrillo y ella bebía algo en un vaso desechable.

—Cuando te vi, no pude dejar de mirarte —ella dijo.

—Creo que alguien ha desconfiado —él desconversó.

—Quédate tranquilo, nadie desconfió de nada.

—¡Eso es una locura! —él se penitenció. —¿Qué estoy haciendo aquí? Acabamos de conocernos...

—Ten calma —ella cortó, con tranquilidad.—No entres en pánico.

—Soy un hombre casado —él le dijo. —No puedo aventurarme en...

—También soy casada...

—¡Eres la esposa de mi jefe!—él completó, antes de que ella hablase.

—¿Cuál es el problema?

—Vamos a parar con esa charla, por favor...

—¿Por qué?

—Alguien puede desconfiar...

—¿Desconfiar de qué?—ella le indagó, riéndose desafiante.— Ahora, somos amigos en una charla. Nada más.

—Vamos a volver al salón—él le pidió.

—Deberá estar imaginando cosas horribles acerca de mí—ella le dijo.

—De ninguna manera. Al final, su marido es...

—Ese miedo es por su causa, ¿no es así? —ella indagó, interrumpiéndolo.

—No es eso —dijo.

—Cuando te vi llegar, no pensé que fueses un culero. Tú me mirabas de una manera diferente. Parecías interesado, como si quisieras descubrir mis secretos...

—Por favor, vamos a parar con esa charla —le pidió. —No quiero ofenderla, pero no estoy interesado en nada.

—Pero puedes quedarse interesado de repente—ella insistió y le agarró por el brazo.

—Está bien—él se desvinculó de ella. —Un día, quizás. Ahorita vamos a volver al salón.

—Solo si me prometes una cosa—ella habló.

—¿Qué?

—Que vaya tirarme mañana—ella le entregó en su mano un pedacito de la servilleta de papel con el número del teléfono garabateado de forma apresurada.

—Te lo prometo—le dijo. —Ahora vamos a salir de aquí.

—No sin antes hacerte una cosita...

Ella se arrojó encima de él y lo abrazó. El escribano permitió el abrazo por unos instantes, pero luego se libró de sus brazos y caminó desorientado hacia el interior de la casa. Angelita se apresuró el paso para alcanzarlo. Fingió tropezar en la hierba y, de propósito, arrojó en su camisa el líquido que traía en el vaso desechable. Él no se detuvo para limpiarse y se sonrió.

Muy pronto, así empezó todo. Por tentación, por curiosidad, por debilidad, no lo sabes por qué diablos, pero Sebas telefoneó a ella. Y la aventura en poco tiempo se transformó en aquel torbellino en el que estaba metida su vida. Ahora corría el riesgo de perder a la esposa, el amigo y convertirse en un asesino. ¿Tenía escapatoria?

Durante todo ese tiempo, ella ya le había pedido para hacer muchas cosas absurdas. En aquella tarde, sin embargo, se superó: quería dar cabo del marido. «La mejor solución es matarlo. No tiene otra. Una emboscada, un tiro...»



Ahora, con la cabeza recostada en el almohadón estampado de rosas gigantes, Sebas se acordó de la póliza de seguro del jefe. Él sabía que lo que ella le había dicho tenía el único intento de convencerlo a ayudarla en el siniestro plan: «El traste tiene una póliza de seguro. No la vi, él no me mostró, pero sé que la tiene. Al estar viuda, tengo derecho a recibir al menos la mitad».

Él suspiró una vez más. ¿De cuánto sería la póliza? ¿Un millón de pesos?

Ah, Dios, ¿en lo que estaba pensando? ¿Por qué la había prometido esto?

En ese momento Beatriz surgió en la sala, envuelta en una toalla y con los cabellos mojados.

—¿Quién era?—preguntó.

-¿Qué?—él dio un salto del sofá. Por impulso, cubrió la desnudez con uno de los cojines.

—¿Quién era al teléfono?—ella repitió.

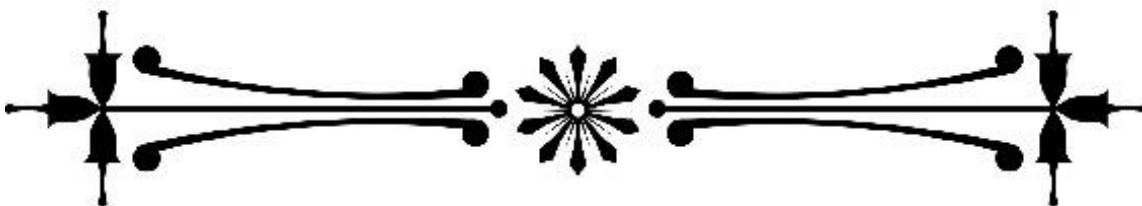
—¡Ah!—él suspiró, recobrándose del susto.—Era el capitán Héctor.

—¿Qué quería?

—Pidió para que yo llegase más temprano mañana—él mintió. —Tiene una audiencia importante marcada para las siete y media.

—Ven a dormir —Beatriz dijo, volviéndose luego a la habitación.

Antes de levantarse y seguir con su esposa, Sebas pensó por un segundo en el proverbio bíblico que la abuela le repetía: «el proceder de la mujer adúltera es así: ella come, después limpia su boca y dice: no he hecho nada malo».



Después de la cuña, una viñeta de audio un poco apocalíptica y con banda épica anunció que «la FM 102,9, Radio Comunitaria, era la estación más popular de Ludovica». A continuación, otra viñeta, esa más moderna, llena de efectos electrónicos y voces mezcladas con otros sonidos extraños, identificó el programa en el aire: «volvemos a presentar Noche Amiga, con Andrés Ramírez Navarro». A continuación, el locutor entró a los gritos:

—¡Qué hermosa noche de lunes! Quiero enviar un besito cariñoso para nuestros queridos oyentes que nos acompañan desde Mata-Mata, Vila del Conde, del Rey, Plaza del Chafariz y Ciudad Vieja. Gracias por sintonizarnos en esta noche. Después de oír Corazón Sin Cara, de Prince Royce, llegó la hora de conferir las últimas noticias policíacas en nuestra ciudad...

En ese instante entró en el aire otra viñeta, esta vez con una pista resonante y una voz fuerte que anunció: «ronda policial».

—En directo, por teléfono, voy a convocar el hombre más bien informado de Ludovica, el reportero que va donde se queda la noticia: ¡él, Niño Peña! ¡Buenas noches, Niño!

—Buenas, Ramírez; y buenas noches también a todos los oyentes del programa.

—¿Qué traes de nuevo, mi querido Niño? ¿Dónde te encuentras ahora?

—Estoy hablando del cuartel de la Guardia del Ayuntamiento de Ludovica, ubicada en el barrio Alborada, hacia donde se quedan todas las ocurrencias registradas en nuestra ciudad.

—¿Y cómo está el movimiento ahí en ese momento? ¿Tenemos una noche amiga en la Guardería?

—No, Ramírez, esa no es una noche nada amigable. Por lo contrario, hay de todo acá: confusión de marido y mujer, pelea de adictos, agresiones entre vecinos y la prisión de un muchacho que puede ser responsable por varios asesinatos misteriosos aquí en la región. La Guardería hoy está abarrotada de gente atrapada.

—¡Alabado! ¿En pleno lunes?

—Yo conversé ahora con un guardia y él me dijo que, excepto la prisión de ese chico que sucedió ahorita, la mayoría de los casos es sobra del fin de semana, o sea, ocurrió en el sábado o el domingo.

—¿Y por dónde vas a empezar el relato de esa noche?

—Por un caso de violencia doméstica, ocurrido domingo, en el barrio Mata-Mata. El vendedor ambulante Adriano Pereira, de apenas diecinueve años, fue detenido infraganti después que agredió la excompañera con puñetazos y patadas, además de haber lesionado una de las manos de la víctima con un cuchillo.

—¿Qué cosa!

—Adriano, ahora arrepentido, se encuentra recogido en la Guardería hasta la transferencia de custodia para el departamento de la Policía Nacional.

—¿Debería haberse arrepentido antes de golpear a la pobre mujer! No me canso de repetir a mis oyentes, principalmente a los hombres: ¡en mujer no se golpea ni siquiera con una flor!

—Tienes razón, Ramírez, pero parece que pocos hombres siguen ese consejo. Aquí en la Guardería estos casos de violencia contra la mujer son cada vez más frecuentes. Aunque muchos avances se alcanzaron con las leyes de protección a las mujeres, aun así contabilizamos un índice muy alto de asesinatos de chicas jóvenes en la periferia.

—Cuando el amor y el respeto se acaban en una relación, es mejor que la pareja se separe. Si ya no puedes soportar vivir con tu pareja, ¡salta! Dile adiós y vete para la casa de las quimbambas, aléjate de ella. Yo mismo ya me casé y me separé seis veces. Estoy casi alcanzando el récord de aquella actriz estadounidense... ¿Cómo se llama?

—Elizabeth Taylor. Ella se casó ocho veces, Ramírez. Dos veces con el mismo marido.

—Estoy casi llegando a ese nivel también. No tardo.

—Tenemos otro caso de violencia doméstica, Ramírez.

—¿Otro?

—Esta vez con víctima fatal.

—¡Dios mío! ¿Qué mundo es este?

—Una mujer de unos treinta años fue encontrada muerta en el interior de su propia casa. La víctima sufrió varios golpes en la cabeza.

—¡Señor, ten piedad de esa pobre alma! ¿Y dónde ocurrió este caso, Niño?

—En el Nido del Buitre, al inicio de la noche. Como tú bien lo sabes, mi carísimo Ramírez, ese es un lugar muy peligroso e insalubre, sin energía eléctrica y sin saneamiento básico, prácticamente un basural habitado por personas miserables que viven al margen de la sociedad...

—Es un escándalo que nuestro alcalde Triguero Júnior permita la existencia de un lugar inhumano como el Nido del Buitre en nuestra amada Ludovica. A comenzar por el nombre del lugar, ¡un absurdo!

—No te olvides que el consumo y el tráfico de drogas también reinan de manera desenfrenada en esta área...

—Es una realidad muy triste. Tan triste como el caso de esa señora asesinada...

—La ronda fue accionada para desplazarse hasta el Nido del Buitre y, allá llegando, ha encontrado el cuerpo de esa señora identificada apenas por Lucía. La información de los populares da cuenta de que el sospechoso por cometer tal acto criminoso es su compañero, que huyó con la hijastra. El cadáver fue conducido para exámenes en el Instituto Técnico. El caso debe ser investigado por los hombres del capitán Héctor Suarez.

—Con sinceridad, cuando yo escucho casos como este, y como tantos otros que noticiamos todos los días, me da ganas de torcer para que el mundo efectivamente se acabe en ese día doce... Porque, en serio, la forma que las cosas andan, sin riendas, sin compasión entre las personas, no sería de todo malo si Dios enviase una ola gigante o una columna de fuego para exterminar esa especie tan devastadora llamada el ser humano.

—¡Por Dios, no digas una cosa así, mi querido Ramírez! Tengo una hijita de ocho años para crear.

—Yo también tengo tres niños para sostener, pero no veo salida para este nuestro mundo. Dígamelo: ¿cuál es el futuro que vamos a dar a nuestros herederos?

—Difícil responder a tal pregunta.

—Es verdad, Niño. Si no hay manera de cambiar todo eso, es mejor parar con esa canción de cuna barata y volver a las noticias. ¿Hay más desgracias?

—Mira, Ramírez, yo voy noticiar ahora la prisión del muchacho que puede ser responsable por varios asesinatos misteriosos aquí en la región.

—¿Un asesino serial en Ludovica?

—Eso mismo, un maníaco frío y calculista. Incluso él ha ganado un apodo entre los guardias y los colegas de la prensa: el Carrasco del Diablo.

—¡Santo Dios, misericordia!

—Según las primeras informaciones que cogí, León Rivero Quesada puede ser el pivote de varias muertes sin elucidación por la policía...

—¿La lista incluye también la muerte del actor Pedro Maldonado?

—No, no, me parece que no. La policía va a investigar esto también; pero, en principio, ese chico no tiene implicación con el brutal asesinato de nuestro más querido actor...

—¡De veras, que brutalidad! Estoy sorprendido por lo que le hicieron a Pedro, un actor tan talentoso, tan respetado, tan buena gente...

—La policía no descarta nada, pero ese tal León Quesada fue arrestado ahorita en una ronda de la Guardia del Ayuntamiento y llevaba un verdadero arsenal macabro en el coche: cuerdas de nailon, máscaras de carnaval, cadenas, esposas, un machete, un machadito sucio de sangre y una pistola.

—¡Papa Dios!

—Y más: el coche había sido robado en Guadalquivir.

—¡Sin duda, él se queda en serios aprietos!

—El nombre de León Quesada encabeza una lista que la policía tiene de los sospechosos de varios crímenes... ¿Te acuerdas del caso de una muchacha, hija única de una pareja de comerciantes, que desapareció envuelta en misterio y después un pescador halló en el río los pedazos de su cuerpo?

—Sí, me acuerdo, claro. Ya hace un tiempo...

—Tres años...

—¿Fue ese muchacho quien la mató?

—El jefe de la guardia, Armando Oliveira, lo cree que sí.

—¿Y cómo él lo sabe?

—Armando me dijo que el sospechoso llegó en la Guardería tan alterado que empezó a confesar crímenes sin siquiera ser preguntado...

—Debe haber fumado mucha marihuana estropeada.

—O ha olido coca con talco.

Ambos se ríen.

—¿Y qué va a suceder con él ahora?

—Bueno, va a ser escuchado por el jefe de la Guardia y luego después encaminado al capitán Héctor Suarez...

—¡Ese capitán va a perder el juicio estos días!

—Sin duda. Va a perder lo que no tiene...

Se ríen nuevamente.

—¿Tiene algo más, mi caro Niño?

—Por hoy es eso. Volveré con otras más a las siete de la mañana, en el programa Club de la Risa de nuestro amigo Jota-Jota Hernández, aquí en su Radio Comunitaria.

—Antes de irse, Niño, quería saber si tienes más informaciones sobre la muerte del actor Pedro Maldonado. ¿El cuerpo ya ha sido liberado del Instituto Técnico?

—Aún no, Ramírez. La previsión es que esto suceda mañana muy temprano. El velorio fue marcado para las nueve, pero no se sabe si será en el Teatro del Chafariz o en un centro particular.

—¿No hay ninguna pista concreta del asesino?

—El caso Maldonado ya se queda en las manos del capitán Héctor Suarez, pero hasta ahora nada de nada.

—Ese capitán Héctor me parece muy lento para resolver ciertos casos. Es demasiado fiti fiti^[63] para mi gusto...Quizás por eso esté llevándose el diablo.

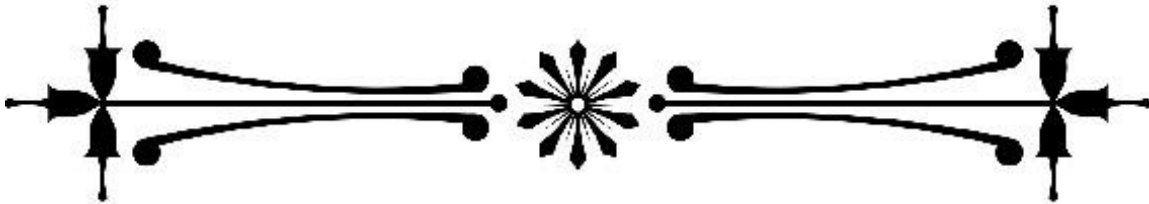
—Él ha prometido una conferencia mañana para presentar detalles sobre el progreso de la investigación.

—Vamos a esperar por las nuevas.

—Sí, vamos a esperar.

—¡Buenas, Niño!

—Una noche amiga para todos. Gracias.



Comás Wallace podía ser definido como un nerd recién salido de la facultad, físicamente poco apacible. Era así, sin quitar ni poner nada, tal y cual: usaba gafas de alto grado (unas con trasero de botella que agigantaban sus ojos y lo hacía parecer un extraterrestre), tenía aparato dental para corregir la desalineación de los incisivos y caninos, y se vestía con ropas de una década atrás. Al contrario de lo que se puede imaginar de todo empollón, sin embargo, no era antisocial ni impopular. Tampoco era demasiado feo: carecía de algunas décimas de sexapil.

Cuando llegó al cuartel de la Guardia del Ayuntamiento, alrededor de medianoche, tuvo la insólita sensación de estar adentrando en una taberna del siglo doce, abarrotada de ladrones, borrachos y vagabundos.

Media hora antes, el joven periodista penaba en la redacción para concluir los dos reportajes que le habían pautado aquel día: el aumento de mimes en los barrios centrales de Ludovica y la previsión de huracanes para el próximo año (dos asuntos distantes de sus reales pretensiones, que era escribir guiones y un día hacer una película).

En aquella época, el editor jefe Nacho Díez, temido en la redacción por sus métodos poco ortodoxos para pautar temas y por la manera despiadada con que trataba a los principiantes y pasantes, ya daba los últimos retoques en la portada del periódico cuando oyó el flash en directo de Nino Peña en la radio. Gritó inmediatamente:

—¡Yo quiero ese chico en la primera página!

Nacho Díez era mexicano de Guadalajara y vivía en Ludovica hacía once años. Siempre trabajaba con dos aparatos radiofónicos conectados, una taza de champurrado caliente sobre la mesa y una botella de tequila en la heladera. No era la primera vez que cambiaba la portada y el titular del periódico así de sopetón. Siempre que se acercaba la hora de cerrar la portada, alrededor de la medianoche, cuando ya estaba empapado y aéreo del destilado de agave azul, él solía tomar decisiones de rompiente y cambiaba todo.

La cuerda floja sobraba siempre para el reportero lento que aún no había entregado sus textos para el equipo de maquetación. En aquella noche, el retrasado era Tomás Wallace. El otro sin suerte fue el fotógrafo Luciano Pedrosa.

Nacho puso a disposición de ellos dos opciones de transporte para desplazarse desde del Rey, donde quedaba el periódico, hasta el cuartel de la Guardia, en Alborada: un saltamontes Yamaha año 2009 o el escarabajo rojo 1986 (que pertenecía al propio editor jefe).

Wallace y Pedrosa optaron por ir de saltamontes. Pedrosa fue escogido como piloto. Pésimo piloto, por cierto: casi cerró el viaje debajo del eje de un camión de basura, al forzar un adelantamiento. Por muy poco ellos mismos no se convirtieron en el titular de la portada del periódico.

Cuando Wallace llegó a la entrada del cuartel, tuvo la sensación de estar penetrando en una taberna medieval. Sintió un anhelo de vómito por cuenta del olor impuro que dominaba el lugar.

Un guardia alto y delgado, con aspecto de tísico, era responsable de labrar los boletines de la noche en un gran cuaderno de capa dura negra. Era el acto oficial que él tenía que hacer antes de enviar a los presos al departamento de la Policía Nacional.

La situación física del edificio de la Guardería del Ayuntamiento de Ludovica era mucho peor que la del departamento de la Policía Nacional. No había siquiera como compararlas. Nada de ordenador, servicio de internet, formularios digitales, impresora de inyección de tinta, nada de eso. Funcionaba en un edificio que parecía inacabado. El proyecto inicial tal vez fuese para una escuela o para un puesto de salud, y tuvo que ser adaptado a las prisas para funcionar como cuartel general de la guardia.

Algunos sospechosos ocupaban las pocas sillas del lugar y otros se extendían por el suelo, esposados en grupos. Una mujer drogada, sucia de sangre y malamente vestida, exhalando olor de orina, intentaba agredir a patadas a un hombre de bermudas colorida que parecía ser su amante.

Wallace se acercó del guardia y preguntó por el supuesto asesino serial que había sido reportado por Nino Peña. El hombre con aspecto de tísico no perdió tiempo en responder. Apenas indicó con la punta de la pluma a la sala del jefe.

El reportero y el fotógrafo siguieron adelante por un corredor. Fueron interceptados de súbito por un guardia alto, moreno y de bigote voluminoso (era el Freddie Mercury), que les abrió la puerta de la sala donde estaba Armando Oliveira, comandante de la Guardia.

León Quesada se quedaba sentado en una silla de larguero azul en la esquina izquierda de la sala, con las manos esposadas hacia atrás y el cuerpo un poco curvado. Mantenía el aire impassible y una postura arrogante, los ojos fijos en algún punto invisible de la sala.

La primera cosa que Luciano Pedrosa percibió al ajustar el foco de su cámara en la cara del joven fue que «aquél era un chico demasiadamente fotogénico».

Además de fotógrafo de La Voz del Pueblo, de dónde sacaba el pan de cada día, Pedrosa hacía ensayos fotográficos de moda y campañas publicitarias para magazines de Cocomiel y de otras ciudades del Caribe, actividad que le complementaba los rendimientos. No tuvo dudas sobre lo que estaba delante de sus ojos: una imagen tan poderosa que podría salir de aquella habitación inmunda e irse a la portada de Vogue o para una campaña de Giorgio Armani, sin necesidad de maquillaje o retoques en Photoshop. «Un diamante bruto», Luciano pensó. Tal vez por eso haya ajustado la luz y el ángulo como si no fuera hacer una foto ordinaria para la primera página de La Voz del Pueblo, sino un clic para competir a un premio internacional.

Tomás Wallace no consiguió cosechar más de lo que el reportero radiofónico Nino Peña ya había divulgado en su flash en directo: que León Quesada estaba en un coche robado en

Guadalquivir y que conducía un arsenal diabólico en el maletero. Tantos utensilios, si no era para eviscerar a una persona o un animal, eran ciertamente para una sesión de tortura.

Armando Oliveira les contó que León había llegado al cuartel con la lengua suelta, muy hablador, tal vez bajo el efecto de drogas, pero que después de media hora el comportamiento discursivo cedió lugar a una actitud más introspectiva. La ficha criminal anterior decía que él ya había sido arrestado en la adolescencia y que figuraba en la lista de individuos sospechosos de algunos crímenes.

—¿Él es un asesino en serie?—Tomás Wallace preguntó al jefe de la Guardia, en el intento de cosechar alguna frase bombástica.

—Él puede ser el pivote de varios crímenes recientes y antiguos —Oliveira dijo. — Necesitamos descubrir cuáles. Cuando llegó aquí, acabó hablando mucha mierda que carece de comprobación. Grabamos todo con la cámara del celular y vamos a encaminarlo hacia el capitán Héctor Suarez, que es quien debe cuidar de eso.

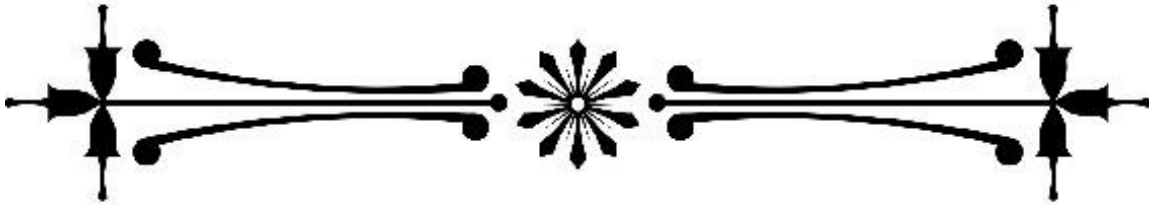
—¿Él puede estar involucrado en la muerte de Pedro Maldonado?—Wallace preguntó.

—No descartamos esa hipótesis—Armando Oliveira titubeó en la respuesta. —Pero, al principio, no. El capitán Héctor es quien va a decir.

En ese momento León Quesada se volvió al reportero. Deshizo la expresión de arrogancia y bajó la barbilla.

—Yo no mato a los maricones—dijo con una voz tranquila. —Mato únicamente mujeres.

Listo: Wallace acababa de conseguir el titular para la portada de La Voz del Pueblo.



El espíritu de Pedro dejó el viejo sobrado donde funcionaba el departamento de policía y flotó hacia otro edificio antiguo de esa área de la ciudad que tanto amó y fue en busca de contactos con vivos o con muertos o con animales o cualquier tipo de ser viviente porque él necesitaba hablar y ser oído por alguien. Así penetró en el otro caserón que parecía cayendo a los pedazos, donde funcionaba el frigorífico de cadáveres que todos llamaban la Morgue Judicial; deambuló por los corredores sórdidos y gélidos y sintió el olor de la muerte esparcido por el aire. Presintió, después, que era su propio olor que se extendía por donde él pasaba. Se paró en una sala mal iluminada donde quedaban las heladeras y donde estaban todos los cuerpos recogidos en las últimas horas. Pudo finalmente localizar su propio en uno de los cajones.

También vio a los espíritus de los otros muertos vagando como sonámbulos por el lugar y percibió que todos estaban tan aturdidos como él. Se quedaban rodeando como perros desbarajustados alrededor de sus restos mortales y se quedaban pasmados y tristes ante lo que hubiera sido su existencia. Había algunos que lloraban y otros que se desesperaban y hasta unos que intentaban a toda costa retornar al interior del propio cuerpo. Estos últimos buscaban en un orificio por donde pudiesen penetrar y empezaban a golpear con la cabeza en la pared cuando percibían que no iban a conseguir y que no había un portal de vuelta y que no habría nunca más vida pulsante en aquellos amontonados de carne pútrida y sin valor.

Pedro se sintió tomado por una sensación de angustia, de miedo, de soledad, de abandono y de que nada —absolutamente nada— de lo que había hecho en la vida tenía ahora algún sentido. Por eso, de repente, también pasó a golpear su cabeza troceada en la pared, imitando a un muchacho de veintipocos años que parecía haberse ahogado en el río y cuyo cuerpo había sido devorado por los peces, ya en estado avanzado de putrefacción, así como el de Pedro. Además de muy joven, el muchacho parecía haber sido muy bonito cuando vivo; se lastimaba por arrojarse en

las aguas sin saber nadar y sin haber escuchado las apelaciones de la novia; él lloraba y golpeaba la cabeza en la pared y gritaba su nombre y también el nombre de su madre. Los gritos eran tan pavorosos y tan lancinantes que llegaban a asustar a las otras almas penadas.

Una mujercita raquítica y que tenía la cabeza también esfacelada se acercó al muchacho ahogado e intentó consolarlo, diciéndolo algunas palabras que sonaban banales, pero que eran muy sinceras y dulces.

Pedro se sintió tocado por todo lo que la mujer decía y dejó de flagelarse. Pasó a prestar atención a aquella criatura minúscula que hablaba con palabras mansas y que se movía como una pluma. Se impresionó aún más cuando sus frases simples empezaron a hacer efecto y a calmar al pobre muchacho que se había ahogado. Él paró de lastimarse, se sentó en un rincón y luego se durmió. La mujer se alejó en silencio y se fue a su propio cuerpo que estaba todavía abierto en la mesa de autopsia.

—Hola—Pedro le dijo a la mujer, acercándose a ella con cuidado.

—Hola—ella respondió con su voz de rana.

—¿Cómo te llamas?—el actor le preguntó.

—María de Santa Lucía—ella respondió de cabeza baja. —Pero todos me llaman solamente Lucía. ¿Y tú?

—Pedro—él respondió. —Hace frío aquí, ¿eh?

—Sí. Un frío de los seiscientos demonios, con licencia de palabrita. Mis dedos están congelando ya.

—¿Haz tiempo que estás aquí?

—Llegué como a las seis.

—¿Quién hizo eso en su cara?

—Mi marido, uno que no vale lo que un perro come.

—¡Alabado! Él hizo un estrago grande.

—¿Está muy feo? No he podido mirarme...

—Ni quieras verte. Está muy feo.

—Su cara tampoco está bien—ella dijo, mirando con horror para las heridas en el rostro de Pedro y sus ojos hundidos.

—Sí, lo sé. Mis ojos... ¡No me hables, por favor!

—¿Quién ha hecho eso?

—Uno que también no vale la mierda de un perro.

—Él estaba con mucha rabia porque te golpeó todo. Estás tal cual una criba.

—Sí, lo sé. Vi cuando el forense mencionó treinta y dos golpes de cuchillo.

—¡Qué rabia!

—Aún estoy queriendo entender el motivo...

—¿Era tu enemigo?

—Nada. Es decir, no lo sé. No sé lo que él representaba para mí.

—¿Y era qué?

—Digamos que él fuese un pretendiente a novio. ¿Tú me entiendes?

—No.

—Yo soy gay, linda. Es decir, yo era.

—Ah... ¿Te gustabas a los hombres?

—Sí, me gustaba. Ahora que estoy muerto, no lo sé si todavía me gusta. No estoy seguro de lo que va a suceder con mis voluntades. Pero cuando era vivo, me gustaba mucho a los hombres. A

veces los pagaba para tener algunos. El que me mató, por ejemplo, yo le pagaba muy bien. Era un jinetero, un putazo. ¿Tú me entiendes?

—Sí, ahora entiendo. Hay muchos chicos así en el lugar donde yo vivía. ¿Y qué le pasó para que él hiciese esto contigo?

—Como te dije, quería entender.

—Ha sido una crueldad grande. Él estaba con mucha rabia de ti.

—Imagínate que ni sé derecho qué me sucedió. Te lo juro. Estoy muertito sin saber por qué.

—Tienes que recordarte... Todo está ahí dentro de su chola.

—Ese era muy hermoso, ¿sabes? Era no: él es. El desgraciado está vivo, en algún sitio, riéndose de todo. Yo ya había singado con él algunas veces, pero hacía días que yo no lo veía... ¿Te molesta si yo te hablo así?

—¿Así, cómo?

—Singado...

—No. Dime como tú quieras. Estoy acostumbrada.

—Hace unos días que yo había salido con ese chico. Pero en el último sábado a la noche nos hemos encontrado y él se ofreció para singar otra vez conmigo. No me puedo resistir y me acabé llevándolo a mi apartamento...

—Perdón, no me puedo acostumbrarme...

—¿Con qué?

—Con dos hombres haciendo eso...

—Ah, es normal... Si te molesta, no te cuento más.

—Puedes contarme, no me molesta. Pero no me acostumbro.

—Pues...Llegando a mi apartamento, tomamos unas cervezas, después fumamos unos cigarrillos, nos besamos...

—¿Se han besado de lengua?

—Sí, obvio. ¿Porque no?

—Tú tienes barba...

—¿Qué tiene eso?

—Ah, no sé, a mí me parece raro dos hombres de barba se besando así de lengua...

—¿Te quieres o no te quieres oír mi historia?

—Perdón, señor. Sí, lo quiero...

—¡Por Dios! No suporto cuando me llaman señor. No soy tu señor ni tu marido ni tu jefe. ¡Para con eso! Tú no necesitas más ser así, con espíritu de pobrecita...

—Sí, señor...

—¡Mira!

—Excúsame, no voy a repetir.

—Está bien. Me voy a resumir mi historia para que entiendas: todo estaba tranquilo hasta el momento en que el desgraciado regresó del baño enloquecido y se partió encima de mí con un cuchillo de cocina. Cuando me di cuenta, yo ya estaba todo ensangrentado y no conseguía más mover los brazos para defenderme... Fue así.

—Conmigo fue más o menos así también.

—Dime como fue...

—Flagré a mi marido palpando a mi hija...

—¿Qué cabrón! ¿Qué edad tiene su hija?

—Doce años. Su nombre es Marisol.

—¡Dios! ¿Y tú no sabías de nada?

—No...

—Mentira. Tú lo sabías... Toda madre sabe lo que sucede en su casa.

—Te lo juro... Yo desconfiaba un poco...

—Desconfiaba, pero no investigaba porque tenía miedo de lo que podía descubrir... ¿No era así?

—¿De verdad? Sí, era eso.

—¿Cómo lo descubrió?

—Me levanté en medio de la noche, busqué Agustín y no lo vi. Salí tanteando en medio de la casa. Cuando llegué al cuarto de Marisol, vi el maldito arrodillado al lado de la niña. Él besaba sus pies, pasaba las manos en las partes...

—¿Y la pobrecita? ¿No reaccionaba?

—No conseguía verla.

—Pobrecita...

—Yo le grité: ¡perro desgraciado!

—¿Gritó? ¿No hizo nada más?

—Grité: ¡sin vergüenza! ¡Hijo de puta!

—¿Solamente eso?

—Yo tenía miedo de lo que él podía hacer con la niña.

—Tú tenías miedo de perder al marido, eso sí. Puedes confesarte. Estás muerta, no necesitas fingir ni mentir.

—Te lo juro que no. No me gustaba más de él. Hacía mucho tiempo que...

—...Que él no puyaba^[64] contigo, ¿no?

—Sí. Él ya no me buscaba más en la cama por la noche. Pienso que se satisfacía con la niña.... Tal vez.

—¿Tal vez? Seguro que sí. ¿Y cuál fue la reacción de él al ser flagrado?

—Cuando yo le grité, él se asustó y se vistió bien rápido. Avanzó sobre mí. Con una mano, me tapó la boca. Con la otra, empezó a golpearme en la cara. Después me agarró por el cuello y golpeó mi cabeza en la pared.

—¿Y la niña?

—Gritaba también.

—¿Por Dios, ningún vecino oyó los gritos?

—Vivíamos en el Nido del Buitre.

—¿No había vecinos?

—Todos viven distantes uno del otro. Y allí nadie acude a nadie. Si uno se queda muriendo, dejase morir. Es la ley. Nadie ve nada, ni escucha ni habla. Cada uno que trate de vivir por cuenta propia. O morir.

—¿Qué pasó?

—Agustín me arrastró por los cabellos hasta la cocina, cogió un pedazo de madera y lo metió en mi cara, en mi chola, en mi pecho, por todo mi cuerpo. Yo ya no tenía fuerzas para gritar, solo gemía. Después todo se quedó oscuro, lejano, un zumbido pitando en mis oídos, y me sentía liviana como una pluma de pajarito nuevo.

—Sí, lo sé cómo es...

—Cuando me desperté de aquel sueño, me quedaba solo en la cocina. Mi cuerpo, extendido

en el piso de barro, estaba molido tal cual un guisado.

—Un estrago grande, muy grande. Y su marido, ¿qué sucedió?

—No sé qué se pasó con él. Creo que huyó.

—Huyó y llevó consigo a la niña, estoy seguro. ¡Un miserable que merecía que le arrancasen los huevos! Tú sabes lo que hacen los presos cuando llega un violador en la cárcel, ¿no lo sabes?

—He oído hablar en el programa de Andrés Ramírez Navarro...

—Pues, es eso mismo... ¡Se exfolia!

—Sería bien hecho para Agustín.

—¿No vas a buscarlo?

—¿Buscarlo para qué?

—Para atormentarlo, déjalo loco, sin el juicio....

—No sé hacer eso.

—Se aprende. Recuerdate: tú ahora eres un espíritu y puedes casi todo. No sé cómo funciona eso, pero creo que nosotros vamos a quedarnos un tiempo por acá, hecho almas penadas, hasta irnos a algún lugar que no sabemos dónde sea.

—¿El cielo?

—Bueno...Puede ser el infierno.

—¡Santísimo! Mi madre decía que antes de irse al cielo o al infierno, el muerto se iba al purgatorio.

—Tal vez. Los católicos creen en esta historia de purgatorio.

—¿No lo crees que hay purgatorio?

—No lo creo en casi nada.

—¿Eres ateo?

—Ateo de verdad, no. Tal vez yo crea que hay un ser supremo por arriba de todos. Pero no creo que exista un cielo como tú lo imaginas, lleno de ángeles de alas y santos de aureola. Eso no existe. Tal vez yo crea en el infierno. Al menos creo que ya estamos en él.

—Mi madrecita decía que el peor infierno era este que existe aquí en la tierra.

—Por lo tanto, aquí estamos. Ahora muertitos.

—¡Alabado!

—No veo la hora de amanecer y alguien venir para liberar ese mi cuerpo que ya está podrido. El tuyo aún está fresco, con olor de hígado de chivo...

—¿Qué va a suceder ahora? No sé de nada, no conozco nada. Casi no sé leer ni escribir.

—Vamos a esperar hasta el amanecer. ¿Tienes un plan funerario?

—¿Qué es esto?

—Olvídalo. Lo que va a suceder es lo siguiente: te van a analizarte, determinar la causa de tu muerte, coserte toda, ponerte dentro de una bolsa negra y esperar que alguien de tu familia venga a buscarte.

—No tengo más familia.

—Tal vez una vecina caritativa.

—Tal vez Joanna lo haga, si ella tuviere con quién dejar a sus niños.

—Alguien de la asistencia social del ayuntamiento te va a arreglar un ataúd y una cueva en el cementerio. Si tu vecina o un familiar no aparecen para llevar el cuerpo, te van a enterrar como indigente.

—¿Qué es eso?

—Un indigente es como un perro callejero que muere atropellado en medio de la calle.

-¡Qué triste!

—Así es.

—Voy a rezar para que Joanna venga a buscarme.

—¡Reza! Pero reza mucho. Porque si no te van a tirar en una fosa común para que te vuelvas lodo juntamente con otros cadáveres sin nombre.

—¿Y tú?

—Yo pagué un plan funerario por siete años, creo que voy a ganar un ataúd ordinario, unas velas y unas coronas de flores. Deben llevar mi cuerpo a un homenaje en algún lugar, creo que será en el Teatro del Chafariz. Yo soy actor, ¿tú lo sabes?

—¿Actor de la telenovela? Nunca te vi...

—Actor de teatro. De vero, nunca me has visto.

—Tú debes ser alguien importante...

—No me hagas reír. Soy tan importante para esa sociedad podrida como tú. En la verdad, para ellos, soy un indigente también. Por lo menos, vayan a colocar mi nombre en una calle cualquiera de la periferia o en una sala de biblioteca tirada a las moscas. Después me olvidarán.

—No digas eso.

—Es lo que sucederá con todos. Volveremos al polvo y luego desapareceremos. Mejor: desapareceremos con todo lo que fuimos. Nada más tiene importancia para esa gente que está ahí. Esta nueva generación no tiene principios. De ella nada va a quedarse.

—Ahora estoy preocupada... ¿Será que Joanna puede venir a cogerme?

—¿Por qué no vas a visitarla y advertirla?

—¿Cómo?

—Flotando como una pluma. Hoy mismo lo hice tal cosa: fui a varios lugares, hasta en la comisaría.

—¿Puedo hacerlo también?

—Seguro que sí. Puedes desplazarte hasta la casa de tu amiga y avisarla de alguna manera, soplarle en el oído... Ella va a entenderte.

—¿Me enseñas?

—Es fácil... Tienes que usar la fuerza del pensamiento. Parece que esto funciona mejor después que se muere.

—Conmigo no va a salir bien. Me siento con dolor de cabeza cuando intento pensar mucho.

—Bueno, pero ahora que casi no tienes más cabeza, no vas a sentir dolor.

—¿En serio?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Cómo lo hago?

—Piensa en la casa de tu amiga y sal flotando hasta allá... Cuando avistarla, intente comunicarse con ella de alguna manera...

—No voy a saber hacerlo.

—Te vas a descubrir una manera cuando estuyeres frente a frente con ella. Pídele que te proporcione un entierro decente.

—¡Ay, Dios!

—¡Vamos! ¡Tú lo consigues!

—Déjame inténtalo... ¿Cómo estoy?

—¡Azúcar!

—¿Es así mismo?

—¿No estás viéndote? Estás flotando...

—¿En serio?

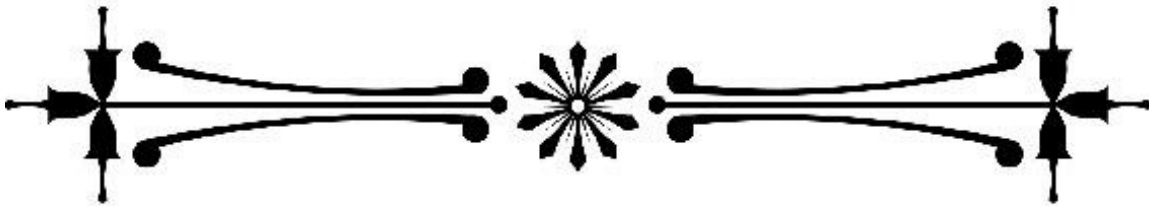
—Sí, linda.

—Nunca me sentí tan liviana...

—Ahora haz como un pajarito... Golpea las alas y vuélate.

—Me siento tan bien. Mucho mejor que cuando estaba viva.

—¡Qué bien! Ahora vete...Y no te olvides de volver al amanecer para acompañar la liberación de tu cuerpo. No te pierdas, por favor.



Los pesados vehículos pasaban a alta velocidad por la carretera asfaltada que une Ludovica a Cocomiel. Agustín y Mirasol caminaban por la margen de la pista, en la oscuridad total, iluminados apenas por la luz de la luna y por los faros de los camiones de vez en cuando. Él la agarraba por la mano y la arrastraba como un harapo. El miedo había dominado a los sesos de la niña, casi la impedía razonar.

—¿El doctor está lejos? —Mirasol interpeló al padrastro.

El padrastro había olvidado lo que había dicho:

—¿Qué doctor?

Pero la niña no lo olvidó:

—Tú me dijiste que ibas a buscar a un doctor para cuidar de mi madre...

Agustín decidió ser sincero:

—Ahora no lo necesita más.

—¿Por qué?

—Su madre está muerta —le dijo. —Ahora cálate y acelérate el paso.

El rostro de la niña se deshizo en una indescriptible expresión de dolor. No podía contener el llanto. Agustín se enfadó y gritó:

—¡Cálate!

Mirasol simplemente no podía parar de llorar. El hombre se volvió hacia ella, amenazador, y levantó la mano:

—Trágate ese llanto idiota si no te doy una soba aquí en el medio de la carretera. ¡Cálate, ya lo mandé!

Mirasol no podía calarse. El llanto salía como un alud de vómito. Agustín caminó hasta la vegetación en la orilla de la pista y arrancó una rama de arbole. Volvió con ella en la mano:

—¡Voy a arrancarte los cueros si no te callas!

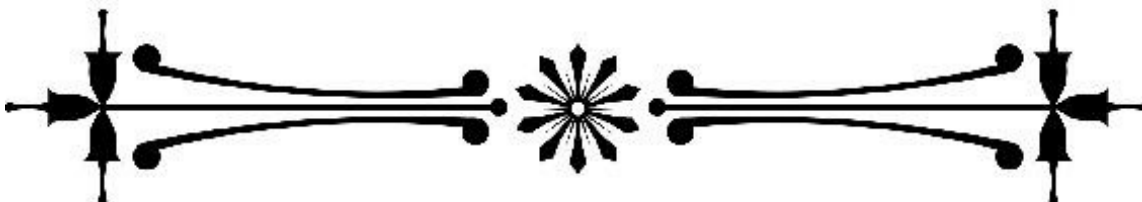
La niña, aterrorizada, miró hacia la rama, recordó por un ratito el rostro de la madre e hizo un esfuerzo para controlar el llanto.

Agustín retomó la caminata. Iba hablando, como si murmurase una letanía:

—Ya no puedo hacer nada, mucho menos tú. Lucía murió... Pronto, todo está consumado. No se habla más de eso.

Un camión pasó a alta velocidad y los faros iluminaron un edificio en ruinas al borde de la pista. Era una antigua gasolinera, ahora habitada por murciélagos, arañas y serpientes. Agustín se dirigió hacia allí. Tuvo la idea de acostarse un poco hasta el amanecer.

—Siéntate y duerme también —él ordenó a la niña y apuntó hacia un rincón.



uando era viva, en su pisada lenta y fatigosa, Lucía llevaba casi cuatro o cinco horas para vencer los diez o doce kilómetros que separaban el centro de Ludovica del Nido del Buitre. Hacía esa jornada al menos una vez por semana para vender pollos y comprar víveres. A veces iba a la ciudad para pedir limosnas en las puertas de las agencias bancarias y también de casa en casa.

Ahora, muerta y ligera, volando como un pájaro supersónico, ella hizo el mismo camino en unos pocos minutos. De repente se posó como un búho aciago en la cumbre de la casucha de donde vivía. Descendió por la tolva de cinc que aparaba el agua de la lluvia y entró por la puerta trasera. Todo estaba desordenado. Vio la pieza de madera ensangrentada con que el marido la mató. Vio la cama sucia donde Marisol dormía y donde era abusada casi cada noche. Vio las manchas de sangre en la pared de tablas y compensados. Vio los charcos de sangre cuajado en el piso de suelo batido.

Se sentó en un viejo taburete con asiento de cuero. Observó por un largo tiempo el ambiente sucio y maloliente donde pasó casi toda su vida. Había platos con restos de comida esperando para ser lavados. Había un pez colgado en un hilo, sobre el fogón semimuerto, esperando para ser asado. Sería el almuerzo del día siguiente. Había un cuenco de huevos de gallina que ella llevaría a vender sábado en la feria de Ludovica.

Lucía siempre ha sido pobre, fea y deshidratada. «Seca como una perra callejera», decía su madre. «Fea como el hambre», pregonaba el padre. «Plana como una tabla, sin nada de culo», Agustín reclamaba a la hora de dormir con ella. Pero ella siempre supo que era fea, seca y desinteresada porque no tenía dinero para adornarse. Por eso no se quejaba. Era su destino. Nada podía hacer para cambiarlo.

Y así ella tenía la suerte de haber arreglado a un hombre que la quisiese. Por eso no pensó dos veces en entregar su virginidad, a los dieciséis años, a un muchacho que había conocido en

una fiesta. Se quedó con él una única vez, una sola noche. Desgraciadamente no recordaba más su nombre; sin embargo, jamás olvidaría lo que hicieron en aquel encuentro: fue de él que nació Marisol.

El embarazo inesperado provocó la ira del padre y la expulsión de casa, pero Marisol era la mejor parte de ella, una joya en medio de la basura. Fue por ella —para darle mejores condiciones de vida y también un padre —que Lucía aceptó casarse con Agustín: hombre grosero, mentiroso, bebedor, perezoso y deshonesto.

Los ojos de Agustín brillaron tal cual luciérnagas cuando él vio a Marisol por la primera vez. Y la niña tenía seis años en la época en que se conocieron. Ahora Lucía estaba segura de que Agustín se casó con ella únicamente para quedarse con Marisol, para abusarla. ¡Qué tonta!

¿Dónde estarían ahora? ¿A dónde huyeron?

Lucía concluyó de sí para sí: ahora que podía volar, sería fácil encontrarlos. En ese momento se levantó, arregló los trapos ensangrentados que le cubrían el cuerpo, palpó el rostro para ajustar los huesos desatornillados, puso los globos oculares de vuelta a sus órbitas y partió: golpeó sus alas invisibles y salió volando por la puerta abierta de la cocina.

Ella voló por encima de la carretera asfaltada, siguiendo el rastro incandescente de los faros de los camiones, como un búho sonámbulo. Olfateó en el aire helado de la vegetación y sintió el olor insoportable del sudor de Agustín y el efluvio de miedo que Marisol emanaba. Después de media hora de búsquedas, el apurado sentido de muerte le ayudó a encontrarlos, por fin, abrigados en la gasolinera en ruinas.

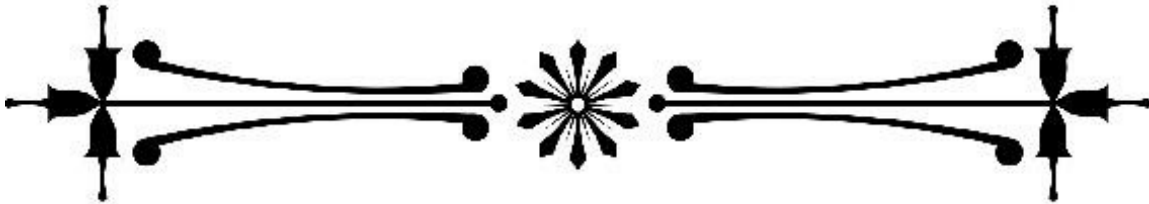
Ella posó sus delicados pies en el suelo polvoriento que antes había sido la tienda de bebidas y comidas de la estación de gasolina. Los vio en un rincón, acosados como ratas, protegidos por una sábana sucia. Agustín cubría a la niña también con el propio cuerpo —no para protegerla del frío o de los animales venenosos, sino para evitar que ella le escapase. Lucía contempló la cara contraída de la niña y empezó a llorar, pero no chorrearon lágrimas de sus ojos desecados. Lucía hizo una nueva constatación: los muertos no tienen lágrimas. No había flujo en su cuerpo en descomposición. Todo se había coagulado, solidificado, resecado, preparándose para volverse polvo.

Lucía se acercó un poco más de la hija y del marido, tenía la intención de tocarlos. En ese instante, sin embargo, un viento helado penetró en el lugar por las puertas abiertas, levantó levemente el polvo y las hojas secas e hizo que la sábana se levantase y descubriese el rostro de la niña. En ese instante, un camión pasó roncando en la pista y la luz de los faros se proyectó en las paredes como un relámpago. Agustín se desadormeció con el ruido y el brillo repentino. Marisol, asustadiza, también se despertó.

El hombre miró de lado y volvió a dormir, seguro de que no había peligro inminente. La jovencita, sin embargo, permaneció inmóvil y con los ojos fijos en la nada. Lucía se puso bien delante de su visión. Ha abierto una sonrisa de difunta. Tuvo la certeza de que la hija la veía. La niña, petrificada, respondió a la sonrisa con un tibio acoso de mano.

El corazón de Lucía no se aceleró porque ya no tenía vida. Pero ella sintió una alegría desconcertante invadiendo sus venas coaguladas. Había logrado éxito en su intención: comunicarse con la hija. Así, más que rápidamente, con gestos de sordomudo, desesperados, empezó a decir que la amaba y que jamás la abandonaría, no importaba el lugar donde estuviese, y que ella intentase de alguna manera librarse de aquel hombre inmundo que la torturaba.

Lucía pensó en hacer algo para aterrorizar a Agustín, pero se rindió porque tenía otra misión un poco más urgente.



Joanna dormía al lado del marido en una cama improvisada con cajones de embalar frutas y pedazos de tablas recogidas en demoliciones. Los dos hijos pequeños dormían en hamacas churretosas en otra habitación de la casita. Todas las noches, el lugar era invadido por el humo negro que venía de los neumáticos e hilos que los moradores quemaban allá afuera. Si eso era bueno para espantar los mosquitos, no se podía decir lo mismo para la salud. Joanna se despertó varias veces durante la madrugada para tomar agua. La respiración fallaba y la garganta se aplastaba como si hubiera sido bombardeada por chorros de pimienta malagueta. Los niños también sufrían con el asma y con los espasmos nocturnos. Solamente el marido conseguía dormir tranquilo en medio de la humada.

En aquel lunes, ya muy cerca de la medianoche, Joanna se levantó para tomar una taza de agua. Una tos incontrolable no la dejaba respirar. Los ojos lagrimeaban. Caminó tambaleante hasta la cocina, donde quedaba el cántaro, y llenó una vasija de cinc con agua fresca. Apenas tomó el primer sorbo, vio a la mujer raquítica y pálida que se quedaba en un rincón. Era una criatura transparente como un tul y que irradiaba una luz verdosa tal cual una noctiluca.

—Hola, Joanna.

—¡Virgen Santísima! —Joanna gritó, soltó la vasija en el suelo e hizo la señal de la cruz. — ¿Eres de este mundo?

—Soy Lucía.

—¿Lucía? ¿Estás viva o muerta?

—Muerta.

—¡Alabado! —Joanna murmuró. —¿Y qué quieres?

—No quiero ser enterrada como una mendiga. Estoy en la morgue de Ludovica. Por favor, arréglame un ataúd y deme un entierro decente. Es todo lo que pido. Después, si te puedes, cuida

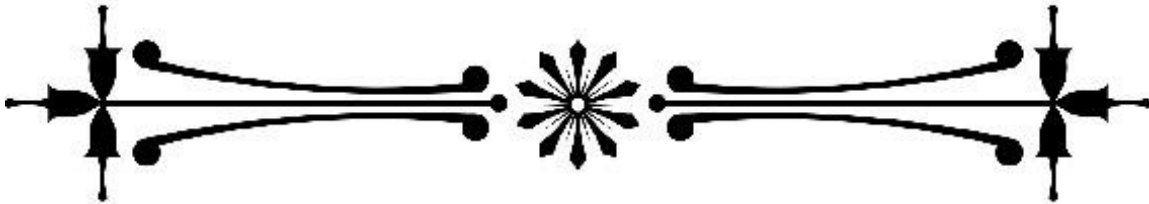
de Marisol.

—¿Qué te pasó, Lucía? Su rostro está...

—Agustín me mató.

—¡Misericordia!

—Arréglame un ataúd, por favor.



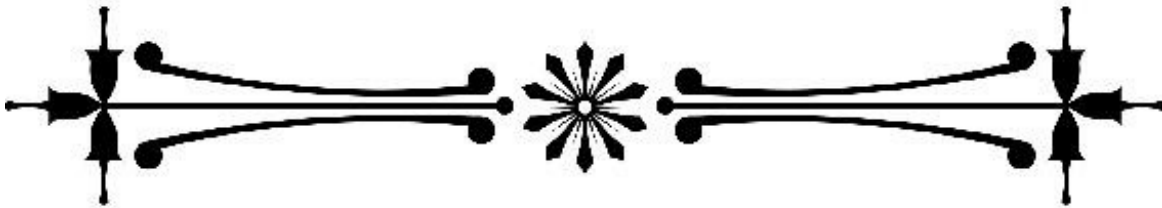
El capitán Héctor tomó el libro del actor Pedro Maldonado, bajó hasta la cocina, preparó un café y se dirigió a la habitación que servía de oficina. Se sentó en la silla al lado del bufete y encendió la computadora. Abrió la carpeta *Mis Documentos* e hizo clic en *Opiniones y Procesos*. Pasó unos minutos admirando las fotos que escondía en aquel laberinto secreto.

Luego tomó un trago de café, cerró la pasta de la computadora y encendió un cigarrillo. Buscó después un bloc de notas y una pluma. Tosió para aliviar de la garganta los vestigios de un viejo trancazo y abrió el libro de Pedro Maldonado.

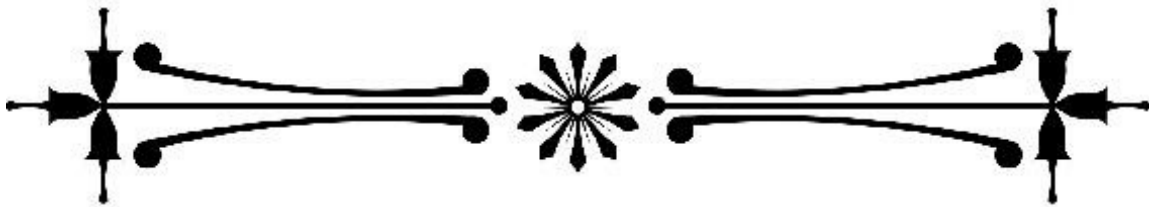
Hojeó las primeras páginas y luego encontró algo que valía una anotación: la dedicatoria.

«Para Jota, con todo amor que hay en esta vida y en la próxima».

QUINTO ENCARTE



LAS LLAVES DE PEDRO



El libro de memorias de Pedro Maldonado
(Parte 1)



LAS LLAVES DE PEDRO

EXORDIO

EL TABLADO ES EL ESPACIO donde siempre me sentí más acogedor, más pleno, más dueño de mis deseos e impulsos, y donde siempre me trastabillé con mis mayores glorias. A mí no me importa si es un tablado de piso noble, forrado con el más caro linóleo, o si es una espelunca sórdida y mal iluminada con lámparas incandescentes: si es un escenario, es sagrado. El contentamiento que siento cuando observo a la audiencia en la penumbra es casi inexplicable para mí. Me encanta ver los ojitos atentos (o no) de los espectadores, mascando un chicle o bolineando a la compañera (o compañero), pero se quedan allí, firmes, esperando que la cortina se suba y la magia empiece. Es algo sobrenatural. Es milagroso. Es aquí donde siempre he deseado estar. Es aquí donde quiero vivir los mejores momentos de mi vida. Y aquí es donde quiero morir. Eso sería alcanzar la gloria de las glorias: exhalar mi último suspiro sobre el altar más sagrado para un actor.

Cuando pongo mis pies aquí, descalzos o calzando botinas de general, una energía indescriptible me eleva a otros espacios, galaxias y dimensiones. Cuando esa energía invade mi cuerpo y penetra por todas mis venas, no me importa las barreras, los conceptos, preconceptos o post-conceptos; me siento libre, desinhibido, bello, sexy y pleno. En el escenario, dejo desbordar mi alma, lo mejor que hay en mí.

Decidí escribir este libro para reflexionar —repensar, reexaminar y repisar— sobre todo lo que viví desde la primera vez que cambié una vida tranquila de chico comportado de una ciudad pequeña por la locura de ser actor de teatro. Ser actor en Santabella (y más aún en Ludovica) equivale a ser ladrón, drogadicto, jinetero, pedófilo, gigolo, travesti, estafador y vagabundo. Me convencí en definitivo de que mi madre —María de los Ángeles Maldonado— era una santa: a pesar de todo eso que decían de mí, desde que decidí ser artista, no me condenaba al fuego del infierno. Su apoyo no vino de inmediato, es bueno que se diga. Vino a cuentagotas. Lo mismo no puedo decir de mi padre, Ildefonso Garcés. El aplauso de él no vino nunca... Mi mamá me decía que papá adoraba cuando yo me vestía de mujer, pero en realidad nunca he visto ningún gesto de

aprobación de su parte (por lo tanto, creo que mi madre me mentía para que yo no me quedase triste). Solo veía cuando mi papá hacía un gesto con el labio inferior y volteaba la cara. Creo que él deseaba que fuese el hijo del vecino que estuviese vestido de Carmen Miranda o Rita Rayworth, no el suyo.

El rechazo de mi padre me causaba un sentimiento incómodo cuando yo era adolescente (y creo que llegué a la fase adulta todavía sintiendo ese peso en la consciencia). Esto tiene que ver con cierto complejo: yo siempre fui apasionado por mi padre. En serio: tenía una atracción loca por él. Era un hombre muy hermoso, incluso cuando llegó a los setenta años: alto, esbelto, de ojos brillantes y voz fuerte.

Cuando yo tenía diez años, mantenía fijado en el cuaderno escolar una foto de mi papá vestido con el uniforme del ejército —bellísimo, pareciendo Marlon Brando. En aquella época deseé que todos mis futuros novios tuviesen la misma cara y los mismos ojos de mi padre.

Antes de que los puritanos me lancen en un calderón de aceite caliente, explico que la atracción que sentía por mi padre era puramente platónica, un «afecto de niña», aquel sentimiento oscuro e inconsciente que el psicoanálisis intenta explicar: lo que Sigmund Freud llamó Complejo de Edipo Femenino y Jung resolvió clasificarlo como Complejo de Electra.

Algunos lectores, después de leer este párrafo, de inmediato me clasificarán como «un maricón paranoico e incestuoso». No tiene importancia. En mi edad, después de todo lo que vi y viví, los rótulos ya no me causan más terror. Son dos adjetivos para añadir en una larga lista.

Una vez, no hace mucho tiempo, hice una cosa curiosa, típica de adolescente rebelde: monté un álbum de fotos con casi todos los hombres con los cuales mantuve una relación cuya duración fue superior a dos meses. La regla que establecí para separar «sexo casual» de «relación duradera» fue muy simple: bastaba que el sujeto hubiese frecuentado mi cama por más de sesenta días (no necesariamente consecutivos). Con esta regla, monté el álbum con nombre, apodo, tiempo de la relación y una breve nota sobre dónde y cómo conocí a la persona —algo parecido a los álbumes de figuritas de los jugadores que se lanzan en la temporada de campeonatos o en la Copa del Mundo. Fue a partir de ahí que percibí que había desarrollado una fijación por el viejo Ildelfonso: todos los hombres que tuvieron alguna importancia en mi vida, de hecho, guardaban alguna semejanza física con mi padre (principalmente cuando él era joven). Casi todos eran blancos, altos, delgados y tenían ojos claros.

Para los lectores inquietos, un recado: el álbum ya fue destruido. Pueden dormir tranquilos. Sus reputaciones y bodas están seguras.

Ya es perceptible, por este exordio, que abordaré mi vida íntima a lo largo de la narrativa. Sí, lo haré. No es este el objetivo principal del libro, pero no puedo ignorar algunos eventos que los considero relevantes. Y me lo creían: las horas que he pasado con un hombre en una cama fueron muy importantes para mi crecimiento personal. Es difícil mantener las máscaras cuando estamos encima de un lecho. Las personas se desnudan literalmente: se libran no solo de la ropa y del pudor, pero mandan todo a freír espárragos; aflora lo peor y lo mejor de nuestra humanidad. Ya vi mucho querubín convertirse en demonio y viceversa. Es sobre un lecho —sea nupcial u hospitalario —que conocemos la verdadera índole de una persona.

Como ya dije, este libro es una reflexión sobre mi trayectoria. En el escenario y fuera de él. Vamos a decir que es una sesión de psicoanálisis al revés. Intento comprender lo que hice, por qué lo hice y para quién lo hice.

Nunca tuve hijos. Creo que nunca los tendré, ni siquiera tengo la pretensión de adoptarlos. Me siento muy irresponsable para tan ardua y noble misión. Sin embargo, los libros son como hijos, y

espero que este sea el primero de una inmensa prole. La diferencia entre uno y otro es que el hijo es generado en el útero y el libro viene de las profundidades del corazón. Ambos, sin embargo, son productos de nuestra alma. Por cierto, un libro —bueno o malo —nada más es que el espíritu de alguien materializado en palabras.

Espero que este «mi primer hijo» encuentre almas piadosas que puedan adoptarlo. ¡Adóptalo, por favor, noble lector! Soy una madre desnaturalizada y lo he creado para el mundo.



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO UNO

VOY A EMPEZAR LA HISTORIA hablando de mis raíces y del lugar donde nací. Las lenguas ferinas que me persiguen dirán que este libro está repleto de clichés. Claro que estas aves nefastas son personas que nunca leyeron James Joyce y, por lo tanto, jamás sabrán por qué Ulises es casi todo compuesto de clichés. Un hermoso conjunto de frases hechas, en verdad. Seamos sinceros: a veces no hay nada mejor que un calderón de clichés bien condimentados y bien cocidos. Polanski ya decía esto. En el mundo de hoy, es casi impracticable huir de ellos porque se transformaron en la materia prima del artista: Lavoisier pregonó la máxima de que «en la naturaleza nada se crea, nada se pierde, todo se transforma». Un sabio presentador brasileño lo parodió, diciendo: «en la televisión nada se crea, todo se copia».

No esperen, por lo tanto, lenguas ferinas, que yo sea original en estas pobrecitas líneas. Ya está de buen tamaño si yo logre ser auténtico.

Dicho esto, vamos a lo que interesa.

Yo soy un legítimo campesino. Nací como un salvaje en una alquería que quedaba distante unos treinta kilómetros de Ludovica. Recuerdo que se llamaba Cobijo del Zorro Rojo. El lugar aún existe hasta hoy, pero le cambiaron el nombre. No sé cómo los nuevos dueños le rebautizaron. La casa principal, sin embargo, sigue siendo la misma.

Fue en el Cobijo del Zorro Rojo que yo vine al mundo, amparado por las manos de la partera Diosita. Parto hecho en casa, a la manera tradicional, con paños escaldados, aceites, hierbas medicinales y cuencas de agua hirviendo. Yo di el primer berro bajo los auspicios del signo de león, a las dos de la tarde del día 18 de agosto de 1940, un domingo. Mi padre soltó un suspiro de alivio porque ya no soportaba el sufrimiento de su esposa. El trabajo de parto se había iniciado en la noche anterior.

Nadie sabe lo que sucedió, pero algo debe haber salido mal en mi nacimiento: el útero de mi madre quedó imprestable y nada más se generó en él desde entonces. Soy, por eso, el hijo único. María de los Ángeles Maldonado, mi mamá, era una excelente dueña de casa y dulcera de los

cielos. Ildelfonso Garcés de Alcántara, mi papá, era agricultor, creador de vacas y fabricante de quesos artesanales. Debido a esta unión de dos familias muy antiguas de Ludovica, me bautizaron con un nombre de príncipe español, como era costumbre en aquella época: Pedro Maldonado Garcés de Alcántara.

Mi inseparable mala suerte me hizo no heredar los ojos azules celestes de mi padre ni los cabellos sedosos de india de mi madre, pero me siento orgulloso de mi tez casi trigueña.

Tuve una infancia feliz de campesino que nació en la década de cuarenta. Me bañé desnudo en los arroyos, maté pájaros en el nido, cogí mangos de hilacha en el alto de los árboles, noquéé enjambre de abejas, planté frijoles con mi padre, recolecté maíz para hacer harina, ayudé a mi madre a preparar jaleas y jugué la pelota con los chamaquitos de mi edad.

«¿Cuándo, por lo tanto, se dio cuenta de que te gustabas a los niños?»

Esta es una pregunta que me acompaña desde la adolescencia. Y hasta hoy, una vez u otra, algunos periodistas idiotas desentierran la bendita indagación. Me preguntan con un énfasis tan intenso que llego a imaginar que eso tiene alguna relevancia. La contestación es la misma, desde siempre: no lo sé. Por mucho tiempo la respondí con excelente humor, con una gota de sarcasmo; después, a medida que la repetían, fui embruteciendo en las respuestas. Quizás paren de preguntarme en el día en que meterles un puñetazo en la cara y que mande metérseles un palo en el ojo del culo.

Cuando completé diez años, mi mamá y mi papá vendieron el Cobijo del Zorro Rojo y fueron a vivir en la ciudad para que yo pudiese estudiar. Ellos nunca se desligaron el cien por ciento de la vida rural y compraron otras tierras donde plantaban rozas y solían pasar el fin de semana. De modo que nunca me quité los pies y las manos de ese mi origen telúrico.

Cuando yo tenía doce años, me matricularon en el llamado «colegio del señor obispo», el más caro y famoso de Ludovica. No necesito decir el nombre de esta institución privada, claro, porque todos saben de quién se trata y dónde está ubicada. Fue allí que perdí la virginidad. Entregué mi hermoso trasero para el profesor de francés, un hombre alto, delgado, un santo sacerdote de cincuenta años (naturalmente ya fallecido). No tuve opción: o liberaría el culo o sería rechazado. A cambio de los momentos de placer, gané una nota nueve y pasé de año. Desde entonces, no paré más. Otros profesores —de química, de matemática y de latín— descubrieron mis dotes de artista y pasaron a solicitar visitas íntimas en sus residencias. Al final de cada año, mi boletín estaba irradiando de tantas notas maravillosas, ninguna inferior a ocho. ¿Mi más famoso apodo entre ellos? Ah, «boquita de terciopelo».

No será difícil para los curiosos que quieran descubrir la identidad de estos profesores tan filántropos. Hay una placa de bronce muy grande con los nombres de todos ellos en la entrada del colegio. Solamente tendrán que investigar el año de mi clase concluyente...



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO DOS

ESTE LIBRO ES UNA AUTOBIOGRAFÍA analítica y reflexiva, pero no seguirá un orden cronológico. (Creo que ya lo he dicho eso más de una vez, lo que mis críticos van a apuntar como una aburrida redundancia. Quiero que todos vayan a freír espárragos. Estoy cagando y bailando hacia lo que mis detractores dirán). La verdad es que hay hechos que no tienen la mínima importancia —ni para mi vida personal ni profesional —y por eso no entrarán aquí. Un ejemplo: poca gente sabe, pero soy licenciado en Historia. No voy a pasar mi tiempo —ni el tiempo de mi lector —escribiendo sobre los cuatro años que desperdicié en el banco de una universidad. El diploma nunca me sirvió de nada. Ni siquiera lo puse en un marco dorado para colgarlo en la pared. Las trazas hicieron el favor de devorarlo a lo largo de los años y hoy no sé por dónde andan los fragmentos que sobraron. Por eso nada diré sobre ese período.

En los tiempos de la universidad yo ya estaba involucrado con el teatro —para la desesperación de papá y mamá. En realidad, el virus de las artes escénicas ya me había contaminado mucho antes de eso, aún en la infancia. A escondidas me vestía las blusas de mi madre y doblaba a Carmem Miranda delante del espejo. De eso tampoco hablaré. «*That's too cliché*» o «*C'est trop cliché*», dirán mis críticos: la mariquitita que se vestía de mujer desde pequeña. Ok, tendrán que soportarme así como soy, una idea que funcionó en otros modelos y que Dios resolvió repetir y perfeccionarla.

En 1955, a los quince años, empecé a frecuentar las clases y ensayos del grupo teatral del director Ulises Miguel, pero mi debut como actor ocurrió demasiado tarde. Mi primera pieza fue Nino, El Duende Fanfarrón, que estrenó en diciembre de 1964 (cuando yo estaba ya con veinticuatro años). Nadie en Ludovica sabía cosa alguna sobre ese espectáculo neoyorquino. En realidad, Nino se llamaba *A Very Muddled Ghost* y había estrenado en el Ambassador Theatre de Nueva York en septiembre del año anterior, con dirección de la propia autora, Blanca Sosa,

nacida en Santabella y naturalizada estadounidense en la década de 1940. Ulises Miguel se quedaba en Manhattan, fue a ver el espectáculo, se apasionó por él y decidió hacer un montaje en Ludovica sin autorización de la autora. Como no tenía una copia del texto original en inglés, tuvo que recrear los diálogos de memoria y reproducir lo que había visto y oído en el Ambassador. La escenificación de Ulises acabó transformándose en algo dispar de lo que había sido escrito por Blanca Sosa. Quizá por eso no haya rendido a Ulises un proceso por daños morales y cobranza de derechos.

Sobre el escenario yo interpretaba a Momo, el primo del fantasma Nino. En los bastidores, sin embargo, yo singaba con el Tío Giro y con el Capitán Bubo. Viví ese triángulo amoroso durante toda la temporada y ninguno de ellos descubrió que yo los engañaba. No les revelaré, ni siquiera bajo una lluvia de navajas y cuchillos, los nombres de los intérpretes. Dejo, sin embargo, una pista para quien quiere chisporrotear: hay una cartelera del espectáculo en el acervo del Teatro del Chafariz. El elenco completo está allí.



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO TRES

EL DIRECTOR ULISES MIGUEL era un sabio y buscaba transmitir toda su sabiduría a los jóvenes integrantes de su grupo, como yo. Nosotros lo llamamos cariñosamente de Mi Ángel, que no dejaba de ser un apodo de doble sentido. Él nos enseñaba que los actores debían basarse en el ejemplo de Sísifo, aquel semidiós de la mitología griega condenado a repetir siempre la misma tarea de empujar una piedra hasta la cima de una montaña, siendo que, cada vez que estaba a punto de alcanzar la cumbre, la piedra volvía hasta el punto de partida por medio de una fuerza irresistible, invalidando el duro esfuerzo gastado. Sísifo, sin embargo, no murmuraba y cumplía su castigo con resignación. Los dioses pensaron que no había castigo más terrible que la labor inútil y sin esperanza. «Estaban engañados», decía Mi Ángel en sus charlas informales de fin de tarde, luego después de los ensayos. «Yo asocio el mito griego al trabajo casi proletario del actor de teatro», él insistía. Y proseguía diciendo que la repetición gestual de todas las noches, durante una larga temporada, traía la renovación del espíritu y equivalía al eterno recomenzar del pobre Sísifo.

En aquella época, a pesar de tomar muy en serio mi nuevo oficio, yo era muy joven para sacar conclusiones sobre estas enseñanzas. Hoy veo que Mi Ángel tenía razón. El placer de representar a un personaje debe superponerse al castigo de la repetición en sí. Un castigo que puede convertirse en un placer cuando el actor pone el alma y el sentimiento verdadero en su trabajo.

Albert Camus dice algo parecido en el ensayo que publicó sobre el mito de Sísifo. El escritor argelino lo considera el héroe del absurdo, tanto por sus pasiones cuanto por su tortura. Para Camus, el desprecio de Sísifo por los dioses, su odio por la muerte y su pasión por la vida hicieron que recibiese aquel inexpresable castigo en el que todo su ser se esfuerza para ejecutar absolutamente nada. Todavía él resalta que «si este mito es trágico, es porque su héroe es consciente».

Sancho Martínez, otro director loco y sabio tal cual Ulises Miguel, dijo cierta vez que «el teatro está siempre muriendo para renacer». En este caso, nos remite al mito del Fénix, el pájaro de la mitología griega que, al morir, su cuerpo entraba en combustión. Minutos después, renacía de las propias cenizas. Otra característica del Fénix —que poca gente conoce— es su fuerza descomunal: volando, él sería capaz de transportar un elefante.

Creo que el actor es, de esta forma, una mezcla de Sísifo y Fénix. Como Sísifo, él hace un trabajo arduo que parece inútil a los ojos de muchos. Y como Fénix, tiene la fuerza de volar con pesadas cargas, de transformarse en un ave de fuego y, tras su muerte, renacer de las propias cenizas.

Este es el destino del actor: prestar su cuerpo, su voz y su alma para que otros seres puedan materializarse en la soledad del escenario. Al contrario de lo que piensan los toscos y los insensibles, no es este un trabajo en vano. No, no lo es. Este trabajo de apariencia inútil —inocuo, abstracto y superfluo— ciertamente alcanzará el corazón de alguien y hará transformaciones increíbles.

No es una casualidad que Camus cita al actor como uno de los ejemplos del ser absurdo, capaz de retratar la vida efímera de la forma efímera. «Si el mundo fuese claro, el arte no existiría».

Es por eso —y para eso— que existo: para dar luz a ese mundo oscuro. Soy Sísifo. Soy Fénix. Y también soy Prometeo, aquel que mostró el secreto del fuego a los mortales y que, castigado por Zeus, fue encadenado en la cima del monte Cáucaso, donde todos los días un cuervo desgarraba su hígado, que poco después se regeneraba. Yo soy exactamente así: yo ruedo la piedra hasta la cúspide con todas las fuerzas que emanan de mí, sin importarme si ella regresará al pie; yo me quemo, me transformo y después renazco de las cenizas; tal vez vuelva con las manos esposadas, con el cuerpo desgarrado, con el hígado expuesto a los cuervos, pero estaré vivo, pulsante, rodando la piedra para llegar de nuevo al culmen, sigo sosteniendo la antorcha con el secreto del fuego para la humanidad...



LAS CLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO CUATRO

YO FUI PRESO Y ME QUEDÉ una pequeña temporada en la cárcel. Al contrario de lo que muchos piensan, no he sido arrestado por la policía de la dictadura. Fui encarcelado por la policía de la hipocresía.

En 1981, durante la dictadura del general Vicente Salvador Jiménez (el ignominioso Papa Jim), yo había cumplido cuarenta años, ya era razonablemente reconocido como artista y algunos me llamaban «el monstruo sagrado del teatro ludovicano». A pesar de la fama y del currículum con más de veinte espectáculos escenificados, yo todavía me despertaba sin dinero para comprar la leche y el pan del desayuno. «Este negocio de teatro no da dinero y usted pasará hambre». La frase de mi padre, repetida tantas veces, se convirtió en una dura realidad cuando decidí vivir solo en un caserón antiguo en Vila del Rey —un inmueble de dos pisos, construido alrededor del año 1910, que debería ser protegido por los órganos culturales de la ciudad, ya que era reconocido como patrimonio histórico de la humanidad por la UNESCO, pero que estaba a punto de desmoronarse y convertirse en una montaña de escombros.

Para diversificar los negocios, decidí reformar el techo del caserón y abrir un bar temático en el lugar. Mi intención era hacer un Studio 54 en Ludovica y traer a la ciudad el espíritu libertario de la discoterraza de Manhattan, inaugurada en 1977. Para ser sincero, yo quería ganar dinero para pagar las cuentas. Quería también prestar un servicio social, ofreciendo diversión para los artistas alternativos que no tenían para dónde ir por la noche. Surgió así el Madriguera Veinticuatro.

El nombre del bar era una feliz coincidencia: el inmueble quedaba ubicado en una callejuela sucia y oscura, bautizada de José Madriguera en homenaje a un maestro del bongó de Ludovica que murió pobre y desvalido, solo reconocido y valorado mucho tiempo después de su muerte. Pero madriguera también significa «lugar retirado y escondido donde se oculta la gente de mal vivir». Todo era mera coincidencia, pero parecía intencional a los ojos de la sociedad hipócrita. La mala fama del lugar se extendió, ganó otras dimensiones y luego pasaron a llamarlo de «el bar

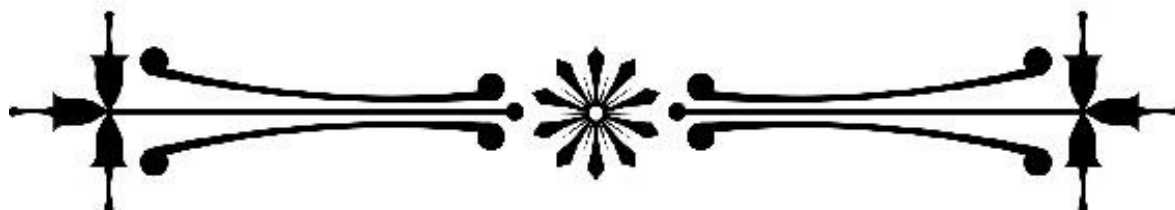
de los amaricados» o «la madriguera de los plumíferos». No era nada de eso. El bar se convirtió en la primera gran referencia underground en la escena nocturna de Ludovica, totalmente receptivo a los artistas malditos y adeptos de la contracultura local. En el domingo yo promovía un happy hour iconoclasta, donde recibía grupos vanguardistas y personas que no pensaban según los métodos del establishment. Los vecinos, sin embargo, no pensaban así. Hicieron una reclamación formal y un juez mandó la policía a detenerme. En aquel tiempo era así en Ludovica: las leyes no valían gran cosa. Bastaba tener poder para mandar enjaular a cualquiera. Me quedé dos días en la cárcel, hasta que un pez gordo de la política interfirió en mi favor y el proceso fue archivado por falta de pruebas.

Cuando hablo de ese asunto, algunos amigos de pronto destacan: «ah, era un tiempo de restricción de libertad, de represalias, de autoritarismo, de pensamientos ultraconservadores y derechistas». Nada de eso. Fui preso por la Maldita Hipocresía, que en Ludovica era algo tan fuerte como la Santa Inquisición o la dictadura —y eso todavía existe hasta hoy.

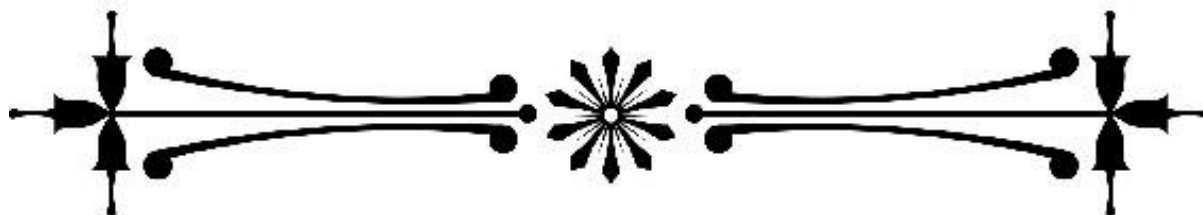
El primer responsable de mi arresto fue un reportero de la página de policía de nuestro periódico más respetado. Él publicó un reportaje donde me acusaba de proxeneta y traficante. Dice que el Madriguera Veinticuatro era un antro. Pero se olvidó de escribir en su texto calumnioso por qué motivo nutria tanto odio por mí. Se olvidó de hacer referencia de que fuimos vecinos, compañeros de escondites y confidentes. Y de que, una noche de lluvia, en mi casa, cuando él se volvió el trasero cabelludo y maloliente para mí, ofreciéndose como una perra en el celo, me rehusé a cogerlo.

El segundo responsable de mi arresto fue el juez que acató la denuncia de los vecinos boquirrotos. El magistrado, con su toga negra y su cara de guanábana, olvidó todos los artículos del Código Penal que aseguran pleno derecho al contradictorio del acusado y firmó un mandato de prisión como se firma un autógrafo en un libro. Él quería imponerme una humillación pública con el único objetivo de perpetrarme una venganza meramente personal. ¿Por qué? Ahora, mis queridos, adivinen...

SEXTO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



04 a 09 de octubre de 2012.



JUEVES, 04 DE OCTUBRE DE 2012.

Mí querido Toby...

Las elecciones municipales en Santabella van a ocurrir el próximo domingo, 07 de octubre, por lo tanto dentro de tres días. Mi madre está empeñada en la campaña de una prima que es candidata al concejal aquí en Ludovica. Por eso, de vez en cuando, mi madre inventa de participar en unas reuniones, cafés, almuerzos y cenas para recaudar votos y donaciones. Mi padre, por su parte, apoya a un colega de la Policía Nacional que anhela ser alcalde —y ya sé que no tiene la mínima posibilidad de elegirse, porque integra una coalición formada por una penca de partidos de microestructuras, como se llaman las agremias menores y recién criadas. Pero no deberían llamarse partidos «micros», sino partidos «micos».

Es un acto degradante ver a mi padre subir encima de un camión y pedir votos para un idiota que defiende «la familia cristiana, el orden, la moral y las buenas costumbres». ¿De qué tipo de orden el idiota hablaba? ¿Y qué moral tenía un tipo que, no hace mucho tiempo, antes de convertirse en miembro de una iglesia pentecostal, había sido flagrado borracho en un bar con cuatro chicas menores de edad? ¿Era ese el tipo de buenas costumbres que mi padre también defendía? Tal vez por esas y por otras razones es que siempre he odiado la política y mucho más a los políticos.

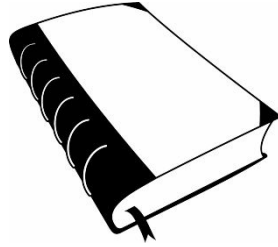
El actual alcalde de Ludovica, un hombre tosco llamado Triguero Júnior (de apodo Jota, El Jefe) es candidato a la reelección y tiene enormes posibilidades de ganar una vez más, aunque fuera incompetente y corrupto (mejor: él era un ladrón competente). Esto mostraba lo cuánto el pueblo era idiota y cuanto la política era asquerosa. Pero tuve que cambiar de opinión sobre todo eso en estas elecciones municipales. No por cuenta de esta prima de mi madre. No. Siquiera sé cómo se llamaba. Menos aún por el policía cínico que mi padre apoyaba. No, mi cambio de postura se debió, en realidad, a un tío de Tobías que también era candidato al concejal por un gran partido (exactamente el partido del obtuso Jota, El Jefe).

De repente me vi participando de actos públicos, comicios y marchas, bailando al sonido de canciones ridículas, salteando sobre la carrocería de camionetas y arriesgando la vida en la trasera de motocicletas, empuñando una bandera enorme con el número del candidato cuyo nombre era impronunciable para la mayoría de los votantes: Archelaws Medvedovsky (el primer nombre se pronuncia Ar-qué-laus, pero he venido a descubrir eso mucho tiempo después).

Tobías me convenció no solamente a votar en el tío, sino a pedir votos para él y para Jota, El Jefe, además de convertirme en una integrante del equipo de baile de las marchas por los barrios. Le pregunté a Tobías lo que había hecho o hacía ese tal Archelaws Medvedovsky para querer ser miembro del concejal. «Él no hizo nada», Tobías respondió con cinismo. «Pero es que nuestra

familia tiene un asiento cautivo en el concejal de Ludovica desde hace más de treinta años», agregó. No he discutido más. Una petición de Tobías, para mí, era como una orden.

Es tarde. Estoy muy cansada. Mañana prometo escribir un poco más.



VIERNES, 05 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi hermoso amiguito...

¿Piensas que olvidé mi disposición de descubrir el secreto de mi madre (y ahora también el de mi padre)? No te engañes. Mi disposición sigue siendo la misma — quizás más grande. Después de lo que vi en el motel, ahora sé que no es un simple secreto. Debe ser algo muy grande, bien asqueroso y bien inmoral. Algo que ni siquiera puedo imaginar, pero que aun así me da ganas de vomitar. No es uno de esos misteriositos ordinarios de finales de telenovela de las siete. Bien sé que no. Va más allá del adulterio tan condenado por monseñor Nicolás Cardona en las reuniones de los Adolescentes Unidos con Cristo.

Si algún día—por descuido mío, por sacudimiento o por curiosidad—una persona logre leer este diario, tal vez se haga la siguiente pregunta: ¿por qué una hija quiere tanto descubrir los hechos podridos y la vida secreta de sus padres? ¿Por qué alimentar a ese deseo ciego de venganza y de ver la fosa explotar y tirar mierda para todos los lados? ¿Venganza de qué?

Yo respondo de antemano a este supuesto espía o supuesta espía de mi privacidad (es más previsible que sea una mujer): quiero que ambos me paguen por todos los momentos de angustias y de dudas que viví durante todos estos años, desde la adolescencia hasta ayer. Siempre quise saber por qué el amor de mis padres era diferente para mí; o por qué mis hermanas tenían derecho a todo, mientras a mí solo me reservaban las sobras. ¿Por qué siempre yo era la última, si naturalmente debería ser la primera? Ahora comprendo aquella mirada apiada con la que a mí me miraban cuando yo todavía era una niña inocente. ¿Padre? ¿Debería todavía llamarlo padre? ¿O padrastro?

Mi madre piensa que todo está arrojado entre nosotros. ¡Ah! Ella no pierde por esperar.

Tengo que dejar de escribir porque Tobías vino a cogerme. Vamos a salir y participar de una marcha en favor del Archelaws y después —¡ojalá! —vamos a singar en algún motel. Ya le dije que hoy yo pago la fiesta.

Para reflejar:

«La venganza es un plato que se come frío».

(Proverbio popular muy repetido por mi abuela Baena).



SÁBADO Y DOMINGO, 06 Y 07 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi fiel compañero Toby...

Frígido. Helado. Glacial. Así puedo definir a Tobías esa noche. Me trató de manera muy rara. Su lengua parecía un palillo dentro de mí. El beso era casi sacerdotal. Sus manos actuaron como las manos de mi ginecólogo —que siempre mantenía una cara de náusea mientras rastreaba las entrañas de mi útero. Su eyaculación vino rápida y sin fuerzas. Ni de lejos recordaba aquellas larvas incandescentes de las otras veces. Me cogió como un carnívoro que come a la fuerza una ensalada de lechuga y un garbanzo. ¿Qué habrá ocurrido? No, no me atrevo a preguntarle. Tengo miedo de molestarlo. Un breve pensamiento de que puedo perderlo —por muy breve que sea —ya me provoca escalofríos. En realidad, entro en pánico. ¿Será que él está perdiendo el interés en mí cuerpo? ¿Será que surgió otra? Así, ¿tan de repente?

Volví a casa temblando de miedo. Mis manos sudaban. Tuve que robar un ansiolítico de la mesilla de noche de mi madre y tomarlo para intentar dormir. Claro que resultó inútil. Pasé el resto de la noche con los ojos fijos en la lámpara en forma de carrusel que proyectaba unas sombras fantasmagóricas en la pared —un juguete ridículo e infantil que mi abuela Baena trajo de Miami y me regaló, y yo recuerdo que debo sustituirlo por algo más decente cuando tengo insomnio y me soy obligada a ver esos largometrajes dantescos. ¿Debo tomar otro ansiolítico? ¿O sacar el Valium que mantengo escondido en una caja secreta del ropero? Tengo ese azul guardado hace varios meses, pero siento miedo de usarlo porque siempre recuerdo la forma en que Michael Jackson murió. Si bien que morir durmiendo sería genial. Creo que es la muerte que todos piden a Dios. Quiero morir así, pero no hoy.

El día amaneció. Ya estoy escuchando Francisca, la cocinera, arrastrando las zapatillas y la escoba en la cocina. Mientras tanto, querido Toby, estamos aquí, inseparables e sin sueño, yo y tú. Voy a leer algo para intentarme olvidar ese maratón de fantasmas y escalofríos.



DOMINGO, 07 DE OCTUBRE DE 2012.

Querido Toby...

Desperté a las nueve y pico para desayunar. Había olvidado que hoy es el día de las elecciones municipales y que la ciudad se queda en polvorosa.

Mi madre salió poco después del desayuno, vestida de azul y rosa, con una bandera amarilla en

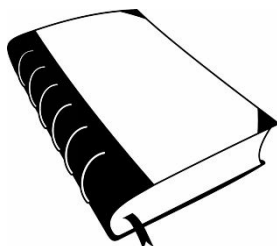
la mano. Dijo que iba a recoger votos para la prima que es candidata. Cuando mi madre decía «recoger votos», ella quería decir, en realidad, «comprar» la conciencia de los votantes, «engañar» y «hacer trampa». Y no interpreten «comprar» en el sentido figurativo, metafórico; era el sentido literal de la palabra: obtener algo a través de dinero, mercadear, corromper, sobornar. Para tal, llevaba escondido en el cinturón de los pantalones un rollo de cédulas de cincuenta y cien pesos, parte de la cantidad que la prima distribuía con sus agentes electorales en la víspera.

Mi padre, por su parte, también salió temprano: iba a hacer una última caminata con el colega de la PN que anhelaba administrar la ciudad, el tal hipócrita que defendía la familia cristiana. Miré la cara de mi padre con desprecio: no sé quién era más hipócrita, si él o si su candidato.

Mi corazón se aceleró de felicidad cuando un coche paró en la puerta de mi casa. Ni siquiera permití que Francisca fuese a atenderlo. Yo sabía quién era. Sí, Tobías vino a buscarme para distribuir panfletos por las calles en favor del tío Archelaws y del alcalde Triguero Junior (Jota, El Jefe). Olvidé las ojeras, el sueño, el cansancio, la duda, la rabia, lo olvidé todo. Me duché rápidamente, pasé un lápiz labial, me puse un suéter azul muy ceñido y unos pantalones de vaquero, y partí para los brazos de mi amor. Tobías, sonriente, también de camiseta azul y cinta del mismo color en la frente, me recibió con un beso ardiente en los labios. Tuve, en fin, la certeza de que todo estaba bien entre nosotros.

Asediar a los votantes en la entrada de la urna y distribuir panfletos agresivos a otros candidatos es un crimen. Los fiscales de la Comisión Electoral, acompañados de soldados del Ejército y de la Policía Nacional, pasean en camionetas y furgonetas, de sección en sección, realizando los flagrantes y llevando para la cárcel a aquellos que no respetan la ley. Eso no me intimidó. Yo estaba muy feliz en convertirme en una contraventora electoral para agradar a Tobías. Si yo fuese presa, sería tratada como una heroína. Abrazada a él, como una naufraga a un pedazo de madera, me arrojé en aquella misión espinosa de abordar a los votantes en la puerta de las cabinas de votación, en el intento de obtener un voto de última hora. Nada me amedrentaba. Yo quería impresionar a todos. Quería pasar la imagen de una mujer intrépida, una kamikaze.

Fue un día exhaustivo, mi querido Toby: he sido perseguida por otros agentes electorales, casi llevo una paliza de un candidato que se rebeló con mis abordajes a sus electores, me escondí en el baño de un restaurante para huir de los fiscales de la Comisión Electoral y tuve que pasar todo el día con un pan y un salchichón. Sin embargo, fue todo genial. Alcancé el objetivo a que me propuse: tanto Tobías como su tío Archelaws no cabían en sí de satisfacción por mi devoción a la causa. Al final del día, cuando las urnas se cerraron, fuimos a una cafetería para celebrar.



LUNES, 08 DE OCTUBRE DE 2012.

Día de resaca moral y frustración aquí en mi casa. Ninguno de los candidatos apoyados por nuestra familia se eligió. La tal prima de mi madre obtuvo míseros doscientos setenta y cuatro

votos, tal vez un cuarto de lo que necesitaba para elegirse por su coalición. Mi madre hacía las cuentas de la francachela electoral: cada uno de esos doscientos setenta y cuatro votos salió por casi quinientos pesos. Una fortuna tostada en vano. Sin contar lo que gastaron con dentaduras, anteojos, medicamentos, botellas de gas, ladrillos, tejas e inodoros donados a los electores más carentes.

El tío de Tobías amargó una derrota aún más humillante: tuvo mil trescientos votos, pero vio otro candidato (con novecientos treinta sufragios) quedarse con la cadera del concejal. ¿Cómo era posible eso? Tobías intentó explicarme sobre el cociente electoral de las coaliciones, una fórmula matemática complicadísima que se aplicaba en las elecciones de Santabella, donde un candidato con mil trescientos votos podría no ser elegido, mientras que otro podría tener éxito con novecientos (siempre que un compañero de coalición hubiese superado con sobras el tal cociente). No me esforcé para entenderlo y apenas me solidaricé con la familia de Archelaws en el llanto y en la revuelta.

El candidato de mi padre, como era de esperarse, obtuvo una votación pifia: ciento once votos. Ni siquiera había conquistado los votos de los compañeros de la Guardia del Ayuntamiento.

El alcalde Triguero Júnior, El Jefe, fue elegido por una gran mayoría. Iba a pasar otros cuatro años cagándose en los cofres públicos y riéndose del pueblo tonto que lo había reelegido.

Hubo una única cosa buena en medio de esa desgraciada toda: Tobías lloró copiosamente en mi hombro y yo lo consolé hasta el amanecer. Solo no ha sido mejor porque no hicimos el amor. Tuve que concordar que no había clima para el sexo.



MARTES, 09 DE OCTUBRE DE 2012.

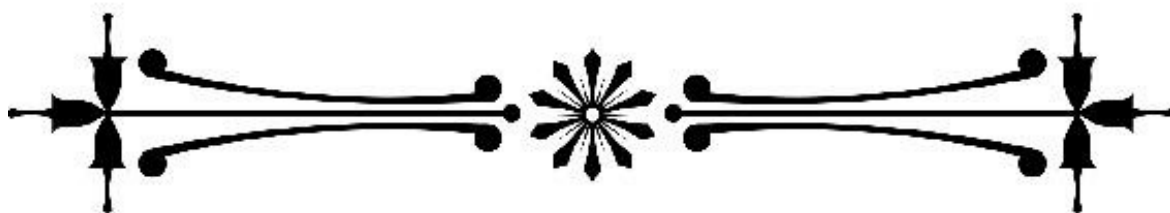
Amadísimo Toby...

A pesar de ese clima funesto de derrota, no olvidé una cosa: mi plan de venganza. Este martes voy a preparar un nuevo bote para sorprender a mi madre infraganti.

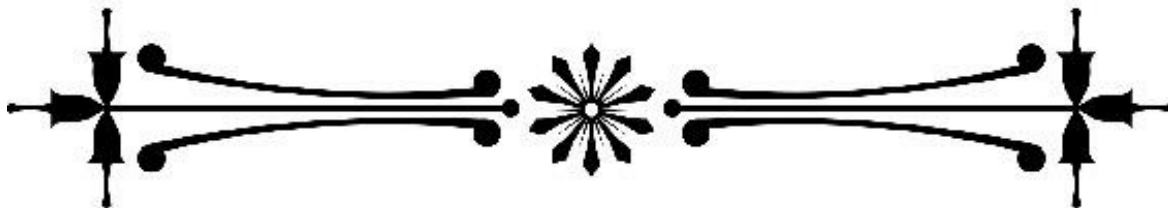
Si tengo suerte, desenmascararé también a mi padre y toda su pose de «heraldo de las buenas costumbres».

El plan para hoy es el mismo de los días anteriores: voy a coger la moto e intentar seguir a mi madre hasta el lugar que sé hacia dónde va, es decir, el viejo motel Château de L'amour.

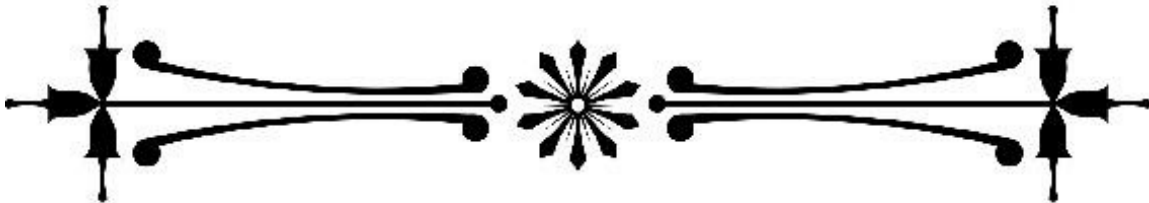
LIBRO CUATRO



**MARTES
MADRUGADA**



11 de diciembre de 2012



El Bello era el único bar de la Ciudad Vieja que abría en los lunes. En ese día, todos los otros dueños de bares daban descanso a los camareros y mantenían las puertas cerradas. Abrir en los lunes había sido una opción de Belarmino Bautista, de apodo Bell Bala, el propietario del Bello. No porque él fuese más codicioso que los demás. No, no era eso. Fue la alternativa que encontró para compensar la decisión de cerrar en el sábado, día de extraordinario movimiento. Bel Bala era miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y cumplía los preceptos de su religión. Tenía en la punta de la lengua el versículo del Éxodo con el que respondía a aquellos que aún se aventuraban a preguntarle sobre los motivos de su decisión: «Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios». Y Bel recordaba a todos que Dios santificó el sábado (y no el domingo) para descansar de la ardua tarea de la creación del Universo.

Además de esta explicación, había otra, meramente comercial. El Bello se convirtió en la única opción para los amantes de la bebida en el primer día laborable de la semana. No había para dónde irse. Hasta los propietarios y meseros de los otros bares corrían al establecimiento de Bell Bala para divertirse. Por eso, se convirtió en una marca consagrada para los amantes de la

bohemia: El Lunes del Bello.

Desde julio, El Bello también se había transformado en el principal escenario (si no el único) donde el cantante Tom Contreras mostraba sus antiguos éxitos: El Lunes del Bello, poco a poco, se volvió también a ser El Lunes del Tom. El cantante de canciones ultra románticas, que durante las décadas del sesenta y setenta había sido uno de los grandes vendedores de discos de la compañía discográfica llamada Bella Rosa, estaba ahora olvidado por el público. Tom vivía en un pequeño dormitorio de la pensión de Pilar Salvatierra y, en más de un tercio de su tiempo, se quedaba borracho por las aceras. El contrato con Belarmino para hacer los shows en el bar, aunque por un caché casi irrisorio, había sido la oportunidad para que el viejo Tom pudiese renacer de las cenizas. La abrazó como un náufrago que abraza el pedazo de madera flotando en las aguas. Era un milagro: estaba casi pasando hambre cuando la invitación llegó. Vivía a costa de las donaciones de los huéspedes de la pensión y de la buena voluntad de Pilar.

La voz grave y potente seguía siendo la misma que inmortalizó más de doscientas canciones, grabadas en veintidós discos y dieciséis compactos simples. El rostro, al contrario, estaba lejos de aquel que brilló en las portadas y carteles de la Bella Rosa Discos. La piel bien tratada y la sonrisa perfecta —que durante muchos años provocaron suspiros femeninos en los cabarets y casas nocturnas de Cocomiel, en los casinos de Habana e incluso hoteles en México y Miami— ya no existían más. En los antiguos programas de auditorio de las teles en México (XHTV-TV, XEW-TV y XHGC-TV)^[65] se hizo célebre por su gran humor y por cantar hecho un niño, incluso las canciones más melodramáticas y aciagas. Sin embargo, hacía mucho tiempo que Tom Contreras no se reía mientras cantaba: tenía vergüenza de abrir la boca porque le faltaba la mitad de los dientes. La cabellera morena había sido devastada por el tiempo y ahora él intentaba en vano ocultar la calva con una boina sucia que garantizaba haber sido un regalo de Cantinflas, durante una presentación en Acapulco.

Había poquíssimos clientes en esa madrugada en El Bello. El fracaso de los lunes anteriores se repetía. Había sido así durante todo el mes de noviembre y la ola de mala pata no daba señales de cambiar con la llegada de diciembre. El viejo Bell Bala no podía ocultar la insatisfacción con el consumo irrisorio de cerveza y aperitivos. Esa noche, contaba en los dedos las mesas ocupadas: seis. Él murmuraba por los rincones del pasillo que habría sido mejor no abrir las puertas. «Lo que voy a ganar no es suficiente para pagar el caché de Tom», él murmuró a uno de los camareros con quienes se topó detrás del mostrador.

Como siempre, Tom desfiló un repertorio de ochenta y cinco canciones, sin excluir ninguno de sus éxitos, desde Yo Me Perdí En El Camino Hacia Tu Corazón (cuyo compacto simple vendió en la época más de cincuenta mil copias), al súper suceso No Sé Si Voy O Se Me Quedo Contigo (la música más ejecutada en las emisoras del Caribe en el año 1973, incluida en el LP En Tom de Pasión, cuyas vendajes sobrepasaron cien mil copias).

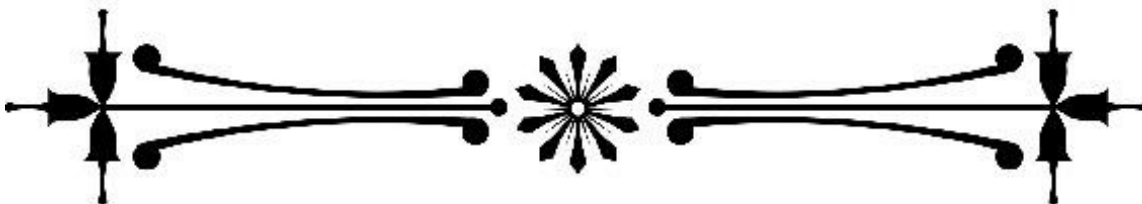
Cuando terminó el show, alrededor de tres de la madrugada, Tom se bajó del escenario y se fue a una habitación abarrotada de envases de cerveza que le servía de camarín.

Belarmino abrió apresuradamente la caja donde guardaba el dinero, juntó los ciento ochenta pesos del caché y se dirigió hasta donde Tom estaba. Lo encontró bebiendo una dosis de wiski — la única a la que tenía derecho sin pagar, además de una botella de agua mineral y un refresco.

—Precisamos tener un palique rápido —dijo Belarmino, tras entregar las notas.

—¿Tú has venido como a ellos les gustó La gitana Rosa al ritmo de reggae? —Tom le indagó, sin darse cuenta del aire funesto que el dueño del bar cargaba en el semblante.

—Sí, yo lo vi —el dueño del bar murmuró.
—Voy a preparar otra sorpresa para el próximo lunes.
—No habrá el próximo lunes, Tom.
—¿Qué me has dicho?
—La frecuencia del bar está muy mala y no tengo más condiciones de pagar su caché...
—No puedes hacer eso conmigo, Bell...
—Yo lo siento, mi amigo —el viejo murmuró. —La casa contrató a una cantante de salsa para los viernes y es casi imposible mantener a dos artistas presentándose en una misma semana.
—Yo me presento sin caché —Tom imploró —y tú me autorizas a cobrar una tasa simbólica de los clientes, pero no sería obligatorio, solo pagaría quien quisiese.
—Yo lo siento, Tom, pero no puedo hacer eso.
—Solo algunos pesos por cada persona...
—Mi amigo, yo no...
—Bel, por favor...
—Además de su caché, hoy te voy a darte más cien pesos como una ayuda para que te mantenga, mientras no encuentres otro establecimiento. Es lo máximo que puedo hacer por ti ahora.



En poco tiempo, increíblemente, Lucía pasó a dominar su nueva y extraordinaria capacidad de levitar con la fuerza del pensamiento. Descubrió, sin querer, que podía propulsar el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, además de girar sobre sí misma como un peón, todo eso a la velocidad supersónica de los aviones. Podría ir donde quisiera ahora. Aprovechó el prodigioso descubrimiento para conocer lugares que siempre había oído hablar, pero que jamás tuvo la oportunidad de ver con sus propios ojos. Viajó hasta la capital Cocomiel porque quería ver el mar. Tenía prisa. Atentó para lo que había le dicho el amigo en el lugar helado donde estaba su cadáver: «No te olvides de regresar al amanecer para acompañar la liberación de su cuerpo. No se pierda».

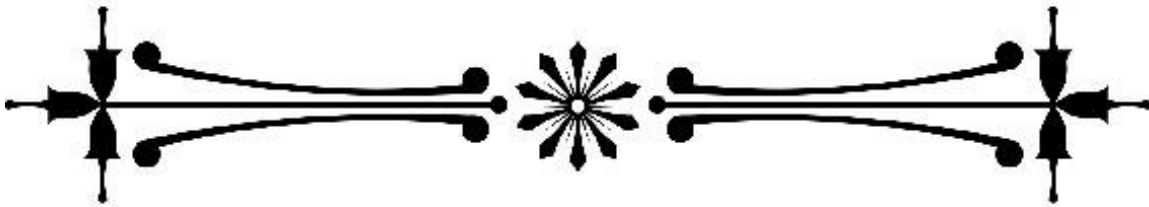
Veloz como un relámpago, Lucía entró en la capital y atravesó la ciudad por la arteria principal, pasó por el estadio gigantesco, atravesó el viaducto y minutos después llegó a lo que tanto anhelaba: el mar. Se quedó embarbascada con la inmensidad de lo que vio. El sonido, el olor, la furia, el asombro. Paró, se sentó en la arena y se quedó paralizada, los ojos perdidos en la oscuridad, con la luna formando un rastro plateado en la espuma ennegrecida.

Se quedó así, totalmente inerte, hasta que los primeros rayos del sol surgieron en el horizonte. El cielo negro empezó a pintarse de púrpura y dorado. Vio cuando los pescadores llegaron y luego se lanzaron al mar en barcos frágiles que casi se desmoronaban con la ferocidad de las olas. En poco tiempo ellos desaparecieron en la línea del horizonte.

Poco a poco comenzaron a aparecer hombres y mujeres de mediana edad que corrían aquí y allá, al aligü, ostentando sus varices gruesas como hilos de energía, sus nalgas repletas de cráteres como la superficie lunar y las barrigas flácidas como un pudín. Pero también llegaron los muchachos de piernas bien torneadas y barriga de piedra. Lucía se admiró con tanta gente bonita desfilando en el paseo, cada una mejor vestida de que la otra. No había visto gente así ni siquiera en Ludovica, cuando iba a pedir limosnas en las filas de los bancos.

La arena estaba repleta de personas durmiendo. Los borrachos, los bohemios, los drogadictos y algunas putas. Lucía los observaba con compasión. Tenía ganas de abrazarlos y despertarlos, contarles de la alegría que estaba sintiendo. Pero sabía que no podía hacer nada de eso. Estaba muerta.

En un punto, debajo de un cocotero, Lucía vio a un niño durmiendo en una cama improvisada con cartón. Tenía la misma edad de Marisol. Él no estaba solo. Había varios otros que dormían en la misma situación, debajo de las marquesinas de los quioscos y en bancos de madera esparcidos por la playa. «Pobrecitos», ella pensó, «deben sufrir mucho con el frío».



Como siempre, el capitán Héctor se despertó a las cinco y pico de la mañana. Miró el despertador encima de la mesilla de noche para determinar la hora exacta que se levantó: cinco horas y veintidós minutos. Era increíble la precisión suiza de su reloj biológico. Había fallado muy pocas veces —tan pocas que daba para contarlas en los dedos de una mano— en casi veinte años de servicios prestados a la Policía Nacional. Se estiró los músculos de los brazos y las piernas, hizo una o dos inflexiones con el tronco, después giró la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda, y por fin se dio cuenta, desolado, que sus huesos gemían como un molino oxidado a cada movimiento que lo hacía.

Cató en el cajón de la mesilla el roto cuadernito donde anotaba los compromisos del día con su lenguaje de taquígrafo. Lo mantenía siempre cerca para no tener que buscarlo hecho un loco cuando quisiese garabatear o reescribir algo. Y lo hacía en todo momento. Después de leer lo que estaba escrito para aquel martes, soltó un suspiro involuntario: «día difícil».

Se dirigió al baño, se higienizó rápidamente y volvió a la habitación con la toalla en la cintura. Miró a la esposa: la liposucción había presentado algunos resultados satisfactorios. Ella debía ser interesante para otros hombres de la misma edad (cincuenta años), jamás para él. Suspiró desalentado.

Abrió enseguida el ropero y escogió una camisa y un pantalón al azar. Siempre ha tenido poca preocupación con la moda y las combinaciones de colores. Se vistió, calzó los zapatos, se perfumó y salió de la habitación sin hacer ruido para no despertar a su esposa.

La casa estaba en la penumbra y en silencio. Fue a la cocina, hizo un café en la máquina y se dirigió a la oficina. Se sentó en la silla giratoria, tomó el teléfono residencial y llamó a Aarón Bonilla, jefe del equipo de forenses de la Morgue Judicial.

—Buenos días, Bonilla. Lo siento llamarte tan temprano. ¿Cómo están las cosas? Quería

pedirte un favor... Me adelanto el laudo de la muerte del actor. Yo sé que es un caso complicado y que carece de más tiempo para el análisis, pero es que la prensa está sobre mí. Pues, sí. Hablan de morosidad, de lentitud, que soy eso, que soy aquello. Tú lo sabes cómo no me gustan esos cretinos de la radio y del periódico. Tienen un enfado conmigo porque no les doy atención. No soy como el capitán Armando Oliveira, comandante de la Guardia, el queridito de ellos. Oliveira casi baja los pantalones para esa gente esculpir en su culo. En la mayoría de las veces, no doy la mínima importancia para lo que ellos dicen de mí, pero en ese caso específico de la muerte del actor el cobro será grande. Por favor, pide a su equipo para apresurar el laudo. ¿Puedo contar contigo para acelerar eso? ¿Todavía hoy? ¿Cuánto tiempo? Está muy bueno así. Gracias, compa. Buenos días. Buen trabajo.

Héctor colgó el teléfono y tomó otro trago del café. Estaba tentado a encender un cigarrillo, pero se resistió. Se prometió a sí mismo que no fumaría antes de las siete.

Decidió llamar Sansebastian. Raras veces lo hacía, pero hoy sintió necesidad de hacerlo. Necesitaba su apoyo más que nunca en aquel martes que se anunciaba fatídico.

—Buenos días, Sebas. ¿Te desperté? Lo siento. Amanecí con la cabeza hirviendo y decidí llamarte temprano para combinar unas cositas. Hoy no va a ser un día fácil. Prepárate para lo peor. Ayer yo compré el libro escrito por Pedro Maldonado. Sí, lo compré. Ayer mismo leí algunos capítulos. Es nitroglicerina pura, mi amigo. Estoy seguro de que el motivo del crimen puede quedarse en este libro. Te lo estoy diciendo muy en serio. A ver. Él dice cada cosa bombástica que es capaz de enmarañarse los pelos del culo de cualquiera, principalmente de los bacanos de la alta sociedad que hicieron fiesta en su cama. ¿Tienes alguna noticia? No, no leí la edición de hoy de La Voz del Pueblo. ¿Qué sucede? pues. ¿Eso fue ayer por la noche? ¿Qué hora? ¿Y el tipo está preso en la Guardia del Ayuntamiento? Voy a llamar a Oliveira, pues. El crápula no me avisó nada, se quedó calado. Tú lo sabes, él quiere aparecer como estrella. Primero él hace la fiesta con la prensa y mucho después repasa la pelota para los demás. ¿No es así? Bueno, me voy a llamarlo. Buenos días, amigo. No sé si llegaré a las ocho porque quiero antes pasar en la casa de mi madre. Si tú llegas antes de mí, intenta adelantar lo que puedas. Hasta luego.

Ni siquiera tomó otro sorbo del café. Buscó un número en la agenda telefónica y llamó al capitán Armando Oliveira.

—Oliveira, buenos días. Acabo de leer la edición de La Voz del Pueblo y a mí me pareció que tú tuviste una noche terrible. ¿Ni tanto? Ah, no me hagas reír a esa hora. Leí que se queda por ahí un chiflado diciendo que ya mató a más de veinte. ¿En serio? ¿Él dijo eso? ¿Y estaba en un coche robado? ¿Robado dónde? Ah, lo sé... Está bien. ¿Qué horas puedes transferirlo? Este horario me parece bueno. ¿Tienes equipo para hacer la transferencia o quieres mi ayuda? Ah, esa situación se vuelve insostenible. Va a llegar una hora que todo va a parar por falta de condiciones. Bueno, amigo, te lo agradezco. Un abrazo.

Héctor colgó el teléfono y soltó un suspiro:

—¡Hijoputa!

No se aguantó: decidió fumar un blanquito. Abrió la ventana de la oficina que daba a un pequeño jardín y encendió uno. Mientras se deleitaba con el humo entrando en sus pulmones, pensó una vez más en el divorcio. La expresión «salir del armario» nunca le había inquietado tanto como en los últimos días, aunque no estuviese totalmente decidido a hacerlo. Tal vez nunca lo hiciese. Esa hora ya había pasado. Aunque deseaba tanto poder asumir su amor con la persona que le hacía tanto bien a su corazón.

Concluyó el cigarrillo, arrojó la punta en un jarro del lado de afuera y espantó de vez las ganas

de llamar «El Cardiólogo». Cerró la ventana y volvió al escritorio. Miró el libro del actor Pedro Maldonado. Era, de veras, una bomba. Abrió el cuaderno donde había hecho algunas anotaciones durante la lectura de la noche pasada. Esta vez dejó de lado su lenguaje de taquígrafo. En la parte superior de la página se puso un título que recordaba una disertación de maestría:

CUESTIONES A LEVANTARSE SOBRE EL LIBRO DE PEDRO MALDONADO.

1) Descubrir la identidad de Jota, la persona para quien el actor dedicó el libro «con todo el amor que hay en esta vida y en la próxima».

2) Verificar si el álbum de fotos que Pedro montó con los perfiles de sus amantes ha sido destruido como él garantizó o si todavía hay resquicios de él en el apartamento. Comprobar si es el mismo álbum que está en el departamento (o si este es otro).

3) ¿Quiénes eran los sacerdotes que componían el cuerpo docente del Colegio Diocesano de Ludovica en la década de los cincuenta? ¿Cuál es el año?

4) Descubrir la placa de bronce en homenaje a la clase concluyente del segundo grado de Pedro Maldonado. Allí estarán los nombres de los sacerdotes de química, matemáticas y latín que se deleitaron con el trasero y la «boquita de terciopelo» del joven actor.

5) Consultar el acervo del Teatro del Chafariz y verificar el elenco del primer montaje de Nino, El Duende Fanfarrón. Comprobar quién eran los intérpretes de los personajes Tío Giro y Capitán Bubo.

6) ¿Quién era el reportero de la página de policía de La Voz del Pueblo en 1980? ¿Por qué publicó el reportaje donde llamaba a Pedro de traficante?

7) ¿Quién es el juez con la cara de guanábana que aceptó la denuncia de los vecinos del Madriguera Veinticuatro?

8) ¿Quién es el político que interfirió en favor del actor y su proceso fue archivado por falta de pruebas?

Había otras dos cuestiones que no estaban relacionadas con el libro, pero con el espectáculo «Yo Soy Ella» y con los últimos momentos en que Pedro ha sido visto con vida.

9) Identificar y escuchar como testigos los principales actores del elenco.

10) Comprobar si había cámaras de vídeo en la fachada del club nocturno donde Pedro estuvo con su vehículo en la noche del sábado y supuestamente se encontró con el asesino. Buscar por testigos e imágenes.

Allí estaba la espinosa misión del equipo de Héctor: encontrar las respuestas para cada una de esas indagaciones. Se quedó un tiempo admirando la hoja de papel garabateada con su letra horrible. Se sintió feliz de haber esbozado una línea de investigación y tener algo que decir para los reporteros y para quien más lo perturbase aquel día.

Se levantó y se dirigió hasta el garaje para saber si el jornalero ya había echado en el buzón el ejemplar de La Voz del Pueblo.

LA VOZ DEL PUEBLO

CINCUENTA Y SEIS AÑOS REGISTRANDO NUESTRA HISTORIA

Ludovica, martes, 11 de diciembre de 2012.

Año LVI. No. 19.964.



POLICÍA

NO TE DEJES ENGAÑAR POR LAS APARIENCIAS:
¡ESTE HOMBRE ES UN ASESINO!
«NO MATO A LOS GAYS, SOLAMENTE MUJERES»

Reportaje: Tomás Wallace.

Fotos: Luciano Pedrosa.

Un chacho alto, de rostro angular, pelo con mechón al estilo Justin Bieber, grandes ojos verdes, sonrisa encantadora, cuerpo atlético, ropas de la última moda, educado y desinhibido al hablar: a primera vista, el chamaco de la foto (derecha) se puede confundir con un modelo internacional o actor de telenovelas. Por los cordones dorados alrededor del cuello y brazaletes en las muñecas, también podría ser un cantante de dembow o reguetón. No te equivoques: al retirar sus antecedentes penales, la policía tuvo un susto. León Rivero Quesada, de veintisiete años, nacido en Ludovica, es un asesino en serie de temperamento frío y calculador. Un joven que mata por placer. Cuando fue arrestado anoche, confesó al capitán Armando Oliveira (comandante de la Guardia del Ayuntamiento) que había asesinado a más de treinta personas, en su mayoría mujeres.

Hasta ayer, León Rivero Quesada era únicamente una leyenda urbana que nadie podía atrapar. Durante más de cinco años, la policía de Ludovica había seguido el rastro de sangre dejado por este fantasma, sin jamás obtener éxito en sus búsquedas. El asesino brutal actuó ileso en varios distritos periféricos de nuestra ciudad y también en las provincias adyacentes, pero terminó atrapado esta noche por pura suerte: suerte de la policía y la población, mala suerte para León. Por fin, él cayó en las manos de los hombres de la ley. El arresto ocurrió durante una barricada que la Guardia del Ayuntamiento estaba haciendo frente al monumento en homenaje a la Revuelta de las Mujeres. León se acercó de la barricada en un coche que había sido robado en Guadalquivir. Dentro del vehículo, los guardias encontraron un arsenal para matar y torturar:

cuerdas, esposas, machetes y otros objetos macabros.

El comandante de la Guardia, capitán Armando Oliveira, no tiene dudas de que León Quesada puede ser el eje de varios crímenes recientes y antiguos. «Tenemos que averiguar cuáles», dijo. «El sospechoso ha hablado muchas cosas. Algunas son tonterías y otras les falta

evidencias. Así, vamos a enviarlo para el capitán Héctor Suárez, jefe del departamento de la Policía Nacional, que debe encargarse de esto», agregó Oliveira.

Algunas de las mujeres asesinadas por León pueden ser prostitutas que están en la lista de «personas desaparecidas» de la policía. Hay información de que León también practicó algunos robos.

Al preguntarle si el sospechoso estaría involucrado en el asesinato del actor Pedro Maldonado, el capitán Oliveira fue enfático al decir que, al principio, no había conexión. «Pero no descartamos ninguna hipótesis», enfatizó.

En ese momento, León Quesada, que había permanecido en silencio hasta entonces, negándose de forma vehemente a hablar con nosotros, nos lanzó la frase emblemática e impactante con la cual abrimos el reportaje: «Yo no mato a los homosexuales, solamente a las mujeres».

(Confieran más fotos y lean otros detalles de este reportaje en las páginas 7 y 8).



LA TRÁGICA MUERTE DE MALDONADO: CUERPO DEL ACTOR PERMANECE EN LA MORGUE.

Reportaje: Jamaica Estrella.
Fotos: Luciano Pedrosa y archivo LVP.

El cuerpo del actor Pedro Maldonado Garcés aún espera la necropsia en la Morgue Judicial de Ludovica (antiguo instituto técnico de policía). Después de los procedimientos legales, la liberación debe ocurrir esta mañana, cuando será remitido a una funeraria y se someterá a un procedimiento de conservación llamado tanatopraxia. Dependiendo de la situación del cadáver, la preparación puede tomar de dos a tres horas.

El velatorio iba a tener lugar en el noble salón del Teatro del Chafariz, pero el actual director de la casa, Joaquín Castro Jiménez, dijo que esto no será posible, pues teme que «la aglomeración de personas pueda dañar algunos objetos valiosos». Así, los últimos honores al actor fueron trasladados al Centro de Funerales San Jordi, a partir de las dos de la tarde.

El cuerpo de Pedro ha sido encontrado ayer (lunes, 10) en su apartamento ubicado en el Valle de las Cascadas. Se llamó a la Policía después que los vecinos sintieron un fuerte olor proveniente de la residencia. Los policías y los bomberos lograron entrar a la propiedad y encontraron el cuerpo con varias heridas de cuchillo. Tanto en el dormitorio como en la sala del apartamento había sangre en las paredes y en el piso, lo que evidencia una pelea entre asesino y víctima.

El cadáver ya se estaba descomponiendo, dando a entender que la muerte pudo haber ocurrido en el sábado por la noche. Los testigos informaron que Maldonado ha sido visto en las cercanías de un club nocturno poco después de salir del Teatro del Chafariz. Los vecinos también informaron que vieron un papichulo alto y fuerte saliendo de la residencia.

El actor tenía setenta y dos años y estaba actuando en el espectáculo «Yo Soy Ella», de viernes a domingo, en el Teatro del Chafariz. Recientemente había publicado su autobiografía titulada «Las llaves de Pedro», donde revelaba los detalles de su carrera y su vida personal muy turbulenta. El libro causó un gran revuelo en la ciudad porque daba pistas sobre los personajes de sus aventuras amorosas.

Aarón Bonilla, jefe del equipo de forenses de la Morgue Judicial, dijo que entregará hoy los resultados de los exámenes del cadáver. A nuestro reportaje él informó que «hay un corte profundo en la garganta y varios más en la región torácica».

El capitán Héctor Suarez, jefe del departamento de la Policía Nacional, ya inició la investigación y escuchó a algunos testigos. Los objetos encontrados en el apartamento del actor, como un álbum de fotos, fueron recopilados para el análisis de los investigadores.



VIOLENCIA EN LA PERIFERIA: MUJER MUERTA A GOLPES DE PALO

Desde la sala de redacción.
Foto del Nido del Buitre: archivo LVP.

El cuerpo de una mujer ha sido encontrado ayer (lunes 10), alrededor de las seis de la mañana, en la comunidad conocida como Nido del Buitre, a unos quince kilómetros del área urbana de Ludovica. El lugar es una zona ocupada por recolectores de basura y usuarios de drogas.

La víctima, identificada por Lucía, fue asesinada por su marido. Ella sería madre de una niña de doce años.

Hasta la publicación de este informe, el cuerpo de Lucía aún estaba esperando por la autopsia. Este es el noveno homicidio registrado en el Nido del Buitre en este año de 2012.



LA REPERCUSIÓN DE LA MUERTE DEL ACTOR PEDRO
MALDONADO, EL LOBO DEL CHAFARIZ:
«MI GURU, SENTIRÉ MUCHO POR SU PARTIDA», DECLARÓ
SILVIO MARCELINO.
«PEDRO NOS DIO GRANDES ALEGRÍAS», DIJO EL ALCALDE
TRIGUERO JUNIOR.

Por: Jamaica Estrella.

Fotos: Archivo GP.

La trágica muerte del actor Pedro Maldonado Garcés sorprendió al mundo artístico y social de Ludovica esta tarde (lunes, 10). Cuando la noticia fue publicada por los medios de comunicación, varios artistas, amigos, políticos y personalidades se expresaron a través de las redes sociales. El horror de las atrocidades se hizo explícito por algunos. Otros recordaron la pasión por su arte con que vivió el actor.

SILVIO MARCELINO, actor, en su página de Facebook: «Mi maestro, mi gurú, te voy a extrañar mucho; estoy sorprendido y sin palabras. El teatro ha perdido una estrella de grande brillo, pero el cielo ha ganado un nuevo ángel».

TRIGUERO JUNIOR, alcalde de Ludovica, se expresó en su cuenta de Twitter: «Mis condolencias a los amigos y admiradores del talentoso Pedro Maldonado. Yo y mi familia estamos muy tristes. Pedro nos dio grandes alegrías y dedicó toda su vida al engrandecimiento del arte en nuestra ciudad».

VANESSA DE GROUX TRIGUERO, esposa de Triguero Junior, escribió en su Instagram: «Tuve el honor de conocer a Pedro Maldonado y la gran alegría de verlo brillar en nuestro teatro, con sus piezas siempre fascinantes. Fue, sin duda, un ser iluminado. Perdimos a un gran actor, una alma buena».

YVES DEMETRIO, cantante, en Instagram: «Pedro me dio uno de los momentos más emocionantes de mi carrera. Yo vivo de la música hace veinte años, pero fue a través de sus manos que subí al escenario como actor por primera vez. Me invitó al desafío y yo lo acepté, asumiendo el papel de un cantautor (que también se llamaba Yves) en Yo Soy Ella, su última obra. Me dirigió en esta aventura con un profesionalismo y una franqueza que nunca había visto en un

artista. ¡Qué persona tan dulce y sencilla era Pedro Maldonado! Le envió mis oraciones a él y a su familia».

SUSY FRANCO, actriz, amiga de Pedro, en Facebook: «Todo mi amor y fe para los amigos y la familia de Maldonado en este momento conmovedor. Encontraremos nuestra fuerza en su luz. Estoy agradecida por todas las oportunidades que él me brindó en esta maravillosa arte de representar vidas. Te amaré siempre, mi maestro. Hasta la vista».

MONSEÑOR NICOLÁS CARDONA, líder de la parroquia de Santa Teresa de Jesús, hablando ayer en un programa de radio: «A pesar de su genio rebelde, era humilde y temeroso de Dios. Estoy seguro de que el Padre Eterno lo saludará con los brazos abiertos en su Morada Eterna. Pedro dejó una marca indeleble donde nos ha bendecido con su presencia».

JUAN JORGE SOLEDAD, escritor, periodista, miembro honorario del Instituto Histórico y Geográfico de Santabella y autor del libro Perfiles de la Sociedad Ludovicana, emitió una nota de pesar a través de su asesoría: «Acabo de ser informado sobre la trágica muerte del director Pedro Maldonado. Esta es una noticia muy triste. Estoy inconsolable. Su trabajo había ultrapasado los límites de Ludovica, y, estoy seguro, no será olvidado en el futuro».

JOTA-JOTA HERNÁNDEZ, presentador del programa radiofónico Club de la Risa, en la Radio Comunitaria: «Yo estoy con el corazón partido. No puedo pensar en nada ahora. Era un buen amigo y un hombre muy sensible. Vino varias veces en mi programa solo para honrarme».

FRANCISCO LUNA, actor, en Twitter: «Descánsate en paz y únete a los ángeles del cielo, viejo amigo. Fuiste un maestro para todos nosotros».

PIPI VARGAS, actor: «Él vivía como deseaba, según su verdad. Fue leal a sus amigos y despiadado con los detractores».

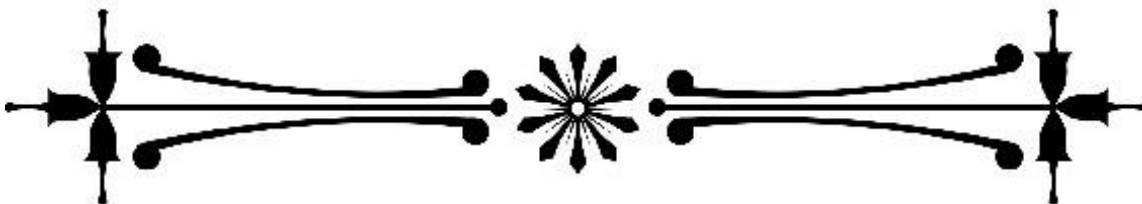
JUSTINO GALEANO CABRERA, secretario de asuntos culturales y manifestaciones folklóricas, en una crónica publicada en este número: «Estoy conmovido por la violencia de su muerte, profundamente entristecido por la pérdida y por el vacío que Pedro dejará en las artes escénicas de nuestra ciudad. Era un gigante. Siempre será un ejemplo a guiarnos en el futuro».

ALEJANDRO CANTABRIA, cineasta mexicano que vive en Nueva York, director de la película Gracias Por Todo y Adiós, también se manifestó en Twitter: «Acabo de enterarme de las terribles noticias sobre Pedro Maldonado. Lo conocí hace un tiempo, mientras yo trabajaba como camarógrafo en una estación de televisión en la Ciudad de México y él era parte del elenco de una de las telenovelas, interpretando un pequeño papel. Recuerdo que hablamos mucho sobre el cine, teatro y literatura, e incluso planeamos escribir un guion para ser filmado en Santabella, pero el destino no permitió que este proyecto se hiciese realidad. Vine a vivir a los Estados Unidos y Pedro se cansó de las telenovelas mexicanas y regresó a su tierra que tanto amaba, Ludovica».

JOSÉ JUSTO ORTEGA, presidente del Concejal, en una nota enviada a la prensa: «Pedro Maldonado dejará un vacío difícil de ser llenado por otro artista. Sin duda, contribuyó de forma grandiosa al desarrollo cultural de nuestra ciudad».

JOAQUÍN CASTRO JIMÉNEZ, actor, director del Teatro del Chafariz, en una entrevista de radio: «Un artista único, apasionado por lo que estaba haciendo. Fue malinterpretado por sus propios compañeros de arte y también por toda sociedad de nuestra ciudad. Merece ser glorificado al menos ahora, después de su muerte. Porque en la vida solo recibió ingratitud de todos nosotros. Perdónanos, Pedro: de hecho, no teníamos idea de lo importante que eras».

ELOY MALDONADO, tío de la víctima, hablando por teléfono desde Nueva Tarragona, donde vive: «Ahora todos dirán que él fue genial, un maestro, un gurú, una estrella, un ser iluminado, un artista formidable, inolvidable, encantador, etcétera y etcétera. Olvidarán, en un pase de magia, que él vivió de puerta en puerta cuando necesitaba patrocinio para sus shows y, salvo excepciones muy raras, nunca obtenía nada. Capaz de aparecer uno que proponga la construcción de una estatua enfrente al teatro».



Lucía posó los pies empapados de sangre y arena en el piso irregular del caserón donde funcionaba la Morgue Judicial de Ludovica. Cruzó enseguida la recepción sin despertar al guardia que dormía frente al televisor y se dirigió a los cajones del refrigerador en la parte trasera de la casa. Vio a algunos hombres tomando café en la pequeña cocina y otros jugando cartas en una habitación que estaba llena de pilas de periódicos viejos.

Había un intenso olor de sangre, carne putrefacta y formaldehído en todos los rincones del lugar. Cuando Lucía llegó a la sala donde se hacían las necropsias, vio a Pedro Maldonado apoyándose en una pared. Ella vagó desde el techo, siguiendo la ruta incierta de una mariposa nocturna y se le acercó.

—¿Tú no saliste? —ella preguntó.

—Me quedé sin ánimo —él respondió.

—Vi a mi hija —ella dijo.

—¿En serio? ¿Dónde la viste?

—En un galpón abandonado, al borde de una carretera —Lucía dijo. —Dormía junto al perro desgraciado.

—¿No hiciste nada?

—Me quedé tonta. No sabía qué hacer.

—¿Qué tal un asombro? ¿Olvidaste que eres un fantasma?

—No tuve ganas de hacerlo.

—¿Qué tipo de madre fantasma eres? Debería haber golpeado al bastardo.

—Ya te dije: no me apeteció...

—¿Y cómo está tu hija?

—Estoy segura de que ella me vio. Incluso me saludó con la mano.

—Es un engaño. Pensamos que los vivos nos ven, pero eso es una alucinación. Nosotros

podemos verlos, pero solo una minoría de personas sensibles puede vernos.

—Ella me vio —Lucía reiteró con énfasis. —No tengo dudas.

—Pienso que tu hija es una médium.

—Joanna también me vio.

—¿Joanna?

—Sí. Yo le dije que me quedaba aquí.

—Eso no es posible. Mejor dicho, no lo creo que sea...

—Fuiste tú quien me enseñaste a hacerlo...

—¿Yo te enseñé?

—Sí. ¿Te olvidaste?

—Te dije que deberías soplar en su oído para que sintiese su presencia. No te dije que ibas a hablar con ella...

—Joanna entendió todo lo que le dije. A mí me sonaba como una charla normal entre los vivos.

—¿Estás hablando en serio?

—No tengo la costumbre de inventar historias, ni siquiera para ganar dinero.

—Me enseñarás...

—¿Qué?

—Me vas a enseñar a platicar con los vivos...

—Yo no sé hacer eso.

—Dime cómo lo hiciste. El resto lo aprendo.

En ese momento, ambos tuvieron que callarse porque los auxiliares de la morgue se acercaron para empezar el trabajo de autopsia. El reloj en la pared indicaba las cinco y media de la mañana. Otros fantasmas que giraban en círculos alrededor de la habitación como zombis también intentaron silenciarse y se retiraron a sus cadáveres en los cajones de hielo, como los caracoles que ocupaban sus conchas. Todo se quedó en silencio de repente. Los susurros de los muertos cesaron. Solo se escuchaba el ruido insistente de los motores de los refrigeradores mortuorios.

Cuatro hombres, todos vestidos con batas blancas, entraron a la habitación y encendieron las luces. Eran los tres técnicos auxiliares y el médico forense (los auxiliares eran encargados de abrir los cuerpos y extraer las vísceras para que los forenses hiciesen lo suyo).

El médico tenía veinticinco años: se llamaba Arthur Navarro y había aceptado su trabajo unos seis meses después de haber sido admitido en un concurso público. Los ojos azules en forma de almendra y las espinas rojizas eran los aspectos más destacados de la cara hexagonal. Usaba una barba escasa, sin marcas en la mandíbula.

El auxiliar mayor tenía unos cuarenta años y su nombre era Bartolomé Maximiliano (así mismo, como el verdadero nombre del compositor cubano Benny Moré, muerto en 1963). Bartolomé era bajito y tenía una cara tan redonda como una oblea de leche. Cultivaba una perilla bien diseñada y unas patillas largas, con el objetivo de ajustar la forma redonda del rostro.

El segundo auxiliar se llamaba Mauricio y tenía la apariencia de un luchador de artes marciales. Era oscuro, alto, musculoso y usaba el pelo en estilo samurái. Tenía tatuajes por todo el cuerpo y el más impresionante de ellos era un cangrejo cacerola dibujado alrededor de su cuello. Mauricio pretendía quedarse por poco tiempo en ese trabajo de auxiliar de morgue. Estaba allí solo mientras no encontraba algo mejor. Aún no se había acostumbrado a las necropsias y en varias ocasiones ya había vomitado encima de los cadáveres, especialmente encima de los ahogados que llegaban con los rostros destrozados por los peces.

El tercer auxiliar tenía unos treinta años y era conocido por Hormiga. No había una

explicación plausible para el apodo, dado que era tan alto como su colega Mauricio. Tal vez fuese alguna alusión al tamaño de su cabeza. Ella era bastante grande y deforme. Hormiga usaba un bigote delgado como los que usaban los astros de Hollywood en los años cuarenta. El pelo, muy bonito y negro, era una herencia genética de sus abuelos indígenas.

Lo primero que hicieron fue preparar los instrumentos para la necropsia: arrojaron sobre una mesa de aluminio unas pinzas grandes y pequeñas, escalpelos, tijeras, disectores, aspiradores nasales, tenaces y una enorme aguja en S.

Empezaron los trabajos por el cuerpo de Pedro Maldonado pues había una determinación de urgencia en el caso. Primero los hombres lo desnudaron y, en ese momento, Mauricio hizo una mueca: el cuerpo del actor estaba en muy mal estado. Luego lo lavaron con agua y jabón como si fuese un gallo desplumado.

Hormiga, el técnico de pelo indígena, comenzó el examen externo: contó el número de perforaciones hechas por el cuchillo, a veces empujando el dedo índice en la herida para determinar la profundidad. Llegó a la conclusión de que eran exactas treinta y dos.

Arthur Navarro, el joven forense, iba anotando todo en los papeles que tenía en un tablero.

Bartolomé tomó el bisturí y empezó la segunda etapa de la necropsia: un corte que se extendía desde el cuello hasta el pubis, formando una inmensa letra Y. Para abrir la caja torácica, sin embargo, él tuvo que usar el serrucho de costilla y una segueta de arco, y para eso solicitó la ayuda de Mauricio. Luego se extrajeron las vísceras y el corazón de Pedro y los colocaron en una bandeja. Había heces flotando en un charco de sangre que se había formado en el espacio hueco del abdomen.

Hormiga contó las perforaciones en el corazón del actor: nueve. Un pedazo del intestino delgado de media pulgada estaba en peor estado: había tantos agujeros pequeños que parecía un tamiz. El técnico pensó en inventar cualquier número, pero la ética le hizo contar cada uno con paciencia y, por fin, concluir: veintiocho. Los pulmones no escaparon del furor del asesino: tenía un corte superficial a la izquierda y dos más profundos a la derecha.

Después de veinte minutos, el joven forense Arthur Navarro se quedó satisfecho con el análisis de los órganos internos. Pasó a la siguiente fase, la más delicada: cortar el cuero cabelludo de una oreja a otra para extraer el cerebro.

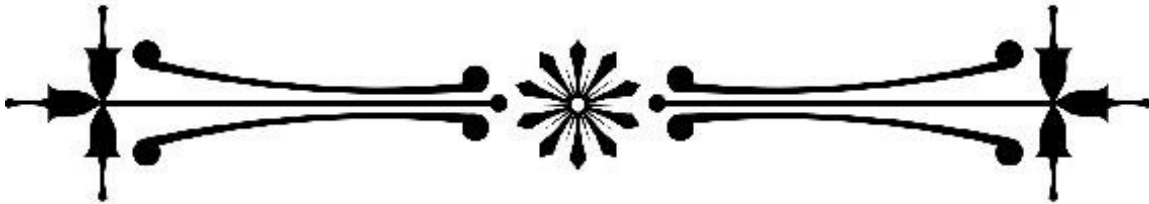
Con la ayuda de Hormiga y Mauricio, Bartolomé realizó el servicio con maestría. El escalpelo pareció deslizarse sobre la cabeza del difunto. Luego se quitó la tapa del cráneo con una pequeña sierra eléctrica. El sonido estridente del motor llenó la sala. El olor a cuerno quemado también se extendió por todo el sitio. Luego desconectaron los nervios que ligan el cerebro con el cuerpo, incluidos los nervios ópticos, y extrajeron la masa encefálica blanco-gris y la colocaron en la bandeja. (Para aquellos que no lo saben, el cerebro de una persona viva es rosado debido a los vasos sanguíneos que lo irrigan. Pero cuando se retira del cuerpo, es decir, cuando está muerto y ya no está irrigado por la sangre, su color es gris. Sin embargo, al contrario de lo que se piensa y se dice, el cerebro humano no es de todo gris. Consiste en el sesenta por ciento de una materia blanca y el cuarenta por ciento de una materia gris. Estos dos materiales son diferentes tipos de tejido cerebral). Al analizarlo de manera fría, usando un bisturí para cortar rebanadas pequeñas, el forense se dio cuenta que el cerebro de Pedro Maldonado tenía algunos moretones: ¿habría sido un fuerte puñetazo?

Arthur Navarro hizo algunas notas en el tablero y dio por acabada su misión. Los técnicos reemplazaron los órganos en sus cavidades apropiadas y cerraron el cuerpo. Luego Mauricio comenzó una costura continua que tenía un punto de partida en el pubis y seguía hasta la garganta.

Se vendaron la cabeza con ataduras para ocultar los cortes. El servicio funerario haría el resto de los ajustes estéticos y el maquillaje con el procedimiento de tanatopraxia.

Pedro Maldonado, invisible para los técnicos, dejó escapar un suspiro de alivio cuando se dio cuenta de que su cuerpo estaba (casi) en orden.

Lucía, desde su rincón, con sus ojitos pequeños, miraba todo con asombro: sería la siguiente a ser torcida e retorcida como una tripa de cerdo.



Muy temprano, antes de las seis de la mañana, Baena salió a visitar su geriatra. Iba a llevar a cabo una misión de revisión general para determinar cómo estaba funcionando su cuerpito de setenta y cuatro años. También había marcado el regreso al aeróbic acuático y también las clases de tenis. Antes de irse, dejó a Ada una nota para entrégala a Pericles:

«Cariño, voy a visitar a un amigo. Volveré para el almuerzo. Un besito, Bae».

Jeison se despertó a las ocho. No era raro que se despertase tan temprano, a menos que estuviese preocupado con algo. Se fue al baño y tomó una demorada ducha. Aún mojado y casi desnudo, él apareció en la cocina para el desayuno. Ada le entregó la nota de Baena y él leyó sin interés.

—Ella aún escribe cartas —murmuró él, bajito.

Ada se sonrió y no dijo nada.

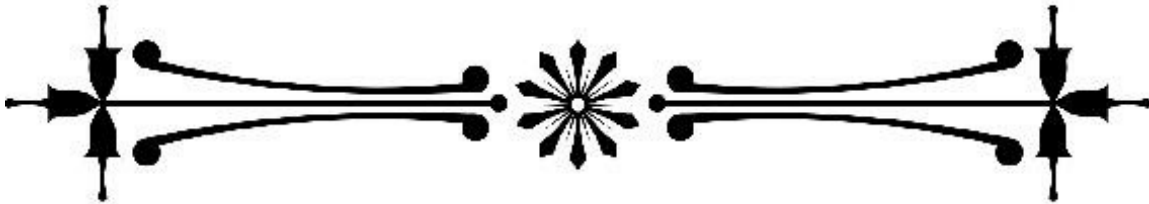
Comió dos panes tostados con jugo de naranja y después fue a la sala. Caminó hacia la ventana de cristal y miró hacia el jardín y la piscina. Llenó su pecho de aire y suspiró satisfecho. Se sentía importante en quedarse allí, en la parte superior de la pirámide social, en el metro cuadrado más caro de la ciudad, rodeado de gente rica. Era una sensación maravillosa, única, emocionante. Baena podría cambiar su vida si él decidiese quedarse más tiempo. El plan, sin embargo, era otro. ¿Debía dejarla ahora?

Pensó en la propuesta de Héctor. Sin duda, era tentadora. Así podría arreglar las cosas de una manera menos dramática y más rápida.

Miró una enorme pintura que decoraba la pared principal de la sala: un retrato de Baena cuando joven. No era fea, aunque estuviese obvio que el pintor había sido demasiado generoso en algunos detalles. Los labios de su boca, por ejemplo, no deberían haber sido tan carnosos en la juventud. Hoy están abultados debido a las innumerables aplicaciones de bótox. Con los arrebatos

de generosidad del pintor, ella más se parecía a una de esas reinas de la corte española.

De repente Jeison recordó de algo que le hizo reír. Baena se veía tan seria e imperial en la pose para el retrato, pero en la cama era un huracán demoníaco. Casi siempre le dejaba sin aliento. Si no hubiese sido entrenado para el oficio, estaría perdido. No pudo contenerse y soltó una carcajada. Enseguida confirió la hora. Cogió su celular y llamó a alguien.



Angelita se despertó desorientada. Se quitó la máscara negra para dormir de la cara y descubrió que Héctor ya se había levantado. Recordó el hechizo inacabado: «lleva esta caja contigo y cada vez que encuentres a esa persona enemiga, lanza una pizca de ceniza de forma encubierta, hasta que todo esté listo». Ella estaba tan molesta anoche que olvidó este detalle. Buscó donde había escondido la bendita cajita de cerillas. Lo encontró dentro del joyero.

Antes de irse al baño, encendió la radio y sintonizó en el programa Club de la Risa, de Jota-Jota Hernández, en la Radio Comunitaria. De repente, mientras se bañaba y se lavaba el pelo, Angelita se interesó en lo que escuchaba.

—Es lo que dicen. ¿No es eso, Nino Peña?

—No entiendo nada de nada de eso, Jota-Jota.

—No sea machista, amigo. No le duele a un hombre admirar a otro hombre guapo.

—Prefiero que los otros den su opinión. Pero, de todos modos, escucha lo que escribió el reportero Tomás Wallace en su informe de La Voz del Pueblo: «un chacho alto, de rostro angular, pelo con mechón al estilo Justin Bieber, grandes ojos verdes, sonrisa encantadora, cuerpo atlético, ropas de la última moda, educado y desinhibido al hablar: a primera vista, el chamaco de la foto se puede confundir con un modelo internacional o actor de telenovelas. Por los cordones dorados alrededor del cuello y brazaletes en las muñecas, también podría ser un cantante de dembow o reguetón».

—Déjame ver la foto...

—Aquí.

—Es bonito.

—Tú entiendes mejor que yo de estos asuntos.

—Pediré una tercera opinión. Llámame Miguelito, nuestro sonidista...

—¡Miguelito!

—Miguelito, mira esta foto... ¿No es este un tipo guapo?

—...

—Habla más fuerte, Miguelito. Nadie te escuchó.

—...

—Por favor, llévame el micrófono a Miguelito. Habla ahora, Miguelito: ¿qué te parece este tipo de la foto?

—Un papichulo...

—¿Qué nota te lo darías de cero a diez?

—Quizá ocho.

—¿Solamente ocho?

—Déjame verlo de nuevo...Nueve y medio.

—¿Por qué le tiraste ese medio punto?

—Él está sonriendo de leve en esa otra foto y noté que tiene un diente torcido.

—¿Tiene? Déjame ver...Sí, es verdad, lo tiene.

—Pero... ¿no es eso una hermosura?

—Depende. En algunas personas parece quedarse atractivo. Pero no está jevi en él.

—¿Y a quién tú crees que él se parece?

—Justin...

—¿Quién?

—Justin Bieber, solo un poco mayor...

—Verdad...

—El reportero Tomás Wallace dice que él se asemeja a Justin...

—Telefoné hoy temprano para la Guardería del Ayuntamiento y un agente me dijo que varias personas, en su mayoría mujeres, están buscando informaciones sobre el asesino. Algunas preguntan si él necesita de comida, de ropa, si es casado...Otras quieren fijar una hora para visitarlo.

—¿En serio, Nino?

—Sí, en serio. Incluso el agente me dijo que había una que quería adoptarlo.

—Eso es una broma, ¿no?

—No, no lo es. Es vero.

—Dios, este mundo está loco. Por eso dicen que se destruirá en los próximos días.

—No es la primera vez que esto se sucede, Jota.

—¿Qué?

—Algunas mujeres se enamoran de los maníacos. Hay varios casos. ¿No te acuerdas de Lorenzo Ochoa, el motociclista que se hizo conocido como el Maniaco de la Plaza del Conquistador en Cocomiel?

—No. Por favor, recuérdame...

—Él violó al menos a seis mujeres y trató de asesinar a otras nueve...

—No, no, no me lo recuerdo. ¿Cuál fue el año que se pasó esto?

—Fue 1998.

—Pero Lorenzo era feo. Es decir, no era tan llamativo como ese tipo de Ludovica.

—Sí, Miguelito, él era muy feo, pero recibió varias cartas de admiradoras en la cárcel.

—Solo Freud para explicar tal disparate.

—Freud también puede explicar por qué Lorenzo mató a tantas mujeres. Leí que él tuvo una infancia llena de traumas sexuales. Una tía le habría molestado sexualmente cuando él aún era un

chiquilín y con eso le habría desarrollado una fijación por senos.

—¿Por senos?

—Sí, pechos, tetas.

—Nino, perdóname el comentario: a todos los hombres les gustan las tetas de las mujeres.

—Por cierto que sí, pero al maníaco le gustaba morderlas y destrozarlas.

— ¡Alabado!

—Cuando era adolescente y consiguió su primer trabajo, sufrió otro trauma. Dicen que un jefe que era gay lo sedujo y tuvo relaciones sexuales con él por la fuerza. Dicen también que esto lo llevó a interesarse también por relaciones homosexuales. Hay noticias de que él ha sido casado durante casi un año con un travesti.

—La mente humana es una caja de Pandora...

—Estos no fueron los peores traumas de Lorenzo...

—¿Hay más?

—Una chica gótica casi le arrancó los huevos con una dentellada.

—¿Cómo?

—Una gótica...

—Explícanos lo que sea una gótica, mi querido Nino Peña, pues quizás algunos de nuestros oyentes no tengan la menor idea de lo que es el movimiento gótico.

—Bueno...Gótica es una persona que le gusta vestirse de negro y que admira la muerte...

—Me parece que aquí en Ludovica también hay algunos individuos de esta tribu urbana.

—Sí, hay muchos...

—¿La gótica casi arrancó las glándulas del maníaco?

—Sí. Y después de eso él desarrolló un miedo de perder su pene...

—Es por eso que prefería tener sexo con mujeres solo después de que las mataba... ¿No es eso?

—Probablemente.

—¡Jesucristo!

—Dicen que él sentía un dolor terrible en el momento de hacer el sexo...

—¡Ay!

—Volvamos a nuestro maníaco local. ¿Por qué él asesinó a sus víctimas? ¿Será que también fue abusado en la infancia? ¿Has sido mordido por una gótica, jipi o friki? ¿O sufrió una desilusión que lo dejó con odio de las mujeres? Únete a nuestra pesquisa del día, denos su opinión sobre este caso, llámenos ahora...

—¡Vayámonos, amigos, únete a nosotros!

—Es hora de disfrutar de la buena música... ¿Qué vamos a escuchar después de eso, Miguelito?

—Justin Bieber... ¡Boyfriend!

La voz del cantante canadiense resonó en las habitaciones de la casa. Angelita salió del baño intrigada por lo que había escuchado en la radio. Se secó la piel y se peinó el pelo rápidamente. Se puso una ropa casual y decidió buscar al esposo. Antes de irse, ella recogió la caja con las cenizas de incienso en el joyero y la escondió en su sostén.

Encontró a Héctor en la habitación que servía de oficina. Él estaba absorto, leyendo las páginas del periódico.

—Buenos días —ella dijo en voz baja.

—Buenos días —Héctor le devolvió el saludo. Le pareció muy sorprendente la salutación de

la mujer. Eran rarísimos los días en que ella se despertaba de tan buen humor.

—¿Puedo ver el periódico? —ella preguntó.

—La página con la columna de su amigo Salvador Pantoja está sobre la mesa —Héctor dijo con desprecio. —Puedes tomarla.

—No quiero leer la columna social —ella objetó. —Quiero leer la página con las noticias policíacas.

Los ojos de Héctor se ensancharon. No tenía dudas de que este sería un día ingrato y fatídico.

—¿Cuál es el interés en las noticias policíacas? —él preguntó.

—El mismo interés que todos tienen —le espetó ella. —Reírse de la desgracia ajena.

Héctor dobló las dos páginas en sus manos y se las dio a Angelita. Ella empezó a leer el periódico con un sutil y disimulado entusiasmo. Sus ojos fueron tomados por un extraño resplandor. Caminó hacia la cocina como una sonámbula, alejándose casi de modo automático de los muebles, instintivamente, sin darse cuenta de ellos. Se sentó a la mesa y no dijo nada. La cocinera Francisca, siempre atenta a todo, le sirvió una taza de café. Francisca se dio cuenta de que la jefa estaba desconectada de la realidad.

Angelita no se quejó de nada, algo que no era habitual. Ni siquiera reclamó del café templado o de los panes mal horneados.

Ella permaneció así en este estado de *laissez faire, laissez aller, laissez passer*^[66] durante un buen rato, sorbiendo con gestos mecánicos el café, enganchada por lo que leía.

—Qué bello papi-champú —se atrevió a decir Francisca, después de bisecar la foto de León Rivero Quesada en la portada del periódico.

Angelita se dio cuenta de dónde estaba. Bajó la página del periódico y miró a la cocinera. La mujer blanca de veinticinco años, de rostro acendrado y pelo negro, esperó lo peor: que su jefa explotase en un torbellino de mal humor.

—Él es realmente muy guapo, ¿no? —preguntó Angelina con voz calma.

—Guapísimo —dijo Francisca.

—Es un asesino de mujeres —comentó Angelina.

—Una lástima —la criada murmuró y se alejó para cuidar de una sartén friendo en el fogón.

Angelina tomó un sorbo del café y se levantó de repente. Estaba tan decidida que olvidó el periódico sobre la mesa. Regresó a la oficina donde estaba su marido.

—¿Vas a interrogar a este asesino? —ella lo sobresaltó con la repentina pregunta.

—Soy el jefe de policía, ¿te olvidaste? —dijo de forma irónica, dejando por un momento las notas que hizo en su agenda.

—Quiero irme contigo al departamento —dijo ella. —Quiero conocer ese chico.

—¿Qué diablos me estás diciendo? —Héctor la preguntó con incredulidad.

—Llévame, por favor —insistió ella. —Si no me llevas, me iré sola.

—¿Qué mierda tomaste para pensar esto?

—Quiero ver a este maníaco cara a cara —contradijo ella.

—Esta no es la actitud de una mujer casada —él protestó, y se puso de pie.

Héctor decidió ir a la cocina para hacer otra taza de café. Angelita lo siguió. Ella parecía posesa. Héctor también estaba molesto: ¿hasta dónde quería llegar la esposa? ¿Era una nueva modalidad de provocación?

Ambos entraron tan de repente en la cocina que sobresaltó a la criada. Ella preparaba en la licuadora una batida de aguacate y leche que tanto le gustaba a Alice.

—Solamente una puta sin clase —Héctor dijo con rabia —podría pensar en tal cosa.

—¿Es ese el concepto que haces de mí, después de años y años de matrimonio? —ella preguntó. —Que bueno es saber.

—No me jodas —él dijo, sirviéndose del café.

—¿Cuál es tu problema en llevarme? ¿Estás con envidia?

—Ahora tú deliras —él dijo burlonamente.

—Estás con envidia —insistió ella —porque el chico es muy guapo y todos quieren verlo, tocarlo, fotografiarlo. Ya tú, pobre diablo, nadie te mira siquiera, porque todos se sienten disgustados contigo y no pueden soportar ese tu olor terrible de nicotina.

Héctor perdió el control. Levantó el brazo con todas sus fuerzas y golpeó a su esposa. Angelina se cayó sobre la mesa, derribando algunos platos y tazas, pero en segundos logró equilibrarse. Tomó el vaso de la licuadora de las manos de Francisca y arrojó la batida de aguacate en la cara de Héctor.

Los instintos animales del capitán se manifestaron de una manera aterradora, y luego sostuvo a su esposa por el brazo y la golpeó en la cara varias veces.

Francisca gritaba desesperada:

—¡Basta, por Dios, basta!

Héctor soltó el brazo de Angelita y ella cayó al suelo de la cocina, cubierta de légamo verduoso, llorando y maldiciendo.

Cuando Héctor le dio la espalda, preparándose para salir de la cocina, Angelita se levantó de modo brusco, sacó la caja que había escondido en su sostén, la abrió y arrojó las cenizas sobre los hombros de su marido.

—¡Cabrón! —ella gritó. —Quiero que tú mueras de la manera más horrible que Dios pueda permitir.

Héctor no miró hacia atrás ni vio el polvo que la esposa arrojó sobre sus hombros. Subió al dormitorio y se deshizo de la ropa sucia del líquido que parecía ser un ectoplasma de color verde-mar. Se bañó otra vez, se puso una chaqueta limpia y se preparó para irse. Cuando llegó al garaje, sin embargo, Francisca se aferró a él.

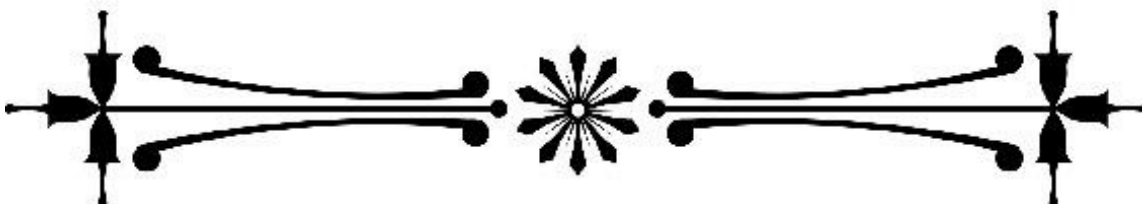
—Quería que hicieses algo por mí —ella dijo, casi gimiendo. —Un pequeño favor.

—¿Qué quieres, Francisca?

—Si podrías sacarme una foto del chico.

—¿Una foto del asesino?

—Ojalá si tú pudieses sacarme un video...



La vida ya no parecía tener más sentido. Esa mañana, después de recibir su último pago de las manos del dueño del bar El Bello, Tom Contreras decidió que era hora de preparar su salida final de la escena artística. Antes de regresar a la pensión de Pilar, utilizó parte del dinero que recibió para comprar dos botellas de vodka en una tienda y vino bebiendo por el camino. De vez en cuando se paraba en la acera, se apoyaba en una farola y rompía a llorar.

Llegó a la pensión de Pilar casi al amanecer. Tocó la campanita de la puerta y Pilar vino a abrirla. Parecía que había estado despierta durante toda la noche. Cuando la vio, Tom recordó lo que decían los huéspedes: que Pilar nunca dormía.

—¡Dios! ¿Qué cara es esa? —ella preguntó.

—No tuve una noche agradable —él respondió.

—¿Qué te pasó?

—Discúlpame, Pilar, no quiero hablar de nada ahora —él dijo de una manera suave y cautelosa que no sonaba grosera. —Solo quiero dormir un rato.

—Lo siento, amigo —murmuró ella. —Hablabamos más tarde. Debes saber que siempre puedes contar conmigo.

—Gracias, Pilar —él murmuró un poco avergonzado. —Eres una mujer formidable, un ángel en mi vida.

—Ah, quería ser un ángel de verdad y tener alas para volar — murmuró ella. —La noche pasada no ha sido mala solo para ti.

—¿Qué sucedió?

—¿Te acuerdas del huésped llamado León Quesada?

—Sí, claro.

—Acabo de escuchar en la radio que lo arrestaron. Dicen que estaba en un auto robado y con

el malero abarrotado de objetos extraños, incluso un cuchillo manchado de sangre. Estoy muy preocupada. Pronto habrá un grupo de policías y reporteros en mi puerta, retorciéndome la paciencia y quitándome la inquietud con preguntas estúpidas. Ya no puedo soportarlos de nuevo.

Tom ignoró la información proporcionada por Pilar y, sin decir nada más, se subió a la habitación.

Encendió la luz. Las paredes del lugar habían sido decoradas por él con todos los discos de oro y de platina que había ganado durante el apogeo de su carrera como cantante. También hacia parte de la decoración los carteles y las portadas de los discos que había grabado. Cogió tres de estas cosas preciosas de la pared y se acostó con ellas, abrazándolas y acariciándolas como si fuesen sus amantes. Sentía un placer indescriptible, como si estuviese haciendo el amor con ellas. Había pasado mucho tiempo desde que tenía una mujer en la cama y que no se acostaba con una para tener sexo. Ya no sentía más esas voluntades.

El deseo se quedó perdido en algún momento de su pasado. Tal vez el alcohol (que siempre había estado con él) y la cocaína (su compañera durante el apogeo de su carrera) habían llenado el espacio de la necesidad de tener sexo en su mente.

Cuando llegó a la pensión de Pilar, en un estado físico deplorable, y recibió una cálida bienvenida, pensó que se sentía atraído por ella. Una vez soñó que la amiga estaba desnuda en su cama. Tom intentó masturbarse una o dos veces con este pensamiento, pero no consiguió hacerlo. No había erección. Descubrió que no sentía apetito sexual por Pilar, solo gratitud. Y por gratitud no podría tener relaciones sexuales con nadie. También él lo sabía que ella prefería a hombres más jóvenes, como ese tonto que la llevó a hacer lo que hizo y le causó tantos problemas en su pobre vida.

En el pasado, sin embargo, Tom había tenido muchas mujeres. Fueron tantas que él había perdido la cuenta. Los matrimonios oficiales celebrados en una oficina del notario, con la firma de los testigos y la pizca de champaña, fueron tres. Todos terminaron de forma dramática y le llevaron a la ruina psicológica y financiera.

Tom pasó toda su vida buscando la felicidad al lado de una mujer. Hasta que un día se dio cuenta de que ya no tenía fuerzas para quedarse intentándolo siempre y siempre. Una vez tardó mucho en salir del fondo del pozo que siempre se hundía después del final de una relación. Cuando logró salir y volver a poner los pies en tierra firme de nuevo, el mundo había cambiado de manera brusca y el público ya no lo reconocía más. La mayoría de sus antiguos fanáticos estaban muertos o escuchando otro tipo de música. El mundo, tal como él lo había conocido, ya no existía: los discos de vinilo y los casetes estaban en extinción, los presentadores de programas de radio y TV eran otros, los clubes nocturnos donde solía tocar estaban cerrados o abandonados, y las estaciones de radio de Modulación de Amplitud (AM) que tocaban boleros y géneros tradicionales habían perdido espacio para las nuevas estaciones de Frecuencia Modulada (FM) que preferían el rock y el pop internacional.

Por lo tanto, al intentar reanudar su carrera una vez más, Tom Contreras se dio cuenta que ni siquiera la grabadora Bella Rosa Discos (donde construyó sus sueños) existía más. Era casi imposible para Tom creer que el imperio discográfico de Cocomiel, que ya había dominado más del veinte por ciento del mercado de la música caribeña, había sucumbido a la tremenda fuerza de un huracán y se había literalmente convertido en una montaña de barro.

Tom buscó tierra en sus pies y no la encontró. Nunca más vio los viejos amigos que lo ayudaron en el comienzo de su carrera.

Pobre Tom..

Hijo de agricultores analfabetos, nació el 12 de enero de 1948 y fue bautizado como Francisco Antonio Silva Contreras. Estudió en una escuela para campesinos y la abandonó en el segundo año. Empezó a cantar en los bailes y bares de Ludovica en 1963, cuando tenía quince años. Era un niño prodigio que conseguía imitar las voces de Roberto Ledesma y Felipe Pirela,^[67] además de tocar guitarra, acordeón y trompeta. Había aprendido a dominar los diversos instrumentos con un anciano ciego que vivía cerca de la casa de sus padres. En 1966, a la edad de dieciocho años, fue llevado por un político de Ludovica a cantar en una emisora de radio en Cocomiel. Tuvo tanto éxito que, en el año siguiente, apareció la invitación para grabar un disco por la grabadora Bella Rosa. Así Antonio Francisco Silva Contreras fue acortado para Tom Contreras.

Entre los años de 1969 hasta 1980, Tom vivió entre altibajos de la suerte, entre dosis de wiski y carreras de cocaína, entre suites de lujo y cabañas de motel de mala fama, entre espectáculos en gimnasios abarrotados de fanáticos y otros en circos desgarrados en el borde de carreteras. En el apogeo de su trayectoria, vivió en Cocomiel, Santo Domingo, Nassau, Miami y Ciudad de México, cuando apareció en varios programas de televisión. En 1984, con el fin de más un matrimonio y la inundación de la grabadora Bella Rosa, su mundo se derrumbó: todo desapareció, se evaporó, se convirtió en humo.

Han pasado exactos veintiocho años y Tom nunca más ha grabado ningún disco, ninguna canción, nada en absoluto. Desde entonces ha vivido del pasado.

Regresó a Ludovica en 1998, completamente pobre, con un trapo atrás y otro adelante. Dondequiera que fuese, era común escuchar la pregunta que los mayores hacían a los más jóvenes: ¿sabes quién él era? Usaban el verbo en el pretérito: era.

Tom cantó en los circos y clubes de muy mala reputación durante algún tiempo, aprovechando los últimos vestigios de notoriedad. De repente, sin embargo, las sillas en el gallinero comenzaron a vaciarse y los productores intentaban huir de él.

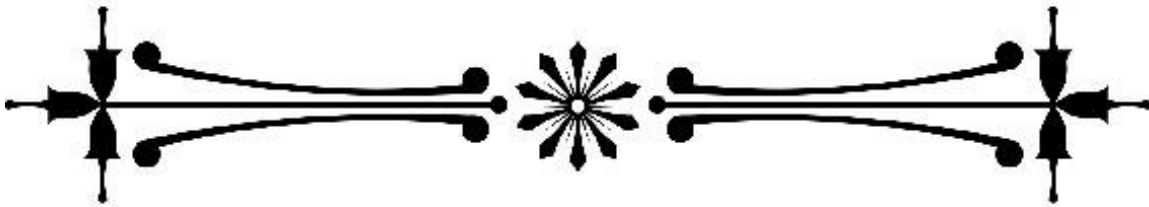
Sin fama, sin dinero, sin amigos y sin público, Tom apareció un día en la puerta de la pensión de Pilar, arrastrando un par de maletas con los restos de su pasado de gloria.

Tom había conocido a Pilar cuando el mundo parecía más brillante y más hermoso. Él había participado de muchos espectáculos íntimos y serenatas en su casa.

Ella lo recibió, lo acomodó en una habitación y aceptó que él pagase la mitad del precio. A veces ni siquiera conseguía pagar un tercio del valor acertado, y ella lo perdonaba y descargaba su deuda en un pequeño cuaderno secreto que tenía para este propósito. A veces él no tenía nada para comer y ella le conseguía un plato de comida sin que él tuviese que pagarlo. Así fue como vivió hasta que consiguió su trabajo en El Bello.

Ahora, con el fin de los Lunes del Tom, todo volvía al cero.

Tom estaba decidido que haría el último truco para revertir la mala pata que había vivido en los últimos años. Quería demostrar al mundo que aún estaba vivo como artista.



P

«Primeramente el capitán; ahora una pesadilla mucho peor: mi día no será bueno», pensó Sebas cuando su teléfono móvil empezó a sonar por la segunda vez en aquella mañana.

Las manecillas del reloj arriba de la mesilla de noche aún no habían tocado el número seis y el gallo del vecino ni siquiera había dado su primer quiquiriquí.

El teléfono no paraba de sonar.

Sebas decidió que era mejor contestarlo antes que su esposa se despertase. Saltó de la cama de sopetón.

¿Qué quería la pesadilla a esta hora?

—Hola —él dijo bajito.

—No puedo más soportarlo —dijo Angelita sin siquiera saludarlo.

—Ya nos pusimos de acuerdo —él le recordó a ella —que hablaremos sobre eso hoy a la hora del almuerzo.

—Lo sé —ella dijo. —Pero ahora todo cambió.

—¿Qué pasó?

—Él me golpeó. Me pegó con fuerza y me tiró al suelo.

—¿En serio? ¿Te hizo esto el capitán?

—Sí. Estaba poseso.

—Ah, Jesucristo...

—¿Pensaste en algo?

—¿En qué?

—En una manera de matarlo...

—Por Dios, no repitas eso.

—Relájate, pues nadie sospecha de nada. Soy cuidadosa.

—No es un asunto para hablar por teléfono.

—Quiero que todo esté listo hoy.

—Está bien. Hablaremos después.

—¿Vamos a vernos en nuestra hora habitual?

—Sí, sí.

—Está bien. Adiós.

—Adiós.

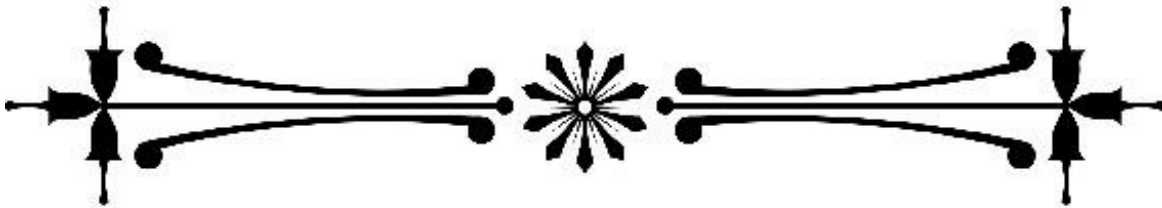
Sebas colgó el teléfono y sintió que un escalofrío le subía por la espalda.

El gallo del vecino, por fin, cantó.

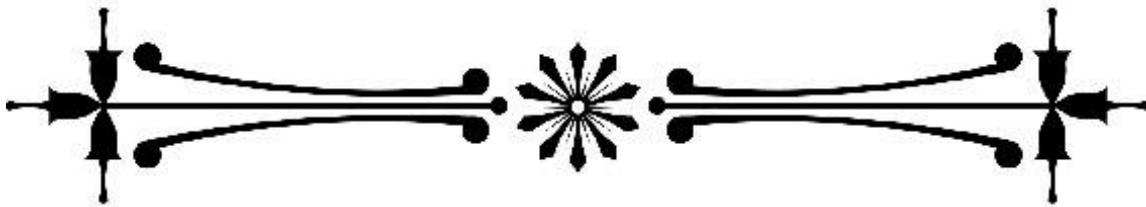
Cantó tres veces.

Sebas recordó una vez más el proverbio bíblico que su abuela le repetía: «el proceder de la mujer adúltera es así: ella come, después limpia su boca»...

SÉPTIMO ENCARTE



LAS LLAVES DE PEDRO



El libro de memorias de Pedro Maldonado
(Parte 2)



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO CINCO

«Pedro Maldonado es un actor sufrible y de recursos limitados que casi siempre interpreta al mismo personaje: él mismo; en compensación es un director que busca más adelante de lo que dice el texto y hace que sus actores se rindan verdaderamente». Esto es lo que un crítico escribió una vez en *La Voz del Pueblo* sobre mí. Perdón: no era un crítico de verdad. Era un escritor que frecuentaba mi casa, bebía mi café y cotilleaba mi estantería. Me gustaba platicar con él. Se apartó de mí después que escribió ese comentario, pero no me quedé enojado con él. Fue lo más parecido a una crítica teatral que he leído en las tierras de Ludovica. El pobrecito empezó a evitarme en lugares públicos porque pensaba que yo iba a abofetearlo o rasgar su rostro rosado con una navaja de afeitar. No hago tal cosa ni siquiera a los que me apedrean y que son hipócritas conmigo, no lo haría con una persona que escribió una verdad. De hecho, soy un actor con recursos limitados. Solo soy soportable, pero tengo la humildad de admitirlo. Y trabajo duro — estudio, investigo y experimento — para superar mis limitaciones y buscar siempre lo mejor. Esto es lo que me diferencia de los mediocres de la tierra.

Conozco algunas figuras del teatro (y otras de la música) que golpean el pecho y gritan: «Ludovica tiene que respetarme porque soy una estrella». Estas pobrecitas criaturas hacen un esfuerzo sobrehumano para mantener las apariencias en la foto de la columna social. Viven deambulando por las fiestas, en los estrenos, en los cócteles y en las solemnidades, agitando en sus manos un vaso de wiski con hielo o de vino espumoso, atacando con voracidad las bandejas de canapés y tartas. Están siempre hambrientas y pierden los nervios delante de un plato de comida, pues cuando llegan a casa no tienen nada que comer y pasan meses sin conseguir un verdadero caché.

Me río muchísimo cuando escucho este discurso de «soy una estrella». Al mismo tiempo, sin embargo, yo tengo pena de ellas. Esta ciudad es incapaz de reconocer y valorar a alguien que tiene su propia luz. Las pocas almas que tienen algún brillo, aunque sea mínimo (pero auténtico), los hipócritas y los envidiosos tratarán pronto de borrarlas y arrojarlas a la tumba común. Así es

como Ludovica es arcaica, parodiando la canción de Miguel Ángel Guerra. Y no solo ella, sino también otras ciudades. Esta filosofía de que «en casa de carpintero, la puerta es de cuero» también se extiende a la capital, donde escucho relatos similares. El reino de la mediocridad se estableció definitivamente en este siglo, y no se mantuvo solo en la gran metrópolis, sino que se extendió sus tentáculos desde todos los rincones, incluso a los más lejanos.

Vivimos en la edad completa de La Sociedad del Espectáculo, abordada por el pensador francés Guy Debord, publicado en 1967.

El espectáculo se presenta como grandioso, positivo, indiscutible e inaccesible. Su único mensaje es: «lo que aparece es bueno, lo que es bueno aparece».

Otro pensador, llamado Feuerbach, también escribió sobre la trivialización de la imagen en estos días. Dijo él: «Nuestro tiempo, sin duda, prefiere la imagen a la cosa, la copia al original, la representación a la realidad, la apariencia al ser... Lo que es sagrado para él, es solo una ilusión, porque la verdad está en lo profano».

Llegamos al futuro profetizado por Andy Warhol en la década de 1960: «Un día todos tendrán derecho a quince minutos de fama». Sí, Warhol, ese día ha llegado, para nuestro pesar. Y con ello llegaron las celebridades instantáneas, los reyes de un mundo dominado por imágenes surrealistas, el mundo de los espectáculos donde los artistas no pintan, no escriben, no cantan, no bailan, no interpretan y no saben cómo hacer nada. Algunos tienen un trasero, otros un par de senos enormes, otros una pija extraordinaria, y con eso obtienen la atención de los medios. El momento en que la imagen es todo, la cosa no es nada; la copia vale más que el original.

Ludovica nunca estuvo tan llena de estrellas fugaces y reinas instantáneas como ahora. Son de todo tipo, para todos los gustos y se propagan de modo tan rápido como los tubérculos.

Uno de esos días (no hace mucho) fui invitado por un amigo a participar del lanzamiento de importante libro de un escritor y periodista aclamado en todos los rincones. No quería ir, pero mi amigo insistió. Terminé cediendo ante los llamamientos porque quería conocer tal figura, que era miembro honorario de una importante institución de Santabella.

Días antes del lanzamiento, un asistente del alcalde me había llamado y me había invitado a recitar algunos versos en el noble salón del ayuntamiento, donde tendría lugar el evento. Cuando pregunté cuál era el valor del caché, el asistente saltó de la silla: «¿quieres pago para recitar unos versitos?»

Casi lo envié a la mierda, pero respiré hondo y me negué con cortesía.

Aún con este contratiempo, y para no deshacerme del amigo, fui al lanzamiento. Todas las cabezas coronadas de Ludovica estaban allí, incluso el alcalde (pero este, cuando me vio, fingió no conocerme y se fue por la tangente). No apenas las cabezas coronadas vieron, sino también los piojos y las pulgas que giraban alrededor de las coronas.

Pagué casi trescientos pesos por el libro, un ejemplar de tapa dura e impreso en papel cuché. El título parecía invitarnos a una lectura informal: Perfiles de la Sociedad Ludovicana.

Después que el autor firmó su autógrafo en la primera página de mi copia, tomé un vaso de whisky helado, llené una de las manos de canapés y empecé a hojear el trabajo con entusiasmo, allí mismo en el salón, como un niño que se deleita con un sabroso chocolate. Después de todo, ¡trescientos pesos son trescientos pesos!

Me asombraron de inmediato las primeras páginas: el libro no era más que una lista telefónica de las autoridades de la ciudad. El hijo de puta ni siquiera tuvo el trabajo de garabatear una breve biografía de las personas. No era nada más que eso: una foto, el nombre, la posición o actividad social que ejercía (empresario, médico, abogado, juez, consejero, fiscal, alcalde), el correo

electrónico de contacto y el teléfono. El único trabajo del puto fue poner todos en orden alfabético (o alguien lo hizo por él).

Fui al baño y tiré en el inodoro aquello trozo de mierda que me había costado trescientos pesos. No sé si alguien lo recuperó. Si lo hizo, vio allí en la hoja de guardia el nombre del autor de la peripecia...



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO SEIS

Leí más de una vez las páginas anteriores y me di cuenta de que estoy divagando mucho y que esto no es una autobiografía, sino un libro de memorias. Debería atenerme a los hechos más importantes de mi vida, pero estoy tergiversando con temas mundanos y pequeñas cosas sin importancia. Les confieso: no puedo resistirme. Si soy así en la vida real (verbal, salvaje e intenso), un libro sobre mi vida no podría ser diferente.

El lector más atento estará de acuerdo en que no estoy vendiendo gato por liebre. Todos recuerdan que advertí que iba a «escribir este libro para reflexionar —repensar, reexaminar y repisar— sobre todo lo que viví». Al llevar a cabo estas divagaciones, estoy haciendo lo que se le había prometido... ¿Están de acuerdo?

En el capítulo anterior, cuando dije que los hipócritas y los hombres envidiosos a menudo matan a las almas que tienen algún brillo en Ludovica, no dije más que una característica inherente en la mayoría de los habitantes de esta caliente urbe: «podemos gastar una fortuna para que el vecino no pueda ganar un chele». Una persona muy importante dijo esto, pero usando otras palabras, tal vez con una metáfora mejor construida. Perdóname, pues ahora no recuerdo quién era ese tal fulano.

Conocí un profesor de inglés, un hombre muy honrado y de buen corazón, que solía bromear con el hecho de que las personas nacidas en Ludovica tenían características dignas que necesitaban ser estudiadas por la antropología. Y él tenía razón. Uno de estos misterios intrigantes es el hecho de que a los ludovicanos no les gusta ganar dinero.

Te lo explicaré. Una vez en la Ciudad Vieja, alrededor del mediodía, encontré un letrero en la puerta de un restaurante que decía: «cerrado para el almuerzo, vuélvete más tarde». Suena como una broma, pero no lo es. El dueño del restaurante cerraba las puertas para que él y su familia pudiesen almorzar en paz.

En otra ocasión, cuando recibí la visita de algunos amigos de Guadalajara y los invité a conocer a un plato típico de Ludovica, me quedé dando vueltas en todos los barrios de otrora

(Vila del Conde, Vila del Rey, Plaza del Chafariz y Ciudad Vieja), hasta que descubrí que todos los restaurantes cerraban sus puertas a las ocho de la noche. No sé, siendo bien honesto, quién fue el cristiano o pagano que determinó que las personas solo deben sentirse hambrientas hasta las ocho de la noche. Después de eso, el hambre probablemente tendría que desaparecerse.

Ya me dijeron que los frequentadores de los bares refinados de Alborada, Le Corbusier, Niemeyer, Valle de las Cascadas y Villaje del Sol también han pasado por lo mismo que yo pasé. No puedo decir eso de manera categórica porque mi hábitat natural son las calles oscuras del Centro Histórico, pero soy testigo del comportamiento incomprensible de los dueños de bares y meseros de donde ya frecuenté: después de cierta hora, medianoche más o menos, los meseros y los dueños comienzan a hacer una cara muy aburrida para los clientes, y a veces fingen no ver cuando uno levanta la mano para pedir otra cerveza, dejando claro que los quieren tan lejos como sea posible. Ludovica es el único centro urbano del mundo donde los bares y restaurantes funcionan como bancos y oficinas públicas, con el momento adecuado para que el cliente entre y salga.

Los nativos aquí también tienen extrañas peculiaridades, como el hecho de verse con más glamour que los otros habitantes del país. Esto es en serio. Cada ludovicano se considera a sí mismo como a alguien con un aura superior, más o menos como se siente un argentino en lo que se refiere a otro latinoamericano. Un ludovicano de la notoria clase media siente la necesidad de parecer siempre muy ordenado, adinerado y motorizado. En Ludovica, caminar o andar en una bicicleta es casi un pecado mortal. No tener un automóvil (al menos una motocicleta) es inaceptable, sinónimo de deterioro extremo, alguien que ha fracasado en la vida.

Conozco a algunos de mi entorno que tienen un automóvil pero no tienen comida en casa. Al final del mes, deben hacer una decisión dramática: pagar la cuota del automóvil o la cuenta del colmado. Pero entiendo estas personas que se esfuerzan de modo exagerado para comprar un vehículo. No tener un coche es una tortura aquí en Ludovica. Es mi caso: durante mucho tiempo no tuve uno. Compré una cucarachita en la década de 1980, pero tres meses después la tiré en un poste de energía y pasé años moviéndome a pie otra vez nuevamente, hasta comprar otra. Ya tuve una motocicleta llamada Sabrina: me caí, me rompí algunos tendones y terminé deshaciéndome de ella, entregándola a un novio torpe.

Durante el tiempo que estuve sin automóvil, me acostumbré a las preguntas más frecuentes que me hacían durante una caminata al supermercado: ¿dónde está su automóvil? ¿Dejó el coche en el garaje? ¿No tienes un coche? ¿Qué le pasó a tu auto?

Decidí así comprar un vehículo nuevo. No fue por las preguntas incómodas, sino por la necesidad y conveniencia. A veces tenía que transportar los actores y escenarios de un lugar a otro y no podía hacerlo a pie o en un taxi. Aun así, tengo que escuchar algunos comentarios, como: «¿Es su auto este sedán básico? Te mereces cosa mejor, quizás una Mercedes. ¿Qué haces con el montón de dinero que ganas?»

Ahora me recuerdo de la historia de una pareja de amigos que vivía en Alborada. Él era un artista del tatuaje y ella una abogada. Ambos trabajaban en la Plaza del Chafariz, ella en una oficina cerca de la catedral y él en un estudio ubicado cerca del teatro, a quince o veinte metros uno del otro. A pesar de esto, compraron dos autos. Hacían el recorrido cada uno en su vehículo. Un día les pregunté por qué tenían dos autos, si vivían en la misma casa y trabajaban en la misma área, al mismo tiempo. Me dijeron que tenían miedo de los chismes de los compañeros de trabajo si solo tuviesen un carro para moverse. Me quedé intrigado: ¿qué chismes?

«Pueden decir que estamos en quiebra», la amiga me reveló.

«Y si vendemos un de los autos ahora, pueden decir que fue para pagar las deudas o que el banco lo llevó por embargo», ponderó su marido.

En serio: nosotros somos un pueblo raro. Pero amo mi tierra y mi gente cada día más y más. Aquí nací y aquí moriré.



LAS LLAVES DE PEDRO

CAPÍTULO SIETE

ALGUNAS PERSONAS HAN conseguido éxito en la vida porque tuvieron suerte. Otras porque Dios los bendijo con un talento extraordinario (sea físico o intelectual). En medio de estas dos categorías, hay aquellas que necesitan hacer un esfuerzo sobrehumano porque nacieron casi sin suerte y sin atributos físicos destacables, pero Dios las ha dotado de suficiente fuerza interior para sobrevivir en este mundo loco. Yo me encuadro en este segundo caso. A lo largo de mi carrera, yo mismo tuve que buscar las oportunidades para que ellas se materializasen. Tuve que forzar la puerta y romper los candados en muchos casos; en otros, simplemente me humillé. No era infrecuente que me retorciese con la cara en el suelo. Sin embargo, tuve dos grandes aliados que nunca me abandonaron: una inmensa fuerza de voluntad y una completa falta de modestia. Si dependiese de los demás, habría renunciado a todo hace mucho tiempo. Después de todo recibí pocos estímulos.

Cuando decidí ser actor, aún muy joven, tenía pocas posibilidades de éxito: era feo, gay, desgarbado y mal leído. El director Ulises Miguel casi me rechazó cuando aparecí por la primera vez para solicitar un lugar en su grupo. En verdad, rogué para ser acepto. Ulises no era el tipo que confundía las cosas y exigía follar con los actores para ponerlos en algún proceso de selección. Sin embargo, le gustaban las personas hermosas, exóticas, diferentes, que llamasen la atención. Pero yo, pobrecito, no tenía ninguno de los requisitos que le gustaban a Ulises. Cuando me aceptó, con reservas, con un pie atrás, me prometí que le impresionaría de alguna manera.

Por eso intenté absorber el doble de lo que él me enseñaba: era una forma de compensar mi discapacidad. No fue el talento lo que me hizo proyectarme delante de Ulises, porque no lo tenía en gran cantidad. Tampoco fue la belleza, porque de esto Dios me dejó desnudo. Fue la desesperación que me proyectó. El afán y el deseo de ser alguien.

Así es como obtuve lo poco que tengo: peleando como un tigre en la jungla. Sentí que si esta técnica me servía para obtener trabajo y dinero, y para hacer que casi todo que me sucediera en mi vida, también debería servir para resolver las cuestiones del amor. Por lo eso digo en las

entrevistas que siempre estoy enamorado o listo para enamorarme, pero no estoy seguro si eso es cierto. Tal vez no lo sea. Lo que sé es que, en muchos casos, simplemente permito que algunas personas piensen que las amé. Siempre ha sido más fácil pretender amar que amar de verdad. Para un actor siempre es más conveniente falsear y fingir. Pero hubo un hombre a quien yo lo amé más que a cualquier otro en la faz de la tierra. Muy pocas personas sabrán quién es. Estoy seguro de que habrá muchas conjeturas, pero no les daré muchas pistas. (Tengo que corregirme: no estoy muy seguro se las personas no sabrán de quién hablaré).

Tenía casi cincuenta años cuando conocí a esta persona. En este libro la nominaré por el apodo de Jota.

Ah, Jota.

Viví quizás una de las mejores fases de mi vida. Era el año 1990. Había pasado una temporada de seis meses en Los Ángeles, donde había hecho dos películas de bajo presupuesto y había también interpretado a un cubano en dos capítulos de una novela del canal Televisa, en México.

Cuando regresé a Ludovica, cubierto por esta fugaz y vana gloria, el alcalde de la época me ofreció un trabajo como coordinador cultural (no me preguntes lo que era tal trabajo ni lo que debía hacer; solo recibía el pago al final del mes).

Establecí un grupo llamado Pueblo de Batey y empecé a montaje de una nueva comedia para actuar en el Teatro del Chafariz durante dos o tres meses. Estaba muy feliz y muy motivado para volver al escenario porque sentí un gran anhelo por los aplausos locales.

Alquilé un cobertizo abandonado en la Ciudad Vieja y lo convertí en mi estudio de ensayos, mi taller. Todos los días yo recibía al menos cuarenta personas para ensayar, incluidos bailarines y músicos. Mi idea era armar un musical lleno de glamour para contar la historia de los primeros años de la televisión. Una locura. Mi intención era rendir homenaje a los grandes veteranos de la telenovela latinoamericana (mi más grande referencia). Quería contar la saga de las grandes divas que emigraron de la radio a este nuevo vehículo mágico. Estaba seguro de que no era el tipo de espectáculo apropiado para una ciudad del tamaño de Ludovica, pero mi idea era viajar con la compañía a todas las otras ciudades de Santabella. Quizás tomaría un vuelo hasta Miami. Era un proyecto atrevido, megalómano, pero estaba emocionado y había ahorrado dinero para gastar en la producción.

Abrí una audición para elegir actores y bailarines para componer el elenco. Quería nuevas caras para oxigenar mi círculo de profesionales. Fue idea de un asistente y, de hecho, aparecieron algunas figuras interesantes.

A última hora de la tarde de un viernes, después de una intensa lluvia que había inundado algunas calles estrechas del Centro Histórico, él apareció en el cobertizo.

Sí, era él: Jota.

Estaba temblando de frío y su ropa mojada olía a petricor.

Aún había un grupo de diez o doce bailarines que finalizaban un número musical en el escenario. Yo los acompañaba de lejos. Nunca fui coreógrafo, pero me gustaba ver los ensayos para dar mis ideas. (Mi coreógrafa en esa época era Susy Franco).

«¿Quién es Pedro Maldonado?», preguntó el recién llegado.

«Soy yo», le dije. «¿Que desea?»

«Quiero ser actor», él respondió sin dudar. «Me dijeron que eres la persona adecuada para ayudarme».

La frase y la voz ronca, ruda y potente, hicieron que todos detuviesen lo que estaban haciendo. Era imposible, en un entorno esencialmente gay y femenino como el nuestro, no quedarse

deslumbrado por la presencia de aquel chico. Primero, por causa del tamaño: tenía casi dos metros de altura y un tronco muy vigoroso, con brazos largos y piernas musculosas. Después, por causa de los detalles: la cara triangular invertida, los dos prominentes huesos cigomáticos (que forman los pómulos), la barbilla de chivo, los ojos verdes (y las pestañas tan grandes que parecían falsas), la haz delgada que parecía haber sido copiada por la cara de una Barbie y el cabello castaño rizado que caía sobre sus hombros.

Un chico enorme y tímido, así fue como lo definí a primera vista... ¡Y qué ojos!

«Llegaste demasiado tarde para la audición», le dije, pero sin la arrogancia tradicional que solía usar en estos casos. De hecho, tengo odio que un actor se me acerque para pedirme un trabajo. No creo que haya nada más aburrido para un director de cine o teatro que un actor asediándole por un empleo. En este caso, fui condescendiente porque hubo una audición y por eso controlé mi ira.

«No sabía que tenía una prueba», él dijo.

«Conjugaste el verbo de forma correcta», yo le dije y me reí. «Fue ayer».

«¿No puedes ayudarme?»

«Discúlpame la pregunta, pero ¿cuántos años tienes?»

«Diecisiete», él respondió con su voz atronadora.

«Lo siento, pero aquí solo aceptamos a menores acompañados por sus padres o con su permiso», yo le dije, y me levanté con la intención de invitarlo a retirarse.

«Hago dieciocho mañana».

«Ah, bueno», susurré. «Regrese mañana a la misma hora y muéstrame su tarjeta de identificación, y continuaremos esta conversación. ¿Está bien así?»

«Gracias», dijo y apretó mi mano.

Cuando él se dio la vuelta y se fue, me pareció que una fuerza extraña se apoderó de mi corazón. Mientras los bailarines volvían al ensayo, sin dar más importancia al hecho ni hacerme preguntas indiscretas, caminé hacia la puerta del cobertizo y observé al chico misterioso que desaparecía bajo la fina lluvia que aún caía en la ciudad. Estaba vestido como un cantor de grunge, con pantalones rotos, camisa larga y el maltratado tenis All Star, aunque ostentaba una elegancia sutil en medio de todo este aparente estilo descuidado. No era difícil ver que se trataba de un falso grunge, un falso chico malo, un niño de ilustre cuna que quería demostrar algo a sus padres o a la sociedad. Hasta entonces, no sabía nada de eso. No sabía quiénes eran sus padres o la cuna de oro dónde había nacido.

Al día siguiente, temprano, me encontré contando las horas en el reloj. Recé y recé para que no lloviese. Miraba hacia el cielo en todo momento para asegurarme de que ninguna nube negra estropearía el festín que el sol hacía.

A la hora del almuerzo, comí apresuradamente, pensando que así el tiempo pasaría más rápido. Alrededor de las tres en punto, para sorpresa de los bailarines y los actores, empecé a barrer las habitaciones del viejo cobertizo, desempolvar las sillas, empacar cosas aquí y allá y cambiar otras de lugar. Mi ansiedad era evidente.

Pensé en despedir el elenco antes de la hora marcada. No hice esto para que Jota no pensase que yo estaría preparando una trampa para atacarlo. Y eso también despertaría de inmediato la curiosidad del elenco.

En tiempo: lo llamo de Jota para facilitar mi narrativa, pero hasta ese momento no sabía su nombre: le pregunté a la edad por precaución, pero me olvidé de preguntarle el nombre.

Cuando faltaban ocho minutos para las cinco de la tarde, él apareció en la puerta del cobertizo.

Me apresuré a saludarlo. Su apariencia era de un músico que había salido del ensayo de Pearl Jam.

Con la luz del sol todavía entrando por la puerta, me di cuenta de que los ojos eran más verdes de lo que había imaginado. ¿Cómo podría alguien tener ojos así?

Lo invité a ir a mi oficina. Bueno, no era una oficina convencional. Era una habitación con paredes de yeso, en medio del cobertizo, llena de máscaras de carnaval, disfraces, maniqués, estatuas, piezas de ropas inacabadas y otras cosas de teatro. Nos sentamos en un sofá y empezamos a charlar.

«¿Cuál es tu nombre?», yo le pregunté.

«Jota», él respondió. (Obviamente él me dijo su verdadero nombre, ocultado aquí. El apellido estaba allí, pero no le presté atención).

«Si mal no recuerdo, me dices que traerías tu tarjeta de identidad», le dije.

«Aquí está». Él sacó el documento del bolsillo y me lo mostró.

Tomé la tarjeta y miré la foto, quizás hecha cuando él tenía catorce o quince años: estaba con el pelo corto, una cara seria y usaba una camisa a rayas. La fecha de nacimiento confirmó que decía la verdad: 22 de noviembre de 1972. Tenía dieciocho años en ese día.

«Sagitario del primer decanato», le dije.

«Sí», él confirmó, riéndose.

«Eres aventurero, activo e impulsivo», comenté. «Te gusta coquetear».

«Generoso, amable y optimista», él completó.

«Un poquito exagerado», dije y me reí. «Los sagitarios hacen todo por impulso y solo después se detienen a preguntar sobre la viabilidad de las cosas».

Nosotros nos reímos. Era una conversa muy tonta.

«¿Y tú? ¿Cuál es tu signo?», él preguntó.

«León», le contesté. «Soy un leonino de sangre pura».

«Vivo y ambicioso», él comentó, riéndose.

«En realidad, los leoninos no son ambiciosos», yo le corregí. «Son luchadores. Luchan con la confianza suficiente para resistir a cualquier dificultad que la vida les haya reservado. Después de todo, no tengo clavos: tengo garras».

Olvidé a los bailarines, el ensayo, la hora, la noche que se acercaba. La conversación evolucionó de la astrología a la gastronomía, después al teatro, al cine y la música. En verdad, le gustaba el estilo grunge: Nirvana, Alicia in Chains, Soundgarden, Pearl Jam, Stone Temple Pilots, Mudhoney, The Melvins, Hole y Candlebox.

Stone Temple Pilots era su banda favorita.

Eran casi nueve de la noche cuando salimos a una pizzería para celebrar su cumpleaños. En Ludovica había una en que el cumpleaños no pagaba la cuenta. Para eso, era suficiente que mostrase un documento con la fecha de nacimiento. Comimos pizza con vino hasta que casi vomitamos. Salimos alrededor de la medianoche.

«¿Dónde vives?», le pregunté.

Finalmente él dijo dónde vivía. Fue cuando supe de su origen: el padre, la madre, los abuelos, la familia, el pedigrí, la importancia en la ciudad. El lugar donde vivía era único. Todos conocían aquella mansión. Todos conocían aquella familia. Nada más diré para no comprometerlo.

Él no durmió en su mansión aquella noche, por supuesto. Durmió conmigo, en mi casa, en mi habitación, en mi cama. A mi lado. ¿Qué puedo decir más para resumir lo que pasó?

Al día siguiente, para sorpresa de todos, llegué al cobertizo con Jota y anuncié que él haría

parte del nuevo espectáculo (aún sin título). Estaba escribiendo el texto en pedazos, una imagen aquí y otra allí, como una colcha de retazos. Era algo sin una forma definida y ni siquiera sabía si iba a funcionar en el escenario. Quien aceptaba participar sabía que se estaba embarcando en una aventura cuyo fin no se conocía. Podría haber algo como *La Nave Va* (de Fellini) o un fiasco total.

Jota tenía poco talento para actuar, pero era muy diligente. Su presencia, sin embargo, se volvía magnética cuando estaba en el escenario. Su cuerpo se movía de manera muy casual, como un malabarista, como un contorsionista. Los bailarines lo apoyaron en la escena. Los actores, por el contrario, torcieron sus narices. Ninguno de ellos, ni los pros ni los contras, sin embargo, tuvieron la petulancia de comentar el asunto conmigo: todos ya sabían por qué motivo yo lo había escalado al elenco.

Una semana después de ese 22 de noviembre, mi relación con Jota ya era algo firme. Dormimos juntos casi todas las noches. En la víspera de Nochebuena, resolví escapar del calor de Ludovica. Hice una pausa en los ensayos y viajé con Jota. Fuimos en busca del hielo chileno en Punta Arenas y de la nieve argentina en Bariloche.

Cuando regresamos a Ludovica a mediados de enero, la ciudad estaba en llamas, en parte debido al calor del verano y en parte debido a los chismes que se habían proliferado por todo los rincones. En cada esquina había alguien para contar una broma o una historia picante sobre la nueva pareja.

Esta vez yo no era el centro de las atenciones. Pues, yo era solo un actor. ¿Qué importancia tenía un artista de teatro en la sociedad de Ludovica?

Casi ninguna.

¿Qué importancia tenía ese chico que escuchaba rock alternativo y que se vestía como Kurt Cobain o Eddie Vedder?

Muchísima importancia. Él era el príncipe del caballo blanco.

La familia de Jota era para Ludovica lo mismo que Nehru-Gandhi era para India, Ptolomeo para el Egipto, Rockefeller para los Estados Unidos u Onassis para Grecia, solo para ilustrarlo. Pero a él no le importaba nada de lo que decían. No daba la mínima importancia para su apellido. Estaba decidido a enfrentar una tradición política para ser lo que quería: ser un artista...

Pero yo no estaba tan tranquilo con tales repercusiones. Por la primera vez en mi vida tuve miedo. Nunca había estado involucrado en algo tan grande.

«Nada me alejará de ti», Jota me aseguró, después de hacer amor de la manera habitual: intensamente.

«Tengo miedo de lo que podrá pasar si tu abuelo sabe lo que hacemos entre cuatro paredes», dije.

«Estoy seguro de que el viejo ya lo sabe», dijo Jota y se echó a reír. «Él es más inteligente de lo que creemos. El problema es con mi abuela, Cora, que es de cuero grueso».

«Cora, la matriarca», murmuré.

«Sí», confirmó. «Ella no me perdonaría».

«¿Por qué me elegiste?», yo le pregunté.

«Porque eres como un grito de libertad», él dijo.

El 13 de febrero de 1991, miércoles, después de haber celebrado el carnaval conmigo en la República Dominicana, Jota se mudó a mi casa.

La presión sobre mis hombros aumentó enormemente, hasta el punto que algunos amigos fueron a mi residencia y me pidieron que huyese a otro lugar. Me dijeron que tenían por mi integridad física. Advirtieron que la abuela de Jota estaba furiosa y que podría matarnos y despellejarlos en plaza pública.

Jota se reía y me aseguraba que nada de esto sucedería

Mis padres reaccionaron de manera diferente. Ellos nos preguntaron si éramos felices así y, por supuesto, les dijo que sí.

Mi felicidad se desbordó todos los días, a través de todos mis poros, y esto se podía ver en mi emoción creativa durante el proceso de montaje del espectáculo musical.

La felicidad de Jota también era visible. Había cambiado incluso la forma en que se vestía, reemplazando la ropa depresiva por camisetas más coloridas. Su amor por la actuación era algo que también me impresionaba. Una pasión de infancia que yo siquiera vía en los actores profesionales con los que ya había trabajado. Tal vez eso era lo que me apegaba cada vez más a él, como el encantamiento del poeta por su musa. Era mi versión masculina de Melpómene y Thalía.

Como todas las parejas, tuvimos nuestras peleas. ¿Qué pareja no las tiene? Casi siempre eran tonterías, desacuerdos cotidianos, porque vivíamos incrustados un al otro la mayor parte del tiempo.

El espectáculo ganó el patético título Tele Visión y el debut se anunció para abril de 1991, después de casi seis meses de terribles ensayos. Le di a Jota un papel principal. En una de las escenas, una orgía en la casa de un artista famoso, él aparecería desnudo. Persuadimos la escena en común acuerdo, porque tuvimos la ingenua pretensión de entrar en la historia como el primer desnudo frontal del teatro ludovicano. Inmediatamente él estuvo de acuerdo. Entendí que detrás de su deseo de conmocionarse estaba la venganza contra miembros de la familia poderosa.

¿Pero, lo que era el espectáculo, al final?

Se pasaba en la década de 1950, cuando la televisión estaba en su infancia y era una gran aventura. Los personajes principales serían los diversos artistas (del teatro, de la radio, del circo, del cine, de la música y de las pasarelas) que habían aceptado el desafío de fabricar un nuevo vehículo de entretenimiento cuando aún no se sabía lo qué era eso. Mezclando varios elementos, el texto representaba la aventura de este grupo de actores, músicos y técnicos en las primeras transmisiones en vivo de la televisión. Intenté, con esto, transmitir el mensaje de que a través del arte era posible recrear la historia, recuperar el deseo, el coraje y el apetito de atreverse. El arte podría ser el medio para crear una nueva sociedad, más justa e igualitaria, con ideas más humanistas.

La teatralización de los actores escaparía del naturalismo. Las escenas buscarían el mundo de los payasos y las películas mudas de la década de 1930.

Mi intención, con este espectáculo, era seguir el lenguaje del teatro épico de Brecht, pero sin el didactismo. Por el contrario, el humor y la parodia serían características que surgirían en cada escena. El anti-ilusionismo de Brecht se vería reforzado por improvisaciones, lluvias falsas, nieve de espuma, el mundo en forma de cables y perchas que crearían la ilusión de lo real.

El escenario era un estudio de televisión improvisado en 1950. En cada lado había dos cámaras de televisión RCA TK-30 gigantes con tres lentes giratorias. Eran réplicas casi perfectas de la década de 1950, pero dentro de ellas habría cámaras modernas que transmitirían lo que estaba sucediendo en el escenario a las pantallas laterales. Podríamos ver en todas partes reflectores, cables, paisajes en movimiento, tablillas, micrófonos, una parafernalia loca.

Las dos pantallas gigantes a los lados del escenario serían como réplicas gigantes de televisores de la marca General Electric de 1949. Las imágenes de estas pantallas serían en blanco y negro con dudosa calidad.

La primera telenovela en la que participarían los actores sería La última noche del Titanic, que en realidad era una adaptación de la película alemana de 1943 realizada durante la Segunda Guerra Mundial, en Berlín, por Tobis Productions para la UFA. La película fue encargada por el ministro de propaganda nazi, Joseph Goebbels.

¿Por qué yo quería reproducir un Titanic en el escenario?

Porque, en su inicio, la televisión latinoamericana no representaba historias locales. Casi siempre se adaptaba a los clásicos extranjeros. Y así sería nuestro espectáculo. Una locura total.

Noche del estreno: viernes, 19 de abril de 1991. El teatro estaba abarrotado. Me di cuenta de que el interés de la audiencia había sido muy superior al promedio. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que la causa de este interés sería la presencia de un actor novato. (Resulta, y tampoco me había dado cuenta, que no era un actor novato: era Jota, hijo y nieto de la realeza de Ludovica).

La prensa anunció el espectáculo como el «mayor evento artístico de esta primera década». Miré el título como un libertinaje, una provocación del reportero de La Voz del Pueblo.

Por fin, a las ocho de la noche, se levantó el telón rojo. En el camerino, besé ligeramente los labios de Jota y fui al escenario. Yo interpretaba seis personajes diferentes y mi primera entrada sería como el presentador, el anfitrión de la fiesta.

Jota vendría poco tiempo después, en dos o tres escenas cortas.

Las luces se encendieron para el prólogo. Caracterizado como un bohemio estilizado en ropa brillante, de bigote, sombrero y bastón, entré y caminé hacia el proscenio. El escenario principal se mantuvo oculto en el fondo. Un foco brilló en mi cara. El texto de esa presentación nunca salió de mi memoria.

«¡Buenas noches, señoras y señores! Bienvenidos al mundo de la fantasía, al reino encantado de la imaginación. ¡Estamos en 1950!»

En este momento del monólogo, las pantallas laterales se iluminaron con fotos de la época. Yo continué:

«No esperen por villanos o héroes en la historia que vamos a contar esta noche. El protagonista de esa historia es nuestra compañera de todos los días: ¡la televisión! ¡La televisión y el maravilloso mundo detrás de ella! ¡Este mundo de fantasía que hoy en día encanta a millones y millones por todo el mundo! La historia que vamos a contar esta noche es la aventura de un grupo de artistas intrépidos que aceptaron el desafío de hacer algo nuevo y desconocido, cuando nadie sabía todavía qué era esto y dónde iba a parar todo esto. Mezclamos realidad y ficción. Así que no te sorprendas si hay un poco de confusión. Algunos hechos son reales. Otros, ni tanto. Algunos personajes existieron como se muestra aquí; otros son una mezcla heterogénea de varias personas. ¡Así que abre bien los ojos, déjate llevar por la fantasía! ¡Has venido y estás aquí para ver la fantasía hecha realidad! ¡Bienvenido a la audiencia del primer canal de televisión de las Américas!»

En ese momento, las pantallas laterales (las réplicas gigantes de las teles General Electric 1949) comenzaban a mostrar un clip de varias imágenes de la década de 1950, en su mayoría anuncios antiguos con música de estilo canción.

«La historia de la televisión comienza sin una imagen... Cuando solo había la voz... La televisión nació detrás de las escenas de la radio. ¡La voz distante, sin rostro! ¡La dama de los mil velos! ¡La mujer sin rostro! ¡El misterio de la voz!»

Se incendiaba en ese instante un foco en la otra esquina del proscenio donde se había instalado un estudio de radio. Actores y locutores presentaban el texto de una radionovela frente a un micrófono.

Y así el espectáculo continuó sin trabas hasta la primera media hora. No hay necesidad de contar más detalles aquí. Lo que importa es que él, el espectáculo que tanto soñé, no llegó a su fin en esa noche. Fue reducido a la mitad —y para siempre se quedó inconcluso. Debería terminar con una réplica surrealista del Titanic hundiéndose en un mar de hielo seco.

Después de media hora de espectáculo, con el público reaccionando con indiferencia a las escenas, como si no entendiese nada en absoluto, había llegado el momento de la aguardada orgía en la casa del ejecutivo, cuando Jota entraría en el escenario completamente desnudo.

Él estaba haciendo todo bien hasta entonces, sin nerviosismo, diciendo las líneas del texto con aplomo. Desempeñaba el papel de un actor que se enamoraba de la esposa del director de la telenovela. ¿Podría haber un papel más autobiográfico?

Sin embargo, en el momento en que se quedó desnudo, un grupo de hombres armados irrumpió en el teatro. Delante del grupo estaba la abuela de Jota, gritando:

«¡Mi nieto no participará en esta pornografía!»

Uno de los hombres disparó un tiro al aire. El disparo atingió una luminaria y causó una explosión. Las personas empezaron a saltar unas por encima de las otras, gritaban y pedían ayuda, tratando de salir por las puertas de emergencia. Los actores y bailarines desaparecieron del escenario y se escondieron en el camerino.

Me quedé paralizado. En esta escena yo interpretaba al ejecutivo que promovía la fiesta donde Jota se quitaba la ropa. Jota no se escapó. Se puso de pie desnudo y miró a la abuela. Ella subió al escenario y sus secuaces nos rodearon. Recuerdo el desprecio con que ella se dirigió a su nieto.

«¿Así es como pagas todo lo que he hecho para darte la mejor educación del mundo? ¿Era eso lo que querías? ¿Humillar toda nuestra familia? ¿Es esta la forma en que vas a entrar en la historia de Ludovica, como un payaso desnudo?»

«Mi señora, esto es un espectáculo de teatro», le dije, «y su nieto es un actor».

«¿Quién eres tú?», la vieja me preguntó con desprecio.

«Soy Pedro Maldonado», le dije. «Soy el director».

«El degenerado», ella agregó. «El libertino que ha corrompido a mi nieto. ¡Te vas a pudrir en la cárcel!»

La noche terminó con Jota siendo arrastrado por los hombres armados, gritando como un niño. Fue secuestrado y llevado a algún lugar.

Uno de los trogloditas me dio un puñetazo en la cara y me desmayé.

Me desperté tres horas después en la casa de Susy Franco, con un vendaje en la frente y un corte profundo en los labios.

A la mañana siguiente, cuando fui al departamento de policía para presentar una queja de agresión física, intento de asesinato, invasión y otros delitos, un agente me acosó. Él me dijo:

«¿Por qué no te olvidas de eso?»

Por la noche, cuatro actores del elenco aparecieron en el teatro para actuar de nuevo. El resto desapareció. Los espectadores también desaparecieron. No se había vendido ningún billete. Las personas que tenían derecho a cortesías también se rindieron. Ni siquiera los vendedores de chimichurris aparecieron con sus carretas en la puerta del teatro. Yo y mi asistente de dirección nos quedamos dos horas esperando que un alma viva apareciese en la plaza. Nada. Era como si alguien hubiese emitido una orden secreta desde algún lugar para que todo fuese olvidado. Incluso la prensa guardó silencio sobre el caso.

Dos días después, el espectáculo fue cancelado en definitivo. El director del Teatro del Chafariz emitió una nota que decía que la cancelación se había dado porque «la obra en cuestión violaba la moral y los buenos modales de Ludovica».

En la semana siguiente, sin justificación, me despidieron de mi trabajo como coordinador cultural.

Después de eso, empecé a recibir amenazas anónimas. Una voz llamó a mi casa y me dijo que iba a encender fuego al cobertizo donde el grupo estaba ensayando y que me iba a dar una paliza en el centro de la calle. Días más tarde, en una actitud inexplicable, el dueño del cobertizo me llamó y rescindió el contrato de arrendamiento. Me pidió que desocupase la propiedad de inmediato.

El grupo teatral Pueblo de Batey murió a partir de entonces.

Decidí tomarme un tiempo libre. Viajé nuevamente a la República Dominicana, Cuba e México. Hice pequeñas apariciones en telenovelas, di clases de teatro, casi morí de hambre, pero sobreviví. Regresé a Ludovica en 1995.

Volví a ver a Jota en 2002, once años después de ese misterioso episodio. Estaba gordo, de pelo corto, con barriga saliente y barba por hacer. No hablamos, pero supe que después del escándalo se vio obligado a ir a estudiar en los Estados Unidos y después a hacer un postgrado en Canadá. Regresó a Ludovica para el entierro de su abuela y para asumir un cargo público importante en el ayuntamiento.

Sé que no me sirve de nada ocultar su identidad con un seudónimo en este libro: Jota, Jota, Jota. El caso ha sido tan reciente que mucha gente recordará de todo con certeza, a pesar de los datos inexactos que cité aquí. No me avergüenzo de nada de lo que he vivido con él o de lo que he hecho. Yo tampoco lo creo que él sienta vergüenza de algo. Todo fue muy verdadero y profundo entre nosotros. Así que pasé tantas páginas para contar este pasaje de mi vida en esta autobiografía tan mediocre: porque valió la pena.

Sí, Jota, este libro es para ti: con todo el amor que aún sobrevive dentro de mí. Y creo que aún sobrevive dentro de ti también. Nuestro amor es sempiterno.

OCTAVO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



09 de octubre al 09 de diciembre de 2012



MARTES, 09 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi querido Toby...

Como ya te lo dije, tenía todo listo esta mañana para atrapar a mi padre y a mi madre en sus aventuras lascivas. Cuando se fueron, corrí a buscar la motocicleta al garaje. Un mareo repentino, sin embargo, me hizo tambalear en medio de la habitación. Agarré la estantería para evitar caerme. Grité por Francisca, nuestra mucama durante más de quince años. Ella me llevó a la cocina y me hizo un poco de té de manzanilla. Mientras preparaba la infusión, me preguntó lo que yo sentía. Le conté sobre el mareo.

—Has estudiado mucho y te has alimentado mal —predijo ella.

Tomé el té con dos o tres donuts y tuve que abandonar la misión de investigación. Francisca me alertó:

—También estás muy estresada. Necesitas relajarte.

Ella tenía razón. Cancelé todos los haberes de esa mañana y subí las escaleras. Llamé a Tobías. Me quedé feliz porque él se mostró muy preocupado cuando le conté sobre el mareo. Me preguntó si yo quería irme al médico más tarde. En verdad, no quería hacerlo, pero como él se ofreció a llevarme, lo acepté.

Decidí cambiarme de ropa y descansar un poco hasta que fuese hora de la visita al médico. Me miré desnuda en el espejo. No sé por qué lo hice, mi querido Toby, pero algo me llamó la atención. Estoy muy preocupada por lo que acabo de ver: mis pezones están oscuros. Nunca fueron así. Siempre han sido rosados, un poco rojos, pero ahora son muy oscuros o casi de color chocolate. Otro hallazgo es que mis senos están más grandes. Los toqué. Estoy seguro de que están bastante grandes... En realidad, están enormes y más sensibles. Y dolorosos también.

No fue la única sorpresa de esta mirada en el espejo: había algo extraño en mi vagina. Los labios grandes tenían un color oscuro que no existía antes.

Fui a la ducha y de nuevo me sentí mareada. Fue tomada por un malestar que empezó en el estómago y luego llegó hasta la garganta como una erupción volcánica.

Me asusté.



Tobías vino a recogerme alrededor de las dos de la tarde. Le dije todo lo que estaba sintiendo y él hizo el mismo pronóstico que Francisca: debe ser el estrés. Así que me llevó a la oficina del

Dr. Orejuela, que es nuestro médico de cabecera para cualquier asunto. Antes de acudirnos a un especialista, primero consultamos al Dr. Orejuela.

Su oficina estaba abarrotada de pacientes y tuve que esperar más de media hora para ser vista. Mientras esperaba, apoyé la cabeza en el regazo de Tobías y él me suavizó. Seguí durmiendo hasta que la asistente me despertó.

—Leticia...

—Llegó su turno, mi amor —Tobías me sacudió.

Me levanté aún con mucho sueño. Mi cuerpo había sido tomado por un repentino agotamiento. Besé a Tobías en su rostro y acompañé a la asistente hasta la sala donde el Dr. Orejuela me estaba esperando.

Él me saludó con una sonrisa. Me conocía desde que yo era niña y no había timidez ni formalidades entre nosotros. Yo podría charlar con él sobre cualquier problema.

—Dime todo, no me escondas nada —me alentó con una expresión paternal.

—Me sentí mareada esta mañana —le dije —y casi me caigo.

—A-han —él murmuró. —¿Es la primera vez que lo sientes?

—Sí —dije.

—Cuándo sentiste ese mareo, ¿te habías alimentado?

—Sí.

—¿Qué comiste?

—Lo de siempre —dije, sintiéndome muy molesta con las preguntas. —Café, leche, pan, huevos, yogur...

—A-han...

—Hay una cosa extraña que noté hoy...

—Dímelo...

—Me miré en el espejo y noté que mis pezones estaban oscuros... En realidad, eso no fue todo. Ambos senos están adoloridos, un poco hinchados...

—¿Puedo verlos?

—Sí.

Bajé mi blusa sin vergüenza. Él se levantó de la silla donde estaba, se quitó el guante de plástico y sintió mis pechos con suavidad como si buscara algo escondido en ellos. Luego sonrió y su sonrisa me dio un poco más de tranquilidad. Se sentó y empezó a escribir algo sobre la receta.

—¿Cuándo fue la última vez que menstruaste? —preguntó sin mirarme.

—Hace cinco semanas...

—¿Cinco semanas...? —Dr. Orejuela paró el bolígrafo y me miró directamente a los ojos como si tratara de leer mis pensamientos.

—Mi flujo es muy irregular —traté de explicarle el retraso.

—A-han. Entiendo. —él dijo y volvió a escribir sobre la receta. —¿Tienes un novio?

—Sí.

Dr. Orejuela hizo otras quince o veinte preguntas banales y arrastró la cita durante casi media hora. Al final, envió felicitaciones a mi madre y mi padre y me dio una receta donde había escrito una lista de exámenes con su letra casi ilegible: glóbulos rojos, plaquetas, glucosa, creatinina, urea, etcétera, etcétera, etcétera. Por último, bien subrayado, escribió: agregar beta hCG. En ese momento, honestamente, no presté atención al significado de esas últimas tres letras. Él me tranquilizó:

—No veo nada serio —dijo. —Tome los exámenes y vuélvete aquí...

Salí de la clínica casi bailando y le pedí a Tobías que me llevase a una heladería. La consulta me había dejado con un enorme deseo de comer algo muy dulce. Sin embargo, cuando llegué al mostrador de helados, pedí dos bolas de limón y las mezclé con fruta de la pasión y piña. Tobías no contuvo la risa con esta inusual mezcla de sabores.



MIÉRCOLES, 10 DE OCTUBRE DE 2012.

Amado Toby... No conté nada a mis padres sobre lo que me pasó ayer. También prohibí a Francisca de comentar con ellos o con mis hermanas sobre el tema.

Esta mañana busqué en Google el significado de las letras misteriosas en el último examen solicitado por Dr. Orejuela: hCG es la sigla de una hormona llamada gonadotrofina coriónica humana, producida por el embrión en desenvolvimiento después de la fecundación. Beta hCG determina la cantidad de esa hormona en mi sangre.

Ahora comprendí las preguntas indiscretas sobre la menstruación y los condones que Dr. Orejuela me hizo durante la consulta.

¿Los mareos, los pechos doloridos y los labios oscuros de mi vagina serian señales de un embarazo?

Si la respuesta es sí, estoy con un gran problema. Pero al mismo tiempo estoy exultante.

¡Jesucristo!



JUEVES, 11 DE OCTUBRE DE 2012.

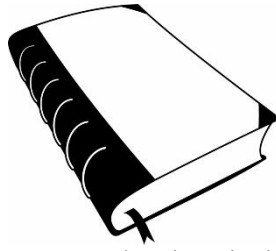
Tobby, mi amor...

Me desperté con los pájaros y fui al laboratorio para hacer los exámenes. Solo Francisca sabe dónde me estoy indo realmente. Nadie más. Salí de casa sin desayunar.

En la sala del laboratorio donde se recolectó la sangre, cuando la enfermera me mostró la jeringa y pasó alcohol en la vena de mi brazo, tuve un pequeño comienzo de desmayo. El olor del alcohol etílico me hacía ansiar a vomitar. La chica me ayudó con un vaso de agua y todo se quedó bien.

Examen hecho con éxito.

Ahora hay que esperar el resultado que debe salir con dos o tres días. El laboratorio ofreció enviarme los resultados por correo electrónico para mantener la discreción.



Anoche, ya que estaba muy ansiosa y no podía dormir, hice más investigación sobre beta hCG. Ahora sé que es el método más confiable para diagnosticar un embarazo.

Los niveles de hCG comienzan a aumentar en la sangre de las mujeres tan pronto como ocho días después de la fertilización, justo después de la implantación del óvulo (esperma + óvulo) en el útero.

No sé si lloro o si sonrío. Mis manos tiemblan. Siento escalofríos todo el tiempo. Hoy mis pezones amanecieron más oscuros, casi negros, con surcos que crecieron alrededor. Oh, Dios, ni siquiera necesito decir lo que eso significa, ¿verdad?



VIERNES 12 DE OCTUBRE DE 2012.

Ah, Toby...

Hoy me desperté tan indisputada que me niego a levantarme de la cama. Mamá entró en mi habitación, abrió las ventanas, se alarmó con mi palidez e indisposición, hizo un drama llamativo y después preparó un té... Y después otro y otro y otro tras otro: había tantos que si los bebiese a todos, sin duda me habría envenenado. Este alboroto innecesario aumentó la incomodidad. Mi padre, como siempre, no sabía nada. A mis hermanas no les importaba cosa alguna sobre mi vida.

Francisca, sin tener en cuenta nuestro acuerdo, dijo a mi madre que yo había estado así durante al menos dos o tres días. Fue suficiente para activar el sistema alarmista de mi madre.

Todo lo que quería, sin embargo, era que ella se callase y me dejase en paz. Solo quería dormir.

Tobías me llamó y me invitó a pasear. Me negué. Fue la primera vez desde que empezamos a salir que rechacé una invitación como esa.

Lo siento, Toby, voy a parar por aquí. No tengo ganas de compartir nada más. Estoy cansada.



SÁBADO, 13 DE OCTUBRE DE 2012.

Tobby...

El resultado del examen debería haberse aclarado hoy, pero no sé qué pasó. Me quedé muy irritada y llamé al laboratorio. Me explicaron que era por cuenta de las festividades de Santa Teresa de Jesús, patrona de Ludovica, cuyo día oficial es el 15 de octubre, pero ya todas las personas están en éxtasis. Me prometieron que a las seis el resultado estaría en mi correo electrónico. A las 5:45 p.m., ansiosa como estoy, decidí echar un vistazo en mi buzón de mensajes...

Había llegado.

Ahí estaba.

Me estremecí antes de aplicar el cursor sobre el ícono "abrir". La descarga pareció durar una eternidad.

Al principio no me lo creí. Lo leí y lo releí varias veces.

¡Sí, estoy embarazada!

Empecé a llorar y juro que no sé si es felicidad o desesperación. Quería decírselo a todos, pero alivié el impulso e intenté controlarme. Decidí llamar primero a mi abuela Baena. Después a Tobías.



DOMINGO, 14 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi querido Tobby...

Intentaré usar el lenguaje de las novelas para contarte la extraña conversación que tuve con Tobías.

(De veras, no sabía que me gustaría escribir tanto, pero ahora soy adicta. Estoy muy interesada en este negocio ahora. Incluso compré algunos libros para leer y mejorar mi escritura.)

Pero vayámonos a lo que importa: mi charla con mi abuela y con Tobías.

Mi abuela Baena recibió la noticia de un bisnieto como toda anciana carente de afecto: saltó de alegría y ya hizo una lista de sugerencias de nombres para bautizar al bebé (cada una más ridícula que la otra).

Ya Tobías, el futuro papá, al contrario, no compartió la felicidad de mi abuela.

Cuando le dije la noticia, por teléfono, él casi tuvo un ataque del corazón. Se quedó sin

palabras y empezó a tartamudear.

—¿Embarazada?

—Sí, amor. Vamos a tener un bebé.

—Por Dios, Leticia, esto es una tragedia.

—¿No te quedas feliz?

—¿Cómo puedo quedarme feliz con eso?

—Es nuestro bebé, todo lo que soñamos.

—Leticia, este no es el momento. Este niño no ha sido programado.

—Nunca usamos condones porque queríamos...

—Me dijiste que estabas tomando la píldora anticonceptiva.

—Amor...

—Este bebé cambiará nuestras vidas, interrumpirá nuestros planes...

—Cariño, pensé...

—Pensaste mal, Leticia, muy mal.

—¿Tú no lo quieres...?

—No puedo tener un compromiso así. Actúas como una niña mimada, sin medir las consecuencias de tus acciones... ¿Cómo puedo asumir la paternidad si ni siquiera he terminado a la universidad? No tengo trabajo y...

Colgué el teléfono inmediatamente. No podía creer lo que oía y empecé a llorar. Tobías nunca se había comportado de esa manera, se parecía a un extraño. Mi mundo se vino abajo.



LUNES 15 DE OCTUBRE DE 2012.

Hoy es el día de Santa Teresa de Jesús, toda mi familia fue a la iglesia, toda la ciudad está en fiesta, suenan las campanas, los cohetes explotan en el cielo y solo quiero llorar, llorar y llorar...



MARTES 16 DE OCTUBRE DE 2012.

Querido Toby...

Regresé al consultorio de Dr. Orejuela esta mañana, le mostré los exámenes y él confirmó lo que ya sabía: no tengo problemas en la sangre y mi mareo se debe a un embarazo de unas pocas semanas, tres o cuatro. Para calmar cualquier duda, me ordenó hacer una nueva beta hCG en un

plazo de quince días.

El viaje entre la oficina y mi casa cambió mi vida de una manera que nunca imaginé. Era como si yo hubiera entrado por un túnel misterioso y fuera a otra dimensión. La conversación con Tobías me sorprendió, y de repente, en las últimas horas, me vi revisando conceptos sobre nuestra relación. Era como si un aliento invisible me hubiera quitado una mota de los ojos y pudiera ver mejor.

¿Es amor verdadero lo que Tobías siente por mí?

No sé ahora si yo debería usar el verbo en el presente o en el pasado o en el futuro del tiempo pasado... Era... Sería... Lo habría sido.

Decidí no contar nada sobre el embarazo a nadie de mi familia, excepto a mi abuela Baena, que ahora ya lo sabía. Tengo confianza que ella mantendrá todo en secreto hasta que sea la hora exacta de contarles.

Comencé a repensar planes, metas y objetivos de vida. El tan deseado viaje a los Estados Unidos u Holanda era ahora una quimera. Hace poco me imaginé que podría viajar con Tobías a uno de estos lugares y disfrutar de la vida como una pareja feliz. Torrabla la paciencia de mi madre, incluso la chantajeaba, para que ella convenciera a mi padre de que patrocinase todo, pero ahora no me importaba nada de eso en absoluto. No puedo pensar en un viaje internacional durante los próximos nueve meses... Lo mejor: durante los próximos dos o tres años, hasta que mi bebé pueda caminar, hablar y enfrentar un vuelo de avión.

Ahora toda mi atención está enfocada en este pequeño ser que está creciendo en mi vientre. He estado viendo en Internet imágenes de bebés con tres semanas de embarazo: son pequeñas bolitas de frijoles pulsantes. Tan frágiles y tan necesitadas de calor.

No sé si podré continuar mis estudios. Continuaré hasta donde mi cuerpo y mi mente soporten, porque quiero ahorrar mi energía por el gran esfuerzo que vendrá.

¿Y cómo estará Tobías?

Hoy no hablamos. Mantuve el teléfono apagado. No sé cómo él está.

He llorado mucho, pero trato de no deprimirme para no hacer daño al bebé. No quiero tener depresión ni estafa. Nada de eso.

Voy a tomarme un descanso porque necesito investigar los consejos de alimentación en la Internet para mujeres embarazadas.

Besos, querido Tobby.



Mi querido amigo...

¿Te importas en cambiar tu nombre? He estado pensando que Tobby ya no es un nombre adecuado para el momento actual en el que vivo... Me encanta ese nombre, pero tú ya lo sabes a quién se refiere, a quién yo quería rendir homenaje, y ya eso no me importa tanto ahora.

Muchas personas cambian sus nombres a lo largo de la vida, por razones numéricas, astrológicas, porque quieren cambiar su identidad o porque no les gusta el nombre real. Espero

que no estés molesto, pero a partir de hoy serás Fred, una abreviatura de Frederick... Así es como llamaré a mi bebé, caso sea un niño. Si es una niña, lo que sea: va a ser Fredericka.

No fue sugerencia de nadie. Simplemente me gusta ese nombre. Me parece pomposo, imperial, altanero, fuerte. Así será mi bebé. Mi abuela Baena se quedará triste porque no acepté ninguna de sus sugerencias. Mi madre, cuando se entere de todo, va a explotar. Estoy convencida de que nada de esto me sacudirá. Ahora quiero poseer mis voluntades. Creo que ahora he tomado las riendas de mi destino en mis manos.



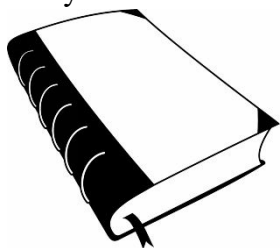
MIÉRCOLES 17 DE OCTUBRE DE 2012.

Desde hoy, te bautizo con el nombre de Fred. Así será: te llamarás Fred...

Pues, Fred, mi vida... Recibí una llamada de él, ya tú lo sabes de quién estoy hablando. Acordamos que nos veremos mañana para conversar.

Confieso que mi corazón aún duele mucho. Todavía siento un gran remordimiento por su rechazo en el momento en que le dije que estaba embarazada. Nunca podría esperar tanta frialdad y rudeza del hombre que amo... Especialmente en el momento en que le dije que llevaba un fruto de nuestro amor en mi vientre.

Estoy reuniendo fuerzas para ser comprensible y escuchar sus explicaciones.



JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2012.

Querido Fred...

Intentaré reproducir aquí como lo fue la charla que tuve con Tobías. Cada palabra que él pronunció me golpeó como un guantazo en mi cabeza... En realidad, estoy aturdida.

Nuestro encuentro ocurrió en la heladería que me gustaba frecuentar con él.

— No puedes tener a este hijo —él me dijo en la primera cucharada que dio en el vaso con helado de fresas.

—¿Por qué?

—Porque eso arruinará tu vida.

—¿Y qué quieres que yo haga ahora?

—Tú lo sabes que hacer...

— Sé claro, por favor...

—Yo puedo conseguir las pastillas...

—¿Quieres que me haga un aborto?
—Tengo una amiga que es enfermera...
—¿Quieres que yo mate a nuestro hijo?
—Ella me dijo que el aborto con medicamentos es de bajo riesgo e incluso lo recomienda la Organización Mundial de la Salud en países como Francia, Alemania, Japón...
—¿Hablas en serio?
—Solo una dosis con cuatro pastillas... Escribí el nombre aquí... Déjame ver...
—No puedo creer que esté escuchando esto.
—Compro las pastillas y esta amiga hace el procedimiento... Incluso puede quedarse en casa con tranquilidad.
—¿Estás proponiendo que cometa un asesinato?
—Leticia, sé razonable...
—¿Razonable?
—Es lo más sabio de hacer ahora.
—No estoy reconociéndote...
—Ninguno de nosotros puede cuidar a un niño ahora... Seguimos siendo estudiantes, no tenemos trabajo, no tenemos profesión, dependemos de nuestros padres... Mi madre no lo aceptará...
—Voy a criar a este bebé.
—Eso es una locura.
—Locura es lo que me propones. No soy una asesina.
—Por Dios...
—No pongas a Dios en este asunto...
—Piensa en nuestro futuro. No puedo asumir tanto peso en la etapa actual de mi vida...
—¿Cómo me enamoré de ti?
—Por favor...
—¡Qué tonta!
—¿Recuerdas el viaje a Estados Unidos que habíamos planeado?
—Estaba equivocada...
—Haz lo que hay que hacer y nosotros viajamos para descansar, para mantenernos alejados de todo y de todos... Un tiempo lejos de Ludovica nos hará bien a mí y a ti...
—No, no voy a hacer nada de esto. Voy a generar mi bebé...
—Mi amor, no haga...
—No sé quién puso eso en tu cabeza. Tú no eres el Tobías de quien me enamoré. Ya no te reconozco más...
—Si quieres continuar con esta locura, no cuentes conmigo.
—¿Estás terminando nuestra relación?
—Te estoy pidiendo que reflexiones. Quiero seguir contigo, pero ahora no quiero un hijo...
Quiero que pienses en nosotros, en nuestro futuro...
—Estoy muy feliz de ser mamá... Estoy sacudida, insegura, pero feliz.
—Es una locura. Te vas a arrepentir...
—No, no lo haré...
—Por favor...
—Entre tú y mi bebé, elijo mi bebé...
—Leticia...

—Adiós, Tobías...

Fue así, mi querido Fred, con estas palabras, tal como lo describí aquí, que todo sucedió. Estoy sufriendo mucho... Disculpe, pero es posible que me quede unos días sin escribirte aquí... Besos.



MIÉRCOLES 31 DE OCTUBRE DE 2012.

Mi querido Fred...

Ayer, martes, fui al laboratorio para repetir el examen de beta hCG que probará el anterior. Ahora estoy trabajando en la computadora, esperando que llegue a las 6:00 p.m. para que puedan enviarme el resultado por correo electrónico. Contando los minutos...

Está aquí...

Lo descargaré.

¡Dios! ¡Estoy tan feliz!

En quince días, los niveles de gonadotropina coriónica en mi sangre saltaron de 246 UI a 930. Ni siquiera sé qué pensar. Es magia. Es indescriptible. Es la señal de que hay un ángel creciendo dentro de mí. Señor, gracias: ¡voy a ser madre! Fui bendecida con el regalo más grande de la naturaleza.



JUEVES, 01 DE NOVIEMBRE DE 2012.

Fred, mi querido compañero de todas las horas...

No he hablado con Tobías hace dos semanas. Hoy me animé y lo llamé al final de la mañana. Él no me contestó. Ya son cinco de la tarde y hasta ahora no ha devuelto mis llamadas...

Pienso que es el fin.



MARTES, 20 DE NOVIEMBRE DE 2012.

Fred, mi amado, mi confidente...

Hoy tuve una idea para llenar el vacío de mis días y aplacar la ansiedad que me acerca: crearé un blog para compartir con jóvenes de mi edad la experiencia del primer embarazo. Ya elegí el diseño de la página, separé algunas fotos y busqué algunos textos para empezar las publicaciones. No elegí el título aún. Desafortunadamente, mi querido Fred, te alejaré por algunos días. No te preocupes, no te abandonaré. Pero es que la experiencia del blog será algo más colectiva, más intensa, porque mi idea es interactuar con otras madres primerizas. Estoy muy emocionada y con muchas ganas de ponerlo en práctica.

Dibujaré el primer texto aquí, pero no puedo publicarlo ahora debido al secreto que aún involucra mi embarazo. Se tratará sobre cómo preparar los senos para amamantar. Imagínese si, durante la lactancia, uno de los senos de la madre contrajo una inflamación... ¿Qué hacer?



DOMINGO 9 DE DICIEMBRE DE 2012.

Mi querido Fred...

Perdón por la ausencia. He estado casi un mes sin venir a parlotear contigo.

No ha sido fácil, pero aún guardo secreto sobre mi embarazo —a pesar de que mis mareos, náuseas y deseos inusitados ya han despertado sospechas en Francisca y en mis curiosas hermanas.

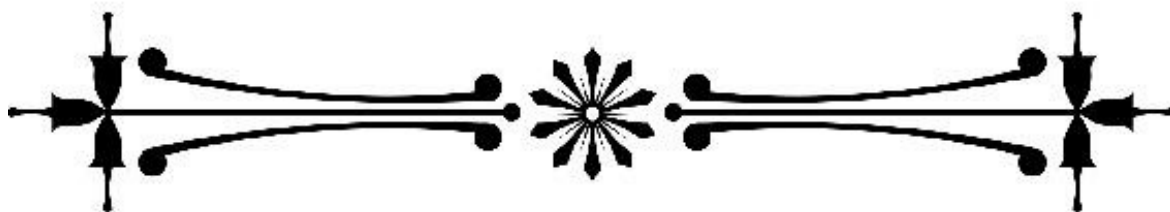
Francisca tiene experiencia en el tema (ha dado a luz nueve veces, todas en casa) y de vez en cuando se acerca a mí con preguntas cautivas.

Mi mamá, gracias a Dios, aún no ha intentado nada. Pero el momento de revelar todo ya está llegando, pues mi barriga crece día a día. Me estoy preparando para revelar las noticias a todos.

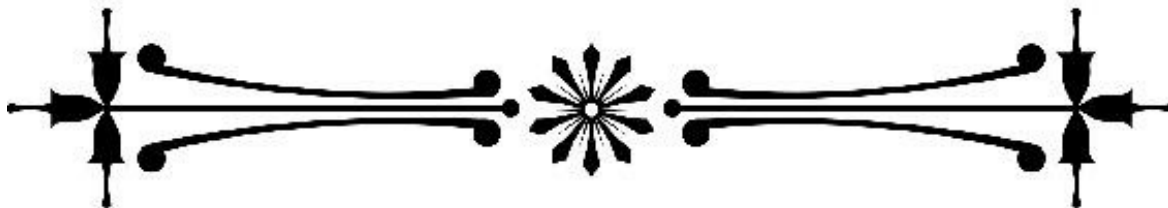
Mi padre (mi padrastro) será el primero a saber. Me parece que la conversación con él será la más difícil, así que quiero empezar con él. Creo que mañana, lunes, será un buen día para hacer eso.

Ah, me olvidé decirte: Tobías me envió un mensaje de texto preguntándome cómo estoy. No le contesté. Es un cobarde.

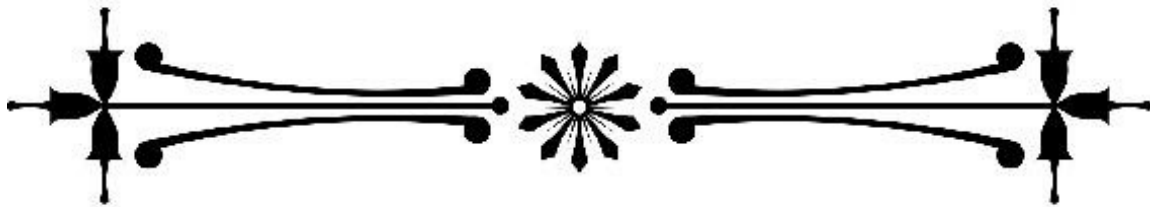
LIBRO CINCO



**MARTES
MAÑANA**



11 de diciembre de 2012



El sol ya se quedaba demasiado caliente a las seis de la mañana. Marisol y Agustín caminaban al borde de la pista. Estaban agotados y empapados de sudor. Habían dejado la estación en ruinas y habían pisado la carretera antes del amanecer.

Agustín respiró hondo y se sentó en la maleta. Marisol continuó la caminata y no notó que el padrastro se estaba quedando atrás. Él gritó:

—¡Espérame!

Marisol prosiguió la caminata en su pasito. El padrastro, aún sentado en la maleta, gritó en tono amenazador:

—¡Te dije para esperarme!

Marisol conocía ese tono, ese arrebato de furia. Así que obedeció. Agustín se levantó y se acercó a ella, limpiándose el sudor de la frente.

—En este paso— él murmuró —nunca llegaremos.

Marisol se animó a preguntar:

—¿A dónde vamos?

—Para Ludovica— él respondió. —¿Dónde más podría ser?

La respuesta le pareció a Marisol un gruñido de cerdo. Ella fingió que no lo escuchó y se mantuvo en silencio. Era como si estuviese flotando inconscientemente. Tenía la sensación de que cuanto más caminaba, más camino había para caminar. Era como si el camino siguiese sus pasos, huyendo, escondiéndose, sin querer llegar a su fin. Y ella caminaba, caminaba, caminaba y continuaba caminando. Se detenía un poco, se secaba el sudor de la frente, tomaba un sorbo de

agua de una calabaza vieja, suspiraba hondo y no paraba de caminar, sin llegar a ningún lado. A veces cerraba los ojos e imaginaba que cuando los abriese, el padrastro habría desaparecido. Pero luego cerraba y abría una vez más y él todavía estaba allí, jadeando, galopando, como un viejo caballo.

Finalmente, Agustín se impacientó y decidió no caminar más. Se paró en el borde de la carretera y comenzó a señalar a los coches que pasaban a gran velocidad.

Marisol lo miró, absorta. Después su mirada se perdió en el infinito. Recordó de la pequeña oración que había aprendido con su madre para hacer que sucediesen cosas imposibles. Su madre había aprendido de su abuela. Ella decía que si las palabras fuesen dichas de una forma correcta, sin omitir ninguna, no había falla: lo imposible sucedía así como un milagro. Marisol le rogó en silencio, para que el santo escuchase:

«Mi Santo Expedito de las causas justas y urgentes, intercede por mí con Nuestro Señor Jesucristo; ayúdame en esta hora de angustia y desesperación. Mi Santo Expedito, tú que eres un santo guerrero, tú que eres el protector de los afligidos, tú que eres el santo de los desesperados, protégeme; ayúdame, dame fuerza, coraje y serenidad; toma mi pedido y envíame un vehículo de cuatro ruedas para salvar mis piernas».

Parece que el santo oyó el pedido de la niña. De repente una camioneta vino acercándose al borde de la pista, casi parando. Agustín agitó la mano y el vehículo se detuvo. Ambos corrieron hacia la puerta.

El conductor —un chico de bigote, franela roja envuelta en la mano, un reloj brillante en su muñeca —les respondió con una sonrisa. Marisol sintió una rara sensación: no había visto a nadie sonreír hacía mucho tiempo.

—¿Vas a Ludovica? —preguntó Agustín.

—Sí— respondió el conductor sin romper la sonrisa.

—¿Puedes llevarme a mí y a la chica?

—Veinticinco pesos por cada uno.

—Solo quedan ocho kilómetros por recorrer.

—Pues bien: poco más de tres pesos por cada kilómetro.

—He gastado todo dinero que tenía. No tengo nada más. Haz una caridad por Dios...

El conductor rompió la sonrisa y cerró la cara. Entonces fue el momento de Marisol sonreír. Le dio al hombre una sonrisa que era, de hecho, un desesperado grito de ayuda: «por el amor de Dios».

—Está bien— suspiró el conductor. —Entren.

Agustín arrastró la maleta y ayudó a Marisol a acomodarse en el asiento trasero del vehículo. Cuando la camioneta volvió a acelerar, la niña se dejó atrapar por el paisaje que pasaba por la ventana. Sin embargo, su mirada era tan profunda y melancólica que el conductor se dio cuenta de su tristeza y entabló una charla con Agustín.

—¿Es la niña tu hija?

—Sí— mintió Agustín.

En ese momento, Marisol sintió ganas de gritar —¡es una mentira! —pero decidió no decir nada. Tenía miedo de crear una confusión y el hombre los dejaría en el medio del carril.

—Y la madre, ¿dónde está?

—Murió.

—Lo siento mucho.

No hubo más charla por el resto del viaje. El conductor encendió la radio y una suave canción

llenó el silencio entre ellos.

En diez minutos, la camioneta entró en Ludovica y cruzó la ciudad a través de la arteria principal. Pasó por el monumento de las mujeres rebeldes y pronto llegó a la Plaza del Chafariz. El conductor estacionó el vehículo enfrente a la iglesia.

Agustín e Marisol se bajaron de la camioneta.

La niña se maravilló con el movimiento, la gente que traqueteaba en las aceras, los hombres cargados con enormes bultos en la cabeza, los chinos que nunca había visto y sus baratijas electrónicas, los coreanos que parecían chinos, los haitianos que vendían falsas cadenas de oro, los colombianos que tocaban flautas andinas y tambores indígenas, con gritos, silbidos y autos y bicicletas entrando y saliendo; sintió en su pecho una mezcla de miedo y fascinación...

Se sentaron en un banco en la plaza bajo un árbol muy frondoso.

—¿Tienes hambre? —preguntó Agustín.

Marisol negó con la cabeza.

—¿Qué tienes? —él reaccionó con un tono brusco. —¿Por qué te quedas con esta cara aburrida?

Ella no contestó.

—Olvidate de lo que pasó ayer —él dijo. —No te pasó nada, ¿oíste? Nada. Olvidate de todo. Será mejor así.

La niña permaneció en silencio, mirando desconsoladamente el paisaje que le rodeaba. Nunca había visto algo así. Para ella, el lugar era todo hermoso. Quería correr, saltar, treparse a los árboles, pedir un bocado del pastel de la mujer rubia, abrazar a la señora de gafas que chupaba un helado, una dama muy parecida a su abuela.

Agustín se levantó y decretó:

— Vamos a conseguir un lugar para vivir.

Se levantaron y se aventuraron en el caos que era la Plaza del Chafariz. Ella llevaba el paquete de trapos bajo su brazo y Agustín equilibraba el maletín sobre su cabeza. Entraron en un sucio callejón donde funcionaba una feria improvisada. Pasaron por tiendas de frutas, carnes, hierbas, frijoles, plántanos, papas, aguacates, guanábanas, flores, ropas, calzados y bisuterías. Los ojos de la niña brillaban con el color de las cosas que nunca había visto. ¿De dónde vienen tantas cosas?

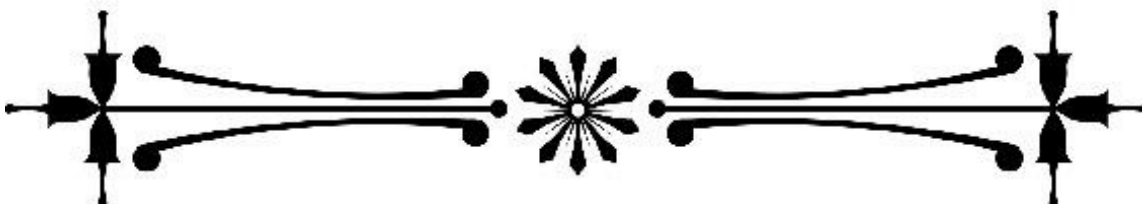
Pasaron cerca de un vendedor de artesanía que escuchaba las noticias en un pequeño aparato de radio. El hombre mantenía un ojo en los transeúntes, otro en sus mercancías y el oído atento al dispositivo radiofónico.

Marisol podía oír la voz del informativista anunciando un crimen bárbaro que había ocurrido en el Nido del Buitre. Él contaba los detalles como si narrase un juego de fútbol. Marisol escuchó cuando él nombró el lugar donde ella vivía. Hablaba de un hombre que había matado a su esposa con golpes de palo. Marisol pensó: «mi mamá». La niña se detuvo por un segundo para estar segura de la noticia.

—El acusado desapareció después de practicar tan bárbaro crimen, llevando consigo la hijastra de doce años...

Marisol ahora no tenía dudas: el hombre hablaba de su madre y de su padrastro. ¿Cómo él sabía todo? ¿Era adivino?

Agustín entró en pánico y casi salió corriendo, arrastrando a la niña por el brazo.



esa mañana, el capitán Héctor decidió usar las gafas de sol (la que tenía la lente azul y el adorno dorado) que tanto le gustaba. Eso lo hacía sentirse más joven. «Nada me va a molestar», empezó a repetir este mantra en sus pensamientos mientras se dirigía al Departamento de Policía. Encendió la radio. Como siempre, escuchó la primera media hora del Giro de la Mañana en la Radio Tribuna y después cambió el dial al Club de La Risa, en la Radio Comunitaria.

El arresto del asesino en serie era el asunto dominante en ambas estaciones. La muerte de Pedro Maldonado había descendido a un segundo plano.

Cuando el auto pasó cerca del horrible monumento en honor de la revuelta de mujeres, Héctor recordó el arreglo que había hecho con Jeison Zapata Pabón. «Tengo que deshacerme de este estorbo», él murmuró en voz baja. Regresó y tomó el camino hacia el Villaje del Sol. Como medida de precaución, llamó a Ada, la cocinera-camarera-enfermera de su madre.

—Hola, Ada. Buenos días. ¿Mi madre está en casa? ¿Tan temprano? Ah, está bien, eso es bueno. ¿Y el cabrón dónde está? Ya me estoy llegando ahí. No le hable nada.

Aceleró el vehículo para no llegar tarde. Bajó el volumen de la radio. Abrió el teclado del celular otra vez y marcó otro número.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo estás? No, ella no me tiró hoy. Pero traté de hablar con ella anoche tan pronto como llegué a casa. Ella está muy agresiva. Cuando le dije que quería continuar la conversación sobre el embarazo, ella gritó: «No te acerques a mí». Leticia siempre fue muy rebelde y difícil, pero nunca la había visto tan molesta. Hubo un momento tenso en la conversación, cuando ella se volvió hacia mí y me dijo: «No me llames de hija». Necesitabas ver sus ojos cuando pronunciaba esas palabras. Estaba furiosa. Va a ser muy doloroso. Pero no te preocupes, lo arreglaré todo. ¿No te lo prometí? Lo resolveré, quédate despreocupado. Intenta no pensar en eso ahora. ¿Y tu madre? ¿Te lo dijiste a ella? Bien, mejor así. Dame algo de tiempo para encontrar una solución. ¿Hoy nos veremos? Mi cabeza está hirviendo, necesito relajarme. Yo te

llamo. No sé cuándo estaré libre, mejor no fijar una hora exacta. Está bueno así. Yo también, ya tú lo sabes. Lo superaremos todo. Necesito un poco más de tiempo para poner las cosas en su debido lugar. Sí, sí, estoy pensando en hacer eso también. Ok, hasta más tarde. Besos.

La llamada lo hizo un poco más tranquilo. Rajar con esa persona, escuchar su voz, eso hace un extraordinario bien para su corazón. Respiró hondo. Afortunadamente, el dolor en su pecho le había dado un descanso esa mañana. Tal vez porque había fumado dos cigarrillos hasta ese momento. Eran casi siete y media de la mañana.

Héctor se cansó de la repetición de las mismas noticias en las estaciones locales y sintonizó una FM en la capital para disfrutar buena música y relajarse. Localizó a una estación tocando Paradise de Coldplay. Subió el volumen. Él amaba esa canción. Había sido Tobías quien le hizo escuchar Coldplay por la primera vez.

Antes que Paradise llegase a su fin, él entró en la calle Conquistador Hernán Cortés, en el barrio Villaje del Sol.

Apagó la radio, se bajó del auto y tocó la campanita de la casa del número cuatrocientos quince.

Ada abrió la enorme puerta.

—Buenos días, capitán —ella lo saludó. —Yo no le dije nada, pero él me dio la impresión de que ya sabía que tú vendrías aquí.

—¿Dónde está?

—En la piscina.

Héctor cruzó el jardín a través de una pequeña pasarela de ladrillos y llegó a la cubierta de la piscina, donde Jeison se calentaba al sol, tumbado en una silla de plástico.

—Hola —lo saludó Héctor.

—Hola —Jeison respondió.

—Estoy aquí para cumplir nuestra negociación.

—Dijiste que estarías aquí para el viernes.

Héctor sacó una silla y se sentó junto a Jeison. Encendió un cigarrillo. Sacó la pistola Taurus de su cintura y la puso sobre una mesa pequeña.

—Vamos a revisar las cláusulas —el capitán dijo. —Te prometí seis mil dólares y un billete aéreo para... ¿Bogotá?

—Eso, Bogotá —confirmó Jeison.

—Ahora —Héctor continuó —tú vienes conmigo.

—¿Dónde vamos?

—Primero a una agencia de cambio para que yo pueda comprar los dólares. Después nos iremos a una agencia de viajes para emitir los boletos de avión. Por fin, tendrás doce horas para desaparecer de Ludovica y de la vida de mi madre.

—¿Vamos ahorita?

—¿Por qué esperar?

—Está bien.

—Apúrate, antes de que llegue mi madre.

—Ella va a sufrir mucho —Jeison murmuró mientras entraba en la casa. —Ella nunca te perdonará cuando sepa todo lo que me has hecho.

—Eso no es un problema tuyo —Héctor dijo.

—Estarás jodido.

—Si te cuentas algo a mi madre —el capitán se levantó, —te recogeré en el culo del mundo y

descargaré todas las cápsulas de una pistola Taurus en tu hermosa boquita. Ni siquiera lo intentes. Lo mejor que puedes hacer ahora es tomar mi oferta y desaparecer. Dios, a través de mí, estás dándote una gran bonificación. Porque tu vida podría haber terminado desde el momento en que entraste por esa puerta...

Jeison tardó unos diez minutos. Regresó al jardín con la misma mochila con la que había estado con Baena en la estación de autobuses.

—Déjame ver lo que estás llevando —Héctor dijo y agarró la mochila. La abrió y empezó a hurgar adentro.

—No soy un ladrón— Jeison se quejó.

—Ah, ¿no? —Héctor sacó una caja negra de la mochila. —Pues, dime: ¿dónde tú compraste ese reloj?

—Tu madre me lo dio. Es un regalo.

—¿Dónde está el recibo? Quiero ver la fecha de compra...

—Aquí —Jeison hurgó en uno de los compartimientos de su mochila y le entregó un papel a Héctor.

—Está bien —él murmuró. —Puedes llevarte el reloj.

Los dos se dirigieron hacia la puerta principal de la gran residencia. Ada estaba esperando para abrirla.

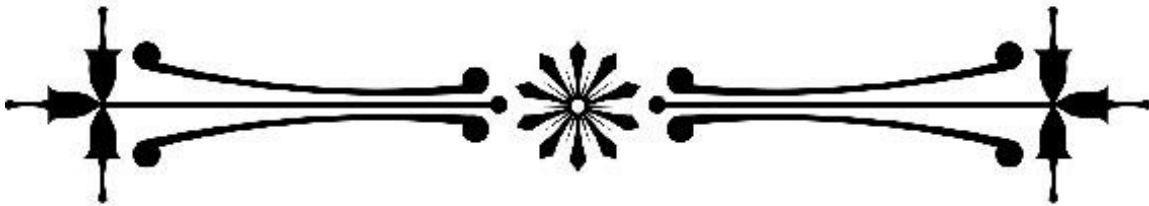
—¿Qué le digo a doña Baena cuando regrese?

—Dile que su muñequito se fue a dar un paseo —respondió Héctor.

—Dile que algún día ella lo sabrá todo —se atrevió a decir Jeison.

—No le digas nada —corrigió el capitán. —No has visto nada, no sabes de nada.

«Ah, Dios mío», murmuró Ada para sí misma. «La pobrecita no tiene suerte en el amor. Al menos podía calmarse. O intentar conseguir un hombre de la misma edad que ella...»



Después de vagar por las calles de la Ciudad Vieja, Marisol y Agustín siguieron por un callejón fétido hasta el lugar donde viven los pescadores de Ludovica, donde el río Piedra Rosa casi invade las casuchas.

Agustín imaginó que podría encontrar trabajo allí para comenzar la nueva vida.

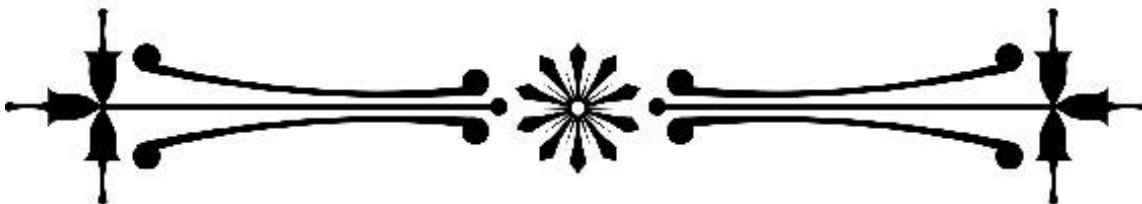
—Ahora soy tu padre — él iba enseñando a la niña. —Nunca digas que soy tu padrastro. No me llames por mi nombre. Llámame «papá». Si alguien te pregunta, diles que tu madre murió. ¿Me entiendes?

Marisol estaba tan encantada con todo —con los pequeños botes que descansaban sobre la arena, con las casitas de madera y latas viejas, con el río oscuro, con los hombres casi desnudos, con las tiendas que vendían los más variados peces de bocas asombrosas y ojos brillantes —que mal escuchaba lo que Agustín decía y solamente conseguía repetir dos palabritas:

—Sí, señor. Sí, señor.

Agustín hablaba y al mismo tiempo buscaba algo, mirando a los lados. Al cabo de un rato él paró frente a una choza frágil, sucia, casi en ruinas, hecha de tablas y montada sobre los pilotes. Había una cartelera clavada en la puerta, donde se leía: «para vender o alquilar. Trate con el propietario al lado».

—Vamos a vivir aquí —le dijo a la niña.



Tom Contreras se despertó alrededor de las ocho y media de la mañana con un hormigueo en la boca. Su cabeza palpitaba como si quisiese explotar. «Maldita vodka», se quejó y se levantó de la cama. Fue al baño, enojado, se cepilló los dientes, se lavó la cara, se secó los brazos y las piernas con una toalla mojada, y después volvió a su habitación para ponerse una ropa limpia. Cogió la mejor ropa que tenía (en este caso, la menos sucia y vieja).

Miró las paredes donde estaban sus objetos preciosos —los discos de oro y los trofeos que había ganado durante los años auspiciosos de su carrera. Comenzó a desatarlos y hacer un montón con ellos. Lo puso todo en una inmensa bolsa negra y bajó al desayuno que se servía en la cocina de la posada.

El menú era el mismo desde que Pilar había abierto el negocio: café, leche, pan, huevos, bocaditos de mangú dominicano^[68] con salami, plátanos fritos y arepas. Cada huésped tenía derecho a comer una porción de cada artículo. El desayuno no estaba incluido en el valor del alojamiento —se cobraba una tarifa de doce pesos por día. El pago se realizaba al final del mes en la misma factura que el alquiler. Esto representaba un aumento de trescientos sesenta pesos (en los meses de treinta días) o trescientos setenta y dos (en los meses de treinta y uno días).

Pilar había entregado la gestión de la cocina a María de Lourdes, una amiga de los tiempos de escuela secundaria, también maestra jubilada, una señora de casi cincuenta años, soltera, gorda y arrogante, quizás la mejor panadera de Ludovica. La sociedad entre las amigas era simple e informal: ellas compartían los gastos y las ganancias (todo en medias, cincuenta y cincuenta). Debido a esto, María de Lourdes era implacable en controlar la oferta del desayuno. No permitía que los huéspedes se sirviesen ni una taza de café extra. Mantenía la llave de la cocina colgada con un cordón grueso alrededor de su cuello.

Los productos que no estaban incluidos en el menú diario (como batidas, frutas, panes dulces de auyama, panqueques, tés, pasteles, gelatinas y quesos) se podían comprar por separado,

siempre y cuando se pagase en efectivo. La pensión no ofrecía almuerzo ni cena (solo de forma extraordinaria, mediante pedido previo y prepago).

El desayuno era el momento en que casi todos los huéspedes se reunían para poner en orden los chismes y las noticias.

Hacían dos meses que Tom no pagaba la tarifa extra del desayuno, por lo que María de Lourdes había cortado el suministro para él.

Con el permiso de Pilar, sin embargo, él tenía derecho a una taza de café con un trozo de pan (que Lourdes le servía de mala gana). Esa mañana, Tom se alejó de la cocina y se dirigió a la recepción, llevando consigo la bolsa negra.

Pilar se quedaba tendida en la vieja silla junto a la lámpara en formato de piña y leía la edición de La Voz del Pueblo. La portada del periódico mostraba una enigmática foto de León Rivero Quesada sentado en una sala de la Guardería del Ayuntamiento: tenía los ojos puestos en el techo y las manos apoyadas en su barbilla, en una pose que parecía ensayarse para parecerse a la de un galán de Hollywood en un instante de desolación.

—¿Ha desayunado ya, Tom? —Pilar preguntó al darse cuenta de la aproximación del cantante.

—No, señora —respondió.

—Ve a hacerlo —dijo ella. —No te preocupes con lo que diga Lourdes.

—Gracias, mi amiga, pero no tengo hambre hoy.

—Mira el rostro de quién está aquí en la portada del periódico —Pilar dijo, dándole a Tom una foto de León.

—Es una pena —él murmuró sin mucho interés. —Un chico tan guapo. Quién podría...

—Una lástima —asintió Pilar, interrumpiéndolo. —Nunca me imaginé que él fuese así. Para mi suerte, su cuenta aquí en la pensión ya fue pagada por adelantado. Con algunos clientes tengo que practicar la filosofía de mis padres: el muerto adelante y la gritería detrás.

Tom se preparó para irse y Pilar notó la maleta negra que él estaba arrastrando. (Ella tenía ese hábito de investigar las maletas, bolsas y sacos con los cuales los huéspedes entraban y salían de la pensión. Era, al mismo tiempo, un hábito y una medida de seguridad que tomaba para evitar incumplimientos y raterías).

—¿Qué hay en la maleta?

—Mis baratijas.

—¿Tus discos? ¿Qué vas a hacer con ellos?

—Voy a intentar venderlos a un anticuario o una tienda de segunda mano.

—Ah, Tom, lo siento. Si yo tuviese suficiente dinero, los compraría todos para que tales reliquias no desapareciesen. Pero, como tú lo sabes, he gastado una fortuna con mi abogada...

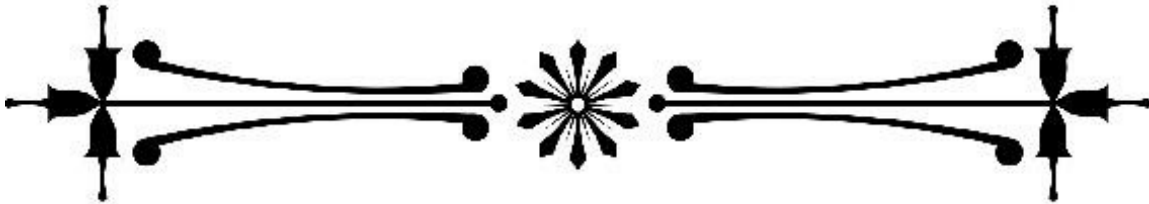
—No te preocupes, Pilar. Tengo la esperanza de encontrar a alguien que pague un buen dinero por ellos.

—Buena suerte, Tom. ¿Quieres un taxi?

—No es necesario. No tengo un chele en...

—Si quieres algún para el taxi, te lo presto —ella dijo y se levantó. Luego empezó a hurgar en uno de los bolsillos de su vestido y sacó un billete de cien pesos. —Me pagas cuando vuelvas.

—Aprecio su gesto, mi amiga Pilar —él dijo y rechazó la oferta. —Me voy caminando. Caminar es bueno. Además, tengo que ahorrar cada centavo. Solo hazme un favor: dile a Lourdes que hoy le pagaré toda la deuda del desayuno.



Quando el capitán Héctor estacionó su coche plateado en la pequeña y estrecha calle, luego vio a la multitud de mujeres histéricas que gritaban frases incómodas e insensatas en la puerta del departamento de policía, mientras un grupo de fotógrafos se posaban como palomas en los postes eléctricos. Los reporteros se balanceaban como tíes en las gigantescas ramas de un árbol de doce metros que había enfrente al caserón y un enjambre de camarógrafos se equilibraba de modo valiente con sus cámaras en los tejados de las residencias circundantes.

Héctor salió con tranquilidad del vehículo y caminó hacia la puerta del departamento, ignorando los gritos y las preguntas dispares que se dirigían a él. Pensó: «Ningún evento inesperado arruinará mi estado de ánimo».

Lo que le molestaba en ese momento era el intolerable olor a aguacate que estaba impregnado en su mechón, resultado de la inesperada pelea con Angelita. Excepto por esta pequeña molestia, nada más lo sacudiría. Estaba tranquilo. Al menos, esta era la impresión que estaba tratando de transmitir al batallón de profesionales de la prensa que ahora lo perseguía. En su interior, sin embargo, Héctor se quedaba ansioso.

Saludó a los agentes Salma Palacios y Fabián Pizarro en la recepción y fue a su oficina.

León Rivero Quesada era la razón de todo ese alboroto. Había sido trasladado temprano desde la Guardería del Ayuntamiento y ahora estaba en una de las improvisadas celdas de la PN.

Se sentó e inspeccionó unos papeles. Habló sobre los servicios con Sebas (que había llegado temprano y estaba listo para empezar a trabajar). Vencido por la inquietud, Héctor se levantó y encendió un puro.

Sebas le advirtió que el café se había terminado.

—Será un infierno sin el dios negro de los blancos —rumió Héctor.

Él necesitaba tomar una taza de café (puro o cortadito) al menos a cada diez minutos en ocasiones como esta. «Pero ni siquiera esa pequeña desgracia sacudirá mis nervios», se repitió a

sí mismo en pensamiento y dejó escapar una bocanada de humo de sus pulmones.

Desde el momento en que la edición de La Voz del Pueblo empezó a circular por la ciudad, con la foto de León Rivero Quesada en la portada, un bando de mujeres frenéticas se había congregado frente al viejo caserón. Todas querían conocer el asesino en serie. Una señora muy bien casada llegó muy temprano para dejar un paquete con comida, ropas limpias y artículos de aseo. Todo fue recibido e inspeccionado por Sal. Dentro del paquete había una carta de amor, donde ella prometía dejar al marido para quedarse con León.

Sal también asistió a dos amables abogados, ambos homosexuales y célebres por sus actuaciones en los tribunales de Ludovica, que se ofrecieron para asesorar a León durante el interrogatorio subsiguiente. León no les respondió. Sal les pidió que esperasen en la recepción.

También apareció el propietario de una agencia de modelos con un contrato para que León desfilase en un certamen de belleza que sucedería en enero. Sal lo rechazó de pronto.

Héctor intentaba mantener la calma en medio a todo esto. Para empeorar, el olor de aguacate aún resistía en su cabello.

De repente, la puerta de la oficina se abrió y los agentes aparecieron con León Quesada.

Los ojos del capitán se ensancharon. El hombre era muy guapo y robaba la atención de cualquiera, sin importar su género o edad.

Junto con el prisionero vino la segunda botella de café que Héctor esperaba con tanta ansiedad. Suspiró aliviado: gracias a Dios, un problema menos para robar su concentración.

Sebas encendió la computadora y señaló con el pulgar que todo estaba listo.

El capitán sostuvo la tarjeta de identidad del acusado entre sus dedos. Miró por un momento la foto del joven escuálido y aturdido, con el pelo de campesino y una corbata de hombre muerto, muy diferente del galán que estaba allí en la oficina. Quizás no tenía dieciséis o diecisiete años cuando hizo la foto. Héctor arrojó el documento sobre la mesa y dijo:

—Muy bien, León Rivero Quesada, empieza a decirme si este es tu nombre o si la identidad es falsa.

León miró por unos segundos el pedazo de papel plastificado y luego respondió:

—León es mi nombre de bautismo. Solo tengo uno y nunca he usado otro. No soy un estafador o ladrón, soy un asesino.

—¡Bah! No quise ofenderte.

Héctor recuperó el documento y leyó los datos en voz alta:

— León Rivero Quesada, veintisiete años, hijo de María de la Concepción Rivero y Oliverio Quesada. ¿Tus padres siguen vivos? —preguntó secamente.

—Mi padre aún está vivo. Mi madre murió cuando yo tenía seis años.

—¿Y dónde vive tu padre?

—En un refugio para ancianos. Él tiene más de sesenta años y está lisiado de una pierna.

—¿Cómo fue tu infancia?

León miró al jefe de policía como si no creyera que él le había hecho tal pregunta.

—¿Eres de la policía o de un sanatorio?

Héctor se molestó con la ironía:

— Hago las preguntas que desee y tienes que responderme...

—Ok, pero estás olvidando que lo más importante aquí es averiguar cuántas mujeres yo ya maté; y también dónde, cómo y por qué las maté.

Héctor levantó la voz y preparó la mano para abofetear al chico:

—Dime luego cómo y dónde pasaste tu mierda de infancia —él dijo, —antes que yo ponga mi

paciencia en el fondo del cajón y llene tu cara de puñetazos...

León bajó la cabeza y suspiró. Luego comenzó una narrativa llena de pausas e intersecciones:

—Cuando mi madre murió, fui a vivir con mi abuela paterna en Mata-Mata. Mi abuela era una santa y mi padre era un chispo sin futuro. Por eso ni yo ni mi abuela derramamos una sola lágrima cuando él salió de casa y desapareció. Al contrario, su desaparición fue un alivio para nosotros. Cuando él regresó, diez años después, tenía cirrosis y los doctores le habían amputado una pierna para salvarlo de la gangrena. Mi abuela me llevó a la escuela y me cuidó muy bien hasta que murió cuando yo tenía diecisiete años. Así empecé a robar y matar.

Héctor ahora estaba mirando directamente a los ojos de León, quizá intentando descubrir si había algún sentimiento real detrás de sus palabras. De pronto se dio cuenta de que León no era un chico mediocre. Ni en sueños: le pareció muy ingenioso y perspicaz.

—¿Cuándo mataste por la primera vez —le preguntó.

—Cuando ella entró en mi vida —León respondió con voz profunda e insondable.

—¿Quién? ¿Una novia, amante?

—La bruja —tartamudeó el chico.

—¿De quién estás hablando, de todos modos? — Héctor reaccionó con una mezcla de asombro e irritación. Dijo con voz áspera: —¿Es esto una broma?

—No estoy bromeando. La bruja Sarah existe.

El chico casi susurró y flexionó su voz a un tono más serio.

—Ella es dueña de mi cuerpo y mi mente, ella es mi dama —dijo.

—¿Esa tal Sarah está viva?

—¿Viva? —León carcajeó bajito. —Sarah está muertita hace al menos doscientos años.

Héctor principió a quedarse sin paciencia y se movió frenéticamente en su silla. Le dolía el culo —¡maldita próstata! —y sus hombros se estaban poniendo rígidos. El olor desafortunado del aguacate ahora le parecía mucho más intenso. Lo sintió tan fuerte que —por un breve instante — llegó a imaginar que un líquido verde como el ectoplasma de las películas de fantasmas comenzaba a caer por su frente y por sus fosas nasales.

—¿Puedes decirme quién es Sarah?

—Es un espíritu de oscuridad que un día se me apareció —dijo el chico —e hicimos un pacto. Ahora soy su esclavo.

—¿Piensas que soy un imbécil para creer en esta historia? —el capitán dijo y encendió enseguida otro cigarro.

—No te estoy pidiendo que lo creas —contradijo León.

—Tú has dicho solamente tonterías y no respondiste la pregunta que te hice.

—¿Cuál fue la pregunta? —León sonrió con un tono de ironía.

—¿Cuándo mataste por primera vez? —Héctor repitió.

—Tranquilízate —suspiró León —porque voy a llegar donde quieres. ¿No quieres saber los detalles?

—Por eso estoy perdiendo mi tiempo contigo —el capitán dijo y fumó su cigarrillo.

—Yo tenía dieciocho años —empezó León —cuando ella se me apareció por primera vez. Yo estaba saliendo de la escuela y sentí un estremecimiento en mi cuerpo. Sentí un peso en mis hombros como si algo invisible quisiese tirarme al piso. Era ella, la bruja.

—¿Este espíritu, esta bruja, apareció a ti justo allí en la calle? —Héctor preguntó con un toque de ironía indiscutible.

—No, yo no conseguí verla —contradijo León. —Me enfermé de inmediato, tuve náuseas y

casi no llegué en mí casa.

—¿De quién era la casa? ¿Era de tu abuela?

—Mi viejita ya estaba muerta —respondió León. —En ese tiempo yo vivía en una república estudiantil sucia y maloliente. Las autoridades sanitarias ya habían llevado a mi padre a un refugio porque no había nadie que cuidase de él. Vivía en las calles, lleno de heridas en su cuerpo, molestando a la gente por comida y bebida. Mi vida era una pesadilla. La república parecía una pocilga. Una noche, cuando estaba solo en mi dormitorio, apareció ella. No tuve miedo, te lo juro. Ella habló de otras vidas y otros mundos, algunos mejores que los míos. Me dijo que era un espíritu condenado y que su morada estaba cerca de las puertas del infierno. Dijo que quería mi ayuda. Le pregunté qué tipo de ayuda y fue cuando me dijo que necesitaba de sangre. «Lo siento, pero alguien tiene que morir para que yo pueda seguir siendo libre en este mundo», ella me dijo.

—Has estado leyendo mucho a Anne Rice —gruñó el capitán y se levantó. Enseguida apagó la colilla en un cenicero y se sirvió una taza de café. Ofreció otra para León, pero él se negó con una sonrisa.

Héctor tomó dos o tres sorbos del café y preguntó en tono serio:

—¿Estás arrebatado? ¿Fumaste marihuana aquí dentro del departamento? ¿Quién te dio la droga?

—¿Quieres escuchar mi historia o no?

—Quiero hacer mi interrogatorio.

—Si es únicamente lo que quieres, ponga en su relatoría que soy el autor de treinta asesinatos. ¿Treinta está jevi? Esto es todo. No te diré nada más.

Héctor recordó lo que se había prometido a sí mismo cuando salió de casa (“nada me va a molestar hoy”) y trató de calmarse.

—Relájate —le dijo el capitán Héctor a León, pero era como si se estuviese diciéndolo a sí mismo. —Ahorita estoy interesado en tu historia. Dímela.

León hizo una pausa y decidió tomar el café. Le pidió al capitán que le echase una taza con mucho azúcar. Después de un sorbo del líquido caliente, reanudó la narración:

—Sarah continuó visitándome durante varios días. A veces se vestía como una egipcia y otras veces venía como a una gitana. En una de nuestras conversaciones nació el pacto: ella me ayudaría a salir de la miseria y yo no dejaría que le faltase sangre. Después de eso ella se fue y no apareció más. Las cosas, sin embargo, empezaron a cambiar con extrema facilidad a mi favor. Los vientos de bonanza llegaron a mí de repente. Comencé a ganar mucho dinero en todo tipo de juegos, loterías y sorteos. Cada vez que pasaba cerca de cualquier casino o casa de juego, una voz en mi oído decía: «juega, juega, juega», y luego yo ariscaba la suerte y ganaba. Los amigos empezaron a llamarme Narciso Bello, el patito afortunado que es el primo de Donald.^[69] Así que compré auto, casa, ropas y gasté mucho dinero con putas y drogas.

—¿Y el pacto?

—Una noche ella regresó y fue luego diciéndome que necesitaba sangre para reponer sus fuerzas. Me levanté de la cama y salí a las calles. Vi a un anciano de casi setenta años que bien podría ser mi padre o mi abuelo. Él estaba solo, sentado en un banco en la plaza, casi dormitando. Así que pensé: «va a ser este». Parecía muy fácil matarlo. Todo lo que tenía que hacer era tirarlo en el maletero del auto y buscar un lugar desierto para hacer el trabajo.

Mientras escuchaba con real atención, Héctor empezó a revolver en fichas antiguas y algunos registros de asesinatos que estaban disponibles allí en la oficina.

—¿Así que tu primera víctima fue este hombre de setenta años?

—No, no lo maté.

—De hecho —asintió Héctor. —No hay ningún anciano entre las probables víctimas de su lista de crímenes.

—No maté al anciano porque Sarah se me apareció en ese momento y me advirtió: «un hombre no es bueno y mucho menos este que está más muerto que vivo». Tenía que ser una mujer, preferiblemente una mujer joven.

—¿De esa manera fuiste a buscar una para tomar la sangre y ofrecérsela al espíritu demoníaco que te perseguía?

—Sí. Estaba muy excitado, ¿sabes? Sentí que había descubierto algo nuevo y fuerte dentro de mí. Era un deseo extraño, un instinto primitivo. Sarah estaba a mi lado y me alentaba, decía «ve, ve, ve, tráeme sangre, tráeme sangre». En esa misma noche yo recorrí a los barrios de Ludovica hasta que encontré a una chica muy jevi saliendo de un club. Parecía buscar a alguien que la llevase para su casa. Paré el auto y fui amable con ella y la pregunté si podía ayudarla. Ella dijo que sí y se subió en al auto.

Héctor buscó en una pila de papeles arriba de la mesa y localizó los documentos de una antigua investigación. Hojeó la carpeta llena de páginas amarillas y se detuvo en la serie de fotos que los forenses habían hecho de un cadáver mutilado de una mujer joven. Le mostró las fotos apestosas a León.

¿Conoces a esta chica aquí?

—Sí, era ella. Era hermosa, ¿no?

—A mí no me parece. Al menos en estas fotos.

En ese momento, el capitán sintió un odio surgiendo de su interior, delante de la impasibilidad que demostraba León al mirar las fotos del cadáver. El chico ni siquiera parpadeó ante semejante sordidez.

—Esa chica se llamaba Teresa Cristina —dijo Héctor. —Tenía diecinueve años y su fiesta de cumpleaños se había celebrado cinco días antes de ser asesinada. Era la única hija de una pareja de comerciantes del barrio Alborada. ¿Cómo la mataste?

León tomó un sorbo de su café y prosiguió sin alterar la voz:

—Puse el auto en movimiento y empecé la acción de súbito, ni siquiera le dije nada. Casi en el centro de la ciudad, con el auto dando vueltas, tomé un destornillador y crucé su garganta. Un fuerte chorro de sangre caliente se estrelló en mi regazo y en mi pecho. Incluso el parabrisas se quedó manchado de rojo. Ni siquiera la oí gritar. Escuché la risa de Sarah que estaba viendo todo en el asiento trasero. Le pregunté: «¿así es como lo quieres?» Ella me respondió: «así es, pero corre a un lugar seguro mientras la sangre está caliente, córtala en trozos muy pequeños y ofrécemela, clamando por mi nombre».

—¡Madre de Dios! —el jefe de policía suspiró.

Sebas se quedó sin aliento y pidió para hacer una pausa en el trabajo por un momento. Se dirigió a la ventana que conducía al patio trasero del departamento y respiró hondo; luego tomó un sorbo de té de limón y encendió un cigarrillo.

—¿Así que tú la cortaste en pedazos? —Héctor reanudó la conversación, después de que Sebas señaló que estaba en condiciones de seguir escribiendo.

—Hice lo que ella me pidió. Mirad las fotos.

—¡Qué hijo de puta! —Sebas exclamó, incapaz de controlarse.

—¡Vamos, adelante! —dijo el capitán.

—Fui hasta mi casa para conseguir un machete. Después llevé el cuerpo a una carretera desierta, río abajo, y lo destrocé todo, arrojando las piezas al agua corriente. Estaba seguro de que la policía nunca las encontraría, pero veo que me equivoqué. ¿Por qué no las comieron los peces?

—Los pedazos del cuerpo, incluso la cabeza, terminaron acurrucados en una hamaca de pescador en el río Piedra Roja —dijo Héctor. —Eso ocurrió hace tres años, pero hasta el día de hoy este pobre hombre tiene pesadillas cuando recuerda la escena macabra que vio.

—¡Hijo de puta! — Sebas gruñó otra vez.

—Sarah se quedó muy contenta conmigo —dijo León, pareciendo estar orgulloso, y sonrió.

—¿Qué sentiste? —preguntó Héctor.

—Sentí el alivio del deber cumplido. Me sentí en paz. Fui a mi casa, me tomé una ducha y me fui a dormir como un ángel.

Héctor comenzó a buscar más papeles en otra pila antigua.

—¿Cómo fue la segunda vez que mataste?

—Ocurrió dos o tres meses después. Elegí a la víctima entre las putas de la Plaza del Chafariz. La llevé a un lugar tranquilo llamado Grito del Búho, ¿sabes dónde es?

—Sí, por supuesto que sí —respondió el capitán, mientras abría una papelera con hojas rotas.

—Primero echamos un polvo a todo tren —continuó León, —pero no me gustó mucho. La singada me deprimió.

—¿Cómo era esta segunda chica?

—Muy linda. Se había convertido en puta hace muy poco tiempo, y ni siquiera sabía cantar muy bien.

—¿Te acuerdas de sus trazos?

—Era rubia, pero falsa rubia. Sus dientes eran torcidos, como los míos, y usaba aparato para arreglarlos. Me acuerdo de un delfín tatuado en el cuello y una flor roja en medio de los pechos. Ah, tenía también una pequeña sirena en su culo.

—¿Era esta?

El capitán mostró las fotos de la cabeza de una mujer en un avanzado estado de descomposición, aunque todavía era posible identificar algunos rastros de la boca y los ojos.

—¿La reconoces?

—Sí, era ella. Me acuerdo bien porque yo quería quedarme con la cabeza y mantenerla en un galón de formaldehído como un regalo, pero tuve miedo de que eso le disgustase a Sarah. Después de todo, el cuerpo de la chica era una ofrenda para mi maestra, yo no podría apoderarme de nada.

—¿Y cómo la mataste? ¿Usaste el destornillador otra vez?

—Era tan débil que ni siquiera tuve que usar la herramienta. Maté con mis manos. Salté sobre su cuerpo como si fuera un lobo hambriento; mientras la golpeaba, una voz me decía: «¡esto, esto, mata, mata, mata!»

—¿Y después...?

—Hice el mismo ritual. Tomé un machete y la corté en pedazos y la tiré...

—¿No tenías miedo de ser descubierto? —Héctor lo interrumpió.

—Cuando leí la noticia de que habían encontrado la cabeza podrida de una mujer en un matorral y la policía comenzó a interrogar a algunos sospechosos, tuve algún miedo. Pero se pasaron los días y me di cuenta de que la policía no podía conectar una cabeza en descomposición a mi nombre. Así que me relajé.

—¿Y seguiste matando...?

—Después de esa, tomé unas vacaciones. Fui a viajar a otras ciudades, conocer gente nueva y gastar dinero.

—¿Continuabas con mucha suerte en los juegos y loterías como el Narciso Bello?

Héctor se levantó y se sirvió otra taza de café. Lo hizo sin desviar su atención de lo que León estaba diciendo.

—Pasé más de un año como un donjuán. Dinero no me faltaba, pero Sarah se había desaparecido. De vez en cuando yo tenía ganas de matar a alguien por matar, para satisfacer mi deseo. A veces me estaba follando a una chica y surgía ese fuego, esa sed, ese deseo, una necesidad de gritar, pero intentaba controlarme para no arriesgarme.

—¿Cuándo interrumpiste la abstinencia?

Héctor se sentó detrás de la mesa y encendió otro cigarrillo.

—Cuando dejé de ganar en el juego y cuando me vi miserable una vez más. Creo que Sarah quería castigarme porque yo había olvidado el pacto.

—Por lo tanto no te resististe y...

—Tenía que hacer mi parte en el acuerdo —interrumpió León. —En ese momento me di cuenta de que estaba condenado y que sin la ayuda de la bruja no podría vivir.

—Y... ¿qué?

—Viajé a una pequeña ciudad donde se estaba celebrando una fiesta en junio. En dos días yo follé no sé cuántas chicas, todas muy guapas. Lo bueno de las pequeñas ciudades es esto: el desconocido con dinero y auto se folla con quien quiere. Si tiene suerte, se come incluso a la esposa del alcalde. Luego, en la segunda noche, conocí a una morena. Su nombre era...

—¡Sandra del Prado!

El capitán sacó otra pija de papeles viejos del cajón.

—Bueno, no me acuerdo su nombre —dijo el chico.

Héctor abrió el papeleo y comenzó a leer. Luego buscó las fotos.

—Ella tenía veintiún años y era estudiante de pedagogía —él dijo. —Se estuviese viva, quizás fuese una profesora hoy.

—Era un poquito loca, pero muy sensual —comentó León.

—No la verás sensual aquí...

El jefe de policía le mostró las fotos tomadas por los médicos forenses el día que encontraron el cuerpo mutilado. León Quesada reaccionó con indiferencia.

—Después de follar toda una noche en el auto, la llevé a un matorral y la estrangulé.

—Repetiste el ritual de siempre —refunfuñó Héctor.

—Sí, repetí el ritual de siempre —tartamudeó León.

—¿No te quedabas aburrido por matar de la misma manera?

Sebas interrumpió su escritura por un momento y miró a Héctor como si estuviera reprobando la pregunta. «¿Cuál es la relevancia de este cuestionamiento para la investigación? Bueno, tal vez tenga sido una curiosidad personal», pensó y volvió al trabajo. El capitán estaba tan concentrado que no observó la interrupción.

—Era un ritual como cualquier otro, como una misa, una novena, siempre debe ser de la misma manera —respondió León.

—¿Ha regresado la suerte? —el escribano quiso saber.

Ahora fue Sebas quien hizo una pregunta que podría no tener ninguna relevancia. Incluso notó su error y, más que rápidamente, se disculpó por su comentario de metomentodo.

—Disculpe, capitán, el acusado no tiene que responder eso.

Héctor, sin embargo, reforzó:

—Pero yo quiero saber... Dime, ¿ha regresado la suerte?

—Al día siguiente, ocurrió un bingo en la pequeña ciudad y fui sorteado con un coche novísimo —él sonrió.

—Parece que todo iba bien para ti otra vez— dijo el capitán y cerró la pasta con la investigación sobre la muerte de Sandra del Prado.

—Gané mucho dinero —dijo León, —pero siempre necesitaba más y más y más.

—Y por eso tenías que matar siempre más —el capitán completó.

—Sarah me decía que nunca me descubrirían —razonó —y eso me dejaba chévere.

—¿Cuántas mujeres mataste?

—¿Cuántas? —León se quedó por un momento en silencio, como si estuviera mentalmente calculando.

—Me dijiste treinta, pero es un número...

—Al menos treinta.

—¿No estás equivocado?

—No.

—Hay aquí en el departamento dieciséis investigaciones sobre muertes misteriosas y violentas de chicas muy jóvenes, de entre dieciocho y veinte años, no solo de Ludovica, sino de varias ciudades vecinas, formando un rastro de sangre de casi cien kilómetros. Todas las muertes tienen las mismas características de barbarie: cabezas descepadas, troncos mutilados, los trozos tirados a un matorral. Dieciséis casos no resueltos en los últimos nueve años. Parece que ahora hemos llegado al punto final. Quiero que me cuentes todo, de hecho, incluso en los casos que no están en nuestra lista.

—Te gusta escuchar esas historias, ¿verdad?

—¿Por qué me preguntas eso? —el capitán se quedó desconcertado.

—Porque veo una extraña felicidad en tus ojos. Te complace este interrogatorio. Es un placer idéntico a lo que siento cuando estoy matando a una chica...

—¡Eres un maníaco! —Héctor gritó.

—No trates de disfrazarlo, sé lo que estás sintiendo —dijo León y sonrió.

—Tengo un enorme deseo de romper tu cara de demonio —dijo el capitán, levantándose de modo bronco para salir de la sala.

—Con tantos años de carrera, estoy seguro de que ya has matado al menos a diez personas...Al menos diez.

El jefe encendió un cigarrillo y se retiró de la sala, resoplando de rabia. Fue al baño en el pasillo y mentalmente cantó su mantra matinal («nada me va a molestar, nada me va a molestar hoy»), mientras abría el grifo en el lavamanos y vertía un poco de agua en su cabeza para enfriar los sesos y aliviar la rabia. El aroma del aguacate aún permanecía en su pelo.

En la sala, León continuaba riéndose y burlándose de la molestia que había logrado provocar en el capitán. Sebas no pudo contenerse: se levantó de su escritorio y aplicó dos puñetazos en el abdomen del chico. Él se cayó de su silla y se quedó estremeciéndose de dolor en el suelo.

Héctor regresó con su pelo mojado, miró a León retorciéndose en el suelo, pero fingió que no había pasado nada. Tomó al asesino por el cuello de su camisa y lo hizo recostarse en su silla.

—Muy bien, señor León Quesada, ahora podemos empezar nuestro interrogatorio. Lo que pasó ha sido apenas un ensayo, una charla preliminar.

Mientras decía esto, disfrazando su ira, Héctor se sirvió una taza de café y encendió otro blanquito. Estaba fumando demasiado ese día, pensó.

Sebas estaba aturullado. Miraba al jefe sin saber lo que hacer. Al darse cuenta de la duda estampada en la cara del escribano, el capitán le dijo:

—Borra todo lo que escribiste. Comenzaremos desde cero.

Sebas no parecía creer lo que escuchaba:

—¿En serio?

—Sí. Bórralo.

—Me estás bromeando, ¿verdad? —León reaccionó con ojos dilatados.

—Me dirás todo de nuevo, palabrita por palabrita, coma por coma, sin cambiar nada. Quiero saber si estás diciéndome la verdad.

—Necesito de un abogado. ¡Tengo ese derecho! —León protestó.

—¿Tienes uno? —preguntó el capitán.

—Dos tipos se ofrecieron a defenderme —dijo, refiriéndose a la pareja que había sido atendida por Sal. —Diles que aceptaré la oferta.

—Tendrás tus abogados —dijo Héctor. —Pero antes quiero pedirte un favorcito.

—¿Quieres que te enseñe a deshacerse de un cadáver?

—Eso lo aprendo en la carnicería —espetó el capitán. —Quiero que me des tu mejor sonrisa para que el escribano te tome una foto chévere.

—¡Vete al infierno!

Héctor sacó el teléfono y se lo entregó a Sebas.

—Es un regalo para mi cocinero— él dijo, riéndose. —Francisca parece haberse convertido en tu fanática.

El diputado se colocó junto a León, lo abrazó con vigor como se fuesen compas y sonrió. Sebas comenzó a tomar las fotos mientras León se encogía para ocultar su rostro.

—¡Mira el pajarito! ¡Una vez más! ¡Solo una más! No seas grosero, ¡mira a la cámara! Uno, dos, tres, ¡digan wiski!

Después de la sesión fotográfica forzada, el capitán autorizó la entrada de los dos abogados que estaban esperando en la recepción. Entraron con eufóricamente en la sala, casi rebotando. Eran hermanos gemelos, Casio y Cairo Céspedes (ambos formaban la oficina 3C Abogados), famosos en Ludovica por actuar en casos controvertidos con el único propósito de obtener notoriedad.

Se presentaron al nuevo cliente, aclararon que el servicio sería gratuito y que estaban allí por cuestiones humanitarias. Sin embargo, antes de firmar un documento estándar, se postularon para una foto junto a León y la publicaron en Instagram y Facebook con el título: «¡Estamos con él!»

Después de la intervención carnavalesca de los jurisconsultos (a los que asistieron pacientemente Héctor y Sebas), con derecho a conversatorios reservados, consultas al Código, alertas, objeciones, recomendaciones y otros protocolos, se reanudó el trabajo.



El capitán Héctor estaba seguro de que el interrogatorio de León Quesada podría traer luz a algunos casos que durante años la policía clasificó como insolubles. Ahora todo parecía tener una

explicación. Las chicas que antes se creían que habían desaparecido o huido con sus novios, o que se habían involucrado con la prostitución, ahora se sabían que estaban muertas y que no se encontrarían los cadáveres. León confesó treinta asesinatos, Héctor logró contar dieciséis, los reporteros calculaban hasta cuarenta y la crónica popular —la boca del pueblo —apuntaba para más de cincuenta, pero la verdad era que todas esas muertes nunca serían explicadas satisfactoriamente y ni el arresto ni la condena de un criminal confesado aplacarían el dolor de un padre o madre que había perdido a un ente querido. En cualquier caso, Héctor se mostraba satisfecho porque, de esta manera, había dado una respuesta a los deseos del pueblo. Si la verdad no era completa, eso tenía poca —casi ninguna —importancia: la policía había cumplido su función, alguien estaba bajo arresto, eso es lo que todos esperaban. Ahora dependería de la justicia hacer su parte, es decir, ordenar que alguien pague por los crímenes cometidos.

Héctor sabía que León permanecería en la cárcel hasta que los gemelos Casio y Cairo obtuviesen un recurso de hábeas corpus o que la policía fracasase en la investigación para obtener pruebas contundentes. Así las puertas se abrirían.

Por ahora, hasta que los gemelos tengan algún éxito en sus acciones, los reporteros estarían en su camino para explotar la historia de León, y podían elevarlo a la condición de santo o de demonio. No importaba si a menudo él era solo un chivo expiatorio.

Héctor no podía descartar la hipótesis de que León estaba mintiendo y que, de hecho, no había practicado todos esos crímenes, mientras tanto era más conveniente para él —en realidad, era más conveniente para todos —seguir creyendo que León era el único autor, un verdadero asesino en serie, un verdugo del diablo, algo así que pudiese sonar más espectacular para los medios.

Era probable que hubiese matado algunas chicas, Héctor pensaba. Apostaba en un número entre seis o siete. Era bastante probable que León estuviese sobrevalorando la cantidad con la intención de ganar notoriedad. Había los que preferían buscar sus quince minutos de gloria intercambiando patadas y groserías en programas de televisión como Gran Hermano; había los que preferían tirarse a la muerte en puentes y viaductos; también aquellos que aspiraban a matar a un papa o un presidente. Y había los que asumían la autoría de crímenes para ampliar la proyección en los medios. Como parecía ser el caso de León, según la desconfianza de Héctor. Cada uno tiene una forma sui generis de alcanzar el nirvana. No era difícil creer que León fuese uno de los deslumbrados por atención mediática (tanto cuanto los gemelos Casio y Cairo Céspedes).

Para tales personas, la fama es lo que más importa. La autoría real de la hazaña está en el fondo. Tal vez haya otros verdugos del diablo y tantos otros leones sueltos, practicando nuevos crímenes y riéndose del payaso que decidió asumir la autoría de todo. «Quizás, quizás... Era esa una posibilidad que no debería ser rechazada».

Héctor pensaba en todo esto mientras sorbía otra taza de café en otra pausa del aburrido y fatigoso interrogatorio. Con el paso de las horas, la frialdad (o la ingenuidad) con que León admitía los crímenes dejó de molestarlo. Los incesantes gritos de la multitud femenina en el patio del departamento y el olor de aguacate en su pelo continuaban molestándole mucho más. Los gritos principalmente. Eran ellos que estaban haciendo hervir sus sesos ahorita.

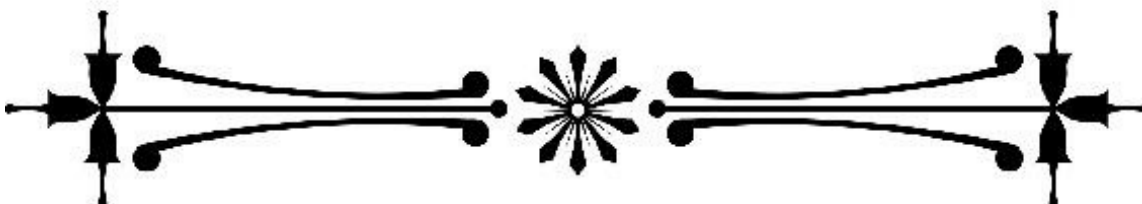
Durante todo el interrogatorio, la multitud de mujeres neurasténicas no se movió de la puerta del caserón, sacando fotos y gritando palabras de protesta: «¡liberen mi carrasco!»

Héctor observaba todo por la ventana del segundo piso, mientras sorbía su café.

El club de fans de León Quesada nació allí. Pronto cambiaron el apodo que había sido puesto por la prensa —Carrasco del Diablo —a uno más chévere: El Bandido Guapo.

En medio de esa histeria, una chica de veintipocos años robó la atención del Capitán Héctor. Ella agitaba una cartelera donde había un corazón dibujado con rosas y en él estaba escrito un llamamiento dramático: «León Quesada, cástate conmigo».

Héctor dejó escapar un intenso suspiro y de nuevo estuvo seguro de que el mundo estaba al revés. Encendió un cigarrillo y se prometió otra vez: nada ni nadie lo molestaría ese día. Pero pensó rápido: «¿quién sería esa pobrecita?»



Se llamaba Ximena la chica rubia que sostenía la cartelera con rositas y gritaba que quería casarse con León Quesada.

Casi todos a su alrededor la conocían. Vivía en la casa verde con un vívido jardín que estaba a dos cuadras del departamento de policía. Había venido a participar de la manifestación en compañía de dos amigas de su edad, Aura y Cristina.

Quien la había visto en la manifestación no conseguiría imaginar que bien reciente ella había estado estudiando en una escuela rígida de monjas, la única institución de Ludovica que tenía un sistema de internación para niñas. En Ludovica había una tradición que duraba muchos años: las niñas de buena familia católica estudiaban en el colegio de las monjas y los niños iban al colegio del obispo.

El confinamiento involuntario de Ximena había sido una imposición de su madre, después de la muerte del padre. Cuando ella se libertó de su cautiverio, quería dar alas a su furia rebelde, reprendida desde la infancia por su madrecita. Ahora se pintaba las uñas de color morado, usaba lápiz labial negro y tenía un escarabajo tatuado en su hombro. Escuchaba punk rock, fumaba marihuana y, a veces, olía a coca con sus amigos. Su madre no tenía idea de ninguna de estas cosas, aunque sus vecinos la culpaban por el repentino cambio en el comportamiento de su hija.

En esa mañana, cuando Ximena vio la foto de León Quesada en la portada de La Voz del Pueblo y también en el internet, se sintió de inmediato fascinada por él. Encontró un pedazo de cartón, escribió la frase «cásate conmigo», dibujó un corazón con una pluma, untó la cara de tinta negra y salió a las calles.

Ximena era defensora de los preceptos feministas, pero decidió adoptar una postura antagónica frente al departamento de policía con el único propósito de escandalizar y llamar la atención de periodistas y camarógrafos.

El comportamiento friki de Ximena podría interpretarse como un grito de revuelta contra su propia madre, Hilda Vasconcelos. A su antojo, Ximena estaba predestinada a ser una diosa de la belleza: primero Miss Ludovica, después Miss Santabella, Miss Mundo y, por fin, Miss Universo. Tan pronto como nació, con sus grandes ojos azules y su pelo dorado, su madre decidió que este sería su destino: reinar en las pasarelas. Su padre, dueño de una agencia funeraria, soñaba que su primera hija fuese una doctora.

—Puede ser que ella se gradúe en medicina algún día — protestaba Hilda, —pero primero será la Miss Universo.

Antonio Pedro, el padre, no era un completo malaventurado; prefería, en nombre de la paz doméstica, no contradecir a su esposa. La mujer tenía un temperamento insoportable, capaz de poner fuego a la casa si fuese contradicha. Por este motivo, Antonio Pedro postergó durante años y años la decisión sobre el futuro de la hija. Si la esposa hubiera decidido que la niña sería una reina de la belleza, pues así sería, él no crearía obstáculo para tal.

Hilda se apresuró a poner en práctica su plan. La pequeña Ximena, a los ocho años, empezó a ser educada para elegirse a la criatura más bella del mundo. Su madre se obsesionó tanto con este sueño que decidió no tener otros hijos. El pobre Antonio Pedro, a veces, intentaba argumentar que sería bueno para ellos que hiciesen un niño, pues él iba a servir de compañía a Ximena. Los argumentos eran en vano. Hilda se negaba a quedarse embarazada otra vez: incluso pasó a usar una braga especial que parecía un cinturón de castidad para deshacerse de los ataques nocturnos de su marido.

Antonio sintió tanto disgusto por esto que pensó, varias veces, en cortársele el güevo con una navaja. No ejecutó el intento porque tenía pavor de sangre.

Mientras el dilema de la pareja no tenía solución, Ximena iba creciendo, creciendo y creciendo, feliz con sus rizos dorados, inconsciente de la pelea nocturna de los padres. A la edad de diez años, la futura reina de la belleza internacional ya hablaba inglés y francés, además del español con acento de Madrid (porque su madre odiaba el acento caribeño de Santabella, una mezcla del sapingo cubano^[70] con el repertorio vernáculo de los dominicanos). La niña también sabía cómo preparar una receta fabulosa de tarta de manzana. En la mesa usaba los cubiertos con la facilidad de una dama, incluso sabía cómo sacar los huesos de un pescado frito con un tenedor y nunca ensuciar la mesa cuando tenía que pelar una fruta. En la computadora, una novedad de la época, era indomable. También practicaba natación, canto y baile. Dominaba los misterios de los hilos y agujas en las artes del crochet.

A los doce años, emanando belleza por todos los poros, Ximena estaba lista para ser Miss. Hilda, sin embargo, sintió la carga de la responsabilidad sobre sus hombros. La niña se había convertido en el objeto del deseo de los chamaquitos del barrio. Por eso la madre trató de mantenerla alejada de cualquier persona que pudiese amenazar sus planes.

Las medidas proteccionistas de Hilda hicieron que Ximena creciese tan ingenua en las cosas prácticas y naturales de la vida que terminó causando un pandemonio en el día que menstruó por primera vez. La escena tragicómica tuvo lugar en la piscina de la escuela durante la natación. Cuando la niña notó que el flujo menstrual corría por sus piernas y el agua azul que la rodeaba se volvió de color rojo-cereza, salió corriendo desesperada. La maestra se acercó a ella y la llevó a una sala y la explicó lo que estaba sucediendo con sus hormonas.

—Mamá me matará —se quejó.

—No lo hará, querida —dijo la maestra. —Eres una chica ahora.

Ximena recibió una paliza tan memorable con un látigo de cuero que se quedó con el rastro de una serpiente sobre su espalda para siempre. Hilda no pudo controlar la explosión de furia, reclamando que la hija había expuesto su intimidad en público y le había hecho sentir una vergüenza indescriptible. Cuando la rabia se fue, se quedó arrepentida. Tenía evitado los golpes si hubiera sabido que pasaría el resto de su vida gastando dinero en maquillaje para ocultar la cicatriz en la espalda de la niña. Siempre que miraba la marca, entraba en pánico: si algún organizador de concurso viese esa serpiente roja, nunca aceptaría a su hija como candidata. Obviamente esto nunca sucedió porque los trucos de maquillaje siempre fueron muy eficientes.

A la edad de trece años, la ninfa de rizos rubios y ojos azules había conquistado todos los títulos de belleza disponibles en el ámbito de Ludovica: Miss Primavera, Miss Verano, Reina de la Naranja, Princesa del Nuevo Milenio y Niña Mojada (Wet Wet Girl). En este último, Ximena tuvo que desfilarse con un bikini minúsculo y esto fue una tortura para Hilda: además de mostrar a la hija semidesnuda, la serpiente roja corría el riesgo de ser descubierta.

Un día, a fines de agosto, cuando Ximena estaba a punto de completar quince años, Hilda recibió una carta de la hermana Helena, la mayor. Ella vivía con su marido y un hijo en Cocomiel. Decía la carta:

Decidimos pasar nuestras vacaciones con ustedes. Quiero respirar este maravilloso aire de mi querida tierra. Estaremos ahí en cinco días. Será una oportunidad para que conozcas a nuestro hijo Juan Enrique, que cumplió diecisiete años el mes pasado. También tenemos curiosidad por conocer a nuestra sobrina Ximena, que tú ya me has dicho que es la chica más hermosa del mundo. Besos de tu hermana que nunca te olvida, Helena.

Tres cositas en esa abrupta carta hicieron que Hilda perdiese el sueño. Primera: el uso de los verbos en plural (*decidimos, estaremos y tenemos*), una clara indicación de que la hermana no vendría sola, sino que traería dos apéndices —el hijo adolescente («un mocoso mal parido») y el esposo demasiado agilipollado («un hincha pelota del carajo»). Segunda: la temible edad del sobrino (diecisiete años), cuando los chicos tienen pensamientos dirigidos de manera casi exclusiva al sexo y los testículos están abarrotados de testosterona. Y tercera: la ausencia de alguna pista sobre la fecha de regreso, pues cuando la hermana inventaba frases poéticas en sus cartas —quiere respirar este maravilloso aire de mi querida tierra —era un mal presagio. Hilda ya sabía que serían al menos quince días infernales.

Cuando terminó de leer la carta, Hilda fue a la farmacia en la esquina de la cuadra y compró un montón de ansiolíticos prohibidos. Usó una receta que había comprado de una enfermera, su amiga, que trabajaba en un puesto de salud. La receta ya venía lista para falsificar la firma del médico. Había comprado ese tesoro a muy buen precio. Solo usaba este dispositivo en la última necesidad. La visita de la hermana y su convoy era, pues, un caso extremo.



Llegaron en un miércoles tan caluroso que grupos de niños freían huevos en el asfalto. Helena, su esposo Jonathan y su hijo Juan Enrique desembarcaron alrededor de las ocho de la mañana en la estación de autobuses de Ludovica.

Hilda había arrastrado a Antonio Pedro y Ximena para dar la bienvenida a los parientes.

Cuando las dos familias se reunieron en la plataforma de desembarque, hubo un festival de abrazos tan cálidos que Antonio Pedro se sorprendió por el comportamiento de su esposa frente a su hermana, su cuñado y su sobrino, ni siquiera una reminiscencia de la mujer que había estado vagando por las habitaciones durante días y días, rezando rosarios y credos para que algo malo pudiese pasar y evitar ese viaje. Hilda solo no rogó a los cielos que la guagua rodase en la carretera y explotase, pero rogó por todas las otras desgracias no fatales que pudiesen impedir que su hermana, su esposo y su hijo desembarcasen en Ludovica. Las oraciones de Hilda, por supuesto, no tuvieron efecto. Probablemente porque su crédito con el Altísimo ya se había agotado por sus constantes solicitudes de que su hija ganase este o aquel concurso.

De todos modos, llegaron. Estaban agotados, hambrientos y sonrientes. Hilda estaba tan preocupada en fingir una felicidad inexistente que ni siquiera se dio cuenta del momento en que Juan Enrique tomó la mano de Ximena y le dio un beso en su mejilla. La niña se puso pálida en un instante y controló su repentina necesidad de orinar. También ella se estremeció cuando sintió el olor de chicle de menta que brotaba de la boca sin cepillar de su primo, un chico alto y delgado, con un gran pómulo saltando en su cuello, la piel bronceada al sol de las playas de Cocomiel y el pelo negro empapado de gel.

Durante los primeros tres días, la casita en el casco antiguo de Ludovica se convirtió en una gran mojiganga. Los vecinos no pudieron dejar de maravillarse con la exagerada cantidad de comida que Hilda preparaba para cenas y almuerzos, que incluían platos nunca antes vistos y jugos de las frutas más exóticas que ella conseguía comprar en la feria.

Helena regaló a la hermana con un conjunto de tazas de porcelana, cuyos agarraderos tenían rosas y frutillas dibujadas a mano, que Hilda recibió con una amplia sonrisa, pero sin conseguir ocultar su descontento: regalo zarrapastroso, chuchería comprada en la tienda de algún garrotero chino por un dólar, quizá menos que eso; ella jamás pondría esa cosa tosca en su cristalera llena de piezas inglesas legítimas.

Jonathan le dio a Antonio Pedro una camisa verdosa de tamaño medio con la estampa de los Tigres del Rey, un regalo que él recibió sin confesar su pasión por Beisbolistas de los Caimanes Amarillos y sin admitir que, en realidad, estaba usando talla de tamaño grande porque el vientre se había crecido demasiado en los últimos años.

Juan Enrique regaló a su primita con un oso de peluche hecho en Taiwán, que Hilda de inmediato lo tiró a la basura antes que el polvo y los ácaros del animal causasen una terrible crisis alérgica en la niña. Ximena no protestó, porque mejor que el oso fue el beso, pues que esta vez Juan le rozó los labios.

Esa noche la futura Miss Universo no durmió. Tuve fiebre, pero no se lo contó a su madre. Todo su cuerpo ardía, como si el beso de su primo estuviese lleno de chile picante.

Sola en su habitación de princesa, Ximena vio la imagen desnuda de Juan Enrique proyectada por la luz de la lámpara y no se sorprendió por el extraño péndulo que él llevaba entre las piernas.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Ximena no lograba mirar directamente a su primo. Y casi se derrumbó cuando él se volvió hacia Hilda e hizo la audaz solicitud:

—Tía, ¿permitirías que la prima Ximena venga conmigo a caminar al centro?

Hilda casi se atragantó con un trozo de papaya que acababa de ponerse en la boca, pero disfrazó la sorpresa y la incomodidad. Ansiosa por impresionar a los visitantes, ella le dio su permiso. Pero hizo varias advertencias, describió el curso que debían seguir, determinó a las personas con las que podrían hablar, nombró a lo que era prohibido e indeseable y también estableció la hora exacta que tomaría el viaje: una hora y media, ni un minuto más.

Y así se fueron los dos al centro. Ximena no conseguía disfrazar su nerviosismo. Cuando doblaron la esquina de la cuadra, Juan Enrique tomó su mano. Ella se estremeció, sintió deseo de volver para casa, pero se resistió.

Visitaron las tiendas del llamado centro nuevo y bebieron una gaseosa en un quiosco al lado del mercado público. Juan le habló a Ximena sobre su vida en Cocomiel, los campeonatos de surf en los que participó, las películas de aventuras que vio en el cine y las tardes que pasó con otros niños en los centros de videojuegos. Ximena, a su vez, le contó sobre los cursos que ya había tomado, las clases de ballet y el aislamiento convencional impuesto por su madre, una rutina ardua que la impedía de tener muchos amigos. Chapurrearon tanto y de manera tan casual que casi olvidaron la hora del regreso impuesto por Hilda.

Llegaron a casa con un retraso de dos minutos, pero eso fue suficiente para un sermón incommensurable sobre el libertinaje, el pecado mortal, el fuego del infierno, el calderón de azufre y la cama hecha con láminas de afeitar.



El permiso de Hilda para que Ximena fuese al cine por primera vez en su vida fue una historia más complicada. Juan Enrique tuvo que mendigar casi de rodillas para llevar a su primita a una sesión. Y no fue solamente eso: Helena tuvo que interceder en nombre de los dos adolescentes, además que Antonio Pedro y Jonathan tuvieron que endosar el permiso.

Después de mucha pelea, Hilda permitió que Ximena fuese con Juan a ver Jurassic Park III en un domingo por la tarde. Pero primero exigió que su sobrino le contase una sinopsis de la historia e hiciese una breve biografía de los actores. Insatisfecha, reservó un día completo para obtener más información sobre la película en cuestión y fue al cine para ver el póster, las fotos y el grupo de edad. Incluso habló con un empleado del establecimiento y le preguntó sobre algunos detalles de la película. Aún no satisfecha, entró en la biblioteca y tomó prestado casi todo lo que había sobre dinosaurios e ingeniería genética. Buscó también informaciones sobre Steven Spielberg (el productor) y Joe Johnston (el director). De camino a casa, pasó por la casa parroquial y decidió que sería prudente consultar la opinión de monseñor Nicolás Cardona sobre el asunto.

—Vive tu vida y deja a tu hija en paz —advirtió el sacerdote.

El domingo, antes de la hora de la película, Hilda convocó a la niña para una charla privada en el dormitorio.

—Prométeme que no vas a pecar —dijo.

—Te lo prometo, mamá.

—Jura por Dios que no caerás en las tentaciones demoníacas.

—Juro por Dios.

—Júrame a Dios y a Santa Teresa que no dejarás que tu primo te ponga las manos en sus pechos o nalgas.

—Te lo juro, mamá, que no dejaré que él haga eso.

—También júrame que tú no pondrás tus manos en ninguna de las partes de él.

—Juro por Dios.

—Júrame que no lo besarás.

—Te lo juro, mamá, te lo juro.

- Júrame que serás virtuosa hasta que te conviertas en Miss Universo.
—Te lo juro, mamá, seré una Miss Universo tan pura cuanto una flor.
—Bueno, querida, ahora puedes irte...



Ximena no pudo ver ninguna escena de Jurassic Park III. Su mente viajó a otras praderas. Tan pronto como se apagaron las luces del polvoriento cine de Ludovica, Juan Enrique abrazó a su primita con un deseo sexual desenfrenado. Luego le apretó los senos de Ximena con ambas las manos, como si apretase un balonmano. A la mitad de la película, sus dedos ya estaban alojados en sus bragas húmedas.

Cuando se encendieron las luces de la sala de exhibición, Juan Enrique había eyaculado tres veces en la boquita inmaculada de Ximena. Su hermoso pelo dorado estaba empapado de semen. No solo el pelo, sino también toda la cara, senos, manos y muslos. Ximena exudaba sexo por todos los poros, como se fuese una rompecama.^[71] El primo estaba agotado, sin ánimo, pero deseó que Jurassic Park III tuviese la misma longitud de Lo Que El Viento Se Llevó.

A su regreso a casa, Ximena se lavó en la vieja fuente de la plaza que daba nombre al barrio. Estaba tan feliz que no reclamó de enfrentar con resignación el interrogatorio de su madre que quería saber cómo había sido cada minuto de la película.

—Ah, mamá, todo fue hermoso —dijo ella, sonriendo. —Hay muchos dinosaurios devorando gente.

—¡Avenaría! —Hilda se bendijo a sí misma. —¿Y su primo se portó bien?

—Como un ángel, mamá.

—Gracias a Dios.

Los días siguientes fueron de inesperados y deliciosos descubrimientos para los primos apasionados. Siempre a medianoche, se aventuraban en el patio y en el jardín, cuando todos estaban dormidos y los ansiolíticos de Hilda surtían el efecto deseado, abrumándola por completo. Ximena le permitió a Juan Enrique enseñarle todas las técnicas para domar la impetuosidad de sus hormonas, pero no lo permitió que entrase en su inhóspita y virgen cavernita.

—Déjame ponerlo ahí —él insistía, incansable. —Por favor...

—No, en absoluto —ella resistía con bravura. —Una chica tiene que mantenerse pura hasta la hora del matrimonio. En mi caso, hasta que llegue el momento de convertirme en Miss Universo

—Concurso de miss es una cosa obsoleta —él dijo. —Santabella no es Venezuela, donde eso tiene algún valor.

—Quiero recibir la corona y el cetro con mi virginidad intacta.

—¿No prefieres este otro cetro? —él bromeó, mostrándole el güevo duro y palpitante.

—Me gusta chuparlo —murmuró ella, de forma tímida, empujándolo. —Como se fuera un helado...

—Verás lo bueno que es si me dejas ponerlo dentro de ti...

—Nunca. Ni insistas.

—Tú no me amas —él se quejó.

—Te amo muchísimo —ella dijo. —Pero tú no me amas ni una pizca.

—Yo te adoro, mi princesita...

—Pues, si tú me amas, no insistas en hacer algo que no quiero...
—Sería una prueba de amor —él insistió.
—Ya te di mi respuesta.
—Vuelvo a Cocomiel en dos días...
—Si me amas de verdad, debes esperar hasta que yo me convierta en una Miss...
—Ay, princesa, qué aburrida te pones a veces —él reclamó. —¿No puedes hacer una pequeña concesión a alguien que amas tanto?



En la plataforma de salida de la estación de autobuses, Hilda no ocultó su alivio cuando su hermana Helena puso su última maleta en el maletero de la guagua. Las oraciones al revés y el agua bendita arrojada a los rincones de la casa finalmente mostraron su servicio. Fueron veinticinco días de tormento que casi le llevó Hilda al asilo. Sus reservas morales y financieras estaban a punto de agotarse. Si las vacaciones de Helena y su familia durasen otra semana más, una tragedia podría suceder a cualquier momento, pues Hilda ya estaba a punto de estrangular a uno de ellos para salvar a otro pollo de su gallinero (ahora tan escaso).

—Gracias por la maravillosa estadía, mi hermana —dijo Helena mientras ponía un pie en la puerta de la guagua.

—Vaya con Dios, querida —Hilda aún logró gemir. —Fueron días inolvidables.

—Te extrañaré, cuñado —dijo Jonathan a Antonio Pedro. —Especialmente en los días de juegos de los Tigres del Rey.

—Yo también —gimió Antonio Pedro, forzando una sonrisa y pensando que, por fin, podría poner fuego a la maldita camisa verdosa que había manchado su vestuario durante veinticinco días.

Ximena se acercó a Juan Enrique.

—Nunca te olvides de la temperatura de mi boquita —le susurró al oído.

—No la olvidaré —murmuró él en voz baja.

Por fin, partieron.

Desde la ventanilla del autobús, Helena y Jonathan agitaban pañuelos blancos. Juan Enrique ni siquiera miró de reojo y se cubrió la cara con un magacín sobre reptiles y mamíferos voladores. Ximena sonrió de manera casi impaciente a sus tíos y los saludó con el gesto característico que apenas las diosas de la belleza pueden hacer. Hilda derramó una lágrima al azar, no de tristeza ni de anhelo, sino de alegría. Antonio Pedro solo conseguía pensar en el fuego estupendo que iba a hacer con la camisa odiosa cuando llegase a casa.



Un año después de estas vacaciones, Hilda escribió una carta a Helena donde le confesó que Ximena había intentado suicidarse dos veces. Al principio, se cortó las muñecas con una lámina de afeitar y fue salvada por su padre mientras luchaba sangrientamente bajo la ducha. En el segundo intento, la niña tragó bolitas de veneno para matar roedores y no cantó el manisero

gracias a un vecino que le metió una cuchara en la garganta y le hizo vomitar un líquido amarillo. Debido a estos dos incidentes, Hilda había renunciado a su plan de convertir a su hija en una reina de belleza y estaba tratando de encontrar un lugar en un monasterio de las monjas de Santa Clara. Su objetivo en ese momento era hacer de Ximena una santa. Helena le respondió con otra carta de pocas palabras, donde deseó suerte a su sobrina e informó que Juan Enrique había sido aprobado en el examen de ingreso a la uni. Sería biólogo.

Hilda no pudo hacer que Ximena fuese aceptada en el monasterio. La historia de dos intentos de suicidio aparentemente asustó a la abadesa.

Hilda y Antonio Pedro optaron por dejarla internada en el colegio de las monjas para concluir la secundaria.

Mientras su padre estaba vivo, Ximena siguió los estrictos estándares dictados por su madre. Cuando Antonio pasó de esta para una mejor, víctima de un cáncer, la chica decidió cortar los grilletes y rebelarse. Tenía poco más de dieciocho años cuando se tatuó el escarabajo en el hombro, probó marihuana, perdió su virginidad con un hippie que vendía brazaletes en la plaza, participó en una orgía con dos compañeros de clase, desfiló en la Fiesta del 15 de Julio con una camiseta que decía «libera el cannabis ya» y viajó a la capital para unirse a las feministas que organizaban la Marcha de las Mujeres Libres, donde sostuvo una pancarta púrpura con la frase: «no soy ni monja ni puta, por eso hago lo que quiero con mi coño».

En la demostración de apoyo a León Quesada, El Bandido Guapo, Ximena no era la defensora más abierta, sino la que más llamó la atención de los reporteros, camarógrafos y fotógrafos. Hubo una turba que la aplaudió con entusiasmo cuando ella repitió la frase usada en la Marcha de las Mujeres Libres:

—El coño es mío, por eso hago lo que quiero con él.

Desde la ventana ubicada en el segundo piso del departamento, Héctor continuaba observándola mientras fumaba su Marlboro Light.

En medio de la confusión, la chica de repente trató de quitarse la camisa y mostrárselos sus pechos. Su decisión fue apoyada de forma instantánea por sus amigas y por un grupo de fotógrafos ansiosos por un clic escandaloso.

Ximena empezó a quitarse los pantalones, pero el striptease completo no ocurrió debido a la imprevisible y siniestra aparición de Hilda.

Tenía un crucifijo en la mano izquierda y en la derecha un látigo con clavos y cuchillas afiladas en los extremos.

—¡Fuera del cuerpo de mi hija, espíritu sucio! —ella gritó.

—¿Mamá? —Ximena se sobresaltó, vistiéndose de inmediato.

—¿Cuál es tu nombre, demonio?

—¡Mamá, para con esta locura y vuelve a nuestra casa!

—¡Te enviaré a los cerdos y al fuego del infierno!

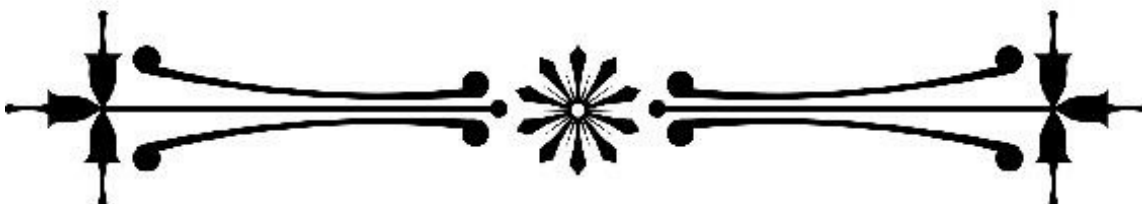
El primer golpe del látigo atingió a los muslos de Ximena y un chorro de sangre salpicó tan fuerte que unas gotas cayeron en el lente de la cámara del fotógrafo que estaba posicionándose más cerca de las dos mujeres para registrar el acto. Los otros golpes se estrellaron contra el vientre, los brazos y el rostro de la chica. Un periodista quiso intervenir y quitar el vergajo de las manos de Hilda, pero alguien le gritó:

—Es su madre, ¡déjala! ¡Ellas se entenderán!

Héctor parecía no creer en lo que veía. Por un momento se quedó impasible. Pero, cuando vio

la condición de la joven, ya cubierta de sangre, él gritó para un grupo de hombres de la Guardia del Ayuntamiento que hacían la seguridad del lugar:

—¡Alguien ayuda a esa chica, si no la vieja la matará!



Se suponía que tanto el cabo Alonso como el soldado Horeb estuviesen en sus respectivas casas, descansados, disfrutando de la tranquilidad doméstica, después de un turno que duró más de doce horas. Los dos habían trabajado duro en la barrera policial que terminó arrojando León Quesada y luego permanecieron en el cuartel de la Guardia para ayudar al Capitán Oliveira con todas las informaciones necesarias al acto de prisión infraganti. Más tarde, siguiendo una solicitud del Capitán Oliveira, ambos tuvieron que integrar la escolta de Quesada al departamento de Policía Nacional, donde se quedaban hasta el momento, sin desayunar de manera decente (habían comido apenas un pan con un cortadito, ofrecido por Sal, nomás).

Al contrario de cuando estaban en la barrera policial, ahora ambos tenían la tarja negra clavada en el bolsillo del uniforme con sus respectivas identificaciones.

El cabo Alonso era espigado, pardusco y su bigote de hecho lo hacía parecer un Freddy Mercury de piel más oscura. Odiaba la comparación y los chistes, pero amaba el bigote. Lo mantenía intacto con mucho costo: a su esposa no le gustaba.

El soldado Horeb era el opuesto de Alonso: estatura esmirriada, piel albugínea como un huevo y ojos de un azul indescriptible, en especial a la luminiscencia de la mañana. Se había unido a la Guardia por puro acaso, jamás por vocación. Amaba el béisbol y deseaba ser pelotero, pero nunca fue aprobado en ningún equipo debido a su altura y también sus piernas torcidas —dos características que fueron responsables por su apodo tremebundo entre los colegas: Rata Blanca.

Había, pues, docenas de agentes de la Policía Nacional enfrente al departamento, pero fueron los dos miembros de la Guardia del Ayuntamiento que rescataron a Ximena de los azotes diabólicos de Hilda.

Alonso y Horeb dominaron la mujer enfurecida, la tiraron al suelo y la quitaron el látigo de las manos. El ataque duró pocos segundos, tiempo suficiente para que Ximena fuese prácticamente cortada en tiras de arriba a abajo.

Hilda, gritando admoniciones contra su hija, fue llevada para casa por dos vecinos. El capitán Héctor pensó en mandar arrestarla, pero su día ya había sido demasiado tumultuoso con la manifestación desenfrenada y el interrogatorio de León. Solucionaría este caso del ataque otro día. La vieja no huiría. Además, parte de los testigos parecían satisfechos con su actitud y reprobaban el comportamiento de la hija. El capitán volvió a repetir para sí mismo que «nada le iba a molestar hoy» y continuó fumando con calma su cigarrillo.

Cuando llegó la ambulancia, el cabo Alonso decidió acompañar a Ximena hasta la unidad de emergencia. Ni siquiera él supo por qué tomó tal esta decisión. Tal vez porque la chica le recordó a alguien, tal vez por pura solidaridad, no lo sabía al cierto.

Ella estaba sangrando mucho. Un corte agudo en su rostro había distorsionado sus rasgos acendrados. Una buena parte del labio superior y la punta de su nariz probablemente se habían fijado en las láminas del látigo. Solo las manos de alguien muy hábil podían arreglar heridas tan profundas, pensó Alonso, mientras ayudaba al rescatista a encontrar la vena en el brazo de la chica para aplicar un suero medicinal.

—Tan bonita —gimió el rescatista, un chico negro con trazos de fisiculturista.

—Sí, de veras —dijo Alonso. —Se parece a una miss.

—¿Qué le pasó? ¿Peleó con su novio?

—No —murmuró Alonso mientras observaba cómo se apagaban los ojos de Ximena. —Ella iba a quitarse la ropa enfrente al departamento de policía y su madre llegó con un látigo.

—¡Alabado!

—Parece que la vieja estaba poseída por el demonio —Alonso tartamudeó e hizo la señal de la cruz tres veces. —Este mundo está desenfrenado...

—¿Escuchaste ayer la Radio Tribuna? —preguntó el rescatista, pero antes que Alonso dijese algo, él continuó hablando. —Monseñor Nicolás Cardona dijo que todos los cristianos deben prepararse para el juicio final. Según él, el Apocalipsis puede suceder a cualquier momento.

—¿Crees en eso de verdad?

—Está en la Biblia. El pastor Fidel Torres también dijo la misma cosa que el monseñor: que Dios va a dar un fin a todos los seres humanos en breve.

—¿Eres católico o pentecostal?

—No soy ni uno ni otro, pero a veces voy a la iglesia para acompañar la misa. A mí me gusta de verdad tocar bongó en las fiestas de la Casa Sagrada Rey de los Reyes. ¿Conoces a María de Ojalá?

—Sí, claro.

—Es mi tía abuela.

—¿En serio?

—Sí. ¿Oíste lo que ella dijo ayer en la entrevista a Jota-Jota Hernández, en la Radio Comunitaria?

—No escucho ese tipo de programa, no me gusta.

—Mi tía reveló a Jota-Jota que había tenido una visión de ángeles bañándose en una laguna de sangre aquí en Ludovica, pero él no le creyó. Intentó hacer broma con las previsiones. Es un imbécil. Mira el caso de esa chica, la captura de un asesino en serie, las muchas muertes que ocurrieron en las últimas horas, asesinatos, ahogamientos, suicidios, nunca había ocurrido tantos

casos violentos en tan poco tiempo... ¿No te parece el principio del fin?

—Son coincidencias, nomás.

—¿No te parece que el diablo bajó en la tierra?

—¡Avermaría! Mejor cambiar de asunto...

El negro se calló y centró su atención en la respiración y las pulsaciones cardiacas de Ximena.

La ambulancia logró llegar a la unidad de emergencia en quince minutos. Dos paramédicos sacaron a la chica de la camilla en el vehículo y desaparecieron con ella a través de los pasillos del centro médico. Alonso la acompañó hasta la entrada de la sala de operaciones, pero desde allí ya no podía seguirla. Volvió a la recepción para despedirse del rescatista. Su nombre era Pierre Louis —un nombre francófono que le revelaba las raíces haitianas.

Pierre apretó con vigor la mano de Alonso, entró en la ambulancia y partió.

Alonso se sentó en una silla de la recepción y apoyó la cabeza entre las rodillas. Ni siquiera era mediodía y ya estaba agotado. «Qué día tan loco», pensó.

Miró alrededor de la sala donde estaba. Los olores de sangre, alcohol y lejía, mezclados con heces y orina de un evacuatorio, se le parecieron conocidos. Finalmente Alonso descubrió que había estado allí antes como paciente. Hace algún tiempo, pero aún se acordaba cómo había sido. ¿Cómo olvidar aquel día?

Tenía veintitantos años y era un recién llegado a la Guardia del Ayuntamiento. Ya se había dado cuenta que su nueva realidad le imponía ciertos grilletes sociales, pero nunca había imaginado que el uniforme verde oliva le haría abdicar de las alegrías del Carnaval.

En su primer año como soldado, sin embargo, Alonso ha ideado varias estrategias para no apartarse de la fiesta de carnaval, porque estaba acostumbrado a holgazanear por cuatro días seguidos desde que era un chiquillo. Pero, justo en el período de la folía, él fue convocado para presentarse de servicio en la estación de radio de la Guardería. La solución encontrada le costó caro: tuvo que pagar el doble a un amigo para reemplazarlo. Desembolsó el importe sin arrepentimiento y cayó en la gandulería.

El sábado de carnaval acontecía una tradición que ya duraba décadas en Ludovica: era el desfile de Las Chicas Vírgenes, cuando los hombres vestían ropas de mujer y las mujeres vestían ropas de hombre. Alonso se puso su peluca color caoba, sus zapatos de tacones altos, su vestido bordado de lentejuelas y sus bragas con rositas. Era alto y delgado, con hombros anchos y piernas gruesas, pero se veía chévere cuando estaba vestido como mujer.

Ya pasaban de las once de la noche. Alonso había perdido la cuenta de cuántas botellas de vodka, wiski y ron había ingerido durante el desfile. De repente se sintió un poco mareado. Luego tuvo la sensación que el mundo daba vueltas en la velocidad de un tiovivo. Intentó dar un paso adelante, siguiendo el ritmo de una salsa que tocaba en algún lugar, pero las piernas temblaron y el inmenso cuerpo travestido de RuPaul se estrelló contra el pavimento de la Plaza del Chafariz. Coma alcohólico.

Cuando la camilla pasó por la recepción de la unidad de emergencia —el mismo lugar en que él estaba sentado ahora —, los enfermos y las enfermeras se sobresaltaron ante la figura de vestido bordado de lentejuelas, bragas floreadas, calcetines transparentes, sujetador de seda negra, labios manchados de lápiz labial rojo y un montón de bisuterías en su cuello y brazos. Alonso no vio casi nada. Solo una niebla blanca y unas pocas luces borrosas pasando ante su visión. No vio, pero escuchó cuando alguien se acercó a la sala de emergencias para hablar con el médico y los enfermeros.

—¿Eres de la familia? —el doctor le preguntó.

—Soy amigo.

—Por favor, ayúdame a quitarle la ropa.

Alonso sintió cuando le quitaron el vestido, el corpiño, las bisuterías y le aplicaban la solución isotónica en sus venas. Poco a poco, a glucosa empezó a recuperarle los sentidos. Aun así la visión era borrosa, brumosa, y él mal podía distinguir algunas siluetas pálidas. Se dio cuenta de que el sujeto que decía ser su amigo continuaba parado allí, sentado en una silla en un rincón de la sala de emergencia.

—¿Fuiste tú quien me ayudaste? —le preguntó Alonso.

—Sí —respondió la figura.

—Gracias.

—De nada —él murmuró. —Me quedaré aquí hasta que te sientas mejor.

Alonso se durmió de nuevo. Soñó que trabajaba como salvavidas en una playa de Cocomiel y estaba en su puesto en lo alto de la torre de madera. Miraba al mar. Se cubrió los ojos con una de las manos para suavizar el resplandor azul plateado y avistó un punto negro cerca del horizonte. Quizás fuese un barco o una balsa de pescadores acercándose a la orilla. No vio nada que pudiese ahogarse. La inmensidad ondulante lo fatigó poco a poco y lo envolvió con su tristeza. Era pasado el mediodía. De repente él vio la nube: una enorme nube negra, que venía de la nada, se acercaba velozmente y, en segundos, envolvió los quioscos y tiendas de la playa y todo se oscureció a su alrededor. Alonso percibió que el sol había desaparecido. El mar se enojó y espoleó las olas ciclópeas que invadieron la arena y luego cubrieron las tiendas y las aceras de lama, algas y peces muertos. Alonso vio un tiburón y una raya rebotando en medio del asfalto. Los vientos provenientes de todas las direcciones se concentraron en la barra del río y poco después crearon un remolino que fue arrastrando arbustos y cocoteros, destruyendo bancos de arena y dunas, envolviendo las balizas de la marina y los faros flotantes. Las personas y los animales fueron arrastrados hacia el ciclón y se arremolinaron en el aire como hojas de palma deshilachadas.

Cuando una fuerza abrumadora estaba a punto de sacar a Alonso de su puesto de salvavidas, él se despertó. Abrió los ojos.

La figura aún quedaba allí, pero ahora el cabo podría definirla mejor. Era un chico oscuro. No demasiado bajo. Pelo rizado. Solo consiguió definir eso. La vista aún estaba borrosa.

—Mi nombre es Alonso —dijo de forma torpe. —No me juzgues mal. Me visto así en el carnaval...

—Yo sé quién eres —el desconocido dijo. —Has sido aceptado en la Guardia de la ciudad hace poquísimo tiempo.

Alonso se miró a sí mismo, se pasó una de las manos por el cuerpo y se dio cuenta de que estaba semidesnudo, y que habían le dejado apenas con sus bragas.

—No me violaste, ¿verdad? —Alonso sonrió.

—No, pero me dieron ganas —respondió la figura con una carcajada.

Media hora después de haber despertado, Alonso ya se sentía listo para continuar disfrutando de la fiesta. Se levantó de la cama, pidió la peluca, los pendientes, la bolsa, los zapatos...

—¿Que zapatos? —le preguntó el misterioso chico.

—Antes de desmayarme, yo estaba usando zapatos de tacones altos. ¿No los viste?

No, el chico no los había visto. Alonso estaba tan desconcertado que no se dio cuenta de que no había preguntado el nombre del supuesto amigo. Cuando iba a hacer eso, el médico llegó para analizarlo. Se extrajo el suero de su brazo, midió la presión arterial, palpó su estómago y le presentó el diagnóstico:

— Nada en serio. Apenas bebiste más alcohol de lo que tu cuerpo puede soportar —dijo y se volvió a una enfermera que se quedaba al lado. —Puedes liberarlo ahora.

Alonso salió de la unidad de emergencia y aceptó la invitación para tomar unas cervecitas en la casa de su nuevo amigo en los costados de Mata-Mata. El lugar era un cuchitril. Había agua de platos sucios por todas partes debido a un problema en el fregadero. Tan pronto como llegó, Alonso le pidió al amigo para usar el baño y tomar una ducha rápida.

El amigo se quedó en la sala, puso un compact disc para tocar en el equipo estereofónico y preparó dos dosis de cuba libre. No había cervezas en la heladera.

Alonso salió del baño sintiéndose remozado, perfumado y lleno de energías. Se puso su peluca color caoba y recuperó los trazos de RuPaul. Sacó una copa de ron con Coca de las manos del amigo desconocido y empezó a bailar por la sala.

Después de la octava copa de ron, fue Alonso quien tomó la iniciativa de invitarlo a bailar juntos:

—¡Ven!

El desconocido tomó a Alonso por la cintura y ambos bailaron en la sala por horas y horas, al ritmo de salsas y mambos, rostro a rostro, polla con polla.

Alonso una vez más no preguntó el nombre de su salvador.

Cuando miércoles de cenizas llegó, poniendo fin al carnaval, el desconocido desapareció, RuPaul dejó de existir y Alonso regresó a su vida cotidiana, volviéndose a las ocupaciones como soldado de la Guarda del Ayuntamiento. En la parte posterior de algún armario antiguo, se escondía la fantasía inolvidable y la peluca color caoba.

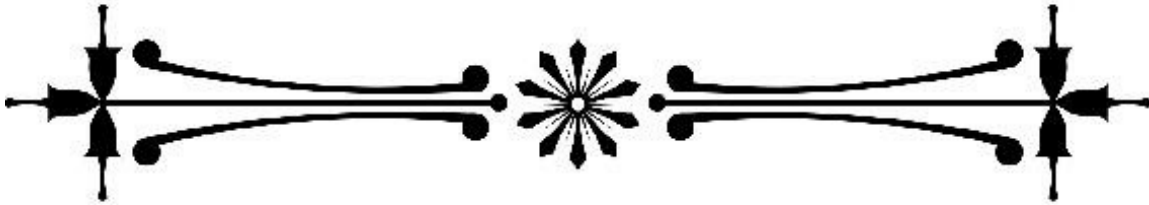
Alonso nunca supo quién era el extraño y nunca lo volvió a ver.



Ahora, sentado en la recepción de la unidad de emergencia, ebrio por cuenta del olor de sangre, alcohol y lejía, Alonso sintió un inexplicable anhelo por aquellos tiempos que nunca más volverían. Dos años después de ese carnaval, se casó con una chica que era hija de un teniente jubilado del Ejército y enterró sus sueños de momo para siempre.

Sus recordaciones fueron interrumpidas por la voz del médico que acababa de salir de la sala de cirugía. Era muy joven, tal vez recién graduado.

—La chica sobrevivirá —él dijo. —Pero nunca volverá a ser la misma.



Tom Contreras recorrió a todas las ferreterías, anticuarios, librerías de viejos y baratillos existentes en Vila del Conde, Plaza del Chafariz y Ciudad Vieja. Dondequiera que la gente indicaba que había una tienda que vendía o compraba antigüedades él iba a la puerta. También visitó un mercadillo en la acera detrás de la catedral. En ninguno de estos lugares le hicieron una propuesta para comprar los tesoros que llevaba en la enorme bolsa negra. Alrededor de las once, hambriento y desolado, fue a una cafetería a tomar un café y comer algo. Del valor del caché que había recibido de Bell Bala, en la noche anterior, se había separado lo suficiente para pedir un cortadito y algunas tortillas, nomás. Se sentó en una de las mesas, consultó el menú y se sorprendió con los precios. Se quedó un rato mirando la carta y decidió buscar otro lugar más barato. Cuando estaba a punto de irse, vio que una chica alta y delgada entraba a toda prisa en la cafetería. Su olor a almizcle y canela pronto se extendió por todo el lugar. Usaba una túnica indiana de muchos colores, tenía una enorme bolsa colgada en el hombro y una enorme cantidad de joyas en sus brazos. Tom se sorprendió cuando se dio cuenta de que ella estaba caminando hacia él.

—Hola —dijo ella y le ofreció la mano para un cumplimento. —¿Cómo estás?

—Hola —respondió Tom, un poco sorprendido. —Aquí me voy, mirando y dejando.

—¿Eres el hombre de los discos? —ella preguntó.

—Sí —él sonrió. —Soy el hombre de los discos.

—¿Puedo verlos?

—Están aquí...

Los ojitos de la mujer relucieron. Sacó una silla y se sentó a la mesa mientras Tom ponía la bolsa negra en su regazo para mostrarle los objetos. Además de alta y delgada, también era muy delicada. Se movía con gracia asombrosa, cosa no muy común en Ludovica. Sacó una tarjeta

dorada de su cartera con su nombre y número de teléfono.

—Mi nombre es Carmen Montoya —dijo. —Soy anticuaria y estoy casada con el museólogo Amaro Medina.

—Bien, pienso que tengo cositas que pueden interesarles —murmuró Tom, recibiendo la tarjeta. Era la primera vez que él escuchaba tales nombres, pero fingió saber quiénes eran. —Soy Tom Contreras, cantautor.

—Una amiga que tiene un baratillo me llamó y me dijo que un hombre le había ofrecido unos discos, pero ella no pudo comprarlos... Estoy loca para verlos.

—Están en sus manos —murmuró Tom, aun intentando entender el real interés de la mujer en sus objetos. —Míralos, por favor.

Ella mostró una sonrisa aún más amplia mientras miraba los marcos con los pequeños círculos de oro y plata, con placas que indicaban el número de copias vendidas y el nombre de la compañía discográfica Bella Rosa.

—Mi esposo es un gran coleccionista de objetos sobre música de los años setenta y ochenta —dijo mientras sostenía los dorados objetos que Tom le entregó. —Estamos construyendo una colección para un futuro museo.

—Gané muchos premios e recibí muchos trofeos, como este aquí...

Del interior de la bolsa negra Tom sacó una pequeña escultura en formato de cuerno, hecho de metal dorado y sostenido por una base de madera. Un cartel en la parte inferior decía: «Cantante Revelación de Música Romántica, Cocomiel, Santabella, año 1976, por la canción No Sé Si Voy O Se Me Quedo Contigo».

La mujer, boquiabierta, sostenía la pieza como un diamante. Pero sus ojos se abrieron aún más cuando Tom le mostró el trofeo de subcampeón del Festival OTI de la Canción, en 1977, cuyo vencedor fue Eduardo González (de Nicaragua) con la canción Quincho Barrilete.^[72]

—Es el premio más grande de mi vida —dijo Tom, casi llorando. —No vencí porque el sistema de votación era demasiado dudoso y corruptible.

—¿Por qué los estás vendiendo? —preguntó ella, aunque estuviese casi segura de los motivos.

—Todo eso me une a un pasado que ya no existe —él dijo. —Ya no tengo fuerzas para arrastrar tantos recuerdos conmigo. Me cuestan un precio que no puedo más pagar.

—¿Cuánto quieres?

—¿Por todo?

—Sí, por todo.

Él vaciló por un rato. No había pensado en eso. Sus necesidades eran tan urgentes que no se había detenido a calcular el precio de los objetos. De hecho, estaba dispuesto a venderlos por cualquier pequeñez; pero ahora que aparecía un comprador que podía ofrecer un poco más, no sabía cuánto pedir. Arriesgó una conjetura:

—¿Treinta mil pesos?

—Puedo pagar veintiocho —la mujer propuso, sin tartamudeos. —Veinte mil en efectivo ahora y ocho en cheque que tú puedes sacar hoy.

Tom no pensó dos veces:

—Trato hecho.

Ni Carmen ni Tom se habían dado cuenta que la exhibición y la negociación de los objetos habían despertado la curiosidad de los clientes de la cafetería. Algunos aplaudieron cuando se cerró el trato.

Carmen agradeció los aplausos y sonrió de forma graciosa. Estaba muy feliz y no podía esperar a llamar a su esposo en Cocomiel para contarle las espectaculares noticias. De hecho, cuando la amiga le llamó y le informó que un cantante fracasado estaba caminando de puerta en puerta para vender sus discos de oro, Carmen salió de su casa decidida a encontrar a este hombre. Había logrado mucho más de lo que había imaginado.

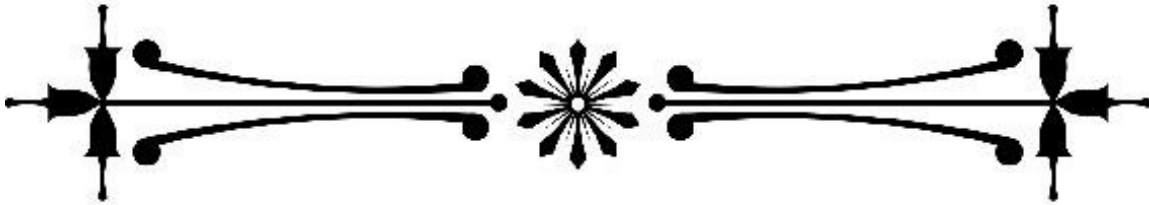
Tom tampoco pudo contenerse de tamaña felicidad. La venta superó todas sus expectativas. Se habría sentido complacido si hubiese vendido uno u otro objeto y obtenido tal vez mil quinientos pesos para pagar las deudas. Pero, ahora, con veintiocho mil pesos en el bolsillo, casi mil dólares, iba a emprender su plan.

Carmen realizó el pago tal como estaba dispuesto allí mismo en la mesa del comedor, veinte mil en efectivo ahora y ocho en cheque, y luego redactó un recibo que Tom Contreras firmó sin parpadear. La mujer estaba tan segura de que tendría éxito en su esfuerzo que ya había traído un documento listo de casa.

Tom y Carmen tomaron un café con tortillas para celebrar el negocio y se despidieron con palabras y gestos lacónicos.

Media hora más tarde, el cantante ya estaba en el balcón de la agencia bancaria para sacar el cheque. Al salir del banco, tomó un taxi y se dirigió a Vila del Destierro, guarida de todo tipo de malhechores, donde incluso la policía evitaba visitar. Tratándose de índices de violencia, la Vila del Destierro era campeona indiscutible, poniéndose frente a lugares como Mata-Mata e Nido del Buitre.

Allí, por supuesto, Tom encontraría lo que necesitaba para cerrar su día.



El capitán Héctor fue otra vez al baño del pasillo, repitió su mantra, se salpicó el pelo para intentar eliminar el terrible olor de aguacate y regresó a la habitación donde León Quesada se reía sin vergüenza ni apuro, pareciendo burlarse de todos.

Sebas se puso a fumar contra la ventana y esperó con tranquilidad las órdenes de su jefe.

Los abogados Casio y Cairo poco interfirieron en el interrogatorio. En verdad, estaban más preocupados por la cantidad de «me gusta» y visualizaciones que sus fotos al lado de Quesada habían obtenido en las redes sociales.

El capitán firmó una pila de papeles y anunció que el interrogatorio había terminado. Ordenó a dos agentes que volviesen León a la cárcel.

—Si los señores abogados lo desean, pueden platicar con su cliente en privado —él dijo.

Revolvió Casio los ojos. Cairo suspiró hondo. De hecho, eso era todo lo que más querían los gemelos: la oportunidad de obtener más fotos exclusivas con el Bandito Guapo.

La multitud enloquecida no había dejado la puerta del departamento y de las calles adyacentes. Por eso, Héctor y Sebas no fueron al patio para fumar bajo el guayabo de Jesús Pérez.

A través de la ventana, Sebas observó el veterano agente paseando de un lado a otro en el patio, como un perro guardián, para que nadie saltase por encima del muro y dañase sus plantas.

—¿Qué vas a hacer? —Sebas le preguntó a Héctor. —Están desesperados los reporteros por una entrevista.

—Con estos buitres no voy a hablar ahora —dijo el capitán. —Voy a esperar que los forenses me envíen el informe sobre la muerte del actor.

—A mí no me parece que ellos quieran saber algo sobre Pedro Maldonado —Sebas dijo. —Están interesados en el Bandito Guapo.

—Voy a hablar sobre los dos casos —el capitán dijo. Después dio una pitada en su cigarro,

entrecerró los ojos y expelió el humo sin urgencia. —Así les digo todo lo que quieren de una sola vez.

—Parece que tienes muchas revelaciones sobre el caso Maldonado— comentó Sebas.

—Conjeturas —murmuró Héctor. —Apenas eso. Espero obtener pruebas concretas a lo largo del día.

—¿Terminaste de leer el libro? —Sebas preguntó, mostrando genuino interés.

—No —murmuró, con el rostro encubierto por una nube de humo que se había formado entre ellos. —Pero he descubierto muchas cosas interesantes.

—Dame un ejemplo —le pidió el escribano, intentando convencerse de la importancia de lo que decía el jefe.

—Pedro tenía muchos enemigos y puso casi todos en su libro, a menudo que iba exponiéndolos en situaciones embarazosas. ¿Quieres un ejemplo? Dice que tuvo un romance con un reportero de la Voz del Pueblo, el mismo que lo denunció por tráfico y prostitución.

—Discúlpame jefe, pero eso no es novedad —se burló el escribano. —Incluso él abordó el asunto en la entrevista que leímos ayer.

—Hay más—dijo Héctor, sintiéndose un poco molesto por el desdén de Sebas. —Dice que cuando era adolescente, fue abusado por varios sacerdotes que lesionaban en el colegio del obispo.

—Eso es bueno —murmuró Sebas, dio una calada al cigarrillo y sonrió. —Sacerdotes pedófilos y homicidas. Difícil es que alguno de ellos siga vivo hoy. Recuérdate que esto debe haber ocurrido hace cincuenta años...

Sebas tenía razón. Por un momento el capitán se sintió avergonzado. No había prestado atención a este detalle. Le estaba dando importancia a un hecho que sucedió hace décadas. Cuando leyó este pasaje en el libro, imaginó que fuese algo interesante y lo destacó. Pero ahora, ante el comentario de Sebas, se sentía un poco ridículo. La burla del escribano, aunque disfrazada, le molestaba.

—Es posible que sea una tontería, pero no puedo descartar nada. Los sacerdotes deben estar muertos, pero la institución a la que pertenecían todavía está viva. De cualquier manera, uno de ellos sigue vivísimo: monseñor Cardona.

—La lectura del libro al menos le dio más detalles sobre el comportamiento controvertido de la víctima—comentó Sebas, tratando de suavizar la impresión de que se estaba burlando de las conjeturas del jefe.

—Levanté diez puntos que quiero profundizar sobre la muerte de Pedro Maldonado. Este episodio de los sacerdotes es solo uno de ellos, quizás el más insignificante.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero tener una reunión ahora y distribuir las tareas a los investigadores. Vamos a hacer un maratón para reunir la mayor cantidad de informaciones posibles.

—¿Ahora?"

—Sí, ahorita.

—Ok. Voy a convocar a todos —dijo Sebas y se fue.

El capitán se había puesto a fumar otro cigarrillo. Miró una vez más a los fotógrafos y camarógrafos colgados de los árboles y otros que se equilibraban en las crestas de las casas. ¿Qué demonios estaban pasando en la cabeza de toda esa gente? —se preguntó de nuevo con sus botones. Rememoró una película que había visto hacía algún tiempo y que le gustaba mucho. Se llamaba The King of Comedy, dirigida por Martin Scorsese, estrellada por Jerry Lewis y Robert

de Niro. Lewis representaba un presentador de televisión que había sido secuestrado por un actor principiante (de Niro). A pesar del título, había pocas escenas cómicas. Era, en verdad, una parábola sobre la relación del público con sus ídolos y la necesidad de notoriedad que tiraniza algunas personas. Héctor recordó que había visto la película a principios de la década de ochenta y nunca sospechó que fuese tan actual después de casi treinta años.



Al cabo de quince minutos Sebas volvió a la sala, trayendo consigo los ocho agentes que estaban disponibles en aquella mañana. Ni Jesús Pérez (que era dispensado del servicio de investigación y solo cuidaba del huerto y de quehaceres menores) ni Salma Palacios (que trabajaba más como una especie de secretaria administrativa y manejaba el funcionamiento burocrático del departamento) quedaron fuera de la reunión. Algunos se pusieron de pie, apoyados en las paredes y bargeños viejos, porque no había asientos para todos en la sala.

El capitán Héctor empezó la reunión diciendo que la prensa tendría sus cámaras y lentes dirigidas al DPN (sigla del departamento) en los próximos días y que, por lo tanto, tenía prisa por dar una respuesta a estos dos casos de gran repercusión: la muerte del actor Pedro Maldonado y el arresto de León Quesada, supuesto asesino en serie. Héctor subrayó bien la palabra «supuesto», pues que no le creía en todo que había escuchado en el interrogatorio. Subrayó también, de pronto, que no veía ninguna relación entre los dos casos, pero no descartaba ninguna hipótesis en las investigaciones.

Sobre el caso de Pedro Maldonado, Héctor dijo que quería la cooperación de todos los agentes.

—Hice una lista con algunos puntos sobre la muerte de Pedro —él dijo— y quería compartírselos con todos para que puedan aconsejarme y ayudarme en la búsqueda de respuestas.

A partir de entonces, Héctor distribuyó las tareas: Jesús Pérez, el más añejo del equipo, se quedó responsable por investigar la identidad de Jota, con quien Maldonado tuvo una relación amorosa y a quien dedicó su libro. Héctor quería determinar con exactitud qué era leyenda, qué era patraña y qué era verdad a lo largo de esta historia, o donde comenzaba la ficción popular y terminaba la veracidad, o viceversa. Además, Ludovica quizás era la ciudad que tenía la más grande cantidad de personalidades cuyo nombre comenzaba con la letra jota o que tenía un apodo que se refería a esta letra.

Sal ganó la misión de averiguar tres puntos: quién era el reportero de La Voz del Pueblo, en 1981, que atacaba Pedro de proxeneta y traficante; quién era el juez que cerró las puertas de la Madriguera Veinticuatro; y quién era el político que interfirió en el proceso.

El grandullón Fabián Pizarro abrió una risa salvaje cuando recibió su misión, también tresdoble: ver quién interpretaba a los personajes Tío Giro y Capitán Bubo en el primer montaje de Niño, en 1955; identificar y citar a los actores principales en el elenco de Yo Soy Ella; y, por último, visitar a los comerciantes de la Ciudad Vieja, especialmente en las inmediaciones de la salsoteca donde el actor se reunió con el hipotético asesino, para averiguar cuál de ellos tenía cámaras de vigilancia instaladas en las tiendas y aceras que podrían haber registrado imágenes del encuentro.

Pizarro—cuyo apodo dado por sus colegas era Pizza, una referencia a su tamaño y su andar

paticojo—iría a campo con otros cuatro agentes.

Cirilo Lozada recibió la misión más frívola (y, en la opinión de Sebas, la más inútil): visitar el colegio del obispo, recoger el registro estudiantil del actor, fotografiar la placa de bronce con la clase final de 1954 y saber quién eran las personas cuyos nombres se quedaban gravados allí.

Desde su rincón, Sebas se burlaba de la misión dada a Cirilo Lozada. ¿Cuál era el uso de dicha información para la investigación?

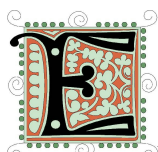
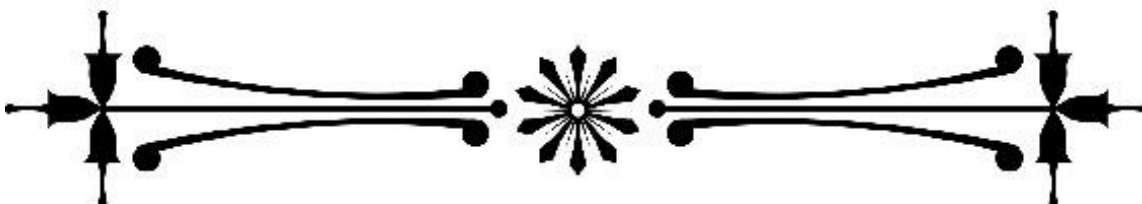
Cuando Héctor estaba listo para rematar la reunión, Fabián Pizarro se levantó para hacer una pregunta:

—¿Quién va a investigar las fotos de los chicos desnudos, capitán?

La pregunta hizo reír a los demás.

—No te preocupes, Pizza, tendrás acceso al álbum —dijo Héctor y también se rio, siguiendo la risa general. —Pero primero pasará por una investigación dirigida por Sebas y yo.

—Esa debería haber sido mi misión —dijo Sal, riéndose mucho. —Pero he visto que tendré que disputar el privilegio con Pizza y Sebas.



En los tiempos de gloria, cuando podía nadar en ríos de dinero, Tom Contreras había sido un coleccionista dedicado de armas. Tenía la autorización del Ejército e de la Policía Nacional para comprar todos los calibres y modelos que quisiera. Era por demás chévere tener un revólver en la cintura y un wíchester colgado en la pared. En su casa de Cocomiel tuvo varios. Cuando vivía en Miami, compró una metralleta que había pertenecido a un amigo israelí.

Cuando se hizo sin pito y sin flauta, tirado en la cuneta, hecho un don nadie, después de la bancarrota de 1998, se resistió a vender sus gemas. Pero no tenía otra alternativa: la situación de extrema miseria lo obligó a deshacerse, una por una, de las piezas de su increíble colección.

Ahora, en el taxi que lo llevaba de regreso a la pensión de Pilar, la antigua fascinación de coleccionista volvía a su mente, aunque los juguetes que había comprado en Villa del Destierro ni de lejos se asemejaban a los que un día ya tuvo en las paredes de su casa en Cocomiel.

El tipo con el que Tom hizo negocio era un hijoputa muy pícaro, con cara de malas pulgas. Primero, se le mostró un fusil bastante oxidado, pensando que estaba negociando con un imbécil que no entendía del tema. Tom tuvo que mostrarle cómo se manejaba una ametralladora con dignidad. Así, consciente de que estaba frente a un experto, el contrabandista se le mostró su verdadero tesoro. Tom sacó las dos mejores piezas, aunque para eso dejó casi todo su dinero en las manos del chambón. Aun así, Tom no estaba ni descontento ni decepcionado. Por el contrario, su corazón parecía revivir viejas emociones mientras sus manos acariciaban aquellas piezas ocultas en la bolsa negra que llevaba en su regazo.

El taxista lo miró de modo sospechoso a través del espejo retrovisor. Quizás conjeturase que Tom no tenía dinero para pagarle la cuenta. La desconfianza era comprensible dada la calle sucia donde el viejo subió al coche. No era común tener santos o ángeles deambulando por los callejones de la Villa del Destierro ni de noche ni de día.

Tom sonrió al pensar en la desconfianza del hombre, pero estaba tranquilo: aún tenía algo de dinero. Había ahorrado algunos pesos para pagar sus deudas de la pensión y comprar alimentos para hoy. También para pagar el taxi, por supuesto.

El vehículo dejó a Tom frente al caserón de dos pisos y frontispicio verdoso. Imposible no identificar el establecimiento de Pilar desde muy lejos: era el único edificio de ese color en todo el vecindario. Tom bajó del taxi, se desperezó un poco, pagó al conductor y entró rápidamente.

Pilar, como de costumbre, estaba de guardia en la recepción mientras leía y escribía. Después del escándalo que protagonizó (y de la caída brutal del número de huéspedes, consecuencia lógica del ruidoso caso), ella había despedido casi todos de su equipo y asumido algunas tareas. De hecho, todo el trabajo de la casa estaba a cargo de cuatro personas: Pilar (recepción y administración financiera), María de Lourdes (cocina y despensa), Benedicta (asistente de cocina y limpieza) y Sonia (mucama y lavandera). Todas, excepto Pilar, vivían en las habitaciones que existían al fondo del huerto.

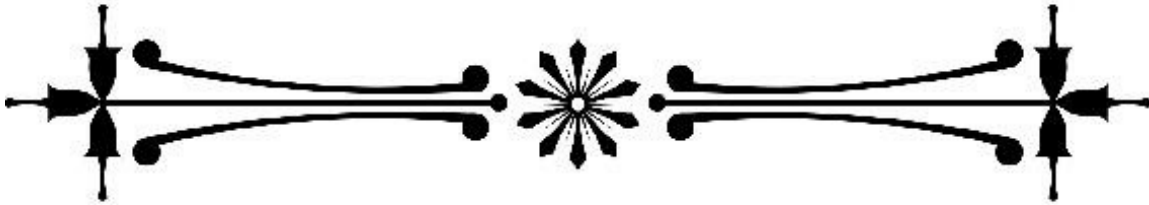
Cuando abrió la puerta para Tom y vio que la bolsa negra aún estaba llena, Pilar supuso que el cantante no había logrado vender sus discos de oro.

—¿No vendiste nada? —ella preguntó con consternación.

—Vendí uno —dijo él y luego metió la mano en el bolsillo y sacó algunos billetes de cien pesos. —Pero es suficiente para pagar mi deuda en la cocina. Dile a doña María de Lourdes que le pido mil excusas por la demora.

—No te preocupes por eso. Lourdes es inflexible en el control de las cuentas, pero no es una musaraña indomable.

—Entiendo —él dijo y subió a su habitación.



Sebas caminó hasta la mesa donde había dejado el álbum encontrado en el apartamento de Maldonado. Estaba ansioso por poder mostrarlo a Héctor con las comparaciones que había hecho entre las fotos de los chicos desnudos y semidesnudos y los perfiles que ilustraban otro álbum: el de sospechosos de la PN. Había descubierto un montón de curiosos casos en la noche.

—Algunos de los clientes y amantes de Mercado —dijo a Héctor —son nuestros viejos conocidos.

—¿En serio? —murmuró el capitán y se sirvió una taza de café.

Sebas tomó las dos primeras fotos que había emparejado.

—Mira a este chico con cabello castaño rojizo que aparece desnudo en el sofá del apartamento de Mercado —el escribano mostró una foto en blanco y negro de un joven con veintipocos años, tallado, airoso, ojitos claros y almendrados, con un hermoso tatuaje de escorpión en el hombro. — Es el mismo que en nuestro álbum se llama Avelino Fernández, de apodo Ave Todo-Hueso, que ya ha cumplido condena por robo, posesión ilegal de armas y tráfico de drogas.

Héctor tomó las dos fotos y las comparó por un santiamén. Luego asintió con un breve puchero, lo que Sebas interpretó que él estaba de acuerdo con las similitudes. Tiró las fotos al cajón.

—Este —Sebas le mostró una imagen de un joven atezado, membrudo y espigado, con pelo estilo de los años setenta y orejeras anchas, sentado en el alféizar de una ventana, sosteniendo una cerveza, obviamente desnudo, pero con las partes íntimas cubiertas por una toalla —parece ser Luisito Asaltacunas, un ratero diplomado que frecuenta las tiendas de la Ciudad Vieja.

Héctor sostuvo ambas fotos en sus manos: en el álbum de Maldonado, el crío se mostraba sonriente y provocativo con su enorme pelambrera; ya en el álbum de la policía, era un arrapiezo de rostro barbilampiño y ojos muy abiertos, como si hubiese visto algo sobrenatural.

—A pesar de las disconformidades— el capitán murmuró, —las fotos parecen ser de la misma

persona.

—Este otro —Sebas le mostró la foto de un chaval de piel soleada, cara zamborotuda y ojitos de chino, que estaba posado con un aire muy sensual frente a un espejo —quizás sea el rey de la rapiña en los barrios de antaño, Leonardo Meléndez, también conocido como Leo Pepe. Pasó tres meses detenido en el hogar para delincuentes juveniles de Cocomiel y huyó.

—Lo recuerdo —dijo Héctor mientras analizaba las dos imágenes.

—Ya este rubio aquí —Sebas tomó la foto de un muchacho con ojos de color verdinegro...

—Espera —el capitán le interrumpió.

—¿Qué?

—¿Qué foto es aquella?

—¿Cuál?

—Esta...

Era la foto en color magenta que había sido separada de las demás y colocada en posición vertical, apoyada por una grapadora en la mesa.

—No me recuerdo de haberla tomado del álbum —informó Sebas —o ponerla allí.

El chico era cíclope, con aspecto de luchador de artes marciales. Estaba desnudo, acostado en la cama, abrazado a un oso de peluche blanquito, riéndose con un con un aire deslenguado.

Era imposible para los dos hombres no notar el detalle siniestro en la imagen: un círculo rojo alrededor de la cara del chacho.

—¿Qué es eso? ¿Tinta?

Sebas acercó la fotografía a sus nupias y olfateó ligeramente.

—No —murmuró enseguida. —Esto parecer ser sangre coagulada.

Los ojos de Héctor se ensancharon. Una imagen actual y familiar comenzó a dibujarse en su mente. Tomó la foto con manos temblorosas.

—No puedo creerlo —suspiró.

—¿Qué pasa?

—Lo conozco.

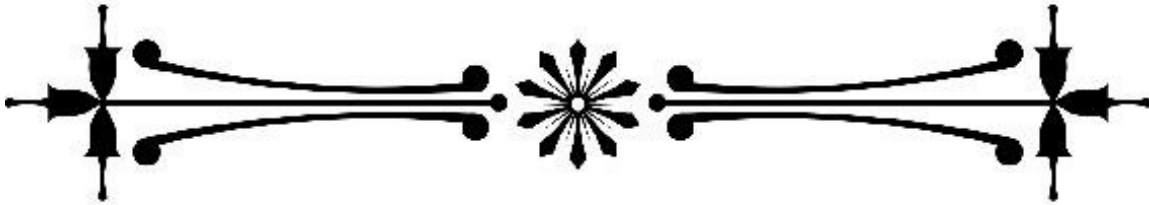
—¿De dónde?

—No me acuerdo, pero estoy seguro de que lo conozco.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, pero lo descubriré.

Un escalofrío invadió el corazón de Héctor. Pensó de inmediato: «el conejo estaba en mis manos y lo dejé escapar».



Baena rebotó en su casa, sintiéndose agraciada como una Pavlova girando en el aire. Al pasar por la sala amplia, su pequeño y veloz paso casi evolucionó a un rond de jambé. No es de extrañarse: los primeros exámenes dijeron que ella se veía muy bien. Ni siquiera las secuelas del cigarrillo aparecían en las radiografías pulmonares —solo unos borroncitos negros de nada, tiznes banales aquí y allá. Era una dádiva divina. En el camino de regreso, tuvo la idea de someterse a una nueva aplicación de bótox, cosita rápida. Si el motor estaba en buenas condiciones, nada le impedía cuidar un poco de la carrocería.

—¡Ada! Ya llegué.

La chica apareció en la sala, derritiéndose en lágrimas.

—¿Qué sucedió?

—Él se fue.

—¿Jeison?

—Sí.

—¿Cómo?

—Yo no vi nada. Cuando lo busqué, se había ido.

El entusiasmo de Baena cambió de miel a hiel en un santiamén. Y en una reacción sorprendente, como si tuviese un dispositivo incorporado en su cerebro que acusaba la realización de estafas, ella acorraló a la doncella.

—¿Estuvo mi hijo aquí?

—¿El capitán? —la voz de Ada tembló y una tortilla invisible se formó en su lengua. —No, no, señora.

—¡Él estuvo aquí, sí! —Baena gritó. —Puedo olisquear su perfume y también la nicotina de su cigarrillo.

—Te equivocas, mi señora —Ada tartamudeó. —Nadie vino aquí. Al menos yo no vi a nadie.
—¡Eres una patrañera!

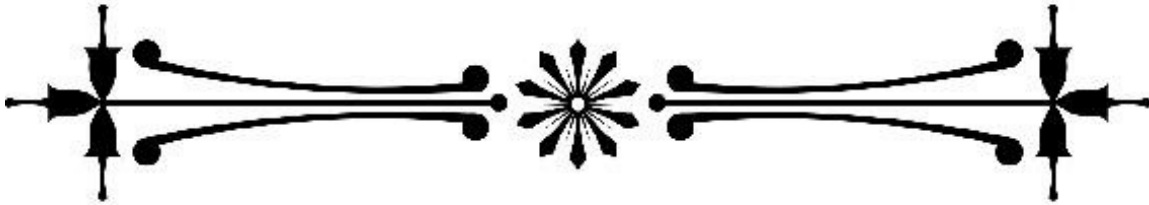
Baena no perdió más tiempo con la empleada. Se apresuró a subir a su habitación y se dirigió a la ubicación secreta de las computadoras que grababan de manera incesante las imágenes generadas por las cámaras de vigilancia. Como medida de precaución, ella mantenía pequeñas cámaras dispersas por toda la casa, incluso en los baños.

Activó un dispositivo y retrasó la grabación de los archivos en dos horas. No esperó más que diez minutos para ver el momento en que Héctor detuvo el auto en la acera, se bajó, tocó la campanita y Ada abrió la puerta. Hablaron rápidamente. Una de las cámaras escoltó a Héctor a la cubierta de la piscina y allí él se encontró con Jeison.

Hablaron aprisa: Héctor de pie y Jeison en la tumbona de aluminio en el borde de la piscina. Otra cámara, más cerca, registró el momento en que Héctor sacó una silla, se sentó junto a Jeison, encendió un cigarrillo, sacó su pistola de la cintura y la colocó en una mesa de centro de plástico con vasos de bebidas. Platicaron un minuto o dos, nomás. En ese momento Jeison se levantó y se fue como si estuviese molesto. Al cabo de diez minutos, él regresó al jardín con su mochila. Héctor se levantó, buscó algo en la bolsa y le quitó un reloj. Jeison pareció protestar y mostró lo que parecía ser la factura del objeto. Salieron a la puerta de la casa, donde Ada los estaba esperando. Eran las 8h 32min 46sec cuando se fueron.

Baena pausó el dispositivo de grabación y dejó escapar un grito que resonó desde todos los rincones de la casa.

—¡Cabrón con pintas!



El olor a sangre podrida se había apoderado de la morgue. Pedro analizó las costuras de su cuerpo y se sintió como un Frankstein. Para decirlo sin rodeos, se sentía como un guisado de chivo. Los funcionarios de la morgue lo habían cosido de modo muy apresurado, con puntadas mal cosidas. Su cara ahora parecía más una falda plisada. Él se sintió un poquito feliz cuando vio el estado de Lucía y de los demás muertos, mucho peores que él.

Lucía —¡pobrecita! —parecía un zarapatel. Pedro se acercó a su nueva amiga y no contuvo su risa.

—Estas personas deberían frecuentar una escuela de corte y costura para mejorar el servicio.

Lucía también se rio y salpicó bolitas de sangre coagulada por su nariz.

—Dime, ahora, ¿qué pasará? —ella preguntó, después de recuperarse del sobresalto.

—Seguiremos para el destino final de cada hombre o mujer después de la muerte —dijo Pedro con sarcasmo. —El cuerpo volverá al polvo y el espíritu irá a un lugar incierto e insondable.

—¿Cuándo sabremos si vamos al cielo o al infierno?

—Ah, eso nos será revelado en el momento oportuno. Es el gran misterio de la vida y de la muerte.

—Creo que tu funeral va a ser un lujo.

—Nada y menos. Habrá como máximo un pequeño ataúd funerario, un par de coronas de flores, unas frases hipócritas, algunos candelabros con velas y una misa, nomás. Cuanto al público, en verdad, no espero una casa apiñada. Algunos apenas quieren ver el daño que me hicieron y se reirán de mi cara.

Lucía no sonrió, aunque Pedro estuviese bromeando. Guardó silencio por un rato y después dijo con voz ahogada:

—Está llegando la hora de irse.

—No digas eso, no quiero llorar. Ni siquiera tengo lágrimas para tanto. Ven aquí, dame un abrazo.

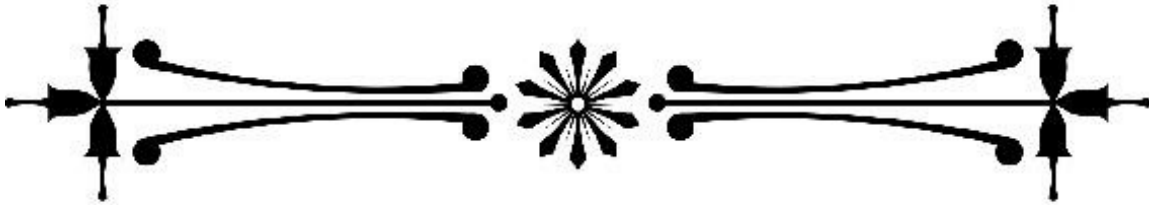
Los dos se abrazaron y se derrumbaron en un grito de llanto.

—Adiós, amiga. Sigue tu camino en paz.

—Adiós, amigo. Espero que el lugar que vayas sea bueno.

—El tuyo también.

Fueron interrumpidos por el runrún de hombres que abrían las puertas de la sala de autopsias. Eran los enterradores.



En la agencia de viajes donde compró su billete a Bogotá, Jeison consultó un gastado catálogo y encontró un lugar barato para quedarse por dos días y dos noches: la pensión de Pilar Salvatierra, en Vila del Conde, con tarifas muy accesibles y un desayuno a precio de papas. Su vuelo a Colombia sería el jueves, saliendo de Cocomiel a las diez y media de la mañana, con un cambio de avión en Ciudad de Panamá. Necesitaba permanecer invisible durante las próximas veinticuatro horas. Una pensión de pésima nombradía y en ruinas parecía perfecta para este propósito.

Jeison caminó un poco por la acera y se detuvo en un quiosco que vendía periódicos y magazines, donde un simpático anciano dormitaba en una silla y mantenía el radio encolado al oído.

Echó un vistazo en la portada de La Voz del Pueblo. Vio algo que le llamó su atención, por lo que decidió comprar el periódico. Tocó el mostrador dos veces y el anciano se despertó de repente. Tomó el periódico, lo dobló y lo guardó en el bolsillo de la mochila. También compró una botella de agua, unas galletas, una pastilla, un chocolate y un chip telefónico. Instaló el nuevo número en su móvil allí mismo y destruyó el chip anterior. Luego se dirigió a una esquina y tomó un taxi.

Al cabo de quince minutos, él llegó a Vila del Conde, uno de los llamados barrios de antaño, ubicado en el centro de la ciudad, pero no tan sucio y decadente como la Plaza del Chafariz y la Ciudad Vieja. Bajó del taxi, pagó al taxista y se dirigió a la puerta principal de la pensión. Antes de entrar, sin embargo, sacó su teléfono de su bolsillo y marcó un número.

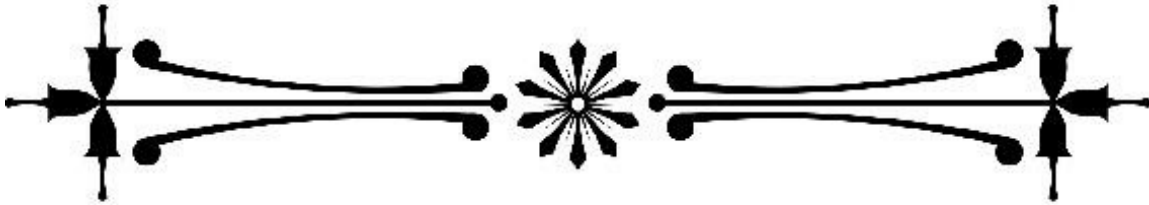
—Hola, soy yo. Sí, este número es nuevo. No, ya no estoy en la casa de la vieja tarada. Sí, tuve que irme. Hubo un imprevisto, cambié a los planes. Me quedaré en una pensión del centro por dos días. Quiero saber cómo vamos a hacer las cosas. Estoy un poco angustiado para terminar con

esto. ¿Has leído las noticias? Cuanto más tiempo me quedo aquí, más riesgo corro. Quiero la otra parte del trato de inmediato... ¿Mañana? Todo bien. Mañana, sin más justificaciones, ¿eh?

Colgó el teléfono y se quedó mirando la fachada de la casa por un rato. Enseguida sonrió y entró.

Pilar, siempre solícita, recibió a Jeison en la recepción. Ella no hizo muchas preguntas —la crisis suscitada por el escándalo la había obligado a suprimir algunas reglas antiguas para aceptar a un huésped; la condición primordial ahora era que el sujeto tuviese el dinero presto para pagar la cuenta por adelantado.

Jeison rellenó el formulario básico, realizó el pago y subió las escaleras para ver la habitación.



Héctor confirmó la hora en el desgastado reloj de la pared—eran las once y cuarto —y recordó el descanso habitual para tomar un café, fumar un cigarrillo y charlar. Invitó a Sebas para ir ambos al patio, sin más preocuparse de ser fotografiado por los locos que aún se colgaban en los postes y árboles. Sebas aceptó.

Héctor llenó dos tazas de café, le entregó una al escribano y se dirigieron al patio.

Para escapar de los teleobjetivos, ambos se escondieron detrás de unos vehículos, encendieron sus cigarrillos y luego se pusieron a fumar, expulsando la humareda con blandura. Se sentaron en silencio por un momento, contemplando los huertos de Jesús Pérez y el prodigioso guayabo cargado de frutos maduros.

Diderot miró al jefe y se acordó de lo que Angelita le había propuesto. «Una emboscada, un disparo», sugirió ella, como si sugiriese un juego de quimbumbia. El capitán era un buen hombre, Sebas no tenía dudas. Era un buen jefe y un excelente compay, no merecía tanta crueldad. Merecía tener una verdadera esposa. ¡En qué encrucijada el destino había puesto a Sebas! Él se sentía acorralado como una liebre delante del pitbull. Angelita era una medusa diabólica, había hecho una proposición tentadora: «si él muriese, al menos ella tendría la ventaja del seguro». Ese maldito seguro era la única cosa que aún sacudía la conciencia de Sebas...

El escribano dio una pitada y soltó una bocanada gris.

Héctor miró a Sebas. Se dio cuenta que el escribano se había enmudecido de repente y que ahora se quedaba con una expresión terrible de desasosiego. Desde muy temprano, tan pronto llegó al departamento, se mantuvo melancólico y contemplativo. El capitán no dejó de observar que ni siquiera la investigación del álbum lo excitaba como ayer. Héctor pensó: ¿había peleado con la esposa o enfrentaba problemas con la amante que le llamaba casi todos los días?

Ambos estaban en estas abstracciones cuando Arturo, un hombrecito estrábico que trabajaba en

la empresa responsable de limpiar el departamento, llegó con dos sacos plásticos en sus manos. A primera vista parecían repletos de hojas secas o basura.

—Capitán, disculpe por interrumpir su descanso —él dijo y de pronto le mostró a Héctor los sacos. —¿Qué debo hacer con eso?

—Dime primero —sonrió el capitán —qué hay ahí dentro...

—Cartas —respondió Arturo sin pestañear. —Centenares de cartas, cartones, papelitos con teléfonos, páginas de poesías...

—¿En serio?

—La recepción está abarrotada de ellas —Arturo se echó a reír. —Las locas están vertiéndolas a través de las ventanas y grietas de las puertas. Están todas dirigidas al chico que mata mujeres. Este mundo está al revés. Un hombre trabajador como yo, por ejemplo, no tiene tanta suerte. Ahora dime, capitán: ¿qué hago con esto? ¿Pongo fuego?

NOVENO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



10 de diciembre de 2012



LUNES 10 DE DICIEMBRE DE 2012.

Mi querido Fred...

Estoy temblando de odio por lo que se me acaba de ocurrir. Si tuviera un arma al alcance, ahora mismo habría matado a mi padre y a mi madre. La cólera incontrolable me inundó. Ira, disgusto, miedo, desesperación... Hay tantos sentimientos contradictorios y siniestros que ni siquiera puedo nombrarlos.

Temo por la vida de mi bebé y por eso necesito controlarme con urgencia. Estoy segura de que si me quedo en esta casa unos días más, mataré a mis padres. Será uno de esos delitos que tendrá éxito incluso en el extranjero, en la BBC de Londres, en CNN, en Televisa y en los programas de investigación policial de History Channel. Lo pensé tanto que llegué a imaginar el titular: «HIJA MATÓ A SUS GENITORES Y DESPUÉS ESCONDIÓ LOS CUERPOS EN EL CONGELADOR DE LA COCINA».

Intentaré calmarme, mi querido Fred, para contarles en detalle lo que me sucedió. Quiero que me escuches y trates de entenderme. Era lo siguiente: yo había decidido que hoy sería el día decisivo para decir a mi padre y a mi madre que estoy embarazada. Me programé para decirle primero a mi papá y enseguida contaría a mamá. No esperaba una reacción muy negativa por parte de ella. Cuanto a él, confieso que no sabía qué esperar.

Desperté temprano. Lo escuché cuando salía de la habitación y se dirigía a la cocina para preparar el café fuerte que le gustaba. Lo hacía todas las mañanas. Después él fue a su oficina y encendió la computadora. También repetía esto siempre, era como un ritual. Leía algunas noticias en sitios mientras tomaba su café.

Me levanté y fui a la oficina. Entré sin llamar. Él se sobresaltó. Me miró con ojos de asombro, como una persona atrapada en un acto criminal. Esa reacción suya me llenó aún más de miedo.

—¿Puedo hablar contigo un ratito?

La expresión de asombro de mi padre se desvaneció y él hizo un aire de desdén, de aburrimiento, como si el sonido de mi voz lo molestara. De hecho, en los últimos meses, me he dado cuenta de cómo mi padre se había distanciado de mí y yo de él. Las cosas por cierto habían cambiado —al menos para mí— después de todo lo que yo había descubierto. Era imposible mantener la misma consideración que tenía antes. No apenas eso, sino por lo que estaba segura de que podía descubrir...

—¿Quieres hablar del viaje?

Él me preguntó sin siquiera mirarme fijamente en mis ojos, sin mostrar un mínimo interés en lo que yo tenía para decirle, con frialdad y sequedad, como alguien a quien no le importaba esconder su desprecio por el interlocutor —en este caso yo.

Desde entonces me sentí muy mal, por su falta de interés. Aun así, decidí proceder con mi intención de contarle la novedad. Le dije que no quería hablar de ningún viaje, que era algo más urgente.

—¿Qué quieres, pues?

Él me preguntó y, una vez más, pero su voz era puro desdén.

En ese momento pensé en renunciar a decírselo. Pensé en apretar el botón «vete a la mierda» y huir. ¿Por qué yo necesitaba decirle? La vida es mía, el hijo es mío. Mi abuela ya me dijo que me apoya en plenitud: ¿por qué tengo que preocuparme por estos dos hipócritas?

—Estoy embarazada.

Él ensanchó sus ojos. Parecía que una flecha invisible le había golpeado el pecho. Vi el horror lavarse en su cara. De súbito dejó caer la taza de café sobre la mesa.

—¿Qué? No te he escuchado... Repítelo, por favor...

Repetí que estaba embarazada y que había confirmado todo con exámenes.

Tartamudeando, él se preguntó cuánto tiempo hacía. Le dije que tenía dos meses, nomás, pero que ya estaba haciendo cuidados prenatales con nuestro médico de cabecera, Dr. Orejuela.

Como le dije, mi querido Fred, no tenía ni idea de cuál sería la reacción de mi padre cuando escuchase las noticias. No imaginé, sin embargo, que su reacción sería de la manera que fue. Primero vi el horror saltar en sus ojos, un horror inexplicable. Después vi el odio, un odio mortal. Fue cuando me dijo las palabras que provocaron mi furia:

—No vas a tener ese hijo.

Eso sonó como un disparo en mi corazón. ¿Abortar?

—Tú vas a extraer ese niño.

Todo mi cuerpo ardía como se fuese un volcán que quería expulsar larvas por todos los poros.

—¿Has escuchado? Vas a ponerlo fuera.

—¿Cómo? ¿No quieres mi hijo?

Mi padre trató de levantarse, se me acercó como a un lobo feroz y me sostuvo por las muñecas. Creo que su intención era golpearme en mi rostro. No estoy segura, pero creo que eso es lo que él quería hacer. Él nunca me había golpeado. Ni a mí ni a ninguna de mis hermanas. Pero eso era lo que él pretendía hacer. Luego retrocedí y grité aún más fuerte.

—No pongas tus manos en mí ¡Tengo odio de ti!

En este momento mi madre entró en la oficina, aún en camión, llena de tirantes y cintas adhesivas para recuperarse de la liposucción que había hecho.

—¿Qué te pasa, Leticia?

Mi padre apuntó un dedo hacia mi vientre como un miembro de la Inquisición que se deleitaba frente a la mujer acusada de brujería.

—¡Su hija está embarazada!

«Su hija». No dejé de notar sus palabras: «su hija». Me rechazó como siempre hiciera toda la vida. Era como si dijese: «No tengo nada a ver con esta pecadora, esta putita». Fue como interpreté sus palabras. «Su hija está embarazada». En mis oídos, eso sonaba diferente: «Su hija va a profanar a nuestra familia, es sucia, impura, pecadora».

Yo esperaba la solidaridad de mi madre. Esperaba que ella me abrazase y me dijese palabras dulces o me susurrase algo al oído: «Vas a tener un bebé hermoso, un nieto encantador para que yo

pueda cuidarlo y acunarlo». Pero ella no dijo nada de eso. Al contrario, ella expresó su apoyo a la pÉrfida intenci3n del monstruo.

—Tal vez tu padre tenga raz3n.

La serpiente dijo esas palabras y luego vino a abrazarme.

—No estás lista para ser mamá, querida.

Tuve ganas de agarrar la lámpara y hundirle la horrible cara con un golpe. Pero no lo hice.

Corrí, llorando y gritando, y vine a encerrarme en mi habitaci3n. Y aquÍ estoy, tratando de digerir todo lo que se me ha ocurrido. Las palabras rebotan en mi cerebro. Se ven como proyectiles que me golpean.

«Vayas a extraer ese niÑo».

«Vayas a ponerlo fuera».

«No estás lista para ser mamá ».

No estás listo para ser mamá".

¿No estoy lista?

Ellos hablan como si yo fuese una discapacitada y estéril, o como si no tuviese vagina, útero, trompas de Falopio, ovarios, óvulos, gametos, senos y leche. Sí, los tengo todos. Y sí, estoy lista para ser madre.



Mi querido Fred...

Son las tres de la tarde. Estoy tan furiosa ahora que no puedo controlar los pensamientos terribles que hierven a fuego lento en mi mente. Son como larvas volcánicas, géiseres de azufre, chorros de veneno. No puedo controlarlos.

Mi madre vino a platicar conmigo, para tratar de explicarse. No le di oídos. Cerré la puerta de mi habitaci3n.

¡Putona!

Solo pienso en venganza. Cruelles y dulces venganzas. Actuaré como un escorpi3n de nuevo. Adi3s, dulzura. Ahora dejaré escurrir mi más mortal veneno.



Son casi las ocho de la noche. Pasé todo el día encerrada en mi habitaci3n. De vez en cuando mi madre viene a llorar a mi puerta pidiendo perd3n, pero repitiendo siempre que «mi embarazo

será una tragedia».

Mi padre volvió del trabajo. Cenó solo en la mesa, nadie le hizo compañía. Tengo la sensación de que todos lo odian en esta casa.

Estoy segura de que me buscará. Por eso dejé la puerta entreabierta. Quiero mirarlo a la cara una vez más. En verdad, yo quería que él se lamentase por lo que me había dicho y me pidiese perdón, y que dijese que me amaba mucho y que amaría a mi hijo. Eso no borraría el odio que estoy sintiendo ahora, pero apaciguaría mi corazón...



Como lo había imaginado, mi padre vino a buscarme... Tocó dos veces a la puerta de mi habitación y entró. Dijo que quería conversar un ratito, pero pronto me di cuenta de que él no había cambiado de opinión.

—Quiero que pienses en las consecuencias.

Al escuchar esto, mantuve mi arrogancia y no le permití que dijese nada más.

—¡Eres un monstruo!

Sin embargo, lo que me intrigaba en este nuevo intento de conversación era la inquietud de mi padre en saber si Tobías era, de hecho, el padre de mi bebé.

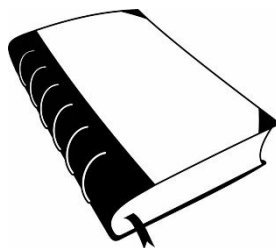
—Por favor, dime una cosa: ¿Tobías es el padre de ese niño?

—¡Claro que es! ¿Qué piensas? ¿Qué soy una puta?

Le grité improperiedades en ese instante. Le insinué que sabía cosas malas sobre él, aunque no tuviese certeza de nada.

—¡Fuera!

Él salió de mi habitación resoplando de odio.



Mi querido Fred...

Ahora que estoy más tranquila (un poquito más), me pregunto qué le interesaba al monstruo saber sobre el padre de mi hijo. Tengo la impresión —y mi séptimo sentido nunca falla— que él estaba mucho más preocupado por Tobías de que por mí. Era como si mi embarazo golpease a Tobías de una manera que él no quería. ¿Por qué?

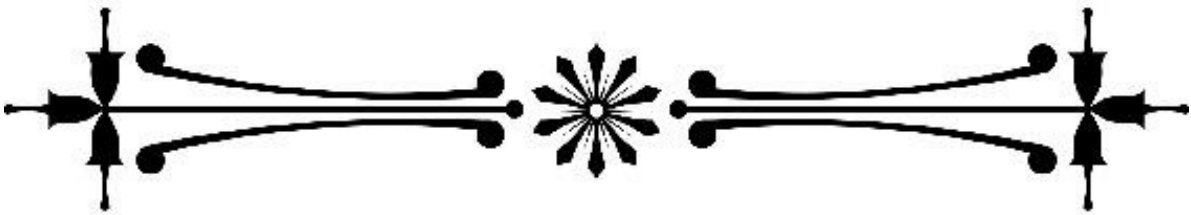
Nunca pude entender —nunca lo intenté, nunca lo quise, me negué a entender— esta insólita amistad de mi padre con Tobías. Cuando digo «insólita» me refiero al hecho de que son dos personas de edades y gustos extremadamente antagónicos, excepto por el amor al fútbol y al

béisbol. No logro acostumbrarme que un hombre maduro y un chamaquito suban y bajen juntos en bares y en estadios, disfrutando como se fuesen dos niños, compartiéndoselos los mismos gustos. Era, de hecho, muy extraño. Y esta extrañeza se hizo cada vez más latente para mí con la preocupación de mi padre en saber acerca de la participación de Tobías en mi embarazo.

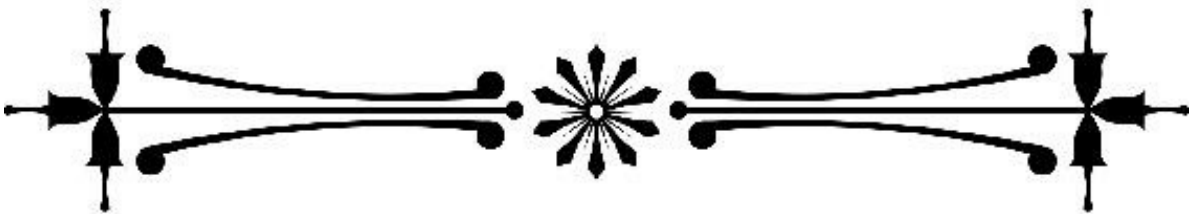
Otro pensamiento terrible se me acaba de ocurrir ahora sobre la repentina decisión de mi padre de convencerme a abortar. Ni siquiera parpadeó y de inmediato me lanzó la propuesta en mi cara: «Vas a ponerlo fuera». Era la misma proposición estúpida que Tobías me había hecho. Ahora me doy cuenta de que ambos tenían la mismísima actitud hacia mi embarazo. ¿Ya le había dicho Tobías todo a mi padre? ¿Este monstruo solo esperaba el momento exacto para proponer la solución diabólica?

Tomaré ahorita un ansiolítico o mi cabeza explotará. Como le dije, mi querido Fred, las larvas volcánicas están brotando de mis entrañas ardientes y ya no puedo controlarlas, están a punto de estallar.

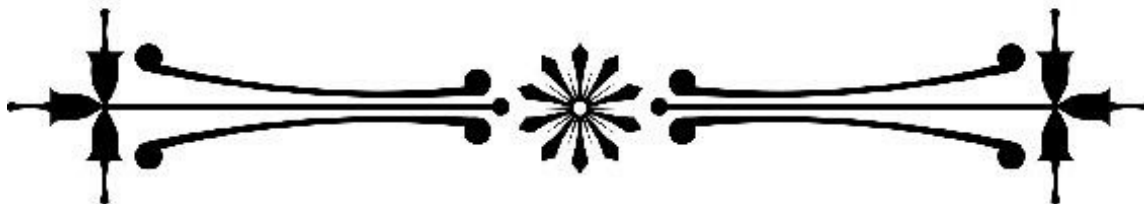
LIBRO SEIS



**MARTES
TARDE**



11 de diciembre de 2012



Esa tarde, el calor de casi cuarenta y cinco grados masacraba todo lo que caminaba y respiraba en Ludovica. El aire había empeorado en el Nido del Buitre y gruesas columnas de un humo espeso se elevaban hacia el cielo. Los techos de hojalata transformaban las casuchas en estufas mortales.

El cuerpo de Lucía fue colocado en un pordiosero ataúd donado por el sector de bienestar social del ayuntamiento de Ludovica. El rostro lívido de la mujer muerta aún tenía algunas marcas de las agresiones de Agustín, especialmente en las áreas de los ojos —pero se habían tornado aún más evidentes por el mísero servicio realizado por los funcionarios de la Morgue Judicial.

Regimentadas por Joanna, las vecinas se encargaron de la cantoría mortuoria. En el valle ennegrecido por el humo, las voces chirriantes de las mujeres resonaban como pájaros de premonición...

*Adorar el cuerpo
Adorar la cruz
Adorar el cuerpo
De mi buen Jesús
De mi buen Jesús...*

*Ay Jesús de mi alma
Tenéis compasión
De esta pobre alma
Que te ofendió*

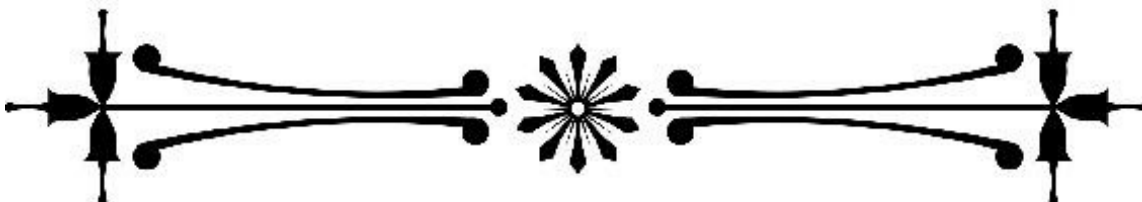
Que te ofendió...

*Adorar la corona
Adorar la corona
De mi buen Jesús
De mi buen Jesús...*

*Adorar las potencias
Adorar las potencias
De mi buen Jesús
De mi buen Jesús...*

Sentada en un taburete a la cabeza de la difunta, con sus dos hijos en el regazo, Joanna intentaba también cantar, pero solo conseguía llorar y llorar.

En el otro extremo, de pie, admirando su cuerpo cubierto de flores silvestres, Lucía tardíamente constató: Joanna era amiga de verdad...



Después del almuerzo, a la hora habitual, en el mismísimo motel, en la suite que ya se habían acostumbrado, se abrazaron de nuevo como náufragos desesperados. Cuando Angelita se quitó las gafas de sol y se desvistió, Sebas notó las manchas amoratadas. Sí, ella las tenía.

—Mírame: aquí están las marcas de alguien que fue agredida y humillada por un guarro inmundo —ella dijo y se dejó caer en la cama, cruzando las piernas de manera sensual.

Hoy, al igual que ayer, Angelita había perdido el apetito de batir su propio récord de doce orgasmos en menos de media hora. Sebas agradeció a los cielos que ella no hubiese intentado tal hazaña. También estaba mal.

Hicieron el sexo de forma rápida, apenas una vez, por insistencia de Angelita. Era como si ella quisiese disfrutar de cada segundo que pagaba por estos momentos de placer con él.

Del coito apresurado pasaron luego enseguida al tema desagradable que había motivado la cita fuera del calendario. Había un acuerdo previo celebrado entre ellos que, debido al estado civil de ambos, los encuentros acontecerían a los lunes, miércoles y viernes. Por lo tanto, este debería ser considerado como un evento extraordinario.

Angelita empezó a llorar tan pronto volvió del baño. No era necesario ser psicoanalista o nigromante para ver que se trataba de un lloro falso y dramatizado para impresionar. Sebas ya se había acostumbrado a sus trucos.

—Dijiste que conseguirías a alguien para hacer el trabajo —gimió ella. —No has hecho nada hasta ahora, no has movido un alfiler.

—No fue eso que te dije —él corrigió.

—¿Qué me dijiste?

—Te dije que iba a pensar en una manera de simular un accidente.

—Tú ya sabes mi opinión sobre tal idea —ella refutó. —No estamos en una telenovela. En la vida real no funciona así. Debemos intentar algo tradicional. Un jefe de policía tiene muchos

enemigos, mucho más que los demás. ¿Estás de acuerdo?

—En parte —Sebas gruñó. —Estás apresurando las cosas. Todo necesita ser planeado de forma meticulosa.

—No estoy apresurando nada, pero me quedo cada vez más aburrída con sus aplazamientos. Pensé que te preocupabas un poco más por mí.

—Estás haciendo malas interpretaciones.

—No quería hacerlo, pero llamé a la aseguradora y comprobé cuánto es el valor de la póliza de seguro —dijo ella e hizo hincapié en la palabra «póliza».

—Habías dicho que sería peligroso hacerlo tú mismo.

—Ya que no te mueves, tuve que hacerlo. ¿No quieres saber cuánto es?

—Dímelo... ¿Cuánto?

— Setecientos cincuenta mil pesos.

— ¿Qué?

—Así es, escuchaste bien. ¿Alguna vez te preguntaste qué podemos hacer con este montón de dinero?

—De hecho, es mucho dinero.

—No mucho, pero es suficiente para resolver algunos problemas. Te acuerdas que la mitad de esto quedará contigo si me ayudas a vestir un pijama de madera en mi marido y a tirarlo a siete palmas bajo la tierra lo más rápido posible.

—Setecientos cincuenta mil —él repitió, de forma lenta, como si no creyese que el valor fuese este. Parecía demasiado alto para una póliza de seguro. Héctor no era millonario. El escribano sabía cuánto ganaba un capitán de la Policía Nacional y también el plus por comandar el departamento de Ludovica —no era un sueldo de fábula. Para tener una póliza tan encumbrada, él habría tenido que pagar una cantidad insondable o soportar pagos mensuales absurdos. Sebas pensó que era más probable que Angelita hubiese inflado ese valor para impresionarlo.

—¿No lo crees? —ella le preguntó, como si hubiese adivinado sus pensamientos. — Acuérdate: mi esposo no vive exclusivamente de su salario de la Policía Nacional. Recibió parte de la herencia de su viejo padre, aunque no sé dónde esconde el dinero.

—No estoy dudando. Al contrario, estoy impresionado.

—Puedes conseguir el cincuenta por ciento de eso.

—Te lo prometo que traeré una respuesta mañana.

—Sé rápido, es todo lo que te pido —ella gimió de nuevo. —Mira hasta dónde ha llegado el monstruo...

Ella se acercó al rostro de Sebas, rozó sus labios contra su oreja, le dio un pequeño mordisco...

—¿Cuándo vas a tomar coraje para deshacerte de nuestro otro problema?

—¿Cuál?

—La vaca que duerme contigo todas las noches —dijo y se puso a reír con una risa diabólica.

—No le doy permiso para chismear cualquier cosa sobre mi esposa.

—¡Uy! Está bien, perdóname. Dejemos la santita hueca en su santuario inmaculado.

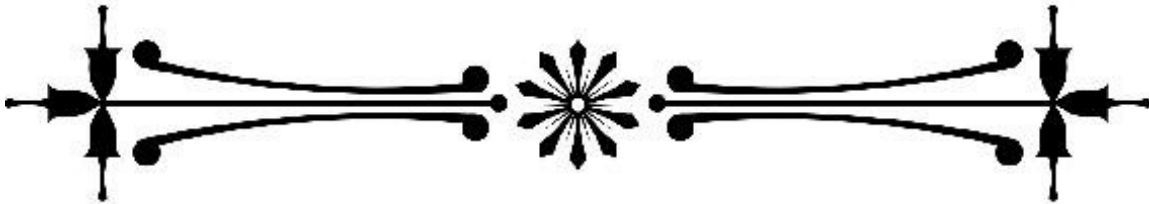
—Mira, yo no te fuerzo a nada, nunca te he estafado —él dijo y empezó a vestirse. —Nunca te he prometido quedarme solo contigo. Lo que hacemos lo hacemos porque queremos los dos y prometimos conservar el sigilo. No hay nada más que eso. Beatriz me da equilibrio.

—Y yo no, obvio —ella gimió.

—Tú no eres más que una loca aventura en mi vida...

—¡Basta!— ella protestó, interrumpiéndolo.—Ya he oído suficiente por hoy.

— Pues vayámonos ya, que estoy angustiado de quedarme aquí —él dijo, preparándose para salir. —Voy yo primero.



Tobías nació el 28 de agosto de 1989. Héctor no creía en el zodiaco o algo parecido, pero por curiosidad investigó el signo de Virgo para tratar de descubrir las facetas de su novio. Leyó que las personas nacidas bajo la influencia de Virgo son maestras en el uso del lenguaje, excepto las nacidas el 28, que no se quedan tan apegadas a la palabra. Eso podría explicar por qué Tobías hablaba tan poco y sonría con dificultad. Era un tipo serio la mayor parte del tiempo y solo se relajaba cuando estaba atascado con cerveza o vodka. No se reía mucho ni siquiera con los compañeros del béisbol.

El almanaque del zodiaco decía que los vírgenes del día 28 de agosto son «expertos en manipular conceptos y pueden dominar de manera silenciosa a otros con el poder persuasivo de su conocimiento e ideas». Cuando empezó el romance, Héctor intentó encontrar esta característica en Tobías. No la vio. El almanaque también decía que «los vírgenes tienen una gran aptitud para aprender idiomas extranjeros». En este punto, Héctor tuvo que estar de acuerdo: Tobías dominaba el inglés y el francés a la perfección y rascaba algunas palabras en alemán. Héctor también aprendió que los vírgenes como Tobías son excelentes consejeros religiosos, trabajadores sociales y políticos. Por otro lado, también pueden convertirse en seres sin escrúpulos, engañosos, mentirosos y persuasivos de una manera destructiva.

Héctor había nacido el 20 de mayo de 1957. Era, por lo tanto, del signo de Tauro. Los libros de textos astrológicos lo definían como escrupuloso, determinado, paciente, amoroso, materialista, terco, leal y posesivo; que le gustaban las cosas estables, la comodidad para poder reflexionar sobre los asuntos de la vida y los que le rodeaban. En un momento dado, el capitán estaba de acuerdo con los manuales: no le gustaban los cambios inesperados en su vida, le gustaba sentirse seguro en un espacio que tuviese el control.

¿Tauro con Virgo formaban una buena pareja?

Sí. Eso es lo que decían todos los manuales. La relación prometía ser duradera porque ambos

sabían lo que querían. Entre cuatro paredes, la sensualidad desbordaba.

Parecía ser cierto. Entre cuatro paredes, Tobías y Héctor se olvidaban de todo y se rendían al deseo incontrolable que sentían cuando se encontraban cara a cara.

Como estaban en ese momento: desnudos en la cama del motel, entrelazados, besándose cálidamente. Besos volcánicos, urgentes y desesperados, impulsados por el anhelo y el temor de que podrían ser los últimos.

—¿Ella no ha cambiado de opinión? —preguntó Tobías, jadeando, sofocado al mismo tiempo por el beso de Héctor y la angustia que vivía.

—Ni siquiera quiso escucharme —dijo Héctor, recuperando el aliento.

—¿Qué vamos a hacer? —Tobías le preguntó a Héctor, aunque eso no era lo que quería preguntar, sabiendo que su compañero no tenía la respuesta. —Tenemos un gran rompecabezas por resolver.

—No es un rompecabezas —murmuró Héctor. —Es una tragedia para mí, para ti y para ella también.

—Deberías haber terminado esta relación con Leticia antes —dijo Tobías, como si se estuviese quejándose de algo. —Debería haberme salido fuera, una vez que te conocí.

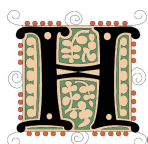
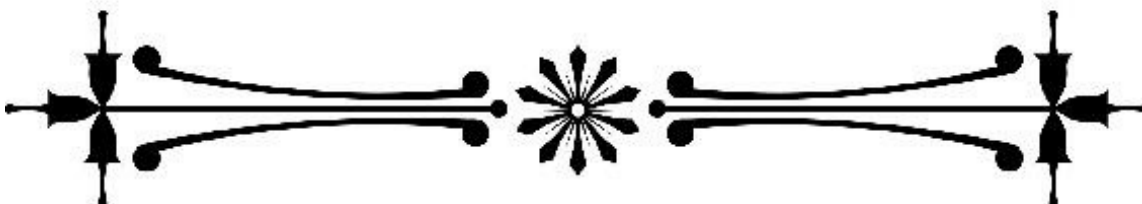
—Leticia no estaba lista para perderte —Héctor le interrumpió, como si se disculpase por una decisión que fue suya y no de Tobías.

—Ahora no sé cómo salir de esto.

—Sigamos insistiendo en la opción más obvia, el aborto.

Se abrazaron de nuevo. Ahora era un abrazo tierno, efímero, cómplice, sin connotación erótica.

Esta tarde no tomaron mucho tiempo en el motel. Ninguno de los dos se sentía cómodo para disfrutar de la voluptuosidad. Fueron juntos al baño y se ducharon con prisa. Se fueron poco después. Tobías se subió al auto de Héctor aún con el pelo despeinado y el cuerpo húmedo.



Director detuvo el auto en una callecita concurrida en Villa del Rey. Tobías se bajó de inmediato. Se despidieron con un abrazo flojo. El capitán cerró las ventanillas del coche y aceleró.

Tobías caminó por esta calle estrecha hasta que dobló la siguiente esquina y llegó a una pequeña plaza donde su auto estaba estacionado bajo una casia de siete metros. Entró, puso en marcha el motor y se partió.

Tenía veintitrés años, como ya sabemos, y era excelente parador en corto (pero también jugaba muy bien como jardinero izquierdo) en el equipo de la universidad privada donde estudiaba Ingeniería Informática. El béisbol entró en su vida debido a su altura (cuando tenía dieciséis años ya había llegado a un metro ochenta y cinco centímetros de altura, pero quizás ya estaba con casi dos metros) y no porque fuese loco por este deporte. Amaba el fútbol, pero siempre había sido una «pierna de palo» incorregible. Su habilidad era, de hecho, con las manos.

Cuando aún era adolescente, se convirtió en campeón de karate y alcanzó el nivel del cinturón marrón (Chairo Obi) de Primer Kyu (Ichi Kyu), pero abandonó la práctica por causa de la universidad y del béisbol. Era el único hijo de Taumaturgo e Isaura Mendoza, una típica pareja de clase media. Los tres vivían en una apacible casa de dos pisos en el barrio Alborada. Su madre, maestra de secundaria, era una criatura pequeña, delgada, grácil, de piel blanquecina y sonrisa enternecedora, que parecía ayunar para siempre.

No fue de ella, por lo tanto, que Tobías heredó el admirable porte de titán. Era, por supuesto, de su padre: el veterinario Taumaturgo Mendoza era tan desmesurado y robusto que atormentaba a la gente cuando ingresaba en una agencia bancaria o en una habitación pequeña. El tamaño de la cabeza y de los pies era lo que más asombraba a las personas. En secreto, los más jóvenes lo apodaron Gandalf y los mayores lo llamaron profesor Jirafales. Sin embargo, el Doctor

Taumaturgo (como lo llamaban socialmente) era un sujeto divertido y agradable, amado por todos. No tenía, para desespero de Isaura, ninguna vocación para los negocios. Tanto que la tienda que él heredó de sus padres (que era al mismo tiempo farmacia veterinaria y tienda de mascotas) nunca progresó como se esperaba, a pesar de ser pionera de este tipo de negocio de animales en Ludovica.

La naturaleza despreocupada y algo aturdida de Taumaturgo era la razón más común para las discusiones con su esposa. Las peleas no evolucionaban a algo más serio porque eran ambos Kardecistas y se entendían en la espiritualidad.

De sus padres, Tobías heredó la fe. A la edad de quince años, había leído las obras de Allan Kardec que subyacen a la Codificación Espiritista.

Temprano en la mañana, se acostumbró a escuchar a sus padres discutiendo temas filosóficos y religiosos profundos durante el desayuno, el almuerzo y la cena: ¿de dónde venimos y adónde vamos? ¿Por qué estamos en la tierra y cuál es el propósito de nuestra existencia? ¿Cuál es la razón del dolor y del sufrimiento?

Tan pronto como aprendió a hablar y a pensar, al niño Tobías se le aprendió que Dios es la inteligencia suprema, el principio y el fin de todas las cosas; que es sempiterno, inmutable, inmaterial, inefable, omnipotente, omnipresente, justo y bueno; que el universo es su creación y que abarca a todos los seres racionales e irracionales, animados e inanimados, materiales e inmateriales. También aprendió que además del mundo corporal, que es el lugar donde viven los espíritus encarnados, que son los seres humanos, existe el mundo espiritual, que es el lugar donde viven los espíritus sin cuerpo. Aprendió que la Tierra no es el centro del universo y que existen otros mundos habitados por seres de diferentes grados de evolución, más y menos evolucionados que los seres terrenales.

Por fin, Tobías había aprendido que los espíritus son creados simples e ignorantes. Luego, evolucionan intelectualmente y se mueven de orden inferior a orden superior hasta que alcanzan la perfección, donde disfrutarán de una felicidad inalterable. Para hacerlo, pueden reencarnarse tantas veces como sea necesario.

«Nacer, morir, nacer una vez y siempre progresar, tal es la ley». Eso era lo que creía Tobías. Para eso vivía. Y tal vez por eso trataba de forma desesperada de intentar entender el motivo de Leticia en su vida. Sí, había un motivo superior para haberla conocido un día, que había entrado en su vida como un torbellino y había engendrado a un niño de su semilla. Sí, había una razón para este embarazo y Tobías no podía ver cuál era.

Pero, si él conocía los conceptos básicos del Kardecismo desde temprano, ¿por qué querría cometer un pecado tan grave, tan terrible, tan injustificable, pidiéndola que abortase?

Oh, Dios...

Tobías encendió la radio del coche. Sintonizó en la FM 98,1. Tocaba Set Fire To the Rain. La canción de Adele parecía apropiada para el torbellino de sentimientos que asaltaban su cholla:

*But I set fire to the rain
Watched it pour as I touched your face
Well, it burned while I cried
'Cause I heard it screaming out your name,
Your name...*

No matarás.

No matarás.

No matarás.

El quinto mandamiento divino martilleaba en su cerebro...

No matarás.

Oh, Dios...

Un feto humano resulta de la unión de un alma con el cuerpo, y esto sucede en el momento de la concepción. Ahí está, Tobías conocía la verdad.

Pregunta 344 del Libro de los Espíritus de Allan Kardec: ¿hay vida biológica y espiritual en el embrión?

Sí, Tobías, ya hay una vida pulsando en el vientre de Leticia: así que no viole el quinto mandamiento.

¡No viole en quinto mandamiento!

La consecuencia de este acto será el impedimento para que un espíritu pueda renacer en este mundo...

Tobías sabía que los espiritistas se oponen totalmente a cualquier tipo de aborto, ya sea el «eugenésico» (cuando se practica en caso de que el feto tenga deformidades congénitas en el vientre de la madre) o el «económico» (cuando la razón es la pobreza de padres) o «honoris causa» (cuando se practica en nombre del honor o en casos de violación).

¿Por qué Tobías quería tanto la muerte de su propio hijo? Al cierto, no por ninguno de estos motivos: deformidad congénita, pobreza u honor. ¿Era por egoísmo, por miedo o cobardía?

Oh, Dios...

Otro niño sin culpa muerto.

Realmente no había sido idea de Tobías. Primero contó sobre el embarazo de Leticia a un amigo. Fue este amigo que lo recomendó el aborto.

Después habló con Héctor, y él fue enfático: la salida es el aborto.

Aborto, aborto, aborto.

Los padres de Tobías lo condenarían apenas por pensar en tal posibilidad. Para ellos, era impensable que se dañase la inviolabilidad del derecho a la vida, el quinto mandamiento de la ley de Dios... No matarás.

¿Por qué, aunque consciente de las consecuencias, insistía Tobías en la idea de hacer algo que fuese ilegal, inmoral y antinatural?

Durante los últimos días, ha intentado formular respuestas a esta pregunta que le atormentaba su mente y su corazón, pero ninguna parecía ser una justificación aceptable.

Primero: no amaba a Leticia. Ni siquiera estaba seguro por qué había estado tan involucrado en esta aventura. Debería haber puesto un fin a todo tan pronto como conoció Héctor — exactamente durante la cena de presentación organizada por Leticia. Debería haber rechazado a Leticia y haber optado por Héctor desde el principio de todo, porque era a Héctor a quien amaba con todas sus fuerzas.

Segundo: estaba convencido de su sexualidad y no deseaba tener hijos. Ahora no. No pretendía asumir un papel hipócrita para engañar a la sociedad (como lo había hecho Héctor y, por lo tanto, vivía atormentado, unido a un matrimonio infeliz). No, no, Tobías no quería repetir el mismo error.

Tercero: completar el curso de Ingeniería Informática era su prioridad. No se le asignó la tarea de criar a un hijo hasta que tuviese a un título universitario en sus manos y un excelente trabajo garantizado en la capital. De hecho, no quería casarse o tener una esposa.

Oh, Dios...

Sus padres nunca podrían saber acerca de estas afirmaciones.

Tobías se quedó seguro de su verdadera sexualidad a los trece años. Su actitud viril, sin embargo, siempre lo protegió de las bromas e insinuaciones de los colegas. También se diferenció de algunos chicos que conocía en la escuela porque, a diferencia de ellos, no rechazaba de pronto a las chicas. Hasta los trece años le gustaban los niños y las niñas. Primero tuvo relaciones sexuales con una chica a los catorce años. Su nombre era Estefanía. Las citas con ella duraron casi un año y durante ese período tuvieron relaciones sexuales muchas veces. A los quince años, sin embargo, tuvo su primera experiencia con un niño. Su nombre era Nathaniel. Se besaban, se acurrucaban y se masturbaban cada vez que iban a estudiar juntos para un examen o se encerraban peligrosamente en la ducha de la escuela. A Tobías también le gustaba eso. Nunca se impuso un rol rígido para sí mismo en el momento de practicar el sexo: a veces prefería el papel activo, a veces se permitía ser pasivo. Siempre ha vivido de forma natural con esta dualidad sin conflicto alguno. Creía que no se sentía plenamente satisfecho con las mujeres o al cien por cien con los hombres.

Le gustaba esa ambivalencia. Por eso, hasta los dieciocho años, se convenció que era bisexual. Cuando se dijo a sí mismo que era bi, no fue para encajarse en ningún concepto, sino para tener una respuesta en los tiempos de duda.

A los veinte, sin embargo, Tobías descubrió que su verdadera atracción era por los hombres mayores. Se dio cuenta de esto porque no le interesaba a ningún compañero de la escuela secundaria, del karate o del gym. No deseaba ninguno de los niños musculosos como él o los afeminados como muchos que lo rodeaban y lo asediaban. Su cuerpo se estremecía cuando veía a alguien mayor de cincuenta años, aquellos que tradicionalmente se llaman mariconas. Estos eran los que le gustaban a Tobías: un hombre viril, de barba blanca con una mirada severa y un aire intelectual. Trató de encontrar una explicación para esto, pero no la encontró: quizás solo Carl Gustav Jung, a través de la teoría de la integración de los opuestos, podría explicar esta peculiar atracción. Todo lo que Tobías sabía era que estaba seguro de que había encontrado su pareja perfecta cuando conoció al capitán Héctor. El único problema es que antes de conocer a Héctor, había conocido a su hija, Leticia.

Leticia apareció en la vida de Tobías en una hermosa tarde de viernes, durante un juego de béisbol universitario. Una amiga de ambos los puso cara a cara, casi diciéndole: «ella quiere singar contigo». Fue eso lo que casi se pasó en aquél mismo viernes.

Las citas iniciaran a veces como un juego de quimbumbia, otras veces como un escondite y búsqueda, tira y afloja. Comenzaron a chismear por teléfono y Facebook, después a hacer reuniones casuales en la casa de uno y otro, salían para tomar un helado y a ir al cine. Lo que encantó a Tobías fue la sumisión total que Leticia mostró ante él. Ella lo idolatraba y él se sentía en el Olimpo cuando estaba a su lado.

Leticia también se sentía como una reina al lado de Tobías. A ella le gustaba el hecho de que su gigantesca figura atrajo las atenciones de la gente cuando caminaban juntos por las callecitas o en las plazas.

Era imposible que alguien fuese inmune a la presencia de Tobías. No era guapísimo ni perfecto

como una estatua griega, pero su físico era majestuoso e impresionante. Y era natural que esto sucediera: no había muchos chicos de dos metros de altura en Ludovica. Además, había estado soltero y sin compromiso durante mucho tiempo. Leticia lo miró como una presa, un excelente trofeo para alguien que, como ella, no estaba tan equipada con tantos atributos que un hombre pudiese complacer. Al igual que los dominicanos y los cubanos, o como todos los hombres caribeños, los varones de Santabella miraban con buenos ojos las chicas de hermosos culos (pero un culo grande y empinado era algo que Leticia no tenía, porque no había de quien heredar tal atributo, dado que su madre era una tabla de planchar).



Ahora, conduciendo su auto a casa, Tobías solo pensaba en una cosa: el quinto mandamiento divino. Oh, Dios...

No matarás.

No matarás.

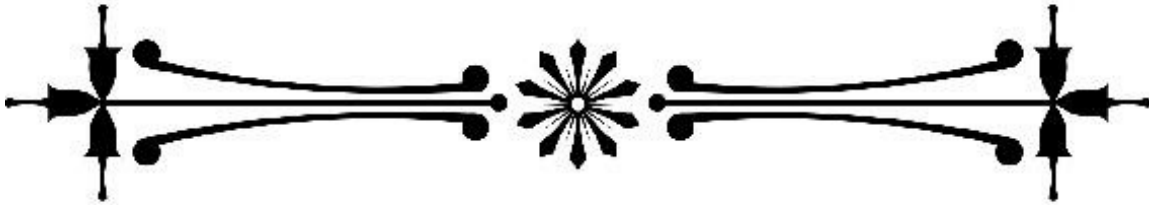
¡No matarás, Tobías!

La música de Adele, aunque perfecta para la ocasión, no sostuvo su angustia. Por el contrario, empeoró la sensación de que había entrado en un callejón sin salida.

Cuando llegó a la calle Juan Garrido, la más concurrida del barrio de Alborada, comenzó a disminuir la velocidad. Su casa era la número 1296: una casa de dos pisos, de color amarillo anaranjado, con grandes ventanales, un techo rojizo, rodeada por un jardín de bananos ornamentales y dracenas, protegida por un alto muro de adoquines. En frente de la puerta principal había un roble rosado, donde Tobías estacionó el auto.

Apagó la radio y se bajó. Cuando puso los pies en la acera y cerró la puerta del auto, notó que una motocicleta se acercaba a él. El vehículo venía a muy alta velocidad. El piloto no podría ser identificado porque su rostro estaba cubierto por el casco negro y llevaba una chaqueta de cuero y pantalones de goma. Era un típico «vaquero de asfalto». El desconocido aceleró aún más la moto y la arrojó de modo intencional sobre Tobías.

En un tris, él saltó hacia un lado y se cayó sobre el macizo de flores púrpuras. Los neumáticos de la moto se le rasparon las piernas. En el impacto, el piloto también se tambaleó y casi se estrelló en la acera, pero en un segundo se enderezó, aceleró de nuevo y huyó.



Héctor encendió la radio del auto y sintonizó la Tribuna de Ludovica (FM 98.1) justo cuando Adele proclamaba con toda la fuerza de sus pulmones que iba a prender fuego en todo bajo la lluvia. En las llamas: así se sentía el capitán, ardiendo en medio de una tormenta. Ardiendo, quemando, flameando, crepitando, como una hoguera de la Inquisición, como si una banda del mundo colapsase sobre sus hombros, pero únicamente la banda que estaba en llamas. Sintió larvas invadiendo sus venas y su mente.

Cuando fue a reunirse con Tobías esa tarde, tenía en el bolsillo de su camisa —pulsante, casi en llamas —la foto misteriosa que había encontrado en el álbum del actor Pedro Maldonado. Tobías notó la foto pero guardó silencio, no dijo nada.

Sin embargo, cuando llegaron al motel, antes de deshacerse de su ropa y caer en la cama, Tobías le preguntó de rampampán:

—¿Quién es?

—No lo sé aún —Héctor dijo —Relájate. No es lo que estás pensando. Es parte de una investigación. Pero se parece a ti. Míralo.

Tobías tomó la fotografía, la analizó durante unos segundos y la refutó.

—No tengo esas orejas de brócolis.

Era verdad. A pesar de la mala calidad de la imagen, no era difícil diferenciar el pequeño detalle. El chico de la foto tenía orejas maceradas, lo cual es típico de un luchador.

Héctor guardó la foto en el bolsillo y besó a Tobías en la mejilla.

—Estabas celoso, ¿verdad?

Regresando al departamento después de este breve momento de paz y éxtasis, el capitán Héctor

se estaba preparando para una tarde mucho más agitada de lo que había sido la mañana. ¿Cuándo tendría las agallas de romper con esta vida aplastante y mediocre? ¿Cuándo tendría el coraje de deshacerse de Angelita, de su matrimonio y sus obligaciones, para poder sumergirse en su pasión por Tobías de una vez por todas? ¿Cuándo tendría el coraje de gritarle al mundo quién era él de verdad?

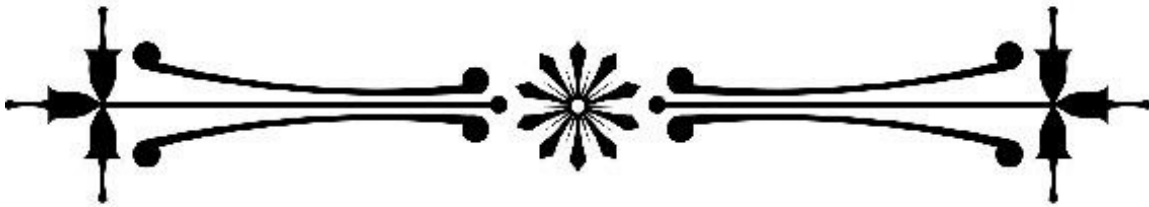
Había una cosa en el libro de Pedro Maldonado que lo impresionaba: el coraje que tenía el actor para enfrentar los prejuicios. El capitán nunca llegaría a tanto. Jamás sería posible: él y el actor vivían en mundos diferentes, completamente antagónicos. El entorno de la policía y la seguridad pública no se comparaba con el del teatro. El mundo de Héctor era hermético, sexista, cruel y sombrío. Incluso para las mujeres que se unieron valientemente a la Policía Nacional y se dedicaron como investigadoras o delegadas.

Algunos sujetos, tanto en la Policía Nacional como en la Guardia u en el Ejército, tenían dificultades para aceptar la división del trabajo con mujeres. Los sexistas consideraban que las cosas no funcionaban tan bien como lo hacían. Incluso parte de la población aún veía con extrañeza cuando mujeres de uniforme se acercaban a la gente en las calles. Para algunos, el servicio de las mujeres en la seguridad pública debía ser de asistencia social, burocrático, administrativo o educativo. Muchos decían con franqueza: «Con una mujer vestida de uniforme verde, botas largas, boina en la cabeza y pistola en la cintura, no quiero trabajar». Lamentablemente, seguía siendo así, a pesar de algunos avances.

Si les hacían eso a las mujeres que ya estaban integradas a la Policía y al Ejército, era posible imaginar cómo reaccionarían cuando descubriesen que un teniente o capitán era homosexual.

Héctor conocía muchos casos de rechazo. Los pocos colegas que asumieron que eran homosexuales pagaron un alto precio por la audacia. Así que no estaba presto para enfrentar su mundo al revés. Tal vez no. Todavía no.

Subió el volumen de la radio. Intentó ahuyentar los malos pensamientos. Era en vano. Pensaba de nuevo en la foto que ardía en el bolsillo de su camisa. La impresión de que conocía esa cara borrosa y eclipsada seguía yendo y viniendo como un yoyó en su mente. ¿De dónde, de dónde?



El automóvil negro de Angelita corría a noventa kilómetros por hora por la calle principal que unía a los barrios de antaño con el nuevo centro urbano de Ludovica. Para relajarse, ella encendió la radio en la FM 98 justo cuando la voz de la cantante británica Adele susurraba las líneas más tranquilas de Set Fire To The Rain:

*But there's a side, to you, that I never knew, never knew
All the things you'd said, they were never true, never true...*

La cabeza de Angelita estaba plagada de ideas: estaba ardiendo, ardiendo, ardiendo, ardiendo, como en la música. Sebas era un imbécil, ella pensó. Luego concluyó: «Solo sirve para singar».

Decidió que actuaría sola, con su propio plan. Si quería resolver sus problemas de un modo rápido, ya no podía esperar más que un idiota tomase las riendas. Esperar por la buena voluntad de Sebas sería una pérdida de tiempo. Además, la participación del escribano podría resultar en un problema mayor aún: la historia de la póliza de seguro era una estafa que había armado. De verdad, no valía más que doscientos mil. Si él participase del plan, ella tendría que inventar una excusa más tarde y eso podría causarle un daño irreparable. Mejor dejarlo salir prontamente. Sí, actuaría sola.

Durante al menos cinco años, Angelita había estado planeando, sin éxito, salir de este pozo de mierda. Casarse con Héctor Suarez. Ha sido el mayor error de su vida. Casi veinte años de su existencia desperdiciados, arrojados al barro, en completa miseria. ¿A cambio de qué? ¿De un honor lavado? ¿De salvaguardar la imagen pública de dos familias hipócritas? ¿De no dejar que las verdaderas caras detrás de las máscaras se revelasen? ¿De sentirse aceptada por una sociedad podrida? ¿A cambio de qué le había ofrecido veinte años de su vida? ¿De qué?

Nunca pudo olvidar: se casó con Héctor Suarez en marzo de 1992. Él era un abogado mediocre que rondaba de puerta en puerta en las cárceles, buscando clientes. Ella lo conocía fugazmente, pero dos escándalos los unieron.

El primer escándalo fue el que golpeó a Angelita y su familia. Estaba en sus treinta y tantos años, convencida de que se quedaría con su destino de ser tía. Ya no esperaba casarse y se estaba preparando para concluir el curso de Ciencias Secretariales. No era la profesión que su padre (Rodrigo Gaitán, dueño de una tienda de telas finas, masón, expresidente del Club de Comerciantes de Ludovica, un hombre honorable y de raíces seculares) ni la madre (Tica Gaitán, ex maestra, ex secretaria de educación, única heredera de la fortuna del capitán Nicolás Simplicio) había planeado, pero ya era lo suficientemente bueno para la hija más vieja y torpe de su descendencia. Todo iba muy bien, hasta que Angelita conoció a un ingeniero llamado Tulio, un sinvergüenza que llegó a Ludovica con la empresa de construcción que había sido contratada para realizar el saneamiento de las calles nuevas. Ella se enamoró de Tulio, le entregó su doncellerz, terminó embarazada y abandonada por el cobarde: él regresó a la capital tan pronto como se enteró del embarazo, renunció al empleo y se fue para siempre.

Angelita estaba cerca del tercer mes de su embarazo y su barriga ya estaba despertando los comentarios espeluznantes en las misas y novenas de monseñor Nicolás Cardona, cuando otro escándalo surgió para salvar su piel. El personaje de este nuevo escándalo era justamente el joven abogado Héctor Errázuriz Suarez, hijo de Francisco Errázuriz (teniente coronel jubilado de la Policía Nacional) y de la socialite Baena María Suarez. El escándalo en el cual Héctor se había metido era un poco más picaresco y nubloso que el de Angelita: el joven había sido sorprendido besándose, en un callejón oscuro detrás de la catedral, con el cantante y bohemio Saúl de Santana. El responsable por el flagrante fue el veloz correveidile Juvencio, conocido por su eterno estado de embriaguez. Juvencio socializó la historia a cualquiera que quisiese escuchar —y la mayor parte de la ciudad deseaba saber todas las menudencias del caso. Entre una copa de cerveza y un trago de coñac, en los mostradores y mesas de los bares, en cafeterías y plazas, el cotilla decía que lo que le había escandalizado en la escena no era ver dónde estaban la boca y lengua del joven abogado, pero donde Saúl de Santana había escondido el enorme porongo.

La historia se extendió con la rapidez de un virus de invierno y provocó una reunión de emergencia entre el clan Errázuriz-Suarez y el clan Gaitán, usando el salón parroquial como escenario y el monseñor Nicolás Cardona como mediador. Santa Teresa de Jesús (la santa patrona) fue convocada para servir como madrina del acuerdo sellado allí para lavar los manchados honores del pecado: el matrimonio de Héctor Errázuriz Suarez con María Angélica Gaitán.

Héctor y Angelita supieron que se iban a casar en el almuerzo preparado a cuatro manos por Tica y Baena para este propósito. Todo salió según lo planeado porque ni la chica embarazada ni el chico desmoralizado se opusieron a los deseos de sus padres: Angelita quería paz para disfrutar de su embarazo y Héctor, por su parte, buscaba todas las formas para detener los comentarios que lo acompañaban día y noche. Un matrimonio era, por lo tanto, la mejor solución para ambos. Y así se casaron y fingieron ser felices, como en una telenovela mexicana.

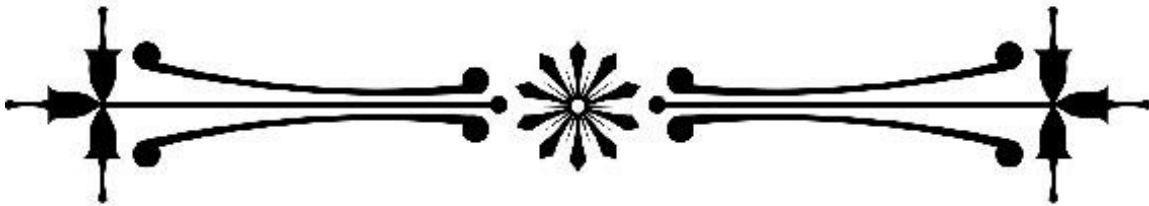
Tanto Angelita como Héctor interpretaron con esmero los roles para los cuales fueron elegidos en esta tragicomedia: ella, la esposa devota; y él, el marido comprometido. Ambos eran intérpretes tan perfectos que, aunque no hubiese acuerdo al respecto, consumaron el matrimonio y engendraron dos hijas más, poco tiempo después que la bastarda nació. Los orgullosos padres, los verdaderos autores de la trama, cada uno a su manera, trataron de recompensar a los artistas por

sus excelentes desempeños: Angelita ganó casas, apartamentos y una montaña de joyas; Héctor acumuló ganado, recogió tierras y ganó tanto dinero que ni siquiera sabía lo que hacer con él.

Angelita decidió que tenía suficiente dinero para no tener que trabajar. Por eso nunca concluyó el curso de Ciencias Secretariales ni ingresó a ningún otro. Se dedicó por entero a ser una vida de ociosidad. Héctor, por otra parte, abandonó las puertas de las cárceles de una vez por todas, tomó cursos preparatorios y fue aprobado en la competencia pública como agente de primera de la Policía Nacional. Angelita, siempre preocupada por la imagen de la familia, se quejaba de la falta de ambición de su marido. Podría haberse preparado para ser juez, promotor, fiscal de renda o cualquier puesto de mayor rango. No lo perdonó por estar contento de ser un mísero agente de primera de la Policía Nacional.

Angelita y Héctor, por supuesto, nunca fueron una verdadera pareja, a pesar de compartir la misma cama. Al cabo de un par de años, se convirtieron en cómplices, socios en la hipocresía, copartícipes en la ilusión de tratar de encubrir la mediocridad en la que lanzaron sus vidas. Al principio aplacaron sus deseos el uno con el otro. Hicieron el sexo casi de manera burocrática. Con los años, cada uno comenzó a buscar su propia manera de reprimir sus impulsos sexuales. Ambos cerraron los ojos a lo que el otro estaba haciendo fuera de la casa. Sin embargo, respetaban una ley implícita de moralidad estricta: nada de lo que pudiesen hacer podía sacudir un matrimonio y una familia sólidos. Nunca, jamás.

Angelita ahora se resentía por el tiempo perdido y estaba dispuesta a cobrar la factura por los perjuicios acumulados. Toda una vida tirada en esta farsa. Era hora de ponerle fin. Ningún drama podría ser perpetuado. Estaba dispuesta a prender fuego a la lluvia. ¡Dejen que arda, que arda, que arda!



El sol era tan cruel que la primera hora de la tarde casi hacía que su cerebro se derritiera. Chapulín quería sentarse, buscar algo de sombra para aliviar el calor, salpicarse la cara, tal vez tomar un baño de río, pero no podía alejarse, porque el movimiento de la mañana no había sido rentable y ahora tenía que disfrutar cada segundo de la tarde.

Chapulín no era hijo único, tenía dos hermanos, pero solo él se ganaba la vida limpiando los parabrisas en el semáforo. Tenía Coco, el mayor, un imbécil, un mierda que quería ser rico y que parecía tener al rey en la barriga, que no ayudaba con nada en casa y que solo creaba problemas para su madre. El apodo en casa era Coco, a veces Choquito, pero su verdadero nombre era Jeison, aunque nadie lo llamase así donde nacieron. Tenía también el más pequeño, Romario, de tres años, un niño de piel negra que había sido la razón por la que su padre borracho había abandonado la casa (él acusó a su madre de traicionarlo con el vecino, un negro grandullón de casi dos metros de altura). Ahora la madre vivía sola. Cuidaba de la casa y ganaba algún dinero lavando la ropa de los vecinos.

Casi la mitad de todo lo que Chapulín ganaba en el semáforo era para ayudar a su madre. El hermano mayor, El Coco, no tenía la misma actitud. A veces él volvía para casa con mucho cuarto en el bolsillo y se enojaba cuando su madre le preguntaba dónde él lo había conseguido. Él ni le respondía ni le daba una parte de lo que tenía para ella comprar comida. Y él aún se quejaba de la ración que ella le servía al día siguiente.

El hermano era un pillo, Chapulín lo odiaba. Cuando su padre vivía en casa, solía acusar a El Coco de ser un jinetero. «Vives de follar los culos extranjeros, crees que no lo sé», gritaba mientras se emborrachaba en casa y vía a su hijo preparándose para salir por la noche.

De cualquier modo, la vida de Coco era un misterio. Nadie sabía cómo él conseguía dinero. No trabajaba en nada durante el día. A veces parecía un príncipe que nadaba en dinero; en otros, se convertía en un mendigo, sin un chele para comprar una bolsita de palomitas.

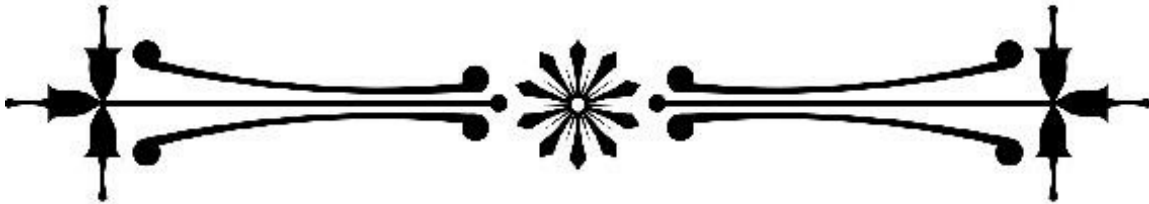
Nunca faltaba cuarto en el bolsillo de Chapulín. Pero no era jinetero como el hermano. Ah, eso nunca. Trabajaba todo el día en el semáforo. Por la noche lustraba zapatos en los quioscos y bares del casco antiguo.

La luz roja del semáforo se encendió. Los autos provenientes de la avenida principal se detuvieron, excepto una motocicleta Yamaha que continuó avanzando a gran velocidad. Algunos conductores miraron por el espejo retrovisor. Pronto previeron un choque.

El motociclista zigzagueaba a través de los vehículos, empezó a bocinar, disparó desesperadamente y no se detuvo. Avanzó sin respetar la luz roja, se deshizo de los autos que se aproximaban y desapareció por la avenida.

Chapulín, por un tris, no fue cosechado por la motocicleta.

—¡Maricón! —el niño gritó. —¡Mamagüevo!



Después de las cuatro de la tarde, capitán Héctor decidió empezar la reunión para ver qué había obtenido hasta aquella hora sobre la muerte del actor Pedro Maldonado. Ya todos los agentes estaban de vuelta al caserón, algunos mostrando entusiasmo por los descubrimientos que habían hecho. Una vez más, todos se amontonaron en la oficina del capitán. Y, una vez más, algunos tuvieron que permanecer de pie porque no había sillas para todos.

—Voy a empezar con Sal —anunció Héctor. —Sal, ¿descubriste algo?

—El reportero responsable por la página policíaca de La Voz del Pueblo en 1981 no era José Justo Ortega.

—¿El concejal? —el capitán se sorprendió.

—Sí, él mismo: nuestro honorable concejal —dijo Salma. —Pero en 1981 él usaba su nombre artístico: Jota Ortigas.

Los más jóvenes no recuerdan, pero Ortega había empezado su carrera en 1979, a la edad de dieciocho años, como locutor de la Radio Tribuna. A posteriori fue contratado como reportero por La Voz, donde permaneció desde 1980 hasta 1987. No se graduó, pero recibió un permiso provisorio del sindicato de los periodistas para trabajar. En las elecciones municipales de 1988, fue elegido para su primer mandato como concejal y abandonó la radio y el periodismo. Ya está con siete mandatos en la legislatura municipal, incluyendo el que acaba de ganar ahora el 7 de octubre, como todos saben. Fue él quien escribió el reportaje que puso al actor Pedro Maldonado en la cárcel.

—No conocía esa historia —Héctor murmuró. —Jota Ortigas...

—Ya el juez que mandó cerrar las puertas del bar Madriguera Veinticuatro fue el Doctor Arañas, que falleció por accidente de un automóvil en 2001. Y el político que intervino para liberar Maldonado de la cárcel fue el Doctor Ramón Triguero, diputado en la época, genitor de nuestro alcalde Triguero Junior.

Héctor sonrió. Tenía una letra jota más para acrecentar en su lista de posibles sospechosos: el concejal José Justo.

—Gracias, Sal, hiciste un gran trabajo —dijo él, dejando Sal desmoronándose de satisfacción. —Ahora es tu turno, Lozada. Cuéntanos lo que encontraste en tu visita al colegio del obispo.

El agente Ulises Cirilo Lozada, que era un hombre muy metódico, sacó del bolsillo de su pantalón una libreta rebosante de notas y empezó a leerlas.

—El actor Pedro Maldonado completó sus estudios en el Colegio Diocesano a la edad de quince años en 1955. La placa de bronce de su turma tiene sesenta y ocho nombres, todos con más de setenta años actualmente. Como era de esperarse, muchos ya están fallecidos, otros fueron borrados de la memoria y no hay manera de identificarlos. En lo que se refiere a los maestros, casi todos ya partieron para siempre, excepto uno.

—¿Cuál?

—El más joven de los sacerdotes de esa época —dijo Lozada, poniendo una pizca de suspenso en su información. Hasta Sebas se sobresaltó y sus ojos se ensancharon. —En la foto de la clase graduada de 1955 hay un chico guapo, blanco, de rostro angelical, recién ordenado para el sacerdocio y contratado por el colegio hacia no más que seis meses: tenía pelo y ojos claros y había completado veinte años. En la foto, aparecía de sotana negra y usaba un par de gafas con montura de quelonio. Él era el profesor de matemáticas. Hice mis cálculos y llegué a la conclusión de que hoy debe tener unos ochenta años.

—¿Cuál es su nombre?

—José Nicolás Cardona —respondió Lozada con un sutil toque de ironía.

—¿Monseñor Cardona? —Sebas saltó de la silla donde estaba sentado. —No puedo creerlo.

—Confirmé la información en la secretaría del colegio. El profesor de matemáticas en 1955 era José Nicolás Cardona, nuestro muy querido monseñor.

El capitán Héctor se puso a reír una risa burlona al recordar lo que Pedro Maldonado había escrito en su libro:

Otros profesores —de química, de matemática y de latín —descubrieron mis dotes de artista y pasaron a solicitar visitas íntimas en sus residencias. Al final de cada año, mi boletín estaba irradiando de tantas notas maravillosas, ninguna inferior a ocho. ¿Mi más famoso apodo entre ellos? Ah, «boquita de terciopelo».

En serio, el capitán no conseguía imaginar al párroco de Santa Teresa de Jesús, hombre tan devoto, tan moralista, disfrutando de las delicias ofrecidas por el joven estudiante a cambio de una buena nota en las pruebas de matemática. Pero anotó el nombre de José Nicolás Cardona en su cuaderno de presumibles sospechosos —y una vez más la fatídica letra jota surgía para barajar las piezas del rompecabezas, —aunque consideraba poco probable que el clérigo hubiese contratado a alguien para matar a Pedro Maldonado. De todos modos, no estaba en posición de descartar ninguna hipótesis.

—Ahora es tu turno, Pizza. ¿Qué descubriste?

—Vamos por partes —murmuró Fabián. —Para empezar, yo y mis colegas fuimos al teatro y descubrimos que el cartel original con el elenco del espectáculo Nino ya no existía. Pero hace aproximadamente un mes, este póster todavía estaba intacto...

—¿Qué pasó con él? —preguntó Héctor.

—Se lo robaron.

—Qué raro...

—Lo robaron y lo quemaron. Conseguí hablar con un señor conocido por Teodoro, el más longevo empleado de la casa, y él me dijo que había encontrado las cenizas del cartel en un vertedero.

—Eso no huele bien —gruñó Sal desde su rincón.

—Teodoro me ofreció café y hablamos durante más de media hora —continuó Fabián Pizarro. —Él es un libro vivo sobre la historia del teatro. Empezó como vendedor de palomitas y dulces cuando tenía diez años. Después un director le dio un empleo de taquillero. Hoy él tiene sesenta y nueve. Ya está jubilado, pero no se aleja del teatro. Sigue como un alma perdida, deambulando por los pasillos, desempolvando los sillones, puliendo los muebles, reemplazando las lámparas, sin que nadie le haya pedido para hacer tal servicio, solo por el placer que sentía en cuidar del lugar. Así le pregunté si recordaba de tal espectáculo. Sin parpadear, él me respondió: «Por supuesto que tengo todo por escrito». Para mi sorpresa, Teodoro me llevó a un salón en el sótano del teatro donde tenía docenas de cuadernos casi mohosos. Era en ellos que, día tras día, por más de cincuenta años, Teodoro registraba la vida cotidiana del Teatro del Chafariz. Cada espectáculo, cada ensayo, cada concierto, cada evento, cada solemnidad, las fiestas de la alcaldía y del concejal, cada vez que las aguas del río Piedra Rosa habían subido de nivel e inundaran los cómodos y pasillos, todo, todo, todo estaba allí. Luego él abrió uno de los cuadernos en una página en particular y me mostró lo que había anotado sobre la fecha de lanzamiento de Nino, El Duende Fanfarrón. Pedí permiso y tomé una foto para que tú la vieses...

Pizarro sacó el teléfono celular de su bolsillo, lo abrió en el álbum de fotos y se lo entregó a Héctor. Él hizo zoom en la foto y leyó en voz alta para que todos pudiesen saber lo que estaba escrito allí con una letra clara:

El sexto día de diciembre del año 1964, un sábado, se estrenó en este auspicioso teatro el espectáculo infantil titulado Nino, El Duende Fanfarrón, escrito y dirigido por el maestro Ulises Miguel, una persona muy amable a quien aprecio enormemente. La sesión empezó a las siete de la noche, para una audiencia estimada de doscientos cuarenta personas, en su mayoría niños y niñas entre diez y doce años. La obra cuenta la historia de una chica llamada Maribel, secuestrada por el malvado Capitán Bubo. La pobrecita está escondida en una casa antigua, donde conocerá el Fantasma Fanfarrón.

Desde donde me quedo, detrás de las cortinas, puedo observar la reacción jubilosa de los niños y niñas a la obra, que es muy divertida y repleta de acción.

El pequeño fantasma Nino fue interpretado de forma brillante por el joven actor Francisco Luna, y Maribel fue interpretada por la cautivadora actriz Lara Montoya, a quien conozco por otros programas.

Aquí grabo el elenco completo de este exitoso espectáculo. Recordando que casi todos los actores y actrices son jóvenes aprendices del curso que el director Ulises Miguel mantiene con sus propios recursos.

NINO, EL DUENDE FANFARRÓN

REPARTO

Maribel —Lara Montoya.

Nino, El Fantasma —Francisco Luna.

Capitán Bubo —Jota Castro.

Madre —Susy Franco.
Tío Giro —Justo Gael.
Momo —Pedro Maldonado.
Burbuja —Lolita Costa.
Juliano —Pipi Vargas.

—¿Quién es este Justo Gael, intérprete del personaje Tío Giro? —indagó el capitán, devolviendo el celular de Pizarro y sacando su cuadernito de notas. —No lo conozco, pero estoy muy interesado en saber quién es.

—Hice una búsqueda rápida y ya lo identifiqué —dijo Pizza. —Es Justino Galeano Cabrera... Justo Gael era su seudónimo artístico.

—Justino, nuestro insigne secretario de asuntos culturales y manifestaciones folklóricas —completó Héctor, riéndose de la descubierta insólita y también rememorando todas las cosas indecentes que Pedro había escrito sobre él en su libro.

—El mamahuevos del alcalde Triguero Junior más detestable —Sal apostilló. —Hay muchos en la alcaldía, pero este es el peor de todos.

—Tienes más una letra jota para agregar a tu lista —dijo Sebas, casi convenciéndose de que la línea de investigación del capitán no era una total imbecilidad.

—Hay otra más —subrayó Héctor. —Jota Castro, el intérprete del capitán Bubo. Por supuesto, es otro seudónimo artístico, pues también no lo conozco...

—Pero ya lo identificamos —resaltó Pizarro. —Es nada menos que Joaquín Castro Jiménez, actual director del Teatro del Chafariz.

Héctor volvió a reírse, aunque el tema no fuese gracioso. La muerte del actor Pedro Maldonado iba convirtiéndose, paso a paso, en un ovillo difícil de encontrar la punta —o no. No era imposible que todas esas cosas que estaban saliendo a la luz fuesen solo suposiciones tontas y que después no levasen a nada. Por lo contrario, quizás hasta arrastrasen las investigaciones para lejos del objetivo.

—Estos no fueron nuestros únicos descubrimientos —anunció Pizza. —Mis colegas Salmer y Romero recorrieron las cercanías del club nocturno y localizaron un quiosco con una cámara que daba a la calle principal. Es posible que ella tenga registrado el momento en que Pedro Maldonado llegó a la escena. Notamos el ángulo es favorable. Hablamos con el dueño del quiosco y él se ofreció a ayudarnos.

—¿Y dónde están las imágenes?

—Aquí —el agente Romero, un muchacho bajo, sacó un CD de un maletín y se lo entregó al capitán.

—Vamos a analizarlo —dijo Héctor y le pasó el disco a Sebas.

—Aún estamos buscando a los actores del elenco del espectáculo Yo Soy Ella —informó Pizza. —Ya tengo sus direcciones. Empecemos a convocarlos a testificar desde mañana. ¿Qué piensas, jefe?

—Creo que sí —murmuró Héctor mientras hacía notas en su cuaderno. —Ahora quiero saber sobre lo que Jesús descubrió.

—Y tú, Jesús Pérez, ¿descubriste quién es este misterioso ricohombre por quien Pedro se enamoró tan locamente? —preguntó Sebas, con un velado tono de mofa.

—Sí, claro —dijo Jesús y apretó los dientes en una sonrisa de satisfacción. —No fue difícil.

—Cuéntanos —dijo el capitán, ya entusiasmado.

—Juro que pensé —empezó a decir Jesús, quitándosele la gorra y después rascándosele la cabeza de pelos escasos —que este arrapiezo fuese Jota-Jota Hernández, presentador del Club de la Risa...

—También pensé lo mismo —interrumpió Sal. —¿No es él?

—No, no es el locutor —dijo Jesús. —La letra jota en cuestión no es la inicial de un nombre, sino de un apellido final.

—No me digas que es... —Sal interrumpió la pregunta que iba a hacer y se llevó las manos a la boca con incredulidad.

—Si pensaste en nuestro linajudo alcalde, Ramón Triguero Junior —dijo Jesús, lleno de sí mismo, sintiéndose tan confiado como Sherlock Holmes, —lo pensaste bien. Es él, Junior. O, si prefieren llamarlo como todos los lame-heridas lo llaman: Jota, El Jefe.

Los agentes se miraron en silencio, dejando escapar un murmullo. Estaban divididos en dos grupos: los que no ocultaron su sorpresa ante la revelación, pero no la refutaron en su totalidad; y los incrédulos que reaccionaron con una leve sacudida negativa de la cabeza. En este segundo grupo estaba Sebas, que simplemente se sonrió con ironía cuando escuchó el nombre Triguero, como para decir: «esto es una idiotez».

—¿Estás seguro de eso, Jesús? —preguntó Héctor con la boca abierta. Él también estaba en el grupo de los incrédulos.

—En absoluto, capitán —replicó el veterano. —Estoy segurísimo, como dos más dos son cuatro.

—¿Cómo llegaste a esta conclusión? —preguntó el escribano.

—Empecé mi pesquisa —continuó Jesús —con una visita al Bar Tormenta, donde sus frequentadores de todo saben. Escuchen lo que les digo: la memoria colectiva de Ludovica no está en los museos, bibliotecas o universidades, está en las mesas del Bar Tormenta. Por eso yo me senté y pedí un tinto acompañado de una rebanada de queso...

—¿Un tinto? —Sebas interrumpió de manera burlona. —¿Estás seguro de que no pediste algo más fuerte para beber, como un carajillo?

—No bebo brandy ni tequila cuando estoy de servicio— respondió el veterano— y no frecuento los moteles en las horas libres. No suelo mezclar trabajo con diversión.

Hubo un embarazoso y angustiante silencio en la sala. Sebas miró hacia abajo. Pero todos sabían que el escribano no era el único que realizaba escapadas a la hora del almuerzo, por lo que se sentían avergonzados por la guasa de Jesús Pérez.

—Prosigue, Jesús —dijo el capitán. —No escuches lo que dice Sebas. Hoy se despertó dispuesto a burlarnos.

—Cómo iba diciéndoles —continuó Pérez, —me senté en el bar y pedí un café con leche, no fue un goteo. Tuve una parrafada con el hermano de Iván Tormenta, que es el verdadero dueño del negocio. Iván es una figura folklórica que tiene casi ochenta años y hoy solo presta su nombre al bar. El dueño es Getulio, su hermano, con quien conversé. Le pregunté si acaso recordaba del escándalo envolviendo un actor y un ilustre hijo de la ciudad... Al principio Getulio vaciló y se negó a entrar cualquier cosa sobre tal asunto, hasta que, de repente, empezó a decirme que el dicho chicuelo era, en realidad, Ramón Triguero Junior. Cuando era adolescente, a Triguero Junior le gustaba que la gente lo llamase apenas Junior. Hoy, como sabemos, él prefiere el apodo Jota, El Jefe.

—El Principito de Ludovica —chismorreó Sal.

—Sí, el nieto favorito de la matriarca Cora Triguero, dueña de casi todas las tierras vacantes

de Ludovica —dijo Jesús Pérez, tomando aliento para continuar su relato. —Pero de principito Triguero Junior no tenía nada. Getulio me contó que, cuando era adolescente, nuestro actual alcalde era un querubín travestido de luzbel: le gustaba la música alternativa y ensordecedora, fumaba marihuana en las plazas sin preocuparse con quien pasaba, olía coca con los extranjeros que conocía en las callecitas del centro, bebía en bares y no pagaba la cuenta, cerraba las puertas de los burdeles y cacheteaba a las putas, promovía festivales nocturnos de tiro al blanco y usaba las placas de señalización y los semáforos para testar su puntería. Era el terror de cualquier fiesta: cuando él llegaba al club, la gente corría desesperada y la pista de baile se vaciaba. Cierta vez, completamente borracho, él puso el coche de su padre sobre una procesión de Santa Teresa de Jesús. Por suerte, nadie murió o resultó herido, a excepción del propio Junior que, después de frenar el vehículo sobre una farola, se fue al hospital con un brazo dislocado. Todas estas barahúndas, por supuesto, eran ocultadas al día siguiente por orden de la familia Triguero, cuyo poder era mucho mayor que es hoy. Hubo un tiempo que Doctor Ramón Triguero, diputado en la época, quería encarcelar a su hijo en una clínica psiquiátrica, convencido de que él era esquizofrénico, pero la abuela Cora no lo permitió. La relación homoafetiva de Junior con Pedro fue, de hecho, un bálsamo en su vida ingobernable. De repente el chico pasó del agua al vino. Ingresó en las clases de teatro, se convirtió en actor, adoptó una postura más zen y pasó a convivir con el mundo artístico de Ludovica. Nadie se lo veía mamado o colgado en las calles como antes...

—Por fin, ¿las putas tuvieron paz en los burdeles? —preguntó Pizarro.

—Sí —respondió Jesús. —Las putas se quedaron tranquilas, los dueños de los bares volvieron a mantener sus puertas abiertas hasta altas horas de la noche y la vida nocturna de la ciudad se ha convertido en un paraíso. Se decía a menudo que el actor había lavado el cerebro del diablillo. Otros, más burlones, dijeron que Maldonado tenía un culo de azúcar para endulzar la vida de los ricos rebeldes. Dejando de lado la chirigota popular, la verdad es que el Junior insurrecto de antes desapareció. A los dieciocho años, él era un joven integrado en el mundo artístico. Al principio de todo, la ciudad parecía aceptar (o ignorar) la relación amorosa de su hijo ilustre con el actor putarraco. Quizás esta aceptación velada se debía al hecho de que la ciudad estaba feliz y pacífica con el cambio de comportamiento del crío. Hubo un ruido más fuerte, sin embargo, Júnior decidió a vivir en la casa de Maldonado. Eran, a partir de entonces, una pareja que vivía en la misma techumbre. Por lo tanto, se hizo imposible cubrir el sol con un dedo. Los chismes aumentaron y pasaron a dominar las tertulias de las esquinas. El escándalo, sin embargo, ganó proporciones gigantescas cuando anunciaron la realización de un espectáculo donde Junior aparecería sin ropa en una de las escenas. Pero dos días antes del espectáculo estrenar, un grupo de hombres encapuchados rompió los carteles que estaban clavados en todos los postes y paredes de la ciudad. Las calles amanecieron limpias, sin vestigios de los anuncios, no quedaba un único póster. El director Pedro Maldonado se acercó a la prensa para denunciar el incidente, pero no hubo informes al día siguiente. Todos se silenciaron. Aun así, la obra debutó. La ciudad fue tomada por un gran revuelo, parecía el primero de octubre de 1980. Todos querían ver el hijo del Doctor Ramón Triguero completamente desplumado. Se vendieron más tiques que la capacidad del teatro y faltaron asientos para algunos espectadores tardíos. A pesar de este percalce, todo empezó bien.

—Una vez mi madre me contó este episodio, pero sin revelar muchos detalles —dijo Sal, interrumpiendo la narrativa de Jesús. —Ella era dueña de una peluquería y recuerdo que se quedaba atemorizada cada vez que un cliente iniciaba este tema en una conversación. Si no me

equivoco, ella me dijo que una pandilla armada irrumpió en el teatro...

—¡Sal, por favor! —el capitán la interrumpió, sin ocultar su irritabilidad. —Deja que Jesús nos cuente lo que pasó.

—Excúsame, capitán, no era mi intención...

—Las cortinas se abrieron y comenzó el espectáculo —Jesús retomó su narrativa. —Todo transcurrió sin problemas hasta los veinte minutos del primer acto, según me dijo mi amigo Getulio, que estaba presente en la platea. Había, sin embargo, un sentimiento de miedo entre los espectadores. Las personas se comportaban con un raro nerviosismo, como si supiesen que algo grave iba a suceder. Tal vez tal actitud se debía a la incómoda presencia de varios hombres desconocidos en cada una de las dos salidas del teatro. Los que habían prestado más atención a este detalle se dieron cuenta que al menos veinte hombres misteriosos estaban en alerta, como si fuesen guardias de seguridad contratados por la propia producción del espectáculo. No lo eran, por supuesto. Eran pistoleros al servicio de la familia Triguero. Siendo más específico: pistoleros caracterizados como guardaespaldas de Cora Triguero. Nadie la vio porque se disfrazó muy bien, pero ella estaba allí: se había tomado uno de los asientos del camarote reservado para las autoridades. Dos trogloditas la rodeaban. Nadie se dio cuenta de que todos estaban armados, porque en ese momento no había una revista de armas en la entrada del teatro, ni nadie se imaginaba algo así en Ludovica. Lo que se siguió fue una escena digna de una película de western italiano. Cuando Junior entró en el escenario, hubo una conmoción en la audiencia. Docenas de chicas empezaron a gritar como se estuviesen en un concierto de rock. Pienso, capitán, que muchas nunca habían entrado en un teatro, pero esa noche se sentían atraídas por el ansia de ver la famosa polla del principito. Getulio me contó que era un espectáculo incomprensible, que no tenía ni cabeza ni cola, pero a nadie le importaba eso. Y cuando el miembro más distinguido de la familia Triguero apareció en el escenario sin nada para ocultarle la parte trasera y ni la delantera, con su porongo balanceándose como un enorme péndulo entre sus piernas, el teatro principió a temblar como si golpeado por un terremoto. Pero la escena esperada no sucedió... Los pistoleros se extendieron por todas las galerías y pasillos, empujando a la gente, apresurándose hacia el escenario. Luego las personas empezaron a gritar porque oyeron disparos. Getulio me garantizó que solo un disparo ocurrió. Luego después la matriarca del clan Triguero emergió de forma imperiosa en medio del caos que se había formado, caminando delante de los secuaces. Ella gritó en dirección al escenario: «¡Detengan este espectáculo infame y pornográfico!» El nieto no se escapó al oír la voz de la abuela. Se levantó y se la enfrentó. Lo que ocurrió a continuación fue lo siguiente: los matones golpearon a Maldonado hasta que él se derrumbó y después arrastraron a Junior por los pasillos del teatro. Getulio me dijo que él gritaba como un cordero sangrante, clamaba el nombre de Pedro y maldecía a la anciana. Se sabe que los pistoleros lo metieron en un coche y desaparecieron en la noche. Al día siguiente nadie sabía nada. Era como si el viento del olvido hubiese barrido los recuerdos de la gente. Nada, ni notas ni informes en los periódicos y ni en las emisoras de radio. Getulio me dijo que el Doctor Triguero pasó la noche colgado en el teléfono, pidiendo a todos que el caso fuese ahogado. Los matones y paletas que trabajaban para la familia Trigueros se fueron de puerta en puerta, de bar en bar, de bodega en bodega, por todos los rincones de la ciudad, en las plazas y en los miradores, guiando a la gente sobre la ley del silencio. Fue decretada la pena de muerte para los que desobedeciesen o insistiesen en recordar el caso. La operación «cállate» funcionó de tal manera que, por la noche, las familias preferían no salir de casa ni mismo para hacer compras en los colmados. Las calles se quedaron desiertas. Los bares cerraron sus puertas. Incluso las putas cerraron el coño y los cabarets decretaron un día

festivo. No había ningún ser vivo que se atreviese a desafiar una orden de Cora o de su hijo, el Doctor Ramón Triguero. Ellos eran capaces de causar los más diversos disturbios en la ciudad, si así lo deseasen. El reinado de terror del clan, por supuesto, terminó con la muerte de la anciana. Hoy la realidad es diferente, aunque Triguero Júnior sea nuestro alcalde, los tiempos cambiaron.

—Pedro Maldonado, al narrar este episodio en su controvertido libro, rompió la ley del silencio —dijo el capitán Héctor, interrumpiendo la narrativa de Jesús.

—Por supuesto, jefe —concordó el viejo Jesús Pérez. —Es verdad que los mayores hicieron un esfuerzo audaz por ignorar tales acontecimientos, pero los más jóvenes no sabían nada sobre el episodio. No olvidamos que esto aconteció en el distante 1991.

—Ya se van veintidós años —murmuró Pizarro.

—El libro, sin embargo, trajo la podredumbre del alcalde de regreso a la superficie, justo cuando está experimentando su mejor momento político, habiendo sido reelegido por cuatro años más en octubre —comentó Sebas, por fin aceptando que el trabajo de Jesús tenía alguna relevancia para la investigación y que las hipótesis levantadas por el capitán guardaban cierta lógica. —¿Eso significa que interrogaremos al alcalde, jefe?

—No lo sé aún —el capitán vaciló. —Necesito enlazar más piezas en este complicado rompecabezas y establecer una estrategia.

—¿Viste el mensaje que el alcalde publicó en Twitter ayer? —preguntó Sal, luego tomando el ejemplar de La Voz que estaba sobre una mesa. —Mira, capitán: «Yo y mi familia estamos muy tristes. Pedro nos dio grandes alegrías y dedicó toda su vida al engrandecimiento del arte en nuestra ciudad».

—De hecho, le dio al alcalde una gran alegría —Pizza se echó a reír.

—No fue el único —continuó Sal, ignorando el comentario malicioso de su colega. —El presidente del concejal, José Justo Ortega, envió un comunicado de prensa: «Dejará un vacío difícil de ser llenado por otro artista. Sin duda, contribuyó al desarrollo cultural de nuestra ciudad».

—¡Qué vacío! —Pizza volvió a reír. —Realmente muy difícil de llenar.

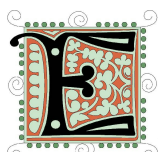
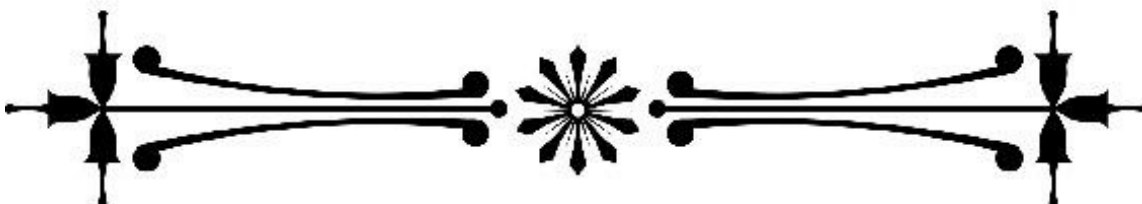
—Respetar a los muertos, Pizza —le regañó Sal, y luego continuó leyendo en voz alta. —Joaquín Castro, el director del Teatro del Chafariz, en una entrevista de radio, dijo: «Un artista único, apasionado por lo que estaba haciendo. Fue malinterpretado por sus propios compañeros de arte y también por toda sociedad de nuestra ciudad. Merece ser glorificado al menos ahora, después de su muerte».

—El judas dice que el amigo muerto merece ser glorificado, pero no ha permitido que el cuerpo fuese velado en el teatro —dijo Jesús Pérez.

—Son todos hipócritas —espetó Sebas. —Una categoría de gente que me hace vomitar.

—Observen el grado de cinismo en el mensaje del secretario de asuntos culturales, Justino Galeano Cabrera: «Estoy conmocionado por la violencia de su muerte, profundamente entristecido por la pérdida y por el vacío que Pedro dejará en las artes escénicas de nuestra ciudad».

—¡Al diablo con tanto fariseísmo! —dijo el capitán, poniendo un fin a la reunión.



El ingeniero civil Ramón Triguero Júnior, El Jefe, con gafas que le cubrían la mayor parte de su rostro, llegó a las cinco y media de la tarde al velatorio del actor Pedro Maldonado. Salió del auto con su esposa Vanessa y los dos hijos. Todos se vestían de negro. El niño más grande sostenía una pequeña corona de flores en sus manos.

Entraron en el Centro de Funerales San Jordi con gestos casi ensayados y saludaron a algunas personas sentadas en la sala de estar. Luego se acercaron a Joaquín Castro Jiménez, el director del teatro, e intercambiaron dos o tres palabras con él. Se acercaron enseguida al ataúd, donde el niño dejó las flores que llevaba.

No fue posible ver al fallecido. Ni siquiera había una pequeña ventana de cristal para mirar su rostro. Los forenses explicaron a algunos reporteros que la condición del cuerpo era tan deplorable que sería mejor que no se mostrase ninguna parte.

El Jefe se quedó un rato, tal vez unos segundos, mirando una foto de Pedro que alguien había colocado encima del ataúd. Era una foto del actor sonriendo y con un pequeño perro blanco en sus brazos.

Algunas personas presentes tenían ganas de arriesgar un dedo para saber lo que estaba pasando en la cabeza del alcalde en ese momento, cuando estaba mirando la foto de Maldonado. ¿Recuerdos de los buenos tiempos?

Una señora flaquita, sentada en una silla de la primera fila, muy cerca del ataúd, paralizó su mirada inquieta a la figura del alcalde. Puede ser que no tuviese arrojo para arriesgar un dedo, pero deseaba mucho saber lo que pasaba por la cabeza de este hombre imponente en ese momento.

La mujer era Susy Franco, actriz y coreógrafa veterana que había trabajado con Maldonado durante años y años.

Ella nunca olvidó la tarde lluviosa que un chico de ojos verdes surgió en el cobertizo del grupo Pueblo de Batey, en la Ciudad Vieja, para solicitar un lugar de actor.

Tal vez el alcalde también recordase aquella tarde de noviembre, tal como lo recordaba ahora Susy. Sí, quizás fuese esa imagen la que le venía a la mente ahora mientras miraba la foto del muerto.

Aún era guapísimo, pensó Susy. El frescor de la juventud se había ido y también la rebeldía, pero debajo de esta coraza podría haber el mismo chico que apareció en aquella tarde lluviosa.

Triguero Junior había cumplido cuarenta años el pasado 22 de noviembre. Anteriormente, el 7 de octubre, recibió un valioso regalo del pueblo de Ludovica: había sido reelegido para otro mandato de cuatro años como jefe del ejecutivo municipal. Había derrotado por una mayoría de 254 votos a su oponente Plácido Fuentes Zebulón, representante de otra poderosa oligarquía local.



Triguero Júnior era el hijo menor de la pareja Ramón Triguero y Helena Mascareñas.

La madre era médica y fue elegida dos veces al concejal de Ludovica.

Su padre era abogado criminal y fue diputado durante cinco mandatos consecutivos, después de haber sido alcalde de Ludovica por ocho años.

Ambos murieron en un accidente automovilístico en noviembre de 2008. El auto que conducían en la autopista que lleva a Cocomiel se deslizó en el asfalto húmedo y cayó en un dique, ahogándolos.

Con la muerte de la matriarca Cora Triguero a la edad de noventa y cinco años, en septiembre de 2002, y con el accidente que mató a la pareja Ramón y Helena en 2008, Junior se convirtió en el principal baluarte de la familia que comanda la política de Ludovica desde los tiempos coloniales. Incluso cuando Santabella atravesó períodos de dictadura, cuando las ciudades fueron gobernadas por interventores designados por el ejército, la familia Triguero no perdió el poder y continuó ocupando cargos importantes con la bendición de los usurpadores de uniforme.

Cuando Junior nació, el 22 de noviembre de 1972, su madre era concejala y su padre era diputado. El abuelo paterno, Arthur Triguero (esposo de Cora), era senador de la república.

La pareja Ramón-Helena ya tenía otros cuatro hijos: Raquel, Rodolfo, Rutenio y Rodrigo. Como Junior era el más joven, fue cubierto de beneficios que los demás no tuvieron. Fue tratado como un principito, especialmente por su abuela Cora, y por una razón muy especial: el niño tenía ojos muy verdes y pestañas enormes, un rasgo genético de la anciana.

El núcleo principal del clan Triguero vivía en una gigantesca casa construida al alrededor de 1909 en la parte más alta de la ciudad. El caserón se llamaba Mansarda de los Grandes Tigres. Pocas personas de la plebe conocían el lugar. Solo los miembros de la familia, los sirvientes y unos pocos invitados distinguidos tenían acceso a las instalaciones de la vivienda de catorce dormitorios y dieciocho baños. Fue en este mausoleo donde creció Junior. A los ocho años ya era el terror de las cocineras y de las mujeres de la limpieza. Desarrolló un ansia incendiario y prendió fuego a todo lo que se tejía y movía, desde las cortinas de la habitación hasta las faldas de las mujeres. Los animales domésticos no escapaban de ese afán mortal: una vez prendió fuego al gato persa de su abuela. El gatito sobrevivió, pero se quedó terco y triste por el resto de su vida.

Cuando completó diez años, Junior desarrolló tendencias suicidas. Varias veces los empleados

lo atraparon colgado en el techo del ático con una cuerda alrededor de su cuello. En otra ocasión intentó castrarse con la navaja de su abuelo. Y en el más fatídico de sus intentos, se vistió con la chaqueta de su padre, la empapó de alcohol y la prendió fuego, convirtiéndose en una antorcha humana a través de los amplios pasillos de la casa. Fue socorrido por un albañil que reparaba una de las habitaciones y arrojó un balde de arena sobre el cuerpo en llamas. Junior fue hospitalizado durante tres semanas debido a quemaduras de tercer grado en sus piernas y brazos. Luego tuvo que someterse a tres cirugías plásticas para corregir las secuelas.

A los doce años, se volvió terrorista: hizo explotar una bomba doméstica dentro de la escuela y destruyó el laboratorio de química. Fue expulsado por los directores y llevado por sus padres (bajo protestas vehementes de sus abuelos) para estudiar en la capital, donde pasó cuatro años (con sus hermanos Rodolfo, Rutenio, Rodrigo y Raquel).

En Cocomiel, junto con otros tres amigos, formó una banda de rock en el garaje de la casa donde vivía. El grupo tenía un nombre bastante singular: Dark Side Of The Moon. Fue una infeliz proposición de Junior que los otros integrantes tuvieron que aprobar, aunque prefiriesen llamar a la banda solamente Dasimoon, excepto el guitarrista Junior, que no renunciaba a su idea.

El mayo de 1988, durante un festival de música alternativa, todos los miembros de Dasimoon fueron arrestados por la policía. El motivo: al final de una actuación fallida, bajo los abucheos de la audiencia, Junior tuvo la desafortunada iniciativa de tocar la guitarra en llamas, repitiendo el gesto de Jimi Hendrix en el Festival Internacional de Música Pop de Monterrey. A diferencia de la actuación de Hendrix en 1967, que terminó sin mayores incidentes, la de Junior fue un desastre: el fuego atingió un amplificador de tubo y este explotó de repente, dispersando la fogata por el escenario. El cantante principal de la banda, un chico de dieciséis años llamado Enzo, recibió una descarga eléctrica en su boca de un micrófono cuyo cable pelado estaba en llamas. Las piezas de la guitarra de Junior golpearon la cabeza de una chica en la platea y ella se desplomó en el suelo. Todo esto provocó una rebelión que destruyó a todo el club donde tuvo lugar el evento.

Asustados, los integrantes de Dasimoon intentaron huir, pero fueron arrestados por los organizadores que llamaron a la policía. Los niños pasaron cuatro horas en la cárcel hasta que las autoridades descubrieron sus edades y también la identidad de Júnior. El doctor Ramón Triguero tuvo que movilizar gente influyente en la cumbre del gobierno para evitar que el incidente apareciese en los principales periódicos de la capital.

Como castigo, a fines de 1988, Triguero Junior se vio obligado a regresar a Ludovica. Tenía dieciséis años. Cuando la abuela lo recibió de vuelta en la puerta principal de la Mansarda de los Grandes Tigres, tuvo la impresión de que el nieto estaba poseído por un espíritu obsesivo y mandó buscar a monseñor Nicolás Cardona para que lo bendijese. Después de una sesión improvisada de exorcismo, el sacerdote miró a la matriarca y declaró: «Este chico tiene mucho odio acumulado». La anciana lo tomó como una ofensa y, insultada, nunca más invitó a monseñor Cardona para tomar un café en su casa.

De los dieciséis a los dieciocho años, Junior tomó una postura de rebelde sin causa, copiando actitudes y modas de películas estadounidenses: subió al Nido del Buitre para comprar cannabis directamente con los traficantes; bajó a los callejones sucios de la Ciudad Vieja en busca de sexo y aventuras; invadió los burdeles de Mata-Mata e hizo orgías con las putas sin distinción de color o edad; y también frecuentó los casinos clandestinos y los bares más famosos de Vila del Destierro. Todo esto recibía el consentimiento implícito de Cora.

Entre 1986 y 1989, como ya se sabe, el actor Pedro Maldonado vivió una temporada en el extranjero. A principios de la década de 1990, regresó a Ludovica. Tal vez porque había estado

tan lejos del ajetreo y del bullicio de Ludovica, el veterano actor no había oído hablar del chico pícaro que ponía la ciudad al revés. Por lo tanto, no prestó atención a la identidad del grunge de ojos verdes que lo buscó en una tarde lluviosa de noviembre, en el cobertizo de la Ciudad Vieja, para intentar una vaga de actor en su grupo. Cuando Pedro descubrió de quién el chico era hijo y nieto, ya era demasiado tarde, su corazón estaba alicaído de deseo. Junior pudo haber encontrado en Pedro el canal adecuado para desatar de forma creativa toda su rebeldía. De hecho, hubo una conexión mutua, un encantamiento, una sinergia inexplicable.

Por amor o inteligencia, Pedro consideró revertir a su favor la curiosidad que la gente de Ludovica tenía acerca de Junior. Tuvo la desafortunada idea de ponerlo sin ropa en una escena de su pieza Tele Visión. Luego sucedió lo que sucedió (lo que el lector ya sabe): la noche del debut, la matriarca irrumpiendo en el teatro con diez o doce hombres armados, golpeando a Pedro y secuestrando a Junior.

Pedro tuvo que esconderse por un tiempo debido a las amenazas que recibió después del escándalo. Ludovica se convirtió en el lugar más inseguro para él.

Junior fue llevado por sus padres a estudiar en los Estados Unidos. Se graduó en ingeniería civil e hizo un posgrado en Toronto, Canadá. De vuelta a Santabella, su padre le consiguió trabajo en una grande empresa brasileña que estaba construyendo los majestuosos viaductos de Cocomiel. Durante el período que prestó servicios como ingeniero civil para este conglomerado gigantesco, o sea, desde el 1997 hasta el 2000, viajó a Portugal, Angola, Emiratos Árabes, Kuwait y Reino Unido. Uno de sus orgullos como ingeniero era haber trabajado durante seis meses en la construcción del American Airlines Arena, el famoso gimnasio Triple A de Miami.

En 2001, Junior renunció al empleo en la constructora, se tomó vacaciones y viajó solo a las islas Phi Phi, en Tailandia. El lugar fue elegido por él después que vio la película *The Beach*, protagonizada por Leonardo DiCaprio y dirección de Danny Boyle. Junior quería hacer lo mismo que Richard, el personaje de DiCaprio: esconderse en el paraíso y fumar mucha hierba hasta alcanzar el nirvana.

Para llegar a Phi Phi, debes ir a Phuket, la isla más grande de Tailandia, en el mar de Andamán. La ciudad más importante de la isla también se llama Phuket y es servida por un aeropuerto.

Tan pronto como Triguero Junior llegó al Aeropuerto Internacional de Phuket, se encontró con Vanessa de Groux. Como su apellido ya lo indicaba, era de origen belga y también estaba en Tailandia buscando las mismas cosas que él: sol, tranquilidad, sexo y hierba.

Junior tenía veintinueve años en ese momento. Su color oscuro, sus ojos verdes y su altura se asemejaban vagamente al chico delgado y diabólico que él había sido en su adolescencia. Pero el cuerpo había sufrido profundas transformaciones. El estilo de vida sedentario, la cerveza en abundancia y las noches perdidas en las discotecas le valieron una barriga prominente. La calvicie, una de las características genéticas de la familia de su madre, también se manifestó temprano: a los veinte años comenzó a despedirse de su cabello castaño rizado que le llegaba a los hombros. A los veintinueve años, estaba casi calvo. La cara de forma triangular invertida con una barbilla delgada estaba cubierta por una barba gruesa, mitad amarilla. Incluso la nariz (que antes era muy delgada y delicada) parecía haberse visto afectada por el clima, volviéndose más gruesa y regordeta.

Vanessa tenía veinticuatro años. Era psicóloga. A diferencia de Junior, ella estaba en el apogeo de su belleza física. Era blanca, rubia, de ojitos marrones y un cuerpo delgado que revelaba horas y horas de entrenamiento en el gimnasio, aunque dijese que era adepta al naturalismo. Fumaba

mucha hierba, mucho más que Junior. Era fisurada en Cannabis.

Junior y Vanessa se toparon en el pequeño salón del aeropuerto mientras buscaban informaciones sobre taxis y hoteles. Se rieron cuando descubrieron que se quedarían en el mismo complejo. A partir de ese momento no se apartaron más: hicieron románticos paseos de bote, realizaron aventuras submarinas para fotografiar corales y peces coloridos, se unieron para jugar al voleibol en la playa, volaron de kitesurf, se deslizaron por el tobogán, comieron pescado asado en una fogata y fumaron mucha marihuana a los pies de los acantilados rocosos de Phi Phi. Hicieron el amor ya en el segundo día. Después de este primer sexo, decidieron que no se separarían y se casarían cuando las vacaciones legasen al fin.

Se casaron en diciembre de 2001 en una ceremonia para unos pocos invitados, celebrada en Sevilla, donde Vanessa vivía y donde Junior decidió seguir viviendo por un tiempo.

La matriarca Cora Triguero se negó a viajar hasta España, descontenta con la decisión de su nieto de celebrar el matrimonio tan lejos de Ludovica; de hecho, no fue su decisión, sino de la novia.

También Cora no voló hasta Sevilla por decisión de sus médicos. Estaba tan debilitada que tal vez no fuese capaz de subir en la aeronave. Había sido acometida por diversas enfermedades, siendo el mal de Párkinson la más grave.

Cuando Cora murió el 22 de septiembre de 2002, un domingo lluvioso, Vanessa ya estaba embarazada de su primer hijo. Triguero Junior y su esposa volaron a Ludovica ese mismo día. Fue durante los servicios fúnebres de la matriarca que él fue invitado a asumir el cargo de secretario de obras de la alcaldía, una idea de su padre aceptada de inmediato por Gregorio Montes, el alcalde de la época. El plan del diputado provincial Ramón Triguero era que su hijo comenzase su carrera política a partir de ese momento.

Así sucedió. Mismo aún indignada, bajo protesta, Vanessa vino a vivir en Ludovica. El primer hijo nació en la Nochebuena de 2002.

Cuando llegaron las elecciones municipales de 2004, Gregorio Montes (apoyado por el diputado Ramón Triguero) fue reelegido por otros cuatro años como alcalde de Ludovica. Junior, el más joven del clan Triguero, fue el candidato mejor votado para concejal.

El 5 de octubre de 2008, según lo que había sido planeado, a la edad de treinta y seis años, ya siendo padre de dos niños, Triguero Júnior fue elegido alcalde de Ludovica por primera vez.

Unos días más tarde, mientras seguía celebrando la resonante victoria, perdió a sus padres en el trágico accidente automovilístico.

El restante es la historia oficial, está en los anales de la alcaldía, en los libros escolares y en la Internet. Como bien escribió Jorge Amado en su novela Tocaia Grande: «lo que sucedió después no vale la pena contarlo, no tiene gracia».



En ese momento Susy Franco parpadeó. Por un momento pensó que se había quedado dormida. Ella parpadeó otra vez y vio al alcalde Triguero Junior acercándose con su mano extendida hacia ella.

—¿Cómo está la señora? —le preguntó.

—Ah, estoy bien. Me voy aquí mirando y dejando, gracias —le saludó Susy.

—Mis condolencias —él murmuró. —Sé lo mucho que era su amigo.

—Pedro era casi un hermano para mí —murmuró ella.

—¿Conoces a mi esposa?

—No he tenido el placer.

—Querida, ven aquí para conocer a una amiga...

Vanessa, que hablaba con un grupo de mujeres, se volvió hacia Susy y le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—¿Cómo estás? —dijo ella. —Soy Vanessa de Groux Triguero.

—Por nombre y por foto, la conozco. Así en presencia es mucho más hermosa.

— Ah, gracias.

— Soy Susy Franco. A su marido lo conozco desde que él era un niño descarnado —dijo y se puso a reír.

—Susy es una de las grandes artistas de nuestra ciudad —le dijo el alcalde a su esposa — y fue amiga de muchos años del actor Pedro Maldonado.

—Lo siento mucho —murmuró Vanessa. —Una muerte tan trágica...

— Sí, muy trágica —enmendó Susy.

—La gente de Ludovica nunca olvidará la contribución que él hizo a nuestra cultura —dijo el alcalde en un tono de despedida. —Estoy feliz de verte otra vez, Susy. Aparece un día en la oficina de despacho de la alcaldía para tomar un café conmigo.

—¿Cómo se llaman tus hijos? —Susy le preguntó de repente.

—Ah, este es Rafael, el mayor de diez años. —El alcalde tomó al niño por el brazo y lo hizo saludar a Susy. Luego sacó el más joven. — Este es Emanuel, de ocho.

—Dos angelitos —dijo Susy y los besó ligeramente en la cabeza. —¿Cuál de ellos le gusta el rock pesado?

—¿Cómo? —Vanessa quedó desconcertada y sus ojitos se abrieron ante la inusual pregunta.

—¿No sabías que el alcalde era un fan de Nirvana?

—Eso fue hace mucho tiempo —tartamudeó el alcalde y miró a Susy con cara de desesperación, como si gritase a ella: «¡no, por favor, no, no es eso!»

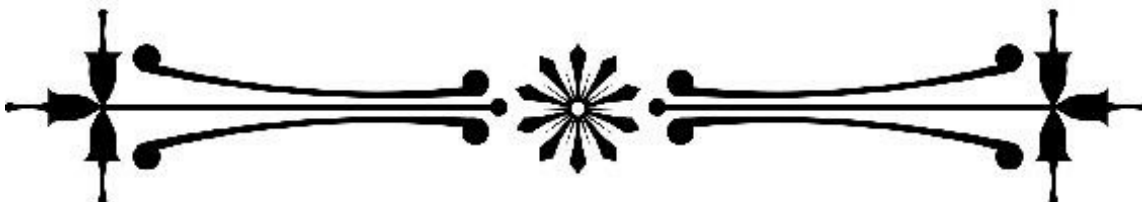
—No hace tanto tiempo así —corrigió Susy. —A pesar de tu calvicie, tienes el mismo aspecto de chico rebelde que antes. Aún recuerdo cuando...

Vanessa notó la incomodidad de su esposo y lo tomó del brazo.

—Tenemos que irnos, cariño —dijo ella, con voz suave. —Lo siento, señora, tenemos otra cita para ir.

—Oh, bien —murmuró Susy. —Me disculpo por molestarte, señor alcalde. Encantado de verte de nuevo. Voy a ir a tu oficina a tomar un café. Cualquiera día, quizás...

Junior no dijo nada más. Dio las espaldas y se fue.



Cuando pasaron por la puerta principal del centro de velatorio, el alcalde, su esposa y los dos niños se toparon con monseñor Nicolás Cardona, que se apresuraba para celebrar la misa fúnebre. Se saludaron rápidamente.

—¿No te vas a quedar para la misa? —preguntó el sacerdote al alcalde.

—Ah, lo siento mucho —dijo Junior.

—Tenemos otra reunión —mintió Vanessa.

—Llegué demasiado tarde —el viejo sacerdote se disculpó.

En este momento, el sacerdote y el séquito del alcalde estaban rodeados por los ávidos fotógrafos y reporteros que cubrían el velatorio. Vanessa trató de articular una maniobra para que su esposo no se detuviese a dar entrevistas, pero fracasó en el intento. En cuestión de segundos, todos se sumergieron en un mar de micrófonos, grabadoras y teleobjetivos.

—¿Qué tienes que decir sobre el actor Pedro Maldonado? —preguntó un reportero de la Radio Comunitaria, lanzando su pequeña grabadora frente al rostro del alcalde.

—Nos dio muchas alegrías —respondió Triguero Junior, intentando recordar la nota escrita por su jefe de prensa —y dedicó su vida a la mejora del arte en nuestra ciudad.

—Fue un gran artista, sin duda —murmuró el sacerdote.

El reportero Tomás Wallace se separó de la multitud y dirigió su teléfono móvil más cerca de la cara del alcalde.

—En algunas entrevistas, Pedro reclamaba de la falta de apoyo del gobierno, especialmente de la alcaldía. ¿Qué piensas? —preguntó.

—No puedo... —el alcalde tartamudeó un poco antes de empezar a responder. —No puedo responsabilizarme por todos los que pasaron por el ayuntamiento de Ludovica, pero puedo decir que mi familia siempre apoyó todas las iniciativas de nuestro gran actor.

—¿Leíste el libro de Pedro? —preguntó Tomás.

Junior miró al reportero con suspicacia. Se quedó mirando al joven por un rato. Tal vez quisiese asegurarse que no era una trampa. Vanessa también frunció el ceño e hizo una mueca de contrariedad.

—¿Qué libro? —ella le preguntó a Tomás.

—La autobiografía que él escribió —informó el joven reportero.

—No, él no lo leyó. —Ella se mostró inflexible. —Mi esposo es un hombre muy ocupado.

—Lo que me gustaría decir —el alcalde trató de recordar las bien redactadas palabras de su nota de prensa —es que nada puede borrar el brillo de este extraordinario pasaje de Pedro Maldonado artista por el plano terrestre. Vine aquí para expresar mis condolencias a los amigos y admiradores de este talentoso compatriota. Mi familia y yo estamos muy tristes, al igual que todos los que hacen el arte en Ludovica.

En ese instante, Vanessa tomó el brazo de Triguero Junior y lo arrastró para lejos del mar de micrófonos y grabadores.

—¡Alcalde!

Algunos reporteros empezaron a correr tras de Triguero.

—¡Una palabra más, por favor!

Vanessa no permitió que su marido volviese: lo arrastró (y también arrastró a los niños) al coche como una gata que intenta proteger a sus hijuelos. Se fueron rápidamente, dejando a monseñor Nicolás Cardona con la tarea de entretener a la voraz multitud. Tomás Wallace se acercó al cura.

—¿Fuiste maestro de Pedro Maldonado?

—Ah, mi hijo, es probable que sí —él murmuró. —De veras, yo pienso que fui maestro de casi todos en esta ciudad.

Dijo eso, se apartó de los voraces tentáculos de los reporteros y se dirigió al lugar reservado para una pequeña capilla improvisada en el centro de vigilia.

En parte era cierto lo que dijo monseñor Cardona. Tenía ochenta y tres años y casi sesenta de ellos fueron dedicados a enseñar química, física y matemáticas en el Colegio Diocesano de Ludovica, que la gente solía llamar «el colegio del obispo». Tenía veinticuatro años cuando fue consagrado sacerdote y poco después empezó su carrera docente.

José Nicolás Cardona pertenecía a una familia tradicional de Guacamayo Rojo, ciudad ubicada en la próspera franja de tierra entre los campos y la costa. Los padres eran agricultores, propietarios de plantaciones de caña de azúcar. El bisabuelo era un español de la región de Cádiz y la bisabuela una negra haitiana. Al menos eso fue lo que el propio Nicolás Cardona contó en un libro publicado en la década de 1960 y titulado Historias de las Familias Tradicionales de Guacamayo Rojo.

Cuando José Nicolás nació el 12 de enero de 1929, sus padres ya tenían una descendencia de once hijos, siendo siete hombres y cuatro mujeres. Llegó al mundo a través de un parto difícil y, por eso, su madre decidió que él sería consagrado al servicio de la Iglesia Católica. El padre accedió a la solicitud a regañadientes.

A la edad de doce años, José Nicolás ingresó al seminario de Santo Hesiquio, que se basaba en una granja de mil hectáreas cerca de Guacamayo.

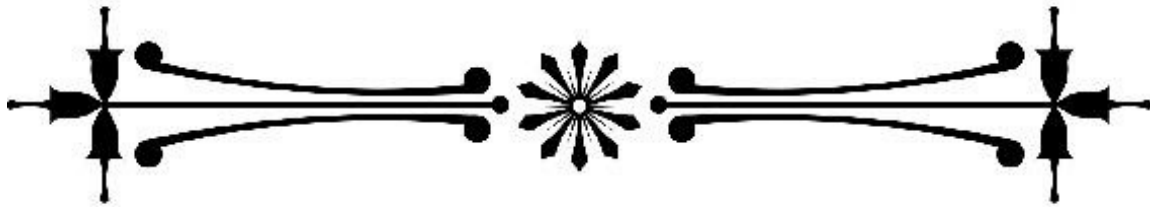
Si un día escribiese una autobiografía, Nicolás tendría mucho que contar de su vida de seminarista de los doce a los veinte. Llevaba una intensa y ardua rutina de estudios teológicos, interrumpida solo durante el período de la fiesta del santo patrono o cuando era escogido para

hacer compañía al señor obispo en el Palacio Episcopal, una granja con piscina y sauna que se destacaba a los ojos de los curiosos, una propiedad rodeada por eucaliptos y pinos. De vez en cuando, el director del seminario hacía un sorteo para determinar a los novicios que iban a aplacar el aburrimiento del Reverendísimo.

José Nicolás Cardona fue ordenado sacerdote el julio de 1953 y nombrado párroco de una pequeña parroquia en Santo Hesiquio, un obsequio del obispo en agradecimiento por sus servicios en los días de soledad. Al año siguiente, 1954, empezó a enseñar en el Colegio Diocesano, en Ludovica, también por interferencia del Palacio Episcopal. Unos años más tarde, se convirtió en párroco de Santa Teresa de Jesús.

Monseñor Nicolás Cardona no recordaba de Pedro Maldonado a los trece o catorce años. ¿Cuál de los muchachos saltones que frecuentaban los pasillos y salones de la Diócesis se había convertido en el polémico actor de teatro? ¿Sería uno de rostro redondo y angelical, de ojitos negros, que nunca conseguía resolver la operación de raíz cuadrada, no importaba cuán simple fuese? ¿O sería aquél otro, un flaquito, ágil, zancudo, que bailaba por los pasillos? ¿Cuál de ellos? Hubieron tantos, tantos...

Antes de iniciar la misa fúnebre, ya vestido con la casulla y la estola, monseñor Nicolás Cardona miró a la foto que había sido puesta encima del ataúd. Intentó buscar en los recovecos de su memoria la imagen de esa sonrisa. No la encontró. El tiempo había hecho el favor de borrarla.



uando el concejal José Justo Ortega llegó al velatorio, la misa ya había terminado. Por un momento pensó en no salir del coche, darse la vuelta y marcharse para casa. Después de todo, ¿cuántos votos le daría este espectáculo forzado de solidaridad cristiana? Casi ninguno. Pedro Maldonado era mucho más odiado que amado. El concejal nunca cambió la opinión de que el difunto era un parásito, un chantajista y estafador, además de un actor mediocre y un director sin escrúpulos. ¿Cuál su importancia para la ciudad? ¿Quién sentiría su ausencia? ¿Qué legado él dejó, qué había hecho que fuese relevante para la cultura? ¿Esos ridículos espectáculos, esas pantomimas, esas estafas mal escritas, donde siempre se burlaba de los políticos locales? ¿O su único legado sería el infame libro donde su único objetivo era tirar mierda en la reputación de la buena gente de Ludovica?

El presidente del concejal decidió venir al velatorio únicamente para satisfacer a los deseos de sus asesores. Su reservada opinión era que deberían enterrar a Pedro Maldonado sin ningún honor, pues honor era algo que él nunca tuvo por nadie.

Ortega compró una corona fúnebre apenas para cumplir con una formalidad. Sin embargo, consideraba un desperdicio gastar dinero de las arcas del concejal en flores para un difunto que siempre despreciaba a las instituciones.

Ante la insistencia de su esposa, se puso una chaqueta negra. Pero se puso también un inmenso par de gafas de sol para cubrir su rostro y disimular la alegría que por cierto sentiría al mirar la cara del canalla en el ataúd.

Salió del auto, suspiró profundamente para obtener una máscara de tragedia y enfrentó a la pequeña multitud que se agolpaba frente al edificio. Apretó las manos de algunas personas desconocidas en la entrada. Después se acercó a monseñor Cardona y lo saludó con un resoplido. También intercambió algunas palabras con Joaquín Castro Jiménez, director del Teatro del

Chafariz, y con Justino Galeano Cabrera, secretario de asuntos culturales y manifestaciones folklóricas.

Ortega evitó mirar la cara del muerto en el ataúd. Estaba seguro de que no conseguiría reprimir la risotada.



José Justo Ortega tenía sesenta años. Era un mulato alto y corpulento, con una voz profunda y un paso pesado. Le gustaba llevar varias hebras de oro alrededor de su cuello y brazaletes gruesos en sus brazos. Su reloj era tan grande que llamaba la atención desde muy lejos. Sus camisas multicolores ya formaban parte del folklore de Ludovica. Le gustaba usar muchos colores en todo. En una ocasión solemne del ayuntamiento o del concejal, sus chaquetas y accesorios competían de igual para igual con las coloridas macetas sobre la mesa. Tal vez por eso se quedó molesto por ponerse una chaqueta negra para asistir a los ritos fúnebres de alguien por quien no tenía la menor simpatía. Si dependiese de su deseo, se habría puesto la camisa más colorida que tenía en su guardarropa, como para transmitir su satisfacción íntima.

Tal vez el estilo exagerado de Ortega fuese un artificio que él usaba para olvidar su juventud de pobreza extrema y muchas humillaciones. Nació el 10 de enero de 1952 en la Vila del Destierro. Su madre era lavandera y su padre trabajaba como basurero. La pareja tenía otros ocho hijos. Para no morir de hambre, Ortega fue limpiabotas en las calles del centro y limpiavidrios en los semáforos cuando ni siquiera tenía siete años.

A los doce, para aumentar su renta, empezó a cantar y bailar en las aceras de la Ciudad Vieja, imitando a James Brown y Chuck Berry (de los cuales era fanático).

Cuando tenía diecisiete años, fue descubierto por un locutor de la Radio Tribuna que lo llevó a una audición. Su poderosa voz impresionó a todos, pero había un problema: Ortega no sabía leer y tuvo que inscribirse en un curso de alfabetización. Solo un año después hizo su debut en los micrófonos. Comenzó con frases lacónicas, informando las horas y anunciando canciones. Luego pasó a leer los boletines con noticias rápidas.

Fue por esta época —1970— que Ortega adoptó el seudónimo de Jota Ortigas, porque el propietario de la estación juzgó que José Justo Ortega era un nombre muy pomposo para un informativista.

Jota Ortigas ganó notoriedad por su torpe pronunciación de algunas palabras. Las personas esperaban la hora de las noticias para escucharlo pronunciar los nombres de políticos y autoridades como Leonid Ilitch Brejnev (líder de la Unión Soviética), Mohammad Reza Pahlavi (rey de Irán), Faisal bin Abdulaziz Al Saud (rey de Arabia Saudita), o de personalidades y artistas como Mikhail Nikolayevich Baryshnikov, Michael Jackson, Paul McCartney, Yves Saint-Laurent, Karl Lagerfeld, o lugares como Chernobyl, Washington, Cleveland, Connecticut, New Hampshire, Massachusetts, Delaware y Kuala Lumpur, o palabras que parecían comunes para la mayoría de las personas, pero eran un tormento para el joven locutor tan recientemente alfabetizado: transeúntes, independientes, ventrílocuo, idiosincrasia, institucionalización, cronómetro, antihistamínico o escarabajo.

Muchas veces, el redactor de los informes destacaba estas palabras en el texto para ver la maniobra lingüística que el pobre Jota Ortigas inventaría para pronunciarlas. Un día él descubrió

que a los oyentes les gustaba la forma en que articulaba los nombres difíciles y comenzó a bromear con su ineptitud. Se le ocurrió inventar pronunciaciones estúpidas para provocar la risa. Al cabo de unos años, era el payaso mejor abonado de la ciudad.

Debido a esta fama repentina, Ortigas fue contratado para ser el reportero de la página de noticias policíacas de La Voz del Pueblo. La idea, sin embargo, tropicó en un nuevo problema: la dificultad que Ortigas también tenía para escribir cualquier cosa. Sus textos embarullados eran ataques feroces contra las reglas establecidas por la Real Academia Española. La solución encontrada fue contratar un corrector ortográfico exclusivo para todo lo que él escribía.

En las páginas de La Voz del Pueblo, Jota Ortigas se destacó por la controversia: defendía la acción truculenta de la Guardia del Ayuntamiento contra los drogadictos, instaba a las personas a promover el linchamiento público de ladrones y violadores y clamaba a los jóvenes a atacar a travestis y homosexuales que fuesen atrapados en «actos lascivos».

En 1981, Ortigas escribió un informe de una página entera para denunciar «la inmundicia social provocada por un bar llamado Madriguera Veinticuatro, la nueva Sodoma, paraíso de los pervertidos, en cuyas habitaciones y corredores tienen lugar actos de pedofilia, prostitución y uso de drogas ilícitas. Este establecimiento pertenece a un ciudadano que dice ser artista, pero es un trotamundos sin riendas ni rendas, un rufián de hombres y mujeres».

Después que el reportaje fue publicado, los vecinos del bar hicieron una petición y la enviaron al jefe de policía, al alcalde y al juez para pedirles el cierre de la casa. El movimiento culminó con el arresto de Pedro Maldonado.

Las controversias le dieron a Ortigas la elección de concejal en 1988. Tenía treinta y seis años. A partir de entonces abandonó el periodismo y volvió a usar su nombre bautismal: José Justo Ortega. El estilo extravagante de vestirse y de hablar le acompañó hasta el nuevo empleo. Los críticos y adversarios decían que él no sobreviviría al peligroso mundo de la política. Estaban todos equivocados. Él había sido entrenado en las calles para sobrevivir entre ladrones, asesinos y estafadores, por lo que la política era su verdadero lugar.



El odio de José Justo Ortega a Pedro Maldonado, contrariamente a lo que uno podría imaginar, no nació en la época en que él escribía informes controvertidos para La Voz del Pueblo. El odio era más remoto. Venía de los días en que el concejal no tenía dónde caer muerto.

Cuando tenía veintitantos años, a principios de la década de 1980, aun viviendo con el escaso salario de locutor, José Justo Ortega dejó la Vila del Destierro y se fue a vivir con sus padres en un barrio más central, Vila del Rey, en una casa casi desmoronando que estaba ubicada en la calle José Madriguera, muy cerca del caserón antiguo donde vivía Pedro Maldonado y donde iba a funcionar el famoso bar Madriguera Veinticuatro.

Muchas veces el actor acudió a la madre de Ortega con una taza de azúcar, un huevo, una cebolla, un tomate, algo de aceite. El informativista, a su vez, frecuentaba la residencia del actor en busca de algún consuelo que no tuviese en su propia casa: agua caliente, videocasete, wiski, vodka, marihuana y buena charla. A menudo dormía en la cama de Pedro. Los vecinos siempre insinuaron que había allí algo más que una amistad.

Cuando ganó fama y dinero, no se sabe por qué razón, Ortega pasó a renunciar a su pasado.

Desarrolló una ojeriza inexplicable por la figura de Pedro Maldonado y todo lo que él representaba: los tiempos de humillación y hambre. Tan pronto fue contratado como reportero de La Voz, llevó a sus padres a vivir a una nueva casa en Le Corbusier.



Ortega aún sentía ganas de reír. Intentaba a duras penas poner cara de tristeza, pero interiormente su alma se derretía en una risa desenfrenada.

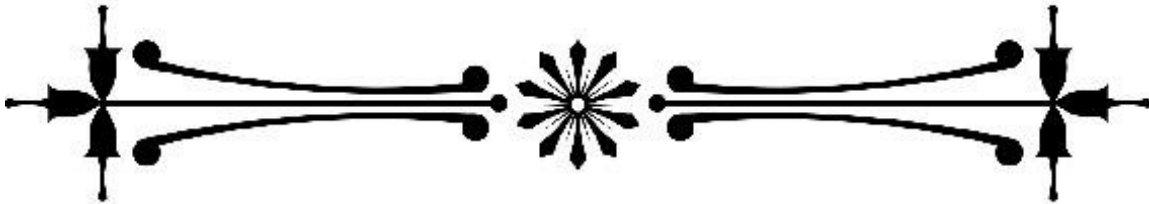
Al cabo de media hora después que había llegado al velatorio, se dispuso a partir. Empezó a idear un plan para escapar sin hablar con la prensa. Primero invitó a monseñor Nicolás Cardona y a Joaquín Castro Jiménez para una charla sin propósito y una taza de café en la parte trasera del centro de velatorio, donde había una salida de emergencia. Mientras conversaba con el sacerdote y el director del teatro, Ortega utilizó el móvil para avisar a su motorista sobre el plan de fuga. Se esquivó como un cuatrero hasta la puerta y escapó sin despedirse.

En un santiamén se subió al auto que acababa de estacionar en el patio y partió. Cuando los reporteros percibieron la maniobra, ya era demasiado tarde.

En el interior del vehículo, el concejal se aflojó la corbata, se limpió el sudor de la frente con un pañuelo italiano, suspiró aliviado y carcajeó.

El asesor de prensa, un joven con anteojos que también estaba en el vehículo, de súbito intentó entregarle un vaso de agua fría, pero Ortega se negó a tomarlo con las manos.

—Están inmundas —él dijo. —Tráeme el alcohol, rápido.



Las cinco y media de la tarde, la multitud enloquecida que se había formado alrededor del departamento de policía estaba reducida a un grupito. Unas pocas chicas con carteles permanecieron irreductibles. Los periodistas, camarógrafos y fotógrafos se fueron tan pronto como el capitán Héctor les dio la conferencia de prensa, donde habló de las investigaciones sobre León Rivero Quesada y también sobre la muerte de Pedro Maldonado. El capitán no dijo nada más que los reporteros ya sabían. Apenas confirmó un u otro pormenor. No les dijo ninguna información grandilocuente. Pero atendió un deseo de todos: les permitió fotografiar a León desde todos los ángulos. El asesino protestó, se cubrió la cara con las manos, pero luego se rindió a su vanidad y proporcionó un espectáculo de caras, bocas y poses.

Tan pronto como se deshizo de los buitres de la prensa, Héctor decidió dedicarse a la novedad que los agentes habían conseguido: el disco con las imágenes de la noche en que Pedro Maldonado fue asesinado. Él, el escribano Sebas y Fabián Pizarro se codearon en la pantalla de la computadora. Sebas dio un clic en el teclado y la reproducción del disco empezó.

El reloj de la cámara estampillaba medianoche y un minuto. Las primeras imágenes mostraban un callejón del casco antiguo. Al fondo se podía ver la fachada iluminada del Babilonia Salsa Club, una de las discotecas más antiguas de Ludovica, famosa por sus noches dedicadas al público mayor. El sábado era conocido como «Noche Gringa». Varios vehículos se quedaban estacionados enfrente al club y alrededor de una plaza cercana. La circulación de gente dentro y fuera del club era intensa. La mayoría eran caballeros y señoras mayores de cincuenta. En las aceras, sin embargo, había una multitud más benjamín: probablemente chancleteras y jineteros ansiosos por encontrar compañía. Algunos formaban grupos para beber alrededor de los coches o debajo de un árbol.

Sebas notó que había un chacho musculoso apoyado contra uno de los vehículos. Estaba aislado y no interactuaba con los grupos animados que bebían vino barato y ron con coca. El tipo

tenía las manos en los bolsillos del pantalón y observaba con ojos atentos el flujo de clientes del club.

—¿Puedes ampliar esta imagen? —el capitán le preguntó a Sebas.

—Lo intentaré —dijo el escribano. Enseguida se echó a reír. —Acuérdate que no estamos en CSI Miami.

— Sí, lo sé —Héctor también se puso a reír.

Todos se rieron.

Sebas encontró una manera de pausar la imagen y hacer zoom en ella. La calidad resultó ser mala, pero aún se podían ver algunos detalles del rostro del chaval musculoso apoyado contra el auto.

—Es él —Sebas se sobresaltó.

—¿Quién? —le preguntó Pizarro.

—¿El chico en la foto del álbum? — Héctor abrió bien los ojos y metió la mano en el bolsillo de la camisa donde estaba la fotografía. —¿Está seguro?

—No estoy totalmente seguro — dijo el escribano. —Pero algo me dice que es él.

—¿De quién están hablando? —Fabián Pizarro se sintió confuso con el diálogo. —¿Podrían decirme?

—Estamos hablando de este tipo —Héctor sacó la foto de su bolsillo y la mostró a Pizarro. El misterioso círculo de sangre alrededor del rostro de un muchacho sonriente ya empezaba a desvanecerse. —Esta foto fue encontrada en la casa de Pedro Maldonado. Hacía parte de un álbum con muchas otras.

—¡Carajo! —exclamó Pizza, sosteniendo la foto por un rato y luego devolviéndola a Héctor.

—¿Puedes hacer una impresión de este cuadro? —preguntó el capitán.

—Voy a intentarlo —dijo Sebas y comenzó a mover el ratón y el teclado. Congeló la imagen y realizó la impresión en tamaño DIN A4. —No sé si va a estar bien.

En segundos la impresora lanzó una foto borrosa y reticular que mostraba al niño musculoso en un plano medio (desde la cintura para arriba).

—Continúa con las imágenes —ordenó Héctor.

Sebas hizo un clic en el teclado y el video continuó. Alrededor de la medianoche y diecisiete minutos, un vehículo blanco estacionó cerca del Babilonia.

—Miren a este coche —el capitán llamó la atención.

—Un sedán blanco —precisó Pizarro.

—Exactamente —señaló Sebas. —El coche de Pedro Maldonado.

El conductor encendió la luz de advertencia. Bajó el cristal. Le hizo un gesto al chico musculoso.

El chico se acercó al pasito.

—Este es el momento exacto en que la víctima y el asesino se encontraron —señaló Diderot con aire de victoria: esa era su tesis, después de todo.

El chico metió la cara en la ventanilla del coche. El diálogo entre él y el conductor duró dos minutos y veintiséis segundos. Luego se adentró en el coche. El vehículo se retiró.

—Necesitamos descubrir quién es este tipo —dijo Pizza.

—Si el chico del video es el mismo de la foto, y lo creo que sea, no será difícil —dijo Sebas.

El capitán permaneció en silencio por un rato. Enseguida se levantó y caminó hacia la ventana, donde la luz era más favorable. Encendió un cigarrillo y dio una pitada fuerte. Sostuvo las dos fotos: la que fue tomada del video y la del álbum de Pedro. Las analizó durante mucho tiempo.

¿Cuál la explicación para ese círculo rojo alrededor del rostro?

Por fin se volvió hacia Sebas y Pizarro.

—Descubrí el acertijo —proclamó. —Ese hijoputa cayó en mis manos hoy y lo dejé escapar. ¡Mierda!

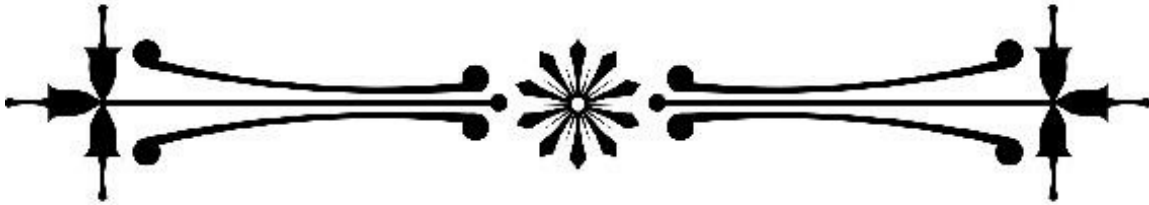
—¿Lo conoces? —Sebas se quedó confuso.

—Dinos, por favor, quién es —Pizza le pidió.

—Es una larga historia, difícil de explicarles. Su nombre es Jeison, un jinetero, un picaflor, un marrullero desgraciado. ¡Putá que lo parió!

De hecho, era muy difícil para Héctor explicar a sus colegas cómo un puto asesino había dormido en la cama de su madre. Y cómo él, el jefe de policía, tenía sido responsable por la fuga de ese bandido. Sin mencionar que arrojó seis mil dólares en sus manos. ¡Seis mil dólares!

—Llama a los agentes, Pizza. Quiero que encuentren a este gamberro. Búscalos hasta al infierno. Empecen en el terminal de autobuses. Él está yendo a Cocomiel, donde tomará un vuelo a Bogotá.



El cabo Alonso siguió vagando por los pasillos de la unidad de emergencia durante toda la tarde. Algo lo mantenía allí, como un fantasma encarcelado, casi sofocándose con los desagradables olores de sangre, alcohol y pis. No había ni almorzado ni merendado. Se mantenía de pie apenas con el pan y el café que había comido en el departamento de PN.

Las palabras del médico aún le sonaban misteriosas en su mente: «La chica sobrevivirá», él había dicho, «pero nunca volverá a ser la misma». ¿Qué significaba eso?

Alonso decidió averiguarlo por sí mismo. Como estaba en uniforme, no despertaría sospechas y nadie intentaría detenerlo. Sabía que un uniforme impone respeto en ciertos lugares. Una unidad hospitalaria es uno de estos lugares. Así él se deslizó por el pasillo y ojeó de puerta en puerta, de sala en sala, intentando identificar a la chica que había ayudado. La unidad estaba atiborrada de pacientes en estado grave, víctimas de accidentes automovilísticos y de motocicletas, personas atacadas por animales, trabajadores que tuvieron pernas o brazos amputados por descuido con máquinas hambrientas (había muchas de estas en plantaciones de caña de azúcar y molinos harineros), algunos casos recientes y otros antiguos.

El cabo Alonso tuvo la impresión de ver la chica en una de las salas, por lo que entró al espacio. Se acercó a una de las camas, donde se podía ver el pelo de una figura femenina. Levantó la sábana blanca y casi cayó de espaldas. Intentó sofocar el grito de terror con una de las manos, pero no lo logró.

—¡Santo Dios!

Era una mujer con el rostro destruido. Tenía casi todos los osos fracturados, incluyendo la mandíbula y la nariz. Pero no era la chica a la que Alonso había ayudado.

Un enfermero alto y de cuerpo escuchimizado, con un bigote y barba que lo hacía parecer un personaje de dibujos animados, apareció en la puerta y se acercó al cabo:

—Esa pobrecita acaba de salir de la sala de operaciones —él dijo. —Sobrevivió por un milagro.

—¿Quién le hizo eso? —preguntó Alonso, sin ocultar el horror que le había causado la imagen.

—El marido —respondió el enfermero. —La atrapó con un amante dentro de su propia casa.

—¡Qué horror!

—¿A quién buscas tú?

—Una chica de pelo rojizo, con edad de unos veintipocos años —informó Alonso.

—Ah, buscas la otra que también fue atacada —el enfermero suspiró y después señaló para una cama en un rincón de la sala. —Está allí.

—¿Puedo verla?

—¿Eres de la familia?

—No, apenas la ayudé. Mi nombre es Alonso, soy cabo de la Guardia del Ayuntamiento.

—Mucho gusto, mi nombre es Humberto, soy el enfermero responsable por este sector— él dijo y llevó Alonso hasta la cama donde había una figura humana cubierta con gasas y ungüentos como si fuese una momia. —¿Fue la madre que hizo tamaño destrozo a esta pobrecita?

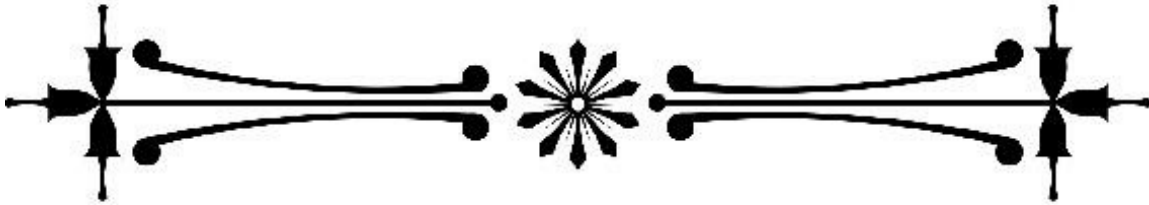
—Sí. Yo vi todo.

Alonso se acercó a la cama y levantó la sábana. En ese instante comprendió las palabras del doctor: «nunca volverá a ser la misma».

El cabo volvió a sentirse mal. Su visión se oscureció y sus piernas temblaban como si de repente perdiesen las fuerzas.

—Creo que necesitas un poco de café —dijo el enfermero después de ver la cara del cabo. — Cuando salí de casa hoy, el zodiaco predijo que mi turno sería terrible. Como ves, realmente lo está siendo. ¿Crees en el horóscopo?

El enfermero llevó a Alonso por el brazo a la despensa y empezó a preparar un café. «Ah, ese maldito malestar que me da vergüenza otra vez».



Costado en la cama, mirando al techo de la habitación, Jeison Pabón evaluaba si había repartido la carta correcta en el póquer de su vida. Si la incertidumbre hubiese surgido hace una semana, diría que sí, que hizo lo correcto. Pero ahora que las riendas están yéndose de sus manos, no podría decir con seguridad que hizo un gran negocio. Si llegase a Bogotá, al cabo de esta aventura, tal vez sí.

Solo le faltaba un día más, un pasito solo.

Todo había sucedido demasiado rápido. Esta fue la primera vez que esto sucedió así, de rampampán, por lo que incluso llegó a sospechar que no fuese verdad.

Nada en su vida ha sido fácil.

Nació en la periferia. Era el hijo mayor de una pareja que había fracasado en todos sus emprendimientos: su madre lavaba ropa y su padre trabajaba como albañil (cuando no bebía un barril de ron hasta perder el discernimiento de las cosas). Jeison tenía otros dos hermanos: Clayton, de apodo Chapulín, de doce años, que vivía mendigando y deambulando por las calles como un perro; y Romario, de tres.

El padre calamocano los dejó después que Romario nació. La madre, al contrario de lo que uno podría imaginar, levantó las manos al cielo y agradeció a Dios por estar libre de tal estorbo. Ella siempre fue la proveedora familiar y su esposo no le servía para nada.

A veces Jeison era violento con su madre. No debería serlo, pero no podía controlar su ira. Tenía odio por ser pobre. El hambre siempre había sido su fiel compañero. Era raro el día en que no había escasez de comida en casa. Si ellos desayunasen, no era seguro que hubiese almuerzo. Si almorzasen, la cena sería una incógnita.

Esa era su realidad desde que se dio cuenta de su vida.

Si la suerte no le había sonreído, no le había llevado a nacer en una cuna de oro, al menos la

naturaleza le había sido amable. Jeison Pabón nació perfecto. Un niño hermoso, fue eso que le dijeron a su madre en la sala de la maternidad.

Cuando llegó a la adolescencia, Jeison tenía un cuerpo que provocaba envidia a los fisiculturistas profesionales. Los compas lo llamaban de Sansón debido a una película sobre el personaje bíblico. Él no hacía casi ningún esfuerzo para tener el físico que tenía. Dedicaba no más de una hora de su día a hacer ejercicios básicos en un gimnasio improvisado en la parte trasera del huerto de su madre, usando artefactos rudimentarios de hierro y sin la ayuda de instructores. Eso era suficiente para que los músculos saltasen como perros desesperados.

Un día descubrió que podía usar su cuerpo para cambiar su suerte. Descubrió que había hombres necesitados y mujeres solitarias que pagarían para acostarse con él durante unas horas y disfrutar de todos los atributos que Dios le había dado. ¿Qué daño podría haber en eso? ¿No era la profesión más antigua del mundo?

Cuando se acostó por primera vez con una mujer de unos cincuenta años, casada con un médico que había perdido el apetito sexual por cuenta de los remedios para la diabetes, Jeison casi no conseguía hacer el trabajo como tenía que ser hecho. Le atacó un frío súbito en los tímpanos y las piernas temblaban como una gelatina, pero su dignidad fue salvada por el pequeño comprimido azul que un amigo le había dicho que tomase en estos casos extremos.

Después de establecerse en el mercado de la prostitución callejera, con una vasta y variada clientela, Jeison descubrió que los amaricados pagaban mejores tasas que las mujeres. Migró su enfoque a este filón. Publicó varios anuncios en La Voz del Pueblo —«papi morenazo, veintipocos años, alto, musculoso, tallo 21 cm, dominante y discreto; llame a El Coco, disponible veinticuatro horas» —y llovieron clientes, principalmente los casados y extranjeros, algunos incluso de la capital.

Mientras él era una novedad en el mercado, su teléfono seguía sonando sin intervalos y los espacios en la agenda estaban siempre henchidos hasta altas horas de la noche. Sus servicios tenían tanta demanda en este momento que ni siquiera le quedaba tiempo para comer y dormir. Pero chin a chin las cosas empezaron a decaer. A duras penas Jeison aprendió que el negocio de alcahuetería es muy cambiante, un pozo de arena movediza, ya que los clientes siempre quieren cosas nuevas para disfrutar. Por eso, otra vez más, él tuvo que diversificar los servicios para aumentar los réditos. Se asoció con un proxeneta muy influyente y empezó a hacer shows de striptease también.

De cuando en cuando, algún cliente (a veces hombre, a veces mujer) se enamoraba y prometía sacarlo «de esta vida cruel». Él se reía y fingía involucrarse emocionalmente. Se quedaba en esa trampa amorosa solo en la medida en que ella le era ventajosa. Casi siempre valía la pena hasta el primer mes, cuando recibía del amiguito (o amiguita) muchos cariñitos costosos —ropas, relojes, celulares, perfumes, zapatillas —y holganzas en hoteles cinco estrellas. A partir del segundo mes él se aburría: comenzaban los encargos, las primeras escenas de celos y las solicitudes de exclusividad. Era la hora de partir. Si decidiese quedarse en la broma por algún tiempo a más, seguramente tendría pérdidas irreparables.

A lo largo de su carrera como jinetero y estríper había tenido tres relaciones intensas.

La primera fue con Pedro Maldonado. En principio, Jeison no sabía quién era él. Le parecía no más que un mariposón hablador que le pagaba bien por una singueta. Era muy excéntrico a la hora de dar a bolsa: le gustaba escuchar música gringa y recitar poemas: «Tengo todo el mundo, agua fría, muerte, soy como todos los mortales, inaplazable».^[73] Pedro repitió estos versos tantas veces

durante las citas que Jeison los memorizó, sin saber que el viejo no era su autor. Se reunían dos veces por semana. Luego, las reuniones se convirtieron en un esquema de días alternos, siempre en cabañas.

La relación seguía un curso normal hasta que Pedro se enamoró y le dijo quién era:

—Soy actor de teatro, tengo muchos amigos que trabajan en Televisa y puedo ponerte en la próxima edición del Big Brother México.

Para estar a la altura de tamaña oportunidad, Pedro exigía una relación seria con Jeison. Quería un verdadero bacán y no más un pinguero.

El actor sabía jugar con los sueños ajenos como se fuese un trapichero. Era obvio que cualquier chico jodido de un país pordiosero como Santabella fantaseaba en ser una estrella de televisión. En verdad, Jeison soñaba en ser un dembowsero^[74] como Alpha, pero una participación en el Big Brother de México ya era un gran arranque.

Sin embargo, Pedro había elegido mal su juguete. Quizás se había equivocado por primera vez. Jeison no era un imbécil, a pesar de tener una «cara de yo no fui». La vida en las calles le había enseñado a detectar a un jalador desde lejos. Y él luego percibió que Pedro era un jalador de tranca. Por eso, para conseguir su intento, adoptó la táctica habitual: mantuvo la llama encendida durante treinta días y trató de obtener de Pedro todas las ventajas posibles en ese corto período. Cuando empezaron los achares, las conjeturas y las demandas de la parte del actor, Jeison decidió coger su rilí,^[75] abrir a la verga y sumir, pero no sin antes quitarle una chequera, un reloj de oro y una colección de discos.

Jeison supuso que nunca volvería a verlo. Pero Pedro Maldonado lo perdonó y continuó con las singuetas al menos una vez a la semana, de manera profesional, como antes.

La segunda relación intensa fue con la viuda insaciable. Con ella, Jeison pensó que su vida podría cambiar. Ella se encajaba de manera casi perfecta en el papel de la abuela rica, generosa y comprensiva que él siempre lo buscó. El hecho de que ella necesitase singar con él todos los días era solo un simple detalle. Estaba dispuesto a someterse a tal tormento para extender aún más las ventajas que ella le brindaba. Pero él sabía que tenía la naturaleza cruel del escorpión: «picar y huir enseguida». Un día, Jeison desapareció de la vida de la viuda. No con las manos vacías, por supuesto: se fue con joyas, tarjetas de crédito, euros, dólares y un revolver valioso del esposo difunto. Su naturaleza era esta: picar, herir, atacar, huir.

La tercera relación era más reciente, de unos pocos meses. Era una chica que había conocido en internet y ahora estaba en Bogotá. Se llamaba Tula. Quizás sería amor o pasión o algo así.

Era por Tula que él estaba allí, acostado en la cama de una posada sucia —no tan sucia como la casa de su madre, es cierto, pero lejos de los lugares lujosos donde ya se había quedado con sus clientes.

Sí, fue por Tula que él se sometió a los brazos de la viuda insaciable por una segunda vez.

Fue por Tula, su nuevo amor colombiano, tan lejano, tan poco improbable, que él mató a Pedro.

Sí, lo mató.

Nunca había hecho algo así antes. Su naturaleza era picar y huir. Mordía, traicionaba, engañaba, estafaba, pero nunca había matado.

Pero lo hizo.

Por amor a Tula aceptó la oferta.

Era una solicitud extraña, sin embargo. Quizás la más extraña que ya había recibido de un

cliente. Estaba acostumbrado a recibir peticiones ridículas: algunos querían ser atados y torturados; otros pedían que él orinase en sus caras; y hubo una mujer que le pidió a Jeison que la vomitase, porque eso la excitaba. Más tarde se enteró de que esta tara se llamaba Emetophilia.

Nunca ninguno de ellos (ni hombres ni mujeres) le había pedido que matase a nadie. Pero la idea surgió en uno de los encuentros secretos con esta persona, cliente inusual.

—Lo conoces.

—¿Lo conozco?

—Sé que lo conoces. Debe haber sido su cliente también.

—¿Y qué quieres tú?

—Será fácil.

—No quiero meterme en problemas.

—No te arrepentirás.

—¿Por qué quieres que lo mate?

—...

Dijo un motivo. Un motivo tan inútil...

Sin embargo, no era inútil ni pequeña la cantidad ofrecida en dos cuotas. Una antes del servicio, otra después.

Por eso Jeison mató a Pedro. Premeditó el encuentro, lo sedujo como una abeja que no puede resistir a la miel y lo mató. No tomó arma, no tomó nada. Usó un cuchillo de su propia cocina. Fue realmente fácil.

Jeison mató y huyó para buscar refugio mientras no recibía la segunda cuota del pago por el servicio realizado. ¿Qué mejor lugar para esconderse que la casa de la abuelita rica y generosa?

Fue la primera persona en que él pensó: Baena, la viuda insaciable.

Estaba en la estación de autobuses cuando la llamó. Si ella no lo recibiese, huiría a algún lugar lejos de Ludovica.

—¿Aló?

—¿Es Baena?

—Sí, soy yo.

—Es Jeison.

—¿Jeison? No conozco a ningún Jeison. Voy a colgar.

—Soy yo, Jeison César Zapata Pabón.

—No conozco a nadie con ese nombre esdrújulo.

—Tu Coco, tu Cholito, el dueño de tu güevón de azúcar.

—Ah, ¿eres tú? ¿Qué quieres?

—¡Necesito ayuda!

—¿Necesita ayuda? ¿Dónde está todo el dinero y las cosas que robaste de mi casa?

—Por favor, perdóname. Lo siento Sé que no merezco una segunda oportunidad, pero no tengo a quién recurrir.

—Si tu problema es dinero, espérate sentado. No verás ni un chele de mi parte.

—Necesito de la mano de una amiga, no dinero.

—¿Qué sucedió? ¿Qué hiciste?

—Me expulsaron de la casa de mi madre. Estoy en las calles, como recogeabos.

—A otro con ese cuento. Esta historia ni siquiera me emociona el dedo meñique...

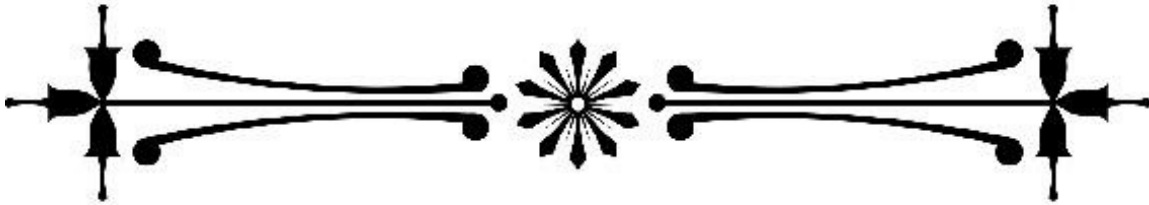
Ella mintió. Ella lo creyó y se quedó tan sensibilizada que lo recogió en la estación de autobuses, lo alojó en su casa y volvió a acostarse con él. Y una vez más abrió su billetera y su

tarjeta de crédito.

Solo había una cosa que él no sabía hasta entonces: que ella tenía un hijo que era jefe de policía, un cabrón que lo había hecho cambiar de planes. Si no fuese por eso, ahorita estaría entre las suaves sábanas de la abuelita calientagüevo.

Con los ojos fijos en el techo de la habitación, Jeison se preguntó: ¿habría dado la carta correcta en el póker de su vida?

Solo un pasito más. En breve, Bogotá y Tula.



Los dos ataúdes llegaron casi al mismo tiempo al único cementerio de Ludovica. Por casualidad o no, los sepultureros habían cavado las cárcavas una al lado de la otra. Esto demostraba que la muerte no hacía diferenciación de clase social.

El cortejo que acompañaba al tosco ataúd donde el cuerpo de Lucía estaba era formado por diez o doce personas, nomás. No había coronas de flores para sostener. Tampoco había pancarta de despedida. Además de los cuatro hombres que llevaban el ataúd, había un grupo de mujeres que lo seguía y cantaba letanías, con Joanna adelante de todos.

Ya el cortejo que seguía al féretro del actor Pedro Maldonado también era modesto, aunque un poco más grande que el de Lucía, compuesta por tres docenas de personas. Susy Franco lideraba la comitiva, llevando la corona de flores en nombre de los artistas de Ludovica. Las otras coronas —del ayuntamiento, del concejal, de la secretaria de cultura y de la dirección del teatro— estaban apiladas sobre la tapa del ataúd. No había canciones ni oraciones. La gente caminaba en silencio, casi catatónica.

Desde lo alto de una tumba de mármol, en cuya cima había un ángel alabastrino con una espada en la mano, los espectros de Lucía y Pedro, abrazados, hermano y hermana en el vacío, observaban los dos entierros, desde la primera hasta la última pala. No sintieron nada.

—Todos tus amigos han venido a rendirte homenaje —murmuró ella.

—No te impresiones con las apariencias —él dijo. —Ni todos que están aquí son mis amigos. Pongo la mano en el fuego apenas por Susy, mi coreógrafa, fiel compañera...

—Poquísimas personas vinieron verme una última vez —ella se lamentó. —Tengo pena de Joan...

—Eso ya no importa más —él la interrumpió.

—Verdad —suspiró ella. —¿Qué pasará ahora? Estoy desorientada...

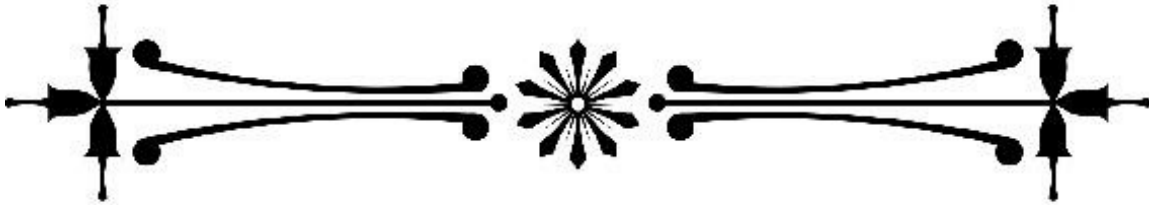
—Intentaré quedarme un poco más aquí para ayudar a la policía a encontrar el hombre que me mató. Tú deberías hacer lo mismo...

—¿Ir a buscar a Agustín?

—¿Porque no?

—¿Puedo?

—Claro. Hasta que algo o alguien nos llamen a otra región, podemos pasear como pájaros...
¿No aprendiste a volar y charlar con los vivos?



El cielo carmesí ya indicaba el principio del crepúsculo. Soplaban un céfiro sobre las copas de los árboles que refrescaba el final de la tarde. Héctor fue al patio del departamento, se apoyó contra el majestuoso pie de guanábana, encendió un cigarrillo y encontró coraje de llamar a su madre.

—¿Ma...?

—¿Porque hiciste eso conmigo?

—Mamá, no digas nada, déjame explicarte antes que tú...

—No tienes el derecho...

—Mamá, por favor, déjame explicarte...

—Soy libre y puedo hacer de mi vida lo que quiera...

—Mamá, no es eso. Escúchame: el chico que habías puesto en tu casa puede estar involucrado en un crimen.

—¿Qué crimen? Estás inventando cosas para justificar lo que hiciste...

—Mamá, lo que hice fue protegerte.

—No necesito tu protección. La ciudad necesita, pero yo no. Ya estoy bien crecida...

—Ese chico... Él es...

—No creo en nada de lo que me digas...

—Se sospecha que ese chico ha matado al actor Pedro Maldonado... ¿No leíste los periódicos?

—....

—¿Ma...?

—Dímelo.

—¿Sabías de eso?

—...

—¿Sabías o no sabías?
—Por supuesto que no... Estoy chocada.
—Estamos investigando el caso y descubrimos que él es el asesino más probable del actor...
Lo mató y luego después se escondió en su casa.
—¿Por qué tú no lo arrestaste?
—Cuando estaba en su casa para hablar con él, todavía no sabía nada.
—Es extraño... Tú siempre sabes las cosas antes de todos.
—No fue así de esta vez...
—Ya entendí: te cagaste en la noticia y te limpiaste con el telegrama... Debes estar cavilando por dentro, lleno de remordimiento... Te conozco...
—¿Hablaste con él?
—No...
—No me mientas...
—No, no le hablé hoy...
—Si él te llama ahora, diciendo que desea verte, no lo veas. Manténgase alejada de él y hágamelo saber. Averigua dónde está y llámame, por favor.
—Tú eres responsable por su fuga... Fuiste tú quien preparaste todo. Si no hubieses metido tus manos en mi negocio, él aún estaría aquí conmigo. Podrías arrestarlo...
—Tienes razón, mamá, pero esa no es la hora para discutirnos sobre...
—Por supuesto. La culpa es tuya. Cogiste la guagua equivocada.
—Estoy tratando de arreglarlo ahora...
—Eres un incompetente, siempre fuiste.
—Mamá...
—Eres un tonto que cree que sabe y puede hacer cualquier cosa, pero no logras atalayar una pizca frente a su nariz.
—Ma...
—Nunca dejarás de serlo.
—¿Me lo prometes?
—¿Qué?
—Qué me vas a decir de inmediato si él te llama para darte alguna noticia... ¿Me lo prometes?
—No te lo prometo nada...
—Mamá, por favor, hice lo que hice por tu propio bien. Tú estabas en peligro...
—Estamos en peligro desde el día que nacemos. ¿Alguna vez has oído hablar del libre albedrío? Cada cual hace de su pellejo un tambor. Por eso no pongo mi dedo en tu vida. ¿Me entiendes?
—Está bien, ma. Pero, ¿prometes llamarme si tienes noticias del chico?
—Quizás, quizás. En verdad, ni siquiera sé si creo en esta historia de asesinato. Puede ser una mentira. Eres un mentiroso compulsivo...
—Mamá, sé que estás enojada, pero después me lo agradecerás...
—¿Te agradeceré por meterse en mi vida...?
—Lo hago porque te amo.
—¡A la mierda con tu amor, no lo necesito!
—Mami, cálmate. Después, con un poquito más de tiempo, iremos a un restaurante, tomaremos un vino y conversaremos sobre todo...
—¡No quiero nada contigo!

—Ahora voy a colgar el teléfono...

—Ya no era suficiente para mí los desafortunados momentos que pasé con tu padre, ahora vienes tú a condenarme al infierno perpetuo.

—Mami, voy a colgar...

—Estoy vivísima y lúcida. Soy dueña de mi propia nariz...

—Adiós, mamá.

—Espera, no cuelgues ahora.

—¿Qué pasó?

—...

—¿Qué pasa, mamá? Dime...

—¿Cómo sabes que fue él quien mató al actor?

—Es una investigación confidencial. No puedo darte más detalles, pero tengo fuertes indicaciones que fue él...

—Dame una prueba...

—Tenemos imágenes de Jeison encontrándose con Pedro en la noche del crimen...

—¿Estás seguro de que es él?

—Comparé la imagen de una cámara de circuito interno con una foto que encontramos en un álbum que estaba en la casa de Pedro. Es la misma persona en ambas imágenes.

—...

—¿Mamá?

—...

—Mamá, ¿puedes oírme?

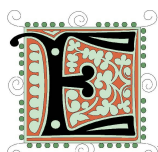
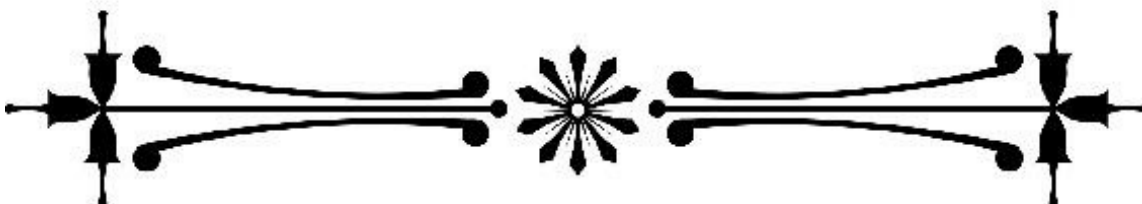
—Me quedo sin palabras. Está bien, me convenciste: si él me llama, te lo haré saber.

—Por favor...

—Adiós.

—Adiós. Avísame.

—Lo haré. Adiós.



En la casita alquilada junto al río, sin muebles, Agustín descansaba en una hamaca, uno de los pocos objetos que había traído en su maleta estropeada. Marisol estaba cocinando un pescado en la improvisada estufa de ladrillos. Odiaba el pescado, pero no había nada más que comer: o comía pescado o no comía. Era casi de noche y el olor del río parecía hundirse en la piel, filtrándose por los poros. El olor del río no la molestaba tanto. Lo que le molestaba de verdad era el aroma de Agustín. No había diferencia entre el aroma que exudaba su cuerpo y el de las vísceras que ella extrajo do pescado. La comida ella preparaba solo con agua, sal y unas rodajas de cebolla.

—Ven aquí —el padraastro exigió.

La niña cubrió la vasija de barro con una tapa y se acercó con miedo. Agustín le besó el hombro, las manos y el cuello.

—Me gustas mucho —él dijo, soplando su aliento podrido en el rostro de Marisol. —Estoy loco por ti. Puedo hacerte cualquier cosa para estar a tu lado.

La niña fingió que le gustaban las caricias, aunque se sintiese asqueada.

—No le digas nada a nadie, ¿está bien? —él pidió.

La niña asintió con la cabeza.

—Para todos, soy tu padre, ¿ves?

La niña estuvo de acuerdo.

—Me gusta cuando me llamas de papá. Dime, dime: papá. Di, quiero escucharte.

—Papá...

—Diga papi, es mejor.

—Papi...

Agustín besó a la niña en la boca mientras ella mantenía su mirada distante.

—Repítalo...

—Papi...

—De nuevo...

—Papi...

—Sigue repitiendo...

—Papi... Papi...

El olor a pescado invadió el único cómodo de la casucha mientras el humo intentaba escapar por la ventana. Del río llegaba el miasma de peces muertos por la contaminación y también del légamo verdoso que cubría grandes extensiones de agua. El viento se llevó la vocecita de la niña para lejos.

DÉCIMO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



11 de diciembre de 2012



MARTES, 11 DE DICIEMBRE DE 2012.

Sí, querido Fred, mi odio no tiene una filosofía curativa. Me desperté temprano, dispuesto a vengarme. Quiero saber cada verdad que involucra la hipocresía de mi familia. Hoy es el día D.

A pesar del ansiolítico que tomé, dormí poco. Mucho antes que los pájaros, ya tenía yo los ojos muy abiertos. Escuché cuando mi papá se despertó alrededor de las cinco y media de la mañana. También escuché mientras se dirigía al baño y abrió la ducha para bañarse. La casa aún estaba en la penumbra cuando él fue a la cocina, preparó un café y se encerró en la oficina como siempre. Le escuché hacer algunas llamadas. Estaba hablando muy alto al teléfono.

Mientras tanto, me levanté, me tomé una ducha rápida, me cambié de ropa, me peiné y aceché. Escuché cuando mi madre se despertó y encendió la radio. Luego fue al baño. Escuché todo muy bien porque nuestras habitaciones están en el mismo pasillo. El programa Jota-Jota Hernández, en la Radio Comunitaria, estaba noticiando la captura de un asesino muy peligroso o algo así. No pude concentrarme en eso. Me di cuenta cuando mi madre salió del baño y encendió la secadora. Luego se vistió y bajó a la cocina. Creo que ella se topó con mi padre-padrastra en la oficina.

Salí de mi habitación y me arrastré por el pasillo para escucharlos mejor. Me escondí detrás de un gabinete de vidrio donde se guardaban las reliquias de porcelana de Limoges Bernardaud y las tazas de cristal de Baccarat que mi madre amaba tanto. Como de costumbre, una cháchara entre mi padre y mi madre, aunque trivial, siempre terminaba en pullas y puntadas. La vi mi madre salir de la oficina y caminar hacia la cocina. Se sentó a la mesa, pidió un café y Francisca lo sirvió. Charlaron durante un rato sobre algunas noticias del periódico. Creo que una vez más el asunto era el sujeto que mataba en serie.

Mi madre tomó un par de sorbos de café y regresó a la oficina. Tuve que agacharme para que no me viese detrás del armario.

—¿Vas a interrogar a este asesino? —la escuché a preguntarle a mi padre.

—Soy el jefe de policía —él respondió.

La cortesía entre ellos duró un momentico. En brinco y medio, cuando me di cuenta, los dos estaban agrediéndose.

—Esta no es la actitud de una mujer casada —le escuché decir a mi madre.

Él fue a la cocina para buscar otra taza de café y mi madre lo siguió. Ella lo maldijo y casi le sacudió el periódico en la cara.

—Solo una puta sin clase podría pensar en tal cosa —él gritó. Y esta fue la primera vez en mi vida que lo escuché referirse a mi madre de esa manera.

Desde mi escondrijo improvisado, intenté a entender las razones de la discusión, pero no

conseguí. En parte por cuenta del ruido de la licuadora. Francisca estaba haciendo la batida de aguacate y leche que mi hermana Alice tanto amaba.

—¿Estás con envidia? —mi madre gritó.

—Ahora tú deliras —él dijo.

—El chico es muy guapo y todos quieren verlo y tocarlo. Ya tú, pobre diablo, nadie te mira siquiera —mi madre dijo con la intención clara de agredirle.

Todo se dio de forma muy rápida. En un abrir y cerrar de ojos oí un chasquido de dedos y vi a mi madre caer sobre la mesa. Percibí que había sido una bofetada dada por mi padre. Ella reaccionó. Tomó el vaso de la licuadora de las manos de Francisca y le arrojó el contenido bilioso a la cara de mi padre.

Yo quería intervenir, gritar, separarlos, pero mis piernas y brazos no me obedecieron. Mi cerebro se estrelló. Me quedé paralizada. Nunca había visto una escena como esta. Mi padre tomó a mi madre por el brazo y le golpeó la cara varias veces. (Adiós, efectos de la cirugía plástica).

Francisca gritaba:

—¡Basta, por Dios, basta!

Mi padre dejó a mi madre caída en el piso de la cocina, cubierta de juco de aguacate, y salió como un tifón.

En ese momento corrí a mi dormitorio. Mis inútiles hermanas no vieron ni oyeron nada. Tengo la impresión de que ni siquiera se despertaron. O si estaban despiertas, se encerraron en la habitación para no involucrarseles en la pelea. Hasta el día de hoy no puedo entender el comportamiento de estas hermanas mías. Realmente son unas babosas.

Desde donde me quedaba, escuchaba a mi madre gritar:

—¡Cabrón! Quiero que mueras de la manera más horrible que Dios pueda permitir.

Él subió a la habitación, se duchó de nuevo, se cambió de ropa y bajó al garaje. Escuché cuando Francisca le abrió la puerta y habló algo con él.

Cuando él se fue, un silencio aterrador se apoderó de la casa. Creo que Francisca se encerró en el cuarto de empleados y se fue a llorar.

Mi madre subió a su habitación y no recuerdo que volvió a ducharse. La escuché quitar el teléfono y llamar a alguien. Estaba tan exasperada que no se preocupó en hablar en voz baja. Yo podía escuchar algunas frases de lo que ella estaba diciendo a su interlocutor —estoy bastante seguro de que era un hombre—, aunque no entendí todo el asunto.

—Lo sé —ella dijo. —Pero ahora todo cambió...Me pegó con violencia y me tiró al suelo... Estaba poseso... ¿Pensaste en algo? Relájate, pues nadie sospecha de nada... Soy cuidadosa...Quiero que todo esté listo hoy... ¿Vamos a vernos en nuestra hora habitual...? Adiós.

Mi querido Fred... Para mí está muy claro que mi madre tiene algún plan contra mi padre. Es obvio que ella estaba tratando con el sujeto con quién se encuentra en el motel. Me prepararé para seguirla tan pronto como se vaya. Esperaré el momento adecuado para atacar.



Es casi mediodía ahora. Mis hermanas, las babosas inútiles, ya no están en casa. Oigo nuevos ruidos en la habitación dónde está mi madre. Me doy cuenta de que ella también se prepara para salir. Huelo el mareante olor de su perfume Dior que invadió los pasillos. Solo lo usaba en ocasiones especiales.

Al cabo de algunos minutos, ella salió de la habitación, le dijo algo a Francisca en la cocina, subió al auto y se fue.

No voy a perder el tiempo, mi querido Fred. Cogeré la moto y la seguiré.

Espera mis noticias. Te contaré todo en breve...



Mi querido Fred...

Estoy temblando. Tengo odio.

Estoy al borde de un ataque de nervios. Acabo de regresar de mi misión. Disculpe si las palabras se salen desensambladas. No tengo la fuerza para escribir como un E.L. James o Jane Austen.

Estoy horrorizada por todo lo que acabo de ver.

Trataré de detallar todo lo que sucedió en las próximas horas, aunque las palabras correctas no me vienen a la mente.

Monté mi motocicleta y seguí hasta la puerta del motel. Esperé por veinte o treinta minutos, pero mi madre no apareció. Supongo que la cita con su amante ocurrió en otro sitio. Cuando estaba a punto de rendirme, el coche plateado de mi padre se acercó de la entrada del motel.

¡Dios!

Mi espera no había sido en vano.

El auto se detuvo en la puerta principal y vi como mi padre extendía su brazo peludo para quitar la llave de una cabaña. Había un hombre al otro lado. Era un hombre... Era...

¡Era Tobías!

Sí, mi querido Fred... Era Tobías, mi Tobías.

¿Cómo así?

¿Eso significaba lo que pensaba que significaba?

¿Tobías y mi padre eran marinovios?

¿Era mi padre un mariconzón y Tobías su picaflor?

Me quedé mareada y perpleja... Tan perpleja que no conseguí arrancar la motocicleta... Empecé a vomitar de repente. Un vómito masivo e incontrolable... Mi visión se turbó, me hormigueaban los pies y el mundo estaba girando... Pensé que me iba a desmayar...

No me acuerdo por cuánto tiempo estuve allí, al borde del desmayo, pero no fue mucho. ¿Veinte minutos? ¿Media hora? No más que eso.

Luego, la puerta que controla las entradas y salidas del motel se levantó y el auto de mi padre

surgió. Él bajó la ventanilla para entregar la llave... Volví a ver quién estaba en el asiento del pasajero: era Tobías, no tuve más dudas.

Suspiré profundamente, me levanté y me subí a la moto. Decidí que iba seguirlos. Mi visión continuaba nebulosa. El paisaje frente a mí parecía una ventana borrosa, como en un día de mucha lluvia.

Recuerdo que por un momento subí la acera y casi atropellé a un peatón. Reuní todas mis fuerzas para mantener el control del manillar y seguí adelante.

El coche de mi padre estacionó en una callecita del centro y Tobías saltó de inmediato. Se despidieron con un abrazo. Mi padre se apresuró a irse.

Tobías caminó hacia la siguiente esquina y alcanzó su automóvil que estaba estacionado en una plaza.

Lo seguí. Mi cabeza estaba hirviendo, mi querido Fred. Sentía como si larvas de azufre saliesen de mis sesos.

¡Mi corazón estaba lleno de odio!

Era tanto odio que hasta me olvidé del tesoro que llevo en mi vientre.

Pensé en matarlo en ese momento, poniendo un fin de una vez por todas con la humillación por la que él me había hecho pasar. Pensé en todas las palabrotas que conocía para maldecirle:

¡Jineteo!

¡Bañaperros!

¡Mariposón!

¡Mamabolsa!

¡Mamaculo!

¡Mamañema!

¡Comedor de carne de gallo!

Cuando él se detuvo frente a su casa y salió del auto, aceleré la motocicleta.

¡Lo mataré!

¡Lo mataré!

Eso era el único pensamiento que me venía a la mente en llamas, mi querido Fred.

¡Mátalo!

Escondí mi rostro con la visera del casco y arrojé la motocicleta sobre él. Pero el desgraciado saltó de lado y cayó sobre el macizo de un árbol. Sentí los neumáticos golpear sus piernas, pero no lo suficiente para lisiarlo.

Aceleré de nuevo y salí corriendo.



Ahora aquí estoy, mi querido Fred. Estoy devastada, pero trataré de controlarme para no afectar a mi hijo.

¿Qué debo hacer?

No me puedo creer: fui traicionada por mi propio padre.

¡Mi padre!

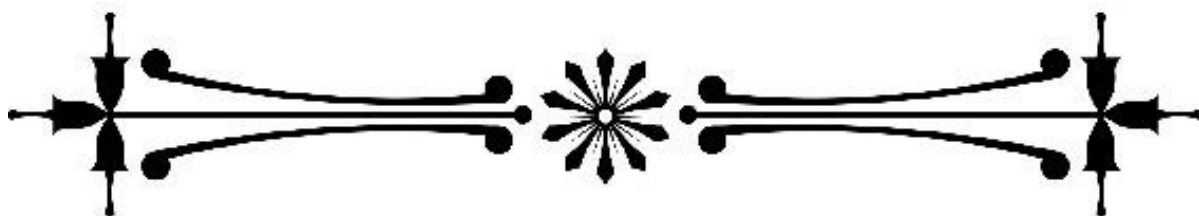
¿Mi padre?

Ah, Dios, me olvidé: el miserable no es mi padre.

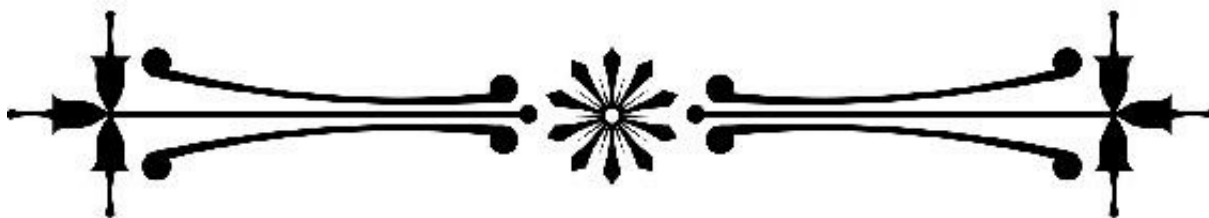
Los mataré a los dos.

¡Los mataré!

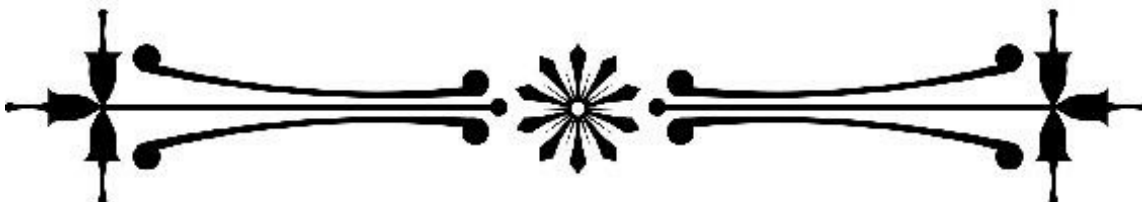
LIBRO SIETE



**MARTES
NOCHE**



11 de diciembre de 2012



ra final de tarde, casi noche, cuando el alcalde Triguero Junior llamó a los medios de Ludovica para una conferencia de prensa urgente en su oficina. El llamamiento causó revuelo en las redacciones. Todos se preguntaban qué diablo había pasado de tan grave que el alcalde no podía esperar hasta mañana por la mañana.

Nacho Díez, con sus sentidos de mago mexicano, predijo una tragedia inminente o algo bombástico y eligió la dupla Tomás Wallace y Luciano Pedrosa para hacer la cobertura de lo que tenía a decir el alcalde. La Radio Comunitaria envió a Nino Peña, mientras un rapazuelo llamado Pietro compareció como representante de la Tribuna.

No faltó siquiera lo que las gentes de prensa consideraban como siendo «la pequeña y ordinaria raya del periodismo local», es decir, los bloggers lameculos y los creadores de pequeños sitios de cotilleos.

Antes de la conferencia de prensa, camareras bien vestidas vertieron empanadas en bandejas de acero inoxidable y jugo de anacardo en vasos de cristal. También permitieron a periodistas y fotógrafos el acceso gratuito a la máquina de café de la oficina de despacho del alcalde.

—Es la primera señal de que hay mierda llegando —dijo Tomás Wallace a su fotógrafo. — Cuando intentan complacernos con jugo y café, es porque el problema debe ser grave.

Tomás tenía razón. El alcalde Triguero Junior entró en la habitación con una expresión de pesar. No sonreía a las cámaras como siempre solía hacerlo. Lo acompañaban el secretario de finanzas (un hombre gordo y calvo) y el oficial de prensa (un tipo flaquito que tenía unas manchas negras en la cara, probablemente los restos de una varicela contraída en la infancia).

Se sentaron todos. El oficial de prensa —cuyo nombre era Bruce Reyes —fue el primero en tomar el micrófono y anunciar:

—Mis colegas de la prensa, buenas noches. En primer lugar, quiero agradecerles, en nombre del ayuntamiento, por sus presencias aquí. La prisa de nuestro llamado se debe a la gravedad de lo

que ahora será anunciado por nuestro alcalde.

El ayudante le entregó el micrófono a Triguero Junior.

—Señores, buenas noches —él empezó, con su voz baja y desanimada. —Lamento mucho anunciar que el Ayuntamiento de Ludovica no podrá honrar con el pago del plus de fin de año a los funcionarios en este diciembre. La recaudación de impuestos del último trimestre cayó de manera desastrosa, profundizando la crisis que ya existía en las finanzas públicas. Desafortunadamente, no podremos pagar el plus de Nochebuena. Nuestros esfuerzos se están concentrados para que podamos pagar el salario de diciembre a todos los servidores, lo que deberá suceder en la primera mitad de enero de 2013. También quiero anunciar que, a partir de hoy, todos los pagos de bonificaciones, horas extras o cualquier gasto extraordinario están suspendidos. También están fuera de nuestra lista de prioridades los pagos a proveedores y servicios subcontratados del ayuntamiento. Les pido que escuchen con atención las explicaciones que les dará nuestro secretario de finanzas, Dr. Flaubert Castillo. Él les detallará nuestro plan de emergencia a partir de ahora. Gracias a todos.

Triguero Junior se levantó, arrojando el micrófono a las manos de Flaubert, como diciéndosele: «tómalo, pélalo, pues la piña es tuya». Enseguida, dio las espaldas a los periodistas y fotógrafos y salió por una pequeña puerta en la parte trasera de la oficina, por donde había llegado.

Los reporteros trataron de avanzar en el área restringida, intentando seguirlo, pero fueron detenidos por dos guardias trogloditas.

Tomás Wallace aún le gritó, extendiéndole la grabadora:

—¿Por qué no reveló esta situación de dificultades antes de las elecciones de octubre?

—¿Qué tienes a decir a quienes lo acusa de utilizar los recursos del ayuntamiento en su campaña de reelección? —disparó Nino Peña, también apuntando su grabadora en dirección al alcalde.

— ¿No crees que esto es un fraude electoral? —preguntó el jovencito Pietro, casi arrojándose sobre una camarera que desfilaba con una bandera de jugos en sus manos.

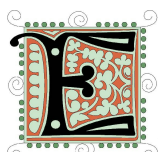
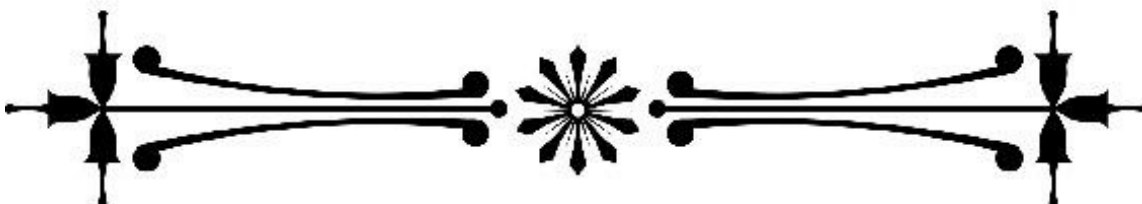
El Jefe desapareció por la puerta sin contestar ninguna de las preguntas. El secretario de prensa hizo lo mismo.

El secretario de finanzas se congeló, sosteniendo el micrófono contra su pecho, como se hubiese sido cogido por pinzas. La pulsación de su corazón era tan rápida y fuerte que se transmitía al servicio de sonido.

—Bueno, después de lo que dijo el alcalde, ¿qué más puedo yo decirles? —él preguntó, pero ni quiso esperar la respuesta de los reporteros. Se respondió a sí mismo: —Tendremos que comer la mierda con pan.

—No habrá dinero para comprar pan, secretario —bromeó Nino Peña.

—Bueno...A falta de pan, casabe —Flaubert apeló para un dicho popular y sonrió.



El viejo reloj de pared del departamento de policía ya marcaba las siete de la noche. Sebas comenzó a empacar sus cosas para irse. Apagó la computadora, enderezó algunos papeles y ordenó las baratijas en su mesa. El álbum de fotos de Pedro Maldonado él guardó en un cajón, así como las fotos que había resaltado para una posible investigación.

El capitán Héctor permanecía apoyado contra la ventana, pitando un cigarro y contemplando el movimiento de la calle que se podía ver desde su ángulo. No mencionó que también iba a empacar sus cosas para irse.

—Me voy —anunció el escribano.

—Me quedaré un rato —dijo Héctor.

—¿Deseas alguna cosa más?

—No. Todo está en orden.

—¿Está seguro? —Sebas se dio cuenta de que algo preocupaba a su colega.

—Está todo bien —el capitán dijo y se sonrió. —Me quedaré un poco para poner las cosas en marcha. Hay otro asesinato que no tratamos hoy... El caso de una mujer asesinada en El Nido del Buitre. El del instituto técnico no aún, pero quiero analizar algunos detalles para no acumular.

Sebas completó el trabajo de aseo en su mesa y se preparó para salir.

—¿Estás seguro de que no necesitas nada más? —Sebas insistió. —Puedo quedarme una hora para ayudarte.

—No quiero ser responsable de una crisis en tu matrimonio— sonrió Héctor. —A mí me basta lo que tengo que soportar en casa.

— Te refrieres al embarazo de tu hija —recordó Sebas que el capitán había comentado sobre eso en el día anterior.

—No solo eso —murmuró. —Mi matrimonio ha terminado. Hoy fue el colmo.

—¿Qué pasó? —Sebas fingió que no sabía nada.

—Una tremenda pelea con Angelita —dijo Héctor y sopló el cigarrillo. —Una pelea como nunca hubo antes. Terminé golpeándola.

—¿La golpeaste? ¿De verdad? —Sebas continuó fingiendo sorpresa.

—De verdad —Héctor asintió. —No me voy a dormir en casa hoy. Mañana, sin falta, solicitaré el divorcio. Es el fin.

—Un matrimonio de veinte años no termina así —reflexionó Sebas. —Tú y Angelita necesitan de...

—Se acabó —lo interrumpió. —No consigo más soportarla. Fueron veinte años de angustiosa convivencia.

Era la primera vez que el capitán y el escribano charlaban de asuntos tan íntimos.

—Ha llegado el momento de detener esta terrible experiencia —Héctor le dijo.

—¿Tienes otra? —Sebas se atrevió a preguntar.

—Digamos —él pensó un rato antes de responder —que estoy en otra.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace algún tiempo.

—No sé qué decir —Sebas murmuró, sorprendido. —Me imaginé que...

—¿Quieres saber más? —el capitán dio un trago fuerte en su cigarro. —Angelita tiene un amaguito.

—¿Qué? —los ojos de Sebas se abrieron.

—Lo supe desde hace unos meses.

—¿Cómo lo supiste? —el escribano tartamudeó y no pudo ocultar su nerviosismo. El curso de la charla empezó causarle pequeños pellizcos en su cabeza.

— Soy el jefe de policía —él sonrió. —¿Te olvidaste?

—No me lo imaginaba que...

—Gracias a Dios —continuó Héctor, interrumpiendo lo que Sebas iba a decir, —tengo el mejor equipo de investigación de esta ciudad. Y no solo eso: un equipo muy fiel a mí. Si no fuera por este grupo de investigadores, ya me habrían estafado los medios de comunicación a quienes no les caigo bien y a otros comisarios que, no lo sé por qué, están celosos de mi trabajo.

—¿Sabes quién es él?

—¿El amiguito de mi esposa? —Héctor volvió a reír, ahora una risa chacotera. —Por supuesto que sé.

Todo el cuerpo de Sebas sintió la descarga eléctrica que aquella frase provocó en su cerebro. Por impulso, él puso la mano sobre la pistola que llevaba en la cintura.

—Tengo lástima de él —dijo Héctor.

—Sabes quién es él, ¿de verdad? —Sebas insistió.

—No, no lo sé —Héctor dejó de reír. —En realidad, no quise saberlo. Pizarro descubrió todo. Los siguió hasta el motel e incluso hizo fotos. Pero yo decidí que no iba a ver nada de eso. Le ordené que destruyese todas las evidencias del adulterio. Como te lo dije, estoy en otra. Durante mucho tiempo, esperé que Angelita tuviese el coraje de solicitar el divorcio, aunque sabía que nunca lo haría por pura vanidad. Tal vez ella desease mi muerte todos los días. Sería más honorable para ella ser viuda que divorciada. El divorcio podría darle una idea de fracaso y tendría que explicar a sus amigas por qué había terminado su matrimonio. Angelita odia explicar las cosas y odia todo lo que se mete con su vanidad. Un divorcio sería terrible para su reputación. Ya se ella si quedase viuda...

—¿Pizza se enteró de todo? —Sebas preguntó de nuevo. —¿Todo, todo?

—Todos los pormenores —el capitán enfatizó, dando una última calada al cigarrillo. —Pero le pedí que destruyese todo y enterrase el asunto.

—Creo que hiciste lo correcto —Sebas murmuró con cierto alivio en su voz. —Fue una decisión muy racional.

—Te confesaré algo —dijo Héctor y se acercó al escribano. Le puso una mano en el hombro. —Eres la primera persona con la cual voy a decir algo que estoy planeando hace algún. El divorcio es solo un paso de los cambios que haré en mi vida. Voy a solicitar una licencia de la Policía Nacional. Te digo mejor: tal vez abandone mi carrera para siempre. Tal vez tenga que cambiar de ciudad. Estoy consultando a algunos amigos influyentes, tal vez volveré a trabajar como abogado penal.

—¿Es esto una broma? —preguntó Sebas, aunque no se estaba riendo.

—Estoy te diciendo en serio —él regresó hasta la ventana. —Sé que es un cambio muy radical. Sé que debes estar pensando que soy demasiado viejo para tal aventura, pero siento que tengo que hacerlo ahora.

—Creo que abandonar tu carrera en la Policía Nacional es una estupidez —Sebas fue honesto. —Tú puedes escoger otro puesto, tal vez para alguna función burocrática.

—También pensé en eso. Un amigo que tengo en el comando, que no puedo decirte el nombre, sugirió que yo fuese para la oficina de Comunicaciones Estratégicas. No lo sé todavía. Estoy reflexionando. Todo lo que quiero es vivir mi vida en otra realidad...

—Eso se llama pasión —sonrió Sebas.

—Me estoy redescubriendo. Fingí ser alguien que no soy por más de veinte años. Ahora romperé los lazos.

—Te deseo buena suerte, amigo.

—Gracias, compay. Pero, ahorita, basta de esta charla. Mañana seguiré aquí y tú también. Vaya a descansar.

—¿Dónde vas a dormir?

—Buscaré una posada para descansar.

—Haz eso. Necesitas descansar.

—Gracias, amigo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Esa fue la mejor charla que hemos tenido en muchos años —dijo Sebas. —A mí me gustó mucho.

—También me sentí muy bien diciéndote todo esto.

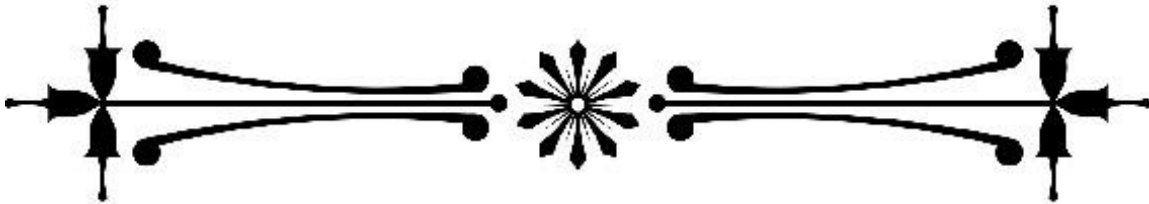
—Necesitamos repetirla muchas veces —sugirió el escribano. —De preferencia que sea en una mesa de bar y en compañía de unas frías...

—Y un estofado de chivo con arroz y habichuelas —agregó Héctor.

—Y una buena guitarra —agregó Sebas.

—Eso —sonrió Héctor y abrazó al escribano. —Con el insuperable Martin Sansebastian en la guitarra.

Se rieron y se despidieron una vez más.



—¿...ló...?

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—No me mientas.

—No estoy te mintiendo. El chico no me llamó. Yo lo llamé, pero su teléfono está apagado. Dio una señal extraña como si el número ya no existiera.

—Tengo algo nuevo para ti.

—¿Qué es?

—Me voy a divorciar.

—Esto no es nada nuevo.

—Ahora es de verdad.

—¿Qué sucedió?

—Pelemos esta mañana, la golpeé.

—Te conozco. No harías eso si ella no te hubiese provocado. Por lo tanto, date prisa a este divorcio antes que ella te mate de rabia.

—Tienes esa opinión ahora, pero sabes que eres culpada por la existencia de este matrimonio...

—No tengo culpa de nada. Sabes lo que hiciste. Fue su padre quien insistió en esta historia y le pidió a monseñor Cardona que interviniese. Por mi deseo, nada de esto había sucedido: te quedarías soltero, quitándote la vida como quisieses.

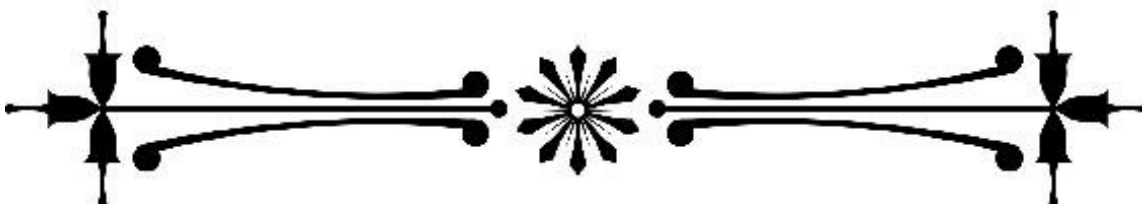
—Es fácil decir eso ahora, después de todo...

—Tal vez mi comprensión de lo que sea felicidad haya cambiado en estos años. Lo que no quiero para mí, tampoco lo quiero para los demás.

—No voy a dormir en casa hoy.

—¿Quieres dormir aquí?
—No.
—¿Por qué?
—Tu casa sería el primer lugar que Angelita me buscaría. Voy a dormir en una pensión donde nadie me molesta.
—Ella no te molestará ahora. Por lo que conozco de aquella víbora, se subirá a la parra cuando escuchar que quieres el divorcio.
—Quiero resolverlo lo más rápido posible, pues que ya perdí mucho tiempo de mi vida...
—¿Y tus hijas? ¿Cómo crees que reaccionarán?
—Sé que Amanda y Alice se quedarán aturcidas por un tiempo. Ya Leticia... ¿Ya lo sabes...?
—¿De su embarazo?
—Ya lo sabes, ¿verdad?
—Ella me lo dijo tan pronto como se enteró.
—El novio no quiere a este hijo.
—Eso no importa en absoluto.
—Mamá, yo tampoco quiero...
—¿Cómo?
—No quiero que Leticia tenga a este hijo.
—¿Estás loco? ¿Bebiste?
—Lo digo en serio.
—No te atrevas a decirme eso otra vez. Leticia tendrá este bebé. Siempre soñé con un bisnieto...
—Ma, tú sabes, será un desastre.
—No tienes nada que ver con eso. Ella decide lo que quiere hacer de la vida. No te involucres en los asuntos de tu hija, déjala en paz.
—Hay otras cosas involucradas en este embarazo...
—¿Dime qué, por ejemplo?
—No puedo decirte...
—Vas a decirme, yo te exijo. ¿Qué otras cosas están involucradas en el embarazo de mi nieta?
—Mamá, no puedo permitir...
—¿Qué estás intentando decirme?
—Algún día reuniré el coraje para contarte mis razones...
—Dime: ¿tiene esto a ver con el novio?
—Tal vez tú lo sepas mucho antes de lo que piensas.
—¡Dios mío! Ni siquiera me voy a... ¿Tú y el novio de Leticia son...?
—No empieces a delirar, mamá...
—Sea lo que sea que suceda, no quiero que mi nieta sufra. Y te advertiré pronto: si ella decide que vaya a tener este bebé, ella tendrá el bebé. No te atrevas...
—Además del divorcio, tengo otra noticia. Dejaré a la policía.
—Estás mamado, ve a dormir.
—No bebí nada de alcohol. Nunca me quedé tan lúcido.
—Si no estás mamado, estás loco.
—Nunca me quedé tan lúcido. Dejo la carrera en la Policía Nacional y me voy a vivir en otra ciudad.
—¿Quién te hechizó así? Por Dios, dime, necesito saber: ¿quién es este demonio?

- Por primera vez, mamá, estoy enamorado de verdad...
- Esto no es amor, hijo mío, no es amor. Es una locura. Ve a dormir.
- Mamá...
- Dime...
- Yo te amo. Todo lo que hice fue para protegerla.
- Bueno, te perdono...Pero estás borracho.
- Adiós.
- Llámame más tarde para decirme dónde vas a pasar la noche.
- Está bien.
- Quédate con Dios.
- Beso, mamá.
- Beso. Dios te bendiga.



La madre de Tobías, Isaura Mendoza, se apresuró a ayudar a su hijo tan pronto como lo vio entrar a la sala con una pierna sangrante. Ella pensó que le habían disparado un tiro. Luego comenzó a gritar:

—¡Taumaturgo, ayúdame! ¡Le dispararon a Tobías!

Se calmó cuando su esposo analizó la herida en detalle y determinó que no era nada grave.

A la hora de la cena, más aliviada, después de pasar repetidamente una cataplasma de hierbas caseras en la pierna de su hijo, Isaura quería saber los detalles del accidente.

—¿No grabaste la matrícula del vehículo?

—No hubo tiempo, mami.

—Ese loco debería ser arrestado.

Casi siempre, durante la cena, Isaura y Taumaturgo dialogaban poco, aunque este era el único momento del día cuando se reunían alrededor de la mesa. Por la mañana, Tobías se iba temprano a la universidad, y su padre tenía que abrir la tienda antes de las siete para recibir los primeros animales de los clientes. Solo Isaura se quedaba en casa y desayunaba con la criada, Eliza. Al mediodía, todos almorzaban fuera de la casa: Tobías en la uni, Taumaturgo en un picapollo cerca de la tienda e Isaura en la cafetería de la escuela donde trabajaba. Por lo tanto, la cena era el momento de establecer el orden del día. Aun así, casi siempre, comían en silencio.

La herida en la pierna de Tobías fue el detonante de un ensayo de charla en aquella noche.

—Gracias a Dios, está todo bien —dijo Taumaturgo, en un murmurio, por falta de algo más interesante que decir.

Mientras bebía la sopa de lentejas con costillas de cerdo y masticaba una rebanada del pan especial de cuatro quesos (una receta que Eliza no compartía con nadie), Tobías pensó que tal vez era un buen momento para abordar el tema que lo estaba torturando sus sesos, que ardía mucho

más que el rasguño del neumático de la motocicleta en su pierna.

—Mami...

—¿Sí...?

—Rompí el noviazgo con la hija del capitán.

Isaura tomó una cucharada de su sopa, respiró hondo y pensó por unos segundos. Quizás midió las consecuencias de este nuevo evento en su vida social. Taumaturgo no dijo nada. Pensó que su hijo no estaba interesado en su opinión.

—¿Qué sucedió? —preguntó la madre y volvió a comer.

—Pelemos y decidimos terminar la relación— él respondió de modo lacónico.

—¿Por qué pelearon?

—Diferencias irreconciliables.

—¿Qué hiciste? ¿Heriste a la chica?

La reacción de la madre era una mezcla confusa de apatía e inquietud. El padre solo escuchaba sin mucha atención.

—No hice nada.

—Tu madre y yo tenemos nuestras diferencias y estamos veinticinco años casados—el padre opinó.

—No existe eso de diferencias irreconciliables cuando una pareja desea permanecer unida —dijo Isaura. —Algo serio ha sucedido y no quieres decirnos.

—Leticia se quedó embarazada —Tobías se animó a decir. —Fue imprudencia de nuestra parte, pero sucedió.

Isaura y Taumaturgo se quedaron en silencio durante un rato. No fue un rato muy largo, tal vez unos segundos, pero a Tobías le pareció una eternidad. Su padre frunció el ceño y cerró los ojos: quizás estuviese reflexionando sobre las consecuencias de esa información sobre su negocio y sus finanzas. Isaura dejó caer la cuchara en su plato y juntó las manos como para rezar.

—Un hijo es una bendición —ella dijo. Luego citó el Libro de los Espíritus de Allan Kardec: —«Nacer, morir, renacer y progresar siempre, tal es la Ley».

—¿El padre de la niña, el capitán, ya lo sabe? —Taumaturgo le preguntó.

—Sí —respondió Tobías.

—¿Cómo reaccionó? —Taumaturgo le preguntó de nuevo.

—No lo aprobó —dijo Tobías.

—Vamos a dialogar con él —anunció Isaura.

—Mamá, no me casaré con Leticia —dijo Tobías. —Eso es lo que estoy tratando de decirte. Nuestra relación se acabó por eso.

Los padres volvieron a quedarse en silencio. Isaura volvió a comer. Tomó dos cucharadas y se detuvo.

—Eso no es lo que te enseñamos —ella dijo. —Fuiste creado y educado para ser un hombre digno, temeroso de Dios y fiel a la Doctrina Espírita. Es lo mínimo que espero de ti.

—¿Eso me obliga a hacer algo que no quiero?

—No —su madre fue categórica y seca, —pero eso no te da derecho a hacer sufrir al otro.

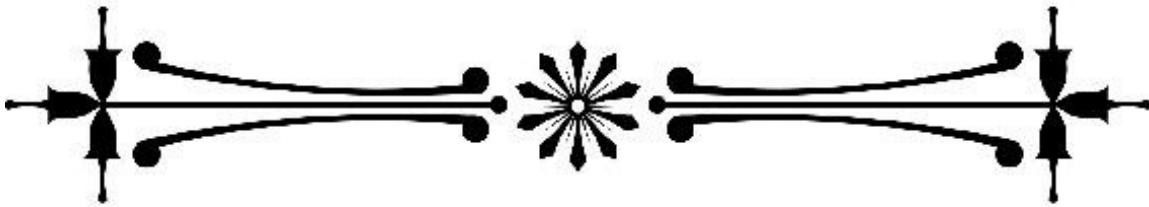
—Estoy enamorado de otra persona —anunció Tobías.

—Tenemos dos problemas para resolver —dijo Isaura —y los trataremos por separado. Como siempre lo hicimos en esta familia: con mucho diálogo.

Los tres se callaron de repente y volvieron a comer la sopa de lentejas con costillas de cerdo. Permanecieron así hasta el final de la cena. Después se levantaron de la mesa sin decir una

palabra y fueron a sus habitaciones.

Tobías estaba seguro después de este primer intento de diálogo con sus padres: tendría que encontrar una solución por su cuenta.



Alas ocho, el departamento de policía estaba prácticamente vacío y oscuro. El vigilante del turno, un chico alto y moreno, permanecía en la recepción. Vía las noticias en la tele mientras saboreaba la lonchera que había traído. La luminiscencia azul de la pantalla iluminaba de forma parcial la gran sala del caserón antiguo. Esa noche, los agentes civiles Cirilo Lozada y Romero habían sido asignados al servicio de la cárcel y jugaban póquer en una pequeña habitación que servía como alojamiento. (El cuidado de los prisioneros no era el papel de un agente de la Policía Nacional, pero los departamentos de casi todas las ciudades del país estaban abarrotadas y no había otro remedio; el sindicato de la categoría estaba en permanente conflicto con el gobierno central debido a este mal uso de los deberes de los agentes —las autoridades de seguridad hacían la vista gorda al problema y retrasaban la contratación de más carceleros para satisfacer la demanda. Si bien esto no se resolvía, la custodia de los prisioneros quedaba bajo la responsabilidad de los agentes en muchos casos, como en Ludovica).

El capitán Héctor se había quedado en su oficina —o como se llame aquella pila de papeles viejos, baratijas y computadoras prehistóricas— fumando un cigarrillo tras otro.

Antes de irse para su casa, Salma fue a la oficina del jefe para saber si todo estaba bien.

—¿Necesita algo?

— No —él murmuró. —No te preocupes, estoy bien.

—¿Seguro? —ella insistió.

— En absoluto.

Unos minutos después de que Sal se había ido, el teléfono encima de la mesa de Héctor sonó con ruidosa insistencia.

Se preguntó si debería responder. Supuso que era Angelita o alguien con quien no quería hablar.

Ante la obstinación, decidió atender.

—¡Aló!

—¿Ese teléfono es del departamento de policía? —una voz femenina preguntó desde el otro extremo de la línea.

—Sí.

—Quiero hacer un informe anónimo.

—Dime lo que es.

—Hoy, en la radio, noticiaron que un hombre mató a una mujer en el Nido del Buitre y secuestró a su hijastra. ¿Escuchaste la noticia?

—Sí —mintió Héctor. De hecho, no había escuchado las noticias en la radio, pero había leído algo sobre el caso en La Voz. Estaba esperando el informe de la Morgue Judicial para iniciar los procedimientos de esta investigación.

— Vivo aquí en una calle cerca del río —continuó la mujer —y hoy apareció un hombre arrastrando a una niña de unos doce años. Un hombre muy extraño y grosero. Alquiló una casa y vive en ella. Estoy segura de que es el mismo tipo que mató a la mujer en el Nido del Buitre. ¿Quieres escribir la dirección?

— Sí —murmuró Héctor, pero no tomó lápiz ni papel.

—Calle Caracoles, número 30, cerca del Bar Vida Pequeña —dijo la mujer. —El forastero está en una casa de barro, con el techo casi derrumbándose. Él está allí con la niña. Ni quiero imaginar lo que él hace con la pobrecita... Vas a arrestarlo, ¿no?

—Lo haré —dijo Héctor, pero sin la mínima convicción. —Gracias por la información.

—¿Cuándo?

—Mañana temprano.

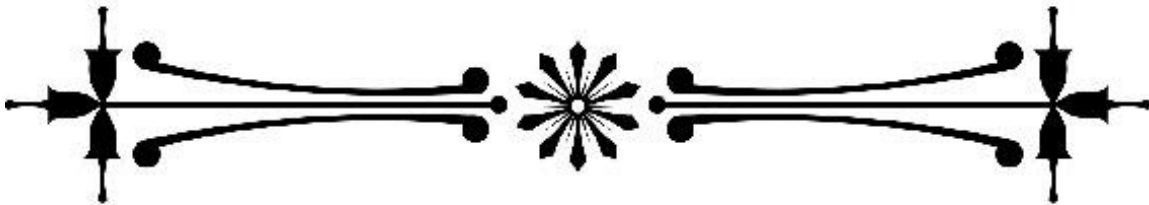
—Está bien —dijo la mujer y colgó.

Héctor señaló en su agenda: Calle Caracoles, 30. Luego tomó la edición de La Voz, ya deshilachada, y releyó algunos informes que había atropellado por la mañana, así como otros que pasaron desapercibidos. La agitación que se había convertido en el testimonio de León Quesada y los esfuerzos para acelerar la investigación de la muerte de Pedro Maldonado lo llevaron a relegar a segundo plano el caso de la mujer asesinada por su compañero.

VIOLENCIA EN LA PERIFERIA: MUJER MUERTA A GOLPES DE PALO

En brinco y medio, Héctor se flagró pensando en sí mismo, furioso como un oso, golpeando la cara de Angelita. Ese pensamiento torpe, aunque fugaz, lo dejó desconcertado. Tiró el periódico a la mesa y encendió otro cigarrillo. Aún no sabía dónde iba a pasar esa noche. Pensó en limpiar un rincón de su oficina y acostarse allí, pero renunció a la idea porque generaría muchos rumores al día siguiente. No era aconsejable exponer sus problemas personales a sus colegas. Quería evitar eso.

El capitán tuvo una idea cuando vio, tirado en la mesa, el libro con el pájaro posado en la rama de un árbol: Canto Triste del Pájaro Herido —Poemas de Amor y Dolor —de Pilar Salvatierra. Recordó la pensión de Pilar. De pronto se le ocurrió que aquel era un refugio oportuno para esa noche.

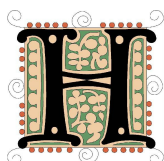
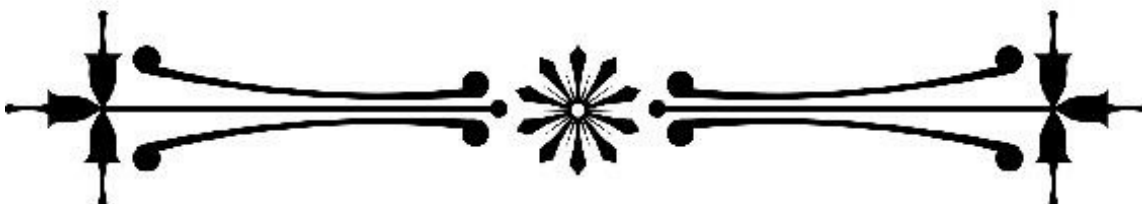


Chin a chin, ellos empezaron a llegar al sitio donde ocurriría la asamblea convocada por el sindicato —el cobertizo de una fábrica abandonada en las afueras. Eran maestros, guardias, vigilantes, sepultureros, limpiadores de calles, albañiles, electricistas, pintores, conductores, operadores telefónicos, asistentes administrativos, músicos de banda, inspectores de impuestos y todo tipo de funcionarios del ayuntamiento. También llegaron algunos estudiantes, intelectuales y artistas. Se presentaron en silencio, trayendo pancartas, mirando de lado a lado, bien comedidos.

El lugar estaba débilmente iluminado por una cadena de luces incandescentes. Había sillas de plástico esparcidas por la habitación, pero pocos se sentaron. Algunos se apoyaron en las diversas pilastras en el centro del cobertizo, otros se apoyaron contra las paredes y muchos se pusieron de pie para charlar en voz baja. No hubo gritos, ni conmoción, ni histeria, nada de eso. El comportamiento recordaba más a las personas que venían a un velatorio. A primera vista parecían inofensivos. Sin embargo, si un forastero diese una mirada más atenta, de inmediato se daría cuenta de que, debajo de las camisas, pantalones, mochilas y botines, muchos llevaban pistolas, revólveres, hachas, cuchillos de destripar gallináceos y también otros instrumentos que podrían convertirse en armas mortales como alicates, tijeras, pinzas, destornilladores y martillos.

Una chica delgada y de pelo muy negro y largo apareció en medio del cobertizo con un megáfono. Estaba vestida como si acabase de aterrizar desde una máquina del tiempo que se había partido del lejano año 1969, llevándola desde el escenario de Woodstock hasta Ludovica. Era una versión moderna de Janis Joplin con el mismísimo peinado, maquillaje, anteojos y bisuterías. Excepto por la voz. A diferencia de Janis, la chica tenía una voz de chirimía, que se quedaba insoportable cuando ella usaba el megáfono. Comenzó un discurso con citas de Karl Marx y Friedrich Engels, y luego lo modificó con aforismos sobre el proletariado, la plusvalía, la sociedad sin estado y la lucha de clases.

Recordó frases de György Lukács, Jorge Eliécer Gaitán, José Carlos Mariátegui La Chira e Ievguêni Alexeivitch Preobrajenski, pero cuando se dio cuenta de que la mayoría de la audiencia no entendía nada de nada de lo que ella decía, bajó el nivel a temas más comunes como la esclavitud, la miseria, la injusticia y el retraso. La audiencia solo racionó cuando ella dijo el nombre del alcalde: hubo una explosión de abucheos. Algunos blandieron sus armas en el aire. Dos o tres banderas del partido ligado a la causa operaria aparecieron de rampampán y comenzaron a ondear en las manos de un grupo de estudiantes. Una enorme pancarta que llegó al centro de la audiencia tenía la frase tomada de la canción emblemática del grupo chileno Quilapayun: «el pueblo unido jamás será vencido».



Héctor salió del departamento a las nueve y pico. Pasó por la recepción, saludó al vigilante (llamado Amaro), cruzó la calle oscura y se metió en su coche que estaba estacionado debajo de un árbol gigante. Se dirigió a la pensión de Pilar Salvatierra en la Vila del Conde. De cuando en cuando sentía que alguien le decía que hiciese eso. Parecía escuchar una voz en su subconsciente que lo impulsaba hacia adelante. No era un hombre supersticioso el capitán, nunca lo había sido, ni siquiera cuando niño, pero ahora no podía negar que sentía una fuerza extraña alrededor.

A su lado, en el asiento del pasajero, completamente invisible, el espíritu de Pedro Maldonado sonreía de satisfacción. Él fue quien sopló cosas al oído del capitán. Estaba riéndose porque, no hace mucho tiempo, siquiera estaba seguro si podría hacer lo que estaba haciendo. Se reía porque el plano estaba funcionando.

Héctor encendió la radio y sintonizó en la Tribuna de Ludovica. Bajó la ventanilla del coche y encendió un cigarrillo. Tocaba *Eternal Flame*, una canción que lo remontó a los momentos felices de su vida en 1989... Tenía treinta y dos años. Ya estaba casado, pero la vida aún no era el infierno de hoy...

*Close your eyes, give me your hand, darling
Do you feel my heart beating?*

Buenos momentos, pensó Héctor y sonrió. Pero volver al pasado era agradable en las remembranzas. En la práctica, casi siempre era una experiencia muy triste. Recordó un episodio en que antiguos amigos de la universidad tuvieron la idea de realizar una fiesta y celebrar los veinte años de graduación. Fue un encuentro desastroso. Las cosas dejadas atrás, los amores, los

amigos, los poemas, las cartas, los parientes, los sentimientos, nunca se encuentran como los abandonamos. Más prudente era dejar el pasado en el pasado. Allí, al menos, era posible imaginarlo como casi perfecto.

La suave voz de la canción se repetía:

*Cierra los ojos, dame tu mano, querido.
¿Sientes mi corazón revolotear?*

¿Cómo podría no pensar en Tobías cuando escuchaba esos versos tan suaves? Para agradarlo, Héctor estaba decidido a dejar de fumar, hacer ejercicios, mejorar la alimentación y buscar un verdadero cardiólogo para analizar el maldito dolor en el pecho que volvía de cuando en cuando. Estaba dispuesto a deshacerse de esta mazmorra en la que vivía. Estaba dando un primer paso.

Detuvo el automóvil en un callejón estrecho en Vila del Conde, enfrente a la casa de fachada verde. Este era el lugar: la pensión de Pilar, la fortaleza de tantos eventos controvertidos, en tiempos de antaño un oasis de poetas y bohemios.

Bajó del coche y caminó hacia la entrada. Tocó la campanita. Se sorprendió cuando Pilar le abrió la puerta.

—Buenas noches —la saludó Héctor.

—¿Tú?—ella también estaba sorprendida.—¿Viniste a arrestarme?

El capitán se echó a reír.

—No tengo ninguna orden de arresto contra ti —dijo.

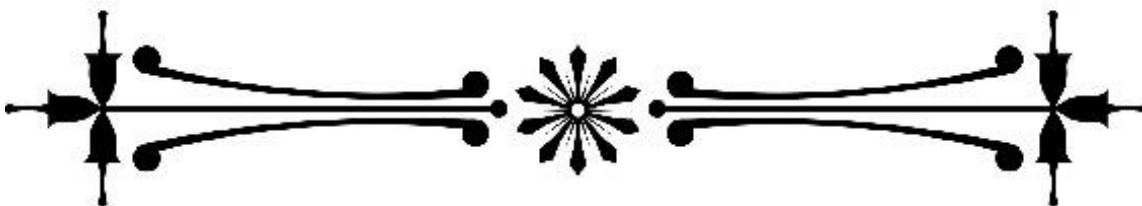
—¿Qué animal te mordió?

—Necesito una habitación para pasar la noche —le dijo él. —¿Me puedes conseguir una?

—Viniste al lugar correcto —ella le dijo y se echó a reír. Comprendió de pronto que el capitán estaba pasando por un momento difícil. —Tengo habitaciones especiales para personas desilusionadas.

Héctor entró.

Desde arriba, el espíritu de Pedro Maldonado lo seguía, flotando inquieto como una vejiga.



ambién alrededor de las nueve y media, Cabo Alonso estaba regresando a su casa en un autobús que más parecía un cadáver oxidado a punto de colapsar. A pesar de tener casi quince mil habitantes, la población de Ludovica no disfrutaba de un servicio de transporte público muy decente. En verdad, el servicio se constituía de tres o cuatro guaguas de una compañía que operaba de manera irregular debido a negligencia del ayuntamiento. La gente resolvía sus problemas con los motociclistas que se movían arriba y abajo, llevando a todos de un punto a otro por un puñadito de pesos.

Alonso estaba exhausto. Había pasado toda la tarde en la unidad de emergencias como a un perro guardián, esperando noticias de la chica rubia golpeada por su madre. Lo había hecho sin que nadie le solicitara, no era su deber. Aunque no pudo obtener una explicación plausible, se sintió conectado a ella por una fuerza extraña. Algo le impedía de abandonarla allí. Durante el tiempo que permaneció sentado en la recepción de la unidad de emergencia, no apareció ningún pariente. Nadie vino a visitarla.

Antes de irse, Alonso prometió al enfermero que regresaría al día siguiente para ver la chica nuevamente.

Él pensaba sobre esto mientras el autobús sacudía por las calles llenas de agujeros y baches. De repente, el celular sonó en el bolsillo de su pantalón. Era la esposa.

—¿Dónde estás?—ella le preguntó, y él pudo sentir un tono de angustia en su voz.

—En el autobús, yendo a casa —dijo.

—Gracias a Dios —murmuró ella.

—¿Qué sucedió?

—Pensé que estabas en la confusión.

—¿Que confusión?

—¿No lo sabes?

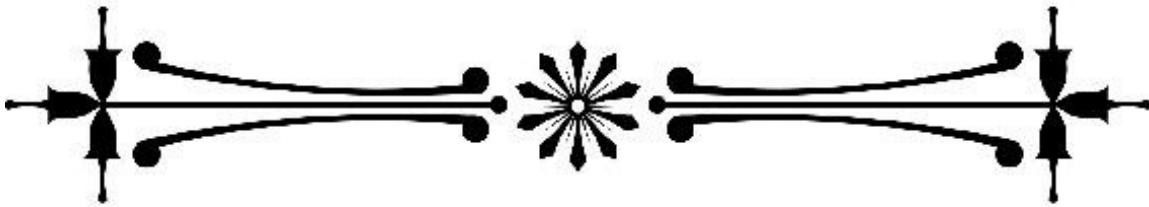
—No sé de nada.

—El alcalde convocó la Guardia del Ayuntamiento para contener a centenares de manifestantes que están reunidos en un almacén abandonado. Ellos amenazan invadir a la ciudad y hacer barricadas y protestas. Pensé que estabas allí porque el alcalde alertó al capitán Oliveira para usar toda la fuerza si los manifestantes intentasen ingresar al edificio del Ayuntamiento.

—Yo estaba en otra ocurrencia.

—Ven rápido —dijo ella. —La cena ya está puesta en la mesa.

— Estoy llegando en un ratito.



Primerero León Quesada se durmió como si hubiese ingerido un barril de ron o tequila. Besó el suelo tan pronto como lo arrojaron en la celda apretada, con olor a heces y orina, en compañía de dos tipos de aspecto grosero. El interrogatorio lo había dejado exhausto.

Cuando se despertó, sintió que su cabeza palpitaba como un tumor gigante. Pensó que iba a explotar tal cual el personaje de la película de terror Hellraiser. No sabía la hora exacta, tal vez ocho, tal vez nueve, no tenía idea, solo sabía que era noche porque conseguía ver la luna menguante a través de un hueco en la pared que no podría llamarse ventana

Pasó la mano por la parte inferior de sus pantalones. Por un breve momento pensó que estaba sentado en un montículo de su propia mierda, pero era solo impresión. Sintió una punzada en la pierna y de repente la levantó. Pensó que era la mordedura de un ratón, pero una vez más estaba equivocado. ¿Qué estaba pasando con su maldito cuerpo?

La celda parecía una estufa caliente. ¿Parecía? Ah, demonios, era un crematorio. ¿Cómo podrían los mosquitos no derretirse en ese calor, explotar como el maíz en una sartén de aceite hirviendo?

Peor que el calor era la tufarada que provenía de las dos letrinas. León se preguntó: ¿Qué han estado comiendo estos dos tipos durante los últimos días para producir boñigas tan fétidas?

Los dos chicos susurraban. Fumaban y susurraban. Usaban un lenguaje tan extraño que León no conseguía entender nada. Permaneció en silencio para no molestarlos. No parecían buenos amigos. No intentó arriesgar un diálogo.

León sintió que su cabeza comenzaba a expandirse como una cámara neumática. Sus globos oculares se hinchaban y estaban a punto explotar como un tipo de pepino que había visto en un video: después de acumular agua en demasía, él disparaba las semillas con un chorro que parecía más un cohete de lanzamiento. León sintió que su cabeza iba a lanzar las bolas de sus ojos tal cual

el dicho pepino arrojaba sus semillas al aire. También sintió una cascada de su cerebro saliendo de sus tímpanos.

Los hombres abrieron los ojos, aterrorizados por la mueca desesperada que León hacía cuando pensaba que todo su cuerpo se desintegraría. ¿Estaba soñando?

Permaneció en la misma posición, como una marioneta rota, con una cara patética y una corriente de imágenes inexactas que rebotaban en su cabeza hinchada.

¿Dónde estaba ella, la bruja? ¿Lo había abandonado ella?

De repente, los rostros de las diversas mujeres que mató comenzaron a flotar en la celda. Ellas sonrían, pero eran sonrisas de bocas macabras, con dientes horribles. Sonrisas de murciélagos. ¿O eran realmente murciélagos? A veces una de ellas se abalanzaba sobre él y lo amenazaba con un mordisco. Él se esquivaba.

Los hombres fumaban y lo observaban. ¿Qué estarían pensando?

Entre las caras horribles de las mujeres murciélagos, ella apareció. Por fin. Era la primera vez que aparecía así, en forma de luna llena, sonriendo. Antes, él solo oía su voz.

La cara flotante estaba tomando forma, ganando brazos, piernas, caderas, curvas. Tenía la piel oscura y estaba desnuda. Parecía una sacerdotisa de un templo griego (similar a las películas que León solía ver en la sesión de la tarde). Allí estaba ella, desnuda, deslumbrante ante él.

Se puso de pie y se quedó inmóvil como un espectro aturdido, cara a cara con ella. Se quedaron así por mucho tiempo.

Los compañeros de celda lo miraron como un tonto. Ciertamente estaban celosos.

—¡Salga de ese lugar! —ella ordenó.

León extendió la mano, intentó tocarla, pero ella se apartó y se alejó flotando como una vejiga.

—¿Cómo salgo de aquí?

—Usa tu cabeza —respondió ella. —Tienes que darme sangre, o morirás, te pudrirás aquí como un ratón.

León intentó una vez más agarrarla, impulsando su cuerpo hacia arriba. En vano.

—Quiero sangre—ella murmuró, con su voz suave y firme, imperativa. —Estás en deuda conmigo.

En ese momento, un grito aterrador surgió de un rincón de la celda.

—¡Ayúdanos! ¡Saca esto loco de aquí!

Era uno de los hombres gritando.

—¡Ayúdanos!

Los agentes Cirilo y Romero aparecieron en la cuadrícula.

—¿Qué vaina es esa?— les preguntó Romero.

—¡Este sujeto está loco! —dijo uno de los prisioneros, un tipo con ojitos de felino. —Él sigue hablando consigo mismo, saltando, haciendo muecas, tartamudeando. ¡Parece que el diablo está en sus cueros!

—Está demonizado —completó el otro.

—Qué historia más estúpida —dijo Cirilo, riéndose.

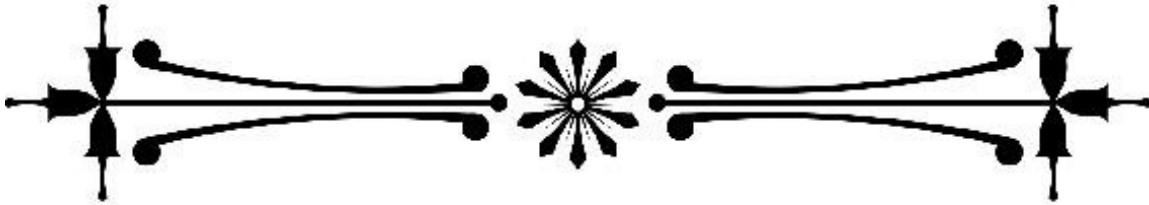
—Si no lo sacan de nuestra celda —dijo el tipo con cara de gato, —lo mataremos asfixiado, te lo digo...

Los agentes estaban tan asustados que llamaron al capitán Héctor.

Ya instalado en la pensión de Pilar, él escuchó el relato y autorizó la transferencia.

Tres de los seis cuartos del caserón habían sido convertidos en celdas improvisadas a lo largo de los años. La celda donde estaba León era la más grande de todas.

Los agentes no tuvieron otro remedio: llevaron León a la celda que se denominaba La Cripta debido a su tamaño y su aspecto desagradable.



Los grimorios son libros medievales de brujería, liturgias macabras y recetas de maldad y hechicería otorgadas a fuentes hebreas o egipcias. Estos libros contienen mapas astrológicos, elenco de ángeles decaídos y pautas sobre cómo mezclar venenos infalibles, exorcizar y evocar entidades sobrenaturales y cómo hacer muñecas malignas. El más popular de los libros de hechizos es El Tesoro del Hechicero (El Gran Libro de San Cipriano). Cuenta con varias brujerías y rituales oscuros, así como oraciones poderosas para una variedad de propósitos, incluyendo matar a una persona desde muy lejos. Muchas personas creen que el simple hecho de leer algunos extractos puede atraer mucha inquietud y desgracia para el lector.

Angelita sabía poco de estos detalles. Había comprado su ejemplar en una tienda de comercio electrónico y los correos lo entregaron hace unas semanas. Por precaución, lo mantuvo encadenado en una caja de madera que había mandado hacer para ese propósito. Aunque creía en todo lo que estaba escrito allí, temía usarlo. Pero había llegado el momento. Lo que Angelita pretendía era empezar a leerlo al revés y así convocar al demonio en su presencia.

Eran casi nueve y media de la noche. Baena había llamado para informar que Héctor no dormiría en casa. ¡Aleluya! Era la oportunidad que Angelita necesitaba para implementar uno de sus planes. Se encerró en la habitación con el libro, encendió tres velas negras y respiró hondo. Cuando abrió el ejemplar, sin embargo, sintió que un viento helado le subía por las espaldas. Se estremeció y la cerró de inmediato. Se dio cuenta de que estaba tratando con algo que no dominaba. Pero no se dio por vencida.

Abrió el libro una vez más. Hojeó rápida y aleatoriamente, buscando lo que quería. Hasta que lo encontró, en la página setenta y nueve:

GRANDE INVOCACIÓN A LOS ESPÍRITUS CON QUIENES SE DESEA HACER PACTO,

SACADA DE LA GRAN CLAVÍCULA DE SALOMÓN.

Empezó a rodear la cama con una vela en la mano y a proclamar las palabras en voz alta (pero no tan fuerte para que sus hijas no las oyesen en las habitaciones vecinas).

—Emperador Lucifer, dueño y señor de todos los espíritus rebeldes, te ruego me seas favorable en la apelación que hago a tu gran ministro, Lucífugo Rofocale, pues deseo hacer pacto con ele; yo te ruego a ti, príncipe Belzebuth; que me protejas en mi empresa... ¡Oh, conde Astaroth!, sedme propicio y haz que en esta noche, el gran Lucífugo se me aparezca bajo una forma humana, sin ningún pestífero olor, y que me conceda por medio del pacto que voy a presentarle todas las riquezas y dones que necesito...

Tan pronto como terminó la oración, Angelita volvió a poner las cadenas alrededor del volumen negro y lo encerró en la caja de madera. Estaba a punto de ducharse cuando sonó el teléfono. Abrió bien los ojos cuando vio quién era y no tuvo más dudas sobre los poderes de San Cipriano:

—¿Sebas?

—Necesito hablar contigo con urgencia.

—¿Ahora? ¿Qué pasó?

—Creo que Héctor lo sabe todo.

—Imposible.

—No, no es. Me lo dijo hoy. Dijo que sabe que tú tienes un amante y que sabes quién él es. Luego trató de disfrazar, pero ya lo había dicho.

—¡Miserable!

—Estoy con miedo.

—¿Dónde estás tú ahora?

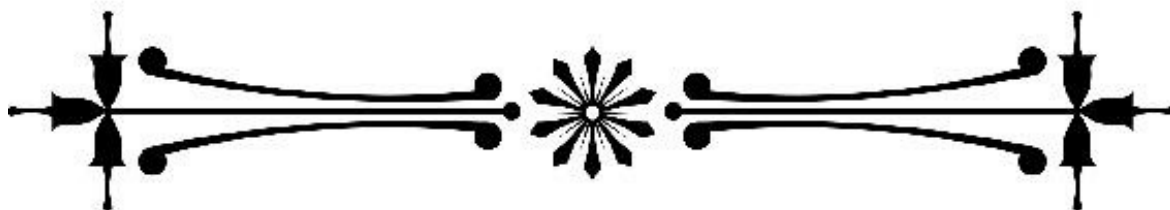
—Estoy en mi casa, pero ya dije a mi esposa que me voy a hacer una investigación nocturna con Héctor. ¿Él apareció en su casa?

—No, gracias a Dios. ¿Sabes dónde él está?

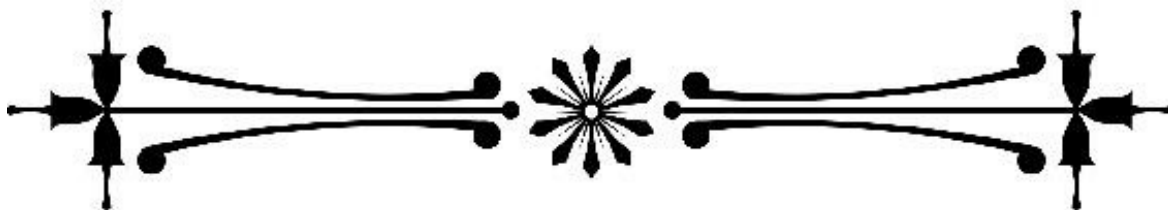
—Cuando salí del departamento de policía, él aún estaba allí. No me reveló dónde pasaría la noche. Tengo miedo de verlo mañana. Necesito hablar contigo.

—Todo bien. Deshágase de su santita y vas al lugar habitual. Nos vemos allí en media hora. Me voy a duchar.

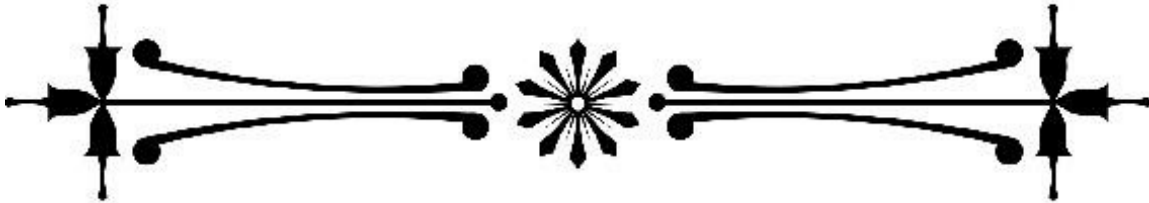
LIBRO OCHO



**MIÉRCOLES
ALBA, MAÑANA**



12 de diciembre de 2012

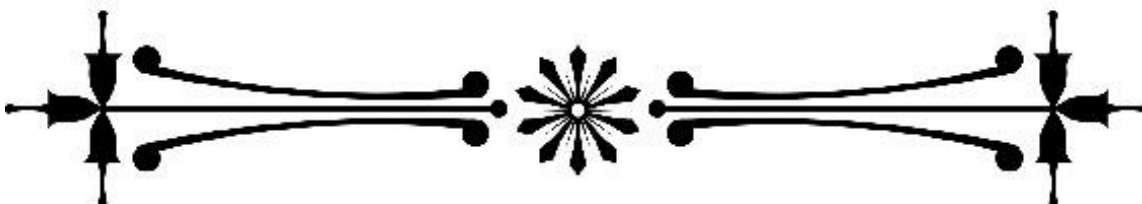


Chapulín yacía inmóvil en el banco de la plaza delante de la catedral. Había hecho una almohada de cartón y se cubrió la cabeza. A veces le gustaba estar así, paralizado, fingiéndose de muerto, contemplando los puntos brillantes en el cielo oscuro. Hacía varios días que no iba en casa para dormir. A veces, el banco de la plaza y la terraza acristalada de la tienda de bicicletas parecían mucho más cómodos y suaves que la cama de tablones que su madre había hecho. Extrañaba a su madre, pero hizo planes para visitarla cuando hubiese recaudado una buena suma. Cuando llegaba sin dinero, su madre lo regañaba mucho y se enojaba. Mejor dejar de ir que ir con las manos vacías.

También le extrañaba jugar con su hermano Romario. Llevaría una caja de chocolates para él.

No le extrañaba a su hermano mayor, Jeison, El Coco. Pero hubo un tiempo en que a Chapulín le gustaba y lo admiraba, pero ahora no más. Ahora Chapulín lo odia. Una noche, él, Chapulín, se flagró rezando para que el diablo llevase a su hermano para muy lejos de Ludovica. Sería mejor así.

El niño fijó su mirada en un punto muy brillante en el cielo y tuvo la impresión de que se movía de un lado a otro como una nave espacial. Pestañeó y después miró de nuevo para estar seguro: no era su imaginación, el punto se movía de verdad, al igual que en el cine. Pero lo que lo hizo estremecerse de miedo y ponerse de pie fue la ola de humo negro que vio acercarse a la plaza desde arriba, flotando los tejados. No era como la niebla que solía ver a veces al amanecer, delgada y gélida, que envolvía la torre de la iglesia. No, de esta vez no era así. Esta parecía tener vida, boca, ojos, tentáculos. Chapulín luego recogió sus chancletas y salió corriendo sin mirar atrás. Se escondió en el jardín de una casa hasta que el fenómeno pasó.



Como ya se ha dicho, pero no hace ningún malo repetirlo (aunque parezca redundante), nadie sabe cómo lo sucedió y qué lo causó, y hasta el día de hoy todavía hay quienes buscan explicaciones para todo, pero a la medianoche y un minuto (ya el 12 de diciembre) estalló un extraordinario incidente en los cielos de Ludovica que se escuchó en todos los vecindarios. Al principio se pensó que era un rayo gigante seguido de un trueno, pero no había posibilidad de lluvia para este amanecer. Los postes de servicios públicos se desligaron poco después. Todo se oscureció, una negrura general. La compañía de energía emitió una nota tan pronto como amaneció, indicando que ningún transformador de la red había explotado y que el sistema de seguridad no había emitido ninguna advertencia de peligro.

Sin embargo, las consecuencias del evento fueron terribles y su tamaño no se conoció hasta mucho más tarde, cuando amaneció.

El generador de energía de la unidad de emergencias no se disparó automáticamente después del apagón (como debería haber ocurrido), y un pobre hombre con el pecho abierto en la mesa de operaciones murió porque los médicos no pudieron volver a poner su corazón en su debido lugar.

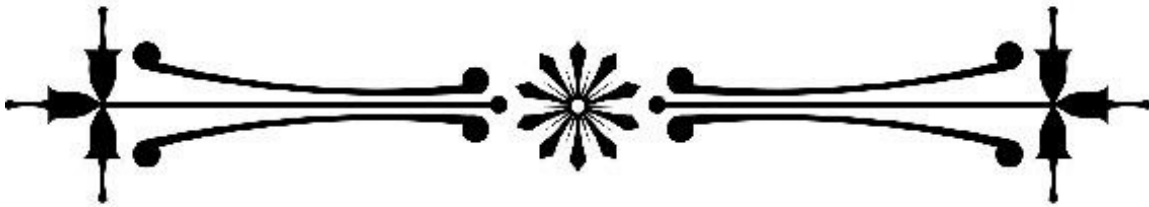
La repentina falta de energía también puede haber sido la causa de la muerte de otras dos mujeres jóvenes en la unidad: María Teresa y Ximena. El jefe de la enfermería, llorando, informó más tarde que ambas respiraban artificialmente y que los dispositivos fallaron por completo, bloqueando de manera fatal el paso del oxígeno.

En el almacén donde los funcionarios del ayuntamiento se reunieron para protestar contra el alcalde, un grupo comenzó a encender hogueras y antorchas para iluminar el lugar con la intención de suavizar la oscuridad. La falta de electricidad no hizo que la chica vestida de Janis Joplin interrumpiese su discurso feroz, y ella, de pose del megáfono, continuó llamando a la gente por un paro total en los servicios públicos al amanecer.

Se dice que fue la chispa de una de esas hogueras que sobrevoló a las copas de los árboles y causó el incendio que siguió poco después en el motel Château de L'amour. Las llamas comenzaron en una parte donde funcionaba la cocina y el bar, pero luego se extendieron de manera tan devastadora que tardó solo veinte minutos en devorar un tercio del edificio en forma de L, no menos de cuatro suites y la cabaña principal. Ni siquiera los bomberos pudieron explicar tal fenómeno. Fueron rápidos en manejar el incidente: tomó quince minutos para cruzar tres barrios de la ciudad y llegar al lugar del incendio, poco después de recibir la llamada de emergencia, pero tal destreza no fue suficiente para salvar a la única pareja que ocupaba una de las cabañas.

Las cajas de wiski alojadas en el almacén donde comenzó el incendio pueden haber sido responsables por la rapidez con que se propagaron las llamas. A un bombero se le ocurrió la teoría de que las botellas también contenían una gran cantidad de alcohol metílico (o metanol), además de la malta tradicional y del alcohol etílico, lo que hacía que la bebida funcionase como un combustible extra y causase una explosión tras otra. (Esta teoría levantó la sospecha de que el propietario del Château de L'amour comercializaba wiski falsificado).

El apagón duró diez minutos, ya no más que eso. La electricidad volvió como si nada hubiera pasado. Sin embargo, ya era demasiado tarde para las tres personas ingresadas en la unidad de emergencias y también para la única pareja que disfrutaba de su voluptuosa pasión en la cabaña.



—¡Buenos días, mis amigos oyentes y mis queridas dueñas de casa! —anunció el locutor de turno en la Radio Tribuna. —Son las cuatro de la mañana en nuestra querida Ludovica. Hoy es miércoles, el 12 de diciembre de 2012. El cielo aquí en nuestra ciudad estará despejado y con pocas nubes durante todo el día. La temperatura mínima fue de veintitrés grados durante las primeras horas de la madrugada, pero la mañana será muy calurosa, soleada y la máxima alcanzará los treinta y cuatro grados a media tarde. Es decir: hoy no se pronostica cualquier posibilidad de lluvia. Bueno, aquí en Ludovica el sol saldrá pronto a las cinco de la mañana y se pondrá a las cinco y veintiocho de la tarde. La luna todavía estará menguando este miércoles, pero mañana será espléndidamente nueva para iluminar los corazones enamorados. Y para colorear su romanticismo matutino, disfrutemos ahora de un gran éxito del pasado. ¡Está llegando él, el cantante inglés George Michael! ¡Buenos días, pueblo hermoso de mi corazón!

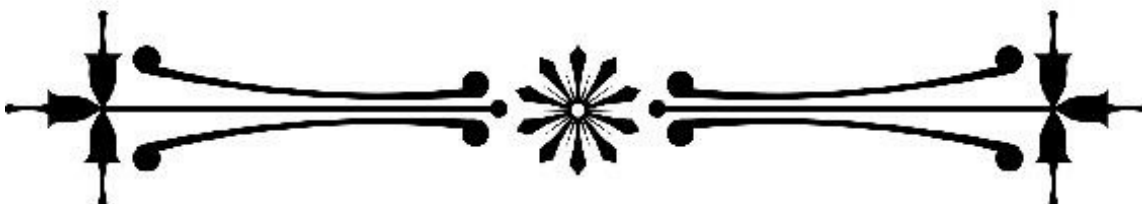
A través de las ondas hertzianas de la torre de transmisión de la Radio Tribuna, las notas de la canción Careless Whisper comenzaron a viajar a la velocidad del sonido y a extenderse en el vacío sobre los techos dormidos de Ludovica.

A las cinco horas y un minuto, el sol se deslizó por el horizonte, disipando la extraña niebla que se había formado durante las primeras horas. Era una bruma espesa y oscura, bastante inusual en el área, pero casi nadie lo notó porque se disipó por completo con los primeros rayos de luz.

A medida que salía el sol y calentaba las plazas y avenidas, las ondas electromagnéticas iban difundiendo la suave voz de George Michael y los acordes de la canción por las calles, quioscos, tiendas, colmados, cafeterías y bares de la ciudad que se despertaba poco a poco.

El locutor, entusiasmado, iba vertiendo al español las frases en inglés, para ayudar a los oyentes a entender lo que George Michael estaba cantando...

*El tiempo nunca podrá reparar
Los susurros descuidados de una buena amiga
Para el corazón y la mente la ignorancia es amable
No hay consuelo en la verdad
El dolor es todo lo que encontrarás...*



El alcalde Triguero Junior se despertó alrededor de las seis de la mañana. Se puso una camisa azul con rayas blancas, añadió una corbata italiana de colores brillantes y arrojó una chaqueta gris sobre ella. Rápidamente bebió un café fuerte y puro preparado por su cocinera haitiana y salió al garaje. Entonces pidió al chofer que le llevase a los estudios de la Radio Comunitaria, donde sería entrevistado por Jota-Jota Hernández.

A medio camino, de repente, dio órdenes al conductor que se detuviese al cruzar una esquina. Salió apresuradamente del auto y caminó hacia un quiosco que vendía cigarros y periódicos. Su sangre se agitó cuando vio la portada de La Voz del Pueblo.

LA VOZ DEL PUEBLO

CINCUENTA Y SEIS AÑOS REGISTRANDO NUESTRA HISTORIA

Ludovica, miércoles, 12 de diciembre de 2012.

Año LVI. No. 19.965.

ALCALDE ENTIERRA LA FIESTA DE NAVIDAD DEL PUEBLO DE
LUDOVICA.

No se puede caer más bajo: el alcalde Triguero Júnior dice que no puede pagar el plus de Navidad para los funcionarios del ayuntamiento. «El Jefe» también anunció que los salarios de diciembre solo se pagarán en enero de 2013. También habrá despidos, cortes de gastos y suspensión de pagos a proveedores. «Es la última pajita para este loco alborotador», dice un concejal que no quiso revelar su nombre

CUERPO DEL ACTOR PEDRO MALDONADO FUE SEPULTADO BAJO FUERTE EMOCIÓN DE LOS ARTISTAS.

Docenas de artistas e intelectuales presentaron sus últimos honores al actor Pedro Maldonado, asesinado con extrema crueldad (el lunes, 10). El cuerpo fue enterrado a última hora de la tarde en el cementerio público del centro antiguo.

HUGO CHÁVEZ FUE OPERADO Y ESTÁ BIEN, DICE MADURO

El vicepresidente venezolano, Nicolás Maduro, anunció el martes por la noche, en un comunicado de radio y televisión, que fue exitosa la cirugía a la que se sometió Hugo Chávez para extraer un tumor en la región pélvica. Según Maduro, la operación, realizada en un hospital de La Habana (Cuba), duró seis horas. Durante el anuncio, el vicepresidente elogió al «comandante» e instó a los opositores políticos a «dejar de destilar el odio contra Chávez y su patria». Tras el anuncio, Nicolás Maduro pronunció un discurso durante una vigilia en apoyo a Chávez celebrada en la Plaza Bolívar en el centro de Caracas.

EMPIRE STATE PRESTA HOMENAJE A UNIÓN EUROPEA

El martes por la noche (11), el Empire State Building en Nueva York (Estados Unidos) se quedó iluminado de azul y amarillo, los colores de la bandera de la Unión Europea, en honor al Premio Nobel de la Paz otorgado a la UE.

URUGUAY DECIDE HOY SOBRE EL MATRIMONIO HOMOSEXUAL

La Cámara de Diputados de Uruguay debe votar hoy (el miércoles, 12) el proyecto de ley de matrimonio igualitario, que autoriza y equipara en nombre, derechos y obligaciones las uniones de parejas homosexuales con las celebradas entre heterosexuales. La expectativa es que habrá un debate largo e intenso, pero el proyecto del Gobierno debe ser aprobado, dado que los diputados gubernistas ya han obtenido el apoyo de varios legisladores de los partidos de oposición (Nacional y Colorado). Si se aprueba, la regla debe ser ratificada por el Senado, donde el

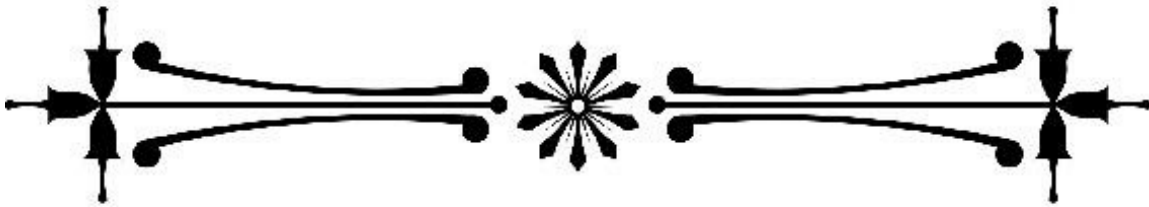
Gobierno también tiene una mayoría, y luego promulgada por el Ejecutivo.

TIROTEO EN OREGÓN (ESTADOS UNIDOS)

El martes (11), un hombre disparó en dirección a un centro comercial en Portland, Oregón (Estados Unidos), matando a dos personas. El francotirador se mató enseguida.

BODA COLECTIVA EN MALASIA PARA DISFRUTAR LA FECHA 12/12/12

En el Templo de Kuala Lumpur (Malasia), varias parejas aprovecharon la fecha 12/12/12, considerada de buena suerte para muchos asiáticos, para celebrar el matrimonio.



Jota-Jota ya estaba en el aire cuando llegó el alcalde y tomó su lugar en el estudio...

—¡Buenos días, buenos días, buenos días! Son seis horas y treinta minutos y estamos comenzando el Club de la Risa —anunció Jota, con su voz atronadora.

El diseñador de sonido disparó la viñeta de apertura del programa.

—Hoy es miércoles, 12 de diciembre de 2012. Presten atención a esta fecha: 12-12-2012. Así es, mis amigos: la fecha fatídica ha llegado. Millones de personas creen que el mundo terminará hoy. Otros dicen que eso se dará dentro de diez días. Y tú que estás en casa, ¿qué te parece? Llámanos y cuéntanos. Ahora vamos a nuestra sala de redacción para conocer las noticias internacionales con nuestro redactor Paulo Rovira. Buenos días, Rovira.

—Buenos días, Jota. Tenemos algunas noticias aquí para poner más fuego en esta historia del fin del mundo. Hoy, miércoles, un asteroide potencialmente peligroso pasará cerca de la Tierra.

— ¡Alabado! ¿Enserio?

—Sí, enserio, Jota. Llamado 4179 Toutatis, él mide cinco kilómetros de diámetro y se mueve a una velocidad de casi doce kilómetros por segundo, de acuerdo con la información publicada por la radio La Voz de la Rusia. Este asteroide se observó por primera vez en febrero de 1934 y se perdió durante varias décadas. Fue redescubierto el 4 de enero de 1989. El granito gigantesco orbita alrededor del sol cada mil cuatrocientos sesenta y nueve días. La próxima vez que va acercarse a la Tierra será el 29 de diciembre de 2016. Aunque el asteroide no tiene un curso de colisión, el pedrusco espacial es considerado potencialmente peligroso por los astrónomos: su tamaño es suficiente para devastar la Tierra. El impacto del Toutatis causaría daños catastróficos que cambiaría el clima del planeta durante muchos años. Pero, gracias a Dios, él seguirá su camino y nos dejará en paz.

—Gracias por sus informaciones, Rovira. Mismo que ningún cuerpo celestial caiga sobre la

Tierra hoy, de todos modos este miércoles es muy especial. ¿Has notado en casa que el 12/12/2012, leído al revés, se convierte en 21/12/2012, que es la otra fecha establecida para el fin del mundo? Es tétrico, ¿no? En varias partes del planeta, diversas comunidades se están preparando para el temido fin. Y aquí en Ludovica, ¿eh? ¿La gente está preocupada por esto? El reportero Jones Caldas está en las calles de la ciudad para escuchar las opiniones de nuestra gente. Buenos días, Jones.

—Buenos días, mi querido Jota-Jota. Hoy el nerviosismo de la población de Ludovica no es con la proximidad del fin del mundo. De veras, todos están más preocupados por los salarios atrasados del ayuntamiento y el anuncio del alcalde Triguero Junior de que no hay dinero para pagar el plus de diciembre. Como resultado, cientos de funcionarios públicos se reunieron en un cobertizo, ayer anoche, para discutir la posibilidad de una huelga total. La intención de servidores es paralizar todos los servicios del municipio, incluso los esenciales. En este momento, estoy aquí frente al mercado central, donde la decisión del alcalde fue recibida con furia por los propietarios de los quioscos y clientes que circulan aquí desde bien temprano... ¿Cuál es su nombre?

—José Martínez González.

—¿Qué te pareció la noticia dada por el alcalde?

—Triguero Junior es un mentiroso. Robó los cofres de la ciudad y nos engañó a todos. Gracias a Dios, no aporté mi voto a su reelección. Este arrepentimiento no lo tendré. Tampoco lo siento por los que votaron en él. Esa es la recompensa. Bien hecho.

—Muchas gracias por su opinión, señor Martínez. Regreso a los estudios. La pelota está contigo, Jota-Jota.

—Gracias por su participación, Jones. Parece que el fin del mundo en Ludovica comenzó antes. Por eso, para hablar sobre este tema, invité a la persona responsable por todo este alboroto: nuestro alcalde Triguero Júnior. Gracias, alcalde, por aceptar la invitación para venir a nuestro programa tan temprano...

—Debo agradecerle por la invitación.

—Quiero empezar nuestra entrevista con una pregunta que todos se están haciendo en las calles: en octubre, antes de las elecciones, ¿usted no sabía que la crisis financiera de la ciudad era tan grave?

—No, no lo sabía. A principios de este año, se esperaba que los ingresos propios de la municipalidad crecieran al menos el treinta por ciento en comparación al año anterior. Hasta julio, estas expectativas cayeron de forma sutil, algo como el dos y medio por ciento, lo cual era absolutamente esperado. Pero los números seguían cayendo, pero mi equipo y yo todavía esperábamos que viniese alguna ayuda de la esfera nacional. Luego tuvimos el peor octubre de la historia. Esto no era esperado por nadie.

—¿Usted está diciéndome que camufló la crisis para ganar las elecciones?

—De ninguna manera, no camuflé ni hice nada camuflado. Hasta agosto, la caída de los ingresos estuvo dentro de las expectativas. Pero septiembre y octubre fueron meses muy malos. Cuando los técnicos se dieron cuenta, la crisis se había profundizado de manera catastrófica y ya no había remedio. No se puede hacer milagros en apenas dos meses.

—El ayuntamiento tiene muchos pagos atrasados y usted anunció algunos cortes... ¿Cuándo cree que se pondrá las cosas en orden?

—Mira, necesito arreglar algo. Esta dificultad de las cuentas del ayuntamiento es circunstancial. Con la política de austeridad que acabo de adoptar, será posible recuperar el equilibrio en poco tiempo.

—Alcalde, su política de austeridad incluye no pagar el plus de Navidad (el decimotercero salario) de todos los funcionarios del ayuntamiento... ¿Usted cree que sea justo?

—Usted está equivocado...

—¿Estoy? Corrígeme, por favor, señor alcalde...

—El plus de Navidad se pagará...

—¿Cuándo?

—Se pagará en cuotas a lo largo de 2013...

—Pues, dime: ¿usted cree que sea justo?

—No es una cuestión de justicia o injusticia. Es la realidad. Pagar el plus siempre ha sido un gran desafío para todos los municipios, incluso en los años de bonanza. El esfuerzo ahora es honrar los salarios a tiempo. Es la prioridad. La bonificación de Navidad, lamentablemente, entra en un plan de carácter extraordinario.

—Y qué tiene a decir a los funcionarios sobre el salario de diciembre: ¿es verdad que pagarás en la segunda quincena de enero...?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos reunir todos los ingresos desde finales de diciembre y principios de enero para alcanzar el cien por ciento del funcionalismo.

—Eso significa que el ayuntamiento tiene más servidores de lo que necesita...

—Usted está muy inflamado, señor Jota-Jota.

—Alcalde, permítame mostrarle algunos números para refrescar su memoria. En 2009, cuando usted llegó al ayuntamiento de Ludovica, los gastos con servidores públicos representaban el cuarenta y ocho por ciento de los ingresos. En 2010, ese porcentaje aumentó al cincuenta y uno por ciento... A partir de entonces, usted debería haber comenzado una serie de medidas preventivas para evitar que ese número aumentase más y más... Por el contrario, usted permitió que en 2011 los gastos con los servidores saltasen al cincuenta y tres por ciento, o sea, bordeando el límite máximo permitido. Y hoy, señor alcalde, ¿cuál es ese porcentaje?

—No sé dónde usted sacó estos números.

—Estas son cifras de la propia secretaría de planificación del ayuntamiento. Intentaré traducir para nuestros oyentes: en los últimos tres años, el alcalde aumentó el número de puestos y cargos en el ayuntamiento, todos creados y distribuidos sin ningún control o estudio. También el señor alcalde otorgó reajustes generosos a los secretarios, subsecretarios y coordinadores. Sin olvidar, por supuesto, los reajustes de su propio salario y de los honorables concejales...

—Usted está equivocado de nuevo.

—Corrígeme, señor alcalde...

—Le enviaré una hoja de cálculo actualizada con estos números y los valores reales de nuestros salarios.

—No hay necesidad de enviarme, pues ya los tengo. Pero cambiaré de tema, de lo contrario nuestra entrevista será como una sinfonía de una nota...

—Siéntase libre para preguntar lo que quiera.

—Además de los servidores, que estarán sin salario en diciembre y sin el plus de Navidad, otra categoría insatisfecha con usted es la de los empresarios que ofrecen productos y servicios al ayuntamiento...

—Usted está otra vez equivocado. Los pagos a los proveedores están actualizados.

—No es lo que me dijeron...

—Bueno, puede haber un problema con uno u otro...

—A los productores que suministran alimentos a las escuelas de la ciudad, por ejemplo, no se les ha pagado durante cinco meses.

—Este es un caso específico que solo afecta a los productores de leche in natura. De hecho no están pagados. Pero hay un esfuerzo por pagarlos.

—La cuestión es: ¿cuándo, señor alcalde?

—La situación es difícil, pero no desesperadora. Como le dije, es circunstancial...

—¿Cuándo espera que las finanzas vuelvan a la normalidad?

—Dentro de un año, tal vez un año y medio, si el gobierno nacional ayudarnos...

—No estoy seguro si los servidores tendrán tanta paciencia, señor alcalde. Otra de las medidas absurdas que usted tomó fue limitar los tickets de comida y la ayuda para el transporte...

¿Hasta eso, señor alcalde?

—Sufrí mucho por tomar esta decisión. Es como cortar mi propio cuerpo.

—Está bien, señor alcalde. Espero que usted tenga mucha suerte en su misión y, sinceramente, que la gente pobre no sea penalizada más de lo que ya está. Gracias por su participación en nuestro programa y le deseo un buen día.

—Gracias a usted también.

—Ahora es el momento de conferir otras noticias. A mí está me pareciendo que este es un día realmente inusual, marcado por eventos inesperados. Esta mañana ocurrió una tragedia en el motel Château de L'Amour. Un incendio destruyó parte del establecimiento. Háganos saber más detalles con nuestro reportero Arthur Antúnez.

—Así es, mi querido Jota-Jota. El incendio que azotó el motel Château de L'Amour, ubicado en un área cerca de los almacenes abandonados en el centro antiguo de la ciudad, rápidamente se extendió y destruyó la tienda de bebidas y alimentos, cuatro suites y una cabaña. Llegaron los bomberos quince minutos después de que principió el fuego y lograron apagar las llamas.

—¿Cómo estaba la frecuencia de clientes en el momento de la tragedia?

—Según el propietario, una pareja ocupaba una de las suites.

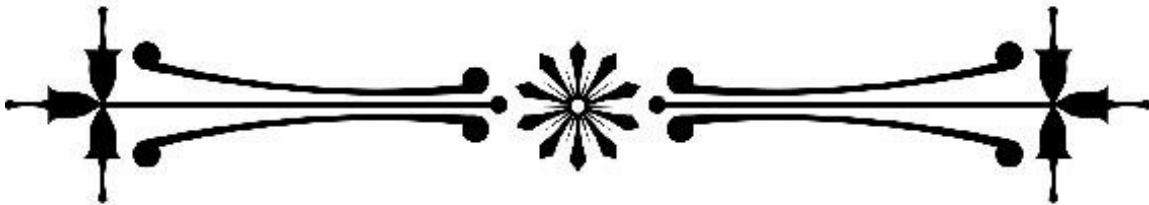
—¿Tienes información sobre la salud de esta pareja?

—No, Jota, todavía no. En este exacto momento, los bomberos están recorriendo a las ruinas. La suite donde estaba la pareja fue destruida por el fuego y es muy posible que lo peor haya sucedido.

—Qué tragedia...

Tan pronto como salió de los estudios de la Radio Comunitaria, el alcalde Triguero Júnior llamó su asesor jurídico y solicitó presentar una demanda contra Jota-Jota, acusándolo de calumnias, difamación y otros delitos.

—Haz lo que puedas —él dijo mientras subía a su coche para ir a su oficina de despacho en el edificio del ayuntamiento —y fuella a este hijo de puta. Averigua de quién él está recibiendo dinero para atacarme en la radio.



El capitán Héctor no durmió ni un minuto. No era apenas culpa de la rigidez del colchón o del ruido de helicóptero que hacía el ventilador de techo. No. De hecho, lo que más le molestó y estropeó su sueño fue la sensación de que un alicante colosal apretaba su cráneo para sacar los sesos. También sintió de nuevo el dolor agudo en el pecho y el deseo de vomitar, y por lo que ya había leído en Internet, estos eran síntomas naturales de un ataque cardíaco. Aun así, se negó a buscar ayuda. Pasó toda la noche contando corderitos y observando el movimiento de las aspas del ventilador. Alrededor de tres de la madrugada, pensó que iba a morir. Tomó un tranquilizante, hizo algunos ejercicios de respiración que había visto un médico haciendo en la televisión e intentó calmarse.

Abrió la ventana para respirar el aire fresco. Observó con asombro la extraña calima que cubría la ciudad y se movía de lado a lado como un organismo vivo. Si no fuese por el dolor en el pecho, habría encendido un cigarrillo. Se quedó observando el fenómeno hasta que aparecieron los primeros rayos del sol y lo exterminó de inmediato.

A las cinco y cuarto, el capitán escuchó los primeros sonidos de ollas y sartenes en la cocina y decidió ducharse. Justo en ese instante su teléfono comenzó a sonar. El número era desconocido y no había ninguna entrada en sus contactos. Por un rato consideró no contestar, pero cedió ante la insistencia.

—Aló...

—¿Capitán Héctor?

—Sí. ¿Quién es?

—Es Beatriz, esposa de Sansebastian. Discúlpame por llamarte a esta hora de la mañana, pero estoy muy preocupada. ¿Tienes noticias de mi esposo?

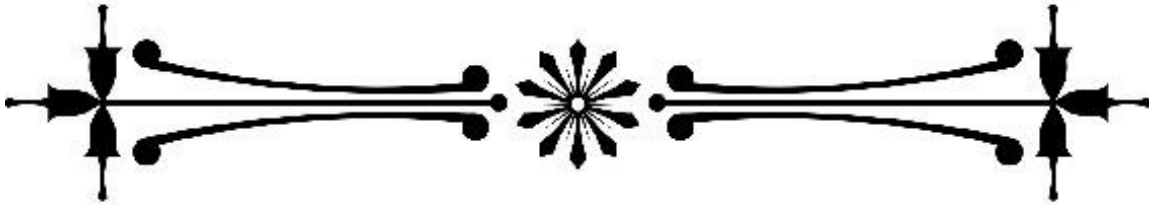
—¿Él no está en casa?

—No, señor —ella dijo y comenzó a llorar. —Él se duchó, cenó, se cambió de ropa y salió alrededor de las diez de la noche, diciéndome que te ayudaría en una diligencia. No ha vuelto a casa hasta ahora. ¿Era mentira?

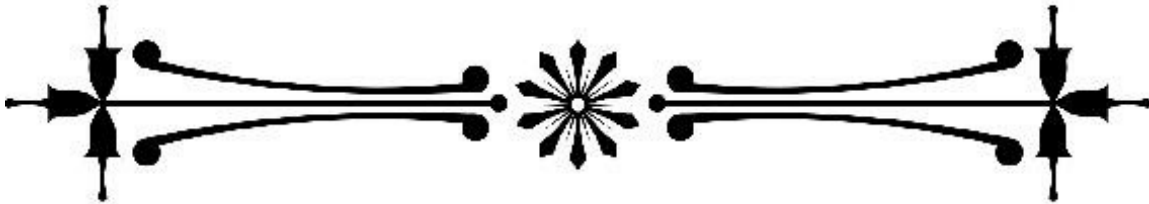
Héctor guardó silencio por un rato. Tenía un mal presentimiento y el alicante invisible volvió a apretarle el cráneo.

—Tu esposo no está conmigo —él dijo.

—¡Ay, Dios! —la mujer suspiró.



La inevitable barahúnda de ollas, sartenes, platos y cubiertos en la cocina de la pensión se hizo eco en todas las habitaciones, incluso en las del piso superior. Jeison saltó de la cama cuando alguien dejó caer un objeto de vidrio, tal vez una taza. Se despertó aturdido. Por un momento no supe dónde estaba. Cuando abrió los ojos, primero pensó que estaba en la ruidosa casa de su madre. Se sentó en la cama, se llevó las manos a la mejilla, las presionó y cerró los ojos, haciendo una mueca involuntaria. Las ideas le vinieron a la mente y se dio cuenta de dónde estaba. Soltó un profundo suspiro. Luego abrió los ojos y miró la hora en su reloj. Era temprano de más. Aun así, decidió darse una ducha y salir de ese lugar lo antes posible.



Tom se había quedado dormido abrazando las armas que había comprado. La algarabía de la cocina también lo había despertado. En la habitación contigua a suya, un huésped encendió el televisor y subió el volumen a un nivel absurdo. En días pasados, eso lo tenía molesto a Tom. Probablemente ya se habría levantado y dicho algunas cosas al vecino maleducado y sordo. Pero hoy no sentía la misma disposición para pelear. Se estiró y acarició su pistola y su rifle como se fuesen sus amantes. Los abrazó en éxtasis como si estuviesen haciendo el amor. Cuando la luz de la mañana inundó su habitación a través de las rendijas de la ventana, se levantó, fue al baño, se cepilló los dientes, se lavó el rostro y se peinó. Había dormido ya listo para salir a las calles, así que no necesitaba vestirse. Apenas se puso un par de zapatos gastados. Se llenó los bolsillos de los pantalones y la camisa con balas y se colgó la pistola alrededor de la cintura. El rifle él puso en el estuche de la guitarra. Salió de la habitación, bajó las escaleras y pasó por el comedor donde se servía el desayuno.

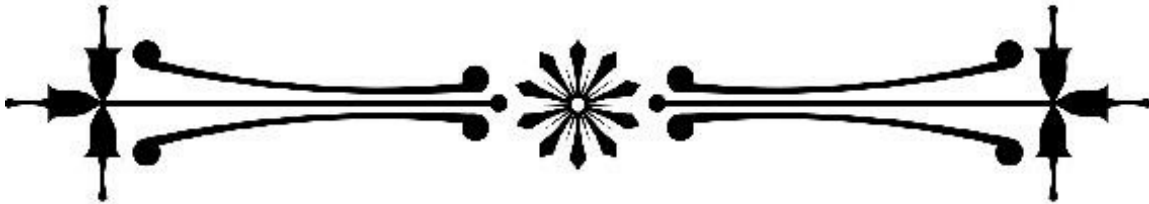
Pilar lo saludó en la recepción.

—¿No vas a desayunar? —ella preguntó.

—No, mi amiga, gracias.

—¿Por qué al menos no tomas un negro para calentar tu estómago?

—Tengo prisa —él dijo y se dirigió a la puerta de salida.



Chapulín solía jugar fútbol con otros niños en un campo improvisado a las orillas del río Piedra Rosa. Se despertó bien temprano, se lavó la cara en la vieja fuente y fue a encontrarse con sus colegas en el río.

A pocos metros de distancia del campo, Marisol caminaba como un espectro. Sus pequeños pies rozaban la espuma blanquecina que las fétidas aguas producían. También se había despertado temprano. Su padre tomó el café que ella le había preparado y luego después él fue pescar en una canoa, río arriba, junto con otros hombres.

Marisol aprovechó la oportunidad para conocer mejor el lugar. Alguien había construido una especie de altar allí en las orillas, donde habían puesto un santo azul. Diva se quedó parada un ratito, mirando el rostro impávido e indiferente.

Luego, como una sonámbula, ella se dirigió al río. Se enfrentó a la primera onda, la segunda, la tercera, hasta que alcanzó la corriente que comenzó a arrastrarla más y más al hondo.

Uno de los muchachos que jugaba fútbol se dio cuenta del verdadero propósito de Marisol y llamó la atención de sus compañeros de equipo. Ellos paralizaron el juego y esperaron para ver lo que sucedería.

Chapulín miró a Marisol con angustia y decidió ayudarla. Corrió hacia ella y la atrapó antes de que ambos cayesen en un torbellino que se había formado unos metros más adelante. Él le gritó:

—¿Estás loca? Es muy peligroso bañar aquí.

—¡Déjame ir!

—Si quieres morir, sigue adelante —él dijo y soltó el brazo de la niña.

Ella dio unos pasos y luego se rindió. Comenzó a llorar. El niño la tomó de nuevo por el brazo y evitó que la corriente la llevase más lejos.

—Ven conmigo.

Los otros muchachos reanudaron el juego de fútbol, un poco frustrados.

Chapulín sacó a Marisol del agua. Se sentaron en la arena.

—Mi nombre es Clayton Zapata Pabón, pero todos me llaman Chapulín —él dijo, casi deletreando, como si dijese a ella: «soy alguien, tengo familia».

La niña sonrió, en un gesto que él interpretó como si ella hubiese aprobado el apodo.

—Lo mío es Marisol. En verdad, es Divina María Solange Flórez, pero nadie nunca me llamó así, ni siquiera mi mamá —ella se presentó. —¿Dónde vives tú?

—Vivo casi todo mi tiempo en las calles.

—¿Y tu papá, tu mamá?

Chapulín dibujaba pequeñas nubes y gaviotas en la arena con una rama de árbol. Mantuvo la cabeza baja por un rato. Esas preguntas lo molestaban mucho. Sin embargo, por primera vez, no tenía ganas de correr o abofetear al interrogador.

—Me escapé de casa.

Marisol se quedó sorpresa. Nunca le imaginó que un niño podría vivir solo en las calles, sin la protección de un padre (o una madre). Ella abrió bien sus ojitos.

—¿Quién te cuida?

Chapulín concluyó el dibujo casi perfecto de un pájaro con enormes alas: iba volando hacia una nube brillante.

—No necesito a nadie —él murmuró. —Lavo los parabrisas durante el día y soy limpiabotas por la noche. ¿Y con quien vives tú?

—Vivo con mi pa...

Ella se detuvo de repente, miró a la estatua del santo azul, después contempló el remanso del río sucio... Luego contuvo el aliento:

—Vivo con mi papá. Mi mamá murió. Vivíamos en el Nido del Buitre.

—¿En serio? Tengo un tío que vive allí.

—Este río es muy hermoso —Diva cambió de asunto, como si hablar de su casa no le agradase.

—¿Quieres bañarse?

—Yo quiero.

—No te ahogues.

—Ya no tengo ganas.

—Pues, ¡vámonos!

Marisol y Chapulín corrieron por la arena y luego se lanzaron al río fangoso. Se veían felices. Una felicidad tan intensa que ni los pecadores y ni los otros muchachos que seguían jugando fútbol se dieran cuenta.

Después del baño, aún mojados, caminaron por la arena. Marisol miró hacia el cielo.

—Está tarde. Tengo que preparar el almuerzo de mi papá.

—¿En qué trabaja tu padre?

—Aún no tiene trabajo. Llegamos aquí ayer. Pero ahora él está pescando en un bote con otros hombres.

—¿Tu padre ya te golpeó alguna vez?

Chapulín no quería hacer esa pregunta. No parecía una buena idea preguntar algo así a alguien que había conocido hacía un periquete. Pero él le había contado sus intimidades, ella lo comprendería.

De hecho, Marisol se sorprendió con la pregunta. Sus mejillas se sonrojaron. Se quedó tan desconcertada que prefirió mentir.

—Él no hace eso —ella tartamudeó.

Chapulín se sintió aliviado. Ni siquiera conseguía imaginar una criatura tan delicada llevando una paliza con palos, cuerdas o solapas del cinturón de su padre.

—Tu padre nos es como lo mío —él suspiró. —Cada vez que lo mío se empapaba de ron, quería golpearme a mí y a mi mamá. Un día el infame desapareció y le di gracias a Dios.

Mirasol ojeó alrededor del río. Se apresuró:

—Me tengo que ir.

El niño no ocultó su desánimo y murmuró:

—Está bien.

Mirasol notó su reacción y, riéndose, trató de animarlo.

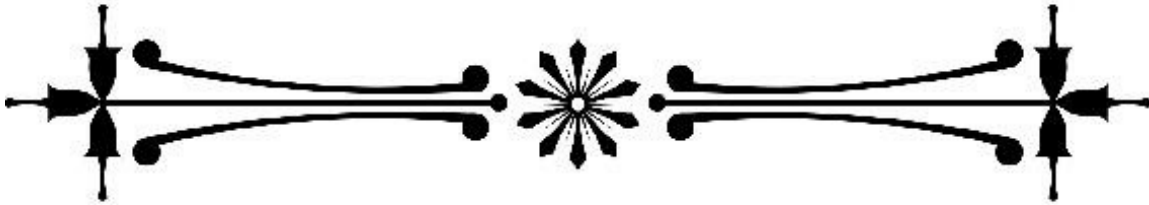
—¿Podemos ser amigos?

—Sí, podemos —Chapulín ensayó una risa. —Si tú quieres...

—Sí, yo quiero. Más tarde, después del almuerzo, nos veremos aquí otra vez.

—Está bien. Después del almuerzo.

Apretaron las manos e intentaron un abrazo. Solo lo intentaron, pero el gesto no se materializó, se lo disipó en el aire, restando la intención. Marisol se fue, aceleró el paso sin mirar atrás.



Jeison Pabón estaba vestido con una camisa azul y pantalones cortos con flores dibujadas. Usaba gafas de sol y calzaba un Nike amarillo que resplandecía tal cual un limón ceutí. Estaba sentado solo en una de las mesas de la pensión para desayunar. Había pagado el precio por una tostada extra y una batida de guanábana. Estaba a punto de comer el primer bocado del pan cuando vio al capitán Héctor entrando en el comedor. Jeison sintió que un repelús le recorría la columna vertebral y decidió escabullirse a través de una puerta en la cocina que daba al patio trasero, pero el jefe de policía notó la agitación y sacó su revólver:

—Te lo meto un tiro si tú dieres un pasito adelante —gritó Héctor.

—No dispaes —rogó Jeison, levantando las manos.

Algunos huéspedes saltaron sobre las mesas y se estrellaron contra sillas y muebles, derribando platos y cubiertos. Doña María de Lourdes recogió las bandejas y ollas con huevos, salamis, plántanos fritos y arepas, y las escondió en el armario.

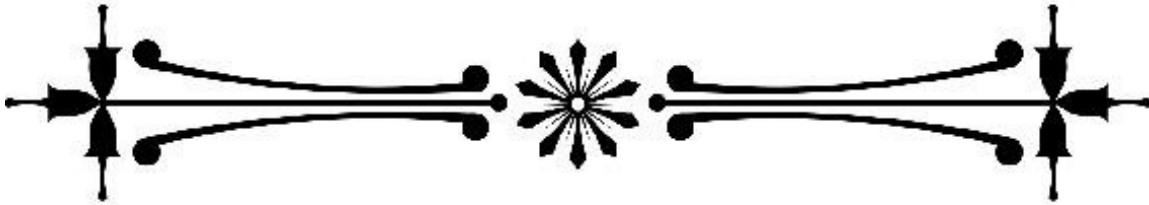
Pilar salió corriendo de la recepción.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

El capitán se acercó a Jeison y apuntó el arma a su cabeza. Solo entonces respondió:

—No te preocupes, doña Pilar. Este jovencito tiene una deuda para acertar conmigo.

—¡Jesucristo, nunca vi tanta desgracia en tan poquísimo tiempo! —ella exclamó y puso sus manos sobre la cabeza en un gesto dramático. —¿Será que hechizaron mi pensión?



El capitán puso un par de esposas en las muñecas de Jeison y lo empujó dentro del coche. Jeison protestó, quiso saber el motivo del arresto, reclamó sus derechos, gritó, pateó, amenazó con una denuncia a la prensa, pidió para hacer una llamada, pero el capitán se mantuvo impasible y no cedió a ninguno de sus súplicas. ¿Estaba el capitán rompiendo algún protocolo, cometiendo alguna falta, violando el Código Penal? ¡Ah, al carajo con todo eso!

—¡Cállate! —él gritó. —¿Quieres recibir un tiro accidental en tu tobillo?

Jeison obedeció y se calmó.

A medio camino entre la pensión de Pilar y el departamento de policía, Héctor encendió la radio y fue bombardeado por un rosario de noticias funestas: la huelga de los funcionarios del ayuntamiento, el apagón al amanecer, la colisión de dos camiones en la entrada de la ciudad y, lo peor de todo, un incendio en el Motel Château de L'Amour con dos víctimas mortales.

Además de este repertorio de desgracias cotidianas, el capitán aún tuvo que soportar un cóctel alucinante de noticias sobre el fin del mundo y la apertura de jambas intergalácticas a otras dimensiones. Estaba harto de tantas chuminadas. En este momento, por ejemplo, en la Radio Tribuna, la mística Vydia Vida afirmaba que se abriría un nuevo portal para la humanidad el miércoles y esta apertura sucedería —si aún no sucedió— en Ludovica. Explicó que la influencia mística de la repetición del número doce será aún mayor después del mediodía, exactamente a las 12h 12m 12s. La fecha tendrá no menos de seis repeticiones del número cabalista.

El capitán apagó la radio. ¿Cuántas veces había escuchado tal bobada en los últimos días?

Jeison permanecía en silencio. Héctor no dudaría en meterle una bala si intentase saltar del coche. ¿Sería eso lo que el chico estaba pensando ahora, con los ojos fijos en el espejo retrovisor?

Los pensamientos del capitán estaban azorados con tantos eventos simultáneos y catastróficos.

Para empeorar su día, había una preocupación extra: la desaparición de Sebas. Decidió que sería prudente hacer una llamada para la esposa del escribano: quizá él ya hubiese dado noticias o regresado para casa.

—Hola, Beatriz.

—Hola, capitán.

—¿Alguna noticia de Sebas?

—Ninguna.

—Mantén la calma. Nada serio deberá haber sucedido. En un momento él aparecerá y todo se aclarará.

—Dios lo escuche, capitán —suspiró la mujer. —No puedo dejar de pensar en lo peor...

El capitán no dijo nada más porque ahora estaba seguro de que había algo muy trágico o grave detrás de esta desaparición del escribano. Más una vez él tuvo este sentimiento, como si alguien invisible —o algo etéreo —estuviese advirtiéndole sobre algún peligro. ¿Sería una premonición?

Miró a Jeison. Se dio cuenta de cómo él era atractivo y también de cómo se parecía a Tobías. Incluso podrían confundirse fácilmente como hermanos gemelos en las calles. Héctor comenzó a pensar en cómo haría el interrogatorio de Jeison. Necesitaría la ayuda de Sebas —ahora más que nunca— para hacer que Jeison admitiese que mató Pedro Maldonado. En verdad, Jeison podría facilitar las cosas. Una rápida confesión —como León Quesada había hecho —quitaría un peso enorme de las espaldas del capitán: daría una respuesta a la sociedad y saciaría la sed de la prensa. El capitán sería aclamado: ¡dos regalos gigantescos a los hipócritas en menos de doce horas!

La desaparición de Sebas, sin embargo, no le permitió al capitán quedarse el cien por ciento feliz en esta mañana. El escribano se comportaba muy raro en los últimos días. Héctor fingía no notar nada, pero ya se había dado cuenta de la inquietud que dominaba el compañero de trabajo, especialmente cuando él recibía las llamadas misteriosas. ¿La desaparición tenía alguna relación con eso?

La cabeza de Héctor estaba hirviendo con estos pensamientos cuando su teléfono sonó en el bolsillo de los pantalones. Era Baena, su madre.

—Hola, ma. Buenos días.

Al escuchar la palabra «ma», Jeison agudizó sus sentidos mientras mantenía la mirada fija en el espejo retrovisor del automóvil.

—No sé si será un buen día —dijo Baena. —Depende de cómo vas a reaccionar a las noticias que te voy a dar yo a ti.

—¿Cuál es la vaina, ma?

—Angelita...

—¿Qué quieres decir? Dilo ya, mamá, no necesitas ocultarme nada.

—Se ha ido desde la noche.

—¿Se ha ido? ¿Cómo?

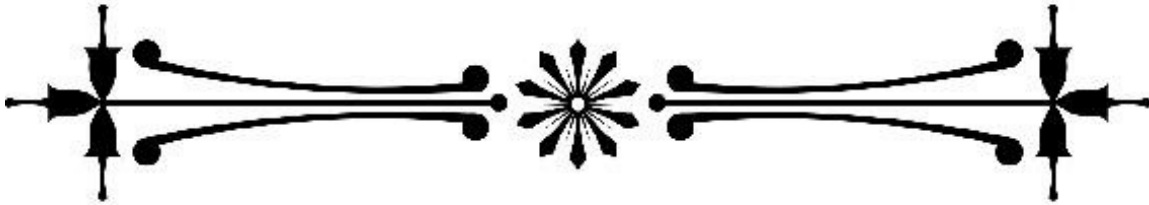
—Alice me llamó angustiada ahora. Me dijo que Angelita se fue ayer, alrededor de las nueve y media de la noche, y aún no ha regresado a casa.

El capitán sintió una punzada en el pecho, como si una daga invisible se le penetrara en la caja torácica.

—Mamá...

—Dime...

—¿Conoces a Sebas, el escribano del departamento?
—Me lo recuerdo de manera vaga... ¿No es un alto, esmirriado, que parece un drogota?
—Sí, es ese.
—Dímelo, pues que ya me faltas el aire con tanta expectación.
—Sebas salió de casa ayer la noche y no ha regresado hasta ahora.
—¡Ay, Dios mío!
—La esposa de Sebas me llamó hoy temprano...
—¿Tú crees que...?
—No consigo pensar en nada más, mamá. Apenas te estoy contando un caso...
—Ahora tengo varios demonios rondando a mi cabeza —dijo Baena. —Dios me perdone.
—Eso no es la única cosa que a mí me preocupa —agregó Héctor.
—¿Hay otra? Dime, ¿qué otra cosa?, dime. No te lo quedes solo para ti.
—¿Has oído las noticias sobre el incendio del motel?
—No sé nada, pues a mí no me gusta escuchar radio tan temprano.
—Ocurrió un incendio en un motel que está ubicado en la zona de los antiguos cobertizos.
—Conozco el lugar —murmuró Baena.
—Una pareja murió carbonizada...
—¡Jesucristo!
—Quiero que prepares a mis hijas para lo peor...
—¡Madre de Dios!
—Tengo aún esperanza que mis temores no sean confirmados, pero...
—Me quedo sin palabras solo de imaginar tal cosa...
—Mamá...
—¿Qué?
—Él está aquí conmigo —dijo Héctor y miró a Jeison.
—¿Quién?
—Él...
—¿Jeison?
—Sí...Lo siento.
—No te lastimes —ella dijo con la voz branda. —Hiciste tu trabajo. Ahora haré lo mío: contrataré un abogado. Él te buscará en el departamento de policía.
—Comoquiera que sea, ma —dijo Héctor. — De hecho, él necesitará de un buen abogado.



Augustín regresó temprano del río. La pesca había sido un fracaso. Le entregó a Marisol un pescado magro y se fue a dormir medio desnudo en la sucia hamaca. Ni siquiera eran las diez en punto.

La casucha estaba llena de humo negro y hollín. Marisol se sentó en un taburete cerca de la estufa y comenzó a pastorear el pescado que puso a asar en las brasas. Bebió algo en un vaso sucio. Mantenía un ojito en el pescado, otro en la hamaca. Miro a su padrastro— ¿padre? —con rabia.

Estaba pensando en su madre. La imagen del rostro sufriente de Lucía vino a la mente de Marisol como una proyección de película. Ella nunca había ido al cine, pero se imaginaba cómo sería. Luego su pensamiento funcionó como una pantalla en blanco donde las imágenes se proyectaban a través de un haz de luz azul brillante. Podía ver, en una de estas imágenes, el momento exacto en que su padre-padrastro levantó el palo y su madre cayó al suelo, sangrando y rodando los ojos.

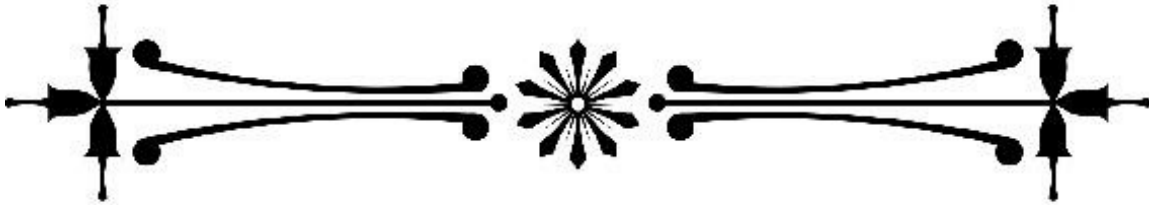
Una triste muerte la madre había tenido. Ni siquiera la muerte del perro Bribón, mordido por una serpiente, había sido así.

¿Estaría la madre en el cielo? ¿O estaría ella en el purgatorio, sosteniendo una ficha con un numeral ordinal, esperando que San Pedro le llamase para tomar su lugar en el reino celestial, así como se ocurre en las unidades de salud para consultar un médico? También en el purgatorio, ¿los santos y los ángeles toman demasiado tiempo para atender a los muertos, como siempre sucede a los vivos en los puestos de salud de Ludovica?

Pobrecita, la madre: si el purgatorio es lo mismo que el servicio de salud, ella iba a enfrentar una tremenda cola para entrar al cielo y finalmente poder ver a Nuestra Señora que admiraba tanto.

¿Nuestra Señora tenía la misma cara que la artista de televisión, o no? ¿Sería más como parecida a ese santo de cemento azul en la orilla del río?

En un rincón de la casucha, envuelta en humo, el espíritu de Lucía también lloraba. Un llanto sin lágrimas porque en los ojos secos no fluía nada más.



Los bomberos caminaron cuidadosamente sobre la montaña de azulejos rotos, plástico derretido, muebles calcinados y madera ardiente. Aún había señales de fuego en algunos lugares, pero nada que representase peligro. Una pequeña multitud de veinte o treinta personas rodeaba lo que quedaba del edificio. Casi un tercio fue destruido (como se ha dicho: cuatro suites y una cabaña). Uno de los bomberos pateó el esqueleto ardiente de una puerta y entró en una de las habitaciones. En este momento alguien de la multitud gritó:

—¡Tenga cuidado, hombre! ¡Puedes aplastar a los tortolitos!

Pocos se rieron. Por el contrario, el bromista fue reprimido con furor por una señora gorda:

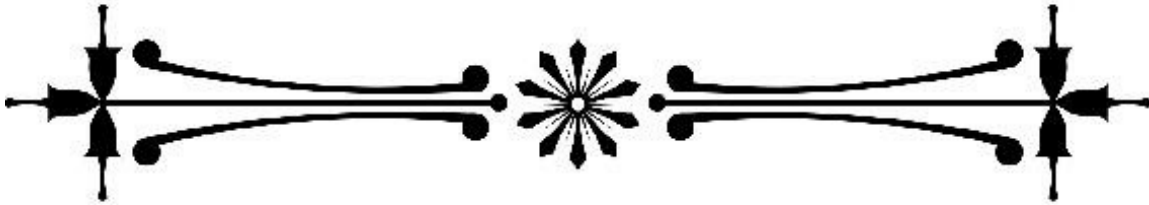
—¿Cómo te atreves a bromear sobre la desgracia de los demás? —ella lo regañó. —Tenga un poco de compasión.

Pero el bromista tenía razón en pedir cuidado: los cuerpos de un hombre y una mujer, transformados en dos bloques de carbón, despojados, estaban justo en esa habitación donde había entrado el bombero.

— ¡Aquí! ¡Los encontré! —él se jactó a sus colegas.

El hombre y la mujer se estaban abrazados. Probablemente murieron asfixiados por el humo y el fuego los devoró por completo poco después. Se quedaron semejantes a los cuerpos petrificados de Pompeya. La cara del hombre tenía una expresión desesperada, mientras que la mujer estaba tranquila. Aún era posible ver una pequeña chispa de humo saliendo de sus cuencas oculares.

Los dos vehículos que estaban estacionados uno al lado del otro en el garaje de la suite también fueron destruidos por la fogata, transformados en una carcasa de hierro retorcido. Los bomberos buscaron algunos restos de documentos que pudiesen identificar a los propietarios, pero no encontraron nada. Todo dentro del sedán negro y del coche blanco se había vuelto gris.



El capitán Héctor estacionó su coche debajo del gran árbol que había enfrente al viejo caserón. Se bajó del vehículo, abrió la otra puerta y sacó a Jeison del asiento del pasajero. Lo condujo a pasos agigantados al departamento. Cuando llegó a la puerta, Salma ya lo esperaba con una expresión de angustia.

—Gracias a Dios que viniste —ella dijo y de pronto lo ayudó a llevar a Jeison por el brazo a la oficina de despacho en el piso superior.

—Ya sé que no tendremos un día fácil— Héctor respiró.

—De hecho, no será fácil —acordó Sal. —¿Quién es este?

—Jeison, el sospechoso de matar al actor Pedro Maldonado.

—Tan guapo— ella dijo, riéndose. —¿Dónde lo encontraste?

—Voy a pedirle al juez su prisión preventiva —dijo el capitán, ignorando el comentario y la pregunta de Sal. — ¿Sebas ya llegó?

—Aún no —respondió ella, después de un suspiro. —Su esposa se puso en contacto con el departamento hace un rato, muy nerviosa, preguntando se él había llegado aquí. La atendí y le dijo que también no tenemos noticias de él.

—Un misterio total— él dijo, frunciendo el ceño.

Llegaron a la oficina y pusieron a Jeison en una silla. El chico permaneció esposado y en silencio.

Sal suspiró una vez más y miró con aire circunspecto al jefe.

—Hubo un incendio —ella dijo —y parece que murieron dos personas.

—Una pareja —él completó. —Escuché la noticia. ¿Pizza ya llegó?

—Sí, ya.

—Dígale que vaya al motel con Romero para las primeras encuestas —determinó. — Hay algo diciéndome que este incendio no fue accidental.

—Romero estaba de servicio anoche y se fue a su casa —Sal informó. —Pizza debe ir al incendio con otros dos agentes.

—Necesito un escribano —él murmuró.

—Tú puedes elegir cualquiera de nosotros como escribano ad hoc —ella dijo. —Sugiero que sea Jesús Pérez. A ti no le parece, pero él escribe muy bien.

Sal tenía razón. Héctor estaba tan desconcertado que había olvidado este detalle. Un escribano de la policía no es insustituible, y la ley establece que cualquiera —incluso las personas civiles —puede realizar la función siempre que sea designado apropiadamente como un escribano ad hoc. El código de los procedimientos penales era muy claro: en ausencia o impedimento del escribano, cualquier persona designada por la autoridad redactará el registro después de que se haya hecho el compromiso legal. Después del nombramiento, el secretario ad hoc tendría fe pública y, por lo tanto, podría producir certificados y autenticar piezas y documentos relevantes para el papel de la Policía Judicial.

—Mira dónde tengo mi cholla —él murmuró. —Llámame Jesús, por favor.

—También te traeré café —ella dijo y se fue.

El capitán arregló unos papeles en su mesa y se volvió para prestarle atención al chico esposado.

—Esperaré a su abogado —Héctor dijo.

—No tengo abogado —tartamudeó Jeison.

—Mi madre contrató a uno.

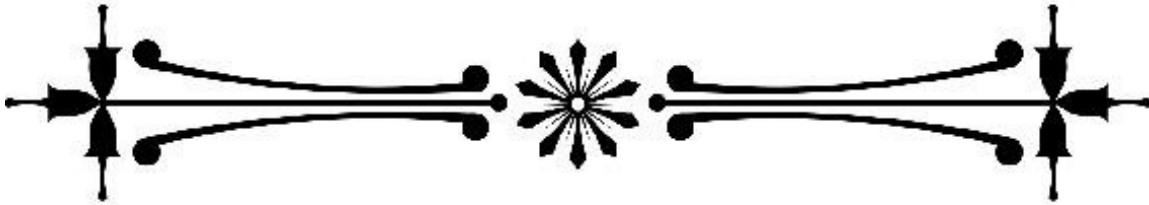
Jeison sonrió y Héctor interpretó la risa como una burla.

—¿Por qué no me dejas ir? —Jeison le preguntó. —Sería mejor para todos nosotros. ¿Qué logras con mi captura? ¿Fama, respeto, una promoción?, dime.

El capitán siguió mirándolo, con indudable impasibilidad y absoluto silencio.

—Puedo destruir tus sueños de superhéroe —Jeison añadió. —Basta que yo diga a la prensa que estaba viviendo en la casa de su madre y que tú me diste seis mil dólares para mi fuga. Tengo el dinero ahorrado y el boleto aéreo a Colombia. Además, hay las docenas de cámaras que nos filmaron juntos. Puedo contar cualquier historia que todos en la prensa me creerán. Tú lo sabes: la prensa ama a los villanos.

— Inténtalo —murmuró el capitán. —Te aseguro que bailarás salsa con el diablo hoy en el infierno.



Beatriz no fue a trabajar a la clínica de dermatología esa mañana, pero no se animó a contar a sus colegas lo que había sucedido con su esposo. Inventó la excusa de que se le había atacado una indisposición gástrica. Una de las compañeras de trabajo luego disparó: ¿no te quedas embarazada?

No. Ya quisiera. El embarazo de Beatriz era otro.

Ella pasó una noche tan desgarradora, sin cerrar los ojos un segundo, que decidió comunicar el desaparecimiento de Sebas a su familia a primera hora de la mañana.

En muy poco tiempo, la residencia ubicada en el barrio Papa Benedicto Dieciséis se llenó de gente bulliciosa y llorona. Primero vinieron los siete hermanos con sus esposas e hijos. Luego el padre (el coronel pensionado) y la madre. Cada uno de ellos tenía la tarea de llamar a alguien conocido y buscar por noticias o pistas.

Después de descartar las posibilidades obvias (la casa de un pariente o el departamento de policía), comenzaron a buscarlo en las más improbables. Llamaron a los músicos del grupo con el que Sebas tocaba en los fines de semana y ninguno de ellos supo decir nada sobre el paradero del escribano. También trataron de obtener alguna información con los colegas del Club de Tiro, pero escucharon la confidencia de que él no había venido a practicar la puntería hacía ya varias semanas. Parlotearon con dueños de bares y quioscos y con tradicionales bohemios que sabían todo lo que sucedía en la noche de la ciudad. Fue en vano. Buscaron noticias hasta fuera de Ludovica, llamando a la casa de su abuela, que vivía en un pequeño pueblo a unos treinta kilómetros de distancia: allí también él no estaba. Cuando ya no había nadie a quien llamar, el hermano mayor, de nombre Descartes, tan alto y delgado cuanto Sebas, sugirió:

—Apelaremos ahora a los hospitales y unidades de emergencias.

Al escuchar esto, Beatriz se derrumbó en el sofá de la sala. Luego tuvo un síncope y fue

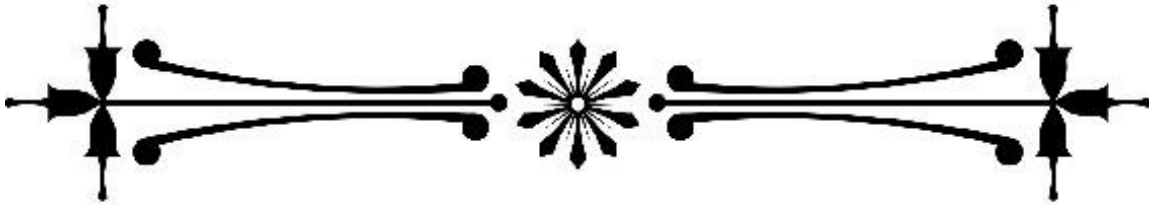
llevada inconsciente a la habitación. Le dieron uno poderoso ansiolítico y ella se durmió.

El otro hermano, que era teniente del ejército, llamado Demócrito, se acercó a Descartes con su teléfono celular en la mano.

—Hubo un gran incendio en un motel de las afueras y dos personas quedaron carbonizadas. Mira lo vídeo que me envió un colega —él dijo y mostró la horrible imagen de las víctimas incineradas. —¿No sería hora de buscar noticias en la Morgue Judicial?

—Ni lo pienses —gritó la madre. —Mi hijo está vivo.

Descartes y Demócrito se miraron y caminaron hacia el patio para hablar sin interferencia de los padres.



Marisol sirvió el almuerzo de su padre. Él comió el pescado con un trozo de pan y volvió a dormir en la hamaca. Siempre era así: comía y dormía, comía y dormía.

Ella aprovechó la siesta del padre para irse nuevamente al río.

Vagó por las arenas arriba y abajo, mirando de reojo, esperando volver a ver al niño que no la dejó ahogarse por la mañana. ¿Cómo se llamaba? Ah, Chapulín. Tal y cual el personaje colorado de la tele.

Ella caminó durante mucho tiempo sin encontrarse con él. Miró el sol brillante: era cerca del mediodía. La arena del río era cálida (sí, era suave y blanca, pero estaba infestada de mierda, lodos de depuradora, restos de comida y basura de las carpas de los pescadores). La corriente formaba olas que a veces se comportaban en silencio y a veces se revolvían con una rabia inexplicable. La contaminación formaba una espuma amarillenta que se parecía a algo tierno y hermoso.

Marisol ya estaba renunciando a buscar al niño, cuando él apareció de súbito, corriendo en la arena, el pelo ondeando al viento, los ojos verdes brillando al sol.

—¡Oye, estoy aquí!—él gritó.

Se abrazaron (de nuevo en gestos tímidos), se intercambiaron sonrisas igualmente fugaces y continuaron caminando por las orillas del río Piedra Rosa, pateando las olas de espuma fétida.

—Pensé que había renunciado a ser mi amigo —ella murmuró.

—Estaba haciendo unas chiripas— explicó Chapulín. —Mira: tengo ya algunos cheles. Podemos tomar un refresco y comer unas arepas.

Chapulín le mostró a Marisol su pequeño tesoro, un puñado de cédulas —que de tan arrugadas, rotas y mojadas parecían recogidas del basurero —y una bolsa de monedas de variados valores.

—No quiero nada—Marisol sacudió la cabeza. —Solo quiero hablar un poco contigo.
Ambos se sentaron. Pero el niño se levantó de sopetón.

—Espera ahí.

Corrió a un quiosco ubicado a la orilla del río y regresó con dos helados rojos. Le entregó uno a Marisol. Ella lo chupó con avidez y mantuvo la cabeza gacha, como si se sintiese avergonzada de algo. El niño notó la incomodidad.

—¿Qué te pasa?

Ella metió los piecitos en la arena y buscó las palabras ciertas.

—Te mentí.

El niño trató de adivinar:

—Ya sé: tu nombre no es Marisol.

—No es eso. Mentí sobre mi padre.

Chapulín trató de adivinar de nuevo:

—Él no es pescador, ya lo sé. Debe ser un beodo como el mío.

—Él me zurra.

—¿Te lo zurra mucho?

—Casi todos los días. Pero también él me hace cosas sucias.

—¿Qué cosas?

—Agárrame, bésame y hazme hacer lo que no quiero.

—¿Él ya...?

—Sí, a menudo.

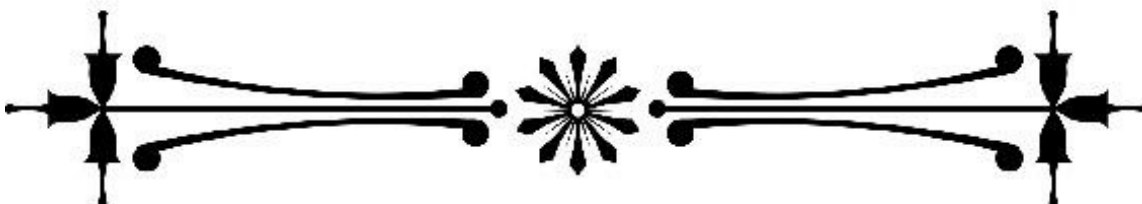
Chapulín tiró el helado al suelo:

—¡Qué canalla!

Marisol se avergonzó de la situación y comenzó a llorar. Luego se levantó y corrió.

—¡Oye, vuelve aquí! —Chapulín gritó. —¡No tengas vergüenza! ¡Vuelve aquí!

La niña no miró hacia atrás y desapareció en las chozas de madera.



Marisol irrumpió en la casa. Para su sorpresa, Agustín estaba despierto y preparando un café en la estufa. No apartó los ojos de la rústica tetera hirviendo.

—¿Dónde estabas? —él preguntó.

Marisol titubeó dos segundos, tal vez tres como máximo, antes de responderle. Siempre era preferible no mentir. Luego tartamudeó sin temblar:

—En el río.

Agustín no cambió su expresión ante su respuesta. Se quedó mirando el agua burbujeando con el polvo negro flotando en la superficie.

—El río es un lugar para pescar —él dijo. —Quién no va al río para hacer eso, va para vagabundear, para hacer lo incorrecto, fumar hierba. No quiero que vuelvas al río sin mí.

Marisol se sentó en el taburete junto a la estufa —ella había encontrado el taburete en un vertedero y lo trajo a casa; era el primer mueble que tenían después de la estufa. A Marisol le gustaba el olor del café, le recordaba a su madre. La pobrecita amaba una buena taza de moca y después fumar su apestado cigarrillo. Marisol suspiró, y dijo casi sin sentir:

—Me gusta ver el río.

Agustín disfrazó su molestia muy bien. Fingió que todo estaba bien y se sirvió una porción del café fuerte en un cuenco de coco (porque, claro, aún no había tazas en la casa). Se sentó en la hamaca y sorbió el líquido humeante, mirando a la niña.

Marisol sintió ganas de tomar un café y comer un trozo de pan sobrante de ayer y que lo había escondido en una lata de leche vacía. Solo pensó, sin embargo, porque enseguida tuve que renunciar al pan: ¿qué diría Agustín cuando viese que ella escondía comida?

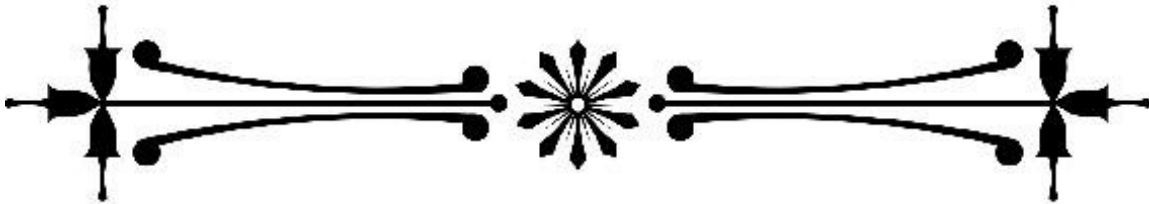
Agustín terminó de beber su café, se levantó, guardó el cuenco de coco que estaba usando como taza; luego se quitó el cinturón del pantalón y se acercó a Marisol. Por un momento ella tuvo

dudas: ¿él iba a golpearla o acariciarla?

Cuando él se quitaba el cinturón así, sin decir nada, podría significar cualquiera una de esas cosas. Pero todo se aclaró para Marisol cuando él levantó la mano al aire:

—¡No, papá, por favor, no!

Agustín ignoró las súplicas de la niña —sus gritos parecían lo excitar— y él la golpeó con ira desmedida. ¡Uno, dos, tres, cuatro latigazos violentos! La niña se encogía, trataba de defenderse con las manos, pero los golpes la atingían en varias partes de su cuerpo.



El cabo Alonso vivía con su esposa y sus dos hijos en una casa asequible de dos dormitorios en un condominio popular llamado Vivienda de los Trigueros, cerca del Valle de las Cascadas. Dora, su esposa, era una morena de baja estatura y cara redonda con rasgos indígenas. De hecho, los ojos estrechos y el cabello muy negro y liso fueron heredados de sus abuelos paternos, una pareja de auténticos indios guatemaltecos. Los abuelos huyeron del pueblo de Santa María de Jesús, en el centro de Guatemala, por cuenta de una pelea mortal con otro miembro de la comunidad Oxlajuj Noj. Después de pasar por varias ciudades y países, se detuvieron en Cocomiel, donde nació el padre de Dora.

Ella, Dora, vino a vivir a Ludovica cuando tenía quince años porque su padre era un teniente del Ejército y fue transferido de la Compañía de Ingeniería de Construcción (cuya sede era en Cocomiel) al batallón ubicado a pocos kilómetros de Ludovica. Trabajó en la construcción de muchas represas en la región y, después de retirarse, decidió que no regresaría a la capital y permanecería en Ludovica. Desde entonces vivía con su esposa en Le Corbusier.

Dora tenía veintisiete años y trabajaba como directora de un jardín de infancia mantenido con recursos del ayuntamiento. Se casó con Alonso cuando tenía veinte años. Ahora la familia era completada por dos hijos, Mateos (de cinco años) y Luque (de cuatro). En la opinión de los vecinos, Dora y Alonso siempre fueron una pareja armoniosa y feliz.

Ella se despertó muy temprano ese miércoles, pero algunos colegas le advirtieron ella debería quedarse en casa, ya que el kindergarten estaría cerrado. Todos los funcionarios habían decidido ir al protesto contra las medidas anunciadas por el alcalde Triguero Júnior. Dora prometió a sus colegas que también participaría del acto.

Alonso aún estaba dormido y Dora preparaba su desayuno a toda prisa, cuando sonó el teléfono que él había olvidado en la mesa de cristal. Ella se sorprendió con una llamada tan temprano y decidió contestarla. No estaba acostumbrada a husmear en el dispositivo de su esposo,

pero pensó que podría ser algo urgente dada la situación de hecatombe social por la cual pasaba la ciudad; después de todo, su esposo era miembro de la Guardia del Ayuntamiento, a quienes las personas de lenguas maliciosas llamaban las Schutzstaffel^[76] del alcalde.

—¿Aló?

Era una voz masculina en el otro extremo, aunque muy suave.

—Hola. ¿Quién es? —Dora preguntó con su voz que también era suave como la de una japonesa.

—Quiero hablar con el cabo Alonso —dijo el hombre.

—Él está durmiendo —ella le informó. —Soy su esposa.

—...

—¿Oye usted?

—...

—¿Qué quieres?

—...

—Mi esposo está durmiendo y no lo despertaré, pero puedes decirme lo que quieres. No hay problema.

—Yo trabajo en la unidad de emergencias.

—¿Es médico? ¿Qué ha pasado?

—Soy enfermero. Su marido estuvo aquí ayer y me dejó su teléfono. Me pidió que le hiciese saber sobre la chica que él rescató.

—Él no me dijo nada de eso.

—Dile que Humberto le llamó y que Ximena está muerta. Dile apenas eso. Adiós.

—Espérate un ratito...

—Que tengas un buen día, señora —dijo el hombre y colgó.

Los ojos indígenas y astutos de Dora fueron atrapados de repente con un brillo inusual. Qué historia sin ton ni son, ella pensó. Decidió despertar a su esposo sin demora. Se fue a su habitación y le dio a Alonso dos palmaditas en los pies.

—Un fulano de nombre Humberto te lo llamó al teléfono —dijo ella tan pronto como él saltó de la cama.

—¿Humberto?

—Un tipo con vocecita de arpa —ella le informó —que es enfermero en la unidad de emergencias.

—Ah, Humberto —Alonso recordó del chico delgado.

—Él dijo que Ximena murió.

—...

—¿Quién es Ximena? —Dora preguntó, ya con voz sospechosa.

—Una chica que rescaté ayer durante la manifestación frente al departamento de policía.

—¿Cuál es tu interés en ella?

—Únicamente humanitario —él dijo y fue al baño a lavarse.

—Únicamente humanitario —ella repitió con ironía. Luego le gritó: —No sabía que trabajabas en la ONU.

Dora fue a la cocina para terminar el desayuno. Intentaba hacer el menor ruido posible para no despertar a los niños. Casi siempre, Mateos y Luque se quedaban con ella en el kindergarten por la mañana e iban a la escuela por la tarde. Como no tendría servicio ese miércoles, Dora iba a

llevar a los dos a la casa de sus abuelos, pues deseaba participar de la protesta en apoyo a sus colegas.

Alonso salió del baño con una toalla alrededor de su cintura y se dirigió a la cocina. Besó a Dora en la nuca y se sentó a la mesa mientras ella preparaba las tazas y platos del tentempié.

—¿Qué cara es esa? —le preguntó.

—No me tragué esta historia de Ximena —ella dijo.

—Te dije lo que pasó.

—Ahora entiendo porque ayer pasaste tanto tiempo en la unidad de emergencias.

— Si hubieras visto la condición de la pobrecita, no me estarías diciendo nada de esto — comentó Alonso, sirviéndose del café y de las arepas venezolanas fritas que la mujer puso sobre la mesa. —Ahora está muerta, que Dios la tenga.

—Cuéntame esta historia en detalles —le pidió Dora, sentándose y sirviéndose también de arepas y café. —No estoy convencida aún. A mí me pareció muy fantasiosa.

—Ayer hubo una manifestación enfrente al departamento de policía —Alonso empezó a contar un poco aburrido mientras masticaba un trozo del pan de maíz. —Esta chica estaba allí, con un cartel que apoyaba al chico que había sido arrestado por una patrulla de la Guardia. Su madre apareció de repente y la golpeó hasta que ella se quedó inconsciente.

—¿Y tú seguiste a la chica al hospital?

—Soy de la Guardia, ¿te has olvidado?

—¿Y por qué te quedaste allí todo el día? —ella se quejó. —Dijiste muy bien: eres un guardia, no un médico o enfermero.

— Ya te dije: por solidaridad.

—Ni siquiera me llamaste para decir dónde estabas. Te llamé varias veces, pero tu teléfono estaba fuera de servicio.

—¿Por qué eso ahora?

—Anoche, cuando llegaste en casa, estabas muy cansado. Así que evité hacerte las debidas preguntas —ella dijo. —Pero, ahora, quiero saber todo.

—Ya lo sabes todo. ¿Estás satisfecha?

Dora decidió cerrar el asunto. Por supuesto, no estaba convencida de la exactitud de los hechos presentados por su esposo, pero la chica estaba muerta y, de todos modos, no ofrecía más ningún riesgo para su matrimonio.

—Llevaré Mateos y Luque a pasar el día con mi madre —ella dijo.

—¿Por qué?

—El kindergarten estará cerrado hoy, así iré a la protesta de los servidores.

—¿Por qué tienes que irte?

—Voy a apoyar a mis colegas.

—No está correcto eso —él se quejó. —No eres comunista.

—Pero me quedaré sin el plus de Navidad —espetó ella. —Y tú también.

—Tú eres la directora de un jardín de infancia que es mantenido por el ayuntamiento. Fuiste nombrada al cargo por el alcalde, quien a su vez respondió a una solicitud de su padre —él aludió. —Por lo tanto, no deberías ir.

—Prestaré solidaridad a mis colegas y luego me iré —ella dijo. —No me quedaré mucho tiempo, te lo prometo.

—Yo también debo estar allá —él dijo. —Pero estaremos en lados opuestos. Creo que la confusión será tremenda.

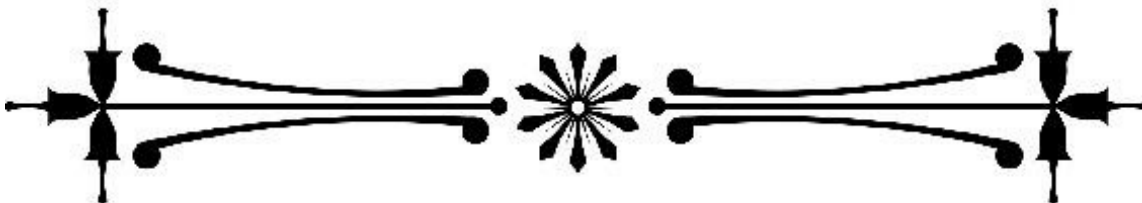
—Ya ha comenzado —le informó. —Lo escuché en la radio. Hay mucha confusión, de hecho.

En ese instante, el teléfono de Alonso volvió a sonar en la sala. Él se levantó rápidamente, contestó la llamada y luego regresó a la cocina con las noticias.

—Era el Capitán Oliveira, convocando a todas las tropas de la Guardia para reprimir a la protesta. Me tengo que ir.

—Ten cuidado —ella dijo.

—Cuídate también.



El hombre elegante y de pelo gris que llegó al departamento fue introducido por Sal en la oficina de despacho. Él saludó el capitán y le entregó una pequeña tarjeta de presentación. Era el abogado contratado por Baena para defender Jeison Pabón. Se llamaba Duai Aizen House Mejía —un nombre asaz inusual para un ciudadano de Santabella, pero que ocultaba una curiosa historia detrás de tal excentricidad. Sus padres querían, en verdad, rendir homenaje al trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos, el general Dwight David Eisenhower, que gobernó a los americanos desde 1953 hasta 1961. Pero salió el tiro por la culata: el notario de la oficina de registro civil de Ludovica se deslizó en la escritura y firmó el acta de nacimiento con un inédito Duai Aizen House en lugar del Dwigh Eisenhower original. Los amigos a menudo decían que a culpa de tal error era del concejal José Justo Ortega, en la época que era locutor de radio y usaba el apodo Jota Ortigas: los padres de Mejía eran fanáticos por su programa y terminaron por confundir al notario con su estúpida pronunciación del nombre de Eisenhower.

El abogado recogió la firma de su cliente y dijo que le gustaría platicar con él en privado. Héctor no se opuso y salió de la sala. Fue a fumar un cigarrillo al patio.

La conversación de Jeison con su abogado tomó unos quince minutos. Durante este tiempo, el jefe de policía aprovechó para resolver algunos detalles con el agente Jesús Pérez, quien desempeñaría el papel de escribano ad hoc. Para facilitar las cosas, el capitán le dijo a Jesús que había decidido inaugurar un nuevo método para coger los testimonios, una novedad que ya funcionaba en la capital, pero que poco a poco llegaba, con cierta sospecha, a los demás departamentos: la grabación en audio y video de testigos, víctimas y acusados de delitos.

Ya había un programa desarrollado e instalado en la computadora de Sebas para hacer este tipo de grabación. Héctor y Sebas, sin embargo, siempre se resistieron a probar el nuevo sistema. Ambos preferían el método tradicional de poner la palabra en el papel, aunque a veces el resultado no retrataba con precisión lo que se decía en los interrogatorios. Efectivamente, y Héctor lo sabía, Sebas era mejor músico que escriba.

Fue Salma —¡siempre ella! —quien planteó la pregunta, preocupada por el nerviosismo del jefe ante la ausencia de Sebas: ¿por qué no graba el interrogatorio en video?

—El video es una prueba contundente e innegable— ella defendió. —Incluso si un sospechoso cambia la versión frente al juez, no puede afirmar que fue coaccionado y que lo que está escrito en la declaración no fue lo que él dijo, pues que la imagen no miente.

El capitán Héctor decidió aceptar la idea y estuvo de acuerdo con Jesús, que aceptó el nuevo método sin quejarse. Él mismo, con la ayuda de Cirilo, se comprometió a instalar un sistema rudimentario de micrófono y cámara en la oficina de despacho.

El trabajo más difícil, sin embargo, sería después del interrogatorio, cuando el escribano ad hoc tendría que transcribir todo el diálogo grabado.

—En el futuro, eso ya no será necesario —dijo Sal, siempre muy bien informada sobre el funcionamiento de todo. —Habrà un sistema automático que convertirá la voz en texto, ya utilizado en algunos sitios, llamado Speech-to-Text. Al final, bastará que se imprima el documento y firmele, ahorrándose tiempo y dinero. Ya el video original se enviará a un servidor de la Policía Nacional en Cocomiel, donde será almacenado y encriptado en una base de datos y con acceso disponible apenas por contraseña.

Cuando Héctor regresó a su sala, Jesús Pérez ya había preparado toda la maquinaria necesaria al interrogatorio y ya estaba de pie, frente a la computadora. El veterano estaba muy tranquilo. Lo que Héctor no sabía (tal vez sí, pero insistió en no admitir) era que nada de esto era nuevo para el veterano. El departamento era su segunda residencia, quizás no fuese la primera. Había pasado más tiempo allí que en casa con su esposa e hijos. Allí tenía su paraíso. Además, no era esta la primera vez que Jesús actuaba como escribano ad hoc. Lo había hecho muchas veces porque siempre lo consideraron muy bueno para escribir. En cualquier caso, con el advenimiento de la grabación de video y audio, Jesús se sentía más cómodo y seguro.

El viejo reloj de la sala marcaba las once y pico cuando el capitán decidió empezar el interrogatorio.

—Quiero advertirles que este interrogatorio se grabará en audio y video —él informó la novedad para el abogado y para Jeison. —El demandado, si lo desea, puede tener acceso a una copia del disco con las imágenes. ¿Alguna objeción?

—Está todo cierto —Eisenhower asintió.

—Quiero informarle al demandado que, de acuerdo con el artículo quinto de nuestra Constitución, él tiene derecho a guardar silencio y no presentar pruebas en su contra. ¿Podemos empezar?

—Siéntase libre de... —Eisenhower iba a decir algo.

—¿Estás grabando? —Héctor lo interrumpió, para asegurarse con Jesús de que los equipamientos estaban funcionando con perfección.

—Sí, señor.

—¿Y el video?

—Todo está jevi, capitán —aseguró Cirilo.

—¿Cuál es tu nombre completo, por favor? —Héctor preguntó, dirigiéndose a Jeison.

—Jeison César Zapata Pabón.
—¿Cómo se llama tu madre?
—Conchita.
—Quiero el nombre real, no me interesa el apodo.
—María de la Concepción Divina Zapata.
—¿Y de tu padre?
—Manolo Pabón.
—¿Cuántos años tú tienes?
—Veintiséis.
—¿Dónde vives?
—Calle La Madre Purísima, 17, barrio Mata-Mata.
—¿Cuál es tu profesión?
—Soy estudiante.
—¿Dónde estudias?
—Escuela Santo Tomás, pero este año no me inscribí.
—Reharé la pregunta anterior: ¿cómo tú ganas dinero?
—Soy bailarín.
—¿Dónde?
—En fiestas privadas.
—¿Eres un estríper?
—Sí.
—¿Eres un buscavidas también?
—¿Qué es eso?
—Un puto, chico de alquiler, acompañante masculino, jinetero...
—No me prostituyo.
—¿No?
—No. Soy apenas bailarín profesional.

—Disculpe, capitán, pero tienes demasiados prejuicios sobre la profesión de mi cliente —el abogado interrumpió. —No debes confundir la actividad de estríper con la actividad de prostituto...

Héctor abrió la gaveta de su pupitre y cogió una página de los clasificados de La Voz del Pueblo. Había hecho este descubrimiento la noche anterior, leyendo viejos números del periódico, antes de ir a la pensión de Pilar. Leyó en voz alta el recorte que había separado.

—«Acompañante masculino para hombres y mujeres. Soy discreto y bien parecido. Moreno, alto, atlético y dote de más de veinte centímetros. Busco servir con excelencia y dedicación a los que desean cariño y placer. Hago todo: anal, oral, beso griego, servicio profesional de altísima calidad. Solamente me detendré cuando tú alcances la satisfacción. Precio a juego. Tírame: soy El Coco, teléfono tal y tal...» ¿No eres tú? ¿El Coco no es un de tus muchos apodosos?

—Eso hace algún tiempo.

—A mí no me parece tanto tiempo: 17 de julio de 2011...

—Fue una broma de un amigo que lo puso en el periódico para fastidiarme.

Héctor guardó la página del periódico y tomó otro objeto: la foto que estaba en el álbum de Pedro Maldonado.

—¿Conoces a esta persona?

—Soy yo.

—Lo siento, no escuché. ¿Eres tú?

—Sí, este soy yo.

—¿Cuántos años tenías aquí?

—Veintiún, creo.

—¿Dónde se tomó esta foto?

—No me acuerdo.

—Tienes muy poca memoria para un chico de veintipocos años. ¿Estás seguro de que no te acuerdas de este lugar?

—Creo que fue un motivito en casa de un amigo...

—¿No te acuerdas quién era este amigo?

—Ahorita no me acuerdo.

Héctor volvió a abrir la gaveta de su escritorio y sacó el álbum.

—Esta foto, donde te quedas desnudo y abrazado a un oso de peluche, fue sacada de este álbum. ¿Quieres ver?

—No, señor.

—¿El noble abogado desea verlo?

—Por favor...

Héctor le entregó al abogado el álbum y él lanzó un vistazo por poquísimos segundos, devolviéndolo enseguida.

—El álbum pertenece al Sr. Pedro Maldonado. ¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco.

—¿Dónde lo conociste?

—Me invitó un día para ser actor. Hace un tiempo. Dijo que me llevaría a Televisa de México.

—Esa foto fue tomada en el apartamento de Pedro Maldonado... ¿No te acuerdas?

—Sí, ahora me acuerdo.

—¿Cuántas veces has estado allá?

—Algunas veces.

—¿Cuántas?

—Más de ocho...

—¿Tuviste una relación romántica con Pedro Maldonado?

—No...

—¿Practicaste sexo con él algunas veces?

—Lo siento, capitán —el abogado le interrumpió. —La pregunta es inapropiada, infeliz...

—No creo que sea inapropiada, pero el acusado responde si quieres...

—No tienes que responder eso, puedes guardar silencio...

—Sí, practiqué sexo con él algunas veces.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con Pedro Maldonado?

—Hace mucho tiempo...

—¿Cuánto tiempo?

—Dos o tres meses...

—¿Estás seguro?

—Más o menos.

El jefe de policía abrió de nuevo la gaveta del mueble y sacó las fotografías tomadas del video grabado por las cámaras del quiosco...

—¿Sabes dónde está ubicado un club llamado Babilonia Salsa Club?

—Sí, lo sé.

—¿Sueles ir a ese lugar con frecuencia?

—No, señor.

—¿Nunca has estado en la «Noche Gringa»?

—No, señor.

—¿Estuviste en el Babilonia el pasado sábado, 8 de diciembre, alrededor de la medianoche?

—No me acuerdo.

—¿Dónde estabas en este día y hora?

—En mi casa, pero no me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

—Estaba en mi casa con mi madre y con mis hermanos, pero no estoy seguro.

—Tengo aquí algunas fotos que fueron tomadas de un video hecho en la noche del 08 de diciembre... Hay un chico muy semejante a ti... Este aquí, mira... ¿No eres tú?

—No lo creo. Yo estaba en mi casa.

—Pedí que mis hombres ampliasen la foto un poco más... Hicieron un zoom que nos permite ver mejor la cara del individuo... Aquí está... ¿No eres tú?

—No lo sé.

—¿Dr. Mejía quiere dar una ojeada? —él preguntó al abogado. El capitán había decidido llamarlo pelo apellido Mejía, que le era más fácil, y nunca por aquello nombre extravagante.

—Por favor...

—¿No te acuerdas? —Héctor vuelve a preguntar a Jeison.

—No recuerdo que estuve allí el sábado...

—Disculpe, capitán, pero no es posible decir que este tipo en la foto sea mi cliente —el abogado le interrumpió más una vez. —Está muy oscuro.

—Mira de nuevo, doctor.

—Estoy tratando de averiguar a dónde quieres ir con ese interrogatorio que a mí me parece insólito y...ridículo.

—Quién me va a decir es su cliente... Si él colaborase, al menos siendo un poco más sincero...

— Sí, el sábado por la noche estuve enfrente al Club Babilonia —Jeison finalmente admitió.

—No tienes que decir nada si no estás seguro.

—Yo estuve allí, doctor.

—¿El chico de esta foto eres tú?

—¿Puedes mostrarme la foto otra vez?

—Sí, por supuesto...

—Sí, creo que soy yo —él dijo, después de analizar la foto durante un rato.

—Si no estás seguro, mejor no decir nada —el abogado repite el alerta.

—Sí, soy yo.

—Repetiré la pregunta —Héctor dijo, con una sonrisa de triunfo en el haz. —¿Eres tú el chico de la foto?

—Sí.

—Me gustaría invitarlos a ver un video...

Héctor giró la pantalla de su computadora para que Jeison y el abogado pudiesen ver lo que aparecería en él. El agente Cirilo ajustó la cámara de grabación para poder registrar mejor la

imagen.

—Este video fue tomado por nuestro equipo de investigación con el dueño de un quiosco cerca del Babilonia Salsa Club. Fue grabado el sábado 8, alrededor de la medianoche, por una de las cámaras del quiosco. Si tú eres el chico en la foto, también eres el que está aquí apoyado contra uno de los vehículos, con las manos en el bolsillo de los pantalones, observando el movimiento de los clientes del club. Miren que a la medianoche y dieciséis un vehículo blanco se estaciona cerca del club. Creo que ya puedes imaginar que este coche pertenece al actor Pedro Maldonado. Ya tenemos algunos testigos que dijeron que él estuvo en ese lugar el sábado, alrededor de la medianoche, poco después de actuar en el Teatro del Chafariz. Observen ahora que la luz de advertencia del coche está encendida. La persona en el vehículo (en este caso, el Sr. Pedro Maldonado) hace una señal llamando al tipo musculoso (es decir, tú). Después te acercas despacio del coche. Ambos hablan durante dos minutos y veintiséis segundos. Luego te subes al auto del señor Pedro Maldonado y ambos se van. El domingo 9, el actor no contactó a ninguno de sus amigos ni apareció para presentarse en el espectáculo Yo Soy Ella. El lunes 10, su cuerpo fue encontrado con más de treinta heridas de cuchillo. Esta es la historia que nos cuenta este video.

—Disculpe, capitán, pero a mí eso me suena como una pieza de ficción, un guion de película — dijo el abogado.

—¿Enserio? Lo siento, doctor, soy un terrible guionista... No tengo un mínimo talento para inventar historias. Esta, infelizmente, es real.

—El hecho de que mi cliente estuvo con el actor en ese día no significa que lo mató—dijo el abogado Mejía.

—Pero lo maté —anunció Jeison, con voz inalterable.

—Por Dios, cuidado con lo que vas a decir —protestó el abogado. —No diga nada...

—Sí, yo lo maté.

—Por supuesto que hiciste tal cosa para te defender de una agresión o...

—Doctor Mejía, por favor, tendrá la oportunidad de presentar su pieza de defensa, pero no ahora —el capitán regañó al abogado, ya sintiéndose molesto por las constantes interrupciones. — Este no es el momento. Aquí hago las preguntas.

—Disculpe...

—¿Puedo continuar mi trabajo?

—Por favor...

—Dime, Jeison Zapata: ¿por qué mataste el Sr. Pedro Maldonado?

—Por dinero.

—Él no te quería pagar después de tener relación contigo, ¿fue eso?

—No fue así.

—Cuéntame...

—Había mucho dinero en juego, sería mi futuro... ¿Me entiendes?

—Sea más claro: ¿le había prometido dinero el señor Pedro Maldonado?

—No. Alguien me pagó para matarlo.

—¿Quién te pagó?

—Es una historia muy extensa...

—Ninguno de nosotros se molestará en quedarse aquí toda la mañana para escucharlo. ¿Estás de acuerdo, doctor?

—Estoy tan sorprendido que ni siquiera sé qué decir.

—Estamos listos, mi amigo. ¿Por dónde quieres empezar?

—Hace unos tres meses que conocí a una dama...

—¿Una dama?

—Una señora madura. No es vieja, sino madura.

—¿Cómo se llama?

—Ella nunca me dijo el nombre completo. Solo dije que se llamaba Rosy.

—Cuéntenos un poco sobre ella y cuál es la conexión con la muerte de Pedro Maldonado.

—Ella es rubia, tiene ojos marrones y un cuerpo muy hermoso. Un jueves lluvioso, alrededor de las seis de la tarde, yo estaba en una parada de autobús en la Vila del Conde y pasó un auto conducido por esta mujer. Me miró y sonrió. Como estoy acostumbrado a este tipo de reacción en las calles, no le di mucha importancia. Pero ella maniobró el vehículo dos cuadras más adelante y volvió a pasar en la parada de autobús. Se rio de nuevo. Después se detuvo diez metros más adelante. Comprendí que ella quería chacharear conmigo, así que caminé hacia donde estaba. «¿A dónde vas bajo esta lluvia?», ella me preguntó. Yo no iba a ningún lugar específicamente, pero luego mentí, inventé un trayecto. «Me voy al centro», yo le dije. Ella me ofreció un empujón. Me subí al auto. Noté que ella empezó a circular por las calles, sin rumbo definido. Me preguntó mi nombre, sobre mi vida, mis padres, y yo le fue contando las mismas historias que siempre inventaba para todos...

—Vamos, admítelo: eres un puto profesional.

—Capitán, perdóname, pero de esta manera estás forzando la situación.

—Tú lo sabes que soy un puto —dijo Jeison. —No seas un hipócrita tampoco. Desmantela esta cara de santurrón, de jefe de policía, de todo poderoso de la seguridad, pues que eso será mejor para nosotros. Nada de bulto, por favor. Y tú, doctor no sé qué de nombre horrible del carajo, déjate de fingirse que eres un chorra, un payasito. ¡Qué vaina! Después de todo, ¿quién te envió aquí, quién te está pagando?

Jesús Pérez y Cirilo no entendieron nada de lo que dijo Jeison e intercambiaron miradas sospechosas. Héctor y Mejía también se miraron mutuamente. Y como si hubiese un pacto silencioso entre ellos, ignoraron el comentario del chico.

—Continúa con la historia, por favor...

—Así —Jeison retomó — la mujer dio vueltas y vueltas en las calles, parlotando sin parar. Ella se ría de todas las bobadas que yo le decía. Hasta que, en un momento, me preguntó si yo disfrutaba de un porro. Yo dije que sí. Me entregó su bolsa y me pidió que preparara uno bien grande. En la bolsa había un montón de hierba. Tenía todo allí, un kit completo de drogota: papel de seda con sabor a menta, boquilla, encendedor, tijereta y máquina de liar. Incluso tenía un tubo de vidrio en formato de pipa gigante.

—Nunca he oído hablar de eso —dijo Héctor.

—Es un tubo de vidrio para fumar no solo la marihuana, sino cualquier tipo de hierba —informó el abogado. —Parece una cachimba, pero no tiene las mangueras.

—Así es, doctor —Jeison sonrió. —Estás bien informado.

—¿Tú preparaste la hierba para fumar con ella?

—Le mostré toda mi técnica de preparar un túbano. Hice un grande y le entregué, pero ella dijo que se sentía incómoda fumando marihuana en medio de la calle. Sugirió que fuéramos a un lugar más tranquilo. Fuimos a una cabaña, por supuesto. Pasamos tres horas fumando y singando, fumando y singando y riéndonos mucho. Ella no paraba de reír incluso cuando yo estaba sobre ella. Después de este maratón, me dejó en una esquina y me pidió mi teléfono. Prometió llamarme.

—¿Ella te pagó por esas horas de relax?

—Me dio un buen dinero, pero debo confesarte que hice el sexo con ella porque tuve ganas de hacerlo, era diferente, placentero.

—¿Y ella te llamó después?

—Sí, dos días después. Me recogió en el mismo lugar y fuimos al mismo motel. Repetimos la fórmula sexo-risa-hierba hasta que quedamos exhaustos. En medio de la juerga, muy despacio, ella empezó a revelar algunos detalles de su vida. Me dijo que estaba casada y que tenía dos hijos. Le pregunté quién era su marido, pero ella no dijo nada al respecto.

—¿Cómo dijiste que la llamaban? ¿Rosy?

—Sí, Rosy Castillo. Pero yo sabía que ella estaba mintiendo, tal como le mentí también. Le dije que me llamaba Clayton Zapata.

—Continúa...

—Comenzamos a reunirnos cada semana. Creo que la pasión por la maría fue lo que nos unió, pero también comencé a pensar que podría haber algún sentimiento recíproco. No me involucré porque ya me estaba relacionando con otra persona, la mujer con la que me quiero casar, que no vive aquí...

—Fue por Rosy que mataste a Pedro Maldonado. Explícame por qué, sinceramente, todavía no entiendo.

—El tema surgió por primera vez en nuestra quinta o sexta cita secreta. Ella me dijo que alguien había hecho algo que podría arruinar su matrimonio. No quiso hablar los detalles, pero me dijo que necesitaba proteger a sus hijos y a su esposo de un escándalo. Para eso, sería obligada a eliminar a una persona. Ella decía así, espontánea, sin medias tintas. Le pregunté quién era la persona y ella me dijo: «Tú lo conoces muy bien». Me quedé un poco perplejo porque en toda mi vida esta era la primera vez que alguien se acercaba a mí con tal tema. «¿Lo conozco?», le pregunté. Y ella me dijo: «Debe haber sido su cliente». Fue así que me di cuenta de que ella sabía todo sobre mi pasado. Estaba muy bien informada.

—¿Crees que ella ya se acercó de ti sabiendo que eras un buscavida...?

—Ahora no tengo dudas de que lo sabía. Me quedé asustado, al principio, pero ese tema comenzó a interesarme. Tengo una atracción irresistible por el peligro, ya lo sabes. «¿Y qué tú quieres? », le pregunté. «Sería fácil para ti matar a esta persona», ella me dijo sin cambiar su voz, sin rodeos. Luego me ofreció una cantidad buena de dinero en dos cuotas, una antes del servicio y otra después.

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—¿Diez mil pesos?

—No, no. Diez mil dólares.

—¿Y ya recibiste cinco?

—Ya.

Héctor calculó mentalmente que Jeison se había embolsado una cantidad razonable en los últimos días. Diez mil por matar al actor y otros seis—¡seis mil dólares, ofrecidos por él mismo!—para desaparecer de la vida de Baena. ¡Qué hijoputa!

—¿Cuándo lo recibiste?

—El viernes 7.

—¿Dinero en efectivo?

—Efectivo. Cinco mil en billetes de cien.

—¿Y ella no le dijo la razón?

—Acabo de le decir eso: para proteger a su esposo.

—¿Así tú programaste la cita con Pedro Maldonado para el sábado?

—Le llamé, le dije que le extrañaba, que estaba con ganas de hacer una singada y él aceptó.

Marcamos la cita enfrente al Club Babilonia.

—¿Levaste una arma un cuchillo? ¿Te preparaste para eso?

—No, nada.

—Cuéntanos cómo fue...

—¿Estuviste en el apartamento de él?

—Sí estuve.

—¿Y viste el cuerpo?

—Vi.

—¿Cómo estaba él?

—Horrible...

—Puedes imaginar cómo fue...

—Sí, me imagino como fue, pero quiero que me digas los detalles.

—Bueno, cuando llegamos al apartamento, tomamos unas cervezas y luego practicamos el sexo. Así que después fui al baño y pasé un rato buscando el coraje para hacer mi servicio. Seguí viéndome a mí mismo en el espejo y buscando una razón para matarlo. Metí en mi cabeza que él podría ser responsable por todas las cosas malas que alguna vez sucedieron en mi vida. Necesitaba estar enojado para tener coraje de clavarle un cuchillo en su cuello. Pensé en las mentiras que él me dijo un día, aquella trampa de llevarme a Televisa, de convertirme en un tipo famoso, de ayudarme a vencer en la vida, y luego también pensé en mi padre alcohólico, las palizas que ya había recibido de él, y pensé en la pobreza de mi madre, de mi casa, de mis hermanos, llené mi chola de rabia y me dirigí a la cocina, agarré un cuchillo común de preparar pescado que estaba en el fregadero y volví a la habitación donde Pedro se quedaba desnudo en la cama y lo atacé y lo apuñalé varias veces...

—Fueron treinta y dos golpes, según el informe cadavérico.

—Yo estaba con mucha rabia.

—¿Y después?

—Me escapé, pero tenía demasiado miedo para irme a mi casa. Llamé a Rosy y le dije que había hecho el servicio. Ella me dijo que desapareciese por un tiempo, hasta que ella arreglase la segunda cuota del pago.

—¿Por eso tú buscaste abrigo en la casa de mi madre?

—Sí.

—No te perdonaré por involucrar a mi madre en esta historia horripilante.

—Tu madre es una buena persona. Me ayudó cuando yo más necesité de ella y continúa ayudándome. El resto de la historia ya la conoces.

—Sí, ya.

—Estoy mareado —el abogado dijo, poniendo una de las manos en la boca.

—Tómame un café y respira un aire fresco. Solo estamos comenzando.

—No tomo café.

—Jesús te hará un té. Mientras tanto, sal al jardín y respira el aire fresco.

Hubo una pausa en la grabación. Héctor determinó veinte minutos de descanso. Después de eso, todo se reanudó.

—Creo, señor Mejía, que tenemos una confesión criminal.

—Sí, pero hay muchos puntos oscuros que todavía quiero discutir con mi cliente.

—Tendrá tiempo para eso, doctor. Tenemos algo más importante que descubrir, a saber, quién es Rosy...

—No necesita preocuparse por eso —Jeison dijo, riéndose. —No tienes que ir tras ella, porque ella vendrá a nosotros.

—¿Cómo?

—Nosotros tendremos una cita hoy, un ajuste de cuentas. Es decir, tendríamos... Estoy preso, ahora no tendremos más.

—¿Dónde sería la cita?

—Necesito algunas garantías para contar.

—¿Qué quieres?

—Voy a pensar, después te digo.

—No estás en condiciones favorables para negociar nada.

—No tienes ni puta idea de lo que descubrí ayer leyendo el periódico...

—¿Qué?

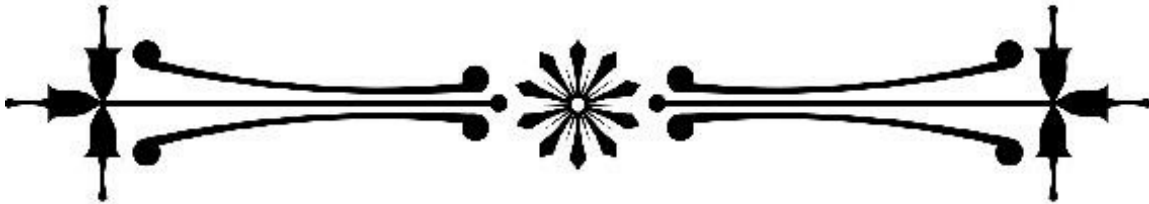
—Descubrí quién es la verdadera Rosy...

—¿Quién es ella?

—No lo diré. Lo descubrirás con tus propios ojos. Tú la atraparás infraganti. Pero tengo que ir junto.

—¿Por qué haces esto?

—No lo sé, men. Creo que es mi naturaleza de escorpión. No importa lo que hagas por mí, siempre te lo meteré mi aguijón al final... Escuché esa frase o algo semejante en una película muy antigua, ni siquiera recuerdo cuál, pero la transformé en mi filosofía de vida.



Alrededor del mediodía, después de vagar por las callecitas del casco antiguo como un sonámbulo, llevando el estuche de su guitarra en la espalda, finalmente Tom Contreras tomó coraje de entrar en El Bello. Había dos personas en el lugar: un mesero jovencito que limpiaba vasos en el mostrador y un hombre con barba gris que leía el ejemplar de *La Voz del Pueblo* y bebía una dosis de coñac en una de las mesas.

El hombre de barba gris era el informativista Jota-Jota Hernández, presentador del Club de la Risa. Estaba tan entretenido con la lectura que no reconoció al viejo deprimido que entró en el bar, arrastrando el estuche negro.

Tom, por su parte, tampoco conocía a Jota-Jota: conocía la voz y la fama del líder de la audiencia en las mañanas de la Radio Comunitaria, pero nunca había visto su rostro.

El cantante fue al mostrador y pidió un trago de wiski sin hielo. El camarero le sirvió una dosis muy generosa. Tom la bebió toda de una sola vez.

El jovencito también no reconoció a Tom: tal vez porque el cantante no estaba usando la boina de Cantinflas que había recibido como regalo o sus coloridas camisas de antaño. O tal vez porque parte de su rostro se escondía detrás del par de gafas de sol que él nunca solía usar. La verdad es que el camarero lo trató con extrema indiferencia.

—¿Dónde está Bel Bala? —Tom le preguntó.

—Fue al banco, tardará un tiempo en volver —el camarero respondió.

—¿Has oído hablar de Tom Contreras?

—Disculpe, señor, no lo conozco. ¿Quién es?

—Tom fue el mejor artista que esta ciudad de mierda ha puesto en el mundo —dijo.

En este interregno, aún sin darse cuenta quién era el viejo, Jota-Jota Hernández dejó caer el periódico sobre la mesa y gritó:

—El mejor artista de Ludovica está muerto. Fue el actor Pedro Maldonado.

Tom Contreras sonrió. Agitó el vaso al azar y tomó un último sorbo del wiski. Después se acercó a la mesa de Jota para ver con más claridad a su interlocutor.

—¿Te conozco?

—Si has escuchado la Radio Comunitaria al menos una vez en los últimos cinco años, por cierto me conoces. Soy el mejor locutor de esta ciudad, por número de audiencia y facturación.

— Pedro era un gilipollas —Tom dijo. —Ahora todos lo aplauden porque murió en una tragedia.

El cantante chupó una de las piedras de hielo que había restado en la taza y la escupió enseguida en el rostro de Jota.

—¿Estás loco, hijo de puta? —gritó Jota, armándose con una botella de coñac y dirigiéndose al ataque.

Tom sacó la pistola oculta en la cintura y apuntó a la frente del locutor.

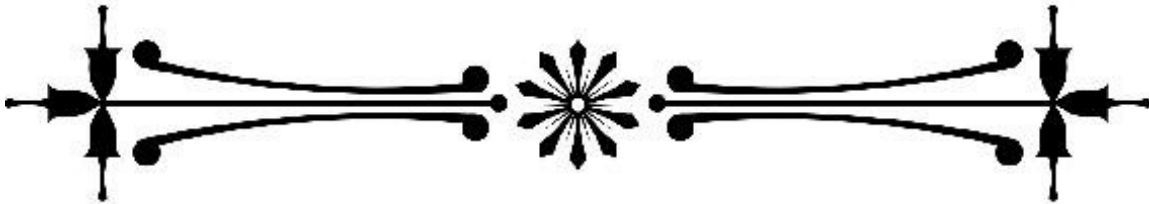
—Eres un hombre muerto —anunció con su voz berroqueña. —Si es de tragedia que le gusta a la gente de Ludovica, hoy le daré una, ¡la más grande de todas!

Apretó el gatillo e hizo un hueco en medio de la cabeza del pobre Jota-Jota Hernández.

El camarero dejó caer una bandeja con vasos, saltó por arriba del mostrador y gritó a la acera.

—¡Mataron a Jota-Jota Hernández!

Unos días más tarde, cuando testificó sobre el caso, juró que había comprobado la hora en su reloj digital cuando sonó el disparo que le quitó la vida al informativista Jota-Jota y cuando el viejo empezó la matanza que se seguiría adelante: eran las 12h 12m y 12 segundos.



Corritando consignas y disparando cohetes, los huelguistas marcharon hacia el edificio del ayuntamiento en el casco antiguo. Las calles se quedaron estrechas para la masa compacta que se había formado. Los adoquines amenazaban romperse con la fuerza de los pasos y los tejados seculares de los caserones parecían temblar con los gritos y los estampidos. Otras categorías de trabajadores habían abandonado sus hogares para unirse a la marcha.

Cuando llegó en el Centro Histórico, el desbarajuste provocó un vuelo de palomas tan sorprendente que parecía el ataque de la fuerza aérea japonesa en Pearl Harbor. Un pelotón de la Guardia del Ayuntamiento aguardaba a los huelguistas. Los hombres armados fueron distribuidos entre las escaleras de la catedral y el edificio de la alcaldía.

La masacre ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, sin más acá ni más allá. Algunos dijeron, mucho tiempo después, que fue precisamente la boñiga de una paloma tripolina que sorprendió a un guardia y lo hizo disparar su fusil a tuestas. Otros afirmaron que lo que desconcertó al hombre fardado fue la bola de fuego que se elevó hacia el cielo y el humo rojo que se extendió por la plaza. En este punto, todavía hay controversias hasta el día de hoy. Solo no hay dudas ni controversias sobre la hora exacta en que sonó el primer disparo, porque las manecillas del reloj de la catedral estaban allí como testigos —y ellas se hicieron famosas durante décadas por su precisión británica: ¡eran las 12 horas, 12 minutos y 12 segundos!

Esta última fracción de tiempo, por supuesto, no fue registrada por el reloj imperturbable de la iglesia, sino por una cámara de vigilancia instalada en la plaza y cuyas imágenes se enumeraron como evidencias en la investigación que empezó en el departamento de Policía Nacional (y que ha estado trancada hasta hoy).

Un portavoz del comando de la Guardia del Ayuntamiento aseguró que las armas utilizadas por sus hombres estaban cargadas con proyectiles no mortales.

Sin embargo, el proyectil que desencajó la tapa de los sesos de la infeliz chica que se vestía

como Janis Joplin no parecía ser falso: ella giró sobre sí misma, puso los ojos en blanco, arrojó lo megáfono al alto y se dejó caer sin vida en el suelo.

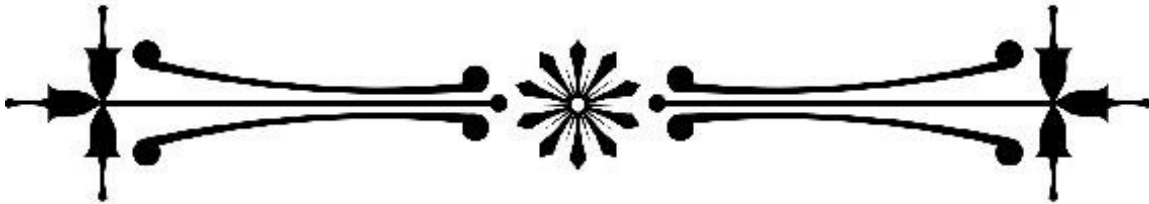
Los manifestantes reaccionaron no solo con palos y piedras, sino también con disparos de escopeta, pistolas y bombas domésticas, al menos fue lo que el mismo portavoz de la Guardia dijo en los medios —una versión rechazada por los líderes sindicales que organizaron la marcha.

La verdad, ante ese infierno dantesco de humo y gases lacrimógenos, era casi imposible saber quién era quién o quién hacía lo qué. Quizás haya sido por ese motivo que los guardias dispararon al azar y golpearon no solo a los manifestantes sino también a los curiosos en las aceras, puertas de bar, ventanas y techos.

El cabo Alonso pensaba en su esposa y en sus dos hijos mientras intentaba no seguir al pie de la letra la orden que había recibido del comandante de la Guardia: ¡disparen para matar! Por eso, nunca miraba su fusil para el pecho o para la cabeza del objetivo que corría desesperado delante de él; trataba de atingar en el tobillo o en el muslo, apenas para inmovilizarle.

Después de veinte minutos de balacera, el humo y el olor de los gases hicieron que el cabo Alonso volviese a sentir el terrible mareo que de vez en cuando lo humillaba en público. Todo a su alrededor comenzó a parecerse a una escena de película de guerra en cámara lenta. Las personas frente a él se movían como borrones o seres fantasmales. Quizás porque estaba desconcertado, Alonso no tuvo tiempo de pensar dos veces y apretó el gatillo de su arma justo cuando una figura amenazante vino a su encuentro, gritando y gesticulando, sosteniendo en su mano lo que parecía ser un cóctel molotov encendido. Sintió como si se hubiera disparado una alerta de peligro en su cerebro, por lo que apretó el gatillo. Fueron dos disparos que golpearon el tórax de la figura amenazante.

Unos segundos después, Alonso se dio cuenta de que la persona golpeada era una mujer y que no tenía un cóctel molotov en las manos, sino una pequeña botella de agua mineral y un cohete (que ni siquiera estaba encendido). Cuando el humo se disipó y su cerebro se recuperó del síncope relámpago, él finalmente reconoció el cuerpo tendido en el suelo y cayó de rodillas de inmediato: era Dora, su esposa.



na plaza distante y casi desierta en las afueras de Ludovica. Este era el sitio que Jeison había elegido para su encuentro con la supuesta Rosy. Él se sentó en un banco con su teléfono celular en las manos, puso su gorra y sus gafas de sol, y esperó. Las zapatillas verdes eran las únicas piezas que llamaban la atención de los transeúntes, pues que era imposible no mirarlas.

La cita había sido programada para mediodía.

Antes de partir para esta aventura, el capitán Héctor buscó el apoyo del poder judicial y le contó todo al juez Hércules Sánchez. Informó sobre la confesión de Jeison Pabón y aprovechó la oportunidad para solicitar su arresto preventivo. Sin embargo, el capitán necesitaba protección legal para continuar la investigación: llegar a la persona que había encomendado la muerte de Pedro Maldonado (y que también había desembolsado una buena suma para la ejecución del servicio) no era una misión ordinaria. El caso envolvía un pez gordo de Ludovica. El juez Sánchez entendió la situación y envió el endoso por correo electrónico.

El capitán Héctor, el abogado Mejía (incluido como testigo de la acción) y los agentes Cirilo y Jesús Pérez se escondieron dentro de un automóvil que quedaba estacionado debajo de un árbol.

Mientras esperaban a tal Rosy aparecer, Jesús (que conducía el vehículo) encendió la radio. El grupo escuchó las primeras noticias sobre los disturbios.

—Ni los disparos ni las bombas de gas lograron evitar que la manifestación cruzase dos avenidas y entrase en los jardines del edificio del ayuntamiento. Allí el conflicto fue más grande. Para evitar que los manifestantes ingresasen a la oficina del alcalde, los hombres de la Guardia redoblaron el fuego y formaron un muro humano. Después de varios intentos malogrados de invasión, los manifestantes se retiraron y comenzaron a dispersarse de forma gradual —informó un locutor de la Radio Tribuna.

—Por Dios, ¿qué ha pasado? —preguntó Cirilo. —¿Será el fin del mundo?

—Creo que será el fin del alcalde —respondió Jesús.

—¡Que vaina! —Héctor exclamó, recordando todas las pequeñas tragedias que sucedieron o estaban por suceder ese miércoles. Y repitió: —¡Qué día tan miserable!

De repente, un vehículo beige se acercó a la plaza. Los cristales permanecieron cerrados y la identidad del conductor permanecía protegida por la película ahumada.

Cirilo encendió la cámara de video y empezó a filmar.

Sonó el teléfono de Jeison. Él lo contestó. Dijo dos o tres frases y colgó. Luego se levantó y se dirigió al vehículo. Una de las puertas se abrió, pero Jeison evitó entrar. Su misión era obligar a la persona a salir del vehículo.

El cristal se bajó y todos pudieron ver el rostro de la mujer rubia, aunque estuviese protegido por un enorme par de gafas de sol.

— No me lo puedo creer, ¡caracolas! —Mejía balbuceó en el asiento trasero del auto de la policía.

—Estoy pasmado —murmuró Jesús.

—Confieso que tampoco lo esperaba —el capitán sonrió.

La mujer rubia no bajó del auto. Ella estiró la mano con un paquete y se lo ofreció a Jeison. Él le dijo algo y tomó el objeto.

En ese momento, Héctor salió de su coche y caminó hacia el vehículo beige para anunciar el flagrante. Cirilo lo siguió con la cámara y Pérez sacó su arma.

—Buenos días, señora —Héctor dijo. —Soy el capitán Héctor Suarez, jefe del departamento de la Policía Nacional en Ludovica. Me gustaría que me acompañases al departamento para aclarar una situación.

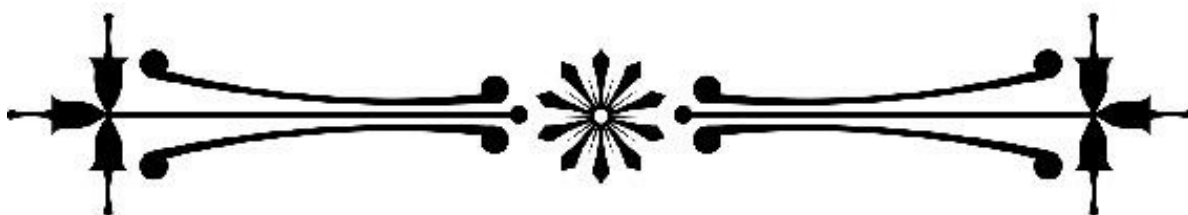
—¿Qué es lo que pasa? —la mujer estaba asombrada. —¿Qué tipo de broma es esta?

—Yo hago las preguntas, señora —dijo el capitán. —¿Qué hay en este paquete?

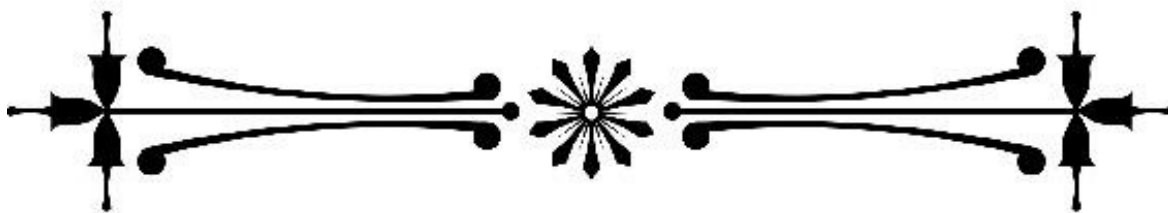
—No es asunto tuyo —espetó ella. —Llamaré a mi esposo. ¿Sabes quién soy?

—Sí, primera dama, la conozco —sonrió Héctor. —Todos aquí la conocemos, pero no sabíamos que te llamabas Rosy.

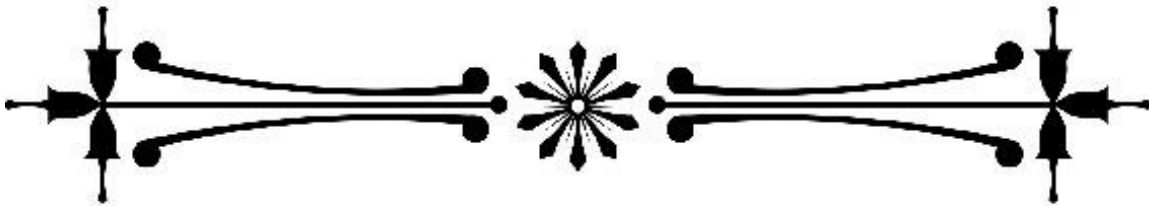
LIBRO NUEVE



**MIÉRCOLES
TARDE**



12 de diciembre de 2012



Chapulín almorzó en la acera con un grupo de niños. Habían comprado pan, mortadela y un refresco amarillo dorado. Alrededor del almuerzo colectivo, se asemejaban a pájaros histéricos en un festín de alpiste.

En el cielo explotaban cohetes. Es decir, para los niños, todas aquellas explosiones se le parecían cohetes.

—¿Hoy es día sacrosanto?

—¡A mí esto no me parece cohete, es tiro de verdad!

—¿Enserio?

—¿Te acuerdas aquella película que un batallón vas a rescatar a un soldado en la guerra?

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien, está tal y cual.

—¡Escucha, otro tiro!

-¡Y otro!

-¡Y otro!

-¡Es una lluvia de balas!

Uno de los muchachos, con el nombre de Felipe, de doce años, con tatuajes garabateados en sus brazos y piernas, llamó la atención de Chapulín.

—Mira, quién viene allí... Su amiguita.

Chapulín levantó la vista y vio a Marisol acercándose del grupo. De lejos, él conseguía percibir su tristeza. Se puso de pie de inmediato y fue a su encuentro, llevando un trozo de pan con mortadela y un vaso del líquido amarillento.

—¿Ya comiste? —le preguntó.

Marisol asintió con la cabeza.

—Come, come un poco más— él le entregó a Marisol el trozo de pan y el refresco.

Ella aceptó.

—¿Qué te ha pasado?— Chapulín se quedó preocupado por el aspecto brumoso de la niña. Marisol empezó a masticar el pan muy de vagar. Miró a los otros chicos del grupo.

—Quería continuar nuestra charla, pero estás ocupado —ella le dijo. —Volveré otra hora. Chapulín tomó la mano de Marisol y la condujo por la acera.

—Puede ser ahorita, no hay coco.

Se sentaron en un extremo de la pendiente soleada desde donde se podía ver el río en el fondo. Hay una cosita que no te dije ayer —ella dijo, después de un largo suspiro.

El chico parecía inquieto.

— Dime, ¿qué cosa?, dime.

—Él mató a mi mamá —dijo ella sin cambiar su voz.

Chapulín se levantó de súbito.

—¿Tu padre mató a tu madre?

—Él no es mi padre —ella dijo, fingiendo limpiarse las uñas. —Es mi padrastro.

—Hijoputa —él murmuró.

La cara de Marisol se sonrojó. Estaba avergonzada de revelar estas intimidades a su nuevo amigo, pero no se detuvo. Sentía una gran necesidad de decírselo.

—Mi mamá descubrió que él estaba me molestando. Él la mató y huyó conmigo. Por eso estoy aquí.

En ese momento, Agustín cruzó la esquina y vio a Marisol sentada en la jamba de la escalera. A lo lejos se oyó el estallido de lo que parecían ser cohetes, y el grito del hombre se mezcló con el ruido.

—¡Marisol!

—¡Mi Nuestra Señora! ¡Es él, mi padre!

—¿Qué haces con este hampón? —Agustín gritó.

Marisol no perdió tiempo en responderle, se desesperó y huyó. Chapulín se quedó paralizado, no sabía qué hacer hasta que decidió correr tras ella.

Agustín entrecerró los ojos al ver a su hijastra —¿hijastra, hija, amante? —huyendo de él. En su odio, olvidó hasta que era observado por los transeúntes y se quitó el cinturón de la cintura de sus pantalones. Lo dobló como un látigo.

—¡Será peor si corres! —gritó enojado.

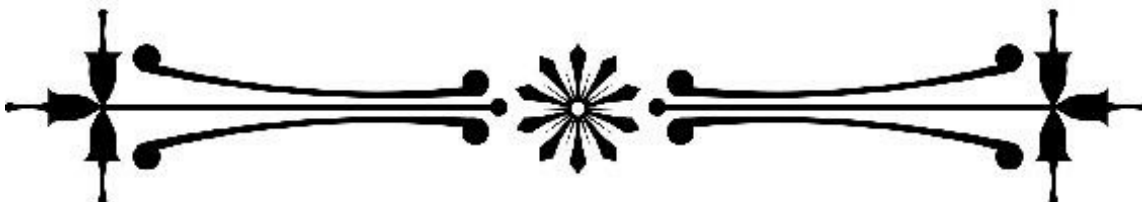
El miedo paralizó a la niña. Agustín la atrapó y la golpeó con el cinturón. Ella comenzó a gritar y a patear mientras era arrastrada por el brazo.

—¡Déjala, viejo bastardo! ¡Suéltala!

Chapulín empezó a bombardear Agustín latas, botellas, pedazos de plástico, zapatillas viejas e trozos de madera que iba recogiendo por las aceras.

Varios caminantes se detuvieron para ver la paliza, pero ninguno perdió el tiempo para preguntar la razón de tal guirigay. Agustín arrastró a la niña por las calles mientras el niño seguía arrojándole armas improvisadas al azar. No había un único guardia para ayudarlo a él y a niña, nadie.

Cansado, Chapulín se rindió, impotente ante la truculencia del hombre que arrastraba a su amiga.



había tantos eventos por cubrir ese día que el editor en jefe de La Voz, el mexicano Nacho Díez, tuvo que hacer malabarismos logísticos para no perder ninguno de ellos. No había otra manera sino enviar toda la gente de la redacción a las calles, incluso los estudiantes en período de prácticas.

Tomás había acabado de engullir el conejo guisado preparado con capricho por su madre, cuando un vehículo frenó frente a la puerta de su casa. La madre, doña Mercedes, muy agitada, corrió primero para ver quién era: era la cucarachita de Nacho. El fotógrafo Luciano Pedrosa bajó el cristal de la ventanilla y pronto gritó:

—Ven con nosotros, Tomás, ha sucedido una tragedia. Mejor decir, ¡varias tragedias!

Tomás se puso una chaqueta vieja sobre su camiseta y corrió hacia el auto. Desde la puerta de la casa, su madre advirtió:

—¡Santo Cristo, cuídate !

El auto se fue. Doña Mercedes, una mujer delgada, frágil, de piel blanquecina (parecía albina), de cincuenta años, viuda durante casi treinta, corrió a su habitación, se arrodilló al pie del oratorio lleno de santos y rezó frenéticamente, pidiendo protección para su hijo, su único más valioso tesoro, la motivación única de su existencia solitaria.

Dentro del vehículo, además de Tomás y Luciano, había una chica con gafas de hondo de botella llamada Jamaica Estrella (la becaria) y el subeditor Francisco Sandino.

-¿Cuál es la vaina? —preguntó Tomás.

—¿No escuchaste en la radio? —Luciano replicó, sorpresa por la desinformación del reportero. —Hubo una confusión entre la Guardia y los manifestantes enfrente al edificio del ayuntamiento.

—Pero eso no es a dónde vamos ahora —corrigió Sandino.

—¿No? —preguntó Luciano.

—No —respondió Sandino. —Hay un francotirador enloquecido en las calles de la Villa del Conde. Ya disparó contra decenas de personas. Parece que el Ministro de Seguridad está enviando tropas del ejército ante el fracaso de la policía local.

—Y lo más triste de todo: ¡parece que una de las víctimas es el anfitrión del club de la risa Jota-Jota Hernández! —dijo la becaria Jamaica, que se había quedado en silencio hasta entonces. En verdad ella estaba aterrorizada con su primerísima gran reportaje.

—¡La madre que lo parió! —voceó Tomás. —Ya no era suficiente perder a Pedro, ahora perdemos a Jota: ¡esta ciudad se queda más pobre desde hoy!

En diez minutos el equipo de reportaje llegó al Conde. La avenida principal del barrio estaba cerrada. Una ruidosa multitud se estaba apoderando del lugar. Cuando Tomás, Luciano, Jamaica y Sandino bajaron del escarabajo y se acercaron al grupo de espectadores, comenzaron a ver la dimensión real de la tragedia: había cuerpos dispersos en el asfalto, piezas humanas por todas las partes y charcos de sangre en las aceras. Dos soldados estaban acostados, apoyados contra un poste, ensangrentados. Los médicos y enfermeras del servicio de emergencia ayudaban a los heridos y los transportaban en camillas para las ambulancias. Algunos cuerpos habían sido dispuestos en largas filas en las aceras.

Tomás sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño grabador Tascam y se deslizó entre la multitud de espectadores. El fotógrafo Luciano Pedrosa lo siguió con la cámara a mano. Jamaica, atónita, casi petrificada, con los ojos desorbitados ante tal carnicería, comenzó a llorar.

Tomás se acercó a una mujer gorda que miraba con horror el cuerpo de un joven en el suelo y le preguntó:

—¿Puedes decirme lo que pasó aquí?

—Fue un infierno, muchacho —ella dijo. —Mi casa se queda a unos veinte metros de aquí y yo estaba regando las plantas del jardín cuando escuché los primeros disparos que venían del Bar del Bello. Corrí a la calle. Mis vecinos también salieron a ver qué estaba pasando. Fue en ese momento que vi cuando un hombre de media edad llegó corriendo con una pistola en la mano. Disparaba al azar sin parar. Detrás de él llegaron tres soldados de la Guardia, disparando también. El hombre disparó a los soldados y también nos disparó a nosotros. Una vecina, Rosita, la esposa de Tiburcio, recibió un disparo en el muslo y cayó. Otro disparo golpeó a Pietro, el perrito de doña Cándida. El pobrecito ni siquiera tuvo tiempo de ladrar, murió de súbito. Cuando vi a ese hombre corriendo hacia mí, me apresuré hacia la casa y me oculté debajo de la cama. El tiroteo duró unos diez minutos, creo, nomás. Cuando todo terminó, asomé la cabeza por la ventana y la calle se había convertido en el infierno que estás viendo ahora.

Muchas gracias —dijo Tomás y se dirigió a un sargento que daba órdenes al pequeño grupo de soldados responsables por retirar los cuerpos de las aceras.

—Sargento, ¿podría decirme cómo y cuándo comenzó el ataque?

—No podemos darle ninguna información —respondió, molesto.

—¿Es verdad que Jota-Jota Hernández es una de las víctimas?

—No lo sabemos.

—¿Cuántas personas murieron?

—Ya te dije que no podemos darte ninguna información —dijo el sargento y se alejó, desapareciendo entre los soldados.

Tomás vio a un jovencito que contaba la historia al locutor Nino Peña, que ya transmitía todo en vivo para la Radio Comunitaria desde su teléfono celular. El jovencito era el mesero de El Belo, testigo del primer disparo. Tomás fue acercándose de él de modo sutil y, cuando Nino Peña

se dio cuenta, el reportero estaba con su micrófono posicionado en la boca del entrevistado.

—¿Sabes cómo sucedió todo esto? —Tomás le preguntó al mesero, de pronto, haciendo una mueca a Peña.

—Yo vi todo, amigo —respondió el chico.

—¡Carajo, Tomás, estoy transmitiendo en vivo! —dijo Niño, enojado con la interrupción del colega.

—¿Te importaría repetir la historia a La Voz del Pueblo?

—¿Tu es reportero de La Voz?

—Sí.

—¿Saldrá mi foto en la primera página?

—Sí. Mi fotógrafo ya está haciendo una foto tuya para eso.

—No hay problema, yo te cuento todo de nuevo.

Niño se quedó furioso. Dijo que estaba siendo interrumpido por un colega grosero, se despidió de los oyentes «por ahora», prometiendo volver en algunos instantes y finalizó la transmisión. Colgó el teléfono y resopló, buscando otro testigo. Pero antes, dirigió algunos reproches a Tomás:

—¡Tu es un grandísimo hijo de una putona! ¿Quieres entrar al cielo a la cañona? ¡Mamagüevo de los diablos!

Tomás hice oídos sordos y se volvió hacia el chico sonriente.

—¿Cuál es tu nombre, por favor?

—Me llamo Horacio.

—Dígame todo lo que vio, Horacio... ¿Usted es mesero del bar donde el tiroteo empezó?

—Sí, soy mesero del Bello hace cinco años. Estaba en mi turno, limpiando los vasos y bandejas cuando el viejito loco entró en el bar. El presentador Jota-Jota estaba sentado en una mesa, leyendo la edición de La Voz y bebiendo un carajillo. Le gustaba esa mezcla de café con coñac y solía venir al Belo siempre alrededor de mediodía. El viejecillo me pidió una bebida. Si no me equivoco, una dosis de wiski con hielo. Se lo bebió todo de un trago. Me di cuenta de que el hombre estaba devastado, listo para matar o morir. Él me preguntó algo banal, una tontería. Bueno, yo le respondí de mi manera, sin floreos, que a veces hasta parece que estoy desdeñando las cosas, pero no estoy. No me acuerdo en cual periquete el locutor Jota-Jota se metió en nuestra charla. Jota-Jota tiene una manera de decir las cosas que es muy semejante a mía, así sin tapujos. Quien no lo conocía quizás podría pensar que él fuese un tontorrón arrogante, pero no lo era. Bueno, no estoy seguro de lo que Jota le dije, pero sé que al loco no le gustó nada de nada...

—¿Puedes decirme cual fue el tema de la conversa?

—No lo sé —respondió el chico. —Sé que al hombre no le gustó la respuesta dada. Se levantó y escupió una piedra de hielo en la cara de Jota. Con la sangre hirviendo, Jota agarró la botella de coñac que estaba en su mesa y se abalanzó sobre el hombre. Creo que iba a abrirle un rasgón en la cara del viejito. Así, con la rapidez de un Billy el Niño, el viejito sacó una pistola de su cintura. Bueno, creo que era una pistola, a mí me parecía una pistola automática, del tipo que solemos ver en las películas americanas. El infeliz Jota no dijo nada más, se convirtió en una estatua. Yo, desde mi rincón, todavía tuve el coraje de gritarle al viejo: «No le hagas esto a Jota, es un buen hombre, amado por todos». Pero no había más nada a hacer. El viejito disparó. Vi volar los cerebros de la cabeza del cuitado Jota. El ruido del disparo hizo que muchas personas saliesen corriendo de sus hogares. De repente, algunos soldados de la Guardia aparecieron en un automóvil, parece que estaban pasando por acá, iban a una protesta que ocurría al centro, no lo sé

al cierto, eso es lo que me dijeron. Solo sé que el viejito corrió y empezó a disparar a los que se moviesen a su frente. No me preguntes de dónde sacó él tantas balas. Me parece que tenía varias armas de todos los calibres. Incluso escuché el sonido de una ametralladora, si no me equivoco. Me tiré a la acera para escapar de las balas desgobernadas. Un soldado me pisó, metió sus patas en mi columna, casi se me paralizó. Demandaré al ayuntamiento por esto daño y reclamaré una indemnización.

—¿Qué pasó después?

—¿Después? —gruñó el chico. —Bueno, después se pasó todo lo que estás viendo.

—Y Jota, ¿lo viste después?

—Vi cuando intentaron ayudarlo, lo arrojaron en un coche y lo llevaron a emergencia, pero en mi opinión ya no respiraba. El disparo le abrió un hoyo del tamaño de un busuá^[77] en el centro de su frente.

—¿Y qué le sucedió al sniper?

—¿A quién?

—Al viejo francotirador...

—Después de matar e herir a todas estas personas, subió al último piso de aquél edificio y saltó —dijo y señaló el bloque de cinco pisos, aún en construcción, a unos quinientos metros de donde estaban. —No estoy seguro si saltó o se pegó un tiro en el oído. Creo que saltó aún vivo y murió después de aplastarse en el suelo, pero hay personas que dicen que él se rompió los sesos con un tiro y se desplomó ya muertito.

Tomás vio una pequeña multitud rodeando el edificio en construcción. Agradeció al mesero y partió adelante. El fotógrafo Luciano lo siguió, disparando su cámara al azar, tal y cual un francotirador. Jamaica Estrella y Sandino se quedaban atolondrados en medio caos, no sabían a dónde irse.

Cuando Tomás y Luciano se acercaron al edificio, pudieron ver el cuerpo de un hombre de unos sesenta años, delgado y calvo. Estaba en un charco de sangre. El lugar estaba protegido por soldados de la Guardia del Ayuntamiento y ni Tomás ni Luciano ni nadie podía acercarse demasiado.

—¿Alguien aquí sabe quién es este hombre? —preguntó Tomás al azar, sin dirigir su pregunta específicamente a una persona.

Nadie lo sabía, nadie respondió.

No satisfecho, Luciano Pedrosa caminó hasta un soldado, se identificó como fotógrafo de La Voz, intercambió algunas palabras con él, le mostró la tarjeta del periódico y —¡hurra! —fue autorizado a romper el asedio y tomar algunas fotos. Luego tuvo la oportunidad de agacharse muy cerca del cuerpo para tener una mejor visión. Los ojos prominentes y el cráneo destrozado no ayudaban cualquier intento de reconocimiento, aunque el fotógrafo vio algo familiar en aquél rostro.

Después de tomar algunas fotos, Luciano regresó para agradecerle al soldado y le preguntó:

—¿Sabes su nombre?

—Tenemos la identificación— le informó el soldado. —Pero ya se lo entregamos al sargento. Además, es casi imposible reconocerlo por la tarjeta. En la foto del documento, él tiene unos treinta años. Ha pasado mucho tiempo...

—¿No recuerdas el nombre?

—Sí, me acuerdo, pues lo escribí aquí, sabía que iba a precisar —el soldado sacó un trozo de

papel del bolsillo y leyó lo que había escrito. —Se llamaba Francisco Antonio Silva Contreras.

—Gracias, amigo —Luciano dijo y se alejó.

El fotógrafo consideró que la información era de poca relevancia. ¿Cuántos viejos con nombre de Francisco o Francisco Antonio existían en Ludovica? Miró una vez más el cuerpo. Sí, estaba seguro de haber visto ese rostro en alguna parte. Pero, ¿dónde?

Regresó a Tomás y le transmitió la información dada por el soldado.

—Eso es todo lo que tengo —.

—¿Y piensas que es poco? Ahora tenemos dónde empezar una búsqueda...

Una mujer flaquita se acercó a Tomás y Luciano, interesada por saber más detalles. El periodista tuvo la impresión de que la conocía y la miró por un rato: sí, por supuesto que la conocía, pero tal vez no estaba asociando a la persona frente a él con la imagen que a menudo se imprimió en la portada de La Voz, sea en columnas sociales o (más recientemente) en las páginas policíacas: la mujer bajita era Pilar Salvatierra.

—Por favor, discúlpame, no quiero ser inoportuna, pero no pude evitar de oír cuando dijiste el nombre del matador... ¿Cómo se llama mismo?

—Francisco Antonio Silva Contreras —respondió Tomás, verificando los datos con lo que había anotado en su cuaderno.

— ¡Jesucristo! — ella suspiró y llevó la mano a la boca.

—¿Lo conociste?

—Claro —ella murmuró. —Como reportero, tú deberías haberlo conocido también, porque él era uno de los mejores artistas de Ludovica.

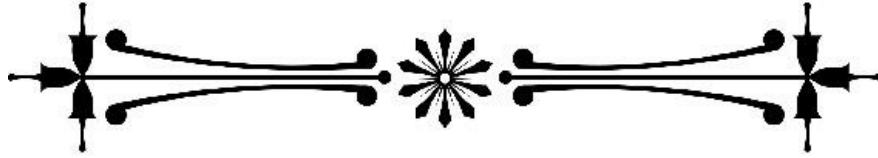
—¿Quién era?

—Tom Contreras.

—El nombre me es muy familiar, — dijo Tomás —pero no lo conozco.

—Pero lo conozco —dijo Luciano, acercándose. —El Rey de los Cornudos. Siempre que podía, iba al lunes de Tom.

Pilar miró hacia abajo y regresó a su casa no muy lejos de allí. Haría los arreglos para enterrar a otro viejo amigo. Más uno. ¡Había enterrado tantos ya! Una vez más, consideró la posibilidad de tener la enfermedad del hígado de la legendaria mujer que se casó dieciocho veces, según el poema popular que cantaba en la infancia. ¡Qué destino miserable!



La primera dama de Ludovica fue conducida al departamento de la Policía Nacional en su propio automóvil. No le pusieron esposas porque el capitán Héctor pensó que no sería necesario. Jesús Pérez fue elegido como el conductor y Cirilo lo acompañó como escolta. El coche de la policía, con los demás, los seguía detrás.

En el camino, Vanessa intentó varias veces hablar con su esposo, pero su teléfono estaba ocupado todo el tiempo.

—¿Dónde se metió el ñame con corbata? —ella espetó a los gritos, sin sonrojo. —¿Por qué no contesta esa mierda de teléfono?

Jesús comprendió que «el ñame» a que ella se refería era el marido, el alcalde.

—¡Y este otro culo gacho me pagará caro por tamaña humillación! —Vanessa siguió haciendo amenazas.

El «culo gacho» era, por supuesto, el capitán Héctor. Ella lo menospreciaba con las más bajas palabras que ya habían sido inventadas para ofender a alguien. Pérez pensó que nunca había conocido a una mujer de vocabulario tan vulgar y de humor tan áspero cuanto el árnic.

—Trate de calmarse, señora —él dijo. —El capitán apenas está haciendo el procedimiento habitual.

—¡A la mierda con los procedimientos habituales! —ella gritó. —Estoy cagando y andando por ellos. Soy la primera dama de este infierno maloliente donde el diablo dio las tres voces. ¿Me entiendes?

Jesús Pérez se calló. Él la dejó a gritar y gritar como quisiera. Tenía derecho a guardar silencio, pero si quería gritar y arrojar heces al ventilador, hágalo. Como precaución, Cirilo no apagó la cámara, pero la mujer no se dio cuenta de que estaba siendo filmada.

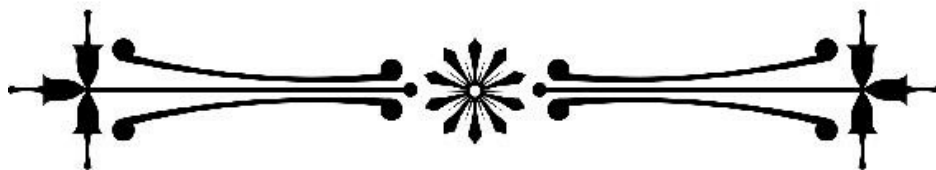
Por fin, cuando ya estaban muy cerca del departamento de policía, ella consiguió que alguien contestase una de sus llamadas.

—Gregory, es Vanessa. Dile a Triguero que estoy siendo arrestada por comemierdas de la Policía Nacional. No sé cuál es la acusación. Los culocagados no me dicen nada. —Ella volvió hacia Pérez: —¿Tú puedes al menos decirme a que casa del carajo estás llevándome?

—Departamento de la Policía Nacional —respondió Jesús Pérez sin desviar la atención del

tránsito.

—¿Escuchaste? —ella indagó para su interlocutor al otro lado de la línea. —No sé, ya le dije que no sé. Hablaron de una historia absurda, sin pie ni cabeza. Estoy segura de que alguien está tratando de dañar la imagen de mi esposo. Necesito un abogado urgente y que digan lo que pasa a Triguero. Él no me contesta. ¿Qué diablo está se pasando en el ayuntamiento?



Además de los muertos y heridos, el número de más de once personas arrestadas también entró en el balance de la más grande marcha de protesta en la historia de Ludovica. La más grande y la más efímera, ya que en media hora todo se había terminado: de la incommensurable multitud, solo quedaban los cuerpos de los muertos y heridos por el asfalto. No había suficientes ambulancias para realizar el rescate. Los servicios de emergencias se habían colapsado. Las herramientas utilizadas en la protesta, las armas, los estandartes y los carteles yacían abandonados en medio de las calles.

Mientras tanto, cerrado en su sala de despacho, el alcalde intentaba comprender lo que había sucedido. Oía con atención el relato del comandante de la Guardia del Ayuntamiento, el capitán Oliveira, que le traducía toda la maraña en números fríos.

Triguero paseaba de un lado a otro de la sala, pisando firme en el piso de madera, como si marchase. Estaba al borde de un ataque de nervios, pero trataba de no demostrarlo.

—Mi querido capitán, ¡¿qué vaina eh?! Ahora se viró la tortilla. No fue eso lo que te ordené. Antes teníamos un vino agrio para tomar, pero me hiciste un favor de convertirlo en un jarabe de guayacol.

—Fueron ellos quienes dispararon primero, jefe —dijo el comandante en voz baja. —Eran agitadores profesionales disfrazados de trabajadores del ayuntamiento. Además, estaban armados.

—Pero, capitán, no creo que sea rompiendo huevos que se aprende a capar —dijo el alcalde, invirtiendo el significado de la juerga popular. —¿Cuántos muertos hay, de verdad?

—Tal vez más de diez... Pero, gracias a Dios, solo tres son soldados...

El alcalde suspiró y luego guardó silencio durante unos minutos. Se sirvió una taza de café y se volvió al capitán de la Guardia.

—¡Ahora la prensa y la oposición caerán con mil carajos en nuestros traseros! —Triguero dijo y después sonrió. —Prepárate, capitán, ¡también querrán comerte el culo sin escupir!

—Había sindicatos y pancartas con dichos políticos —el capitán continuó, intentando justificar la reacción desastrosa de los guardias.

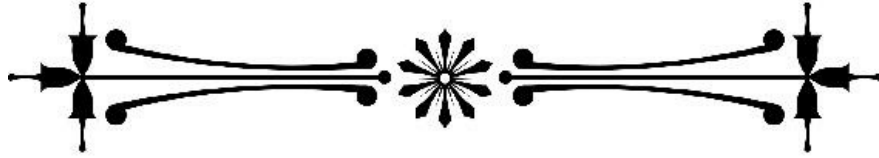
—OK, capitán, no podemos ahora quedarnos revolviendo la mierda hasta el amanecer— dijo el alcalde, enhastado —Usted se cogió el fondillo con la puerta, pero yo tengo que limpiar toda esta cagada pública para no morir hundiéndome en ella. Enviaré un ayudante para encontrar a cada una de las familias de los muertos y les ofreceré todo el amparo que es posible.

En este momento, Triguero le dio la espalda al jefe de la Guardia y se volvió hacia el secretario que estaba presente en la sala de despacho y que hasta el momento había permanecido en silencio.

—Compraremos ataúdes, mortajas, guirnaldas, velas y todo lo que es indispensable a un velatorio decente —él continuó. —También necesito escribir un discurso para leer en la roda de prensa... ¿Dónde está Vanessa? ¿Alguien puede llamarla, por favor? ¿Por qué mi esposa siempre desaparece en los momentos en que la necesito?

Se volvió otra vez y caminó hasta el capitán Oliveira.

— Fue una mierda, capitán, ¡una tremenda mierda!



Vanessa Triguero no ocupaba ningún puesto en el primer escalón del poder ejecutivo de Ludovica. Tampoco no segundo. Era solamente la primera dama. Renunció al cargo que por tradición se asignaba a la esposa del alcalde, la secretaria de acción social, a favor de un amigo que era psicólogo. Por lo tanto, no tenía privilegios en caso de un arresto formal.

En media hora, el departamento de la Policía Nacional estaba lleno de autoridades y abogados que querían evitar que la primera dama diese cualquier tipo de testimonio. El asesor legal de la alcaldía, Gregorio Matoso (que la primera dama solía llamar de Gregory —no se sabe si por cuenta del acento, fastidio, arrogancia o frescura), envió a tres defensores para acompañar a la esposa del jefe.

Los tres jóvenes abogados del ayuntamiento —Abel Zambrano, Teo Castro y Marlon Espinosa —se reunieron con Mejía en la recepción del departamento y se enteraron del caso. Luego los tres entraron en la oficina del capitán Héctor, apopléticos, indignados, escupiendo fuego por la nariz.

—Eso no tiene ningún sentido, señor capitán —espetó Abel Zambrano, que era un joven alto y moreno que había prestado juramento de abogado hacía poco tiempo e ingresado al servicio en el ayuntamiento como asesor judicial a convite del alcalde en persona. —Estás cometiendo un abuso flagrante del poder policial.

—Exijo que usted libere la primera dama de inmediato —dijo Teo Castro, un chico de veinticinco años, piel triguera, pelo negro y ojos redondos de mofeta, quizás el más joven del trío.

—Cógelo suave, señores —el capitán dijo en tono de chiste. —No soy un perrito faldero del alcalde como vosotros.

—La detención de la señora Vanessa es un ultraje al alcalde —exageró Marlon Espinosa con su voz de flautín, dando poca importancia al comentario malicioso del jefe de policía.

—No es una detención todavía —dijo Héctor. —Es una investigación.

—De todos modos —dijo Abel —es un abuso.

—Quiero aclarar a todos que el juez Hércules Sánchez está al tanto de todo y nos ha dado su respaldo.

—¿El doctor Sánchez está de acuerdo con este acto irrazonable? —preguntó Abel Zambrano,

con su arrogancia juvenil. —No me lo puedo creer.

—Si él está de acuerdo, no tengo albedrío para decirte —dijo el capitán. —Apenas sé que me permitió hacerlo.

—¡Absurdo!

—Señores, lo único acto que haré aquí es un careo entre la primera dama y el chico que la acusa de ser mandante de un crimen.

—¿Vas a someter la primera dama a un careo? —protestó Teo Castro. —¡Eso es el fin del mundo!

—De hecho —concordó Héctor. —Es una hecatombe social ver la esposa del alcalde involucrada con el submundo de la prostitución masculina de nuestra urbe. Y peor: verla entregando un paquete de cinco mil dólares al chico de alquiler que garantiza que eso fue la otra parte del pago por un servicio prestado: la muerte del actor Pedro Maldonado. Creo que ante tal infortunio, es mejor actuar muy en serio, ¿no es verdad? Lección número uno: no obstaculizar la aplicación de la ley. Sería un buen comienzo.

Los abogados silenciaron.

Finalmente el capitán puede iniciar el careo, procedimiento procesual de coger la declaración a un acusado o testigo en presencia de otro, o a dos personas a la vez, con la finalidad de determinar la exactitud de los hechos y rechazar las contradicciones.

Vanessa Triguero y Jeison Zapata Pabón se sentaron uno frente al otro, pero no se miraron en ningún momento.

—Aviso a todos los presentes en esta sala que el interrogatorio se grabará en audio y video y se transcribirá más tarde —él repitió la advertencia habitual. —¿Alguna objeción?

—Quiero señalar que no estoy de acuerdo con ninguno de los procedimientos adoptados aquí —dijo Abel Zambrano —y que la señora Vanessa Triguero está siendo sometida a humillaciones innecesarias, una violación grave de sus derechos, lo que requerirá una representación de nuestra parte a posteriori, contra la autoridad policial que efectúa ese acto.

—Su protesta está registrado, señor Zambrano, pero tengo que continuar —dijo el capitán. — Los encuestados tienen derecho a permanecer en silencio, de conformidad con el artículo 5 de nuestra Constitución. ¿Podemos empezar?

Cirilo señaló con un okay para Héctor.

—Por favor, ¿cuál es su nombre completo?

—Vanessa de Groux Trigueiro.

—Para facilitar la transcripción, ¿podría deletrear ese segundo nombre?

—D-E-G-R-O-U-X. De Groux.

—¿Cómo se llama su madre?

—Vanda de Groux.

—¿Y el nombre de tu padre?

—Vincent de Groux.

—¿Tu fecha de nacimiento?

—23 de marzo de 1977. Tengo 35 años, se es eso que quieres saber.

—¿Es nacida en cuál país?

—Bélgica.

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy psicóloga, pero no practico debido a mis deberes como primera dama de este municipio.

—¿Conoces al chico sentado enfrente a ti?
—Ya lo he visto muy rápidamente.
—Su nombre es Jeison César Zapata Pabón. Tiene varios apodos, pero los más habituales son El Coco, Coquito y Cholo. ¿Podría decirnos qué tipo de relación tuvo o tiene con él?
—Ya te di mi respuesta... Apenas lo he visto, una vez, no sé cuándo o dónde.
—Muy bien. Este joven, en testimonio, nos aseguró que le conoció hace algún tiempo. Pero nos dije que te identificaste con otro nombre. Sería Rosy.
—Estás delirando, señor. Cuídate, pues puede ser grave.
—¡Qué absurdo! —gruñó Teo Castro.
—De pronto se ve que este chico está mintiendo —dijo Abel Zambrano.
—Jeison Pabón, ¿conoce a esta señora frente a usted?
—Sí.
—¿Quién es?
—La mujer que se llamaba Rosy y me contrató para matar Pedro Maldonado. Pero ayer, cuando compré el periódico en un quiosco, descubrí quién ella es, o sea, la esposa del alcalde.
—¡Este puto de mierda está mintiendo!
—¿Y no lo sabías que ella es la primera dama hasta ayer?
—No, no lo sabía.
—Cuéntanos cómo la conociste.
—Hace un par de meses, en un jueves lluvioso, alrededor de las seis de la tarde, cuando yo esperaba un autobús en Vila del Conde, esta señora pasó de auto por allí. Me miró y sonrió. Regresó y pasó frente a mí otra vez. Se detuvo diez metros más adelante y me llamó. Yo caminé hasta ella. Me ofreció un empujón y me subí al auto. Me preguntó mi nombre, sobre mi vida, mis padres...
—¿Qué nombre dices?
—Clayton.
—¿Clayton es alguien que conoces o inventaste de pronto?
—Es el nombre de mi hermano medio. Se llama Clayton, pero lo llamamos Chapulín.
—¿Y qué pasó después que subiste al auto de la señora Vanessa?
—Ella dio la vuelta a una cuadra del Conde y comenzó a hablar. Hasta que me preguntó si me gustaba fumar marihuana. Yo le dije que sí.
—¿Y luego...?
—Fuimos a un motel y pasamos dos horas fumando hierba y follando.
—¡Qué indignación! ¡Eso es mentira! —Vanessa protestó.
—Capitán, ¡no permitiré tal humillación con la primera dama de Ludovica! ¡Serás demandado por tal infamia!
—Te los guste o no, tendré que continuar... Dime, señor Jeison, ¿qué pasó después?
—Después de este maratón, ella me dejó en una esquina y pidió mi teléfono. Prometió llamarme luego.
—¿Te pagó ella?
—Sí, me dio un buen dinero.
—¡Todo esto es mentira! —Vanessa protestó de nuevo.
—¿Te volviste a verla?
—Sí, dos días después.
—¡Él está inventando toda esa patraña!

—Ella me atrapó en el mismo lugar y lo repetimos de nuevo —Jeison continuó, sin dar oídos a los protestos de Vanessa. —Fue entonces cuando me dijo que era casada y que tenía dos hijos. Le pregunté quién era su marido, pero ella no quiso decirlo.

—¡Paren con esa tortura, por favor! —ella pidió, llorando.

—Cálmate, señora.

—¡Todo esto es una estafa para arruinar la administración y la carrera política de mi esposo!

—Capitán, ¡termina este espectáculo! —reprochó Marlon Espinosa, levantándose. —¡Es burlesco!

—Señores, si quieren ayudar a la primera dama, escuchen con atención la historia del chico y después construyan una pieza de defensa plausible, si tienen una coartada convincente. Ese es el trabajo de ustedes. Ahora, por favor, déjame terminar lo mío.

Los abogados se calmaron. Vanessa pidió un té y Jesús Pérez le trajo un de hinojo.

—¿Cuántas veces has salido con esta señora? —el capitán preguntó a Jeison, retomando el interrogatorio.

—Unas ocho veces.

—¿Y cuándo ella propuso que tú matases el actor Pedro Maldonado y por qué?

—Me dijo que él había hecho algo que podría arruinar su matrimonio. Me confesó que necesitaba proteger a su esposo de un escándalo y me ofreció una buena cantidad para que lo matase.

—¿Cuánto ella te ofreció?

—Diez mil...Diez mil dólares.

—¿Y tú recibiste cinco ya?

—Sí.

—¿Cuándo tú lo recibiste?

—El viernes 7.

—Y el sábado 08, ¿mataste al actor Pedro Maldonado?

—Sí.

—¿Y después?

—Me escapé. Llamé a Rosy y le dije que había cumplido la misión. Ella me pidió que yo desapareciese por un tiempo hasta que obtuviese la segunda cuota del pago.

—¿Y la segunda entrega estaba programada para hoy?

—Sí. La llamé y marqué en una plaza al mediodía.

—Pues bueno, señores, en este punto, el señor Jeison Zapata ya estaba detenido y nos llevó a esta cita para probar su versión. Y aquí estamos. Y aquí está el paquete con el dinero. Podemos contar...

El jefe de policía abrió el paquete frente a todos y contó los billetes. El monto estaba exacto: cinco mil dólares.

—La persona que pareció para entregar el paquete con esta cantidad fue la Sra. Vanessa Triguero, nuestra primera dama... ¿Qué tienes a decirnos sobre eso?

—¡Me chantajearon! —ella dijo, llorando.

—¿Cómo?

—Soy una víctima del chantaje, ¡esta es la verdad!

—¿Puedes decirnos cómo?

—No sé cómo, pero este bandolero, a quien nunca había visto antes, descubrió mi número de teléfono celular. Hace dos meses ella me chantajeó, diciéndome que tenía fotos comprometedoras

de mi esposo. Me dijo que se trataba de fotos antiguas de su juventud, cuando Junior frecuentaba la casa del actor Pedro Maldonado. Hasta entonces yo no sabía nada del pasado de mi esposo, nunca me interesé por saberlo. Ante la amenaza, hablé con algunas personas y me enteré del episodio que sucedió hace más de veinte años, una historia horrenda dando cuneta que mi esposo fue actor en el grupo de Pedro. Me quedé con mucho miedo de que tal contenido cayese en manos erradas. Así que acepté pagar una cuantía por tales fotos. Hice una cita con el chantajista. Hasta entonces no lo conocía, apenas hablaba con él por teléfono. Así me dijo que estaría en una estación de autobús en la Vila del Conde, vistiendo pantalones vaqueros, camiseta roja y gafas de sol. Recuerdo que era un jueves lluvioso. Salí en mi auto y no hablé sobre el asunto con nadie...

—¿Por qué?

—Porque quería resolverlo yo mismo, sin involucrar a nadie más.

—¿No guardaste ninguna grabación con la voz del chantajista?

—No.

—¿Por qué?

—Eliminé todo por miedo.

—No hay grabación porque todo esto es producto de su cabeza —protestó Jeison. —Ella está mintiendo.

—Tú no guardaste las grabaciones, no advertiste a la policía, no hablaste con nadie —el capitán continuó, ignorando la protesta de Jeison. —¿Aun así decidiste ir a la cita con el chantajista?

—Ya te lo dijo que estaba muy asustada.

—¿Cómo fue la cita?

—Cuando vi un chico alto y fuerte en la parada de autobús, vestido con vaqueros y una camisa roja, me di cuenta de que era el chantajista. Maniobré el vehículo y regresé. Me detuve a unos diez metros de donde él estaba y señalé. Se metió nervioso en mi auto y de repente me puso una pistola en mi cabeza.

—¡Mentira! ¿Le creerás a esta perra?

—¡Exijo más respeto con la primera dama, putón!

—Vamos, señora, cuéntanos, por favor...

—Él me puso una pistola en mi cabeza y me pidió que circulase con el vehículo por las calles. Me dijo que se llamaba Clayton, que era un chico de alquiler, que había robado las fotos del apartamento de Pedro Maldonado y que el actor era su ex novio. Él me contó muchas historias horribles y me dijo que quería cambiar de vida, por eso precisaba del dinero para ir a otro país. Empezó a usar drogas en mi auto y sugirió que fuésemos a un motel. Yo no tenía otra opción, estaba con una pistola apuntada a mi cabeza. En la cabaña, él abusó de mí y me forzó a usar drogas también...

—¿Te abusé? ¡Qué chiste! —Jeison dijo.

—En ese mismo día yo le pedí para ver las fotos. Él me mostró las fotocopias de algunas.

—¿Cómo eran las fotos?

—No tienes que decir nada —interrumpió Marlon Espinosa.

—Yo prefiero no comentar nada...

—¿Y qué tú le dijiste después de ver las fotos?

—Había diez copias de fotos tomadas en la década de 1990. Le dije que pagaría quinientos dólares por cada una de ellas. Serían cinco mil. Él aceptó sin cuestionar. Intercambiamos teléfonos y nos volvemos a nos ver unos días después. Todo lo que yo quería era por mis manos en

los originales de tales fotos... Pero cada vez que se acercaba a la fecha en que se suponía que debía entregarme las fotos, él inventaba una excusa... Me di cuenta de que su verdadera intención era solamente conocerme.

—Mismo con todas las amenazas que él te hacía y el peligro constante, seguiste reuniéndote con él y manteniendo a la policía fuera del caso... ¿Por qué?

—Tenía miedo de un escándalo. Prefería arriesgarme sola. Pero él cambió de estrategia y pasó a decirme que iba a arrojar las fotos a la prensa. Me quedé desesperada, pero fue en este momento que empecé a sospechar que quizás el propio Pedro Maldonado estuviese detrás de todo esto. Él era el grande chantajista, el maestro que había engendrado todo este complot maquiavélico...

—¿Pedro Maldonado?

—Sí. Había alguien siguiéndonos y fotografiándonos todo el tiempo. Estoy seguro de que era el propio Pedro Maldonado.

El capitán suspiró profundamente. La historia comenzaba a tomar direcciones impensadas. Y por un momento Héctor comenzó a dar crédito a la narrativa de la primera dama, porque Jeison no reaccionó, no contraatacó, se quedó tan anquilosado cuanto yo y cuanto todos en la sala. Abel Zambrano casi no conseguía respirar.

— El último día 07, viernes, organizamos la cita para que él me entregase las fotos —Vanessa continuó, después de beber un sorbo de su té de hinojo. —Separé el dinero y fui a buscarlo. La cita ocurrió en el motel habitual. Le entregué la cantidad acordada y él me entregó las diez fotografías, sin problemas. Aun así, me sentí insegura.

—¿Dónde están estas fotos?

—Las destruí de inmediato.

—¿Por qué seguiste manteniendo contactos con él?

—Cada vez más estaba desconfiada de que había una tercera persona detrás de todo. Propuse que le daría otros cinco mil si me lograba traer otros objetos que estaban en posesión de Pedro y que podrían comprometer a mi esposo. Luego me dijo que sabía de una vieja caja de zapatos llena de negativos de fotos.

—¿No le propusiste que él matase a Pedro Maldonado?

—Por supuesto que no.

—Sería más fácil y más lógico, porque su muerte resolvería todos tus problemas.

—No soy una asesina —ella dijo. —Tengo principios cristianos que...

— ¡Es mentira! —Jeison gritó. —Ella me encargó de la muerte de Pedro.

—El lunes, para mi sorpresa, leí sobre el asesinato de Pedro. No sabía nada. Me quedé horrorizada. De pronto pensé que él y Pedro se habían peleado por la división del dinero que yo ya había pagado. Llamé a este puto y él me aseguró que no tenía ningún involucramiento con el caso, pero que había conseguido la caja con los negativos. Deberíamos nos reunir para que yo le entregase la otra parte del dinero, pero las consecuencias de la muerte de Pedro me asustaron y solo acepté atraparlo hoy. Esa es la verdad. Soy víctima del chantaje de este jinetero ordinario. ¿Me entiendes ahora?

Vanessa volvió a llorar. Todos en la sala estaban perplejos, incluidos los abogados.

—Ella inventó esa trampa ahora —Jeison dijo, rompiendo el silencio reinante en la sala. —Le di algunas fotos, pero esa es otra historia.

—¿Hay otra historia?

—Una cosa no tiene nada a ver con la otra.

—Pues, explícanoslo.

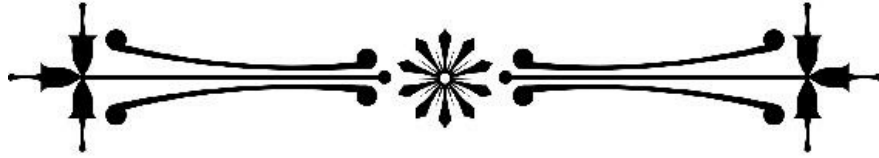
—Después de que ella me encargó la muerte de Pedro, me mantuve en contacto con él, Pedro, busqué acércame de él. Nos vimos dos veces antes del sábado. Le conté eso a Rosy. Ella me preguntó si yo sabía de la existencia de un álbum de fotos en algún rincón del apartamento de Pedro. Le dije que no sabía. Así que ella me pidió que buscara estas fotos cuando yo terminara de matar a Pedro. Eso es lo que hice. Encontré un montón de fotos viejas y se las entregué sin pedir nada a cambio. Nuestro negocio era otro: la muerte de Pedro, nada más que eso. Esta historia de fotos, caja de negativos, secuestro, arma en la cabeza, sexo sin consentimiento, es todo una coartada que ella está construyendo.

—Mientras buscaba en el apartamento de Pedro esas fotos del alcalde, ¿no viste el álbum con tu propio retrato desnudo?

—Para que veas mi mala suerte —dijo Jeison y sonrió de su propia desgracia.

El capitán decidió interrumpir el careo en ese momento. Tenía dos versiones distintas que a veces se cruzaban, se acercaban, se intercambiaban elementos y hechos, pero nunca se encajaban con perfección. ¿Con quién estaba la verdad?

Héctor tenía un largo camino por recorrer hasta llegar a ella. Por ahora, solo podía acusar a Jeison Zapata, asesino confeso. Mismo contrariado, tendría que liberar Vanessa de Groux hasta que obtuviese pruebas más sólidas de su participación.



Cuando todos se fueron, el capitán Héctor se dio cuenta de que Sal estaba ansiosa por decirle algo. A lo largo del careo, ella seguía yendo y viniendo, impaciente, angustiada, como si no pudiera ocultar que tenía malas noticias para anunciar.

Entró en la sala de despacho con una taza de té de manzanilla y la colocó encima de la mesa.

—¿Qué pasó? ¿Porque esa expresión?

—Pizarro me llamó para decir que los técnicos identificaron las placas de los automóviles carbonizados en el motel.

—No sabía que era más que un auto.

—Sí, había dos.

—¿Las víctimas llegaron en separado al motel?

—Por supuesto que sí.

—Dilo, Sal, ¿qué pasó?

—Señor...

—Dímelo ya, Sal, que no tengo un corazón tan saludable para soportar tanta expectación.

—Uno de los autos era el sedán negro de su esposa.

— ...

—El otro era el coche blanco de Sebas.

—¿Y los cuerpos?

—Fueron recogidos al instituto técnico —ella le dijo, tratando de contener las lágrimas. — Pizza me dijo que la identificación podría llevar semanas debido a la calcinación.

—Gracias, Sal, muchas gracias.

—Bebe el té, capitán, te hará bien. La manzanilla es buena para calmar los nervios.

—Lo tomaré, no te preocupes. Ahora, por favor, déjame un rato...

—Sí señor. Permiso.



¡Qué hermosa puesta de sol! ¡Qué tarde estupenda! Era lo que tenía ganas de gritar el alcalde, contemplando el río que podía ver desde el balcón del edificio del ayuntamiento. Imaginó que la imagen de color bermejo sangre en el cielo podría immortalizarse en una canción de estilo grunge, algo fuerte como el Jardín Malvado de Stone Temple Pilots.

De repente, Triguero Junior se sintió inspirado y recordó cuando era adolescente, cuando tocaba la guitarra y se arriesgaba a componer algunas canciones.

Sí, era una hermosa tarde. Eso merecía algunos versos, pero el alcalde no tenía tiempo para escribirlos ahora. Necesitaba redactar el discurso que debía leer en la radio, disculpándose por la tragedia, deshaciendo todas las medidas que había tomado, corrigiendo la ruta, tratando de salvar su reputación, su imagen, su futuro y espíritu navideño de su pueblo. Un día, seguramente, escribiría una canción sobre la puesta de sol de ese miércoles.



Chapulín caminó desolado por las arenas sucias del río sin saber lo que quería hacer. No tenía gusto de ir al semáforo a trabajar. Se sentó en la escalera y esperó noticias de Mirasol. Mientras esperaba por ella, descubrió que el río deslizaba lento en aquel día, igual que él. Desde muy lejos llegaba el sonido de silbatos, bocinas, sirenas, murmullos. ¿Qué estaría pasando en el centro?

Marisol apareció de refilón, tal cual fantasma. Chapulín se asustó, pero no dijo nada.

Ella se sentó a su lado. Se quedaron en silencio durante un largo rato, admirando la corriente del río y la indolente despedida del sol.

Él no dejó de notar las marcas de golpes en el cuello y en la cara de la niña, moradas y rojas como los colores del arrebol. Pero ella no le dijo nada. Tarde de dolor, él pensó.

—¿Quieres continuar con él? —preguntó el niño, rompiendo el silencio.

—No puedo soportarlo más —ella respondió, sin apartar la vista del horizonte.

—Ven vivir en la calle conmigo —él propuso. - Ven a ser libre.

— Tengo miedo —ella murmuró.

—Te protegeré —él dijo con voz firme. —Confía en mí.

Ella no apartó la vista del río y del cielo color sangre en la distancia.

—Él me matará si hago eso.

El niño dio una sonrisa diabólica.

—Al menos que...

—¿Qué...?

—Que lo mates primero.

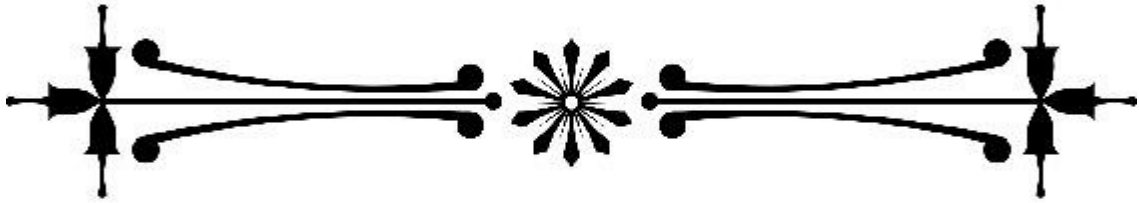
Marisol se levantó de un salto y miró al niño.

—¿Cómo?

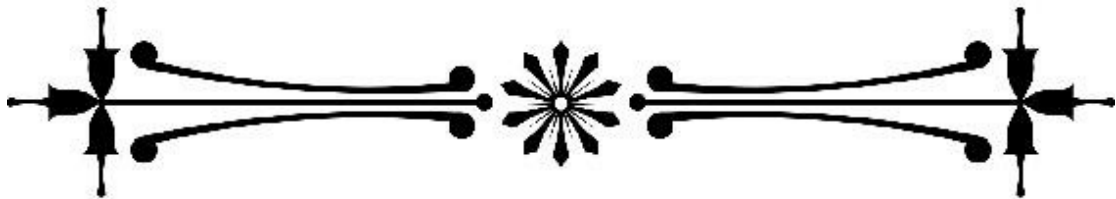
El niño continuó riéndose. Sacó una navaja del bolsillo de sus pantalones y se la entregó a Marisol.

—Úsalo en la garganta de él. Lo golpeé en la vena gruesa.

LIBRO DIEZ



**MIÉRCOLES
NOCHE**



12 de diciembre de 2012



eran las seis de la tarde en punto. Tobías había estacionado su auto tres cuadras atrás y se estaba acercando a la puerta lateral que conducía al campo donde entrenaba béisbol con el equipo universitario. Debía ingresar a la cancha a las cinco y media, de acuerdo con el estricto horario establecido por el entrenador. Estaba, por lo tanto, retrasado en treinta minutos.

Probablemente Tobías sería regañado por el entrenador, pero tenía una excusa convincente: el tráfico estaba embotellado en todos los sentidos, en casi todas las calles. La ciudad se había convertido en un pandemónium. Parecía que todos habían decidido irse de casa al mismo tiempo, como atraídos por un llamamiento desconocido, como si un imán gigante los arrastrase de sus hogares y los empujase a las calles para sumergirse en la locura crepitante que se había asentado como una plaga, un virus.

El entrenador entendería las razones de su retraso, pensó Tobías.

Él levantó la vista. Vio a una persona sombría acercándose a la misma puerta desde el otro lado de la calle. ¿Otro pelotero llegando retrasado? ¿Quién sería?

La malísima iluminación de la calle no le permitió a Tobías echar un vistazo al extraño que se acercaba. Él no vio, por lo tanto, que en su mano derecha la figura desconocida tenía una pistola semiautomática Taurus. El arma plateada, sin embargo, brilló como un destello cuando pasó bajo la luz amarilla del poste.

Tobías no pudo identificar quién era, pero aceleró el paso. Él (o ella) se cubrió la cara con la capucha de una chaqueta negra. Tenía casco en la mano izquierda y usaba guantes de motoquero.

Tobías empezó a correr. La puerta estaba a unos pocos metros de distancia, pero parecía alejarse mientras él intentaba alcanzarla. En ese ínterin, escuchó el clic de la pistola siendo amartillada. Se dio la vuelta, sobresaltado, y observó cómo la extraña figura apuntaba la pistola brillante hacia él.



—Fue un día apocalíptico para los rescatistas, médicos, enfermeros, conductores y telefonistas de la unidad de emergencias de Ludovica. A las seis y quince de la noche la situación parecía estar bajo control cuando sonó uno de los teléfonos en la sala de recepción. El chico de cabello oscuro hizo la señal de la cruz antes de contestar, como pidiendo protección:

—Uno, cuatro, cero, emergencia.

—Hay un chico herido aquí —era la voz desesperada de una mujer. —Necesitas enviar una ambulancia lo antes posible. Es urgente. Se está muriendo.

—¿Qué pasó, señora?

—Parece que fue un tiro.

—¿Está respirando?

—No tengo como te decir eso. Estoy en la cocina de mi casa. Hay mucha sangre en su cuerpo.

—Dime como él está ahora... Es decir, dónde está caído.

—En el medio de la calle, acostado a un automóvil. Está gritando por ayuda.

—Necesito la dirección para enviar un equipo de rescate.

—Vale, escríbelo.



Una sartén de frijoles negros hervía en la estufa y sofocaba de humo la casita junto al río. Agustín dormía semidesnudo en la hamaca. Marisol estaba sentada en un rincón en el suelo, jadeando, sus ojos enfocados en las sombras que la lámpara de queroseno proyectaban en la pared. En su mano sostenía la navaja que Chapulín le había dado.

«Úsalo en la garganta de él. Lo golpeé en la vena gruesa».

Con gestos lentos, tratando de no despertar a su padrastro, la niña se levantó. Se puso la navaja en las bragas. Se acercó a la estufa. Revolvió a los frijoles que burbujeaban en la sartén. Trozos de tripas, tuétanos y huesos de bueyes —productos de la mendicidad de su padre en el vecindario— se rebelaban entre los granos negros. La concha bailaba un ballet suave entre ellos.

La niña se maravilló ante la revuelta de algunos granos que querían escapar de la sartén. Tal cual Marisol: querían escapar de ese infierno de caldo negro. Eran grumos que tal vez soñaban con ser semillas, vivir en un campo, germinar, crecer y convertirse en un árbol, ella pensó.

En ese instante tuvo una idea. Con ambas manos sobre el soporte, Marisol levantó la sartén del fuego. Miró a su padrastro en la hamaca. Apretó los dientes con odio. Dudó por un ratito, pero finalmente tomó coraje.

Con un gesto, vertió todo el contenido burbujeante de la sartén en la cara de su padrastro. No se le perdió una sola gota. Ahora todos los granos estaban libres.

Ella carcajeó al ver la cara miserable del padrastro derritiéndose como cera de vela...



Con la cara húmeda, asustada, Marisol corrió por las calles miasmáticas hacia el semáforo. Parecía una sonámbula, un animal salvaje. Entró en una callecita oscura y se detuvo aturdida. Se agachó detrás de un basurero e intentó calmarse. Permaneció petrificada allí hasta que finalmente vio a Chapulín pasando al otro lado de la calle y se apresuró a abrazarlo.

—¿Cómo fue? —él le preguntó.

—Horrible —ella murmuró.

—¿Y cómo lo hiciste?

—No usé la navaja —ella dijo. —Le arrojé una sartén con frijoles calientes en la cara de él.

—¿Y lo mató?

—No lo sé —ella tartamudeó.

—Debería haber usado la navaja —él dijo con resolución.

—No tuve el coraje —ella mostró una miaja de remordimiento en su voz. —No me gusta ver sangre.

—Mañana es otro día. La calle es ahora tu casa y yo soy tu familia.

Se rieron con una risa ingenua y se alejaron poco después. No se dieron cuenta, pero fueron seguidos por la sombra de una mujer desvencijada. Era tan ligera que parecía flotar.



El capitán Héctor pasó la mayor parte de la tarde sentado en la ventana que daba al patio donde Jesús Pérez plantaba su huerto y sus verduras. Sobre los tejados, mirando hacia el río, se podía ver el crepúsculo en todo su esplendor. No había otro color más apropiado para ese día: bermejo sangre. Sangre en el cielo, sangre en la tierra, sangre en el río, sangre en los tejados, sangre en todos los rincones de la ciudad. ¿Qué tipo de sentimiento era ese que dominaba su corazón en ese momento? No había ira, ni rencor, ni tristeza en absoluto. Nunca se sintió traicionado por Sebas. Al contrario: ahora sentía pena por él. ¿Cómo podría alguien en su sano juicio dejar a una esposa como Beatriz esperando en su casa, solita, para encontrarse en secreto con una amante como Angelita? ¿Dónde estaba el escribano con la cabeza? El mundo parecía girar al revés.

Mañana tendría que dar explicaciones sobre dónde estaba mientras la ciudad se desvencijaba en sangre. Las críticas serían feroces, ya lo sabía. Cuando todos los muertos fuesen enterrados, la furia de los hipócritas se derramaría sobre su cabeza. Todos —los buitres de la prensa, el alcalde, los concejales, la iglesia, el jefe de la Guardia, el ministro de seguridad y quizás el gobernador — cobrarían las explicaciones que él no se sentía animado a responder.

Héctor estaba cansado y había tomado una decisión que anunciaría en las próximas horas: ahora que era viudo (aunque no oficialmente), buscaría dejar la Policía Nacional y pasar vacaciones en algún lugar muy lejos de Ludovica.

Inclusive si Tobías optase por no seguirlo en esta nueva aventura, Héctor estaba decidido a emprenderla de todos modos.

Se quedó observando la puesta del sol hasta que el cielo se volvió oscuro y las farolas iluminaron las calles sucias y abandonadas del centro. Ya no era más posible escuchar el sonido de las sirenas de ambulancias. Una burbuja de silencio fantasmal parecía haber envuelto la ciudad, como una mortaja gigantesca.

Mañana todas las desgracias caerán en mi regazo, él pensó.

Alrededor de las seis y media, Sal abrió la puerta de la sala para hacerle saber que se iba a su casa.

—Tengo que ir ahora debido al tráfico —ella le dijo.

—Buenas noches, Sal —él murmuró. —Gracias por todo.

—Pizza y el agente Salmer desean hablar contigo y darle más informaciones sobre el incendio del motel.

—Envíalos —él dijo.

—Sí, señor —dijo ella. —Hasta mañana.

—Nos vemos —él murmuró.

—Ten fe en Dios, capitán, todo eso pasará. El dolor, inclusive.

—Gracias, Sal.

Salmer y Pizza se desplomaron en la sala en un instante. No era posible determinar si estaban conmocionados o avergonzados por la situación.

—Olviden el hecho de que conocíamos las víctimas —el capitán advirtió. —Olviden eso, por favor. Quiero un informe con todos los detalles, inclusive los escabrosos.

—Los cuerpos estaban en un estado malísimo, capitán —el agente Salmer aprovechó la oportunidad para comentar. Y acrecentó: —Totalmente carbonizados.

— Cuéntamelo.

—Hablamos con un trabajador del motel y él me confió que las víctimas llegaron alrededor de las diez de la noche, cada uno en su automóvil —dijo Pizza, con cautela, escogiendo bien las palabras. Había decidido que evitaría los nombres «Sebas» y «Angelita» en su relato. También no usaría los termos «escribano» o «su esposa». —La mujer llegó poco antes de las diez, pidió la llave de la suite y le dijo a la recepcionista que alguien vendría a buscarla. De hecho, quince minutos después, llegó el hombre alto. Se identificó en el mostrador de conserjería, la recepcionista llamó a la habitación y la mujer confirmó que él podía entrar. Quince minutos después de la llegada del hombre, la mujer pidió una porción de camarones, un fideo, un vino tinto y un paquete de condones. No había mucho movimiento en el motel en este momento. Poco después llegó otro cliente. Estaba solo y manejando una motocicleta. Pidió una llave y dijo que se iba a dormir y que no quería que le molestasen. Unos cinco minutos después, ocurrió la explosión y empezó el incendio.

—¿Hubo una explosión? —Héctor se sorprendió.

—Eso es lo que dijo el empleado —Pizza informó. Y prosiguió: —Las llamas llegaron primero al almacén donde guardaban las bebidas.

—Eso es extraño —Héctor dijo. —Escuché en la radio que el fuego pudo haber sido causado por las chispas de las hogueras que los manifestantes habían encendido cerca del motel. Pero ahora tú me hablas de una explosión.

—Es poco probable que la causa del incendio tenga sido una chispa de hoguera —Pizza dijo. —Tuve una charla con un bombero y él me dijo que el incendio ha sido criminal. En una posibilidad de cero a diez, él apostaba un nueve.

—¿Y los cuerpos?

—No hay planes para que sean liberados en los próximos días. Los forenses me dijeron que podrían remitirlos a la capital para pruebas genéticas y otros procedimientos que no se realizan aquí en Ludovica. Eso deberá tomar treinta o cuarenta días, según un funcionario del instituto que estuvo en el sitio.

Héctor hizo dos o tres preguntas más, les agradeció las informaciones y despidió a los agentes. Antes de irse, Pizza se acercó al jefe y le estrechó la mano.

—Lo siento, Jefe —él dijo. —Mis pésames sinceros. Siquiera puedo imaginar lo que estás sufriendo...

—Gracias, Pizza —el capitán dijo sin cambiar su voz. —Es la vida.

—¿Quién podría imaginar tal tragedia? —comentó Salmer, también estrechando la mano del capitán. —Acepte mis condolencias, jefe. Todos estamos conmocionados.

Cuando se fueron, Héctor reunió todas sus fuerzas para hacer el anuncio oficial a su propia familia y a la de Sebas. Comenzaría con su madre, luego pasaría a las hijas.

¿Cómo iba a lidiar con la prensa cuando todos descubriesen los detalles de esta historia macabra que implicaba en traición y cuernos entre el jefe de policía y el escribano?

Era posible que ni siquiera tuviese que preocuparse con eso si decidiese antes hacer una llamada al Jefe General de la PN y anunciase su decisión de abandonar la corporación. Quizás la trágica muerte de Angelita fuese un motivo convincente para justificar la urgencia de su solicitud. Quizás esta fuese la mejor opción.

Pensó: también necesitaba hablar con Tobías con urgencia.

Encendió la pantalla del teléfono y discó el número de su madre Baena.

—Mamá, sucedió lo peor...



En una acera debajo de la terraza acristalada, ya a altas horas de la noche, Chapulín hizo una cama para Marisol. Para esto, usó un trozo de cartón. Con otra pieza improvisó una tapa contra el frío. Luego se tumbó a su lado y se calentó también.

—Buenas noches— él murmuró.

—Buenas noches—respondió ella.

—¿Tiene hambre?

—Hun-hun— ella asintió.

Él metió la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos y sacó un paquete.

—Lo guardé para ti.

Ella tomó el paquete y lo abrió. Era un trozo de pan con mortadela.

—Gracias —ella dijo, sonrió y lo comió muy despacio.

Cerca, alguien la escuchó y derramó una lágrima. Pequeña lágrima, porque el ojo seco no llora.

—Eres libre como un pajarito ahora —él dijo.

—Quería pedirte algo.

—Dímelo.

—Me gustaría te llamar por tu nombre de verdad— ella pidió. —¿Te importas?

—No hay coco. Tú puedes llamarme Clayton, como mi mamá.

—Gracias, Clayton.



Con el uniforme verde oliva de la Guardia del Ayuntamiento, usando aún el chaleco antibalas y el casco metálico para proteger la cabeza, cubierto de sangre, el cabo Alonso lloraba como un niño por los pasillos de la unidad de emergencias. Gritaba el nombre de su esposa y se golpeaba en el pecho con las manos. El desespero de Alonso provocaba conmoción no solamente a las docenas de personas que llegaban al puesto médico en busca de informaciones sobre familiares heridos en la manifestación, pero también a los enfermeros y médicos.

El intenso tráfico de camillas y rescatadores dejaba un rastro de sangre desde la puerta principal de la unidad hasta la entrada de las salas de operaciones. La advertencia que pedía silencio había sido olvidada. El lugar se parecía más a un matadero o a un hospital de guerra.

El enfermero Humberto apareció en la recepción y pronto reconoció a Alonso.

— Mi amigo, ¿qué haces aquí?

— ¡Mi esposa!

— ¿Qué pasó?

— ¡Ella fue atingida por un disparo!

Humberto llevó Alonso a una pequeña sala y trató de calmarlo con un vaso de agua (y uno pequeño relajante que siempre tenía en el bolsillo).

— ¿Cómo se llama tu esposa?

— María Auxiliadora.

— Cálmate y quédate aquí. Volveré en un rato.

El enfermero desapareció por los pasillos abarrotados de personas heridas.

Alonso se dejó caer en una silla, se curvó y puso la cabeza entre las rodillas. Aún no había tenido coraje de llamar a la casa de su suegra y le informar sobre la noticia trágica. No se sentía preparado para responder a todas las preguntas que le harían. Quizá lo peor sería escuchar a su hijo mayor preguntarle: «Papá, ¿por qué disparaste un tiro a mamá?»

Humberto regresó en veinte minutos. El rostro exangüe no señalaba buenas noticias.

— ¿Cómo ella está?

— La situación es muy crítica, según el médico que la atendió —dijo el enfermero.— Ella tiene una gran perforación en el pecho, dos pulgadas por encima de su corazón. Está viva por un milagro. Si crees en Dios, sigue orando.

La charla tuvo que interrumpirse porque, en ese momento, dos nuevas ambulancias entraron al

estacionamiento de la unidad con las sirenas encendidas. Humberto tuvo que salir corriendo para ayudar en la recepción de más una víctima.

Los rescatistas tomaron de una de las ambulancias a un hombre de mediana edad con el rostro desfigurado y parte del pecho en carne viva.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Humberto mientras ayudaba a bajar la camilla.

—Alguien le arrojó una olla de agua hirviendo en el rostro —respondió uno de los rescatistas.

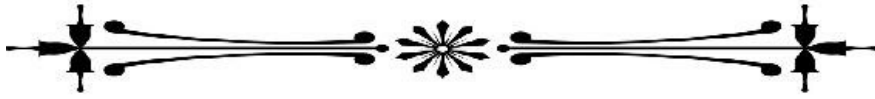
—¡Qué día! —el enfermero murmuró. Enseguida hizo la señal de la cruz y besó la medalla de Santa Teresa de Jesús que colgaba de su cuello.

Humberto miró hacia atrás antes de entrar en la sala de cirugías. Vio cuando los otros rescatistas bajaron la camilla con un chico alto y robusto que también estaba entre la vida y la muerte, perdiendo mucha sangre a través de dos agujeros de bala, uno en la clavícula derecha y otro en el pecho.

Antes de salir de casa para ir al trabajo, el enfermero solía leer un versículo bíblico. Había aprendido esto con su madre. También tenía varios imanes minúsculos con pasajes bíblicos clavados en la nevera. Cuando tenía prisa, leía uno de estos, y siempre hacía lo que su madre le había enseñado: leía y repetía cada verso tres veces, intercalando con la señal de la cruz. Cuando tenía mucho tiempo, leía directamente de la Biblia que reposaba en una mesa en la sala de estar. Ese miércoles, por curiosidad o influencia del bombardeo mediático, buscó el versículo 12 del capítulo 12 del Apocalipsis:

¡Ay de los que habitan en la tierra y en el mar! porque el diablo bajó a vosotros, y tiene gran ira, sabiendo que ya tiene poco tiempo.

Humberto no creía en supersticiones y sabía que un verso del Libro Sagrado no podía compararse con una tonta creencia popular. Pero allí estaba una profecía. Y, al menos para él, se estaba haciendo realidad en este momento.



Los agentes pusieron Jeison Zapata provisionalmente en la misma celda apretada y pútrida donde estaba León Quesada. Al principio los dos se miraron con extrañeza. Jeison no tenía dudas de que León era un lunático, dada la forma en que lo miraba, con los ojos muy abiertos de gente de otro mundo.

León, por otro lado, tenía la misma sensación de que Jeison no tenía el control total de sus facultades. O sea: también era loco.

Y con estas sospechas mutuas, ambos pasaron horas sin hablar. Se miraban en silencio, como dos perros que se intentan conocer por el olor del culo. Hasta que León rompió el silencio.

—¿Tú escuchas voces?

—Si claro. No soy sordo.

—No hablo de voces en este mundo —dijo León. —Me refiero a voces que están más allá, en otra dimensión.

—No, no —tartamudeó Jeison. —No creo en estas cosas.

—Debería creer.

—¿Por qué?

—Porque tienes un espíritu que te sigue todo el tiempo. Él está ahí ahora contigo, vigilante, observándote, como un perro guardián.

—Eso é una tontería.

—Los espíritus, por diferentes razones, a veces desconocidas, se unen a la vida sin descanso. Puede ser por amor, por piedad, por soledad, por odio, por venganza. Cuando este vínculo se vuelve demasiado fuerte, ya no quieren dejarnos para subir al plano superior. Yo tengo un espíritu que mi sigue, que se unió a mí para siempre. Es el espíritu de una mujer. El tuyo es un hombre. Ambos están aquí ahora mismo, conociéndose, entendiéndose, intercambiándose informaciones, así como nosotros.

—No creo en nada de eso —refutó Jeison, cada vez más asombrado.

—Pues deberías —murmuró León. —¿No sientes dolor de espalda y de estómago sin ningún problema físico? ¿No sientes presión en la cabeza y peso en los hombros?

—Lo siento, pero esto es estrés.

—Puede que no lo sea. Puede ser la presencia de este tipo que está a tu lado.

—Estás loco.

—Eso es lo que muchos piensan, pero yo no estoy— dijo. —¿No has estado bostezando sin parar últimamente?

—Todo mundo bosteza, se está cansado o soñoliento.

—No en su caso. Su bostezo se debe al hecho de que él le está robando las fuerzas.

—Vamos a parar con este asunto, por favor.

Se quedaron en silencio. Jeison se encogió y se apoyó contra la pared húmeda. Ahora estaba seguro de que el compañero de celda era un lunático. Las cosas que él dijo, sin embargo, le intrigaron a Jeison.

—¿Cómo está él? —preguntó, rompiendo el silencio.

—No lo veo —respondió León. —No tengo esa habilidad. Fue ella que me dijo al oído que hay otro espíritu aquí en la celda. Está justo a tu lado, observándote, como un perro que observa a la presa.

—Es el hombre que maté— reveló Jeison.

—Tiene pinta de artista, ella me dijo.

—Él fue un artista.

—Debe ser él mismo.

—¿Y quién es la mujer que te sigue?

—Sarah, el espíritu con el que hice un pacto, mi protectora.

—¿Qué tipo de pacto?

—Le doy sangre, ella me da dinero.

—¿Sangre?

—Sangre joven —dijo León y bostezó. —Pero ahora estoy en deuda con ella, no he hecho mi parte.

—¿Ella te ha dado mucho dinero?

—Muchísimo —sonrió León con orgullo. —Tanto que a veces tengo problemas para gastar.

—¿Cómo es ella?

—¿Por qué el interés ahora? —León se sobresaltó, un poco sospechoso.

—¿Ella no desea otro seguidor...?

—Ayúdame a salir de esa mierda, que te pongo en contacto con ella. ¿Qué tal?



El capitán hacía un esfuerzo para no desesperarse. Sentía el peso de un elefante sobre sus hombros ahora y su cabeza palpitaba como si hubiese sido golpeada por un martelo. Todo su cuerpo estaba adolorido, como si una apisonadora acabara de pasar sobre él. Por suerte, el dolor en su corazón no le había molestado. Esperaba que él se quedase así tranquilo por todo el día de mañana, cuando vendrían las horas dolorosas.

Sufría con la idea de quedarse cara a cara con sus hijas Leticia, Amanda y Alice. ¿Cómo reaccionarían al conocer toda la verdad?

Intentó llamar a Tobías. Pero el teléfono no respondió. Lo intentó muchas veces y nada. Por fin, al cabo de media hora, respondió una voz sombría.

—¿Aló?

—¿No es Tobías?

—Soy Taumaturgo, su padre. ¿Quién habla?

—Soy un amigo. ¿Dónde está Tobías?

—¿No lo sabes? Tobías está en el hospital.

—¿Qué pasó?

—Le dispararon un tiro a mi hijo.

Héctor sintió como si una aguja invisible se infiltrase por sus costillas.



legó a la unidad de emergencias como un tifón. Respiraba con dificultad. Se identificó en la recepción y pidió información sobre Tobías.

En ese momento, el cabo Alonso lo reconoció.

—Capitán Héctor, ¿qué haces aquí?

—Un amigo fue baleado —Héctor dijo y percibió la sangre que cubría casi todo el uniforme de Alonso. —Y usted, ¿qué te pasó?

—Mi esposa también fue atingida por un disparo —él dijo, con una expresión de angustia. No tuvo coraje de decir al capitán quién había hecho el disparo. —Ella estaba participando de la manifestación contra el alcalde.

—Eso fue una tragedia —Héctor murmuró.

—El capitán Oliveira intentó contactar con usted para pedir ayuda, pero su teléfono estaba fuera de línea durante todo el día.

Héctor se quedó en silencio. En parte porque se sentía avergonzado por su terrible omisión. E también porque no tenía una justificación convincente para la ausencia de los agentes de la Policía Nacional durante la protesta frente al ayuntamiento. Eso le costaría un alto precio, aunque no fuese el papel de la Policía Nacional actuar en disturbios y actos de violencia. El papel de la PN era investigar, nunca se cansaba de repetir, pero era difícil explicar esto a la población.

—Nosotros no estábamos preparados para enfrentar algo tan grande —dijo Alonso —y por eso las cosas se salieron del control.

—Mañana iré al Capitán Oliveira para disculparme con él —dijo Héctor y se apresuró a terminar la conversación. —Lo siento por todo, pero ahora tengo que irme, necesito localizar a mi amigo.

—Buena suerte, capitán —dijo Alonso. —Espero que todo esté bien con tu amigo.

—Te deseo lo mejor para tu esposa también —dijo el capitán y una vez más se dirigió al balcón de informaciones.

Una enfermera de cabello rubio se ofreció a ayudar el capitán y lo llevó hasta una sala abarrotada de personas heridas.

—Su amigo está aquí —ella dijo.

Héctor luego vio a Tobías acostado en una cama, con el rostro oculto por una máscara de oxígeno. Estaba rodeado por personas que Héctor no conocía. Él supuso que la mujer pálida debía ser la madre de Tobías. El hombre agigantado, sin duda, era el veterinario Taumaturgo, el padre. ¿Y quiénes eran las otras personas? ¿Serían tías, primos, vecinos?

—Buenas noches —Héctor los saludó.

—Buenas noches —respondió la mujer pálida.

—Soy el capitán Héctor Suarez, jefe de policía —él dijo.

Taumaturgo se acercó a Héctor lentamente. El hombre agigantado tenía una forma única de moverse, era como un enorme cocotero meciéndose en el viento o como un péndulo de reloj. Tobías no se parecía a ninguno de ellos. Quizás hubiese heredado un poco de la estatura de su padre.

—¿Ya sabes quién le hizo esto a mi hijo? —Taumaturgo preguntó.

—No —Héctor respondió. Después empezó a engendrar una justificativa: —Como puedes ver, la ciudad se ha convertido en un pandemónium y la policía está investigando muchos casos de una única vez.

—Está bien —Taumaturgo murmuró, decepcionado.

—¿Cómo está Tobías?

—El doctor dijo que mi hijo tuvo mucha suerte —se quejó. — La puntería del sujeto era muy mala. La bala se alojó en el cuello, pero la cirugía no se realizará hasta mañana, cuando todo se calme un poco más.

—¿Él está consciente?

—No puede hablar, pero está consciente.

—¿Puedo verlo?

—Sí.

Héctor se acercó a la cama y notó la expresión de sorpresa que las personas presentes no podían ocultar.

Tobías abrió los ojos. Una sensación de éxtasis indescriptible invadió el corazón del capitán, al igual que la sensación de un niño caminando con miedo de ver a Santa Claus por primera vez.

—Hola —Héctor murmuró.

Tobías hizo un gesto con la mano derecha y sus ojos brillaron. Héctor tomó su mano y murmuró:

—Va a quedar todo bien. Mañana será un nuevo día. En enero viajaremos a Miami. Te lo prometo.

DÉCIMO PRIMERO ENCARTE



DIARIO DE LETICIA SUAREZ



12 de diciembre de 2012



MIÉRCOLES 12 DE DICIEMBRE DE 2012.

Mi querido Fred...

Mi corazón está pulsando con fuerza. Acabo de llegar de una misión que no sabía que tenía el coraje de llevarla a cabo. Pero lo hice con satisfacción. Creo que hice algo terrible, pero sinceramente, no lo siento. No siento ni una pizca de remordimiento. Ahora no. No sé lo que sentiré después. Pero ahora siento un alivio. Por favor no me condene por lo que hice. Tal vez mi alma arderá en el infierno por la eternidad. O tal vez no. Depende de tu comprensión del acto que acabo de cometer. Si los ángeles del Juicio Final entendieren mis motivos, seré salva. Prepárate, Fred: te contaré todo.



El estado de ánimo en mi casa hoy fue de desespero. Mi madre pasó todo el día enclaustrada en su habitación, retumbando como una vieja bruja. También permanecí en mi capullo, reservada en silencio, ideando una forma de dar cambio a todas estas personas hipócritas que causaron (y aún me causan) tanto sufrimiento. Mis dos hermanas —las babosas antropomórficas, los seres intergalácticos invisibles— permanecieron actuando como siempre lo hicieron, es decir, ajenas a todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Ni siquiera se dieron cuenta de que Héctor (su querido papá) no se presentó a cenar. Presta atención, Fred, como lo digo: «su papá», no el mío.

Alrededor de las nueve y media de la noche, escuché cuando mi madre respondió una llamada de mi abuela Baena. Creo que era para advertir que Héctor no dormiría en casa. Fue un gran cobarde. Golpeó a su esposa y no tuvo el coraje de volver y enfrentar la situación. Sin embargo, por la reacción de mi madre, creo que se quedó muy contenta con la noticia. Le ordenó a Francisca que recogiese los platos de la mesa y se encerró en su habitación. Como ya te lo dije, Fred, dependiendo del volumen del ruido, yo puedo escuchar casi todo desde mi habitación. Sentí el olor de incienso, algo así, viniendo de la habitación de mi madre esa noche. Y escuché murmullos que duraron aproximadamente media hora. Parecía una oración sobre pactos y espíritus rebeldes, cosas así. La escuché murmurar nombres escabrosos como Lucifer, Lucífugo, Belcebú y otros que no comprendí. Tuve la certeza que mi madre era una hechicera de verdad. Después de unos minutos de silencio, escuché sonar su teléfono. Estoy segura de que era su amante. «¿Ahora? ¿Qué pasó?» —la escuché preguntar con sorpresa al que estaba del otro lado. «Imposible», ella dijo poco después. Luego gritó sin preocuparse por la reputación de que las paredes tienen oídos:

«¡Miserable!»

No me cabía duda de que hablaban de lo infame que durante muchos años pensé que fuese mi padre. La escuché dar instrucciones al tipo: «Deshágase de su santita y vas al lugar habitual. Nos vemos allí en media hora. Me voy a duchar».

Pensé para mí de inmediato: era hora de la venganza.

Todo lo que soy y todo lo que sufrí, todo el trauma que he acumulado a lo largo de mi vida, se debe al mundo de mentiras que fue construido por esta pareja hipócrita llamada Angelita y Héctor Suarez. Y también mis abuelos son culpables. Ha llegado el momento de liberarme de tales grilletes y alejar a mi hijo de toda esta inmundicia.



Cuando mi madre se fue, me monté en la motocicleta y salí detrás de ella. Ni siquiera tuve que preocuparme en investigar dónde ella iría. Era como guiarme a través de un GPS. Ya conocía el camino y el lugar de la cita. Así que no me molesté en perderla de vista y tuve tiempo de parar en una tienda de conveniencias y comprar fósforo y un recipiente plástico. Luego, paré en una gasolinera y compré tres litros de gasolina.

¿Ya te diste cuenta de mi intención, querido Fred?

Sentía como si demonios con tridentes rondasen por mi cabeza. Quizás fuesen los demonios invocados por mi madre. Un fuego interno me consumía. Ni siquiera lo pensé dos veces. Entré en el motel, localicé el auto de mi madre e hice lo que tenía que hacer, aquello que todos los adúlteros (hombres y mujeres) merecen: ¡arder en los fuegos del infierno!

Esta tarde. Estoy exhausta. Terminaré con una reflexión:

«Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos. Cualquiera que yaciere con la mujer de su padre, la desnudez de su padre descubrió; ambos han de ser muertos; su sangre será sobre ellos.».

(Levítico capítulo 20 versículo 10) .

Lo sé, lo sé, querido Fred: sé que el versículo 10 se aplica a mi madre, a su amiguito y a mi padre (¿padre o padrastro?), así como sé que el versículo 9 se aplica al pecado que acabo de cometer.

«Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él ».

Que Dios tenga misericordia de mí y que mi hijo no pague por mis pecados. Que así sea.



Fred, querido amigo...

Me desperté con una conmoción dentro de la casa. Eran las babosas antropomórficas. Gritaban, lloraban y se desintegraban de una manera que nunca habían visto. Francisca trató de ayudarlas con té, pero estaban demasiado histéricas. Bajé a la cocina donde estaban.

—¿Qué pasó? —les pregunté.

—¡Papá no durmió en casa y mamá desapareció! Los autos no están en el garaje —me dijo Amanda, casi gritando.

Fingí que estaba desesperado también. Lo intenté, pero no conseguí derramar una lágrima siquiera. En verdad, tenía ganas de reír.

—Sobre papá no puedo decir nada, pero vi cuando mamá salió alrededor de las diez de la noche —yo les dije. Era lo mínimo que podía hacer por estas pobrecitas: darles una pista sobre el paradero de nuestra madre.

—¿Por qué ella salió tan tarde de la noche, sin decir nada? —preguntó Alice.

—Recibió una llamada, se vistió y se fue —yo acrecenté.

Mis informaciones provocaron aún más emoción. La tensión se bajó un poco cuando nuestra abuela Baena llamó para hablar sobre Héctor. Ella dice que él había dormido en una pensión debido a la pelea con nuestra madre. Pero ella no tenía pistas sobre el paradero de nuestra madre.

Seguí con gran interés todos los informes radiofónicos sobre el incendio del motel. Ahora entiendo lo que sintió Nerón cuando incendió Roma.

(Lo siento, Fred, sé que es una broma aburrida. Después de todo, ella era mi madre, ¿no?).

En la primera hora de la tarde, escuché en una de las estaciones de radio que los bomberos habían encontrado dos cuerpos carbonizados, totalmente desnudos y acurrucados, entre los escombros de una cabaña en llamas. La noticia no tuvo repercusiones aquí en casa porque las babosas no hicieron ningún vínculo entre el incendio del motel y la desaparición de nuestra madre. En sus mentes, Angelita era una santa. Pero Dios sabe lo que ella hacía cuando se cerraba en su habitación.

Tengo que fingir un poco más de desesperación, mi querido Fred. Sin embargo, me temo que demasiado esfuerzo puede dañar a mi bebé. Angelita está muerta, no se puede hacer nada más. Mi bebé, por el contrario, siendo tan frágil, necesita todo el cuidado.

A medida que mis hermanas se desintegraban, torrando la paciencia de sus amigos para recibir noticias, ayudadas por los aburridos novios (cuyos nombres nunca perdí el tiempo en decorarlos), busqué una manera de completar mi venganza.

Alrededor de las seis de la tarde, recordé que Tobías tenía entrenamiento de béisbol en el gimnasio de la universidad. Después del entrenamiento, probablemente iría tirarse a las prácticas de sodomía con mi padre-padrastra.

Fui a la oficina de Héctor, revolví en sus cajones y encontré una pistola que estaba envuelta en una franela roja. No tenía dudas de lo que le haría. Nunca había usado una, pero no debería ser algo tan difícil. Nada como cinco minutos en YouTube para alguien convertirse en un pistolero, un francotirador de primera.



Alrededor de las seis de la tarde, concluí mi venganza, mi querido Fred. Fui al gimnasio y le disparé a Tobías varias veces en la cabeza. Estoy segura de que lo maté.

Querido amigo...

Acaba de llegar la noticia de que uno de los cuerpos encontrados en los restos del motel pertenece a mi madre.

Nuestra abuela Baena está aquí, cuidando de la situación. A pesar de los setenta años, ella sigue siendo el jerarca de la familia. Es una lástima que ella no sea mi abuela legítima.

Lo siento Fred, ahorita me uniré al coro de los afligidos, voy a llorar un poco, dar alas a mi talento como actriz.



Querido Fred...

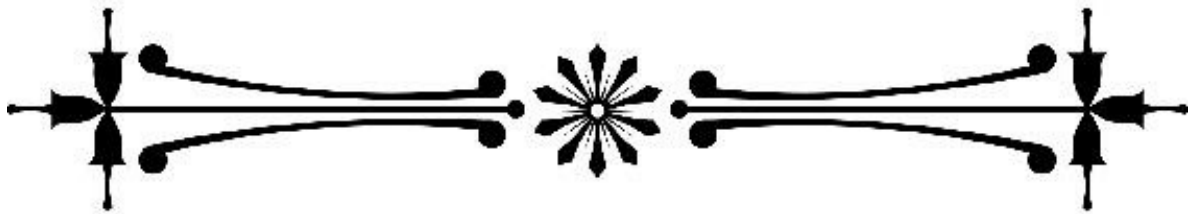
Esta es la última nota que te hago. Lo siento, pero debido al contenido de las revelaciones que hice aquí, tampoco puedo dejarte con vida. Sabes demasiado, no es bueno que te sigas existiendo.

Me pregunto cómo te voy a exterminar... ¿Cómo tú lo prefieres? ¿Con fuego o destrozado? ¿Destrozado y arrojado al baño, hoja por hoja?

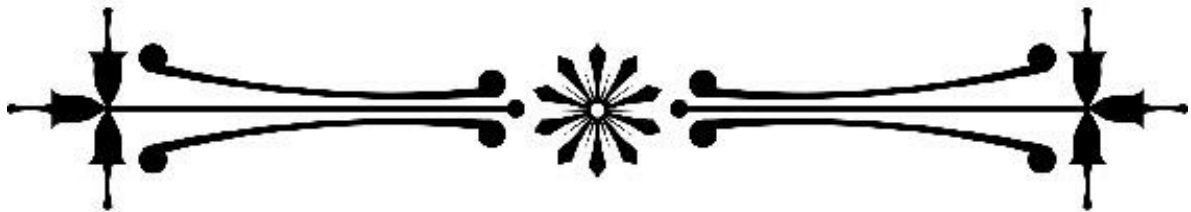
Dime como prefieres. Tienes derecho a elegir, pero tendrás que decidir pronto, porque cada minuto de tu existencia representa un riesgo para mi libertad.

Ah, querido, ya que no decides, será con fuego.

Adiós.



ΕΠÍΛΟΓΟ





En la tarde del 13 de diciembre, todos los muertos fueron enterrados. Cuando el reloj de la catedral dio las cinco de la tarde, desde cada esquina, cada callecita, cada callejón, de todos los lados, las procesiones fúnebres surgieron repentinamente en el camino hacia el cementerio público. Poco a poco, todos se reunieron en la plaza construida en honor de un exalcalde. El lugar estaba lleno de soldados del ejército enviados desde Cocomiel, porque se les advirtió que podrían ocurrir nuevos disturbios. Pero no pasó nada más que una gran marcha de ataúdes, cada uno con su propio séquito, formando una línea de unos pocos kilómetros.

Cada procesión tenía su propio carácter y cantaba diferentes canciones y oraciones. Algunos llevaban pancartas, banners y banderas, mientras que otros tenían acompañamiento musical y legiones de ángeles con alas de cartón y plumas de pollo.

En la procesión de un barrendero, por ejemplo, amigos y familiares llevaban escobas, bidones de basura y carretillas.

Ya en el cortejo de un estudiante que fue asesinado por una bala perdida, todos sus compañeros de escuela, en uniformes, agitaban molinetes de color verde amarillo y soltaron docenas de palomas cuando llegaron frente al edificio del ayuntamiento. Mientras tanto, la banda escolar tocaba La Despedida, hit del mexicano Daddy Yankee delante del ataúd.

*Sé que me dijiste
Que el amor existe
Y su poder hace lo que sea
Que cambie el destino
Quédate conmigo porque no
Soporto la idea.*

Cerca del cementerio, los cortejos se encontraron con una marcha más pequeña. Era el entierro de Tom Contreras. El ataúd estaba cubierto con la bandera de Santabella y Ludovica, hecho que generó protestas de los familiares de quienes habían sido asesinados por el cantante.

Con tranquilidad, Pilar Salvatierra —que estaba frente a la procesión— retiró las banderas.

Algunas personas más enojadas no querían que Tom fuese enterrado en el mismo cementerio donde se enterraría a sus víctimas, pero alguien convenció a todos de que él era igualmente víctima de una sociedad injusta y merecía descender en paz.

Al final prevaleció la solidaridad cristiana.

La última comitiva que llegó al camposanto fue la del locutor Jota-Jota Hernández. Era la que tenía la mayor cantidad de personas llorando y lamentando su pérdida. También había acompañamiento musical y pancartas. Grupos de amigos, colegas de trabajo y fanáticos cantaban canciones de Compay Segundo, uno de los intérpretes del proyecto Buena Vista Social Club, el cantante favorito del Rey de la Risa.

El acto final en honor de Jota-Jota reunió en el cementerio personalidades de la radio y del mundo periodístico de Ludovica —Nacho Díez, Nino Peña, Tomás Wallace, Juan Jorge Soledad y el presidente del concejal, José Justo Ortega, para citar algunos —, pero también figuras de las artes, de la política y eclesiásticas. El cantante Miguel Ángel Guerra viajó de Miami a Santabella para despedirse del viejo amigo que lo había ayudado a convertir su canción Dulces Mañanas en Ludovica en un éxito absoluto.

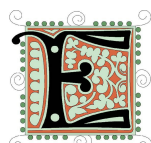
Quien también vino al camposanto para despedirse de Jota-Jota fue la guía suprema de la Casa Sagrada Rey de los Reyes, María Antonia Jimena (conocida por todos como María de Ojalá). Ella siguió el ataúd desde lejos, en silencio, recordando las palabras que le había dicho al informativista cuando estuvo en su programa: «Deseo que tú continúes vivo para ver tamaño espectáculo». Nunca imaginó que estuviese alertándolo de una desgracia inminente.

Pilar Salvatierra no se detuvo por mucho tiempo en el cementerio. Tan pronto como el cuerpo de Tom descendió a la tumba, sin aplausos, sin loas, sin música, sin nada, ella decidió volver a su casa. Cuando pasaba frente a una placa de bronce clavada en un mausoleo, un letrero con versículos de Eclesiastés le llamó la atención y paró para leerlo:

Aún hay esperanza para todo aquél que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.

Porque los que viven saben que han de morir: pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido.

Pilar guardó silencio por un momento. Sintió un escalofrío repentino invadir su cuerpo. Hizo la señal de la cruz y se fue.



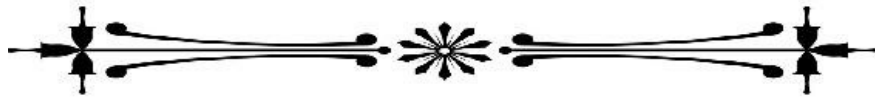
El espíritu de Pedro Maldonado volvió a entrar en el cementerio, atraído por la multitud que lloraba.

También se detuvo delante de la placa de bronce en el mausoleo de alabastro. Estaba de acuerdo con todo en el capítulo bíblico, excepto con el trecho final, el que decía «los muertos nada saben».

Estaban equivocados.

Los muertos ven, hablan y oyen.

Pedro se dejó caer en una lápida y observó los enterramientos con una expresión desolada de dèja vú. Sintió pena de aquellas docenas de almas perdidas deambulando alrededor de sus ataúdes, confusos, buscando en vano comunicarse con familiares y amigos desconsolados.



Javier Cabañas tenía once años, estudiaba quinto grado en el Liceo Católico Cristo Rey y residía en el barrio Niemeyer. Su padre era dueño de un taller de reparación de motocicletas y su madre preparaba pasteles y tartas sin gluten y sin lactosa para vender en una cafetería para adinerados. Después de escuchar a padres y vecinos hablar sobre las teorías del fin del mundo, el pequeño Javier decidió escribir una carta a la National Aeronautics and Space Administration (NASA), en Huston, Texas, a mediados de noviembre, preguntando a los científicos sobre el asunto. Le pidió la dirección de la NASA al profesor Eduardo Mendiola (con quien estudiaba física y observación de estrellas en el telescopio) y escribió la carta en inglés con la ayuda de la profesora Madeleine.

Javier se desesperó porque tanto la madre como el padre comenzaron a decir con frecuencia que preferirían suicidarse con veneno que morir con el fuego que caería del cielo —especialmente después de escuchar al pastor Fidel de la Torre proclamar en la radio que «va a dar Dios un fin a todos los seres humanos, porque la Tierra se ha llenada de violencia y lujuria» y después María de Ojalá decir que había soñado con «una legión de ángeles, muy bonitos y de alas enormes, bañándose en una laguna ubicada en el corazón de la ciudad».

«Estimados científicos de la NASA», escribió el niño, «tengo mucho miedo de que el mundo pueda terminar el 12 o 21 de diciembre. He estado sin dormir durante varias semanas solo por pensar en tal cosa. Mi padre y mi madre dijeron que preferirían tomar una dosis de veneno que enfrentar la ira de Dios. Me gustaría saber de ustedes si todo lo que dicen es cierto. Si es así, quiero saber la fecha exacta para prepararme. Soy un niño considerado bueno, obediente y estudioso. Puedes preguntarle a cualquier maestro del Liceo Católico Cristo Rey, donde estudio, en la ciudad de Ludovica, aquí en Santabella. Tampoco digo malas palabras y no peleo con mis colegas. No creo que vaya a ir al infierno (ni yo ni mis padres), pero tengo mucho miedo».

El 18 de diciembre, alrededor de las tres de la tarde, el cartero entregó un sobre con el símbolo de la NASA y la bandera de los Estados Unidos en la casa de Javier Cabañas. Era la respuesta que él había estado esperando ansiosamente. Como estaba en inglés, corrió a la casa de Madeleine para que ella pudiese leer.

«Mi querido Javier», dijo el científico que firmaba la carta, «te lo aseguro que el mundo no terminará por ahora. Dígale a su madre que así como el tiempo no se detendrá cuando su calendario de cocina llegue al final el 31 de diciembre, no hay razón para pensar que con el

calendario maya sería diferente: el 21 de diciembre de 2012 también será solo el final de un ciclo».

«Por lo tanto», continuó, «aclaro que no hay evidencia de que pueda ocurrir una tormenta solar a finales de 2012, y mucho menos que hay un planeta en curso de colisión con la Tierra. Vuelva a vivir su vida, a jugar pelota, a estudiar y, especialmente, a dormir. Saludos, David M. (del Centro de Investigación Ames de la NASA)».

La carta pasó de mano en mano durante más de una semana y terminó en las páginas de La Voz del Pueblo el 21 de diciembre.

Otras cartas similares a las de Javier Cabañas, escritas por otros niños en todo el mundo, hicieron que la agencia espacial estadounidense crease una sección en su sitio web para negar cualquier evidencia de que el fin del mundo estaba cerca.



El 14 de diciembre de 2012, el ministerio de seguridad recibió y aceptó la solicitud de licencia por seis meses del capitán Héctor Suarez. La petición fue acompañada por una serie de exámenes médicos que comprobaban serios problemas cardiovasculares —sospecha de infarto agudo de miocardio y arritmia cardíaca constante debido al estrés, uso exagerado de cigarrillos, alcohol, uso de algunas drogas y exceso de cafeína. También fue adjunto un informe psiquiátrico que atestiguaba «un estado de depresión profunda debido a la trágica muerte de su esposa y otros problemas familiares».

La decisión fue publicada en el boletín oficial el sábado 15 de diciembre. El lunes 17, el capitán Ruan Cabrera asumió el cargo de Héctor en Ludovica y su primer hecho fue anular el interrogatorio sobre la supuesta participación de Vanessa de Groux Triguero en la muerte del actor Pedro Maldonado. El nuevo jefe de policía declaró que «observó defectos y fallas graves en el procedimiento policial», pero se abstuvo de culpar a su colega que había dejado el cargo, simplemente diciendo que «las imperfecciones podrían resultar del exceso de trabajo y la salud precaria del predecesor». También explicó, cuando se le preguntaron si eso no obstaculizaría el progreso de la investigación, que «no siendo la investigación policial un acto de manifestación del Poder Jurisdiccional, sino un mero procedimiento informativo destinado a formar la opinión del titular de la acción, los vicios en esta etapa no dan lugar a nulidades procesales, es decir, no alcanzan la siguiente fase, que es la acción penal». Sin embargo, Ruan Cabrera frisó, las irregularidades podrían conducir a la invalidez e ineficacia del acto. El nuevo jefe de policía afirmó además que «en esta etapa de la investigación policial no debería haber ni enjuiciamiento ni defensa, nadie podría ser declarado culpable o inocente, era solamente una investigación para una posible denuncia posterior». Los tres abogados de la primera dama se quedaron encantados con la noticia y aplaudieron «el extraordinario conocimiento legal del nuevo jefe de policía».

El segundo movimiento del capitán Ruan Cabrera fue instaurar un proceso administrativo interno para averiguar lo qué sucedió el miércoles 12, alrededor de la medianoche, cuando una docena de prisioneros huyeron a través de un solárium que existía en el caserón antiguo donde funciona el departamento. También ordenó que fuesen transferidos para la Prisión Provisional de Cocomiel los detenidos que no huyeron. «El departamento de la Policía Nacional no es un depósito», él protestó, «tampoco nuestros agentes reciben salarios para desempeñar las funciones de carceleros». Por supuesto, la medida no agradó a un grupo de activistas de los derechos

humanos que actúan en Ludovica.

La tercera cosa que Ruan hizo al final de su primer día fue atender al teléfono en su mesa y escuchar una voz anónima que denunciaba a un hombre acusado de matar a su esposa y secuestrar a su hijastra. El demandante se quejaba de que «esta era la octava vez que llamaba para presentar tal queja, pero a nadie le importaba». ¿Y dónde estaba este bastardo? «En el hospital», dijo la voz anónima.

A la mañana siguiente, con los agentes Fabián Pizarro y Ulises Cirilo, el capitán Ruan Cabrera entró en los pasillos de la unidad de emergencia. El nuevo jefe de policía llamó la atención de enfermeras y transeúntes: tenía unos treinta años, dos o tres mechones grises en su pelo muy bien peinado y una cara barroca que le daba aires de actor de telenovela mexicana. Preguntó en la recepción por un hombre que había llegado con graves quemaduras. Una enfermera los llevó hasta la enfermería.

—Allí está él —ella señaló a un cuerpo cubierto de gasas en una cama.

Solo se veían los ojos del hombre. Parecía una momia viva. El capitán Ruan dio dos pasos y entró en la sala abarrotada de personas heridas y cosidas. Se quedó impresionado por el miserable estado de Agustín.

—¿Te llamas Agustín Moreno?

Agustín dijo que sí con un leve asentimiento.

Pizza sacó un par de esposas de su cintura y apretó el puño de Agustín a la barra de hierro de la cama. Ruan luego le informó de forma solemne:

—Eres acusado de asesinar a su esposa en el Nido del Buitre y también de haber secuestrado y abusado de su hijastra, según una denuncia presentada por sus vecinos. ¿Dónde está la niña?



Chapulín llevaba Marisol por un callejón fangoso, ladeado por chozas de madera por todos lados. Un letrero descolorido e irregular, clavado en un poste de la red eléctrica, indicaba la dirección: Calle La Madre Purísima, Mata-Mata. Caminaron durante cuatro o cinco minutos hasta que se detuvieron ante una cabaña en ruinas, donde otra placa indicaba: número 17.

—Aquí vive mi mamá —él le dijo a Marisol.

Una mujer sucia y abatida salió de la cabaña.

—¿Qué quieres tu por aquí?

—Vine a verte

—Dios te bendiga.

—Tómalo. Después te traeré un poco más.

Chapulín extendió su mano con un puñado de billetes rotos. La mujer agarró el dinero con avidez y lo escondió en el bolsillo de su deslucido vestido. Luego señaló a Marisol.

—¿Quién es la chamaquita?

—Marisol, una amiga.

—Amiga —ella repitió, con desconfianza. —A otro perro con ese hueso...

—¿Dónde está Romario?

—Durmiendo, como siempre.

—¿Y tienes noticias de Jeison?

—Fue arrestado. Dio en la radio que mató a un mariposón conocido.

—¿Está en la cárcel?

—Nada. Ya huyó. Que Dios lo tenga. Algún día aparecerá de nuevo aquí, rogándome por ayuda. Todos ustedes son iguales.



El 21 de diciembre de 2012, alrededor del mediodía, tratando de destruir su diario, Leticia Suarez casi empezó un nuevo incendio, esta vez en su propia casa. Al ver el olor a humo, Amanda corrió a la habitación de su hermana mayor y la atrapó con el cuaderno empapado en alcohol y ya en llamas. Intentó arrojar agua de un tarro de flores sobre el objeto flameante.

—Debe haber algo muy podrido en este diario —dijo Amanda.

—¡No te metas, santita! —gritó Leticia.

—Ya me metí.

Amanda se abalanzó sobre Leticia, golpeándola con furia y sacándole el diario.

—Veamos qué escribes tanto aquí —dijo Amanda, triunfante, sosteniendo la libreta chamuscada, pero con varias páginas intactas.



El diario de Leticia terminó en las manos del capitán Ruan Cabrera el 24 de diciembre, lunes, víspera de Navidad. Se convirtió en la pieza principal para dilucidar las muertes de Angelita y Sebas y también el ataque sufrido por el estudiante Tobías Mendoza.

El capitán ofreció a Héctor la oportunidad de leer el diario de su hija, pero él rechazó la idea de pronto. Le dijo a Ruan que cumpliera con su deber e instaurase la investigación.

Ruan nunca había trabajado tanto en su vida como en esos últimos días. La agente Sal expresó preocupación una vez cuando él se quejó de una punzada aguda en el lado izquierdo de su pecho.

—Por Dios, cuídate —ella alertó. —No me vas a repetir la misma trayectoria del capitán Héctor.



En febrero de 2013, el capitán Héctor Suarez fue acusado formalmente de abuso de autoridad, tortura psicológica, insulto, calumnia y difamación, así como de intentar culpar a la primera dama Vanessa Triguero en la investigación sobre la muerte del actor Pedro Maldonado. Y todavía había más acusaciones por venir. Los abogados Abel Zambrano, Teo Castro y Marlon Espinosa descubrieron que el exjefe de policía había mantenido en secreto dos citas con el acusado Jeison Zapata. También descubrieron que Héctor le había dado al chico la suma de seis mil dólares y le había regalado un boleto a Bogotá.

Abel, Teo y Marlon ya tenían en sus manos las imágenes que mostraban Héctor y Jeison en la oficina de cambio (cuando fueron comprar los dólares) y en la agencia de viajes (cuando emitieron los boletos aéreos).

También descubrieron la íntima —¡muy íntima! —relación de Jeison Zapata con la madre de Héctor e estaban preparando un cartapacio con secretos escabrosos. Además, rebuscaron en videos de la campaña electoral de octubre, donde Héctor aparecía haciendo discursos enérgicos contra el alcalde Triguero Júnior.

A partir de esas informaciones y evidencias, comenzaron a surgir de todos los lados preguntas sobre la conducta del exjefe de policía: ¿por qué Héctor se había quedado en la misma hospedaría donde Jeison estaba el día de la prisión? ¿No era todo eso parte de una gran estrategia dirigida por oponentes para liquidar el alcalde?

FINIS

CRÉDITOS DE LAS MÚSICAS CITADAS

Expreso aquí mi gratitud y respeto por los autores, intérpretes, sellos discográficos y editores (o sus representantes) de las canciones citadas en este libro. No fue posible contactar a todos los titulares de derechos de autor para solicitar una autorización formal de uso de extractos breves de algunas, lo que sería deseable. Por esta razón, grabo aquí los créditos debidos y mi más sincero agradecimiento por la chispa de inspiración que me brindó cada una de estas composiciones y por la ayuda que de alguna manera aportaron a la trama.

*A PROSA IMPÚRPURA DO CAICÓ, canción del cantautor brasileño Chico César, es la verdadera inspiración para los versos de la ficticia Dulces Mañanas de Ludovica. Fue grabada en el álbum Aos Vivos (sello discográfico Velas/Galeão, 1995). La canción también se incluyó en el álbum The Essential Brazilian Songs, Volume 5. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: The Orchard Music (en nombre de Galeão).

*STARMAN de David Bowie se grabó el 4 de febrero de 1972 en el álbum The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars (RCA). Copyright © EMI Music Publishing Ltd. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: WMG (en nombre de PLG UK Catalog); BMI - Broadcast Music Inc., SOLAR Music Rights Management y Sony ATV Publishing.

*SMELLS LIKE TEEN SPIRIT es la canción de apertura para el segundo álbum de Nirvana Nevermind (1991). La autoría se atribuye a Kurt Cobain, Dave Grohl y Krist Novoselic, aunque la letra fue escrita completamente por Kurt. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: UMG (en nombre de Geffen); BMG Rights Management, UMPI, LatinAutor – SonyATV y Kobalt Music Publishing.

*PARADISE, de Coldplay, es parte del álbum Mylo Xyloto (2011). Fue compuesta por Brian Eno, Christopher Martin, Guy Berryman, Jonny Buckland y William Champion. Copyright © Parlophone (Warner Music Group)/Capital Records (Universal Music Group). Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: WMG, UMPG Publishing y The Royalty Network (Publishing), en nombre de Parlophone.

*BOYFRIEND es una canción de Justin Bieber, Matthew Musto, Mason Levy y Mike Posner, grabada por Justin Bieber en el álbum Under the Mistletoe (2011). Copyright © Island Def Jam, RBMG. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: UMG (en nombre de RBMG/Def Jam).

*SET FIRE TO THE RAIN es una canción compuesta por Adele Laurie Blue Adkins y Fraser T. Smith y está grabada en el álbum 21 de Adele (2011). Copyright © Adele/Fraser T. Smith/Columbia Records/XL Recordings/Sony Music Entertainment (SME). Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: SME, [Merlin] Beggars (en nombre de XL Recordings).

*BORBUJAS DE AMOR es una composición de Juan Luis Guerra y J. Pedro Luis. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: WMG (en nombre de Karen Records) y EMI Marketing España.

*ADORAR EL CUERPO es un cántico fúnebre tradicional da costa pacífica de Colombia, pero es posible que haya versiones semejantes en países del Caribe, donde el ritual funerario también es parte de las tradiciones culturales que llegaron con los esclavos africanos. Fue incluido en el trabajo discográfico Colección Música folclórica vol. 1 – Costa pacífica de Colombia (del Instituto Colombiano de Cultura, 1978). La grabación de campo fue realizada con respaldo del Instituto Popular de Cultura de Cali y la Universidad Nacional de Colombia.

*LA DESPEDIDA es una canción de 2010 escrita por Frank Farian y grabada por Daddy Yankee en el álbum Mundial. Para licencias y autorizaciones de uso buscar a: The Orchard Music (en nombre de El Cartel Records Inc.) y BMI - Broadcast Music Inc.

NOTAS SOBRE TEXTOS CITADOS

Las notas están en el orden en que el material citado aparece en el libro, con raras excepciones.

La historia de la mujer que se había casado dieciocho veces fue tomada en parte de un folleto popular escrito por Valeriano Félix dos Santos, una publicación de la Editora Louzeiro (São Paulo). Valeriano Félix nació en Sergipe (Brasil) en 1926. Aunque nunca se ha dedicado exclusivamente a la literatura, es autor de docenas de folletos con diversos temas que van desde el amor, el humor y la política brasileña.

Un pequeño extracto de Las Manos Sucias, de Jean-Paul Sartre, fue tomado de la edición de bolso de febrero de 1972 de Gallimard (Colección Folio). La versión fue traducida del francés y, por eso, es un poco diferente de la versión en español publicada por Losada.

Las reflexiones sobre el actor y el mito de Sísifo que el personaje de Pedro Maldonado hace en su libro autobiográfico fueron adaptadas de un artículo del escritor brasileño Paulo Jorge Dumaresq, y publicado en la revista Brouhaha número 01 (Funcarte, Natal, Brasil, julio de 2005). Mi agradecimiento a Dumaresq por el permiso para transcribirlo casi en su totalidad, con algunas modificaciones para adaptarlo al universo ficticio.

Las reflexiones de Pedro Maldonado sobre el comportamiento de la gente de Ludovica son extractos de un artículo titulado O Natalense, de Cefas Carvalho, publicado en el periódico brasileño Potiguar Notícias, el 22 de agosto de 2016. Agradezco al autor su permiso para usarlo.

El poema El Miedo, de Pablo Neruda, fue publicado originalmente no libro Estravagario (Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1958).

La carta de la NASA se basa en noticias reales, informadas por varios medios de comunicación, incluso BBC, de que la agencia espacial norteamericana había recibido una avalancha de mensajes de personas preocupadas por las teorías que predecían el fin del mundo en diciembre de 2012. La carta ficticia a Javier Cabañas se basó en las declaraciones reales de David Morrison del Centro de Investigación Ames de la NASA.

MIS AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer el apoyo que recibí, directa o indirectamente, de algunos amigos

cercanos y queridos que me han ayudado en este largo viaje, sea con una palabra de consuelo o una visita para animarme. Son ellos: Andres Christopher Medvedovsky, Miriam de Sousa, Toinho Silveira, Inamar Alves y Rafael Gonçalo.

A Andres Medvedovsky le soy extremadamente agradecido especialmente por la primera lectura y corrección del manuscrito.

También soy agradecido a los amigos de todas las horas, aquellos que dejaron todo para ayudarme cuando les grité *help*: Alessandro Pereira, Edesiane Maria Moreno, Di Carlo, Jean Custo, Wellington Cassimiro, Fafá Medeiros, Celso Eduardo, Riccardo San Martini y Alma Ali Almeida.

^[1] *En algunos países (Colombia, República Dominicana, Venezuela y México) caballito significa libélula; en Cuba significa soldado de la policía motorizada. Usado aquí en esa última acepción. (Esta y todas las notas siguientes son del Editor).*

^[2] *Persona bien fea para el sexo opuesto o estorbo (en Colombia y Cuba).*

^[3] *Lo mismo que aguafiestas: persona que turba cualquier diversión o regocijo.*

^[4] *Persona de ascendencia dominicana. Se deriva del nombre taíno para la isla Hispaniola (Quisqueya).*

^[5] *Bebida alcohólica obtenida a partir del azúcar pardo (Cuba).*

^[6] *De acuerdo con el Diccionario RAE, revolico es un termo cubano que significa revuelo (turbación o agitación). Pero aquí está con el significado de un plato típico caribeño: arroz con mango.*

^[7] *La expresión «cantar el manisero» significa: «morir o partir para siempre». Usada en Cuba, Nicaragua, República Dominicana e otros países de América Meridional.*

^[8] *Cumbanchear: lo mismo que bailar.*

^[9] *Singueta: lo mismo que orgia o bacanal.*

^[10] *Aberladito: niño estudioso y petulante.*

^[11] *Sin previo aviso o súbitamente.*

^[12] *Dinero, plata, chavos.*

^[13] *Casuelero: hombre que se mete en asunto de mujeres.*

^[14] *Bayú: prostíbulo, burdel.*

^[15] *Güevo: pene.*

^[16] *Cuernera: mujer infiel.*

^[17] *Pacolla: gran cantidad de dinero, muchos bienes (Rep Dominicana).*

^[18] *Quimbumbia es un juego callejero muy popular en Cuba. Para jugarlo solo se necesita dos pedazos de madera. Es semejante al béisbol.*

- [19] *Literalmente «Apéame uno»: calzado.*
- [20] *Referente a Mickey Mouse: productos americanos de contrabando.*
- [21] *El Diccionario RAE presenta dos definiciones para machacante: soldado destinado al servicio de un superior; o moneda de plata de cinco pesetas. Pero en algunos países del Caribe, especialmente en Cuba, el significado es otro: prostituto, gigoló o jinetero.*
- [22] *Pince-sans-rire: es una forma particular de humor, caracterizada principalmente por la seriedad de la persona que lo muestra.*
- [23] *Insulto: imbécil, desgraciado; lo mismo que come-mierda (Rep. Dominicana).*
- [24] *Enchonclado: encerrado en casa, dicese del estado anímico caracterizado por la falta de energía y el poco deseo de realizar alguna acción física (Rep. Dominicana).*
- [25] *Dar a bolsa: lo mismo que hacer el sexo (Rep. Dominicana).*
- [26] *Mamagüevo: Insulto generalizado, común en Rep. Dominicana, Venezuela y otros países de América: mamar, imbécil, tonto.*
- [27] *Titirimundati: todo el mundo (Rep. Dominicana).*
- [28] *Mamafuiche: «chupa culo» (República Dominicana).*
- [29] *Mama-semilla: que le hace sexo oral a la mujer.*
- [30] *Morrongón: mala palabra para designar el pene en algunos países del Caribe, principalmente República Dominicana.*
- [31] *Rabú: persona con el pene muy grande (Rep. Dominicana).*
- [32] *Iluminado: dotado de un pene muy grande (Cuba).*
- [33] *Chininingo: muy pequeño.*
- [34] *Tener sexo (Rep. Dominicana).*
- [35] *Goló-goló: sexo oral, mamada.*
- [36] *Chiguetazo: eyaculación.*
- [37] *Cuchicuchi: acto sexual (Rep. Dominicana).*
- [38] *Hacer el sexo de manera continua (Rep. Dominicana e Venezuela).*
- [39] *Es un tipo de bebida alcohólica (República Dominicana).*
- [40] *El mismo que compa (compadre, amigo).*
- [41] *Convertido en barrio.*
- [42] *Negativa: lo mismo que «no».*
- [43] *El Diccionario RAE presenta varios significados para esta palabra, pero aquí se usa como “trabajo de poco valor” (comúnmente usada en la Republica Dominicana).*
- [44] *Champola: jugo de guanábana con leche (en RD y Cuba).*
- [45] *Unión de las palabras evangélico + diablo (evandiables): nombre despectivo que reciben algunos evangélicos en Santo Domingo, debido a que son muy extremistas y radicales.*
- [46] *Son las gradas al sol en la parte más lejana del estadio de béisbol, donde se quedan los asientos más baratos. Ven del inglés to bleach: blanquear (o sea, sitios donde se blanquea las ropas, poniéndolas a remojar al sol).*
- [47] *Leche semidescremada sabor a chocolate que puede tomarse fría o caliente.*
- [48] *Calientagüevo: mujer que se le insinúa a los hombres y luego se va dejándolos excitados.*
- [49] *Dembow: género musical que nació en Jamaica a mediados de los años 80.*
- [50] *Definición del Diccionario RAE para morronga: gato (mamífero félido). En Cuba, Colombia y Puerto Rico hay otro significado: es una forma coloquial y vulgar de referirse al órgano sexual masculino.*
- [51] *Lavagallo: aguardiente de caña barato y de baja calidad (popular en República Dominicana y Venezuela).*

[52] Jiña sería sinónimo de excremento, por supuesto que comejiña es lo mismo que comemierda, estúpido, tonto (en RD y Cuba).

[53] Lo mismo que tontería, pendejadas.

[54] Trapi-shopping: pequeño establecimiento dedicado a trapichar (República Dominicana).

[55] No se refiere a un miembro del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros). Aquí está en el sentido de cigarrillo de marihuana.

[56] Bebida alcohólica de mala calidad.

[57] En Venezuela el termo significa una persona valiente y atrevida; ya en Cuba designa un comunista muy fanático. Aquí es la segunda acepción.

[58] Individuo que gusta hacer alarde de sus relaciones sexuales en cualquier lugar y con cualquier gente (se dice principalmente de los homosexuales que así lo hacen).

[59] Lámparas de gas o queroseno confeccionadas con envases reciclados de lata.

[60] Cuando algo es difícil de cuantificar.

[61] Brincar la tablita es una expresión popular de la República Dominicana que significa hacer el amor. Hay una canción infantil muy popular con este título, cuyos versos dicen: «Brinca la tablita/Yo ya la brinqué/Brincala de vuelta/Yo ya me cansé».

[62] Casquito: soldado de la fuerza pública (Cuba).

[63] En RD significa una persona que se cree muy fina o delicada. Pero en España es un cóctel alcohólico, típico de Córdoba.

[64] Puyar: tener sexo (República Dominicana), pichar (Venezuela), acuchillar (Honduras), apuñalar (El Salvador) y robar (Colombia). Aquí es el primer significado.

[65] Las tres primeras estaciones de televisión en México: XHTV-TV (fundada en 1950), XEW-TV (1951) y XHGC-TV (1952), que más tarde formaron el Tele Sistema Mexicano (ahora Televisa).

[66] Expresión en francés que significa "déjalo hacer, déjalo ir, déjalo pasar". Esta expresión se usa para decir que uno está en un estado de letargo, en otro mundo.

[67] Roberto Ledesma nació en Cuba, el 24 de junio de 1924 y emigró a los Estados Unidos en 1960. Entre sus temas más conocidos está "Son de la Loma". Ya Felipe Pirela fue un cantante venezolano conocido como "El Bolerista de América", muerto en 1972.

[68] El mangú dominicano se compone de plátanos verdes hervidos que se acompañan con cebollas salteadas, salami, queso, huevos fritos, chuleta o aguacate.

[69] Personaje de la familia McPato, primo de Donald (Disney), cuya suerte en demasía le da todo lo que desea. Su nombre original en inglés es Gladstone Gande, y llamado en las traducciones al idioma español de tres formas: Narciso Bello, Glad Consuerte y Pánfilo Ganso.

[70] Manera de hablar de los cubanos.

[71] Mujer que le gusta el sexo duro (jerga de RD).

[72] Certamen musical donde cada uno de los países pertenecientes a la Organización de Televisión Iberoamericana (OTI) participaba con una canción, de manera similar al Festival de la Canción de Eurovisión. El Festival OTI (cuyo nombre original era Gran Premio de la Canción Iberoamericana) se celebró por primera vez en Madrid el 25 de noviembre de 1972. Su última versión tuvo lugar en Acapulco el 20 de mayo de 2000. El vencedor en 1977 fue de hecho un cantante de Nicaragua.

[73] Versos de El Miedo, de Pablo Neruda.

[74] Cantante de dembow.

[75] Expresión dominicana que significa huir, retirarse.

[76] La organización policial (SS) al servicio de Adolf Hitler en la Alemania nazi.

[\[77\]](#) *Bola de vidrio con la que juegan los chicos en calles y plazas.*